
UNA CONDENA
La fuerza de Annabella
DE AMOR

Derechos de autor © 2026 Sofía Durán

© La condena del amor
Todos los derechos reservados
Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.
Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Editado: Sofía Durán
Copyrigth 2025 ©Sofía Durán
Código de registro: 1704041570186
Fecha de registro: Apr 4, 2017
ISBN: 9798245309798
Sello: Independently published

Primera edición.

Para Dios, mi mejor amigo hoy y siempre.

LA CONDENA DEL AMOR

Los originales 4



SOFÍA DURÁN

LA CONDENA
del amor



SOFÍA DURÁN

Contenido

Derechos de autor
Dedicatoria
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Epílogo

Prólogo

En el entramado familiar conviven toda clase de figuras: unas sostienen, otras tensan, otras reconcilian. De esa mezcla nace una cohesión particular, irrepetible. Sin embargo, en la antigua Inglaterra —especialmente entre las casas adineradas que disfrutaban privilegios reservados a la nobleza— la familia no solo era afecto y apellido: era estrategia, herencia, reputación. Un sistema entero organizado para conservar poder y multiplicar fortuna.

En ese mundo, el matrimonio no se disfrazaba demasiado. Se le llamaba "buen enlace", "alianza conveniente", "oportunidad ventajosa"; pero, en el fondo, era un negocio. Y como todo negocio, requería piezas intercambiables. Tristemente, las mujeres —consideradas inferiores en una sociedad diseñada por y para el género masculino— eran tratadas como moneda social: ornamentos de salón, "floreros" impecables, mercancía elegante para sellar acuerdos.

Aún se recuerda la casa Bermont. Durante años, sus jóvenes casaderas fueron presentadas como la personificación de la perfección femenina, al menos en lo que a belleza se refiere. Pero la belleza, por sí sola, no volvía dócil a una Bermont.

Las Bermont desafiaban, además, porque el deber femenino estaba cuidadosamente delimitado. A una mujer se le exigía sostener la apariencia de un hogar próspero y armónico: conocer el mantenimiento de la casa —solicitando, claro, el permiso pertinente del marido para cualquier cambio—; coordinar reuniones y fiestas previstas por el dueño; asegurar una despensa abundante con los alimentos predilectos del señor; mantener una servidumbre eficiente, disponible para toda orden salida de los labios del esposo. En resumen, se esperaba que la mujer fuese hermosa, encantadora, agraciada, fiel, conversadora… y, sobre todo, fértil. Porque para eso se casaban los hombres: para garantizar herederos. Si una mujer no podía procrear, se volvía, a ojos del sistema, prescindible.

Eso era lo que Annabella Ayshane Korsakov sabía del matrimonio.

Su madre, Cristina de Korsakov, la había instruido con rigor en el arte de "ser una buena mujer"; al menos, una buena mujer según su propia definición. Le enseñó la sumisión como virtud, la docilidad como salvación, la obediencia como destino. Annabella aprendió pronto que había asuntos "de hombres" a los que no debía aspirar; que su deber consistía en amar y servir al esposo que le fuese asignado; que lo esencial, lo innegociable, era obedecer.

Cristina se lo repetía como quien reza una verdad: si deseaba casarse bien, debía recordar el orden correcto de sus lealtades. Primero, sierva del Señor del cielo. Después, del señor de la casa.

Pero Annabella no creció únicamente bajo esa voz. La crianza junto a su abuela y la convivencia constante con sus tres primas, tan queridas como impredecibles, abrió otra ventana en su interior.

No es que esa otra educación la invitara a debatir con un hombre o a romper abiertamente el molde; era, más bien, una forma distinta de mirar la vida. Annabella creía en el amor. En un amor puro y absoluto, rodeado de dragones, caballeros errantes, hechizos antiguos y torres tan altas como montañas.

Podía decirse que Anna vivía en una realidad paralela, teñida de rosa y ajena al sufrimiento. Como noble rusa y nieta de Bermont, había sido protegida de casi todo dolor auténtico; rara vez tuvo que esforzarse por lo que deseaba. Aquello, sin embargo, no la convertía en una joven caprichosa. A su manera —como tantas Bermont— simplemente ocupaba su tiempo como le venía en gana, disfrutando de la vida sin pedir disculpas.

Sus pasiones se sostenían sobre tres pilares. El primero: el arte. Annabella era un prodigio en la pintura y el dibujo; se defendía con soltura en el piano y en la costura, como si la sensibilidad le naciera en las manos. El segundo: la naturaleza. Plantas, animales, el orden secreto de los jardines; todo la fascinaba. Y el tercero —su verdadera devoción— eran los libros. Más específicamente, las novelas románticas: aquello que, en teoría, era lo único permitido para una mujer. Por más que Katherine le gritoneara lo contrario, lo

que de verdad la atrapaba eran las historias del caballero gallardo que amaba a una joven hermosa.

Las primas de Annabella reforzaban esa fe: mujeres de carácter… particular, sí, pero que habían conseguido casarse con el amor de su vida. En casa, su madre insistía en que el amor no existía; que era una ilusión efímera, un destello ocasional y no un estado permanente. Annabella, por supuesto, la ignoraba.

Y es que, ¿cómo habría de aprender a no amar, cuando amaba casi por instinto? Con su carácter dulce, Annabella veía el bien antes que la sombra; era compasiva, confiada, incapaz de imaginar malicia donde otros la detectaban con facilidad. Tenía algo de pureza que los demás describían como angelical, como si caminara por la tierra con una luz propia.

Annabella estaba convencida de que tenía una misión. Y en su mente, esa misión no podía ser pequeña ni silenciosa: debía parecerse a las aventuras de sus historias, a esas novelas que guardaba como si fueran promesas. Porque, aun sin saberlo, mientras el mundo la preparaba para obedecer, ella se preparaba —a su manera— para vivir.

Capítulo 1

Annabella caminaba por los jardines de Bermont. Sus botas se hundían en la nieve acumulada durante la noche y endurecida por los días anteriores, y cada paso producía un crujido limpio, casi íntimo, como si el invierno le respondiera. El aire, cortante, se le metía por la garganta con ese filo que olía a metal y a chimenea lejana. Era tiempo de frío: las rosas habían muerto —solo de momento—, los animales habían sido resguardados en establos y graneros para evitar que la helada los consumiera, y el horizonte entero se extendía en un blanco inmaculado que volvía la luz más intensa, casi cegadora.

Aunque la primavera era su estación favorita, Annabella siempre encontraba un encanto particular en aquella manta que cubría Londres: la quietud de los árboles desnudos, la elegancia severa de las ramas negras contra el cielo pálido, el silencio que solo se rompía con el roce de la lana y el zumbido lejano de la casa.

Llevaba los guantes bien ceñidos y un abrigo pesado, de paño oscuro, que le abrazaba el cuerpo con una calidez disciplinada. Sin embargo, no era solo el frío lo que la mantenía despierta. A veces —sin aviso—, un pensamiento la rozaba por dentro como una caricia impertinente: la memoria de una voz, el eco de una risa masculina,

un nombre que se le quedaba en la boca y le dejaba el pulso un poco más rápido. Era absurdo; y aun así, su piel reaccionaba como si el aire hubiera cambiado de temperatura.

—¡Tía Annabella! —gritó de pronto una voz pequeña y dulce—. ¡Tía!

Annabella giró apenas la cabeza, y la visión la golpeó con una mezcla de ternura y alarma: un tumulto de pequeñas cabezas venía corriendo hacia ella, como una bandada desordenada. Sus sobrinos avanzaban en plena nieve, compitiendo en una carrera imposible para piernas tan cortas.

—¡Niños! —exclamó, agachándose con los brazos abiertos, dispuesta a recibirlos.

El primer impacto fue el mejor: bracitos rodeándole el cuello, risas calientes contra su garganta, alientos cortos que olían a leche y a galletas. Luego vinieron más, demasiados, una avalancha de abrazos que terminó por derribarla sobre la nieve. El agua helada comenzó a empaparle la ropa con una rapidez cruel, colándose por las costuras, trepándole por la espalda. Annabella soltó una risa ahogada, rendida, mientras intentaba incorporarse entre patitas y bufandas.

—¡He ganado! —anunció el mayor, inflando el pecho con un orgullo que no le cabía en el abrigo.

Archie tenía el cabello rubio de su madre y unos ojos penetrantes que se parecían demasiado a los de su padre. Miró a los demás con esa superioridad infantil que no conoce culpa.

—¡No es justo! —se quejó Blake.

—¡Saliste antes! —acusó Adrien, indignado.

Los gemelos de Katherine tenían cuatro años y eran idénticos a su padre: ojos verdes como esmeraldas y cabello negro azabache, peinado a medias, siempre rebelde por la carrera.

—Malos perdedores —dijo Archie, encogiéndose de hombros, y le tendió una mano a su tía para ayudarla a ponerse en pie.

—¡Adrien! ¡Blake! —lloriqueó una voz a sus espaldas.

Una pequeña pelirroja, con mejillas encendidas por el frío, se frotaba los ojos azules con sus manitas; las lágrimas se le volvían brillantes en las pestañas antes de caer.

—¡Dejaste sola a Ashlyn! —regañó Blake a su gemelo.

—¡Pero venía tomada de la mano contigo! —se defendió Adrien.

Ashlyn tenía apenas dos años y el primer hijo de Marinett, Jason, estaba a unos meses de cumplirlos también: se llevaban solo unos cuantos meses, lo suficiente para ser casi de la misma edad, lo suficiente para competir por atención con una ferocidad silenciosa.

Jason se apuró a tomar la mano de Ashlyn, serio, con una ternura que no sabía nombrar. Annabella lo observó conmovida: en aquel

gesto tan pequeño había una lealtad extraña, como si el niño entendiera que el mundo —a veces— podía sentirse enorme.

Los gemelos corrieron hacia su hermana menor y, con torpeza decidida, la alzaron entre ambos. Ashlyn protestó primero, luego se calmó al sentirse sostenida.

—Por cierto, Archie —recordó Annabella, limpiándose la nieve de las mangas—, ¿dónde está Sophia?

La hija menor de los Pemberton era casi tan traviesa como los gemelos, aunque con una astucia distinta: no destruía, desaparecía. Con una regularidad suficiente para volver locos a sus padres.

—¡Ahí está! —señaló Archie, de pronto preocupado.

Sophia se asomaba sobre la fuente congelada, tenía la curiosidad pegada al rostro, la nariz rojita por el frío, y estaba a un movimiento imprudente de resbalar. Archie no esperó a que su tía reaccionara: corrió hasta ella y, con una firmeza sorprendente para un niño, la sujetó por el estómago y la bajó al suelo.

—No, Sophie. Mamá y papá te regañarán si haces eso. Puedes caer.

Sophia, al entender que su hermano la estaba reprendiendo, se soltó a llorar. Sus ojos color miel, iguales a los de su madre, se humedecieron de inmediato, y el cabello castaño se le pegó a las mejillas por la nieve derretida.

—No llores, Sophie —dijo Blake, llegando al encuentro, mientras Annabella se acercaba con Jason en un brazo y Ashlyn en el otro.

Annabella pensó, como tantas veces, que tener hijos debía ser una tarea extenuante. A ella la habían convertido en niñera oficial sin declararlo: y aunque aquello le encantaba, sus sobrinos eran tan traviesos e hiperactivos como sus padres. Además, las edades estaban peligrosamente cerca: Archie, seis; los gemelos, cuatro; Sophia, tres; Ashlyn, dos; y Jason, casi dos.

—Sophia, no deberías portarte así —dijo Annabella con dulzura, inclinándose para quedar a su altura—. ¿Sabes que hoy es Navidad? Nunca ha habido regalos para los niños malos.

—¡Yo he sido bueno! —levantó la mano Adrien.

—No es cierto —refutó Blake, bajándole la mano con mordacidad —¡Ayer rompiste mi muñeca!

—¡Ella me dijo que lo hiciera! —se excusó Adrien, muy serio.

—Las muñecas no hablan, Adrien —replicó Sophia con una obviedad implacable… aunque, de pronto, le entró la duda. Miró a Archie—. ¿Verdad, Archie, que las muñecas no hablan?

—No, Blake. Las muñecas no hablan —respondió Archie con un tono aburrido, ya cansado de la conversación.

—¡Niños! —llamaron desde la entrada.

Los ojitos de todos volaron hacia la casa Bermont. Allí estaban sus madres, buscándolos con el gesto exacto de quien ya ha

contado hasta diez demasiadas veces.

—Mamá está enojada —susurró Blake a Adrien.

—¿Qué hacemos? —preguntó Adrien, con un miedo tan real que hasta el aire pareció volverse más frío.

Se miraron un segundo… y asintieron al mismo tiempo.

—¡CORRE! —gritaron los gemelos.

Annabella comprendió, demasiado tarde, que no era solo una orden para ellos. Fue una chispa: todos los niños se alteraron y comenzaron a correr en direcciones opuestas, en un caos perfecto. En teoría, habría funcionado… si sus padres no hubieran estado lo suficientemente cerca para interceptarlos.

Annabella rio por lo bajo, incapaz de evitarlo, mientras observaba a los adultos luchando con pataleos y protestas. Ella avanzó con los más pequeños —los que no habían logrado escapar— y los entregó, uno por uno, como si devolviera tesoros inquietos.

—Gracias, Anna —sonrió Marinett al recuperar a su pequeño.

—¿Por qué has llorado, Ashlyn? —preguntó Katherine a su hija, y recibió como respuesta un balbuceo incomprensible que fingió entender con la paciencia de una madre entrenada.

Annabella los dejó con el problema de sus hijos y se internó en la casa, buscando el abrazo cálido del interior.

Bermont olía a pino, cera y especias: canela, clavo, un leve rastro de naranja. El espíritu navideño se había apoderado de cada rincón

con una exuberancia casi indecente. Aquel día celebrarían Navidad; los Bermont habían decidido ser anfitriones, y como todo en esa familia, la organización se había salido de control. Exageraban cada detalle, elevaban cada gesto hasta volverlo espectáculo.

—Un degenero total —había dicho William, con esa voz seca que pretendía quejarse mientras disfrutaba del desastre.

En el salón principal, el abeto estaba siendo decorado por las mujeres de la casa. Doncellas y jóvenes iban y venían; los niños transportaban esferas con un afán ceremonial y colocaban adornos con entusiasmo torpe. Había guirnaldas, moños, flores de Navidad, regalos apilados, y muérdagos estratégicamente colgados como trampas felices. Los ponches comenzaban a instalarse, y las botas de tela de los niños colgaban de la chimenea, hinchadas de expectativas.

La felicidad era casi palpable, como si el aire estuviera hecho de risas. Y en la noche sería peor: no asistiría solo la familia Bermont. Desde que sus primas se habían casado, las familias de los esposos también eran invitadas. Y no eran los únicos: docenas de apellidos se reunirían para la celebración.

—Será mejor que comencemos a cambiarnos —dijo Katherine, acercándose a Annabella.

—Sí. Yo todavía tengo que vestir a dos personas más —señaló a sus pequeños, que correteaban como si el salón fuera suyo.

—En ese caso —intervino Marinett—, ya deberías estar subiendo.

—¡No me corras! —se alteró Elizabeth—. ¿Qué te sucede?

—¿Se fijan lo loca que está? —Marinett la señaló, divertida.

—Bien, no comencemos a pelear —intervino Annabella, alzando las manos—. Es Navidad.

Las dos Kügler parecieron desinflarse y asintieron. En ese momento llegaron Robert con Archie de la mano, dispuestos a subir.

—Creo que yo me voy retirando —dijo Elizabeth, resuelta.

—Yo haría lo mismo —asintió Kate—, si tan solo encontrara a alguno de mis hijos.

—Yo tengo a dos —indicó Adam, con Blake y Ashlyn en brazos, como si cargara sacos de harina.

—¿Y dónde está Adrien? —escudriñó Katherine la habitación.

—¡Ahí! —apuntó Marinett.

Adrien estaba tirando del mantel para alcanzar una bandeja de galletas colocada demasiado alto para su estatura.

—Ups —murmuró James, atrapándolo por la cintura antes del desastre—. Mal día para destrozar la Navidad.

—¡Tío! —protestó Adrien—. ¡Quiero galleta!

James se encogió de hombros y le tendió una para mantenerlo callado mientras lo llevaba con su madre.

—No lo consientas —regañó Katherine.

—Bueno… es muy convincente —replicó él, imperturbable.

—Pues no dejes que te convenza —frunció el ceño Katherine, avanzando hacia las escaleras, seguida de su esposo con las niñas.

—Creo que haremos lo mismo —asintió Marinett, entregándole a Jason a su marido—. Nos vemos en la noche, Anna.

Annabella se quedó de pie un instante, y algo en el pecho se le tensó sin razón. Los vio alejarse, parejas completas, niños en brazos, rutinas compartidas, esa calidez doméstica que parecía una pertenencia natural. Ella los quería, sí. Los disfrutaba. Pero también los miraba con una nostalgia que le rozaba el orgullo.

El cariño de una familia… el amor de un marido…

—Annabella.

Unas manos la tomaron de los hombros a lo que ella se volvió para encontrarse con Cristina Korsakova, quien le sonreía con esa dulzura encantadora que era, muchas veces, una forma de imponer el mundo.

—¡Mamá! —sonrió Annabella, abrazándola—. ¡Al fin llegas!

—Sí, bueno, hija —ironizó Cristina—, Rusia no está aquí a la vuelta.

—¡Me da tanto gusto! —Annabella volvió a abrazarla, aspirando su perfume, como si en él estuviera guardada toda la infancia—. Hace tanto que no te veías a visitar…

—Hola, primita —saludó una joven de unos dieciséis años.

—Hola —respondió Annabella con desgana.

Las dos chicas que Cristina había traído eran sobrinas de una tía por parte de su padre, la única familia rusa que les quedaba. Desde la muerte de su padre, el contacto con Rusia se había reducido a la tía Olga y esas dos muchachas que Annabella recordaba como desabridas, crueles en lo pequeño, expertas en humillar sin mancharse.

La mayor era Dasha: cuerpo voluptuoso, facciones finas pero algo rellenas, ojos almendrados y cabello rubio como trigo. La menor, Milenka, tenía quince: delgada hasta parecer frágil, un rostro precioso con pecas en la nariz y el cabello rubio cortado.

—Annabella —dijo Milenka—, ¿no te alegra que viniéramos?

—Sí, me encanta —respondió Annabella con educación, aunque por dentro se le apretaba la paciencia.

No le hacía ninguna gracia que aparecieran de repente en una fiesta que, hasta ese instante, prometía ser perfecta.

—Querida, tengo que hablar contigo —Cristina le tomó una mano con delicadeza, guiándola—. Niñas: será mejor que suban a arreglarse. La fiesta comienza a las siete.

—Sí, tía Cristi —asintió Dasha con aplomo, y subió las escaleras como si fuera dueña de la casa.

Annabella suspiró, anticipando la reacción de sus primas al encontrarse con los otros parientes, era poco decir que se llevaban

pésimo; Annabella recordaba, por ejemplo, una Navidad en la que Katherine "accidentalmente" había dejado caer un pastelillo sobre el vestido finísimo de Milenka. Su madre había regañado a Katherine durante días… pero la pelirroja parecía más satisfecha que arrepentida.

—Mamá, ¿qué sucede? —preguntó Annabella cuando entraron a una habitación apartada.

Cristina la invitó a sentarse en un sillón largo de tapicería exuberante. Annabella obedeció, aunque la duda ya le tensaba las articulaciones. Había algo en la cara de su madre —una sombra, un peso— que le erizó la piel. La última vez que la vio así fue cuando tuvo que anunciarle la muerte de su padre.

—Hija… —Cristina le tocó las manos varias veces, como si buscara anclarla al mundo. Su expresión era dolorida—. Después de Navidad regresarás a Rusia con nosotras.

—¿Qué? —Annabella se puso en pie—. ¿Por qué?

Cristina sonrió apenas y la obligó a sentarse de nuevo. Tomó sus manos entre las suyas y la miró con esos ojos verdes que Annabella había heredado y, por un instante, parecieron gemelas: la misma boca, la misma estructura, los mismos ojos.

Solo que en una había resignación… y en la otra, vida.

—Hija, tengo algo que decirte —Cristina acarició sus dedos con el pulgar, suave, insistente y Annabella sintió un escalofrío que no tenía

nada que ver con el invierno—. Annabella, estamos en bancarrota, mi amor. Lo siento… pero tienes que regresar para casarte.

—¿Casarme? —Annabella se exaltó—. ¿Pero con quién?

—Aún no lo sabemos —respondió su madre, con lástima—. Pero es necesario, mi niña. Estamos en problemas. Vivimos en la ruina, y necesitamos tu matrimonio para salvarnos. Sé que ahora te parece impactante, pero es una situación que sabías que podía pasar.

Annabella se puso en pie y caminó un momento por la habitación. El corazón le golpeaba con una prisa desordenada. No, ella no lo sabía. O, al menos, nunca había permitido que esa idea se volviera real, porque había pensamientos que una entierra para poder respirar.

Jamás aceptó la idea de casarse por conveniencia. Siempre creyó —con una fe casi insolente— que se casaría con el amor de su vida.

—Pero, mamá… —regresó la mirada, frenética.

—Annabella, es el deber de una señorita cuidar de su familia. Desgraciadamente yo no le pude dar a tu padre un heredero que nos salve de nuestra situación… pero aún te tengo a ti.

—Eso quiere decir que salvaré a la familia con mi casamiento ventajoso —entrecerró los ojos—. ¿Acaso eso debe reconfortarme?

—No —sonrió Cristina, con tristeza—. Hija, no te lo pediría si no fuera la última opción que se me ocurrió.

—Pero, mamá, ¿por qué he de regresar a Rusia? —insistió Annabella—. Aquí también hay muy buenos partidos y además yo…

Se detuvo. El calor le subió al cuello, rápido, traicionero. Bajó la mirada. Apretó los labios como si con eso pudiera contener el pensamiento que amenazaba con escapársele.

En su cuerpo ocurrió algo mínimo, delator: la memoria de unas manos —no sobre ella, no todavía—, pero sí cerca; la imagen de una cercanía que había sentido una o dos veces, lo suficiente para que su piel la recordara. Annabella se maldijo en silencio por reaccionar así.

—¿Qué? —preguntó Cristina, confusa al principio… y luego, con una comprensión lenta—. Estás enamorada.

—¿Qué? ¡No! Yo solo…

—Será mejor que olvides a ese muchacho —advirtió su madre, sin crueldad, pero con una firmeza que cortaba—. En Rusia tenemos conocidos, gente dispuesta a ayudarnos con el simple apellido Korsakov —le tocó la mejilla con ternura—. Bien sabes que los ingleses prefieren casarse con ingleses.

—Pero mis primas…

—Casos excepcionales, Annabella —la detuvo—. Katherine estaba comprometida desde la infancia; Marinett tuvo que pedírselo ella misma; y Dios no quiera que tú te cases de la forma escandalosa en la que lo hizo Elizabeth.

—¡Mamá! —se quejó Annabella, herida por la insinuación.

—Mi amor, es mi última palabra —concluyó Cristina—. Sé que no es lo mejor, pero es todo lo que puedo hacer. Te casaré con un hombre que sepa mantenerte con todos los gustos que siempre has tenido.

—Pero no necesito nada de eso —negó Annabella—. Yo soy feliz con una vida tranquila, sin exuberancias.

—¡Ninguna hija mía vivirá en la pobreza!

—Pero, mamá… —rezongó Annabella, sintiendo el temblor en las manos—. No lo amaré.

—El amor llega con el tiempo, cariño —dijo Cristina, sincera en su ignorancia—. Por Dios, Annabella… yo sé más de esto que tú.

—Pero en todas mis historias…

—¡Tus historias! —Cristina se puso en pie, enojada—. ¡Eso es lo que te tiene así! ¡Todas esas lecturas te crean fantasías! ¡Esta es la vida real!

—No solo es eso, mamá —negó Annabella—. Todas mis primas se casaron y ahora son felices, incluso aman a sus esposos.

—Exacto —indicó Cristina—. Y ninguna se casó enamorada.

—Te equivocas —replicó Annabella, con una valentía nueva—. Ellas los amaban desde antes… pero son tan tercas que no lo notaron.

—¡Hija, por Dios! —Cristina se llevó una mano al puente de la nariz—. Deja de decir tonterías. El matrimonio trae el amor, punto.

—Mamá, no puedes llevarme. Por favor, deja que me quede aquí.

—No, mi cielo —finalizó Cristina—. Tienes que volver a tu país y casarte, estás en la edad perfecta para hacerlo.

—Mamá…

—Esta será tu última noche en con los Bermont —sentenció—. Te recomiendo que la disfrutes todo lo que puedas.

Annabella se dejó caer sobre el sofá y se cubrió los ojos con ambas manos. Sintió cómo las lágrimas amenazaban con salir, calientes, humillantes. Odiaba la idea de irse. Amaba Londres, siempre lo había hecho: estaba familiarizada con la gente, con las calles.

Pero había algo más fuerte que la ataba a ese lugar.

Y era un hombre.

No sabía exactamente desde cuándo, solo sabía que, cada vez que lo pensaba, el cuerpo le contestaba primero que la razón: un nudo en la garganta, un calor que se le expandía por el pecho, la sensación absurda de que el aire se volvía demasiado estrecho.

No podía imaginarse casándose con alguien que no fuera él y, sin embargo, el mundo acababa de recordarle que el deseo rara vez tenía derecho a convertirse en destino.

Capítulo 2

Annabella se sintió fuera de lugar casi de inmediato.

La fiesta de Navidad estaba en pleno apogeo: los niños corrían entre faldas, piernas y risas; los grupos se repartían por el salón como islas cálidas; el olor del pavo recién trinchado se mezclaba con el ponche especiado y la cera de las velas; y, cada pocos minutos, un lacayo abría la puerta para anunciar a un nuevo invitado, sacudiéndose la nieve de los hombros como si el invierno intentara colarse también en Bermont.

Todo era, en apariencia, felicidad. El tipo de dicha inevitable que trae la fecha… y que, esa noche, a Annabella le resultaba insoportable.

Porque ella no estaba celebrando.

Había descubierto que iba a perderlo todo: no solo el lugar, sino lo que el lugar significaba. La palabra "mañana" se le había vuelto una amenaza concreta, una mano invisible cerrándose sobre su garganta.

Y lo peor era la lucidez.

Podía percibirlo todo con una claridad abrumadora, casi enfermiza; porque ver lo que estaba a punto de desaparecer la volvía loca. Era una ironía cruel que la gente no comprendiera cuán

afortunada era hasta que una pérdida inminente le enseñaba, con violencia, el valor de lo cotidiano.

Miró—como si quisiera grabarlo en la piel—cómo sus sobrinos discutían por un regalo bajo el árbol; cómo Alice y Emma intentaban atraer la atención de dos primos demasiado orgullosos de sí mismos; cómo Katherine reñía con Adam por una nimiedad que, sin embargo, ocultaba el cariño; cómo Elizabeth, fastidiosa y encantadora, fingía ignorar el muérdago mientras lo colocaba estratégicamente; y cómo Marinett y James, con su pequeño hijo, parecían un cuadro perfecto que le apretaba el pecho.

—Annabella —la llamó Emma, acercándose con una sonrisa pequeña y encantadora—. ¿Qué haces aquí tan sola?

—Yo… —quiso responder, pero la voz se le quedó a medio camino.

—Tal vez sabe que no debe meterse en lo que no le importa —intervino Charles, apareciendo con la puntualidad de un mal augurio y una sonrisa demasiado segura.

—No veo por qué me estaría metiendo en algo que no me importa. Es una amiga —replicó Emma, crispada.

—Deja de molestarla, Charles —aconsejó William, sumándose con su copa en la mano—. Recuerda que esa mujer tiene agallas.

Charles se giró, y el brillo de su burla buscó una nueva presa.

—William, veo que hoy traes sombra.

Alice estaba detrás de William, pequeña y tiesa como si pretendiera volverse invisible.

—No soy ninguna sombra —se quejó ella, nerviosa—. Me acerqué porque quería saludar a Anna.

—Claro —se mofó Charles, sin molestarse en bajar el tono.

—Bueno, Charles —intervino Katherine, apareciendo como un cuchillo envuelto en terciopelo—. Al menos a ella sí queremos saludarla… no como a ti.

—Aquí viene la fiel salvadora de armadura blanca —dijo, teatral—. ¿La pequeña de William no puede defenderse sola?

—No es mía —murmuró William en un susurro, ocultando la boca tras la copa de champán.

—¿Qué dijiste, primito? —Charles se llevó una mano a la oreja, exagerando cada acción—. No te oí.

—Basta —cortó Gregory, llegando con Clare del brazo—. Harás que te saquen incluso de tu propia casa.

Annabella los observó con una ternura triste. Le dolía, siempre, mirar a Gregory y Clare. Clare había estado embarazada una vez; había perdido al bebé y desde entonces no pudo volver a concebir. Y aunque su madre siempre había repetido —como sentencia— que la infertilidad era "un problema de la mujer", Annabella encontraba esa idea abominable. Gregory tenía un título, una herencia… y, según la crueldad del mundo, "derecho" a buscar otra esposa. Sin embargo,

no lo hacía, Gregory se quedaba y no permitía que Clare se hundiera sola.

Eso, pensaba Annabella, era amor: algo que no exigía nada más que a la persona amada.

—¡Te mataré en este momento! —soltó alguien de pronto, y el círculo de voces se encendió otra vez.

Annabella parpadeó. Eso fue lo que necesitó para que el grupo a su alrededor se multiplicara. Era lo de siempre: ella se distraía un segundo y ya parecía que se había declarado una guerra.

Charles no había callado; seguía provocando a Alice solo para rozar a William. Katherine reaccionaba porque Alice era su amiga; Adam intervenía porque no dejaba que su esposa diera un paso sin él; Marinett fruncía el ceño, molesta con James por reírse; Elizabeth había hecho algo con una copa y Robert estaba furioso. Emma, curiosamente, se mantenía al margen, sorbiendo su ponche con una sonrisa que revelaba que, en el fondo, disfrutaba el caos.

Y Annabella… Annabella seguía ahí, con la mente lejos, como si su cuerpo estuviera presente pero su alma ya estuviera en las maletas.

—¡Ha llegado lo más interesante de esta fiesta! —anunció, triunfal, una voz que siempre parecía venir de una puerta equivocada.

Giorgiana apareció tocando los hombros de Katherine y James, abriéndose paso como si el salón le perteneciera y las miradas se giraron, obedientes: su ropa extravagante, su cabello oscuro y atrevido, su manera de caminar como si no existiera el pudor.

—¿Y tú quién eras? —preguntó Elizabeth con sorna.

—La persona que te trajo un vestido —respondió Giorgiana.

—¡Pero si es mi hermosa prima Giorgiana! —Elizabeth cambió de rostro en un segundo y la abrazó con efusividad.

—Así está mejor —Giorgiana guiñó un ojo.

El revuelo fue inmediato, incluso los adultos desviaron la atención hacia la recién llegada; era lo que Giorgiana sabía hacer: llegar tarde y robarse la escena y Annabella lo aprovechó.

Se retiró dando pasos hacia atrás, como quien se desliza fuera de un sueño antes de que alguien note que despierta. Con todos ocupados en Giorgiana, nadie reparó en que atravesaba el pasillo y salía sola al balcón. Su madre, si se enteraba, la habría reprendido. Pero si no lo sabía… quizá no habría crimen.

Apenas cruzó la puerta, la noche la golpeó.

La ventisca se coló bajo su vestido como un dedo helado y travieso, recorriéndole la piel con una insistencia que la obligó a abrazarse a sí misma. El aire olía a nieve, a piedra húmeda, a humo de leña. Caminó hasta el barandal de piedra y se detuvo frente al

horizonte tenuemente iluminado por faroles que delineaban los senderos de Bermont.

Exhaló. El vapor blanco salió de su boca como un suspiro visible, una confesión que el frío no le permitía ocultar.

Desde allí veía los jardines que amaba y si entornaba la mirada, podía adivinar dónde estaban sus rosales —secos ahora, dormidos —; el árbol bajo el cual William leía; la fuente donde Elizabeth se metía en verano como si el mundo no tuviera reglas; los caminos que Marinett recorría cada mañana; las caballerizas donde Katherine se escondía cuando quería estar sola; la banca de piedra en la que Charles se dormía bajo el sol; y su abuela, sentada con té en una mesita improvisada, vigilando que ninguno de ellos se metiera en problemas.

Todo era recuerdo, todo era vida y, por eso mismo, todo dolía.

—Veo que tiene problemas —susurró una voz a su oído.

Annabella se estremeció y quiso apartarse… pero el movimiento murió antes de nacer. Había un cuerpo demasiado cerca. Uno grande. Uno que, sin tocarla aún, la encerraba.

El hombre se apoyó en el barandal a ambos lados de ella, plantando las manos sobre la piedra, creando una jaula sin barrotes. Annabella sintió el calor de su pecho a la espalda como una presencia injusta, y la proximidad de su boca le erizó la piel con una reacción que detestó, porque no era miedo solamente.

Era otra cosa, algo más oscuro y vivo.

—Apártese —pidió, y su voz salió más baja de lo que pretendía.

—No, gracias —respondió él con calma—. Me agrada el calor que proporciona. ¿Si se ha dado cuenta de que estamos a dos grados?

Annabella tragó saliva. El vapor de su aliento chocó con el aire, y por un segundo le pareció que incluso eso era una intimidad excesiva.

—Señor Hamilton —murmuró, esforzándose por recuperar el borde de su orgullo—, ¿me haría el favor de alejarse?

—No.

Thomas Hamilton pronunció ese "no" como si el mundo se lo debiera y, como si quisiera demostrarlo, inclinó un poco más el cuerpo hacia ella; no la tocó, pero la cercanía bastó para que el corazón de Annabella se comportara como un traidor.

Sintió, con rabia, cómo le subía calor a las mejillas.

—¿Sabe qué se dice de usted? —continuó él, como si no notara.

—¿Que me enojo cuando se me acercan así? —insinuó ella, intentando aferrarse a algo afilado.

Thomas soltó una risa breve, seca.

—No. Que es la última Bermont que queda.

—No me siento halagada.

—La comparan con un ángel, señorita. ¿Lo sabía?

—No lo soy.

—Nadie le hace daño a un ángel —susurró, y su voz rozó el borde de su oído—. Excepto… un demonio.

Annabella giró apenas el rostro. Lo suficiente para ver, por fin, la línea de su mandíbula, la sombra de su barba bien cuidada, y esa mirada azulada que no parecía pertenecer a un hombre decente.

—Yo… —intentó decir, pero la garganta se le cerró.

—¿Sabe qué me molesta? —prosiguió él, como si disfrutara de su incomodidad—. Que las Bermont tengan esa categoría.

—Nosotras no lo pedimos… —susurró Annabella, más asustada de su propia reacción que de él.

—No. Pero les encanta sentirse joyas de corona.

—No es cierto.

Thomas ladeó la cabeza. La observó como se observa algo valioso y, al mismo tiempo, sospechoso. Luego bajó la mirada, lenta y deliberadamente hasta sus labios entreabiertos.

Annabella contuvo el aliento. El aire caliente que ella expulsaba se levantó entre ambos en un hilo de humo blanco y, aunque el frío mordía, su cuerpo ardía en lugares que no debía.

—Me pregunto qué tienen de especial —murmuró Thomas, como si hablara para sí—. Me pregunto si…

Se inclinó apenas. No mucho. Lo suficiente para que Annabella sintiera el pánico y, al mismo tiempo, esa curiosidad vergonzosa que la traicionaba por dentro. El mundo se volvió pequeño: el barandal, la noche, el aliento de él.

—No… —Annabella alzó las manos y las apoyó en su pecho, firme.

No era un empujón, pero sí un límite.

Thomas se detuvo al instante. La miró. Vio sus mejillas encendidas, el brillo húmedo en sus ojos, la forma en que ella apretaba los dedos contra su abrigo como si eso la mantuviera en pie.

—Nunca me habían rechazado —comentó con una ceja arqueada, y el tono era de diversión contenida.

—¿Podría… soltarme? —pidió Annabella, aunque él no la sujetaba; era la cercanía lo que la aprisionaba.

Thomas retrocedió un paso. Un solo paso. Lo suficiente para que el frío volviera a morder con crueldad… y para que ella notara, con un sobresalto íntimo, cuánto había dependido del calor de él.

—Dígame, Annabella Korsakov —preguntó Thomas, con una calma que parecía peligrosa—. ¿Por qué no me deja besarla?

Annabella sintió un vuelco en el estómago, como si la pregunta le hubiera rozado un lugar secreto. Se odiaba por la reacción: por ese impulso breve, absurdo, que la hizo imaginar lo que no debía.

—Porque usted no es… mi novio —respondió, en una voz pequeña que no le hizo justicia.

Thomas arqueó una ceja.

—¿Su novio? —sonrió de aquella forma que parecía morder algo agrio—. No me diga que los otros muchachos eran sus novios…

Annabella bajó la mirada, no soportaba la inspección de esos ojos, era como si él pudiera leerle el alma, buscando todas sus debilidades.

—¿Nunca la han besado? —su voz cambió, se volvió más baja, menos burlona y quizá más comprensiva.

Annabella tardó un segundo en asentir, como si admitirlo fuese el equivalente a desnudarse.

—No.

Thomas pareció sorprenderse de verdad y la sorpresa, en él, era extraña; lo volvía casi humano.

—¿Nadie ha intentado robarle uno? —preguntó, incrédulo.

Annabella negó con la cabeza, el moño en su cabello tembló, y algunos mechones castaños se soltaron, rozándole la sien. Una ráfaga de viento la obligó a encogerse. Se abrazó con fuerza, y fue en ese gesto cuando Thomas —sin pedir permiso, pero sin invadir— se quitó la gabardina y se la colocó sobre los hombros, cubriéndola como si el acto fuera una orden inevitable.

—Tome. Es una insensata por salir así.

Annabella lo miró ceñuda, pero no devolvió el abrigo. Le quedaba enorme, y el olor de él —madera, tabaco tenue, invierno— la envolvió con una intimidad que le apretó el pecho.

—Gracias —susurró, metiendo los brazos en las mangas, incapaz de llenar la longitud.

Thomas la observó.

—Se ve graciosa con eso.

—Me parece que se me ve bien —respondió ella, y por primera vez en la noche sonrió de verdad. Incluso se permitió un movimiento mínimo, como si bailara dentro de la tela.

—Sí —él soltó una risa breve—. Es la primera mujer que lleva dos vestidos y le queda perfecto.

Annabella rodó los ojos, pero la sonrisa le tembló en la boca.

—Veo que acaba de llegar —dijo ella, notando que él aún conservaba el abrigo interior, como si estuviera de paso.

—Así es.

—¿Vino solo?

—Depende a qué compañía se refiera.

La frase le pinchó algo por dentro. Annabella odió sentirse así: impulsiva, irracional. Bajó la mirada, y el simple pensamiento de él acompañado —de otra— le supo amargo.

—Vine con mis padres —aclaró Thomas, como si adivinara su idea y decidiera desarmarla con ironía.

Annabella alzó la cabeza de golpe.

—¿Sus… padres?

—Sí —la miró extrañado—. Ya sabe: entre cincuenta y sesenta años, las personas que te dan la vida y te alimentan…

—No sabía que sus padres… —Annabella se calló, consciente de lo impertinente que había sido su sorpresa.

—… estuvieran con vida —terminó Thomas por ella, y su voz se endureció apenas—. ¿Por qué pensaba eso?

—Bueno, cuando visitaba a Marinett en su casa… —Annabella se detuvo—. No había indicios de ellos.

—Estaban de viaje —respondió Thomas, apartando la vista hacia el jardín oscurecido de los Bermont.

Annabella jugueteó con sus dedos, nerviosa. El silencio que cayó después no fue incómodo: fue extraño, como si ambos supieran habitarlo. Como si la noche, por fin, les concediera una tregua.

—Entonces… ¿qué hace aquí afuera? —preguntó Thomas al cabo de un rato, rompiendo el hechizo.

Annabella tragó saliva, el golpe volvió, entero.

—Me despejo —dijo, intentando sonreír—. Y me despido.

Thomas la miró con atención.

—¿Despedirse?

—Mañana parto a Rusia con mi madre —admitió, y la voz se le quebró en lo mínimo—. Puede que no vuelva nunca.

Thomas tardó un segundo en hablar.

—Y supongo que le entristece.

—Demasiado —Annabella lo miró, y esa mirada fue una rendición verdosa—. Aquí está mi vida. Mis amigos. Mis primos. Todo.

—Puede hacer nuevos —se encogió de hombros—. No es el fin del mundo tomar un camino diferente.

—No cuando uno ama —negó Annabella.

Thomas arqueó una ceja, y en su expresión se mezclaron burla y algo más, algo que ella no supo nombrar.

—¿Usted está enamorada?

—¡Claro! —asintió con rotundidad, como si se aferrara a esa idea para no desmoronarse.

Thomas sonrió de lado.

—No es por ser entrometido, pero aposté una buena cantidad a Lord Bairon. Dígame que gané trescientas libras.

Annabella entrecerró los ojos, indignada.

—¿Apostó por saber de quién estoy enamorada?

—¿Y qué más se supone que iba a hacer? —preguntó él, divertido, metiendo las manos en los bolsillos—. Todo Londres se

debate por su matrimonio. Es normal sacar ventaja.

—No lo sé, quizá algo que no fuera tan vil y bajo.

—Bueno, en realidad, se supone que usted no lo sabría, pero soy curioso y me gusta saber cuándo gano. Considérelo como un defecto de mi personalidad.

—No le veo la gracia y déjeme ser la primera en decirle que perdió trecientas libras —dijo, molesta—. Además, no me casaré en Londres, por ese mismo motivo me voy a Rusia.

—Las Bermont siempre iguales: deseando casarse con extranjeros.

—¡Señor! Mis primas se casaron con londinenses —replicó ella, como si él fuera un necio.

—Señorita, extranjeras aquí son ustedes. Aunque se empeñen en olvidar de dónde vienen.

Annabella apretó los labios. No tenía cómo ganarle ese punto.

—No veo nada de malo en casarse con quien se ama —insistió.

Thomas soltó una risa sin humor.

—Ay, por favor. El amor no existe… menos en los matrimonios.

—¿Cómo puede decir eso? —Annabella se exaltó.

—Porque lo sé —respondió él, seco. Y por primera vez no parecía estar jugando—. Yo, más que nadie, lo sé.

La frase le rozó a Annabella en el instinto.

—¿Por qué dice eso? —preguntó, genuinamente curiosa.

Thomas se tensó, como si la pregunta hubiera tocado una herida que él mantenía cerrada con uñas.

—No es nada —gruñó, irritado consigo mismo—. Me marcho.

—¡No, espere! —Annabella lo tomó del brazo.

En cuanto sus dedos lo tocaron, supo que había sido un error. Había impedido que "El Hombre Siniestro" hiciera su voluntad, y eso, para muchos, sería una completa estupidez. Sintió -sin entender por qué- cómo el cuerpo de Thomas se endurecía. Él se volvió, y su mirada fue tan fría que Annabella dio un paso atrás por puro reflejo.

—Seguramente su madre le advirtió que no debía ir a ningún lado sola —dijo él, con cinismo—. Esta es la razón.

Annabella se quedó inmóvil.

Thomas no la besó.

Pero se acercó lo suficiente para que la amenaza tuviera forma. Para que el aire entre ambos se volviera denso, y su respiración chocara con la de ella, mezclándose en nubes pequeñas.

Annabella sintió un estremecimiento físico, involuntario, que le dio vergüenza. No era miedo únicamente. Era esa otra verdad que su educación le prohibía: que su cuerpo respondía a una cercanía incluso cuando la razón gritaba que no.

Thomas la observó un instante largo, demasiado, como si también él notara ese temblor y entonces, sin aviso, la besó.

Annabella sintió el murmullo de las sensaciones acosando su cuerpo entero, sintiendo que subía y bajaba conforme se movían los labios del hombre que la sostenía. No fue una caricia agresiva ni posesiva, sino con una suavidad que no esperaba de él.

De forma involuntaria le enseñó lo que era un beso y Annabella decidió en ese instante que era mucho más satisfactorio vivirlos en persona, que a través de alguna de sus historias románticas.

Luego se apartó con un control que parecía costarle y observó detenidamente la forma en la que ella se llevaba unos dedos a los labios, rozando la zona que él había marcado.

—Tenga más cuidado la próxima vez —murmuró.

Y se alejó hacia el salón.

Annabella se quedó sola, con la gabardina de él sobre los hombros y el corazón desordenado. Le ardía el lugar donde lo había tocado. Le ardían las mejillas. Le ardía esa idea vergonzosa: que, por un instante, había deseado que no se apartara.

Cuando comprendió que Thomas ya se había internado lo suficiente en la fiesta como para no levantar sospechas, advirtió el problema: ella aún tenía su abrigo. Y eso sí levantaría murmuraciones.

Se lo quitó de prisa, y el frío volvió a morderla como castigo. Cruzó el salón buscando entre la multitud hasta encontrarlo en un

círculo de gente mayor. Estaba hablando con un hombre canoso, alto y fornido, elegantemente vestido… y con los mismos ojos azules.

Su padre, sin duda.

La madre de Annabella también se encontraba allí.

Annabella tragó saliva y se acercó con una sonrisa obediente, sosteniendo la gabardina doblada con cuidado. Se colocó junto a él, esperando el momento de devolvérsela sin llamar la atención.

—Vaya, Cristina… no puedo creer que te vayas a llevar a tu hija —dijo Alana, la madre de Katherine, con dramatismo—. Mi querida Anna, no dejes que tu madre te lleve.

—Sí, tía —asintió Annabella, distraída, con el abrigo en las manos como si fuera una prueba de algo que nadie debía descubrir.

—En verdad, la niña debería quedarse —opinó la abuela, solemne.

—Lo sé —asintió Miriam, madre de las Kügler—. Mis hijas se casaron bien y no veo manera de que no suceda lo mismo de nuevo.

Thomas, de pronto, giró la cabeza hacia Annabella, dándose cuenta al fin de su presencia.

—¿Vienes por más? —murmuró con una ironía peligrosa, como si no hubieran compartido la noche helada, como si todo hubiera sido una broma privada entre ellos.

Annabella se obligó a no reaccionar.

—Vengo a entregarte esto —le tendió el abrigo.

Pero antes de que Thomas lo tomara, algo en el círculo estalló en risas que llamaron la atención.

—¡Vamos, Queeny! —dijo alguien—. ¿Recuerdas eso?

—Siempre te molestaba —se burló la madre de Charles—. ¡Siempre!

Cristina chasqueó la lengua.

—¡Cállense! ¡No me digan así!

Y entonces ocurrió.

Thomas se quedó completamente quieto.

La risa alrededor siguió, pero para Annabella el mundo se detuvo en la expresión de él: sus ojos se volvieron de un azul más oscuro, como si una sombra los hubiera atravesado. Miró a su madre… la miró como un cazador que por fin reconoce una huella.

Dio un paso atrás.

Y otro.

Annabella, confundida, sintió cómo el estómago se le caía.

—¿Te encuentras bien? —preguntó ella, en voz baja.

Thomas la miró de una forma que Annabella no supo interpretar: algo entre furia, desconcierto y un dolor antiguo, demasiado grande para caber en un salón iluminado.

No dijo una sola palabra.

Se alejó de ella, dejándola con el abrigo todavía a medio entregar y un nudo de preguntas que no sabía cómo desatar.

Lo único que Annabella supo, con una certeza que la heló más que la noche, fue que no lo volvió a ver en toda la velada. Y que, justo cuando su mundo estaba a punto de serle arrancado por obligación… algo más, oscuro y desconocido, acababa de despertarse.

Capítulo 3

Thomas no esperó las cordiales palabras que el mayordomo estaba a punto de dirigirle. Atravesó el vestíbulo con el pulso todavía cargado de esa furia que quema por dentro y no se apaga con el ruido de una fiesta. En sus pensamientos más indulgentes, había creído que, al descubrir la verdad sobre la mujer que portaba el seudónimo de Queeny, algo en él —por fin— cedería. Que aquel nombre, pronunciado en voz alta, serviría de cierre, de respuesta, de alivio.

Pero fue un fracaso.

No cerró nada: abrió. Desenterró heridas escondidas, algunas casi olvidadas, otras solo bien disimuladas. Y ahora no sabía qué hacer con lo que había visto, con lo que había reconocido. Su alternativa más antigua se le presentó como una tentación: huir. Alejarse de todo, como ya lo había hecho en el pasado, cuando creyó que marcharse era lo mismo que sobrevivir.

No lo haría, no sería tan cobarde como aquella vez, tan egoísta. Tendría que afrontar las cosas y, como siempre, ponerse la mejor cara, la que su título exigía: templanza.

Se detuvo frente a la puerta de su despacho con la mano en el picaporte y los ojos cerrados, como si el simple acto de entrar fuera

una decisión moral. Su mandíbula se tensó. Intentó ordenar los sentimientos, medirlos, reducirlos; pero todo volvía al mismo núcleo: ira. Dejó salir el aire de los pulmones de forma abrupta, casi brutal, y abrió los ojos. Entró.

El despacho lo recibió con su solemnidad habitual: el olor a cuero y madera encerada, el peso de las cortinas gruesas, la luz temblorosa de la lámpara que dejaba sombras largas sobre el escritorio.

El silencio allí era distinto: no el silencio agradable de la nieve, sino el silencio que escucha.

Se sentó de golpe, y el crujido del sillón pareció una queja. Permaneció inmóvil un instante, con las manos sobre el tablero, como si necesitara recordarse que el mundo seguía siendo sólido. Luego se inclinó hacia la derecha y abrió un cajón pequeño. Entre papeles, plumas y sobres sellados, algo dorado brilló como un ojo.

Un relicario en forma de corazón.

El mismo que había sacado del escritorio de Aimeé. El mismo que tenía grabado aquel seudónimo que esa noche había escuchado por primera vez, y el mismo escrito que, con una caligrafía antigua, declaraba el amor de su padre.

Thomas cerró los ojos. Acercó el guardapelo a la boca como si la plata pudiera hablarle, como si fuese a darle una explicación que el mundo le negaba. Lo apretó un instante entre los dedos; notó el frío del metal, la dureza inflexible de la verdad.

No se alivió.

La rabia se le subió como un sabor amargo. Arrojó el artilugio de vuelta al cajón y lo cerró de golpe. El estruendo resonó en la estancia, exagerado por las paredes, como un disparo contenido.

—¿Hijo? —llamó una voz dulce desde el exterior.

Thomas levantó la mirada hacia la entrada como si lo hubieran sorprendido en medio de un delito. La puerta seguía cerrada; la persona que lo había llamado, oculta.

—Pasa, madre —dijo con sequedad.

Una mujer hermosa, de facciones finas y presencia impecable, se introdujo en la habitación. Era tan delgada como cualquier debutante, y sin embargo su elegancia era la de quien manda sin alzar la voz. El vestido verde esmeralda realzaba el color aceituna de sus ojos; el cabello castaño, recogido en un moño alto, dejaba libre un cuello demasiado delicado para los rigores del mundo.

—Querido, ¿por qué te has ido antes? —preguntó con la dulzura que la caracterizaba, esa dulzura que siempre parecía conocer la respuesta antes de formular la pregunta.

—Tengo cosas que hacer —respondió él, fastidiado, incapaz de mirarla a los ojos.

—Entiendo —sonrió ella, con paciencia—. Descansa.

La marquesa de Sutherland caminó hacia la puerta, pero la voz de su hijo la detuvo. Thomas la sintió salir desde el orgullo antes

que desde el cariño.

—Madre. —Su tono fue firme, casi autoritario. Ella se giró—. Lamento ser grosero. Estoy alterado.

La mujer le dedicó una sonrisa tibia y asintió, como si aceptara su temperamento del mismo modo en que aceptaba el clima.

—Lo sé, mi amor. Solo… no bebas demasiado.

—Saldré —anunció Thomas, sin resentimiento, como quien toma una decisión para no pensar.

—Espera a ver a tu padre primero —aconsejó ella.

—¡No necesito pedirle permiso a nadie! —Thomas se alteró de pronto, poniéndose en pie.

Una voz más ronca y serena se filtró desde el umbral, con esa calma que solo poseen quienes se saben dueños de cualquier discusión.

—Veo que te alteras con facilidad. Siéntate, Thomas —indicó el marqués, entrando con tranquilidad—. Debe ser virtud de un heredero de Sutherland la templanza y la estoicidad.

Thomas lo miró con los ojos encendidos y se dejó caer en el asiento como si la obediencia le supiera a derrota.

—No necesito tus consejos.

—Será mejor que me escuches mientras siga teniendo el poder de desheredarte —replicó su padre, sin elevar el tono.

—Me da igual —se encogió de hombros Thomas, aunque el gesto tenía más filo que indiferencia.

—A mí no, hijo —lo miró con aquellos ojos azules que Thomas había heredado—. Tenemos que hablar.

—No sabes cómo me entusiasma.

—Deberías.

Annabella despertó aquella mañana más desganada que nunca… y, al mismo tiempo, con una extraña sensación de abrigo que no venía de las mantas.

La habitación olía a hogar: a leña apagada, a jabón de lavanda, a lino limpio. Sin embargo, había otro aroma, más grave, más adulto, que no pertenecía a Bermont: un rastro de frío nocturno, cuero y madera tenue. Annabella se había puesto, de forma discreta, una prenda sobre el camisón para dormir. La gabardina negra de Lord Hamilton cubría sus hombros, pesada y protectora, embriagando su nariz con el olor que ella ya asociaba, con una precisión que la avergonzaba, al futuro marqués de Sutherland, ahora conde de Melbourne.

Se incorporó despacio. Sintió la tela rozarle el cuello, la nuca, como una caricia indirecta. Su corazón dio un pequeño salto al recordarlo: la forma en que él había desaparecido al final de la velada, como si hubiese visto un fantasma, como si el salón ya no le

perteneciera. Y aun así, le había dejado aquella prenda; un obsequio involuntario que ella pronto llevaría a la lejana Rusia.

Podría dejarla en Bermont con una nota, pedir que se la devolvieran. Pero, siendo sincera, era lo último que deseaba. Había algo infantil y a la vez peligrosamente íntimo en conservarla: como si guardara un pedazo de Thomas Hamilton, no del hombre completo, sino de su presencia; y esa idea le provocaba una felicidad que no podía permitirse mostrar.

—Annabella —llamaron a su puerta.

El sobresalto le cruzó el cuerpo. Con movimientos rápidos, casi nerviosos, se quitó la gabardina y la escondió entre las mantas, como si ocultara una falta.

—Pase, madre —respondió, intentando que la voz le saliera normal.

La cabeza de Cristina se asomó por la puerta, sonriendo dulcemente como siempre. Entró y se acercó hasta la cama con ese andar seguro de quien decide el ritmo de una vida ajena. Se sentó al borde del colchón y miró a su hija como si quisiera memorizarla.

—Eres muy hermosa, mi niña —le tocó la mejilla con ternura.

—¿Mamá? —dudó Annabella—. En un momento estaré lista. Lamento despertar tan tarde.

Salió de la cama cuidando que el escondite quedara perfecto.

—No es necesario —la detuvo Cristina, poniéndose de pie.

—¿Ah, no? —Annabella alzó una ceja, confundida—. ¿Y por qué no?

—Siéntate, cielo —le indicó una de las sillas de la recámara.

Annabella obedeció sin apartar la vista de su madre. Había algo en su postura, una quietud inusual, que le encendió la alarma.

—Mamá… ¿qué sucede?

Cristina tomó asiento también. Sonrió, pero había nervios en sus manos que se movían involuntariamente.

—Parece ser que puedes quedarte, mi amor —asintió—. Me han pedido tu mano anoche.

—¿Qué? —Annabella se puso de pie, y la sangre le subió al rostro —. ¿Pero… quién lo hizo?

Las ideas se atropellaron con violencia: en toda la noche, su madre no había conversado con ningún hombre joven. Aquello solo podía significar una cosa… y la horrorizó. Annabella sintió un ataque de nervios que se convirtió en un nudo en el estómago.

—Bueno… —Cristina se frotó una mano—. Es un marqués.

—¿Un marqués? —repitió Annabella, pálida. Solo conocía a dos marqueses jóvenes, y ambos estaban casados con alguna de sus primas.

—Sí. Fue una proposición inesperada, pero parece que se enteró de nuestro deterioro económico y desea ayudar.

Annabella no sabía, ni podía medir, cuánto le costaba a su madre entregarla en esas condiciones. No tenían opciones: si continuaban así, las embargarían y Cristina jamás permitiría una humillación semejante. El orgullo era una esencia en ella; un muro alto, hermoso y peligroso que la obligaba a actuar de formas inesperadas.

—Pero ¿quién es, mamá? —insistió Annabella, con la voz apretada. En su mente asomaban edades de cuarenta y cinco para arriba: la edad promedio de los marqueses.

—Es un amigo mío —dijo Cristina, intentando ser tranquilizadora, lo cual no funcionaba—. Te tratarán bien.

Aquello reducía la edad… pero no el miedo. Y, por un instante, la mente traicionera de Annabella gritó una idea absurda: entonces cásate tú. Pero calló. Su madre amó a su padre; jamás se volvería a casar y si Annabella lo insinuaba, la fulminarían.

—Madre… no quiero —la voz de Annabella se quebró, y las lágrimas salieron—. No deseo casarme así.

—Oh, mi vida —Cristina la abrazó—. Lo sé. Yo no quisiera hacerlo, pero es un buen muchacho, de buena familia. Te cuidará bien.

Annabella dejó de llorar de golpe. Alzó la cabeza tan rápido que Cristina tuvo que echarse hacia atrás para evitar el choque.

—¿Ha dicho… muchacho? —Annabella frunció el ceño, extrañada.

—Sí —Cristina la miró, confundida.

—Pero los marqueses solteros suelen ser viudos y tienen más de cuarenta —argumentó Annabella, aún intrigada.

Cristina soltó una carcajada. Se reía de ella, de su ingenuidad. A ojos de Cristina, su hija era tan inocente que había creído, de verdad, que la entregarían a un anciano a cambio de dinero.

—Hablé con su padre, cariño —dijo entre risas—. Mi amigo, el marqués de Sutherland, pide tu mano en nombre de su heredero.

—¡¿El marqués de Sutherland?! —Annabella se puso en pie, y el cuarto pareció inclinarse.

—¿Lo conoces? —Cristina alzó una ceja.

—No… bueno… sí —Annabella apretó los labios—. Un poco.

—Bueno, cariño. En ese caso, mejor. Te casarás con él.

Annabella caminó por la habitación como si el suelo le quemara.

—Pero… él no mostraba intenciones de casarse.

—Los hombres son muy cambiantes, amor. Además, será marqués; necesita una mujer lo antes posible.

—Pero…

—Annabella, no te entiendo —Cristina se exasperó—. Pensé que te encantaba Londres y querías vivir aquí.

—Sí quiero —afirmó Annabella—. Es solo que… lo conozco un poco… y no creo que esté en busca de esposa.

—Pues lo está —cortó su madre, fastidiada por tantas dudas.

Annabella se acuclilló ante ella y le tomó las manos con ansiedad, como si quisiera sostener la respuesta antes de oírla. Sus ojos brillaban de esperanza y sus mejillas se encendieron.

—¿Me ama? —preguntó, ilusionada—. Madre, si han pedido mi mano, quiere decir que me ama… ¿verdad? —sonrió, temblándole la emoción—. Yo… he hablado con él. No es un hombre que se deje influenciar por nadie, eso quiere decir… —se calló, pensándolo con fervor—. ¿Me ama, cierto, madre?

Cristina la miró un momento. No lo sabía. En realidad, había concretado todo con el padre, no con el hijo. Pero no podía permitir que su hija se sintiera una víctima desde el primer día. Annabella creía en historias de amor; y si para sostenerla había que inventarle una, lo haría. Al menos lo que durara la farsa.

Además… ¿quién no llegaría a amar a esa criatura que la miraba así? Tan noble, tan dulce, tan buena. Sí: la mujer perfecta.

—Sí, mi amor —afirmó Cristina—. Te ama.

Annabella sonrió y se puso en pie, llevándose ambas manos a la boca. Estaba tan feliz que sintió que se desmayaría. Desde hacía tiempo tenía sentimientos hacia Lord Hamilton, pero desde aquel beso… todo había cambiado. Había sido exactamente lo que soñó: una certeza luminosa y peligrosa; nada igualaba lo que la inundó cuando sus labios tocaron los de él; en ese instante, lo supo con brutal claridad: lo amaba.

Y ahora… él afirmaba amarla también.

—¿Cuándo será la boda?

—Bueno, mi amor, tenemos que ver las amonestaciones, tu ajuar, el vestido, la comida, invitados…

—Sí, mamá, pero ¿para cuándo es? —insistió, nerviosa—. Seguramente fijaron fecha, ¿no es así?

—Dentro de cinco meses —asintió Cristina.

—¡Vaya, es mucho! —Annabella sonrió con risitas nerviosas, tocándose los labios como si sintiera aquel beso de nuevo—. Pero tendré tiempo de novios… eso es bonito, ¿verdad, mamá? ¿O a ti te gustó más ya de casada?

Cristina se sonrojó hasta el límite de lo posible y se puso en pie. La miró con reproche y la regañó de inmediato.

—Annabella, esos no son temas de señoritas. No andes preguntando esas cosas.

—Pero no he dicho nada malo —sonrió ella, inocente.

—Ay, Annabella… me sacas canas verdes. Anda, cámbiate. Hay cosas que hacer —la apuró, preguntándose en silencio si habría cometido un error al decirle que ese hombre la amaba, cuando, en realidad, no lo sabía.

Annabella esperó a que su madre saliera para dejar que la emoción, por fin, le estallara en el pecho. Quiso gritar de alegría. Quiso reír. Quiso llorar. Pero, sobre todo, quiso verlo. Porque aunque

lo amaba —y tenía la fortuna de casarse con él— algo en su interior le pedía prudencia. Había hablado con Thomas la noche anterior y nada le había dado indicios de amor. Pero Thomas Hamilton era un idioma que ella apenas empezaba a descifrar.

Aun así, se sentía afortunada: no la casarían con un hombre demasiado mayor. Su esposo sería joven, fuerte y apuesto. Nada podía hacerla más feliz… salvo una cosa: que él la quisiera de verdad. Si eso era cierto, entonces todo sería perfecto.

Se alistó para bajar al comedor alborotado, donde sus primas, los esposos de ellas y sus sobrinos la esperaban con las "buenas noticias" que Cristina ya se había encargado de esparcir por toda la casa… y quizá por todo Londres. Por primera vez, no le molestaba que su madre hablara de más, porque Annabella estaba feliz.

—¡Tía Anna! —gritó Blake, corriendo hacia sus brazos donde se refugió por unos momentos—. ¿Es verdad que te casas?

Annabella miró a la niña con dulzura y un deje de cautela. Blake entendía todo demasiado rápido; era inteligente, perspicaz, intuitiva. Su padre la incentivaba, y ella se volvía aún más aguda.

—Sí, cariño —confirmó Annabella.

—¡Entonces ya no nos vas a querer! —se quejó otra vocecita: Adrien, el mellizo de Blake.

—¿Por qué no habría de quererlos? —sonrió Annabella, poniéndose en cuclillas para quedar a su altura.

—Porque tendrás tus propios bebés —dijo Archie, llegando a la escena. Él, curiosamente, no parecía alterado.

Annabella se sonrojó con una intensidad que le pareció escandalosa. Para un niño era una idea simple. Para ella, en ese segundo, significaba llevar en el vientre una criatura de Thomas Hamilton. Solo pensarlo le provocó un vuelco cálido, un aleteo en el estómago que le dio vergüenza.

—Eso no significa que los dejaré de querer —los abrazó—. Además, no está pasando. Creo que falta mucho para que yo tenga un bebé.

—Pero no falta mucho para tu boda —Elizabeth se cruzó de brazos, mirándola como si le reprochara algo.

—¿Qué? —Annabella frunció el ceño—. ¿Qué pasa?

—Bueno, me alegra que nos informes de tus movimientos —replicó Elizabeth, todavía molesta.

—Elizabeth, querida —Marinett le tocó el hombro—. Ella puede tener sus secretos. Ya lo ha hecho otras veces.

—No vuelvas con lo mismo, Marinett —la regañó Katherine— o te acusaré de dramática como a tu hermana.

—Mami, ¿tía Bella con quién se casa? —preguntó Blake.

Katherine sonrió con maldad y clavó en Annabella una mirada amenazante, de esas que prometían interrogatorio sin misericordia.

—Vayan a abrir sus regalos y cuiden a su hermana —ordenó la pelirroja a sus mellizos.

Los niños se quejaron y comenzaron con los berrinches, pero tras una mirada gélida de su madre callaron y corrieron hacia el abeto, donde los más pequeños abrían obsequios bajo la supervisión de Giorgiana y Clare. Había muchos para cada uno: cada familia traía regalos para el resto de los niños de Bermont.

—Tú también ve, Archie.

El rubio asintió y salió detrás de los mellizos. Cuando al fin quedaron solas, las miradas de sus primas se clavaron en Annabella exigiendo una explicación sin decir una palabra.

—Mi madre me comprometió —admitió Annabella, a modo de resolución—. Lo supe esta mañana.

—Vaya que afortunada —sonrió Elizabeth, girando los ojos—. Con el hombre del que estás enamorada.

—¡No estoy enamorada! —protestó Annabella.

—Claro que sí lo estás —rio Katherine.

—No discutiré esto con ustedes —se cruzó de brazos y miró de un lado a otro—. ¿Dónde están los demás?

Las tres sonrieron y, por una vez, le concedieron la tregua que Annabella pedía con los ojos.

—Fueron a montar. Seguro volverán en cualquier momento —informó Katherine.

—¿Y por qué no has ido tú? —Annabella alzó una ceja inquisitiva.

Katherine iba a empezar una discusión cuando los caballeros comenzaron a entrar al salón después del ejercicio.

—Ni una palabra más —advirtió Marinett, y Annabella comprendió: antes de que ella bajara, había ocurrido una batalla campal… y Katherine había perdido. Mejor no recordárselo.

Adam, James y Robert se habían quedado un poco rezagados del resto. La noticia del casamiento de la menor de las Bermont llenaba la casa de alegría… pero ellos conocían al novio y estaban seguros de que Thomas no estaba tan contento como se aseguraba.

Thomas era, en esencia, un alma libre. Muchas veces les había repetido que no se casaría: primero, para enfurecer a su padre; segundo, porque no deseaba deberle lealtad a una mujer. Y ellos entendían el motivo. Era un tema peligroso de tratar con el heredero del marquesado, pero sabían reconocerlo: feliz, no estaba.

—¿Qué crees, Adam? —preguntó James—. Me parece extraño.

—Thomas jamás quiso casarse —recordó Robert—. Siempre nos lo dijo. Y yo… de verdad pensé que no lo haría.

—Y él pensaba cumplir esa palabra —sentenció Adam con total seguridad en sus palabras—. Lo están obligando.

—¿Su padre? —James alzó una ceja—. Pero nunca ha logrado que Thomas haga nada que no quiere.

—Sí, pero seguramente tocó la fina línea en la que Thomas no puede negarse y nunca ha podido hacerlo.

—Quiere decir que lo ha amenazado con eso —dijo Robert.

—No sería la primera vez —concluyó Adam.

Los tres se quedaron callados. Se miraron con esa seriedad de quienes conocen a un hombre lo suficiente para temer por lo que hará cuando se sienta acorralado.

—¿Hablaremos con él? —preguntó James.

—Si nos lo permite —respondió Robert—, que lo dudo.

—Buscará escapar por todos los medios —murmuró James.

—Pero volverá. Su padre estará seguro de ello —suspiró Adam—. Lo importante es que esa niña debe tener mucho carácter para aguantar lo que viene. Un Thomas obligado no es un reto fácil.

—¿Pero ella qué culpa tiene? —inquirió James, preocupado.

—Ella es la novia —apuntó Robert—. En cuanto se casen, nadie podrá decirle nada… ni siquiera su padre.

—Solo espero que no se ciegue por el coraje —James sonrió con amargura—. Sé que la quiere.

—La quería, en todo caso —corrigió Adam—. Thomas nunca amará algo que se le impone.

—Al menos, no de un principio —añadió Robert.

—Tenemos que hablar con él —decidió James—. Hoy mismo.

—¡Papi! —gritó Blake—. ¡Papi, dile a Adrien que no me moleste!

Adam miró a sus amigos un segundo y fue a tomar a su hija en brazos, escuchando atento el torrente de quejas entusiastas que la pequeña le lanzó.

James y Robert caminaron detrás de él, sumidos en el pensamiento funesto de que Thomas haría un lío su propia vida. Siempre había sido así: inteligente, sí, pero impulsivo; capaz de ignorar la razón y lanzarse a lo desconocido como si huyera de lo único que importaba.

Ahora estaría casado.

Y la vida relajada que defendía con fiereza cambiaría para siempre.

Solo quedaba ver —con una inquietud amarga— si también pensaba en arruinarle la vida a la mujer que, sin saberlo del todo, estaba a punto de amarlo con la fe ciega de un corazón joven… y de pagar, por esa fe, un precio que nadie le había explicado.

Capítulo 4

Qué favorables eran los días después de un invierno atroz. Marzo comenzaba a abrirse paso en el calendario y, con él, la promesa de la primavera: la estación favorita de Annabella y, por añadidura, el cumpleaños de un pequeño bebé.

Su madre, al ser su primer y único hijo, se entusiasmaba con la elaboración de aquella celebración. Planificó una fiesta encantadora en el jardín de los Seymour, dándole a Annabella un respiro breve y engañoso frente a la organización de la boda. Cristina, la madre de la joven rusa, la mantenía atareada día tras día entre mandados, pruebas y listas interminables, porque ahora solo quedaban dos meses para el enlace. Al principio, cuando su madre le dijo que sería dentro de cinco meses, Annabella creyó de verdad que era una eternidad; pero, en cuanto se vio inmersa en los arreglos pertinentes para el día en que habría de casarse, refutó todo pensamiento anterior. Ahora le parecía que ni siquiera las horas del día alcanzarían para abarcarlo todo.

Había, además, otro punto que se volvía cada vez más notable: su prometido no la había ido a ver ni una sola vez desde que "se comprometieron". Aquello ponía de nervios a todos… excepto a la joven novia, que parecía no comprender la alarma de sus parientes.

Incluso se había sorprendido conversando al respecto con algunos de los esposos de sus primas, quienes disculpaban el comportamiento de su amigo con un tono extraño, como si él hubiera cometido una falta.

Para Annabella no era tan importante. Normalmente, cada jueves recibía una carta de Thomas: letra firme, concisa, casi siempre contenida. Le informaba dónde se encontraba, como si rendirle cuentas fuera un deber más que un gesto. Tal parecía que su padre lo había enviado a arreglar asuntos de sus tierras en Brighton.

Ese día, Annabella bajó las escaleras con su madre y sus dos fastidiosas primas, quienes jamás se marcharon alegando que, de todas formas, vendrían a la boda y sería un desperdicio de dinero invertir en dos viajes en un periodo tan corto. Por lo tanto, Annabella gozaba —si es que podía llamarse así— de la constante compañía de sus primas rusas, que a diario le recordaban, con delectación, que su prometido no la había visitado ni una sola vez.

—Oh, Annabella —dijo Milenka—, me da tristeza tu situación.

Annabella tenía los ojos enfocados en unos bocetos para su vestido de novia. Por ello, sus primas no notaron cómo rodó los ojos con exasperación ante aquel tema, de nuevo. Cada vez que su madre salía de la habitación, ocurría lo mismo: un juicio, una insinuación, una preocupación vestida de compasión.

—Agradezco tu compasión —sonrió la joven, y volvió a concentrarse en los bocetos, obligándose a que la mano no le temblara al sostener el carboncillo contra el papel.

—Bueno… además no te ha dado sortija, y hace más de dos meses que ya están prometidos; o, bueno, desde el anuncio oficial —intervino Dasha, como si enumerara pruebas en un tribunal.

—No necesito joyas —contestó Annabella con sencillez—. No soy tan superficial como para añorar una argolla.

—¡Por Dios! —Milenka se alteró—. Hasta parece que no eres rusa.

—En Rusia es necesario el afecto —añadió Dasha con aire docto —, pero es mucho más congraciante cuando lo hacen notar con joyas.

—Como he dicho —reiteró Annabella—, no necesito eso.

Dios se apiadó de ella: dos toques en la puerta desviaron la conversación. Sin esperar respuesta, uno de los mayordomos asomó la cabeza y buscó a la castaña en el salón.

—¿Qué sucede, Edgar? —preguntó Annabella con una voz dulce, pulida por la costumbre de hablar con la servidumbre sin perder dignidad ni ternura.

—Señorita —sonrió—, ¿desea salir o prefiere que yo me introduzca?

—Pase, Edgar. ¿Por qué tanto misterio? —Annabella sonrió ante la actitud del hombre mayor, aunque en su pecho se encendió una curiosidad cautelosa.

El mayordomo, vestido con la elegancia sobria de su oficio y sosteniendo la postura erguida que parecía acompañarlo incluso al respirar, se introdujo en el pequeño saloncito donde Annabella preparaba su boda. La joven lo miró expectante; el hombre, canoso y de bigote gracioso, parecía disfrutar el suspenso.

—Ha llegado esto —dijo, al fin, tendiéndole un pequeño paquete.

Annabella observó la cajita forrada de terciopelo azul. La sostuvo un instante con el ceño fruncido, como si la textura misma le estuviera diciendo algo. Luego alzó la vista hacia Edgar, buscando respuestas.

—Tome, mi lady; viene con esto —añadió él, y le entregó una carta.

Annabella giró el sobre. El sello nobiliario de los Sutherland brilló con una gravedad particular. Solo existían dos anillos así: uno lo tenía el padre de Thomas, y el otro pertenecía a su prometido. Aunque había diferencias sutiles: al de su futuro esposo le faltaban algunos adornos del emblema, cosa que el de su padre sí llevaba. Según sabía, el emblema completo se grababa cuando el nuevo marqués absorbía sus labores, sustituyendo al anterior.

Annabella abrió el sobre con manos cuidadosas, procurando que sus primas no notaran que el pulso le aumentaba. Milenka y Dasha, incapaces de disimular su curiosidad, se inclinaron ligeramente. Edgar, discretísimo, fingió mirar la chimenea.

Annabella leyó:

Lamento no estar ahí para dártelo en persona, pero tengo la esperanza de que sea de tu agrado. Te veré pronto. Me despido con cariño, Lady Korsakov.

Atentamente: Thomas Hamilton, Conde de Melbourne.

Annabella sonrió sin siquiera pensarlo. Fue un gesto involuntario, como si la boca hubiese reaccionado antes que la razón. Y, con esa misma prisa contenida —más propia de una joven que de una futura esposa— abrió la cajita.

La cubierta se levantó ante los ojos de los tres testigos: sus dos primas y el mayordomo. Y, en cuanto el terciopelo cedió, un resplandor elegante, casi frío, se adueñó de la luz del salón.

Allí estaba el anillo más hermoso que Annabella había visto jamás.

Era de oro blanco, con innumerables incrustaciones de diamantes diminutos. La forma imitaba una rosa plateada y, en el centro, un diamante grande terminaba de formar la flor, como si la joya guardara una primavera entera dentro de su piedra.

—No lo puedo creer —dijo Annabella, con una sonrisa que le iluminó el rostro.

Sacó el anillo de la caja y, sin demora, se lo colocó en el dedo indicado. Notó el peso perfecto, la firmeza del metal ajustándose a su piel y notó el estremecimiento suave que le trepó por el brazo, como si el gesto significara algo más que un compromiso. Miró a sus primas con una gratitud mordaz, como agradeciendo, sin palabras, las burlas de hace un momento, y contempló el anillo en su mano izquierda como si fuera una promesa tangible.

—¡Pero si es precioso! —exclamó Cristina al entrar en la habitación—. A ver, querida, déjame verlo.

Annabella alargó la mano hacia su madre, disfrutando cómo Cristina asentía varias veces, complacida, examinando cada destello.

—Hermosa, mi niña —dijo la mujer—. No mereces menos.

Annabella sintió un impulso casi infantil de tocarse el corazón, como si ahí latiera el secreto de su alegría.

Se puso en pie.

—Tengo que cambiarme para la fiesta de Jason —informó, ante la mirada de las mujeres.

—Claro —asintió Cristina—. Ve, cariño.

Annabella subió las escaleras rumbo a su recámara. Aquel piso, que tiempo atrás habría sido de ella y de sus primas, se encontraba ahora desolado; la calma era pasmosa. Los primos varones salían

con regularidad y, en la normalidad de la casa, el silencio reinaba con una solemnidad agradable.

Entró en su recámara y cerró la puerta tras ella. Se recargó en la madera un segundo, como si necesitara sostenerse. Luego miró de nuevo la joya que yacía en su dedo y llevó la mano al pecho, donde el corazón parecía habérsele acelerado de pronto. La rosa de diamantes devolvió un brillo sereno; Annabella, en cambio, ardía por dentro con una emoción que no sabía nombrar del todo.

Esperaba verlo pronto.

Pero no tenía tiempo para languidecer en ilusiones. Se apuró en cambiarse. La fiesta sería en el jardín, así que necesitaba un atuendo menos incómodo y, aun así, elegante y alegre. Eligió un sombrero apropiado —con cinta en tonos claros, propio de marzo— y unos guantes cortos de malla de satén con un moño decorándolos. Mientras se vestía, sus dedos volvían una y otra vez al anillo, como si la textura del metal le recordara a Thomas sin necesidad de pensarlo. Y cada vez que lo tocaba, un recuerdo le rozaba la boca: el beso. No el acto, sino la sensación de haber estado demasiado cerca de algo peligroso… y haberlo deseado.

Para las doce del día, su madre, su abuela, las dos primas y Annabella partían a la casa de los Seymour para el cumpleaños del pequeño Jason.

Llegaron con la puntualidad exigida por la etiqueta. Apenas entraron, saludaron armoniosamente a las hermanas de James, que lucían felices pasándose al cumpleañero de brazos en brazos, recibiendo a los invitados y guiándolos hacia el jardín, donde todo estaba listo para darles la bienvenida.

Annabella se sorprendió de lo hermoso del lugar: flores por todas partes, como si la primavera hubiese decidido adelantarse por cortesía del evento. La mesa de regalos rebosaba y la mesa de postres estaba igual de colmada. Los niños corrían desaforados; había pelotas pequeñas de cuero que se lanzaban con entusiasmo, palos de críquet y cuerdas que saltaba la servidumbre con una sonrisa cómplice mientras intentaban mantener el orden.

—¡Annabella! —gritó Emma, corriendo hasta su encuentro.

—Hola, Em —sonrió Annabella—. Pareces niña al correr así.

—Claro —Emma le quitó importancia—. Oye, me estaba informando de que… —repentinamente se interrumpió y exclamó—: ¡Oh, santo cielo, muéstramelo!

Annabella la miró sin comprender.

—¿Qué dices? —frunció el entrecejo.

—El anillo, descarada —sonrió Emma, tomando la mano de su amiga—. Por Dios santo, es hermoso.

—Muchas gracias —Annabella se sonrojó, y fue inevitable: ese rubor no era solo vergüenza, sino una especie de calor íntimo que

subía cada vez que pensaba en Thomas como "prometido" y no como simple visita nocturna en un balcón.

—¡Clare! ¡Alice! —gritó Emma—. ¡Vengan!

Las dos mujeres se miraron un momento, dudando si acudir al llamado efusivo. La curiosidad, al final, fue más fuerte; y viendo que Annabella estaba implicada, apuraron el paso.

—¿Qué pasa, Emma? —preguntó Alice.

Emma extendió la mano de Annabella para exhibir el anillo.

—Basta, Emma —protestó Annabella, intentando retirar la mano; pero Emma era invencible cuando decidía hacer un espectáculo.

—Pero si es muy bonito —asintió Clare. Se había quedado en Londres; Gregory sí regresó a Irlanda, pero ella rechazó hacer dos viajes, considerando que volverían para la boda de Anna.

—¿A que sí? —Emma asintió como si fuera su propio anillo.

Annabella, al fin, retiró la mano y la escondió detrás de sí, como si así pudiera ocultar la evidencia de su emoción.

—Me avergüenzas —insistió.

—Bueno, ¿y qué querías que hiciera? —Emma se encogió de hombros—. No puedo evitar celebrar.

—No hacer nada sería una buena opción —opinó Alice, seca, aunque su mirada era amable.

—¿Eso significa que ya lo viste? —entró Elizabeth en la conversación cargando a Sophi.

—No —dijo Annabella, y en su voz se coló una sombra involuntaria.

—¿Y eso por qué razón? —Katherine alzó una ceja.

Tenía a Ashlyn pegada al vestido; la pequeñuela se chupaba un dedo y parecía negarse a separarse de su madre.

—Él está lejos ahora —lo excusó Annabella, apretando el anillo con el pulgar, un microgesto de defensa que ni ella notó.

—Pero seguro viene hoy —sonrió Marinett—. Lo hemos invitado, por supuesto. Y Thomas adora a Jason; no creo que falte.

—¿*El Hombre Siniestro* se lleva bien con los niños? —se burló Emma.

—No lo conoces —sonrió Marinett, recordando lo bueno que Thomas podía llegar a ser cuando quería.

—Ni tampoco quiero —Emma fingió un escalofrío—. Me aterra.

Katherine miró hacia la puerta, la que comunicaba con el jardín.

—En ese caso, será mejor que te vayas.

—¿Qué? ¿Por qué? —Emma frunció el ceño.

—Porque ahí viene —Katherine señaló apenas con la cabeza.

Emma, como si el miedo fuera real, tomó la mano de Alice y Clare y las jaló para echarse a correr. Por supuesto, las dos arrastradas en

la locura de la rubia se quejaron, pero Emma tenía una fuerza sobrehumana cuando se trataba de huir.

—Pero qué cobarde —sonrió Elizabeth—. Ni que la fuera a comer.

En ese momento, la marquesa de York volvió la mirada y se dio cuenta de que, definitivamente, aquel hombre tenía algo que intimidaba incluso a los más valientes. No era solo la estatura, ni la elegancia oscura, ni la manera en que llevaba los guantes como si fuesen parte de su piel. Era el aire que lo rodeaba: una especie de control tenso, como si cargara un secreto demasiado pesado para una tarde soleada de Inglaterra.

—Saben… creo que Robert me está buscando —murmuró Elizabeth—. Además, parece que Sophi va a llorar, mejor me voy.

—Pero quién lo diría —sonrió Katherine—. Elizabeth huyendo. —Luego miró al caballero que se acercaba—. Aunque acepto que no se ve muy contento y resulta bastante aterrador.

—Tal vez está cansado —aportó Marinett, recordando el mal humor que Thomas solía cargar cuando no descansaba.

Katherine asintió, prudente:

—Mejor no seguimos hablando de él… que ya está demasiado cerca.

—¡Thomas! —Marinett sonrió con verdadera calidez—. ¡Qué bueno que has logrado llegar!

Thomas inclinó apenas la cabeza. Su saludo fue correcto, pero su mirada parecía estar en otra parte, como si el jardín, los niños y los postres fueran un escenario secundario.

—Sí… bueno, vengo de pasada —informó con llaneza.

—¿Por qué? —preguntó Marinett, extrañada.

—Tengo cosas que hacer —respondió.

Annabella, desde que Katherine anunció su llegada, había quedado muda. Sintió el cuerpo reaccionar antes que la mente: un calor en el pecho, un leve cosquilleo en la boca, el recuerdo del balcón como una sombra dulce. Podría empezar por agradecerle el anillo. Podría preguntarle por su viaje a Brighton. Podría sonreír. Pero nada salía. Cada palabra se le quedaba atrapada en la garganta, como si su educación le prohibiera pronunciar lo que en verdad quería decir: Te he pensado cada día.

Cuando menos pensó, se dio cuenta de que sus dos primas habían desaparecido y de que Marinett se había alejado con una excusa cualquiera. Y ahora Annabella se encontraba sola con el caballero que sería su marido dentro de unos meses.

El sonido de las risas infantiles parecía quedar lejos.

—Señor… —murmuró ella, tímida—. Le agradezco.

Thomas, que había estado observando a la sociedad acumulada en la casa Seymour, volvió el rostro con lentitud. Enfocó a su

prometida con una expresión seria, ecuánime, casi impersonal. Sus ojos azules estaban limpios de ternura.

—¿Por qué agradece? —preguntó con brusquedad.

Annabella sintió que el rubor le subía a todo el rostro, y bajó la vista por puro instinto, por protección.

—Bueno… por el anillo —dijo.

—¿Anillo? —inquirió él, como si la palabra le resultara ajena.

—Sí —Annabella se tocó el anillo en el dedo anular izquierdo sin pensarlo: un microgesto, pequeño y revelador, que delataba cuánto significaba aquello para ella.

Thomas vio la joya. Por primera vez, su boca se curvó en algo parecido a una sonrisa, pero era una sonrisa de escepticismo. Negó varias veces, como si no creyera lo que estaba mirando o, quizá, como si se reprochara algo.

Tomó la mano de Annabella.

El contacto fue breve, correcto, pero Annabella sintió la electricidad de esa piel sobre la suya como si no llevara guantes. El mundo se le concentró en los dedos de él, en la forma exacta en que sostuvo su mano, en el pulso que le golpeó la muñeca con una urgencia vergonzosa. Quiso que él lo notara, pero al mismo tiempo deseó que no lo hiciera.

Thomas observó la argolla de cerca.

—Es bonito —asintió.

—Sí —Annabella concordó, un poco descolocada. No entendía el tono, ni ese "bonito" pronunciado como si hablara de un objeto más en la mesa de postres—. Me ha gustado mucho.

—Qué bien —cortó él, y soltó su mano.

Comenzó a caminar lejos de ella, como si aquel minuto de interacción hubiera sido una obligación.

—¡Espere! —Annabella lo retuvo, tomándolo por el brazo.

Thomas apartó el brazo con rapidez; no llegó a ser brusco, pero sí definitivo. Annabella sintió el rechazo como una corriente fría.

—¿Algo más que quiera decir? —preguntó él. Annabella se puso nerviosa, bajó la cabeza y negó varias veces—. Bien.

Thomas se alejó de ella y del resto de la fiesta. Se iba. Pero fue interceptado por sus amigos: los esposos de sus primas. Los tres lo cercaron con la familiaridad de quienes no temen incomodar. Thomas quedó atrapado en una conversación donde, por su expresión, parecía estar siendo atacado.

Annabella se encogió de hombros y caminó hacia donde estaban sus sobrinos. Se repitió a sí misma que quizá Thomas estaba cansado, como había dicho Marinett. Se obligó a sonreírles a los niños. Aplaudió un juego. Ajustó un sombrero. Tocó, sin darse cuenta, el anillo con el pulgar una y otra vez, como buscando fuerza en su metal.

Mientras tanto, del otro lado del jardín:

—Thomas, ¿nos vas a decir qué sucede? —James lo detuvo.

—¿Con referencia a qué? —respondió sin darle importancia, aunque el músculo de su mandíbula trabajó con una tensión visible.

—¿Es broma, no? —James insistió—. A tu boda.

—¿Qué pasa con eso?

—Tú no querías casarte —le recordó Robert.

—Ni tú —acusó Thomas, irritado—. No veo por qué el escándalo.

—Porque te conocemos. Sabemos que no querías casarte, y menos con una de las Bermont; todos sabemos el motivo —dijo Adam con tranquilidad, tratando de que su tono calmara y no alebrestara.

Thomas los miró con calma, pero por dentro lo estaban sacando de quicio. Tenía el mismo nudo en el pecho desde la noche de Navidad: un nombre, una voz, la risa de mujeres mayores, el apodo que le había cortado el aire. Y, encima, la conversación de su padre esa madrugada, pronunciada con esa elegancia venenosa que no dejaba marca visible: "Un Sutherland no se permite el lujo de desobedecer, Thomas. No después de todo lo que te he dado y no después de todo lo que puedo quitarte".

—No les importa —dijo finalmente, y dio un paso para irse.

—Todo lo contrario —Robert se interpuso—. Nos preocupas… pero esa niña no tiene la culpa.

Thomas contuvo el impulso de golpearlo. No estaba de humor. Mucho menos después de ver a Annabella con el anillo puesto, mirándolo como si él fuera la respuesta a una plegaria. Lo mejor era marcharse. Pero sus amigos le impedían la acción; y aquello solo propiciaba escenarios en los que la fiesta se arruinaba.

—Si tanto les preocupa, convénzanla de no casarse y listo —dijo Thomas con sarcasmo, limpiándose las manos como si la responsabilidad no le perteneciera. Los miró con furia—. Por mí no hay ningún problema.

—Sabes que no lo hará —se quejó James.

—Lástima —Thomas se encogió de hombros a sabiendas de que eso sería una maldición para los dos—. En ese caso será mi mujer.

—Thomas, dinos qué sucedió —exigió Robert—. Siempre has podido contar con nosotros.

—Ahora no —negó él, dando un paso hacia atrás para alejarse—. Esto es solo mío y nadie puede intervenir.

Los tres caballeros vieron cómo su amigo partía de la fiesta, atrayendo miradas inquisidoras de toda la sociedad. Se miraron entre sí y después enfocaron a la castaña que jugaba con los niños: alegre por fuera, luminosa, como si su corazón no hubiera sentido el golpe del abandono por su futuro marido.

—Espero que no lo arruine —murmuró James.

—Le hará la vida dura —asintió Robert.

—Lo peor —dijo Adam— es que no podemos advertirle. Simplemente… las cosas tendrán que pasar.

—Mantendremos a raya a Thomas —sentenció James—. No le dejaré maltratarla cuando ella es…

—Por favor, James —Robert se quejó—. Sabes que Thomas no tiene la capacidad de maltratarla.

—No —negó Adam—. Va en contra de él. Pero algo me dice que nuestro amigo tiene un debate interno… y la más golpeada será esa pobre joven que ni idea tiene de lo que sucede ni en lo que se meterá.

—Los Bermont lo asesinarán si saben que Annabella es infeliz —apuntó Robert, mirando a los primos de la joven.

—Sí —concordó Adam—. Pero ella no lo dirá. Se guarda todo. Incluso ahora lo excusa y le perdona. Le ama.

—¿Sabes? —James lo miró—. Cuando haces eso, me das miedo.

Adam alzó una ceja. Robert se encogió de hombros.

Esa noche, Annabella llegó a su habitación lista para deshacerse del vestido y ponerse un camisón. El cansancio la arrastraba, pero lo que más la pesaba era esa extrañeza instalada en el pecho desde que vio a Thomas. Había recordado, con una nitidez casi dolorosa, la profundidad de aquel beso; el modo en que su cuerpo lo había reconocido como una verdad. Y, sin embargo, él se había

comportado como si ella fuera un trámite… como si estuviera enojado con ella.

¿Pero por qué lo estaría?

Annabella se dejó caer sobre la cama. La habitación olía a talco y a ropa limpia, a noche tranquila, a casa. Se quitó los guantes con lentitud y, al hacerlo, se sorprendió mirando otra vez el anillo: el diamante devolvió un destello, y ese destello le pareció una mueca del destino. Se llevó los dedos a los labios sin darse cuenta, apenas un roce, un microgesto secreto que la habría avergonzado si alguien lo viera. Como si la piel aún recordara. Como si el cuerpo insistiera en esperar de Thomas algo que la realidad no confirmaba.

Cerró los ojos. Deseaba dejar de pensar. Deseaba que su cerebro dejara de trabajar, aunque fuera por unos momentos. Y se quedó allí, inmóvil, esperando a que un sueño profundo la arrastrara por fin… antes de que el miedo —ese miedo elegante y silencioso que acompaña a las promesas— volviera a recordarle que el amor, cuando se mezcla con la obligación, suele convertirse en otra cosa.

Capítulo 5

Los días pasaban con una velocidad cruel, devorados por los miles de mandados que Annabella debía atender a diario. La boda, que al principio le pareció lejana, se acercaba como una sombra que se alargaba cada tarde; y ella se sentía cada vez más nerviosa. Había momentos en que el cansancio le trepaba por los huesos con una amenaza sorda, como si, de un instante a otro, fuera a desplomarse sin dignidad en medio de encajes, cintas y listas de invitados. Los arreglos no terminaban nunca. Y, a veces, se preguntaba si de verdad existía ese momento mítico en el que una novia podía decir, con alivio absoluto, que ya no faltaba nada.

—Señorita Annabella —la llamó el mayordomo desde la puerta—. Le ha llegado una carta, mi lady.

Annabella alzó la vista y una sonrisa, involuntaria, le suavizó la boca. Extendió la mano para recibir el sobre. Esta vez llevaba el sello de la casa Hamilton: el emblema completo. Eso significaba que el comunicado venía del padre de Thomas.

Durante un latido, una sensación desagradable se instaló en su pecho, apretándole el aire como si alguien le hubiera cerrado un broche invisible. ¿Malas noticias? La imaginación —siempre tan pronta a la fábula— se le llenó de presagios.

Pero, en cuanto comenzó a leer, toda preocupación se esfumó.

Querida Lady Korsakov:

Mi esposo y yo estamos sumamente interesados en conocerla personalmente. Espero que nos honre con su presencia esta noche en nuestra casa, a las ocho. Lamentablemente, no tengo certeza de si mi hijo llegará esta noche, pero mi hija Daniela y su esposo estarán presentes. Espero su confirmación.

Atentamente, Lady Marie Hamilton, marquesa de Sutherland.

Annabella leyó la carta una y otra vez, como si el papel guardara un doble sentido que solo se revelaría con insistencia. La invitación era un puente, sí; pero también una puerta. Y las puertas, en las historias, a veces conducían a salones iluminados y otras a pasillos fríos. ¿Iría sola a casa de su prometido? Thomas seguramente no estaría. Tendría que apañárselas frente a sus padres… y a sus futuros cuñados. Y, de pronto, la emoción se mezcló con una punzada de temor: la extraña conciencia de que ser "la prometida" no garantizaba pertenencia, solo exposición.

—¿Qué pasa, hija? —preguntó su madre, entrando al lugar donde ella estaba sin darle mayor importancia a lo que su hija hacía.

Annabella dobló la carta con cuidado, como si el gesto pudiera ordenar sus pensamientos y calmar sus nervios.

—Una invitación —sonrió, intentando que no se notara cómo se le tensaban los dedos alrededor de la nota.

—¿Ah, sí…? ¿De quién? —Cristina lo preguntó distraídamente, ya ocupada revisando un catálogo de telas como si la vida se decidiera por el grosor de una seda.

—De la marquesa de Sutherland… habla en nombre de su esposo.

—¡Dios mío! —Cristina dejó caer el catálogo y, por primera vez en toda la tarde, su atención hacia ella fue absoluta. Se acercó y se sentó junto a su hija—. ¿Cuándo?

—Hoy —Annabella le mostró la carta—. Es para cenar.

—¡Tienes que verte preciosa! —dictaminó su madre, como si acabaran de anunciar una audiencia con la reina—. Deberías comenzar a arreglarte desde este momento.

—¡Pero si apenas son las tres! —se quejó Annabella, y la queja le salió fina, quebradiza, como un hilo.

—Nada de eso, señorita. Vaya de una vez a bañarse. —Cristina señaló la salida con una autoridad dulcísima—. No discutiré.

—Pero, mamá, aún me falta decidir lo de…

—No te preocupes. Para eso tienes madre —asintió, complacida consigo misma—. Ahora haz lo que te digo.

Annabella obedeció. Subió las escaleras con una lentitud que traicionaba el peso de lo que sentía. No pudo evitar suspirar. Le subían náuseas de anticipación: un malestar leve, casi elegante,

como si el cuerpo le advirtiera que esa noche no sería un simple trámite.

Le habría gustado no ir sola. Pero la carta la nombraba a ella, únicamente. No era como si pudiera invitar a alguien más. Sus primas lo habrían hecho sin pensarlo dos veces; habría sido natural para ellas irrumpir donde no se les abría del todo la puerta. Annabella, en cambio, cargaba con esa educación que la mantenía contenida hasta cuando el corazón quería correr.

A eso de las siete, Annabella estaba lista. Su madre la inspeccionaba con el rigor con que se revisa una obra antes de exponerla al mundo. El vestido rosa palo —de una tela ligeramente tornasolada— iluminaba su piel blanca. El peinado, lleno de rizos y recogidos, sostenía su cuello como si lo celebrara. Solo faltaba el rostro, que recibió un velo de polvo fino y un rubor discreto que parecía natural. Cristina, insatisfecha con la moderación, alargó las manos y pellizcó las mejillas de su hija para darles color.

—Estás hermosa. Ese hombre es muy afortunado de tenerte.

—Mamá… —Annabella bajó la mirada, avergonzada. Avergonzada… y extrañamente cálida por dentro, porque "ese hombre" tenía un nombre que le hacía cosquillas en la lengua: Thomas. Y ese nombre, desde la Navidad, le vivía cerca de la boca.

—Pero ya vete —la apuró—. No puedes llegar tarde.

Annabella asintió. Con los nervios saliéndosele por cada poro, subió al carruaje y dio la orden de llevarla a casa de los Hamilton.

En el camino, logró ponerse aún más nerviosa. El pie le golpeaba el suelo del carruaje con un ritmo continuo, como si el cuerpo intentara gastar la ansiedad a fuerza de repetición. Estrujaba sus manos, luego las soltaba, luego volvía a estrujarlas. Y giraba el anillo de compromiso con un gesto pequeño, íntimo, como si la rosa de diamantes pudiera orientarla.

¿Estaría vestida para la ocasión? ¿La encontrarían agradable? ¿Se vería bonita? ¿Se sentiría… suficiente?

La casa Hamilton apareció entre faroles y sombras, solemne, con esa grandeza que no necesita alardear: piedra oscura, ventanas altas, el brillo del metal en las barandillas. Un aire de realeza —sí—, pero también de misterio. Annabella pensó, sin poder evitarlo, que si aquello fuese un cuento, en el interior habría objetos que hablan, pasadizos secretos y criaturas fascinantes escondidas detrás de tapices.

—Señorita Korsakov —la llamó el cochero—. Hemos llegado.

—Ah… sí, claro —murmuró Annabella, tomando la mano que el mozo le ofrecía para ayudarla a bajar.

Las piernas le temblaron al subir las escaleras. No quería que se notara, así que caminó con cuidado, midiendo cada paso, forzándose a mantener el mentón en alto. Cuando la puerta se abrió y solo

encontró a un hombre con una sonrisa afable, la desilusión la rozó… y, aun así, se permitió pensar que quizá era un ogro con buen carácter, o un duende que creció demasiado. Ese juego la ayudaba: cuando tenía miedo, revestía lo real con mitología.

—Adelante, señorita —indicó el hombre, señalando la entrada que Annabella ya conocía. Incluso había dormido en esa casa, tiempo atrás, cuando Marinett se refugió allí.

Annabella sonrió, dejó que le abrieran la puerta y se permitió entrar en el silencio. Era raro: no se escuchaba un solo sonido. Por un instante pareció un sepelio. Pero cuando el mayordomo la condujo al comedor, descubrió seis sillas ocupadas. Lo más chistoso —y lo más inquietante— era que dos de los presentes eran niños… y ni siquiera se movían. No se balanceaban, no hablaban, no desobedecían. Comían como pequeños soldados.

—Annabella —sonrió el hombre en la cabecera de la mesa—. Siéntate, querida. Te estábamos esperando.

La orden, envuelta en cordialidad, no dejaba de ser orden. Annabella sintió el impulso de debatirla; aun así, asintió con una sonrisa y caminó bajo las miradas atentas de los parientes de Thomas. Permitió que un mozo le separara la silla y la ayudara a sentarse, como si el mobiliario también tuviera voluntad.

—Me han dicho que eres una de las Bermont —dijo de pronto la joven que se encontraba sentada junto a su madre.

—Bueno, sí. Aunque en realidad ese no es nuestro título.

—Por supuesto que no. Todo el mundo sabe que las Bermont se casan con extranjeros, siempre —comentó la joven, aceptando el cucharón de sopa que los sirvientes servían en porcelana fina.

—No creo que sea una normativa —dijo Annabella, con suavidad.

Le hacían las mismas preguntas con frecuencia: como si "Bermont" fuera una raza, un vicio, una mala costumbre. Y, sin embargo, más de un noble en Londres estaba casado con extranjera. Y sí: hablaba de sus primas.

—¿En serio? —la joven alzó una ceja oscura, en desaprobación, y rio apenas—. Yo creo que sí lo es.

—Daniela —la detuvo su padre, con una calma tensa—. Ni siquiera te has presentado y ya estás interrogando. ¿Qué educación te he dado?

Daniela bajó la mirada, furiosa. Luego, como si nada, alzó el rostro con una sonrisa impecable y se enfocó en Annabella.

—Daniela Grintegard. Mi esposo Dimitri y mis dos hijos: Marian y Luciano —presentó con rapidez, sin añadir afecto.

Annabella notó en aquellas facciones bonitas un enojo que le resultaba desconocido. Un enojo sin justificación aparente… salvo que ella fuera, por alguna razón, el motivo. Daniela era una mujer muy blanca, de cabellos castaños y ojos verde aceituna, como su madre; lo mismo que sus hijos. Dimitri, en cambio, mantenía la

sonrisa todo el tiempo, como si quisiera cortar el ambiente con amabilidad.

—Soy Annabella Korsakov —se presentó la joven—. Un gusto.

—Bueno, en ese caso, soy Humberto —dijo el padre de Thomas —. Y ella es mi esposa: Marie.

La marquesa tenía facciones hermosas, nariz ligeramente respingada y ojos verde aceituna. Sus cabellos, largos y castaños, mostraban algunas canas dispersas, como hilos de plata que no le restaban belleza sino historia. Nadie negaría que Lady Marie Hamilton seguía siendo deslumbrante.

—Un gusto conocerlos a todos —dijo Annabella.

Después de esa presentación extraña, la comida se tomó en un silencio casi ceremonial. Annabella entendía la etiqueta de los adultos, pero lo que la perturbaba era la quietud de los niños. Luciano y Marian miraban su plato y llevaban cucharada tras cucharada a la boca con una obediencia que parecía ensayada.

Cuando la cena comenzaba a acabarse, las conversaciones iniciaron en voz baja y solo entre cercanos, lo que dejó a Annabella sin interlocutor. Estaba sentada del otro lado de la mesa. Los padres de Thomas tenían su propio diálogo; Daniela, su propio hielo.

Annabella miró a su derecha y se encontró con un par de ojos verdes que la observaban curiosos.

—Hola —saludó ella con una sonrisa—. Soy Annabella.

—Luciano —susurró el niño—. ¿Es verdad que te casas mi tío?

El nombre que no se mencionó le rozó la piel como una caricia inesperada que no sabía si categorizar como placentera o no.

—Sí —sonrió Annabella—. ¿Te molesta?

—No —negó Luciano—. Pero a Marian sí.

—Mentira —susurró la niña, casi ofendida—. A mí me gusta mi tía.

Annabella se sonrojó ante la aceptación espontánea de los pequeños. De pronto se sintió más a salvo entre ellos que entre los adultos. Daniela no la soportaba eso; Dimitri parecía empeñado en no aumentar el conflicto; y los padres de Thomas… la observaban con una atención que no era del todo cálida ni del todo hostil. Era, más bien, la mirada que se posa sobre algo que se evalúa.

—Dime, Annabella —dijo Daniela, tras una pausa demasiado larga —, ¿te gusta tu nombre?

—¿Mi nombre? —Annabella parpadeó, desconcertada.

—Sí.

—Bueno… sí, me agrada —contestó, sin comprender el propósito.

—Suena muy inglés —Daniela se encogió de hombros.

—Mi madre es inglesa, pero mi padre era ruso… así que se pelearon un poco por los nombres —sonrió Annabella—. Tengo dos, por cierto. Ayshane es el segundo.

—¿Qué significa Ayshane? —preguntó Marian.

—Ángel guardián —respondió, con una sonrisa—. Eso significa.

—¿Y por qué no usas ese? —inquirió Luciano.

—Me gusta más mi otro nombre.

—El nombre inglés —comentó Daniela, como si dictara una sentencia—. Qué raro.

—No me lo parece —se defendió Annabella, con una firmeza que le sorprendió a ella misma—. Me gusta Inglaterra y me gusta el nombre.

—No te alteres, querida —sonrió Daniela—. Yo también tengo un nombre que odio.

—En realidad yo no lo odio…

—Mi segundo nombre es Cristina —Daniela alzó una ceja—. Es un nombre terrible. Horrendo.

Annabella sintió el golpe como si se lo hubieran dado con guante: no sangraba, pero ardía. Daniela sabía —o debía saber— que la madre de Annabella se llamaba así. Y aun así lo escupía con desprecio, mirándola de una forma que no dejaba lugar a duda.

—La madre de Annabella se llama así, Daniela. Cuida tu lengua —la regañó Humberto, seco.

—Lo sé, pero no te lo tomarás personal, ¿verdad? —Daniela clavó en Annabella una mirada gélida, orgullosa de no ocultar su desdén.

—No me ha ofendido —mintió Annabella con seguridad, porque la dignidad también era parte de su educación—. Pero creo que será mejor que me marche antes de que se haga más noche.

Se puso de pie. Por dentro, el orgullo le temblaba: no quería mostrar debilidad. Sin embargo, la puerta del comedor se abrió en ese instante y el mundo, para Annabella, cambió de temperatura.

Thomas apareció en el umbral, y la sorpresa le atravesó el rostro. A ella también. Él, que era capaz de dominar un salón con su sola presencia, se quedó inmóvil un segundo, como si no esperara verla allí… como si aquel encuentro le resultara una trampa.

—¡Tío! —gritaron los niños, al fin comportándose como niños.

Thomas dejó que los dos pequeños se colgaran de sus piernas, aunque Annabella notó su incomodidad: la rigidez breve en los hombros, el gesto contenido de alguien que tolera el afecto como se tolera una visita inesperada. Sus ojos, sin embargo, se movieron. Buscaron. La encontraron a ella.

—Hijo —sonrió Humberto—. Qué bueno que llegas.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Thomas sin rodeos.

—Invitamos a tu prometida a cenar —dijo su madre—. Espero que no te moleste.

—No fui informado —respondió Thomas, claramente molesto. Su voz tenía ese filo controlado que no gritaba, pero cortaba.

—Mamá pensaba que de esa forma llegarías —Daniela soltó una risita—. Así no tenías oportunidad de escapar.

Annabella ya no estaba dispuesta a quedarse. No era tonta: comprendía perfectamente que no era deseada en esa casa y le agradeció a Dios, en silencio, que Daniela no viviera allí.

—Será mejor que me retire —asintió la joven, tomando su falda para zafarse de la silla que parecía aferrarse a ella. Dio unos pasos hacia la puerta con la resolución de irse cuanto antes.

Pero no le sería tan fácil escapar.

—Señorita Korsakov —la llamó el padre de Thomas, sin elevar la voz, y aun así la detuvo—. Permita, por favor, que mi hijo disfrute de su compañía por un momento.

Annabella volvió la vista. Thomas mantenía sus ojos azules sobre la figura de su padre: una batalla silenciosa, hecha de autoridad y resistencia. La joven sintió que no debía quedarse y negó con la cabeza, continuando hacia la salida.

Entonces, de pronto, la mano de Thomas se coló en su cintura.

No fue un agarre violento. Fue algo peor: una presión leve, exacta, suficiente para cambiarla de dirección. Un "empujoncito" cortés que, por la cercanía, le encendió la piel. Annabella sintió que el aire se le detenía; el contacto le dejó un rastro de calor que no debía existir en un gesto social. Thomas la guio de vuelta hacia la

mesa y señaló la silla de la que se había levantado. Se la retiró con corrección para que se sentara, y él ocupó la silla adyacente.

Annabella bajó la vista al instante, pero no pudo evitar un microgesto traidor: los dedos buscaron el borde de su anillo, lo giraron apenas, como si necesitara aferrarse a algo para no temblar. Su corazón latía demasiado rápido. Tenerlo así de cerca —la sombra de su cuerpo, su voz, su presencia— era un recuerdo vivo de aquella noche en el balcón, y esa memoria le rozaba la boca como un secreto indecente.

—Señorita, no crea que mi hija es tan maleducada normalmente —Humberto lanzó una mirada de advertencia a Daniela; ella bajó la mirada, sin pedir disculpas—. Lo que pasa es que adora a su hermano y no acepta que se vaya de su lado.

Annabella miró a su futuro suegro, luego a Daniela, y se dijo que, aunque quisiera creerle, algo no cuadraba. Una hermana celosa podía ser normal en una joven soltera; pero Daniela estaba casada, con hijos, con un marido que parecía adorador… ¿por qué habría de celar a su hermano mayor?

—Entiendo —asintió Annabella, sin querer contrariar al hombre.

—Muy bien —sonrió satisfecho el marqués—. Thomas, es un gusto contar con tu presencia, ya que así podrás disponer de más tiempo para compartir con tu prometida.

Annabella no se atrevió a mirar a Thomas.

Sus mejillas ardían y sus manos, en el regazo, se entrelazaban y desenlazaban solas, como si el cuerpo no supiera dónde colocarse. Estaba demasiado consciente de él: del movimiento mínimo de su muñeca, de la línea de su mandíbula, del olor a frío y cuero que traía del exterior. Y esa consciencia, reprimida por educación, se convertía en un deseo mudo que le subía por la garganta y se quedaba ahí, como una palabra prohibida.

—Lo lamento, pero regresaré en seguida a Brighton para atender… más asuntos —dijo Thomas con seriedad, dejando en claro su molestia.

Lady Marie intervino entonces, recordándole a Annabella que también existía una figura en esa mesa: silenciosa, precisa, dueña de una autoridad que no necesita ruido. La marquesa apenas hablaba; se dedicaba a comer con calma y a dirigir, con miradas y movimientos discretos, a los sirvientes que aguardaban atentos, como si la casa respirara al ritmo de sus dedos.

—¿Qué te gusta hacer, querida? —preguntó Marie con voz conciliadora—. Sabemos muy poco de ti.

Annabella le sonrió. La voz de su futura suegra era entonada y melódica, como si las palabras le nacieran ya educadas.

—Me gusta el piano, señora —respondió con sinceridad—. Es mi mayor fuente de diversión… y amor.

—Pronto será su segundo amor, espero —bromeó Humberto, divertido—. Espero que mi hijo tenga el honor de ser su mayor amor.

Annabella se puso aún más colorada. Sus dedos se enredaron, desesperados, y su mirada se perdió en un pliegue del vestido, como si allí pudiera esconderse. De reojo sintió la presencia de Thomas al lado: su quietud tensa, su silencio como una pared.

—Oh, querido, no la avergüences así —dijo Marie, mediando por su nuera—. No te preocupes, mi esposo es siempre así de bromista.

—Sí… muy bromista —murmuró Daniela con sarcasmo.

Los padres volvieron a mirarla con advertencia.

—Dime, Annabella, ¿qué te gusta tocar? —preguntó Marie, insistiendo en suavizar el ambiente.

—En realidad me gusta tocar de todo, pero mis favoritas son las de Bach… —Annabella sonrió, agradecida de poder hablar de algo que no la expusiera.

—Esas son las favoritas de mi mamá —dijo Daniela de inmediato, con un tono que parecía acusar a Annabella de… ¿qué exactamente? Ni ella misma lo sabía.

—¿Usted toca? —preguntó Annabella con inocencia genuina, demasiado limpia para captar del todo la malicia.

—En realidad… —Marie se avergonzó, incapaz de terminar.

—No toca —dijo Thomas, cortante, en el mismo tono que había empleado desde que entró.

—¿Pero…?

—A mi padre no le gusta cómo toca mi madre —sonrió Daniela con una mueca sarcástica, casi cruel.

El semblante de Humberto se tensó. Era el rostro de un caballero que, por educación, no estalla; pero cuya paciencia tiene límites de acero. Su mirada no necesitó elevar la voz para amenazar: bastó con que Daniela la sintiera.

—Daniela —intervino Dimitri—, creo que los niños ya tienen sueño.

Daniela miró hacia los pequeños, que lentamente recostaban la cabecita sobre la mesa. Se puso en pie, tomó sus manitas y los condujo hacia la puerta, seguramente rumbo a sus habitaciones.

—¿Por qué no pasamos al salón para tomar una taza de té? —sugirió Humberto, deseoso de retener a Annabella un poco más, como si tenerla allí fuera ganar una partida.

Pero Annabella tenía otros planes. Notaba la incomodidad de varios presentes, incluyendo a Thomas. Y, sobre todo, notaba la suya: prefería marcharse con el mínimo orgullo intacto antes de quedarse hasta que ocurriera algo irreparable.

—Creo que sería mejor que me fuera ahora —dijo—. Es un poco tarde, y mi madre seguramente me regañará si me demoro más.

—Vamos, solo será una taza de té —insistió Humberto, persuasivo.

Thomas miró a su padre con repulsión. Aun así, se puso en pie y retiró la silla de Annabella con la corrección exigida por la etiqueta.

—Creo que, si desea irse, es por una buena razón —sugirió Thomas con un tono peligrosamente controlado. No era un grito; era esa clase de frase que suena correcta… y amenaza.

Humberto sonrió, como si escuchara música.

—Oh, vamos… ¿No me irás a decir que te caímos mal? —Su voz se mantuvo amable, pero sus ojos se posaron en Thomas con esa elegancia venenosa de los hombres que no necesitan levantar la mano para someter—. No me obligues a insistir, hijo. Sabes lo que significa insistir en esta casa.

Thomas apretó la mandíbula. Annabella, sin comprender del todo, sintió que el aire se espesaba.

—No, por favor, no piense eso —se apresuró ella, avergonzada—. No me han caído mal. Solo… —Annabella se sintió acorralada; bajó la mirada en sumisión y asintió—. Creo que una taza de té me vendría bien, después de todo.

—¡Ya decía yo! —Humberto sonrió, satisfecho—. Me da gusto ver que eres tan dulce, mi querida Annabella. Tienes el mismo rostro de tu madre… y su amabilidad también.

Annabella bajó los ojos, más ruborizada que halagada. No notó la mirada furiosa que Thomas le dirigió: como si ese comentario hubiera tocado una fibra que él prefería mantener enterrada. Algo

parecía confabularse para que aquella joven siguiera sin saber nada, profesando afecto donde se le pedía obediencia.

Pasaron al salón contiguo con calma. Dimitri decidió escoltar a Annabella, pues Thomas desapareció unos momentos después de salir del comedor, sin dar explicaciones.

—Lamento el comportamiento de mi esposa —le susurró Dimitri, caminando detrás de sus suegros.

Annabella lo miró con una sonrisa pequeña y negó con la cabeza.

—No ha hecho nada malo. Solo… ha de serle difícil integrar a alguien más a la familia —dijo, intentando justificar a Daniela.

Esa era una de las facetas esenciales de Annabella: no pensaba mal de nadie. No creía que el daño pudiera hacerse con intención fría. Los planes maquiavélicos, para ella, eran palabras de novela. Nadie —en su mundo— se dedicaba a planificar el dolor ajeno.

Y ese sería su primer error.

—Es usted como dicen los rumores —sonrió Dimitri.

—Si son rumores, supongo que no son buenos.

—Todo lo contrario, Lady Korsakov —negó él—. Se dice que usted es un ángel… y creo que puedo asegurar que es así. La familia de mi mujer es difícil, y Daniela no ha sido la más cordial. —La miró un segundo—. Aun así, usted no piensa mal de nadie.

Annabella sonrió, bajando la cabeza con vergüenza.

—Creo en la bondad que hay dentro de las personas.

—Algunos aseguran que en esta familia no hay bondad, amor, ni cariño siquiera; se dice que son seres sin corazón.

—Pero usted está casado con uno de sus miembros —repuso Annabella—. Y no me imagino a Daniela siendo malvada con usted… o maltratando a sus hijos.

Dimitri soltó una risa leve. Era una risa sincera y triste.

—Mi esposa es buena, mi lady. No me quejo de nada de lo que hace. —Cerró los ojos un instante y suspiró—. Pero debo decir que no es la misma cuando pisa esta casa.

—¿Habla usted de un embrujo? —Annabella sonrió, refugiándose en su imaginación, como si pudiera convertir lo oscuro en cuento.

—Ojalá fuera eso —asintió Dimitri, enternecido.

—Entonces, señor… —Annabella bajó la voz—, ¿de qué habla?

—Creo que no es mi deber decírselo. Pronto se dará cuenta — Dimitri le tocó la mano que descansaba sobre su brazo, con una delicadeza que intentaba ser consuelo—. No tenga miedo. Al inicio parecerá difícil… y agregando a Thomas a la situación, digamos que será complicado. Pero es un buen hombre, y la familia no es mala.

—Nunca pensaría que la familia es desagradable —dijo Annabella con sinceridad—. Lady Hamilton se ve dulce; Lord Hamilton es cortés y agradable, y…

—Y Daniela la dejará en duda, supongo.

Annabella sonrió, negando suavemente. Se detuvo justo a la entrada del salón del té, donde sus dos futuros suegros los esperaban.

—Creo que sabe proteger lo que ama.

Dimitri la miró, y en su interior le deseó suerte. Admiró cómo aquella joven se introducía en la habitación sin saber que la vida rara vez era tan simple como sus historias. Las personas tendían a resaltar más sus defectos que sus virtudes. Y en los Hamilton, aquello era casi un arte: una disciplina heredada, un modo de supervivencia.

Cuando él entró por primera vez a esa casa, notó de inmediato la discrepancia entre lo que se mostraba y lo que se escondía. Pero Annabella, siendo quien era, tardaría más de lo normal en verlo. Y si a él le había costado adaptarse… no se imaginaba lo que haría un alma pura y noble junto a esas almas tan… dificultosas.

Sobre todo, junto al hombre que habría de ser su marido.

Capítulo 6

Annabella estaba feliz de poder estar en Londres; de seguir con su familia, a la que amaba, de permanecer rodeada del mismo bullicio en las calles. Incluso ya ni le molestaba que su madre la atareara con mil mandados en referencia a la boda. Al contrario: la joven castaña vivía sumergida en una nube. Todo le parecía hermoso, y se entusiasmaba con facilidad. Disfrutaba cada una de sus tareas, no rechistaba ante las ocupaciones interminables en las que se veía envuelta y, ahora que solo faltaban tres días para la ceremonia, las cosas se volvían un tanto más difíciles… y abrumadoras.

Aquella tarde se había escapado de sus deberes —un respiro robado— y tomó la iniciativa de refugiarse entre sus rosales, descuidados durante esas semanas en las que su cabeza solo tenía conciencia de su boda… y de Thomas.

El hombre con el que se casaría siempre le había parecido distinto; como si ocultara algo detrás de esa capa de cinismo y burlas. Nunca pensó que algún día se enamoraría de un caballero como él. A decir verdad, Thomas Hamilton distaba mucho de ser su ideal: no era el héroe amable de sus libros, ni el hombre que se deja leer con facilidad. Y, sin embargo, por alguna razón que ni siquiera

sabía explicar, Annabella sentía que estaba destinada a ser su esposa. En su corazón soñador cabía una convicción obstinada: con ella sería diferente; quizá incluso lograría abrir un poco aquel corazón que la sociedad clasificaba con los peores apelativos.

No lo volvía a ver desde aquella cena —la primera en casa de los Hamilton—. No recibió una sola carta suya justificando la ausencia. Solo sabía, por rumores, que no se encontraba en Londres; y los comerciantes que iban y venían aseguraban haberlo visto "por todas partes", lo cual volvía su paradero incierto, casi fantasmal. Como si Thomas fuera de esos hombres que pertenecen a los lugares solo cuando les conviene.

Annabella suspiró y tomó una rosa que empezaba a marchitarse entre sus dedos enguantados. El pétalo, al rozarle la yema, se rindió con una suavidad triste. Sonrió al notar que el anillo que ceñía su dedo anular tenía la misma forma que sus adoradas flores. Y aun así —aunque parecía una ironía perfecta— las rosas no eran su flor favorita. Lo eran las gardenias; también su olor preferido. Cuidaba rosales porque a su abuela le fascinaban.

Se quedó pensando en que ahora ella también tendría un jardín. Tal vez uno propio. Un espacio donde pudiera sembrar lo que quisiera, sin pedir permiso; donde el aire oliera a gardenia y no a ansiedad.

—¡Annabella, por el amor de Dios! —le gritó Giorgiana, exasperada—. Deja esas plantas y ven ahora.

La castaña volvió la mirada. Allí estaba su prima extravagante, la misma que se encargaba del vestido de novia y del ajuar "más hermoso, innovador, auténtico y único" que Annabella hubiera visto jamás… al menos, según las palabras de Giorgiana. Y si Giorgiana lo decía, nadie se atrevía a contradecirla: era meticulosa hasta el extremo; se fijaba incluso en el tono de piel para combinar colores y estilos.

—Ya voy —asintió Annabella—. Solo deseaba ver cómo estaban.

—Sabes, Anna… a veces me aterras con eso de que les hablas —negó con rotundidad—. No entiendo cómo puedes interesarte más en esto que en tu vestido de novia. ¡Faltan tres días, por el amor de Dios!

—Lo siento, ya voy, Giorgiana —Annabella corrió hasta su prima y sonrió con inocencia al ponerse a su lado.

—No creas que lograrás algo con esa sonrisa de ángel —respondió Giorgiana, cruzándose de brazos mientras emprendía el paso.

Annabella sonrió a sus espaldas y la siguió hasta la casa, donde el desastre se desataba con la intensidad de una campaña militar. Había telas por todas partes, cintas, encajes; doncellas inclinadas sobre costuras finísimas, manos rápidas, agujas que brillaban bajo la

luz de lámparas. Giorgiana caminaba entre ellas como un general, dando órdenes concisas, inspeccionando puntadas, regañando aquí y allá por el más mínimo error.

—Ven, Anna —le tomó la mano con cierta autoridad—. Tenemos que probarte tu vestido de esta noche.

—¿Mi vestido de esta noche? —Annabella alzó una ceja, pero no retiró la mano—. ¿Qué pasa esta noche?

—¿Cómo que qué pasa? —Giorgiana la miró con desaprobación—. Se supone que hoy es uno de los días importantes. Es la última fiesta en honor a tu compromiso. Por lo tanto, será la más grande y ceremoniosa de todas.

—Pero si hemos sido invitados a tantas… no veo por qué esta es diferente —se encogió de hombros Annabella.

Thomas y ella no habían parado de recibir invitaciones a fiestas en su honor. Muchas de ellas, Thomas no era capaz de asistir. Annabella iba sola, intentando sostener la sonrisa entre miradas que se llenaban de ideas sobre su matrimonio. Nadie creía que el "hombre siniestro" en verdad deseara casarse; estaban seguros de que todo era un arreglo, como lo eran —según decían— todos los matrimonios. La sociedad de Londres parecía sentir pena por la chica que se casaría con él… y, peor aún, Annabella debía afrontar las lenguas curiosas de las mujeres chismosas de la capital, que hacían preguntas indiscretas con intenciones poco caritativas.

—Yo digo —interrumpió Dasha— que ni siquiera deberías asistir.

—De todas formas, querida prima —dijo Milenka, la otra de sus no muy queridas primas de Rusia—, tu prometido nunca va.

—Es una humillación enorme.

—Está ocupado —lo excusó Annabella en lo que casi parecía una rutina—. Ni siquiera se encuentra en Londres.

—¿Y que no debería por lo menos visitarte de vez en cuando? Digo, sería la muestra mínima de interés —sonrió Milenka.

—Al menos que disimule que no le interesas, ¿no estás de acuerdo? —se encogió de hombros Dasha.

Annabella las miró con desagrado. En parte tenían razón: Thomas no se tomaba la molestia de visitarla, mucho menos de asistir a los bailes que se organizaban "en su honor". Pero aquellas dos no hablaban por compasión; hablaban para pinchar, para ver si sangraba.

—Ustedes no saben eso —intervino Giorgiana—. Yo soy una mujer que trabaja, y por eso mismo no pude asistir a la boda de mi querida Lizzy; no por eso la quiero menos.

—Claro —Dasha se cruzó de brazos—. La mujer independiente hablando. No sé si deberías sentirte tan orgullosa.

—No es el tema —cortó Milenka—. Esperamos conocer a tu prometido por lo menos esta noche —rio con gracia, más como una burla—, ya que no hemos tenido el placer.

Las dos rusas desaparecieron hacia el jardín, con su caminar pomposo y sus cabellos rubios tan pálidos que parecían enfermos.

—¡Ah! —Giorgiana apretó los puños—. ¡Cómo las odio! ¿Dónde se mete Katherine con ese pastelillo cuando se necesita?

—No te aferres a ellas —aconsejó Annabella—. Es mejor que no las escuches. Te hará daño si te molestas.

—¡¿Es que acaso tú no lo estás?! —replicó Giorgiana, con fastidio.

—No —Annabella negó con calma—. No vale la pena enfadarse por algo tan pequeño.

—Pues yo no te entiendo —Giorgiana resopló—. Te pondré hermosa para que esas tipas se retuerzan de envidia, y te aseguro que esta noche vendrá ese vagabundo que tendrás por marido.

Annabella sintió un pinchazo, breve, en la boca del estómago. Un "vagabundo" no era la palabra… pero en ocasiones Thomas se comportaba como un hombre sin hogar emocional, como si no quisiera pertenecer a nadie. Aun así, se obligó a sonreír.

—Mejor solo vamos a ver el vestido. Gracias por toda tu ayuda.

Annabella no dejaba de cabecear. A esas horas, sus fuerzas se habían agotado y su cerebro suplicaba una siesta larga y pacífica. Pero sus compromisos se negaban a darle tregua. Ahora tendría que ir a la casa de los Bridigan para otra gran fiesta y, según Giorgiana, esa noche era "la fiesta": más especial que todas las anteriores. Si

las cosas eran como las marcaba su prima, Annabella se vería en una desgracia si acudía sola a una velada que se suponía para dos.

—Annabella —la llamó su madre—, ¿te encuentras bien?

La joven se desperezó y alzó la vista con una sonrisa agradable, intentando ocultar el cansancio, las dudas y… la tristeza.

—Sí, mamá. Estoy perfecta —asintió.

Cristina, que conocía a su hija, se acercó al tocador donde la peinaban y despidió al resto de las doncellas con una sola mirada. En la recámara quedó un silencio íntimo, solo roto por el roce de la seda y el leve crepitar de la lámpara.

—Cariño… sé que tal vez te sientes desilusionada ante la ausencia de tu prometido…

—No, madre, en verdad… —intentó negarlo Annabella, pero su madre la interrumpió, con ternura firme.

—Los hombres, mi cielo, siempre están ocupados. Y para ellos, su trabajo es primero.

—¿Y eso no te molestaba? —preguntó Annabella—. Digo… —bajó la mirada, apretando la tela entre los dedos como si el gesto pudiera ordenar su corazón—. ¿No te entristecía?

—Claro que una se siente mal de vez en cuando, pero nada de lo que alarmarse —Cristina le tocó la mejilla con dulzura—. Vamos, Anna. Eres hermosa. Seguro cuando seas su esposa, no podrá separarse de ti.

Annabella sonrió con sinceridad. Necesitaba creerlo. Quería confiar, con una fe casi infantil, en que todo saldría perfecto; en que el hombre que amaba no querría alejarse de ella. Esa esperanza le sostenía el pecho, como el corsé sostenía su postura.

—Espero que así sea, madre —asintió, poniéndose de pie y admirando el trabajo que las doncellas habían realizado.

El vestido diseñado por Giorgiana era una novedad que, sin duda, provocaría habladurías. En vez de portar la silueta ampulosa tradicional, su prima había ajustado la estructura con criterio moderno: una base que afinaba la figura y alargaba la caída, con una elegancia menos redonda y más vertical, propia de la década. No era indecencia; era audacia medida. La cola ligera insinuaba que, aun al marcharse, quedaba un atisbo de su presencia sobre la madera pulida, como si la tela dejara una sombra.

—Es precioso, hija —se sorprendió Cristina—. No hay duda de que Giorgiana tiene un toque especial.

—Sí —Annabella giró un poco frente al espejo—. Siempre va un paso delante de nuestra época.

—Agradezco tus bellas palabras, prima mía, pero déjame verte —sonrió Giorgiana, entrando en ese momento.

La mayor de las Bermont —aún Charpentier— observó críticamente su obra. Dio vueltas alrededor de Annabella con una mano en la barbilla, buscando una falta invisible.

—El color es perfecto. El azul jamás decepciona: realza tus ojos. Los detalles están bien… los volantes, en su lugar —murmuró—. Me agrada la manga suelta hasta el codo y ajustada al final, el escote que deja ver tus hombros… —frunció el ceño—. ¿¡Qué demonios te falta!?

—Tal vez… un collar, mi niña —se atrevió Cristina.

—¡Un collar de perlas! —Giorgiana tronó los dedos—. Es esencial.

—¿Perlas? —Cristina vaciló—. Son bonitas, pero no tan ostentosas como un diamante…

—Los diamantes están bien, pero no hay nada tan elegante como unas perlas bien usadas.

Giorgiana tomó el collar de la cajita de alhajas de Annabella y lo evaluó como si fuera un arma.

—No —decidió—. Lo haremos así.

Comenzó a enredar las perlas en el cuello de Annabella, haciendo que la joven inclinara la cabeza una y otra vez, mientras Giorgiana tensaba y acomodaba hasta que el collar quedó corto, insinuando varios hilos en lugar de uno.

—Listo —asintió—. Ponte aretes de perla también. Ahora me voy.

—¡Espera! ¿Por qué tú no llevas un vestido como el mío?

Giorgiana se plantó con las manos en la cintura.

—Cariño… es tu noche.

Y salió, vestida como la época exigía, dejando tras de sí olor a perfume y a victoria.

—Esa niña es una mina de oro —sonrió Cristina.

El camino a casa de los Bridigan fue largo y tortuoso para los nervios de Annabella. Sentada junto a Milenka y Dasha, tuvo que esforzarse para no gritar o lanzarse de la carroza.

—Ese vestido es demasiado revelador —se quejó Milenka—. No sabía que traíamos a una cualquiera en esta carroza.

Annabella respiró hondo. El gesto casi no se notó, pero le tembló, mínima, la comisura de la boca. Apretó los dedos contra el abanico cerrado y solo entonces habló, con una voz pasiva.

—Yo creo que es hermoso.

—Solo quieres llamar la atención —Dasha la miró—. Aunque de tu prometido no, puesto que nunca lo ves.

—Tienes razón —contestó Annabella distraídamente. Desde hacía mucho ya no las escuchaba; se protegía con un silencio pulcro y con la vista en la ventana.

Observaba los faroleros encender las lámparas de gas. La noche londinense, húmeda, parecía sostenerse sobre esa luz dorada. Coches, cascos, el rumor distante del río… todo la hipnotizaba. Y aun así, el miedo seguía ahí, bajo la piel: tal vez el vestido solo serviría de distracción para que nadie notara la ausencia de Thomas.

—¡Annabella! —gritaron de pronto, sacándola de sus pensamientos—. ¿Qué no te piensas bajar?

—¿Qué? —parpadeó Annabella, desubicada.

—¡Bájate de una buena vez! —insistió Milenka.

La castaña comprendió que habían llegado. Su estómago lo sabía antes que su cabeza: sintió un vuelco, una recaída de nervios. Sus brazos se erizaron. Dudó que entrar la ayudara.

Aun así, tomó una bocanada grande de aire y caminó sola. Sus primos varones habían partido antes junto con Giorgiana y su madre, dejándola con sus dos "adorables" primas.

Le quitaron el abrigo blanco emplumado que Giorgiana había elegido para su atuendo. Annabella avanzó, con pasos contenidos, hasta las puertas cerradas detrás de las cuales se escondía el alboroto.

—¡La señorita Annabella Korsakov! —anunció el mayordomo con voz poderosa—. Lady Milenka y Dasha Besukon.

Un silencio se apoderó del salón. Las miradas recayeron sobre las tres. Sobre todo sobre Annabella, que parecía centellar entre la gente. "Hermosa" era una palabra pequeña para describirla en ese instante.

—¡Pero Lady Korsakov! —exclamó una mujer regordeta y voluptuosa, abriéndose paso con abanico en mano. Lady Bridigan se

acercó moviendo mucho las caderas; detrás de ella, un hombre más alto, delgado como un poste—. La estábamos esperando.

—Lamento la tardanza, Lady Bridigan —se disculpó Annabella.

—Oh, por Dios, niña, no te apures. Pienso que el más preocupado era Lord Hamilton —ocultó una risita tras el abanico—. Creo que sudaba frío al pensar que no vendrías.

Annabella dio un paso adelante, sin poder creerlo.

Thomas estaba allí.

Una sonrisa se dibujó en sus labios, suave y auténtica; y su mano buscó el anillo, rozándolo como si aquel contacto la calmara.

—¿Dónde se encuentra? —preguntó, presurosa. Se le notó en la voz: un brillo que no pudo esconder.

—Oh, querida, déjalo que sufra un poco. Es su castigo por poner sobre ti sus cosas del trabajo. Dios mío, eso no se hace… menos aún con una prometida tan hermosa.

—Esta vez sí vino el susodicho —sonrió Milenka con malicia.

—Vaya, querida, no creo que a un lord como Hamilton se le deba mencionar de esa forma —la regañó Lady Bridigan—. Se molestaría mucho —rio apenas—. Con el carácter que tiene…

—Vaya, señora Bridigan —intervino Elizabeth, acercándose—. Veo que mantiene cautiva a la invitada de honor, pero ¿no sería mejor que ella misma caminara entre la gente?

—¡Claro, claro! —asintió la anfitriona—. Corre, niña. Diviértete en tu última velada como dama sin compromisos.

—Tomaremos eso en el buen sentido —bromeó Elizabeth, llevándose a Annabella de sus primas como quien rescata un tesoro.

—Gracias —murmuró Annabella cuando estuvieron lejos.

—De nada —Elizabeth se encogió de hombros—. ¡Pero qué es ese vestido! Te ves fabulosa.

—Oh, ya sabes… Giorgiana —sonrió, tomando la tela con cuidado.

—Es hermoso —asintió Katherine, uniéndose—. Como todo lo que hace. Mi hermana tiene una habilidad única con la moda.

—Nunca había escuchado eso de tus labios —dijo Giorgiana, abrazando a su hermana menor.

—Ni lo harás de nuevo —Katherine se cruzó de brazos, fastidiada consigo misma por haber soltado el cumplido.

—Vamos, Kathe, no seas orgullosa —intervino Marinett.

—Mira quién lo dice —la acusó Elizabeth.

—Veo que ha empezado la discusión sin nosotras —llegó Emma corriendo—. A veces son tan malas amigas…

—Vaya, Emma, lo lamento, pero qué sentida eres —dramática, Elizabeth se llevó la mano al pecho.

—No pelees con ella, está insoportable —se unió Clare, llegando con Gregory, ya en la ciudad para la boda.

—Greg, ¿dónde están esos dos charlatanes? —preguntó Emma.

—¿Por qué la pregunta? —Katherine sonrió, peligrosa—. ¿Tienes algún interés en especial?

—No… —se apresuró Emma—. Pero sé quién sí lo tiene. —Miró, indiscreta, a Alice, callada.

—Oh, Em, por favor, no te metas conmigo —suplicó Alice—. No te he hecho nada como para que me molestes.

—Hablando de otra cosa —Gregory miró alrededor con cierto interés—, ¿dónde está Thomas?

La pregunta tensó el círculo. Muchos sabían que estaba allí, pero casi nadie lo había visto.

—Oh, está con Adam, Robert y James —informó Katherine—. Adam prácticamente me echó de su lado. —Se cruzó de brazos.

—Eso suena a que nuestro querido duque no dormirá en su cama hoy —se oyó una voz burlona.

—Charles… —Katherine lo miró como a una amenaza—. ¿Por qué no te consigues tus propios problemas?

—Es lo que hago. ¿Por qué otra razón te molestaría?

—Oh, miren, ahí vienen —señaló Marinett al ver acercarse a su marido junto al resto de sus amigos.

James tomó a su esposa por la cintura. Robert se posicionó junto a Elizabeth. Adam, por supuesto, fue rechazado por su esposa con una mirada fulminante. Pero no había rastro de Thomas.

Emma escaneó el salón, como si resolviera un misterio.

—Bien… como nadie más lo pregunta: ¿dónde está Lord Hamilton? —soltó, sin pudor.

—¡Emma! —la regañó Alice.

—¿Qué? —Emma alzó los hombros—. Todas querían hacer la misma pregunta. El hombre aparece y desaparece como un fantasma.

—Dejamos a Thomas por nuestro propio bien —sonrió James.

—¿Por qué dices eso? —Marinett giró levemente la cabeza.

—No es por nada, querida Anna, pero tus primas son un dolor de cabeza —se encogió de hombros el rubio.

Annabella supo que no se refería a ninguna Bermont. Primero, porque James aún quería vivir; y segundo, porque jamás lo diría en su cara… aunque fuera cierto.

—¡¿Thomas está atrapado entre las Besukon?! —Giorgiana se exaltó, derramando un poco de champán—. ¡Válgame Dios!

—¿Por qué lo habéis dejado ahí? —recriminó Katherine—. Saben lo enfadosas que son esas dos.

—Sí —sonrió Adam—, pero Thomas no. Y al parecer… ellas no saben que la fiesta es precisamente para Thomas.

—Ellas no saben del compromiso —razonó Annabella.

—¡Eso quiere decir que le están coqueteando! —Elizabeth soltó una carcajada—. Dios mío, vale la pena verlo.

Elizabeth dio unos pasos, pero Robert la detuvo con la mano. Su voz no cambió, pero el gesto la frenó por completo.

—¿A dónde crees que vas? —le preguntó, divertido.

—En realidad —dijo Emma, ya caminando lejos de ellos—, la apoyo. Tengo que ver esto con mis propios ojos.

—No entiendo qué tiene de divertido. Es Thomas —opinó James.

—Thomas, cariño… es el hombre más hermoso y con mal genio que he visto en mi vida. Vale la pena ver cómo intentan asediarlo.

—Qué clase de palabras le dices a tu esposo, mujer —James sonrió, tomando el comentario a la ligera—. Ten respeto.

—Oh, por favor. Todas tenemos ojos. Así como ustedes aprecian una cara bonita, nosotras también lo hacemos —dijo Giorgiana, aun batallando con la mancha.

—Pero no lo vamos diciendo por ahí —replicó Robert.

—¡No es momento de discutir eso! —los calló Elizabeth—. Nos perdemos lo importante…

—El asedio ha iniciado —Emma frotó las manos, maquiavélica.

—¿Ustedes se creen parte de una obra de teatro o qué? —se quejó Alice, cruzándose de brazos.

—Están locas. Siempre lo han estado —sentenció Clare.

—Más que Marinett, pero menos que Katherine —dijeron las rubias al mismo tiempo, como si lo hubieran ensayado.

Thomas llevaba más de quince minutos intentando escapar de esas dos. Sabía muy bien que no eran mellizas, pero francamente eran iguales: feas, fastidiosas e ignorantes. Las mujeres eran siempre lo mismo, pensó con amargura: buscaban al mejor postor. Y Thomas sabía que él entraba en la categoría de "buen partido": rico, heredero de un título en cuestión de tiempo y, para desgracia suya, no lo consideraban desagradable; muchas se lo habían dicho. Aquello solo le provocaba más repulsión.

Había intentado disuadir el asalto con su capa cínica —natural en él— y con ese mal genio que no fingía. Pero no era suficiente. Ni para las doncellas ni para las madres de estas. Incluso comprometido lo seguían asediando, como si el hecho de casarse no fuera impedimento; como si su voluntad no contara.

Y en el fondo, la idea lo enfurecía por otra razón: su padre había convertido ese compromiso en una cadena con broche de oro. Thomas aún escuchaba aquella voz serena, con amenaza elegante, recordándole que un Hamilton no deshace lo que el marqués ordena… y que la desobediencia tiene costos "muy razonables".

—Señor… diga por lo menos su nombre —ronroneó una de ellas, con voz melosa que le causaba náuseas a Thomas.

—No tengo por qué hacerlo.

Thomas intentó alejarse, pero la otra lo tomó del brazo.

—Es usted tan malo —sonrió—. Vamos, no puedo creer que un hombre desprecie de esa forma a una mujer que se muestra entusiasmada con él.

Thomas respiró por la nariz, lento, como quien se obliga a contener un impulso.

—Se le llama ser un caballero, señorita. Si yo fuera otro… seguramente le habría propuesto una indecencia.

—¡Es un malvado! —canturreó Milenka, juguetona.

Thomas giró los ojos sin remordimiento y se soltó de aquellas manos. Pero las dos volvieron a ponerse frente a él, obstruyendo el paso. Si seguían, reaccionaría mal, y eso no sería agradable para nadie.

Alzó la vista por encima de ellas y se encontró, de pronto, con todo el clan Bermont observándolo divertido. Allí estaban sus amigos… y, por supuesto, su prometida.

Fue la gota que derramó el vaso.

—Si me disculpan, tengo que ver a mi prometida —dijo Thomas.

—¡¿Prometida?! —exclamaron ambas a la vez.

—Sí —contestó, serio—. ¿De quién pensaban que era esta fiesta?

—i¿Usted es el prometido de Annabella?! —gritó Dasha.

—¿La conocen? —preguntó Thomas, sin entender.

—Es… —Milenka se quedó contrariada—. Sí… bueno… ella es…

—Hola —dijo una voz dulce y melodiosa.

Thomas posó los ojos sobre Annabella, que acababa de llegar hasta ellos como si intuyera lo que estaba pasando.

—¡No puedo creer que él sea tu prometido! —Dasha alzó la voz —. ¿No habías dicho que los marqueses que quedaban solteros eran hombres mucho mayores?

Annabella frunció el ceño. Ella nunca les dijo eso, lo cual solo significaba una cosa: habían escuchado detrás de puertas, robando conversaciones como ladronas de salón.

—Lord Hamilton es un conde, pero heredará el marquesado al faltar su padre —informó Annabella.

Thomas guardó silencio. Sus ojos recorrieron a su prometida con lentitud, como si la midiera, como si confirmara algo. El vestido innovador llamaba la atención de todo el salón. Así eran las Bermont: incluso cuando ya las estaban mirando, encontraban la forma de que nadie apartara la vista. Y eso le provocó una punzada extraña en el pecho, una mezcla de orgullo y rabia. Orgullo por verla brillar. Rabia porque todo aquello era un escenario impuesto.

—…Dasha, te he dicho que no lo sabía —alcanzó a oír Thomas cuando su atención regresó a las primas.

—¡Nos dejaste pasar vergüenza! —reprochó Milenka.

—¿Bailas conmigo? —preguntó Thomas de pronto y las miradas se movieron, buscando a quién iba dirigida la pregunta—. Annabella —la llamó con seguridad al notar que no respondía.

Annabella sintió que el calor le subía al rostro y un pequeño gesto la traicionó: humedeció apenas el labio inferior, como si el aire se le hubiera secado de golpe.

—Oh… sí. Sería un honor —respondió.

Thomas recibió su mano, la mano que llevaba el anillo, por lo que sus ojos cayeron un instante sobre la joya; sonrió con sarcasmo y negó levemente con la cabeza, como si el anillo fuese una broma demasiado costosa como para ser real.

—¿Hay algún problema? —preguntó Annabella cuando comenzaron a caminar hacia la pista.

Thomas extendió el brazo, sostuvo su mano y la hizo girar en la media vuelta clásica que anunciaba a la pareja. Al verlos, las otras parejas cedieron el centro de la pista y se deslizaron hacia los bordes, dejándolos como el eje del salón.

El parquet brillaba bajo las lámparas. Los abanicos se agitaban como alas. El murmullo de la gente era un tejido de curiosidad.

Thomas acercó a Annabella hasta juntar sus pechos, lo necesario para el baile… y, sin embargo, lo suficiente para que ella sintiera el golpe de su presencia. El corsé le apretó de repente; no por la prenda, sino por el modo en que el cuerpo le reaccionó. Su respiración se volvió más corta, sus dedos se aferraron a la tela de su guante y su memoria, traicionera, le devolvió el balcón de Navidad: el beso, el calor, la vergüenza deliciosa. Thomas esperó un instante, dejando que el ritmo se instalara, y comenzó a bailar con habilidad.

—¿Qué clase de vestido lleva? —preguntó.

Annabella dio un pequeño brinco, como si la voz le hubiera rozado demasiado cerca del corazón.

—Lo ha hecho mi prima… ¿no le gusta?

—Es… diferente.

—Giorgiana tiende a hacer cosas como estas —sonrió ella—. Siempre le ha gustado experimentar.

—Ya veo —respondió Thomas con seriedad.

—¿Cómo le han ido en sus viajes? —se arriesgó Annabella—. Supongo que ha de estar ocupado.

—Algo así —dijo, seco.

Annabella bajó la cabeza, no comprendía por qué él se comportaba así. Antes, no había velada en la que ese mismo hombre no la

asediara con una burla o un comentario que la obligara a reír o a alzar la voz.

Ahora era un muro.

—Aún faltan unos días para la boda —le recordó Annabella, casi en un susurro. Y el corazón le latió más fuerte al decirlo, porque era una verdad que lo cambiaba todo.

Thomas la miró con escepticismo y asintió una sola vez.

—Lo sé —respondió—. No es como si no me diera cuenta.

La música se detuvo, las parejas se separaron para conversar y Annabella sintió el vacío, como si al detenerse el baile quedara expuesta delante de todas las miradas, sobre todo la de Thomas.

—Se lo recuerdo, señor… porque aún está a tiempo de…

—¿Debo entender esto como nervios de la novia? ¿Por qué desea romper el compromiso? —inquirió Thomas.

—Yo no… —Annabella tragó saliva.

El gesto fue mínimo, pero él lo vio; vio cómo se le tensaba el cuello, cómo el pecho se le elevaba demasiado rápido.

—¿Entonces?

—Usted sí —respondió ella con rotundidad, respirando agitada ante la posible respuesta—. Usted sí lo desea.

Thomas inclinó apenas el rostro, peligroso.

—Tú no tienes por qué hacer suposiciones. No me conoces. No sabes lo que pienso, ni cómo, ni por qué actúo —dijo en voz baja, con amenaza contenida—. Si no piensas romper el compromiso, entonces esta conversación es obsoleta.

La música reinició y, sin darse cuenta, volvieron a quedar en el centro. Las parejas se les unieron alrededor, como si el salón entero decidiera girar a su ritmo.

Thomas pasó de nuevo la mano por la cintura de Annabella y la atrajo hacia él con suavidad, como si la discusión no hubiese ocurrido. Como si fueran una pareja satisfecha, perfecta.

Annabella mantuvo la mirada baja, intentando contener las lágrimas. La mano de Thomas en su espalda ejercía una presión sutil, constante; la acercaba más de lo necesario, como si quisiera ocultarla… o como si, por un instante, se le olvidara que debía ser distante. Annabella sintió, con una vergüenza ardiente, que el cuerpo le pedía algo que no debía pedir. Sus dedos, en la mano entrelazada, se apretaron apenas; el guante crujió. Y en su pecho, donde reposaba su mano, él la llevó —sin brusquedad— hasta su propio corazón, presionándola allí.

—Esconde tu cabeza en mi hombro —susurró Thomas junto a su oído—. Ahí nadie te verá llorar.

Annabella percibió un arrepentimiento extraño en esas palabras, como si él buscara una tregua. O eso quiso creer. La futura esposa

recostó la cabeza en el hombro de su prometido, escondiendo el rostro en el hueco de su cuello. Allí el aire olía a él: a frío de la noche, a madera, a colonia sobria. Se permitió liberar las lágrimas que su sensibilidad había estado conteniendo como un pecado.

Thomas siguió bailando.

Mantuvo una mano firme en su espalda y la otra, entrelazada con la de ella, la sostuvo sobre su propio pecho, como si quisiera que Annabella recordara —o creyera— que también él tenía un corazón.

Durante ese baile, Annabella comprendió algo con claridad dolorosa: el hombre que amaba tenía el carácter más difícil y cambiante que conocía. Y si deseaba que la amara —porque, en el fondo, temía que no lo hiciera— tendría que esforzarse.

Lo peor era que una parte de ella quería hacerlo.

Había algo en Thomas que le gritaba "herida" incluso cuando él fingía indiferencia; un presentimiento que le indicaba que escondía más sombras de las que ella podía imaginar. Y por eso, a veces, se comportaba abrupto, grosero, cínico… como si los sentimientos fueran un lujo que no se permitía.

Annabella apretó un poco más la mano sobre su pecho, un gesto casi involuntario, y cerró los ojos, tragándose el deseo, guardándolo donde guardaba todos sus secretos.

Porque en tres días, el "por obligación" tendría el golpe más cruel.

Y ella, sin quererlo, ya estaba enamorada de aquello que quizá nunca sería suyo.

Capítulo 7

El esperado día de la boda había llegado. Desde tempranas horas, Annabella se ocupaba de los últimos detalles: indicaba el lugar exacto de algunas flores, se cercioraba de la comida, revisaba la vajilla, contaba las maletas ya dispuestas para que las llevaran a su nueva casa.

Y, de paso, se despedía de su hogar amado, donde había sido profundamente feliz en compañía de sus primos y amigos. Cada muro guardaba un recuerdo; cada rasguño era la marca de alguna travesura en la que la habían involucrado contra su voluntad y aquello la hacía sonreír con una ternura que dolía.

Esta vez, sin embargo, todo era distinto. Aunque la familia entera había llegado para la boda, la casa se encontraba extrañamente vacía. Desde que sus primas se casaron, invitaban a sus padres a hospedarse en sus propios hogares; y, en el caso de Katherine, también se llevaba a sus dos hermanos con ella. Marinett había invitado a la familia Donovan, por lo cual Charles estaba ausente, igual que Gregory y su esposa, Clare. Elizabeth, como era su costumbre, se había adueñado de los adultos: los padres de los Donovan y los mismos padres Bermont se encontraban con ella.

Caminar por aquellos pasillos sin encontrarse a un alma conocida —o, al menos, a un alma que desearas conocer— resultaba desconcertante. No como las hermanas Besukon, que eran un dolor de cabeza y, de hecho, estaban más insoportables que nunca. Estaban su abuela y su madre, sí; pero ambas se perdían entre listas, órdenes y telas, sin tiempo para sentarse con ella, tomarle las manos y hacerla sentir menos nostálgica.

Normalmente, las bodas de las Bermont se celebraban en la casa: desde la ceremonia hasta la fiesta. Pero, en esta ocasión, por petición especial de la familia Hamilton, habían sugerido que la misa se llevara a cabo en la Catedral de San Pablo —una tradición, al parecer, en la casa de su prometido—. Y ese era el motivo por el que nadie se hospedaba aquel día en Bermont: se encontrarían en la iglesia y luego retornarían a la propiedad, pero sin quedarse.

Esa decisión no le gustó en absoluto. La hacía sentirse sola como novia; desprovista de ese ritual íntimo de la casa llena, del caos amoroso de mujeres corriendo de habitación en habitación. Y, aunque no tenía tiempo para detenerse a pensarlo, le dolía no escuchar aquellas risas escandalosas persiguiéndola o los primos varones molestándola con bromas.

—Annabella, querida —llamó de pronto su madre, y la voz la trajo de vuelta—. ¿Qué haces aquí? ¿A qué esperas?

Annabella parpadeó, dándose cuenta de que había caminado sin rumbo y, sin saber cómo, había terminado en el jardín.

—¿Sí, madre? —preguntó, dudosa, como si acabara de despertar.

—Es hora de que te vistas —la regañó Cristina, al notar lo distraída que estaba—. ¡Por todos los santos!

—Oh… sí. Lo siento, mamá —se disculpó Annabella.

—¡Por todos los santos! —Cristina chasqueó la lengua mientras volvía hacia la casa—. ¿Quién me manda tener una hija tan despistada?

Annabella sonrió con un hilo de ternura. Alargó la mano hacia una rosa blanca que tenía al alcance y la arrancó con cuidado, como si la flor pudiera quebrarse del mismo modo en que se quiebra un recuerdo. Tal vez era demasiado sensible, pero guardaría aquella rosa para recordar esos jardines que ya no podría cuidar, esa casa en la que ya no despertaría.

—¡Annabella! —la voz de su madre volvió, más impaciente.

La joven asintió varias veces, apretando la rosa entre los dedos, y caminó hacia la casa.

—¡Por Dios, niña, date prisa! —insistió Cristina.

Annabella obedeció. Subió las escaleras con el vestido recogido apenas —no por necesidad, sino por nervios—, y entró a su habitación, donde las doncellas se veían desesperadas por no poder adelantar el trabajo sin ella. En cuanto puso un pie dentro, una de

las mujeres la tomó por los brazos con diligencia y la condujo al baño. La tina humeaba, llena de agua caliente y pétalos de gardenia, cuyo aroma se extendía como una promesa.

—Han traído mis favoritas —sonrió Annabella hacia la doncella.

—¡Por supuesto! —declaró una voz divertida al entrar al cuarto de baño—. ¿Sabes cuánto tardé en encontrar esas malditas flores?

—Solo fuiste a mi casa y las arrancaste con descaro —replicó Katherine, con su tono seco.

—Bueno, al menos yo lo recordé —se cruzó de brazos Elizabeth, satisfecha consigo misma.

—La que lo recordó fui yo, mentirosa —se metió Marinett, como si la verdad fuera un asunto de estado.

—¿Y eso qué importa? —gruñó Giorgiana, cansada de discusiones.

Annabella las miraba como si fueran fantasmas que, por fin, se hacían reales. Durante un instante temió que no se cumpliría aquella tradición: todas arreglándose en la misma habitación y, al final, todas ayudando a vestir a la novia. La gratitud le apretó la garganta; tuvo que parpadear para que la emoción no se le desbordara.

—¿Por qué lloras? —preguntó Katherine, preocupada, acercándose.

—No llores, lo siento, no pelearemos más —prometió Marinett.

—Procuraré que la tonta de mi hermana se mantenga callada, lo juro —dijo Elizabeth, provocando la mirada furibunda de Marinett.

—¡No lloro por eso! —Annabella rio entre la emoción, tratando de controlarse—. ¡Estoy feliz de que vinieran!

—¿Por eso lloras? —Giorgiana se sorprendió, e incluso ladeó la cabeza—. ¿Acaso pensaste que no lo haríamos?

Annabella bajó la mirada, apenada por haber desconfiado. Fue entonces cuando se dio cuenta —tarde, demasiado tarde— de que estaba en una tina que apenas cubría su desnudez gracias a los pétalos flotando en la superficie. El rubor le subió hasta las orejas.

—Se ha sonrojado —señaló Elizabeth, divertida—. Se acaba de dar cuenta de que está desnuda enfrente de nosotras.

—Déjala en paz, Lizzy —la regañó Katherine.

—Te esperaremos afuera para que comiencen a arreglarnos a nosotras —dijo Giorgiana, empujando a los otros tres metiches mientras reían descaradamente.

Aunque se burlaran de ella, Annabella estaba feliz. Aquella rutina era casi sagrada: una ceremonia dentro de la ceremonia. Se permitió relajarse unos minutos en el baño aromático, dejando que el calor le aflojara los hombros y que el perfume de las gardenias calmara el temblor fino que traía en el pecho. Respiró despacio. Se preparaba —sin saber si estaba lista— para una vida nueva.

Después vinieron los tirones de cabello, los apretones del corsé ajustado, el peso amable de las enaguas, la paciencia feroz de manos expertas. Su piel, sensible al roce, se erizaba por momentos; su respiración se alteraba cuando el cordón del corsé apretaba un poco más, hasta obligarla a enderezarse con una dignidad que todavía no sentía. La maquillaron con discreción, como exigía el buen gusto: lo justo para realzar sus ojos sin borrar la inocencia.

Cuando por fin estuvo parcialmente lista —solo con el corsé y las enaguas—, quedó preparada para que Giorgiana colocara la crinolina especial y, luego, el vestido.

Al terminar, las primas dieron vueltas a su alrededor, examinando como si buscaran un defecto para pelear con el mundo.

—Creo que está perfecta —asintió Marinett.

—Me gustan las joyas —apuntó Elizabeth con una sonrisa—. Siempre te han gustado las esmeraldas.

—El color del vestido es hermoso —dijo Katherine, tomando la tela entre los dedos como si fuera seda viva.

—Es aperlado —corrigió Giorgiana—. Perfecto para su piel.

—¿Cuándo me harás a mí uno de esos vestidos? —preguntó Marinett—. Se ven cómodos.

—Y lo son —asintió Annabella, dando una vuelta—. Siento que tengo más oportunidad de moverme.

—Luego veremos eso —apuró Cristina desde la puerta—. Tenemos que ir a la iglesia, recuerden que no celebraremos aquí la misa.

—Dios santo, es verdad —Katherine se llevó una mano a la frente, como si acabara de recordarlo.

Sus primas tomaron aquellos vestidos de colores pasteles y se apresuraron a bajar hacia las carrozas que las esperaban. Annabella, sin comprender tanta prisa —cuando ella siempre tardaba una eternidad—, se miró en el espejo. Era su turno de evaluar el trabajo.

Su vestido era incuestionable: tela preciosa de un color aperlado que brillaba como una gema bajo la luz. Bordados de flores en la misma gama de tonalidades, un escote cuadrado que le daba la sensualidad necesaria sin caer en lo impropio, y mangas ajustadas desde debajo del codo, cómodas y elegantes. El velo era espeso, de bordado delicado y casi alucinante por lo detallado. En el cuello, una gargantilla de diamantes y esmeraldas; las mismas piedras repetidas en los pendientes y la muñeca. Para terminar, una corona no extravagante, pero ciertamente hermosa: obsequio de su madre, con diamantes y esmeraldas que le daban el toque final a aquella tiara.

—¡Annabella, hija! ¡Baja ya! —la urgió su madre.

Annabella se quedó un instante más.

Notó que su habitación estaba vacía de vida: no había indicios de que ella hubiera vivido allí. Las cosas se habían guardado, ordenado, empaquetado. Soltó un suspiro y caminó hacia la salida, tomando de paso el ramo de gardenias que había pedido especialmente para la fecha. Sonrió una última vez a su vieja recámara —un adiós silencioso— y se apuró a bajar las escaleras.

Cuando la carroza se acercó a San Pablo y las campanadas fueron más estridentes, Annabella se puso cada vez más nerviosa. Ir sola en aquella carroza blanca y llamativa no ayudaba. La plebe de Londres se aglomeraba para verla bajar y aplaudir la unión: el pueblo se emocionaba con facilidad, y una boda era siempre causa de alegría.

Annabella se preguntaba qué sería de su vida de casada. Tenía mil preguntas y ninguna respuesta con la seguridad que necesitaba. Hasta dudó si Thomas se presentaría, después de faltar a tantas reuniones… pero era su boda. Y él le había asegurado el día anterior —con esa frialdad suya, que sonaba más a decreto que a promesa— que, por su parte, el compromiso no se rompía.

Aun así, el miedo le encogía el estómago. Se imaginó cayendo al bajar, tropezando en el pasillo, desmayándose frente al altar… y el simple pensamiento le debilitó las manos.

—Annabella —la llamó su madre al ver que no bajaba, a pesar de que la puerta de la carroza estaba abierta.

Annabella ni siquiera había notado que ya habían llegado. Estaba tan asustada y distraída que no vio la mano extendida hasta que su madre habló. Sonrió con esfuerzo y tomó la mano del hombre que la ayudaba a descender.

Bajó con éxito. Sin caídas. Sin altercados. Suspira, aliviada, pero las piernas seguían débiles, y el temblor fino de sus dedos no cesaba.

Afuera de la iglesia ya no quedaba casi nadie de la multitud; al parecer llegaban un poco dilatadas. Annabella echó una mirada hacia sus primas, que le sonreían desde la entrada. Todas levantaron la mano con el ademán típico antes de entrar junto a sus esposos e hijos.

Annabella miró a su tío Edmund, quien sería el que la escoltaría hacia el altar. Ante la ausencia de su padre, la segunda opción fue inmediata: el padre de los Charpentier. Él siempre la había tratado como a otra hija; le permitía quedarse en su casa por tiempo indeterminado, la llevaba a viajes familiares, la acogía como un verdadero padre. No había mejor hombre que él para entregarla.

—Vamos, dulce niña —le dijo con aquella voz grave que le caracterizaba—. No tengas miedo.

—Tío… siento que caeré —confesó, avergonzada.

—Y para eso servimos los que las entregamos —sonrió—. En estos casos, somos prácticamente un bastón para las novias.

Annabella sonrió con afabilidad. Apretó el brazo de su tío con una fuerza innecesaria, buscando anclarse.

—No me deje caer, por favor.

—Si no dejé caer a esas hijas revoltosas que tengo, no te dejaré caer a ti, querida Anna —aseguró.

La joven asintió y esperó la tonada que indicaría el inicio. Por un segundo creyó que se había quedado sorda; el mundo se le cerró como una concha. Entonces, de pronto, la música inundó la nave y su tío la jaló suavemente hacia el interior, obligándola a caminar.

Daba gracias de que el velo cubriera su rostro: así nadie vería la vergüenza y el pánico de recibir tantas miradas al mismo tiempo. Estaba segura de que esa caminata hacia el altar sería una de las cosas más incómodas de su vida… y eso que había sobrevivido a sus primas.

—No temas, preciosa —susurró su tío—. Vas muy bien.

Annabella intentó controlarse. El temblor seguía en sus manos, aunque ella se esforzara por mantenerse firme. Muchos dirían que, siendo una Bermont, estaría acostumbrada a ser el centro de atención. Pero Marinett y ella no eran como Katherine o Elizabeth: no provocaban escándalos, no se alimentaban de las miradas. Sí, era normal que admiraran su belleza, pero no una muchedumbre entera mirándola al unísono.

Y entonces, tras un pasillo interminable, lo vio.

De espaldas a ella, esperándola, estaba Thomas.

Algo en su interior se tranquilizó de golpe. Deseó, con una necesidad casi física, ver aquellos ojos que conocía tan bien. Como si el destino se confabulara a su favor, Thomas dio media vuelta. La miró y el aire, por un instante, pareció detenerse en el pecho de Annabella.

Él le estiró la mano para ayudarla a subir los escalones hasta el altar. Thomas la ayudó a colocarse a su lado… pero no volvió a mirarla. No sonrió. Ni siquiera se situó cerca: guardó una distancia mínima, suficiente para que ella lo sintiera lejos aunque lo tuviera al lado.

Annabella se convenció de que era por la solemnidad del lugar. Se aferró a esa idea como quien se aferra a una baranda. Prestó atención a la ceremonia, grabando en su memoria cada palabra del sacerdote, cada gesto, cada juramento pronunciado.

Cuando llegó la frase esperada y el "puede besar a la novia" resonó bajo las bóvedas, Annabella se giró con un nervio nuevo hacia el hombre que acababa de convertirse en su esposo.

Thomas tomó el velo que cubría el rostro de su esposa y lo echó hacia atrás. Descubrió el semblante bello de Annabella y sus ojos verdes, brillantes como las esmeraldas que la adornaban.

La miró un segundo de más; como si, por primera vez en el día, el mundo le exigiera presencia. La mano de Thomas subió hacia sus

mejillas y se posó allí con una delicadeza que contrastaba con todo lo que él era. Sus dedos acariciaron apenas la piel sonrojada —una caricia lenta, estudiada—, y ese simple roce le robó el aire a Annabella más que la caminata entera.

Thomas se inclinó. Con una lentitud que hacía temblar, presionó los labios contra los de ella: un beso insinuante y tierno, lo bastante largo para encender, lo bastante breve para dejar hambre. Annabella sintió que el mundo se volvía estrecho; el perfume de su propio ramo, el murmullo del templo, la música, todo se alejó. Solo existía esa boca. Ese contacto.

Cuando Thomas se apartó, Annabella se quedó con deseos de más; una punzada dulce en el estómago, un calor que le subió al cuello. Sin darse cuenta, llevó la mano a su propia boca, como si quisiera retener la sensación, revivirla, comprobar que era real. Aquel beso le recordó el primero, proveniente de la misma boca, y la memoria le arrojó un estremecimiento vergonzoso.

Los invitados aplaudían felices. Algunos ya corrían hacia la salida para tirarles arroz.

Thomas suspiró cuando la iglesia comenzó a vaciarse, como si el jaleo lo hubiera agotado. Tomó la cintura de su esposa —un gesto firme, posesivo y, al mismo tiempo, correcto— y la guio hacia la salida, incitándola a caminar. Annabella lo miraba con ojos llenos de preguntas, pero él no le ofreció respuestas.

Si Annabella había pensado que entrar a la iglesia fue incómodo, el viaje en carroza junto a su esposo lo fue aún más.

Thomas prácticamente la ignoraba. Mantenía la vista fija en la ventana, aparentemente más interesado en la plebe entusiasmada que los saludaba que en ella. Annabella por su parte, jugaba con el anillo de compromiso y el de bodas: oro blanco con una franja fina de oro amarillo; Sonrió, distraída, al darse cuenta de que podría combinarlo tanto con plata como con oro. Era una manera pequeña, casi infantil, de aferrarse a algo bonito.

Su pierna, sin notarlo, se movía con un ritmo nervioso.

—Deja de mover la pierna —indicó Thomas, sin mirarla—. Me pones de nervios con el constante sonar.

—Lo siento —dijo Annabella, horrorizada al descubrir su temblor.

Thomas no contestó. El silencio volvió a instalarse, pesado, como una tela húmeda que se pega a la piel.

—¿Está molesto por algo? —preguntó ella al fin, arriesgándose.

—¿Y por qué debería? —respondió Thomas con un tono que Annabella no supo interpretar. Su semblante seguía en la seriedad de siempre—. Todos me felicitan por mi hermosa esposa, por mi buena suerte… dicen que soy un canalla por tenerla. ¿Y sabe qué pienso yo?

—No.

—Que, gracias a esto, perdí trescientas libras —se echó hacia atrás en el asiento—. No debí apostar.

—Lamento eso —murmuró Annabella, sin saber qué hacer con esa crueldad disfrazada de broma.

Thomas entrecerró los ojos y se inclinó hacia adelante, como si la proximidad fuera una advertencia.

—Tengo una duda —la miró de arriba abajo—. ¿Es usted siempre tan… no sé… buena?

Annabella sintió el pinchazo, como si de pronto la palabra "buena" se hubiese convertido en una burla.

—Lo hace ver como algo malo. ¿Debo entender que lo es?

—Las mujeres buenas siempre son aburridas —sentenció—. Aunque no existe una mujer que yo encuentre entretenida.

Annabella habría preferido que se callara. Estaba molesto y, si no entendía mal, lo estaba con ella. ¿Por qué? ¿Qué se suponía que había hecho para merecer ese trato?

—No nos conoce, entonces —respondió, y su voz ganó un hilo de firmeza—. Las mujeres somos personas inteligentes.

Thomas soltó una carcajada sonora, sin alegría, ácida, y la miró con ojos enervados.

—Ustedes no saben nada de lo que es importante —sentenció—. Solo les importa tener una linda casa, un marido respetable, un título y, claro, dinero. Eso no puede faltar.

—Nos subestima, señor —dijo Annabella, y el rubor en sus mejillas ya no era de timidez, sino de enojo—. Tal vez no todas seamos iguales.

—Todas lo son.

—¿Cree acaso eso de su madre? ¿De su hermana? —se atrevió a decir, y en cuanto lo hizo supo que había cometido un error.

El semblante de Thomas se endureció. No fue un cambio brusco, sino algo peor: una decisión fría en sus facciones. Sus ojos se volvieron una línea de hielo.

—Escúchame muy bien, Annabella —dijo en voz baja, con una amenaza elegante que no necesitaba gritos—. Ahora que eres mi esposa, conviene que entiendas una cosa: el respeto no es un adorno, es una obligación. No sé qué se te haya permitido en esa casa de locas, pero aquí las palabras tienen peso… y consecuencias.

Annabella bajó la cabeza. Claro que lo recordaba: una mujer nacía para complacer al hombre, para obedecer, para acatar. Lo había escuchado desde niña, aunque una parte de ella siempre lo hubiera sentido injusto.

—Sí —aceptó—. Mi madre me lo ha recordado.

—Entonces escucha con atención —continuó Thomas, sin perder el tono—: no vuelvas a hablar de mi madre.

La conversación terminó ahí. Annabella no dio pie a que su esposo hablara de nuevo. Sus palabras fueron como un balde de

agua helada, el primero de muchos que necesitaría para despertar de esa mentalidad soñadora que todavía cargaba. Pero, además del arranque de dureza, Annabella notó algo más.

Thomas estaba resentido.

No era tan intuitiva como Marinett ni tan aguda como Katherine, pero confiaba en lo que sentía. Y algo le decía que detrás de esa máscara brutal —esa que Thomas parecía disfrutar portar— había un alma lastimada buscando un afecto que nunca recibió.

Annabella alzó la mirada, muy despacio, y lo observó como si lo viera por primera vez. La quijada poderosa, las facciones finas y masculinas a la vez; la nariz recta; la ceja poblada y negra; los labios tersos, de grosor adecuado, que acababan de besarla en la iglesia con una delicadeza que contradecía cada palabra. Las pestañas largas le daban una sombra inquietante a sus ojos azules, centellantes incluso en la penumbra de la carroza. En ese momento él tenía la mano grande apoyada en el puente de la nariz, como si quisiera contener algo detrás del gesto, muy probablemente algo contra ella.

Cuando por fin llegaron a Bermont, Annabella se sintió feliz al ver a sus primos esperándola. Le devolvieron de golpe la familiaridad que había perdido durante el camino. Esperó a que Thomas bajara primero; tomó la mano que él estiraba para ayudarla y, en cuanto tocó tierra, corrió hacia los brazos abiertos de su familia.

Desde el encuentro de la carroza y la corta plática en el banquete, y el baile que inauguraba su matrimonio, Annabella no volvió a ver a su esposo. Ella estuvo ocupada bailando con cada primo varón, del lado de su madre y del de su padre, con los esposos de sus primas, con sus tíos; debía bailar con todos, como marcaban las reglas, y aquello solo le sacaba sonrisas, dándose cuenta de cuánto estaba disfrutando su boda. Incluso bailó una pieza divertida junto a sus primas Bermont, causando un escándalo monumental.

Por otra parte, Thomas miraba desde lejos a su nueva esposa. Su cabeza se contradecía con cada paso de ella. No sabía cómo tratarla o qué hacer para sentirse menos atrapado. Ahora era suya… y esa palabra —suya— le pesaba como hierro. Estaba a su merced, sí, pero ¿qué haría con ese poder? ¿Para qué lo quería, si no podía soportar la ternura que ella traía en la mirada?

—Lord Hamilton —se dirigió a él una voz cantarína y alegre.

Thomas volvió la mirada con adustez, encontrándose con la mujer que le causaba una incomodidad difícil de nombrar. Cristina Korsakov era un reflejo más pulido de su hija: casi iguales, pero con una firmeza en los ojos que Annabella aún no tenía. Lo miraba con una comprensión que no era inocente.

—Lady Korsakov —Thomas se inclinó, cortés.

—Llámame solo Cristina —sonrió—. Al fin de cuentas, somos familia ahora, ¿no es verdad?

Thomas no respondió.

Esperó, atento; si ella se le acercaba, era por una razón.

—Solo quería encargarte en persona a mi hija… —Cristina bajó la mirada—. Sé que a veces parece no tener la cabeza en este mundo, pero usted es un hombre maduro… le tendrá paciencia, ¿verdad?

Thomas guardó silencio unos segundos. Su atención se quedó en el rostro de Cristina, en lo mucho que se parecía a Annabella cuando esta intentaba ser valiente. Abrió la boca para contestar, pero en ese momento James lo tomó por los hombros y lo jaló lejos, como quien rescata a un amigo de una trampa.

La madre de Annabella lo miró irse con una sonrisa que Thomas no devolvió. Cristina se quedó con la sensación incómoda de haber tocado una puerta que quizá no debía abrir.

—¡James, suéltame! —Thomas se apartó con brusquedad.

—Vaya, noviecito, pero qué bruto eres —se quejó James, soltándolo al llegar junto al resto.

—¿Qué quieren? —preguntó Thomas con serenidad forzada.

—La verdad —indicó Robert—. Te has casado con ella, ahora dinos la razón de que lo hicieras.

—No tengo que dar explicaciones a nadie.

—Vamos, Thomas —insistió Adam—. Somos tus amigos.

—Entonces, como "amigos", déjenme tranquilo —Thomas acomodó su saco, impecable, como si el gesto le devolviera control —. Y no vuelvan a interponerse.

Se internó de nuevo en la fiesta.

Los tres lo vieron partir, negando con la cabeza.

—Esto es malo —dijo James—. Nunca lo había visto tan enojado.

—Está furioso —asintió Robert—. Pero Annabella no tiene la culpa.

—Creo saber qué le pasa, y su padre no estará nada feliz con eso —murmuró Adam.

James y Robert intercambiaron una mirada. Sabían bien cómo sonaba el marqués cuando hablaba con esa calma que no era calma, sino sentencia: Los Hamilton cumplimos, pagamos y cobramos.

—¿De qué tanto hablan? —preguntó Elizabeth, apareciendo.

Robert la miró con reproche.

—De nuevo estabas escuchando conversaciones ajenas.

—¡Claro que no, cariño! —Elizabeth se acercó, posando un brazo en el pecho de su esposo con la teatralidad de siempre.

—¿Dónde está tu cómplice, Elizabeth? —preguntó Adam—. Sé que estabas con alguien más.

—Si te refieres a la escurridiza de tu mujer… —dijo James—, creo que la estoy viendo.

—¿Qué? ¿Dónde? —Adam giró.

—Para tu mala suerte, está ahí —señaló James—… con Thomas.

—Será mejor que te des prisa —aconsejó Robert.

—Esa mujer —gruñó Adam, caminando entre la gente.

Thomas se sentía fastidiado de que todos quisieran darle lecciones, como si fuera a matar a su esposa. Debía admitir que estaba enojado… pero jamás la asesinaría. Esa idea, solo de pensarla, le resultaba absurda. Él era muchas cosas, pero no un monstruo sin códigos.

—Disculpe, señor —le tocaron el hombro con decisión—. ¿Va a tratar bien a mi prima, cierto?

Thomas rodó los ojos antes de volverse hacia la pelirroja que conocía de vista, aunque nunca había conversado con ella.

—¿Otro Bermont viene a advertirme? —respondió, seco.

—Por supuesto —asintió ella—. Debe saber que queremos mucho a esa niña. Por lo tanto, se espera lo mejor de usted.

—Me complace decir que soy un caballero —Thomas la miró de arriba abajo—, aunque dudo que usted se clasifique como una dama.

—Busca insultarme, señor, pero debo advertirle que mi arsenal de ofensas es mucho más variado que el suyo.

—No busco nada parecido, señora —replicó él—. Y no veo la hora de escuchar sus "ofensas".

—¿Nos cree menos que un gato, cierto? —se cruzó de brazos—. Ya verá que las Bermont somos buenas en más que tejer y cantar.

—¿Sabe usted hacer algo de lo anterior? —Thomas levantó una ceja, cruelmente divertido.

Katherine —porque, por supuesto, era Katherine— se avergonzó al recordar que no era precisamente una mujer de hogar.

—No —admitió—. Pero puedo hacer otras cosas.

—¿Ah, sí? —sonrió Thomas, petulante—. ¿Como qué?

—Como meterse en problemas —dijo Adam a sus espaldas.

Katherine fulminó a su esposo con la mirada.

—Puedo hacer más que usted, que seguramente es solo un niño mimado con una fortuna de respaldo.

—Katherine —advirtió Adam, con paciencia agotada.

—Le sorprenderá saber, señora, que estoy instruido en más de un arte —respondió Thomas, sin perder el tono—, pero no tengo que dar explicaciones. —Miró a Adam—. A nadie.

Se inclinó con corrección y comenzó a caminar.

—Si me disculpan… creo que es hora de que nos retiremos.

Katherine lo observó alejarse con ese andar varonil, atrayente, impecable. Tenía que admitirlo: era apuesto, peligrosamente guapo.

Lástima que su mente arruinara el físico.

—Como si le creyera algo —murmuró, caprichosa.

—Te sorprenderías, Katherine —dijo Adam—. Thomas no solo tiene entrenamiento militar… también es médico.

—¿¡Médico!? —Katherine lo miró con incredulidad—. ¿Ese malvado?

—Sí —confirmó Adam—. Y te lo digo solo porque juzgas muy rápido a las personas.

—Él se lo ganó —Katherine se encogió de hombros—. Algo me dice que Anna despertará de sus sueños con ese hombre.

Annabella bailaba con sus primos, riendo a carcajadas. En cada tintinear de un pequeño triángulo, las parejas debían cambiarse; y, para sorpresa de la joven, siempre le tocaba un familiar distinto. Era divertido, vertiginoso, casi infantil.

Cuando escuchó de nuevo el tintinear, soltó a Charles y giró en busca de su siguiente pareja. Tal fue su sorpresa que, al recibir al nuevo acompañante, se encontró con Thomas.

No había bailado con él desde la danza inaugural y no pensó que se fuese a suscitar otra oportunidad, por miró con impresión a Thomas cuando él la sostuvo de la cintura y, sin la cortesía de una sonrisa o una mirada amable, dejó caer una frase fúnebre:

—No pareces tan feliz como cuando brincabas a los brazos de otros hombres —observó con una ceja arqueada.

Annabella sintió un calor súbito subirle al cuello.

—No… es solo que… —bajó la mirada—. No me lo esperaba.

—¿No esperabas que deseara bailar con mi esposa? —Thomas levantó una ceja—. ¿No es acaso nuestra boda?

—Sí… solo que… no sé. Pensé que seguiría molesto.

—No estoy molesto —respondió él con rotundidad, como si las palabras fueran una orden.

Annabella se mordió el labio, microgesto traicionero, y alzó la mirada hasta encontrarse con los ojos de Thomas.

—Lamento lo que dije.

Thomas la miró un momento, como si evaluara si aquella disculpa le servía de algo. En ese instante sonó el triángulo: debían cambiar. Pero Thomas apretó el agarre sobre la cintura de Annabella, impidiéndole moverse, y arqueó las cejas.

—¿Sabes qué hora es?

—No… ¿por qué? —respondió ella, sin captar la indirecta.

—Tenemos que irnos. Son las dos de la mañana.

Era verdad. Tenían que irse. Annabella sintió el miedo instalarse otra vez en el estómago, mezclado con añoranza. No se acostumbraría pronto a despedirse de su casa para dormir en otro sitio, en otra cama, con un hombre que podía ser tierno un segundo y cruel al siguiente.

—Despídete de tu familia —indicó Thomas—. Creo que mis padres se han ido antes para arreglar las habitaciones.

—Entiendo… —susurró Annabella, pero no se movió.

Thomas inclinó apenas el rostro.

—Hablo de ahora, Annabella.

La incitó a caminar fuera del círculo de baile. Y, en cuanto la pareja se dirigió a la salida, los Bermont —padres e hijos— se arremolinaron para despedirlos, intentando retenerlos con abrazos y palabras.

Annabella abrazó con fervor a cada uno, derramando lágrimas y riendo al mismo tiempo, diciendo frases de alegría que buscaban hacer menos dura la despedida. Por último abrazó a su madre, apretándola con una fuerza innecesaria.

—Mucha suerte, mi niña —Cristina le dio la bendición y esperó a que Thomas se acercara.

Thomas, con poco entusiasmo, permitió que esa mujer lo abrazara como si fuese un hijo. No estaba acostumbrado a demostraciones de afecto fuera de la intimidad; los brazos de Cristina le resultaron incómodos, casi extraños. Ella lo soltó con dignidad, sin insistir.

—Cuídense mucho —susurró la madre.

Los novios desaparecieron por la puerta principal y, en menos de lo que pensaron, el carruaje ya no era visible para la familia.

Las tres primas casadas se miraron entre sí, llenas de dudas. Gracias a Cristina, la pobre castaña iba a su noche de bodas sin el conocimiento de que esta existía. Su tía era conservadora y obstinada; por supuesto que no le diría nada. Pero también había privado a Annabella de que alguna de ellas se lo explicara, aunque fuera de forma mínima.

—Oh, no se preocupen —llegó Cristina con una sonrisa—. Los hombres saben qué hacer en estas cosas.

—Sí, tía, pero nosotras agradecimos saber por lo menos que pasaría algo —Katherine se cruzó de brazos.

—Vas preparándote mentalmente —le reprochó Elizabeth.

—Se asustará muchísimo —se horrorizó Marinett.

—¡Tonterías! —Cristina le quitó importancia—. Antes una iba de esa forma. No había habladurías que solo asustan más. —Negó con rotundidad—. No, mis niñas. Es mucho mejor así.

—Si usted lo dice… —Elizabeth se encogió de hombros.

Pero en el fondo, las tres sabían la verdad: Annabella estaría para morirse. Seguramente lloraría ante una sola insinuación de su marido. La conocían mejor que nadie.

Solo quedaba rezar por ella y suplicarle al cielo que el "hombre siniestro" tuviera algo de consideración ante una doncella sin prácticamente ningún conocimiento de lo que sucedería… y, también, que el marqués Hamilton, con su cortesía afilada y sus

amenazas disfrazadas de buenos modales, no terminara convirtiendo aquella primera noche en otra forma de cadena.

Capítulo 8

En el viaje hacia su nuevo hogar, Annabella aparentó dormir todo el camino. Tal vez su actuación no fuese impecable, de hecho, podía sentir cómo se le tensaba la nuca cada vez que el carruaje crujía, como si la delatara, pero necesitaba una manera de no hablar con él sin parecer grosera. La verdad era que le temía un poco.

Thomas siempre había sido intimidante, dominante incluso cuando se limitaba a guardar silencio; y ahora, convertida en su esposa, el mundo entero le recordaba con esa crueldad invisible de las normas, que él era su dueño a ojos de la sociedad.

Después de lo sucedido en la carroza aquella vez, Annabella procuraba no alterar los nervios de su marido, nervios que parecían exaltarse con tan solo una mirada suya o con el leve movimiento de su respiración cuando él estaba cerca.

Fue consciente del momento en que el carruaje se detuvo de golpe; el golpe seco de las ruedas contra el empedrado, el resoplido del caballo, el tirón final del freno. Seguramente estaban frente a la casa de los Hamilton, aquella mansión apenas conocida y, sin embargo, ya cargada de presagios. Annabella mantuvo los párpados cerrados un segundo más, intentando sostener su farsa con dignidad.

Thomas bajó de la carroza sin despertarla. No la tocó, no le rozó la frente con un gesto de cortesía: simplemente la dejó allí, como si fuera un objeto que se olvida a propósito. Y cuando habló, su voz la desarmó con precisión: neutra, sin afecto, sin violencia abierta.

—Baja.

Annabella abrió los ojos de golpe, con la vergüenza subiéndole por la garganta como un incendio. Su farsa había sido inútil: él lo supo todo el tiempo. Se preguntó si se burlaría en silencio o si la juzgaría infantil. Con la poca dignidad que le quedaba, aceptó la mano que Thomas le ofrecía —fuerte, tibia, impecablemente segura — y se ajustó el abrigo que era parte del ajuar confeccionado por Giorgiana. Aun así, el simple contacto le provocó un estremecimiento incómodo: no de placer, no del todo; más bien una punzada interna, un reconocimiento involuntario de su cercanía.

A pesar de ser primavera, la noche refrescaba lo suficiente como para necesitar abrigo. En Londres, incluso las estaciones parecían tener carácter. Thomas pasó un brazo por los hombros de Annabella y la acercó a su cuerpo con una eficacia que no admitía dudas: el gesto, en apariencia protector, tenía algo más; una posesión discreta, un "mío" silencioso dicho con el peso de su pecho junto al de ella. Annabella sintió el calor atravesarle el corsé ya inexistente, como un recuerdo, y su pulso se le aceleró. Se obligó a permanecer quieta, a no delatar el modo en que ese contacto le afectaba.

Subieron los escalones hasta la puerta. Un hombre alto, de traje impecable, los esperaba con el rostro serio y la postura erguida. Annabella volvió la vista hacia su esposo: Thomas miraba con desinterés hacia una de las ventanas de la casa, una de las pocas que seguían iluminadas a esas horas indecentes de la madrugada.

Dentro de la mansión, una chimenea de mármol sostenía un fuego centellante que daba calidez a la estancia. Los candiles y candelabros seguían encendidos pese a lo tarde que era, como si la casa se negara a dormir sin presenciar la llegada de la nueva señora. Gracias a esa iluminación, Annabella pudo ver las pinturas del techo: figuras clásicas, nubes, alegorías de continentes y victorias, la clase de arte que no era solo belleza sino advertencia.

—Señora —se disculpó el hombre que les abrió—. ¿Me lo permite?

Annabella asintió, azorada. No se había dado cuenta de que el caballero la había seguido hasta el centro del salón esperando recogerle el abrigo; su mente iba demasiado llena, el mozo tomó la prenda con cuidado.

—Gracias —sonrió Annabella con esa amabilidad sin esfuerzo.

El mozo se sonrojó ante la presencia de aquella mujer, tan bella en su sencillez incluso con el cansancio encima, y lo disimuló de inmediato, consciente del joven amo.

Entonces una puerta lateral se abrió.

—¡Hijo! —El padre de Thomas apareció desde una de las habitaciones aún iluminadas. Tras él, su hermosa esposa, Marie.

—¿Qué hacen despiertos? —preguntó Thomas, y la palabra "qué" sonó como un reproche en su boca.

—Los esperábamos —contestó Marie con una voz pausada, cordial; su serenidad parecía forzada, como una tela fina estirada al límite.

—Bueno, gracias —Thomas habló cortante—. Nos retiramos.

Annabella parpadeó. La frialdad con la que Thomas trataba a sus padres la sorprendió, más que nada por lo común que parecía.

—Espera, hijo —lo llamó su padre—. ¡Ni siquiera sabes cuál es su habitación!

—"Su"… —Thomas entrecerró los ojos—. Solo una. —La ira le atravesó la voz como un filo escondido.

Annabella se mantuvo callada ante el intercambio áspero. Por lo poco que llevaba de conocerlos, era fácil deducir que los hombres Hamilton no se llevaban bien; aunque, si le preguntaran, diría que la culpa era de Thomas. Su padre siempre parecía amable, incluso alegre, aun cuando el desprecio del hijo mayor caía sobre él como sombra.

—¿Y para qué necesitarían dos? —El padre alzó las manos, como si se tratara de una obviedad.

—Es una norma que me gustaría acatar —Thomas lo miró directo, hundiéndose en una batalla que solo ellos comprendían.

—No hace falta —replicó el padre, imitándole el tono con una amenaza elegante, sin subir la voz—. En esta casa no desperdiciamos espacios… ni concesiones.

Las dos castañas —una joven, la otra ya adulta— se removieron incómodas. Marie, sobre todo, se tensó, como si temiera que, si no intervenía, el orgullo los llevaría a un lugar sin retorno.

—Pero, querida —intervino Marie, con una sonrisa ensayada—. Has de estar agotada de ese vestido. Te guiaré a tu habitación.

—Pero… —dudó Annabella, sin saber qué hacer. La discusión parecía girar alrededor de dónde dormiría, y ese detalle —tan íntimo— se le clavó en el pecho como una aguja.

—Oh, no te preocupes por ellos —Marie le restó importancia con un ademán y una sonrisa—. Siempre son así.

—Ve con ella —indicó Thomas.

Annabella suspiró, asintió y dedicó a su suegra una sonrisa conformista. Marie se encogió de hombros, como si también cargara su propio cansancio, y empezó a guiarla por las largas escaleras.

Cuando los dos hombres se cercioraron de que ninguna de las mujeres estuviera cerca, se devolvieron esas miradas tan parecidas: el mismo azul de hielo, el mismo orgullo afilado, la misma violencia contenida bajo el barniz de los modales.

—Deja de hablarle así a tu mujer —indicó el padre, en voz baja.

—Le hablaré como me dé la gana; es mía. —Thomas sonrió con sarcasmo—. Y eso fue gracias a ti.

—Sabes, Thomas… lo hice porque me pareció lo correcto.

—¡Al diablo con tus suposiciones! —Thomas avanzó dos pasos—. Ambos sabemos por qué lo hiciste.

—Puede ser, hijo… pero sigues igual de atado que cuando aceptaste el matrimonio, ¿no es así? —La sonrisa del padre fue breve, precisa, cruel en su suavidad.

Thomas apretó la quijada, conteniendo impulsos, y lo miró desafiante. Durante un instante, solo se escuchó el leve crujido del fuego y el rumor distante de la casa que dormía.

—Sigo tan atado como dices —aceptó.

Se dirigió a la habitación de donde habían salido sus padres. Unos segundos después, regresó con una copa de whisky. Bebió un sorbo como quien intenta tragarse algo más que licor.

—Pero tú sabes cómo soy —dijo, alzando la voz apenas desde el salón adyacente—. Puedo ser bastante impredecible.

—En ese caso —respondió el padre, sin perder la compostura— más te vale recordar la fina línea que no puedes pasar, hijo.

Thomas señaló con el vaso, con una insolencia heredada.

—Tú también estás atado. ¿O cómo piensas explicarle a mi mujer?

—Soy astuto —sonrió el hombre mayor, con una calma que sonaba a amenaza educada.

—Yo también.

Annabella entró en la recámara que su suegra le indicó: una alcoba preciosa, amplia, de paredes tapizadas a la forma imperial en rojo Venecia. Colgaban algunos cuadros petulantes de rostros solemnes, paisajes extranjeros y un enorme mural de tela con las tierras conocidas pintadas, como si el mundo entero hubiera sido reducido a ornamento. Los muebles de madera oscura se imponían por todas partes: una cama de dosel, alta e imperiosa, sostenía arriba un techo tallado y unas pesadas cortinas rojas que podían correrse para ocultar la cama. Dos mesitas de noche flanqueaban el lecho, cada una con candelabros de velas encendidas. Más arriba, dos candiles colgaban, uno a cada lado, como ojos vigilantes.

Había también una salita: sillas de madera con asientos de un rojo más claro, un alargado sillón color crema y, en medio, una mesa de madera pulida. Una chimenea completaba el lugar, y el suelo estaba cubierto por una alfombra roja tan mullida que parecía absorber los pasos. Annabella sintió que el ambiente era hermoso… y devorador.

—Es la recámara de Thomas —sonrió Marie—. Siempre le ha gustado esta habitación en especial.

Annabella tragó saliva. La sola idea de estar en "la recámara de Thomas" le provocó un calor involuntario en las mejillas, una tensión en la boca, como si su cuerpo respondiera antes que su mente.

—Es hermosa —asintió, continuando con su escrutinio.

—Mandamos traer un tocador para ti y otro clóset para tus cosas.

—Se lo agradezco —sonrió Annabella.

Caminó sin rumbo, más ensimismada en las pinturas y en la gravedad del lugar que en el suelo. Por eso no notó lo que se interponía en su camino. Tropezó y cayó sin miramientos.

—Dios mío —se adelantó Marie—. ¿Estás bien?

Por toda respuesta, Annabella soltó una carcajada nerviosa —ese tipo de risa que llega para evitar el llanto— y apartó su vestido para ver con qué había tropezado. Entonces gritó al darse cuenta: una piel de tigre, enorme, tendida sin vida en el suelo. El tapete aún conservaba la cabeza, como si la bestia siguiera acechando desde su derrota.

Annabella se puso de pie de inmediato y se alejó.

Marie rió, suave.

—¿Debo suponer que no te entusiasma la cacería?

Annabella negó con rotundidad, varias veces, incapaz de hablar.

—Es una lástima —continuó Marie—. A Thomas le fascina.

—¿En serio? —murmuró Annabella, casi con dolor.

—Sí —confirmó la madre—. Este lo cazó en uno de sus viajes.

—Dios… —Annabella se tocó la sien, como si le diera jaqueca.

—No te preocupes, ya no lo hace tan seguido —Marie le tocó el hombro con amabilidad—. Ahora será mejor que te cambies a algo más cómodo. En un momento llegará tu doncella.

Annabella se quedó paseando por el lugar, tocando la tela fina que cubría la cama, rozando las cortinas pesadas, revisando las ventanas, incluso se quitó los zapatos para sentir la alfombra acolchada bajo los pies, era como si necesitara confirmar que estaba despierta.

—Mi señora —sonrió una joven—. Soy Lizet y seré quien la atienda.

Annabella se acercó y le extendió la mano para estrecharla, pero la doncella, sin entender, se inclinó para besarle los dedos como si Annabella fuera una princesa. Annabella la apartó con suavidad y negó con la cabeza, riendo bajito.

—Se supone que debes estrechármela —sonrió—. Soy Annabella.

Después de remover el vestido de novia y colocar un camisón sobre su cuerpo, Lizet desenredó su cabello y lo peinó en una trenza que cayó por la espalda de la joven. Annabella tenía muchísimo cabello; el castaño claro y el brillo natural lo volvían un atractivo

difícil de ignorar, casi una tentación táctil. Lizet lo tocaba con cuidado, como si peinara seda viva.

—Tiene un cabello precioso —sonrió la doncella.

—Gracias —respondió Annabella—. El tuyo también es hermoso.

—Es usted muy buena —dijo la joven, consciente de su cabello café, opaco por la falta de cuidados.

—No lo creo, en realidad lo veo bonito —Annabella se levantó del tocador—. Toma asiento.

—No, señora, no se me permite —se exaltó Lizet.

—Oh, por favor… —Annabella la tomó por los hombros y la sentó a la fuerza con una terquedad suave.

Le soltó la coleta apretada que retenía el cabello de la doncella y empezó a cepillarlo con delicadeza.

—¿Ves? —puso un mechón sobre el hombro de Lizet para que lo tocara—. Si usas lo correcto, cualquier cabello se ve bien.

Lizet tocó su propio cabello con fascinación.

—Es más, yo tengo muchos, toma esos, le cayeron bien a tu cabello.

—Oh, no… se lo suplico, señora…

—Ni una palabra más —se negó Annabella—. Toma, llévatelos.

Annabella le entregó dos frasquitos de cristal cortado.

—No me puedo llevar los frascos, mi señora. Seguramente son caros —observó Lizet.

—Dios mío, mujer… cuando una recibe un regalo no anda despreciando. Anda, ve, que ya se hace tarde. —Annabella sonrió, complacida—. Mañana te espero con el cabello brillante.

Lizet salió con una sonrisa enternecida y los frascos en las manos, incrédula de que existiera un alma tan bondadosa y humilde.

Annabella quedó sola. Miró la habitación con desconfianza. ¿Qué se suponía que tenía que hacer? No se sentía cómoda simplemente metiéndose en la cama a dormir, como si aquello no tuviera un significado. ¿Qué hacían las casadas en su primera noche en la casa de su marido? Un nervio áspero le invadió el estómago; sus ojos recorrieron las sombras, la cama, las cortinas rojas, la chimenea. Se sintió atrapada dentro de un escenario demasiado grande para ella.

Al final decidió esperar a Thomas.

Le preguntaría, ¿Qué más le quedaba?

Eran las cuatro de la mañana cuando Thomas decidió subir a su habitación. Entendía que su esposa lo hubiera estado esperando para consumar el matrimonio, pero eso era lo último que Thomas quería. No por falta de tentación: la cara y el cuerpo de su mujer le golpeaban la mente con insistencia, como una melodía que no se puede apagar. La recordaba en la catedral, el modo en que se le estremecieron los labios al separarse de él, la forma en que se llevó

los dedos a la boca… como si el beso le hubiese dejado una marca que todavía ardía.

Pero precisamente por eso.

No complacería a su padre en ese aspecto. No la tocaría. No ahora. No en esas condiciones. No en esa casa donde cada gesto parecía observado por la voluntad del marqués. Les habían dado la misma habitación: su habitación. Nadie podía negar que Humberto Hamilton era un hombre listo. Pero también se sabía que tenía un hijo al que le fascinaba retarlo, ignorarlo y, sobre todo, castigarse a sí mismo por desear lo que no debía.

Thomas abrió la puerta y se encontró con cambios que, para él, eran drásticos. Había muebles adicionales y un orden distinto: el mundo de ella intentando acomodarse en el suyo. Y, sobre todo, estaba el tema del olor: un aroma dulce y fresco, a gardenia y algo más, se mezclaba en el aire. La presencia de Annabella se sentía sin verla.

Pero ¿dónde estaba? Sus ojos azules fueron primero a la cama, tendida, sin huella de haber sido usada. Luego enfocaron el sillón frente a la chimenea, encendida, porque aquella era una de las habitaciones más frías de la mansión. Dormida en el sillón, con el cabello trenzado, estaba Annabella.

Un ángel, pensó, y el sobrenombre le pareció ofensivamente acertado. Se acercó sin hacer ruido. La profundidad de su sueño lo

tentó. Durante un instante, quiso despertarla y llevarla a la cama, acomodarla con cuidado como si le perteneciera el derecho de protegerla. Quiso sentir su calor cerca, comprobar la suavidad de su piel bajo sus manos. Quiso… demasiadas cosas.

No lo hizo.

Se alejó y comenzó a desvestirse, quedándose únicamente con el pantalón de pijama. Si Annabella se había quedado dormida ahí, seguramente era porque no deseaba que él la tocara. Y en ese caso… estaban de acuerdo. Tal vez ella lo repudiara o le temiera, y eso le servía: si ella se alejaba por cuenta propia, la tentación sería menor. Y si la tentación era menor, él conservaría el control. El control era lo único que no le podían arrebatar.

Annabella, después de muchas horas en la misma posición, se movió para desentumir el lado derecho y continuar descansando. En su sueño creyó estar en una cama y se giró con confianza… hasta que sintió el vacío. Cayó del sillón con un estruendo.

—¡Auch! —se quejó, llevándose una mano al codo.

—¿Qué pasa? —dijo de pronto una voz masculina.

Annabella se congeló.

En ese instante recordó que ya no estaba en Bermont, mucho menos en su cama. Estaba en la casa de Thomas, había dormido en el sillón de su recámara y acababa de caerse como una niña torpe.

—Nada… lo siento —murmuró, avergonzada, intentando arreglar el camisón como si con eso pudiera recuperar el decoro.

Thomas suspiró, irritado por el despertar, pero había algo más en su voz: una tensión que no era solo molestia.

—¿Quieres dejar todo ese jaleo y venir a la cama de una vez?

Annabella se sonrojó hasta el cuello. Aun así, obedeció. Caminó descalza sobre la alfombra, evitando la zona donde la piel del tigre descansaba como una amenaza muda. Notó que aún quedaban velas encendidas en la mesita del lado desocupado de la cama. La luz temblaba y hacía que todo se viera más íntimo… y más peligroso.

Annabella enfocó la espalda de Thomas. Él le daba la espalda, como si no quisiera verla, como si verla fuera un castigo. Sintió una sensación extraña sofocarla: el pecho apretado, la garganta seca, el pulso desordenado. Se metió en las sábanas con el mínimo de movimientos posible y se quedó rígida en el borde, como una figura tallada en mármol.

—Volverás a caer si te quedas tan pegada al borde —le advirtió Thomas con un tono apenas divertido, como si se permitiera una sombra de humor solo para no admitir otra cosa.

Annabella volvió la mirada hacia él, creyendo que la observaba, pero Thomas seguía de espaldas. Aun así, la sola idea de que él estuviera allí, tan cerca que podía oír su respiración, le hizo apretar los dedos bajo la sábana. Inhaló despacio, dio un pequeño salto

controlado para centrarse un poco y quedarse más segura en la cama. El colchón cedió, y esa mínima vibración pareció viajar hasta el cuerpo de Thomas, porque él se tensó un segundo.

Annabella no entendía por qué las madres imponían tantas restricciones a las jóvenes. Estaba casada, su esposo se encontraba junto a ella… y, sin embargo, el mundo seguía siendo un campo minado de normas, silencios y vergüenzas. No ocurría nada extraordinario, nada que justificara tanto misterio, y aun así su cuerpo estaba despierto como si esperara una catástrofe o una caricia.

Decidió no hacerse más preguntas. Cerró los ojos, aferrándose a la suavidad de las sábanas, a la calidez de la cama, al fuego de la chimenea y al leve perfume de gardenia que parecía protegerla.

Detrás de ella, Thomas permaneció quieto, castigándose en silencio por la atracción que sentía y por el alivio oscuro de no tocarla.

Y en esa habitación roja, hermosa y lujosa, ambos intentaron dormir con el mismo enemigo entre los dos: lo que deseaban y no se atrevían a nombrar.

Capítulo 9

A la mañana siguiente, Thomas despertó más temprano de lo acostumbrado. Para ser sincero, no era de los que abrían los ojos antes de que el sol asomara: prefería un sueño entero a levantarse con ese mal humor seco que lo volvía todavía más insoportable.

La primera sensación fue el calor.

Luego, el peso.

Y, al instante, la certeza: no estaba solo en su cama.

No compartía su cama con nadie. Jamás. Y, sin embargo, allí estaba ella: una mujer dormida, tibia y pequeña contra su pecho, como si el mundo hubiese decidido burlarse de su disciplina. Thomas bajó la vista y la encontró entre sus brazos; de alguna forma —sin que él recordara haberlo permitido— se había acercado a Annabella durante la noche hasta envolverla por la espalda, la mano prendida a su cintura con una posesión inconsciente. La trenza de ella caía como una cuerda de seda sobre la almohada; su respiración era suave, y el leve movimiento de sus costillas contra las de él lo alteró de un modo que se negó a nombrar.

Apretó la mandíbula.

Con todas sus mañas y una paciencia que no sabía que tenía, empezó a separarse. Retiró primero la mano de su cintura, apenas un milímetro, luego otro, como quien intenta robarse a sí mismo sin despertar al mundo. Annabella se movió un poco, un gemido casi inaudible, y Thomas se quedó quieto, conteniendo el aire, castigándose incluso por haber contenido el aire.

Cuando por fin logró liberarse, se recostó lejos, de espaldas, y la observó con el rabillo del ojo. Se obligó a admirarla con frialdad, como si fuera un cuadro que debía criticar. Intentó encontrarle algún defecto, una imperfección que lo protegiera de ese tirón en el estómago. Y lo encontró.

El parecido con su madre era abrumador.

Esa similitud, la misma clase de belleza que humillaba con su suavidad, le encendió la sangre. Su padre era un canalla… pero jamás pensó que los arrastraría a todos, también a ellos, a esa red de decisiones y silencios. Thomas dejó caer la cabeza contra la almohada con brusquedad e intentó volver a dormir. No lo consiguió. El cuerpo le ardía con una vigilia que no era del todo sueño ni del todo deseo.

Annabella, por su parte, abrió los ojos perezosamente. La luz de la mañana apenas se filtraba por los cortinajes rojos de la habitación, y el aire llevaba todavía la calidez de la chimenea

apagándose. Se incorporó y estiró los brazos, buscando deshacerse de los restos del sueño que aún se le pegaban a la piel.

Entonces lo vio.

Thomas estaba boca abajo, con ambos brazos bajo la almohada y el rostro girado hacia ella. Dormía con esa tensión que ni siquiera el sueño le robaba; incluso en descanso parecía un hombre que se defendía. Era… hermoso. De una forma injusta. Annabella sintió una urgencia torpe y dulce: alargar la mano y tocarle la mejilla, comprobar si estaría áspera por la barba que empezaba a asomar.

Se mordió el interior del labio.

No lo hizo. Él se disgustaría. Él siempre se disgustaba cuando ella parecía existir demasiado cerca.

Con sumo cuidado, Annabella se levantó. Sus pies descalzos buscaron la alfombra, suave como terciopelo, y avanzó hacia la cuerda que colgaba junto al tocador. Tiró de ella con delicadeza, rogándole al cielo que el sonido no despertara a Thomas.

No pasaron más de dos minutos cuando Lizet apareció en la puerta, sonriente. Pero al ver al amo durmiendo en la cama —esa espalda fuerte, esa cabeza oscura sobre la almohada— la doncella se petrificó, tentada a salir corriendo.

—Vamos, pasa —susurró Annabella, acercándose—. No hagas ruido. —Puso un dedo sobre sus labios, suplicante.

Lizet no necesitaba indicación. Estar presente en una escena así no le resultaba reconfortante; por años, el joven amo había sido su secreto delirio, y ahora, con él allí, tan real, tan cerca, se sentía como si el aire se hubiera vuelto demasiado pesado para respirar.

—No te hubiera llamado, pero… —Annabella abrió los brazos con una expresión de desesperación contenida— no sé dónde están todas mis cosas.

Había demasiados cajones, demasiados clósets; inspeccionarlos sería un concierto de ruidos. Y si Thomas despertaba y la encontraba husmeando… Annabella sintió un escalofrío de puro instinto.

—No se preocupe, mi lady —sonrió Lizet, recuperando la compostura—. Le diré dónde está todo.

Con ayuda de Lizet, Annabella estuvo lista en poco tiempo. Fue entonces cuando comprendió algo curioso: su esposo tenía el sueño pesado. No se despertaba con nada. Y lo supo porque, por más que intentaron ser silenciosas, tiraron un cajón entero al piso; se les rompió un vaso; una silla golpeó la madera con un sonido seco.

Thomas no se movió.

Annabella recordó, en cambio, lo fácil que él había despertado la noche anterior con su pequeño grito de dolor. Extraño. Tal vez nada lo despertaba… excepto un sonido humano. Un aviso. Una alarma.

Apartó ese pensamiento, como se aparta la mano de una llama.

Antes de salir, miró una vez más a su esposo dormido. La sábana le marcaba la espalda, y su respiración levantaba, apenas, la tela. Annabella sintió una punzada: algo que no era solo ternura. Algo más hondo, reprimido, que le subía al rostro y le calentaba la garganta. Se obligó a bajar la vista y se apresuró a salir.

Bajó las escaleras intentando recordar el camino al comedor. La casa olía a cera, a madera pulida y a un té que, seguramente, ya se preparaba. A través de los ventanales, Londres amanecía con una claridad blanquecina, típica de la década: la ciudad aún tenía esa mezcla de humo, niebla y elegancia que lo manchaba todo de un romanticismo sucio.

—Oh, pero si es la niña más hermosa de esta casa.

La voz alegre del padre de Thomas la detuvo. Annabella giró sobre su eje para ver al hombre que se acercaba con ese mote casi paternal.

—Buenos días —saludó—. Buscaba el comedor…

—Oh, voy para allá también —indicó Humberto—. ¿Me permite?

Estiró el brazo para escoltarla.

—Gracias.

Annabella asintió y posó la mano sobre aquel brazo enfundado en un saco fino. El contacto fue correcto, ceremonioso… y aun así sintió una ligera incomodidad, como si esa cortesía viniera siempre con una segunda intención que ella todavía no sabía leer.

Caminaron mientras Humberto le explicaba la disposición de la casa, el origen de algunos muebles, los retratos de ancestros con miradas severas. El comedor no estaba tan lejos: bastó un pasillo y un giro a la derecha.

—Dime, querida —dijo Humberto, mientras le apartaba la silla con una galantería impecable—, ¿Thomas fue amable contigo ayer?

Annabella frunció el ceño, descolocada por la pregunta.

—Ehm… sí, por supuesto… —respondió, sin entender del todo qué se esperaba de ella.

—Me alegro —asintió Humberto, sirviéndose algo del desayuno dispuesto: pan tostado, una mantequilla pálida, una compota, té oscuro en porcelana fina.

La puerta volvió a abrirse.

—Buenos días —saludó Marie, entrando con la espalda erguida y un rostro que parecía tallado en mármol.

—Buenos días, querida —respondió Humberto.

—Buen día, señora —dijo Annabella con igual cortesía.

—¿Thomas no ha bajado? —preguntó Marie, sin sentarse aún.

—Ya lo conoces —dijo Humberto, como si hablara de una travesura—. Le encanta desencajar.

—Pero también le encanta desayunar —le recordó Marie.

Hizo un gesto a uno de los mozos, impecable en librea.

—Manda llamar a mi hijo, Francis.

—Sí, mi señora —asintió el hombre y salió presuroso.

Durante unos minutos, Marie y Humberto mantuvieron una conversación amable con Annabella. Conforme la joven hablaba, los padres del futuro dueño de la casa se encantaban más con su presencia; aquella voz dulce y ese carácter noble tenían el extraño poder de suavizar la estancia. Solo deseaban que el corazón de su hijo no estuviera demasiado herido como para rechazar lo que Annabella, sin saberlo, podía ofrecerle.

Las puertas se abrieron otra vez.

Entró Thomas.

No saludó a nadie salvo a su madre, a quien depositó un beso en la mejilla, breve y automático. Luego tomó asiento al lado derecho de la cabecera. Pasó por alto la presencia de Annabella, ubicada justo a su lado, como debía ser.

Esa omisión, tan simple, le clavó a Annabella una vergüenza absurda: como si su existencia fuese un error de etiqueta.

—Veo que te despiertas de mal humor —mencionó Humberto—. No entiendo por qué, si has tenido tan grata compañía.

Annabella agradeció, con un vértigo interno, no comprender del todo la intención "indecorosa" de ese comentario. Thomas, en cambio, la comprendió. Se le endureció la mandíbula.

—Será que no me encontraba con las ganas suficientes de despertarme de mi apacible inconsciencia —respondió Thomas, con ese flujo afinado de palabras que se ganaba en la práctica de tantas peleas con su padre.

—Espero que no digas eso en verdad —advirtió Humberto, con una mirada más filosa de lo que su tono permitía—. Sé que tienes en alta estima a nuestra nueva integrante.

—¿La tengo? —sonrió Thomas, extendiendo el brazo para tomar una tostada.

—Espero que sí —Humberto tomó la mano de Marie, que descansaba sobre la mesa—. ¿No lo esperas también, querida?

Marie alzó la vista hacia su hijo. Intentó dibujar una sonrisa, pero apenas lo consiguió.

—Como es debido.

Thomas apretó la mandíbula y se centró en su desayuno. Por un momento, todo cayó en una calma tensa. Nadie hablaba. El silencio se hizo tan pesado que Annabella tuvo ganas de huir. Algo le decía que ella era, precisamente, el motivo del equilibrio frágil en esa mesa.

—Bueno, yo…

Las disculpas de Annabella se quebraron ante la irrupción de Humberto, que volvió a interceder en un tono demasiado entusiasta.

—Hijo, ¿por qué no le das a tu esposa un paseo por las tierras? —Lo miró por encima de la taza de té—. Seguramente le gustarán mucho.

—En realidad, estoy ocupado —se excusó Thomas.

—Te relevo de tus responsabilidades, en ese caso —replicó su padre con rapidez, y sonrió ante la inconformidad del hijo—. No todos los días estarás recién casado. Y en esta casa… —añadió, suave— lo que se exhibe se protege. Lo que se promete, se cumple.

Thomas lo miró como si le acabara de escupir una amenaza envuelta en terciopelo.

—¿Debería agradecerte? —levantó una ceja con sarcasmo.

—De nada, hijo —Humberto se recostó contra la silla, complacido, observando a la pareja como quien vigila una jugada.

Marie bajó la vista. Sabía leer entre líneas. Annabella no; pero su piel sí. Su piel entendió que allí se jugaba algo que tenía que ver con ella y que no era precisamente amable.

Humberto, por dentro, se permitía un orgullo incómodo. Thomas era testarudo, igual que él en la juventud. Y el muchacho tenía el porte y la elegancia de un rey; medio Londres hablaba de él, sobre todo las mujeres. Eso lo halagaba. Aunque Thomas apenas lo apreciara.

Por otro lado, la mujer con la que lo había casado era perfecta. Sí: todo había sido por obra suya; desde las cartas hasta ese anillo

que la pobre chica llevaba en la mano izquierda. Y aun así, al verla allí, hermosa, quieta, con esos ojos incandescentes y el cabello largo como cascada, Humberto sintió una punzada de culpa. El parecido con Cristina —con la madre de Annabella— era un pecado. Una tortura.

—Querida —llamó la voz acompasada de Marie.

Annabella levantó la vista, suplicante, esperando que no hubiera más tensiones.

—¿Sí? —preguntó.

—Después de tu paseo con mi hijo, me gustaría que tomaras el té conmigo. ¿Te parece? —invitó Marie con una sonrisa.

—Sería para mí un honor, señora. Gracias —asintió Annabella, agradecida por palabras limpias, sin filo.

—No creo que sea buena idea, madre —se apuró a decir Thomas.

El tono fue distinto: casi cordial. Annabella lo notó y, por primera vez esa mañana, le tembló algo dentro: una esperanza tonta.

—¡Tonterías, Thomas! —se exaltó Marie—. Hay temas que una joven recién casada desea hablar con otra mujer.

Annabella volvió lentamente la cabeza hacia su esposo, esperando su respuesta.

—Está bien —cedió Thomas—. Hagan lo que quieran.

Dejó la servilleta sobre la mesa y se dispuso a salir, pero el carraspeo de su padre lo frenó.

—No le has dicho a Annabella a qué hora se verán —le recordó Humberto.

Thomas miró a su esposa. Annabella tenía las mejillas encendidas, no sabía si por vergüenza o por la manera en que ese hombre la miraba cuando parecía no mirarla.

—En una hora. En los establos —dijo Thomas, seco.

—¡No sabe dónde son! —le gritó Marie.

—¡Claro que sabe! —respondió Thomas, ya alejándose—. ¡Ya nos hemos visto en ese lugar!

Los padres enfocaron a Annabella con sorpresa.

—¿Has estado aquí antes? —preguntó Marie, frunciendo el ceño.

—Sí… de visita con mi prima —respondió Annabella con rapidez, consciente de lo mal visto que era visitar la casa de un hombre soltero, aunque fuese acompañada—. Mi prima es lady Seymour —esclareció.

—Oh, la esposa de James —se alivió Marie.

—Claro, claro —asintió Humberto.

Annabella sonrió, aliviada por un instante… y luego se le instaló una molestia amarga. ¿Cómo podía Thomas dejar que sus padres

pensaran mal de ella? ¿Cómo podía arrojarla a ese juicio con tanta facilidad?

—Si me disculpan… —Annabella se puso de pie—. Iré a buscar a mi esposo.

Salió del comedor con el corazón apretado, resuelta a encontrarlo.

Después de una hora intentando localizarlo, se dio por vencida. Era inútil: si Thomas deseaba ocultarse de ella, no lo encontraría. Era su casa. Conocía sus pasillos, sus puertas, sus sombras.

Le quedaba esperar la cita impuesta: los establos.

Al menos ya sabía volver a su habitación, y eso era fundamental. Tenía que cambiarse. El vestido que llevaba había sido escogido a toda prisa, el primero que halló con Lizet, y para caminar por el campo resultaba inapropiado.

Subió las enormes escaleras tomando las faldas con enojo. Entró en la recámara y dio un portazo, segura de estar sola. Empezó a deshacerse del vestido ajustado y lo dejó caer sobre la alfombra roja.

Se quedó en corsé y enaguas, inmóvil junto a la cama, las manos en la cintura, respirando hondo para tranquilizarse. Se sentía vulnerable, expuesta incluso frente a sí misma. El aire de esa habitación, rojo y pesado, parecía observarla.

—Hola, cariño.

La voz burlesca la tomó por la espalda. Annabella se quedó sin aliento cuando sintió el tacto de unas manos que se cerraban sobre su vientre, su cintura, la cercanía de una boca junto a su oído. El aroma de Thomas —madera, licor tenue, algo indescifrable— le inundó las fosas nasales y le aflojó las rodillas.

—Veo que mis padres te enfadan tanto como a mí —murmuró.

Annabella tragó saliva e intentó, inútilmente, apartarse.

—Tus padres son muy agradables —dijo, con la voz un poco quebrada—. El que es poco amable eres tú.

Thomas rió, bajo, como si disfrutara de cómo su cuerpo reaccionaba aunque ella lo negara.

—¿Yo? —preguntó, fingiendo ofensa—. ¿Por qué insultar de esa manera a tu esposo?

—¿Por qué has dicho eso a tus padres? —reclamó ella, volviéndose apenas dentro de sus brazos—. Me avergonzaste.

Thomas la giró con facilidad y la aprisionó contra su pecho. Annabella sintió la dureza de su torso, el calor atravesándole el corsé, y se quedó sin palabras cuando la mirada de Thomas descendió… a ese corsé que le levantaba el pecho con una tentación evidente.

Annabella se sonrojó hasta las orejas y, casi por reflejo, se cubrió con las manos.

Thomas sostuvo la vista un segundo más de lo decente. Luego sonrió, como si castigara esa reacción de ella con su propia crueldad.

—¿Por qué se los he dicho? —preguntó, soltándola con brusquedad—. Porque quise. Eso es todo. Además, no es otra cosa que la verdad, ¿no es así?

—Pero…

—Pero nada. Aquí se acaba tu intento de defensa —indicó, cortante.

Luego cambió de tema con una rapidez que la descolocó.

—Ahora… —se acercó— ¿me explicarías por qué vienes y te desvistes aun sabiendo que estoy en la habitación?

Annabella se quedó helada.

—Yo… no sabía que estabas aquí —se excusó, bajando la mirada, intentando esconder su rostro encendido.

Thomas se aproximó un paso, luego otro.

Su presencia se volvió una pared.

—¿No será que deseabas tentarme?

—¿Tentarte? —Annabella dudó—. ¿A hacer qué?

Thomas inclinó la cabeza, divertido. La diversión tenía algo oscuro, como si le diera placer comprobar lo poco que ella entendía… y lo mucho que su cuerpo sí entendía.

—Vaya. Me agrada el papel de inocente, pero… —la tomó con fuerza de la cintura— no tanto como el de una mujer experimentada.

Annabella puso las manos en su pecho, buscando una barrera. Sintió el latido de Thomas bajo la tela, era un latido controlado, pero estaba allí. Vivo.

—¿Experimentada? —repitió, desconcertada—. ¿En qué deseas que sea experimentada? Sabe que es el primer hombre que me ha besado.

Thomas la miró como si acabara de confirmarle algo insoportable. Por un instante pareció no saber si reír o maldecir. ¿Tan cruel había sido su familia como para no decirle nada? ¿Tan conservadora Cristina? La idea le provocó una mezcla peligrosa: poder y rabia. Y, junto a eso, una atracción que lo irritaba.

—No solo existen esas cosas —dijo, malévolo, con ese brillo de quien se burla de una ingenuidad ajena.

—¿Qué más podría existir? —respondió ella, con dignidad, como si no estuviera temblando por dentro.

—Mucho más… —la voz de Thomas bajó—. ¿Quieres que te enseñe?

Annabella frunció el ceño, desconforme e incrédula; estaba convencida de que él intentaba asustarla, y decidió no ceder.

—Si gusta, puede hacerlo —se encogió de hombros.

Thomas se acercó a su oído y besó la piel justo debajo, apenas un roce, lo hizo despacio, como una crueldad elegante. Annabella soltó un suspiro involuntario, traicionero, y en ese suspiro se le quebró la dignidad. Thomas lo escuchó. Se quedó quieto un segundo, como si el sonido lo castigara.

—No, mi cielo —susurró—. Porque eso solo te causaría placer. —Le sostuvo la mirada—. Y yo no deseo darte eso.

Annabella lo observó, frustrada. Tenía el ceño tan fruncido que las cejas casi se juntaban; tres líneas finas se dibujaron en su frente. Thomas soltó una risa baja y, sin aviso, le robó un beso en los labios: breve, incisivo, lo suficiente para desajustarla entre el enojo y una sensación dulce que le subió al pecho como una marea.

Se separó antes de que ella pudiera responder.

—Termina de vestirte —indicó—. ¿O prefieres ir así? Debo decir que por mí no hay ningún problema.

Annabella se irguió, intentando recuperar el control de su voz.

—Me cambiaré —dijo sin vacilar.

—Bien —espetó—. Te espero donde siempre.

Thomas salió de la habitación con una calma burlona, como si hubiera ganado algo.

Annabella se quedó respirando hondo. No entendía cómo podía amarlo… y, sin embargo, lo hacía. Cada mínimo gesto de él le

robaba el aliento. Y ese beso —solo unos segundos— le supo a gloria, como si la hubiera marcado.

Se cambió con rapidez, las manos todavía torpes. Bajó con un vestido de lana blanco, sin corsé ni crinolina que le estorbaran. El tejido caía con sobriedad, pero esa misma sencillez le daba una vulnerabilidad nueva. Sonrió al pensar que las tierras de los Hamilton eran hermosas y extensas… pero sin flores. Quizá ella podría iniciar un jardín. Quizá podría domesticar algo en esa casa.

Se ajustó el sombrero para que el viento no se lo llevara y corrió hacia los establos. Esperaba encontrar a Thomas allí; pero nada en él era predecible, y Annabella no se inmutó al descubrir que era la primera en pisar el lugar. El establo olía a heno, a cuero, a animal vivo. La paja crujía bajo sus botas.

Caminó entre los cubículos hasta una cría de caballo de patas aún torpes. Sonrió de lejos y comenzó a hablarle antes de acercarse, como si las palabras pudieran volver dócil al mundo.

—Eres tan pequeño… —murmuró, tocándole la cabeza al llegar.

—Tiene un mes y medio.

La voz la sobresaltó. Annabella se incorporó y vio a un hombre dentro del cubículo de madera. No lo había notado. Un muchacho de no más de veintidós años la miraba con la boca entreabierta, como si no creyera lo que veía. Recorrió su figura sin disimulo, con esa

impudicia de quienes trabajan con las manos y creen que el mundo es suyo por derecho.

—Es muy hermoso —continuó Annabella, intentando ignorar la mirada—. ¿Cómo se llama?

—Casnout —dijo él, acariciando el lomo del animal.

—Me agrada. Es un lindo nombre —asintió ella.

—¿Y tú? ¿Cómo te llamas?

Annabella se sorprendió por la familiaridad. Aun así, respondió.

—Annabella.

—Es un lindo nombre —sonrió el joven—. Pero más linda eres tú.

Annabella se sonrojó y soltó una risa nerviosa.

—Gracias.

—No te había visto antes —continuó—. ¿Cuándo iniciaste a trabajar?

—¿Trabajar?

—Acaba de llegar.

La segunda voz fue un golpe de acero: menos amable, menos paciente, cargada de ira contenida.

El muchacho abrió los ojos y se inclinó al instante.

—Señor, no lo vi entrar —se disculpó.

Thomas estaba allí. Su presencia llenó el establo como una sombra. Miró primero al joven, luego a Annabella.

—Me di cuenta —dijo con frialdad—. ¿Qué haces vestida así?

Annabella se miró, confundida.

—Es mi ropa de campo —respondió.

—Creo que demasiado —asintió Thomas—. Has confundido a este hombre, al punto de que buscara conquistarte.

El muchacho enrojeció hasta las orejas, debatiéndose entre cavar un hoyo o atravesar la pared con tal de desaparecer.

—Esta mujer es mi esposa —la presentó con una seriedad tajante —. Espero no volver a escuchar que le hablas con esa familiaridad.

—No, mi señor. Lo siento.

—Retírate —ordenó Thomas.

El joven salió sin mirar ni una sola vez a la señora ni al amo.

Annabella dio un paso hacia Thomas, intentando explicarse.

—Thomas, yo no sabía que se estaba confundiendo…

—Veo que a todas ustedes les encanta que las halague cualquier persona —escupió él—. Qué digo persona… les bastaría una roca si esta hablara, ¿no es cierto?

El golpe de esas palabras le dolió y quiso protestar, pero Thomas no le dejó espacio. De pronto, Thomas la tomó de la cintura con ambas manos. Sintió, a través de la lana, la ausencia del corsé. Ese contacto —posesivo, abrupto— le arrancó a Annabella un sobresalto

que no fue solo miedo. Su cuerpo reaccionó con una traición silenciosa: una corriente cálida en el vientre, un pulso acelerado.

Thomas lo notó. Y lo castigó.

—¿Sabes que esos hombres no son caballeros, verdad? —dijo, inclinándose un poco—. Si una mujer les place, no dudarán en… tomar lo que creen que pueden tomar.

—¿Tomar? —preguntó Annabella, horrorizada.

Thomas cerró los ojos. Por un instante deseó que su esposa fuera más lista, al mismo tiempo, esa ingenuidad le dio una sensación abrumadora de poder: la idea de que ella fuera solo suya, porque solo él parecía conocer el mundo que ella ignoraba. Y, sin embargo… ni siquiera podía afirmarlo del todo, porque no la había "tomado" y pensar que alguien se adelantara, lo enardeció.

—¡No quiero que te vuelvas a poner algo tan falto de decoro! —le gritó—. ¡No eres una niña, sino una mujer casada!

—Lo sé, no era…

—No me interrumpas, por el amor de Dios, Annabella —la cortó.

Se apartó de ella y pasó una mano por su cabello, desesperado, como si estuviera conteniéndose a la fuerza. Annabella vio ese gesto y, de pronto, comprendió algo terrible: Thomas no solo estaba furioso. Thomas estaba tentado. Y se odiaba por ello.

—Regresa a la casa —ordenó.

—Thomas…

—¡Dije que vuelvas! —repitió, intentando no gritar, pero la molestia era evidente.

Annabella retrocedió, con la garganta apretada. Jamás le habían gritado de esa forma. Lo que era más: nunca le habían gritado. Sintió el ardor en los ojos y el pánico instalándose en el pecho. ¿Cuál había sido su error? ¿Existir? ¿Respirar demasiado libre?

Salió corriendo del establo, con el sombrero casi volándose, con la vergüenza pegada a la piel.

Thomas cerró los ojos y pateó con fuerza una cubeta de madera, alterando a las bestias. El estruendo rebotó en las paredes. Caminó con prisa al cubículo de su caballo y él mismo lo ensilló, las manos firmes, violentamente precisas. La rabia le quemaba las venas.

No era solo celos.

Era miedo.

Era deseo.

Era la certeza insoportable de que Annabella podía despertar algo que él llevaba años castigándose por sentir.

Montó y salió al trote, furioso, como si el galope pudiera arrancarle del cuerpo lo que le ardía por dentro.

Capítulo 10

Annabella entró a la casa sin mirar a nadie, fue consciente de que alguien la llamaba por su nombre, pero no hizo caso alguno: subió corriendo a su habitación, con el corazón golpeándole las costillas como si quisiera escapar antes que ella.

En cuanto cerró la puerta, se dejó caer sobre la cama —alta, amplia, vestida con sábanas frescas y un perfume tenue a lavanda— y rompió a llorar con esmero, sin decoro, como quien se queda sin sostén. La mansión Hamilton, tan solemne incluso en su silencio, parecía escucharla: el crujido discreto de la madera antigua, el soplo de aire frío colándose por algún resquicio, el eco lejano de pasos en un pasillo que no era suyo.

Le dolían las palabras que su esposo le dirigía siempre; le dolía, además, no comprender gran parte de lo que él decía. A ratos era casi como si Thomas hablara en otro idioma: frases que no lograba acomodar en su mundo de costuras, reglas y rezos. Pero lo que sí entendía con absoluta claridad era el tono de reclamo, esa exigencia oscura… como si le reprochara algo que ella no le había entregado aún. Y, peor todavía, había soltado palabras abruptas, indecorosas en su sola forma: “poseer”, “si a una mujer les place” …

¡Dios…! Le resultaba tan difícil asociar aquello a una persona. A un hombre que, además, podía mirarla como si ella fuera un objeto y, en el mismo gesto, como si le quemara la vista.

Se incorporó de golpe al oír dos toques leves en la puerta. No podía ser Thomas; Thomas no tocaba.

—¿Sí? —preguntó, con la voz quebrada.

—Soy yo, linda —respondió Marie—. ¿Puedo pasar?

Annabella se puso de pie con torpeza y se limpió las lágrimas con el dorso de la mano, como si eso pudiera borrar el rastro. No lo logró del todo. Su suegra, de todos modos, se concedió el permiso por su cuenta y entró. La habitación estaba aún impregnada del perfume de Annabella y del calor antiguo de la chimenea; el tapiz rojo veneciano parecía más oscuro a esa hora.

Marie cruzó el umbral y, al verla, el gesto se le suavizó.

—Oh, mi cielo… —se acercó y la abrazó—. ¿Qué sucede?

Como lo habría hecho con su madre, Annabella se deshizo en llanto contra ese abrazo reconfortante. La calidez de Marie tenía algo firme, maternal; olía a té, a jabón fino y a una compostura de años.

—No sé por qué siempre está molesto conmigo —dijo entre lágrimas—. Creo que me odia.

—No, mi cielo, no… —Marie la separó apenas, con un gesto dulce, para mirarla a los ojos—. Es solo que… no controla esta situación. No sabe qué hacer y reacciona así.

—¿Pero por qué? —insistió Annabella, tragando saliva—. ¿Acaso él no deseaba casarse? ¿No fue él mismo quien lo pidió?

Marie apretó los labios. Su mirada se nubló un segundo, como si midiera cuánto podía decir sin traicionar a nadie.

—Annabella… sabes que Thomas no es un hombre sencillo de entender. Te tomará tiempo saber qué le pasa. Pero es un buen hombre… —dijo, y en la última parte la voz se le volvió más íntima, más amarga—. Lamentablemente, no pasó mucho tiempo conmigo. Su padre siempre fue… delicado con su educación. Y la influencia femenina no cabía en las enseñanzas que deseaba darle.

Había resentimiento ahí, contenido con elegancia, como todo en aquella casa.

—Por tal motivo —continuó—, él no sabe manejar el cariño ni las muestras de ello. Tendrás que ayudarle… abrirte camino hasta él.

—Pero no me deja —confesó—. Parece que desea alejarme.

Marie le acarició la mejilla con una paciencia que parecía aprendida a fuerza de heridas.

—No, querida. Con la llegada de los hijos todo es mucho más fácil. Verás que todo se compone —sus dedos fueron ligeros, como si tuviera miedo de romperla—. Encuentra de qué hablar con él. Hazle ver que una mujer es más que belleza. Lee cosas que le gusten. Intenta, mi niña… porque si no… este matrimonio se irá al pique. Y yo, en realidad, creo que tú eres lo que él necesita.

Annabella asintió, procesando. Sus hombros bajaron un poco, como si esa idea —ser necesaria— le diera un lugar donde pararse.

—Niños… —susurró de pronto, como si la palabra la hubiera llamado desde lejos.

—Sí —asintió Marie—. Supongo que vendrán después.

Annabella bajó la mirada, y aun así el rubor le subió al cuello.

—¿Cómo puedo obtener uno? —preguntó, y se corrigió torpemente—. Digo… sé que lo llevaré en mi vientre nueve meses, pero… ¿cómo concibo uno?

Marie abrió los ojos y ladeó la cabeza, perpleja. ¿Acaso no hablaba con una mujer casada? ¿No tendría que, por lo menos, intuirlo?

—Cariño… —se acercó un paso, con cautela—. ¿Qué pasó ayer cuando estuvieron… solos en la habitación?

Annabella parpadeó. La pregunta le pareció extraña, casi absurda.

—Dormir —respondió llanamente—. ¿Por qué?

Marie hizo una mueca de sorpresa y retrocedió apenas. Su hijo no la había tocado… y, peor aún, la joven no tenía nociones de la vida conyugal; por eso no estaba alarmada, ni preocupada, ni siquiera confundida por lo que no estaba ocurriendo. Marie sintió el impulso de llevarse una mano al pecho.

—Por nada, cariño —dijo rápido, disfrazando el sobresalto con una sonrisa—. Descansa un poco… y ya no llores.

No era la indicada para hablar de esos temas.

Ya había sido suficientemente vergonzoso instruir a su propia hija el día de su boda; no pensaba repetirlo con una joven a la que apenas conocía y, además, había algo en la obstinación de Thomas que le encendía el carácter.

—Señora Marie —la frenó Annabella, antes de que saliera—. ¿Dónde puedo encontrar algo que le guste leer?

Marie se detuvo.

—Ah… sí… en su despacho, linda. Ahí tiene todos los libros que son de su agrado… —respondió, algo distraída.

—¿Podría indicarme dónde es? —preguntó Annabella.

—Sí —asintió—. Pero mañana, linda. ¿Por qué no descansas?

—Está bien —sonrió, sumisa—. Gracias por venir.

—Te llamaré a la comida —terminó Marie antes de salir.

Marie salió de la habitación con la determinación de una madre. Tenía que encontrar a su hijo y pedirle una explicación. Fuese cual fuese el motivo por el cual se obstinaba en no consumar el matrimonio, esa niña no tenía la culpa. Estaba segura de que Thomas, por orgullo, disfrutaba llevarle la contraria a su padre, y esta era una forma magnífica de hacerlo. Pero la crueldad, por muy silenciosa que fuera, seguía siendo crueldad.

Thomas entró a la casa con las botas llenas de lodo. Permitió que uno de los mozos se inclinara e intentara limpiarlas lo mejor posible; sin embargo, al ver a su madre caminar hacia él con esa mirada acusadora, decidió que no tenía ganas de discutir y se encaminó hacia las escaleras.

—Thomas Edward Hamilton —lo llamó Marie, impidiéndole subir el primer escalón.

—Madre —respondió él, inclinándose con cortesía mecánica, y le dio la espalda para subir.

—¿Cómo se atreve mi hijo a hacerle eso a una mujer? —se lamentó Marie, subiendo tras él—. Pensé que odiabas la denigración en la que nos mantenían.

—No entiendo de qué me hablas —dijo Thomas, sin detenerse.

—¿Ah, no? Entonces, ¿puedes explicarme por qué tu mujer no tiene conocimientos de la vida de casada?

Thomas se detuvo a media escalera y dio media vuelta.

—¿Le hablaste sobre eso?

—No —respondió Marie.

Ante la respuesta, Thomas volvió a subir.

—¡Thomas! —le gritó su madre, siguiéndolo.

—No hay nada de qué hablar, madre. Mi matrimonio es solo cosa mía —soltó con una vocecilla petulante, demasiado parecida a la de

su padre cuando quería cortar una conversación.

—No cuando estás en esta casa y le haces daño a una niña tan dulce como ella.

Thomas se giró un poco, sin mirarla de frente.

—No le hago daño porque no sabe lo que no está sucediendo, ¿Por qué la defiendes? Pensé que estabas más que ofendida con todo esto.

Marie apretó la baranda con fuerza.

—Me di cuenta de lo inmadura que fui —se lamentó—. Esa niña no tiene la culpa.

—¡Ni tú, ni yo, madre! —replicó Thomas, y el tono se le quebró apenas—. La vida es muy injusta. Ahora es su turno.

—¡Pero te quiere! —se le escapó a Marie.

Thomas se giró y la encaró. Su mirada de escrutinio, tan parecida a la de Humberto, le heló la sangre. Marie tuvo que recordarse, con un esfuerzo físico, que era su hijo quien la miraba así y no su esposo.

—¿Cómo lo sabes?

—Pero si es obvio, mi amor —dijo Marie, con voz lastimera—. Esa niña se casó enamorada de ti.

Thomas dudó un segundo. Fue una vacilación mínima: un parpadeo lento, un músculo que tembló en la mandíbula. Luego se

encogió de hombros y se volteó.

—Yo no hice nada para enamorarla —dijo sin mirar atrás—. De hecho, siempre hice todo lo contrario.

—Thomas… —lo llamó su madre—. ¡Thomas!

Pero su hijo no hizo más caso y se encerró en su habitación.

Marie se quedó unos segundos en el pasillo, respirando hondo. Tendría que inmiscuirse, quisiera o no. Ahora que sabía el trasfondo de la actitud de Thomas —ese orgullo herido que lo volvía un hombre peligroso con sus propias manos—, se sentía más culpable por el sufrimiento de una inocente. No dejaría que su hijo destruyera a esa pequeña mujer que lo amaba.

Thomas experimentó aquella sensación extraña al entrar en la habitación y encontrar a su esposa dormida sobre su cama… su cama, que ahora también era de ella. No necesitaba acercarse para darse cuenta de que había llorado: el leve hinchazón bajo los ojos, la tensión de su boca aun dormida. Y, sin embargo, en ese momento parecía plácidamente tranquila; incluso dibujaba una pequeña sonrisa que la hacía ver más niña que mujer casada.

La visión le apretó el pecho, irritante.

Fue hacia la cuerda dorada que llamaría a algún sirviente. Deseaba darse un baño antes de bajar a comer; montar como un desquiciado no lo hacía oler mejor, y prefería sentirse limpio cuanto

antes. También prefería sentirse frío, porque el calor —el verdadero — tenía nombre y estaba durmiendo a pocos pasos.

—¿Mi señora? —se oyó una voz joven al otro lado de la puerta.

Seguramente la doncella pensaba que Annabella había llamado.

—Adelante —contestó él.

Lizet abrió la puerta con timidez, apenada por saber que atendería al señor y no a la señora. Dio unos pasos dentro y vio a Annabella dormida. Maldita suerte: dos situaciones incómodas en un mismo día.

—¿Mi lord?

—Manda traer agua para mi baño —ordenó Thomas. Luego, al darse la vuelta y ver a su esposa, agregó en voz más baja—: Procura que no hagan mucho ruido.

Lizet asintió y salió rápidamente, cerrando con delicadeza.

Thomas se desabrochó el chaleco y se quitó el corbatín con rapidez, sofocado. Salir a montar al mediodía había sido una mala idea: el sol, alto incluso tras el cielo grisáceo de Londres, calentaba la piel como una mano insistente.

Después de que varios mozos pasaran con cubetas de agua caliente, Thomas se metió al baño dispuesto a relajarse un momento antes de tener que bajar a comer… o enfrentar a su esposa de nuevo.

Annabella despertó desubicada. Le costaría acostumbrarse a su nuevo hogar; sobre todo porque no lo sentía suyo. Se estiró sobre la cama y apartó la pequeña manta que alguien —seguramente Lizet— le había colocado. Se sintió revitalizada: dormir sin corsé era un sueño hecho realidad. No podía creer que ese vestido sencillo fuese para andar diariamente; envidió un poco la suerte de las doncellas que podían moverse así sin causar revuelo.

Para ella, en cambio, había sido motivo de pelea con Thomas y una prohibición clara. Aun así, Annabella encontraba siempre una rendija por donde colar esperanza: su suegra le había dado consejos para acercarse a su esposo, y pensaba ponerlos en marcha.

Se agachó sobre el único baúl que reconocía, porque era suyo.

Allí guardaba algunos de sus libros favoritos; aunque, a decir verdad, dudaba que a Thomas le interesaran. Antes de abrirlos, consideró prudente quitarse el vestido para no provocar otra tormenta cuando él regresara. No le costó desabrocharse, pero no tenía fuerzas —ni habilidad— para colocarse un corsé por sí misma. Se encogió de hombros. Con la espalda a medio descubrir, volvió a inclinarse hacia el baúl, sacando ejemplares, rebuscando entre páginas como si ahí hubiera un mapa para sobrevivir.

Cuando Thomas salió del baño, pensaba que solo tendría que soportar ver a su esposa dormida sobre su cama. Jamás imaginó encontrarla despierta, recostada boca abajo sobre la alfombra,

sosteniéndose con los codos para mantener el rostro cerca del libro. Y lo peor: tenía el vestido puesto… mejor dicho, mal puesto. Los botones estaban abiertos, y el blanco de su espalda quedaba expuesto como una provocación involuntaria.

Era demasiado. Ningún hombre —ninguno que se negara la honestidad— resistía una visión así sin pagar el precio.

Con un sigilo asombroso, ayudado por la alfombra que amortiguaba sus pasos, se acercó hasta quedar junto a ella. Annabella estaba tan concentrada leyendo que no percibió su sombra.

Thomas se agachó lentamente y con la palma, sin prisa, acarició lo largo de aquella espalda tersa, increíblemente suave. La piel de Annabella se erizó al instante, como si el cuerpo tuviera voz propia. Ella se volvió, asustada, con el libro aún entre las manos.

—Thomas… —susurró, asustada—. No sabía que estabas aquí.

Sus ojos verdes captaron de inmediato detalles que la desarmaron: el cabello de Thomas aún húmedo, la bata que no hacía gran esfuerzo por ocultar su pecho, el olor limpio del jabón mezclado con algo más suyo, algo que le dejaba el aire corto.

Thomas no respondió. Se sentó junto a ella y besó la parte alta de su espalda. No conforme, fue dejando besos a lo largo y ancho, con una lentitud que parecía una advertencia. Sonrió al sentir cómo la respiración de Annabella se volvía agitada, cómo su cuerpo

temblaba en microgestos: una mano que buscaba apoyo, un pie que se encogía sobre la alfombra, un cuello que se tensaba.

Annabella intentó apartarse por pudor, por costumbre, por miedo… pero su espalda parecía traicionarla inclinándose hacia donde estaba el calor.

—No esperarás que lo resista —murmuró Thomas contra su cuello, y el aliento le rozó la piel—. Soy un hombre… y has provocado que mi sangre recuerde que está viva.

—Yo… —la voz de Annabella salió delgada, quebrada, incapaz de nombrar lo que sentía.

Thomas no le permitió hablar. Con muy poca fuerza, la giró hasta sentarla frente a él. Annabella quedó sobre la alfombra, y Thomas la atrapó por la cintura como si la anclara. Le tomó el rostro con una mano y le buscó la boca.

El beso no se pareció a nada que ella hubiera conocido. Fue más profundo, más exigente, como si Thomas estuviera peleando consigo mismo y, aun así, eligiera su boca como campo de batalla. Annabella, inexperta, solo pudo aferrarse a sus hombros para no perderse. El contacto de esa tela húmeda, la firmeza de su torso, el modo en que su pulso parecía responder al de ella… todo la desordenó por dentro.

Las manos de Thomas recorrieron su espalda descubierta, y ese contacto la acercó sin permiso, hasta que Annabella terminó sentada

sobre su regazo, el corazón le golpeaba la garganta, Thomas soltó sus labios solo para besarle el cuello, para hundir ahí una caricia que la dejó sin aire, y con una mano apartó el vestido que aún se sostenía en sus hombros.

Annabella se avergonzó.

El vestido apenas se sujetaba por el contacto de ambos cuerpos; si se separaba, quedaría expuesta. Ese pensamiento le provocó una punzada de pánico y una oleada de calor que no quiso reconocer. Intentó apartarse, pero Thomas volvió a reclamarle la boca, preso de un deseo que, al mismo tiempo, parecía castigar.

Entonces, una voz se escuchó tras la puerta.

—Querida —llamó Marie—. ¿Estás ahí, linda?

Annabella separó sus labios de los de su esposo y lo miró con espanto, culpable por permitir aquello… y, más aún, culpable por descubrir que no había querido detenerlo. Thomas, con la respiración contenida, estuvo a punto de contestar por ella.

—Pasa, madr…

Annabella le cubrió la boca con la mano, rápido, desesperada.

—¡Sí! —gritó Annabella—. Lo siento, enseguida bajo.

—Muy bien, querida —respondió Marie desde fuera.

Annabella suspiró aliviada y dejó caer la cabeza sobre el hombro de Thomas sin darse cuenta de lo que hacía, hasta que sintió los labios de su marido rozarle el hombro, como una burla suave.

Se puso de pie de golpe, sosteniendo el vestido por el frente y recolocándolo sobre los hombros.

—Te dije que no podría resistirlo —Thomas se incorporó también —. Piénsalo la siguiente vez que decidas aparecer medio desnuda.

Annabella abrió la boca, pero la cerró. No encontró argumento que la salvara. Con el vestido aún sostenido por sus manos, se acercó al clóset donde Thomas buscaba ropa, como si nada hubiera ocurrido, como si no tuviera el pulso roto.

—¿Vienes por más, terroncito? —se burló él.

Annabella le dirigió una mirada de fastidio y se puso de puntillas para alcanzar un corsé que, por desgracia, estaba guardado ahí. Pronto se dio cuenta de que era inútil intentar sostener el vestido y alcanzar la prenda al mismo tiempo.

Thomas lo alcanzó por ella y se lo tendió.

—Listo. Ahora deja que yo busque mi ropa, por favor.

El cambio de humor fue tan brusco que a Annabella se le abrió la mirada. Era increíble: un instante antes la había besado como si el mundo se acabara; ahora parecía que su sola presencia lo irritaba.

Annabella tomó lo que necesitaba para vestirse y se metió al baño para alejarse, intentando no incordiarlo.

—¿Necesitas que llame a alguien para que te ayude? —preguntó Thomas a través de la puerta, con una neutralidad casi cruel.

Annabella alzó los brazos hacia el cielo, desesperada, con una exhalación temblorosa. Quería entenderlo. Primero la besaba; luego jugaba; después se enfurecía; y ahora ofrecía ayuda como si no hubiera estado a punto de devorarla.

—Puedo hacerlo sola —respondió, firme.

—¿En serio? —se oyó la sonrisa en su voz—. Apuesto a que sales con el vestido al revés.

Ahora se burlaba.

Annabella apretó los labios, mirando su reflejo en el espejo empañado. En definitiva, tenía un largo camino por recorrer si quería que ese hombre se enamorara de ella.

No, enamorarse era demasiado, que la tolerara… eso sería un avance. Y, aun así, mientras ajustaba con torpeza la ropa, no pudo evitar que el recuerdo de la mano de Thomas en su espalda le erizara otra vez la piel, traicionándola con un deseo mudo que todavía no sabía nombrar.

Capítulo 11

Habían pasado dos semanas desde la boda, y la situación de Annabella era la misma… si no es que peor. Thomas había establecido una rutina minuciosa —casi militar— cuya regla principal consistía en no encontrarse con ella durante todo el día. Y por las noches, aunque seguían compartiendo la misma cama, nunca llegaban a verse despiertos: nuevamente, gracias a que él entraba en la habitación cuando la joven ya había caído dormida, como un visitante que se permite existir únicamente cuando no hay testigos.

A pesar de los intentos de Marie por propiciar encuentros entre la pareja, había descubierto que su hijo era un hueso duro de roer. Y, para evitar "malos encuentros", también la evitaba a ella con una habilidad que dolía de lo ensayada.

Con todo, Annabella sacaba provecho de la casa en la que ahora residía. Se mostraba fascinada por cada habitación cuidadosamente decorada: las lámparas de gas con sus tulipas de cristal, los pasillos que olían a cera recién pulida, los tapices que absorbían el ruido como si la mansión también supiera guardar secretos. Le divertía encontrar pasadizos ocultos —puertas fingidas en la madera, paneles que cedían con una presión exacta— y mostraba un afecto particular por la sala del piano de la madre de Thomas. Allí entraba y salía sin

atreverse a tocar una sola tecla. Aunque Marie le hubiera dado permiso, Annabella sabía lo delicado que era el tema de su madre para Thomas; si llegaba a tocar *ese* piano… se figuraba, con un estremecimiento absurdo, que su esposo la estrangularía con la misma calma con la que se anudaba la corbata. Aun así, echaba de menos tocar. Lo echaba de menos como se echa de menos el aire.

Otra cosa que le robaba la atención era el despacho de Thomas. Sabía su ubicación desde hacía días, pero, como con el piano, temía demasiado como para acercarse… al menos de día. Había decidido que investigaría ese despacho cuando sintiera a Thomas recostarse a su lado. No importaba cuánto tuviera que esperar despierta: entraría allí con la obstinación con la que una mujer se aferra a lo único que aún puede controlar.

Aquella mañana, como de costumbre, Annabella despertó primero. Y, extrañamente, sintió sobre la cintura una presión ligerísima. Al mirar, se dio cuenta de que Thomas, en el estupor del sueño, había dejado una mano apoyada en su cintura, como si su cuerpo lo traicionara incluso cuando su voluntad lo negaba.

Annabella sonrió en silencio. Aquella sensación le provocó un calor suave en el vientre, una corriente íntima que le subió hasta la garganta. Con suma delicadeza —como quien toca una reliquia o un animal que podría morder— acarició la mano masculina sin despertarlo. Palpó la argolla de matrimonio que él siempre portaba

en el dedo correspondiente, y esa simple circunferencia de metal despertó pensamientos que le mordían el ánimo: *de esa forma todo el mundo sabría que está casado…* Lo cual, inevitablemente, la llevaba a lo siguiente: *él no desea engañarme… o tal vez se la quite cuando lo haga.*

Se obligó a dejar de pensar en ello. Con especial cuidado, retiró la mano de Thomas de su cintura y se puso de pie, dispuesta a comenzar el día. Como dormían en la misma habitación, Annabella se vestía sola para no molestar a su esposo llamando a una doncella. Trenzó su largo cabello y lo recogió en un moño, despejando su rostro; ese rostro que, últimamente, sonreía menos de lo que pretendía.

Bajó las escaleras y encontró, como siempre, a su suegra. Ya era casi una rutina. Caminaban juntas por el jardín un rato; después, Marie la veía alimentar a los animales de la granja y cuidar de las crías con especial esmero. La primera vez que la madre de Thomas presenció aquella escena —una lady con las manos cerca de un cordero recién nacido— puso el grito en el cielo; pero con el pasar de los días y la obstinación serena de Annabella, finalmente cedió, e incluso en ocasiones se adelantaba unos pasos para mirar, con curiosidad infantil, alguna cría recién llegada al mundo.

Tras desayunar ellas dos solas, se instalaban en la habitación del té. Allí intercambiaban novedades de Londres —rumores, apellidos,

alianzas— o comentaban alguna novela que tuvieran en común, bajo la luz pálida que entraba por los ventanales.

—Dime, querida… ¿cómo te sientes aquí? —preguntó Marie, y la curiosidad le pesó en la voz.

No era simple cortesía. A pesar de que Annabella se empeñaba en mostrarse alegre y solo brindaba buenos deseos, Marie veía los detalles: el modo en que la joven apretaba la taza como si fuera un salvavidas, la manera en que su sonrisa llegaba tarde a sus ojos.

—Estoy bien, Lady Marie —respondió Annabella, refugiándose detrás del borde de porcelana.

—Sé que no te es fácil, mi niña… —Marie le tocó la mano con delicadeza—. Pero sé paciente. Es solo capricho lo que tiene.

—¿Pero capricho de qué? —preguntó Annabella, y la desesperación se les escapó pese a los modales—. Parece que busca hacerme daño.

—¡No! —dijo Marie con rotundidad—. Conozco a mi hijo. No le haría daño a ninguna mujer.

Annabella se gachó y el gesto fue más elocuente que una réplica.

—Pero le hace daño a la suya —murmuró.

—Annabella…

—Madre —interrumpió la voz de aquel del que hablaban.

Ambas mujeres se enderezaron al instante, como si hubieran sido sorprendidas con cartas abiertas sobre la mesa. Thomas estaba en el umbral, impecable, con esa presencia que parecía llenar la estancia sin necesidad de levantar la voz.

—¿Sucede algo? —cuestionó Marie, altiva, con una mirada que no se suavizaba ante su hijo.

—Tengo que salir —anunció él, sin concederle importancia al mal humor de su madre—. Avisa a padre que tiene que ver las tierras de Crowell. Yo no podré.

—¿A dónde vas, si puedo saber? —Marie lo miró con ese gesto de pocos amigos que en otra casa habría sido impensable.

—Tengo que ver al contador. Hay unos números que no me cuadran —respondió, seco—. Regresaré tarde.

—¿Y a mí para qué me lo dices? —replicó Marie—. Yo no soy la que duerme en tu cama.

Annabella se sonrojó de inmediato, como si le hubieran retirado el velo en plena iglesia. Bajó la mirada, pero el rubor ya le había trepado al cuello.

—Eres imposible, madre —negó Thomas con una exhalación cansina, y se despidió de Marie con un beso en la mejilla.

Estaba a punto de retirarse cuando la voz de su madre lo detuvo, cargada de filo y teatro.

—¿No te hace falta algo, querido? —Marie alzó una ceja execrable.

—¿Qué es, madre? —preguntó Thomas, con una paciencia que parecía trabajada a martillazos.

—Despedirte de tu mujer, claro está.

Annabella miró a Marie suplicándole que se detuviera. Sus ojos dijeron lo que sus labios no se atrevían: *no lo provoque… recaerá sobre mí.* Pero su suegra le devolvió una sonrisa tranquilizadora, como si supiera exactamente dónde apretar sin romper.

Thomas suspiró, vencido por pura estrategia materna. Se acercó a Annabella, apoyó una mano en el respaldo de la silla donde ella estaba sentada y besó su frente con una ternura tan breve que dolía.

—Listo —resolvió.

—Ah, no —lo detuvo Marie levantando la mano—. ¿Crees que es una niña o algo parecido? —se burló con una risita sarcástica—. Así no se despide a una esposa.

—Así se despide cuando se está en público —argumentó Thomas, con esa lógica fría que parecía un escudo.

—Tu madre no se considera público, mi cielo. Por favor —hizo un gesto hacia Annabella.

Thomas rodó los ojos como un niño contrariando una lección. Luego se inclinó de nuevo sobre su esposa y le dio un beso en los

labios: apenas lo suficiente para tomar, con una punzada controlada, la comisura inferior de su boca. Fue un gesto rápido… pero preciso. Y Annabella sintió mariposas en el estómago con una violencia que la obligó a contener el aliento.

—¿Contenta? —Thomas miró a su madre.

Marie asintió, satisfecha. Thomas se retiró.

Annabella se llevó los dedos a los labios, apreciando ese beso como quien guarda un pedazo de pan en tiempos de hambre. Desde aquel día en que él la había tocado de forma indecorosa, Thomas no la había vuelto a rozar. Ese beso era el primero desde entonces, y Annabella no pudo más que agradecerle a su suegra… y odiar, al mismo tiempo, necesitar esos favores.

Con Thomas fuera de la casa, Annabella fue casi corriendo al cuarto de piano. Cerró la puerta y, como quien por fin se permite respirar, comenzó a tocar sin parar. El sonido llenó la mansión: una tonada viva, elegante, que levantó el polvo de los rincones y pareció despertar los cuadros.

Duró horas allí, hasta que un aplauso le robó la concentración y la hizo volverse hacia la puerta.

—Hace mucho que no escuchaba a una pianista tan buena —mencionó el padre de Thomas.

—Gracias, Lord Hamilton —saludó ella, poniéndose de pie con el decoro que su pulso aún no alcanzaba.

—Pero por favor, sigue tocando —la incitó, y se sentó en una de las sillas del salón.

Annabella, acostumbrada a tener audiencias en Bermont, continuó. Las teclas cedían bajo sus dedos y la melodía se formaba con esa facilidad que solo concede la práctica y el deseo.

Humberto escuchó con los ojos cerrados, como si la música le rozara una herida vieja.

—Hace mucho que no escuchaba tocar a alguien de esa forma… —dijo él, con la voz lenta—. De hecho, la última persona fue tu madre.

Annabella detuvo las manos en seco y encaró al hombre, sorprendida.

—¿Cómo conoce a mi madre?

—Éramos amigos —sonrió Humberto—. Yo solía llamarla *Queeny*.

—Mi madre odiaba ese mote —recordó Annabella, y una chispa de defensa le endureció el gesto—. Dice que se reían de ella porque siempre parecía la reina de algún lugar.

—Y lo parecía —concordó Humberto, con una calma peligrosa—. Tu madre, además de ser hermosa —como tú— era encantadora, única… Nunca había visto a una mujer tan perfecta como ella.

Annabella alzó una ceja, midiendo el límite de lo permitido.

—¿Hasta su esposa? —agregó, punzante—. ¿Cierto?

Humberto salió de su ensoñación y sonrió con complacencia. La miró como si, por un segundo, no viera a una nuera, sino a un recuerdo con la misma boca.

—Sí —asintió—. Hasta que me casé.

Annabella sintió la incomodidad en el aire. Se levantó, suave, con un instinto de retirada.

—Dígame, Lord Hamilton… —preguntó, cambiando de arma—. ¿Por qué se enamoró de su esposa?

Humberto se puso de pie también. La sonrisa no se le borró, pero algo se volvió más frío en sus ojos, como un guante de seda que oculta una mano firme.

—Es un secreto, querida. Cada uno ama por cosas diferentes… —guiñó un ojo, jovial de fachada—. Dime tú: ¿por qué amas a mi hijo?

La pregunta cayó como una llave girando en una cerradura. Y con eso dicho, Humberto salió de la habitación, dejándola con una respuesta que no sabía construir sin temblar. ¿Por qué lo amaba? ¿Por el beso? ¿Por el silencio? ¿Por el modo en que, incluso evitándola, la hacía sentir vista en los detalles más crueles?

Pasó la hora de la comida y con ella llegó la resolución de Annabella: ir al despacho de Thomas. Si él no estaba en casa, no tendría que desvelarse para entrar. Con curiosidad ardiéndole bajo la piel, caminó por el pasillo que ya había recorrido tantas veces, ahora con la determinación de quien no se permite flaquear.

Inhaló y exhaló varias veces. Tomó el picaporte de oro entre las manos. Cerró los ojos y abrió la puerta. Cuando se dignó a abrirlos, lo primero que captó fue un piano de cola negro: un ejemplar magnífico, allí, donde menos esperaba.

Pero no era lo único.

El despacho lleno de libros desmentía por completo la apariencia burlesca y despreocupada de Thomas. Era una estancia maravillosa: estanterías hasta casi el techo, repisas ordenadas con obsesión, un globo terráqueo sobre una mesa auxiliar donde varios lugares estaban marcados —había tantos puntos que Annabella sintió vértigo—.

Había una mesa rectangular alargada con sillas alrededor y, sobre ella, más libros; libros por todas partes. El escritorio de Thomas acumulaba papeles y artilugios que ella no supo identificar: instrumentos finos, frascos, quizá herramientas de precisión. Una salita con asientos cómodos prometía lecturas interminables. Una chimenea, ahora apagada, esperaba el invierno. Un pequeño bar guardaba licores de distintos tonos, como si Thomas coleccionara fuegos líquidos. Los candiles colgaban del techo, y en las pinturas al fresco se dibujaban paisajes del mundo entero. Un gran ventanal al fondo derramaba luz, sobre todo, dándole un aire casi sagrado.

—Solía tocarle el piano a Thomas en este lugar —irrumpió de pronto una voz.

Annabella dio un grito ahogado.

—Lady Marie —se tocó el pecho—. Me ha dado un susto de muerte.

La marquesa sonrió y caminó dentro del despacho, admirándolo como si entrara por primera vez.

—Hace tanto que no venía —confesó, con añoranza.

—¿No visita a Thomas mientras trabaja? —Annabella se estrujó las manos; estaba nerviosa por alguna razón.

—No, por Dios —rió Marie—. Humberto se molestaría muchísimo.

—Pero es su hijo… —Annabella bajó la mirada—. ¿Qué no tiene derecho a verle si gusta?

Marie sostuvo la tristeza con elegancia.

—Querida, en esta casa siempre se han respetado esas reglas… esté o no de acuerdo —sonrió, herida—. Dejé la educación de mi hijo a mi esposo y ahora sé que necesitaba de mí… pero es tarde.

—Se nota que Thomas la adora, señora —recordó Annabella, obstinada. Siempre que su madre estaba, Thomas no dudaba en mostrarle cariño.

—Me respeta, pero… no sé qué sienta en realidad al verme.

—Yo sé que la quiere —insistió Annabella—. De eso jamás dudaría.

—Gracias, querida —Marie tocó su hombro con delicadeza.

Miró el piano, como si le devolviera una juventud perdida.

—Hace tanto…

—¿Por qué no toca algo? —sugirió Annabella—. Me gustaría oírla.

—Hace años que no toco —advirtió Marie.

—El amor al piano no se olvida —Annabella cruzó los brazos, desafiando con dulzura—. Por favor.

Marie dudó. Luego se acercó al banquillo y se sentó con parsimonia. Recorrió con los dedos el teclado. Sonrió. Y entonces una melodía preciosa comenzó a llenarlo todo: pasos exactos, una canción sincera, tan pulcra que a Annabella se le erizó la piel.

Cuando la pieza terminó, los ojos de Marie estaban húmedos, pero sonreía como si por un instante volviera a tener quince años.

—Ha sido precioso —aplaudió Annabella.

—Gracias, mi niña —asintió Marie—. Ahora… ¿por qué no buscas un libro y te relajas hasta la cena?

Annabella asintió y dejó que la mujer se marchara.

Era evidente que Marie cargaba sentimientos encontrados al volver a tocar después de tanto tiempo. Por su parte, Annabella recorrió los libros a su alcance. Leyó títulos y se impresionó con los temas que Thomas escogía: cultura general, historia, política… y una mayoría inquietante sobre el cuerpo humano, enfermedades, medicina. *No sabía que a Thomas podía interesarle algo así*, pensó, y no pudo evitar una ironía cruel: *a menos que quiera saber el lugar*

correcto donde lastimar a una persona. Aunque… lo dudaba. Un poco.

Tomó un libro de historia y se recostó en uno de los sillones junto a la chimenea apagada. Eran tan cómodos que comprendió, con una punzada de emoción, cuánto disfrutaría entrar allí a escondidas. Katherine lloraría si la viera con ese libro en la mano; por tal motivo, jamás se lo diría.

Thomas llegó entrada la medianoche, la casa estaba sumida en oscuridad y silencio absoluto, como era de esperarse, todos estarían dormidos; pese a eso, lo recibió el mayordomo, que seguramente lo esperaba por indicación de Marie. Thomas agradeció cuando le retiraron la gabardina y el sombrero, y se adentró en la mansión con el cansancio metido en los huesos. Subió directo a su recámara: estaba exhausto y solo pensaba en dormir.

Se llevó una sorpresa al entrar y ver todas las velas encendidas. Más aún al comprobar que su esposa no estaba dormida en la cama, como esperaba. Fue al baño. No estaba. Caminó de un lado a otro, y la inquietud le picó bajo la piel: ¿dónde estaba Annabella a esas horas? Se obligó a no pensar demasiado. Se cambió, se puso el pijama y se metió en la cama, intentando que la ausencia no le importara.

Pero la cama no le dio alivio. La preocupación —ese sentimiento desagradable que detestaba en sí mismo— se instaló con fuerza.

Thomas se levantó y fue en busca de esa mujer que, según su propia narrativa, solo le provocaba disgustos.

¿Cómo saber dónde se había metido? Por un instante, una idea absurda lo golpeó: *tal vez se ha ido*. Pero la descartó casi de inmediato. Annabella no era esa clase de mujer. Con resolución, bajó al comedor de los empleados, allí, el mayordomo cenaba por fin, tranquilo.

Al verlo, se puso de pie de un salto y se inclinó.

—No te molestes —dijo Thomas, seco, por la intromisión—. ¿Sabes dónde está mi mujer?

—La última vez que la vi, fue cuando se dirigía a su despacho.

—¿El despacho de quién? —preguntó, incrédulo.

—Al suyo, mi señor —indicó el hombre—. La marquesa también estuvo ahí… y nos deleitó con una pieza de piano.

Thomas se quedó inmóvil.

—¿Mi madre tocó? —preguntó, como si le costara creerlo.

—Sí, mi señor —asintió el mayordomo—. Hacía mucho que no nos encantaba con una de sus canciones.

—Entiendo. Gracias.

Y sin añadir nada más, Thomas subió las escaleras hacia el último lugar donde esperaba encontrar a su esposa: su despacho.

No fue necesario abrir la puerta. Estaba abierta de par en par, era obvio: Annabella estaba allí, nadie se atrevía a husmear en ese cuarto; ni siquiera su madre. Si aquella puerta estaba abierta, era porque Annabella, con su obstinación dulce, había decidido que el miedo no le bastaba. Thomas entró, el despacho olía a papel, a madera, a una calidez antigua, caminó con paso decidido hacia los sillones de lectura… y se detuvo. Allí estaba Annabella, hecha un ovillo sobre la tapicería, con la postura de quien intenta guardar calor. Parecía morirse de frío. Thomas negó con la cabeza y se agachó para tomarla en brazos, ni siquiera él era tan cruel como para dejarla allí.

Annabella se quejó al ser perturbada y se estremeció cuando algo cayó al suelo con un golpe sordo. Pero no despertó; solo murmuró incoherencias y se aferró, instintiva, al cuello de Thomas, como si su cuerpo supiera dónde era seguro.

Thomas miró el objeto caído: el libro de historia, por supuesto, lo reconocía. Volvió la vista a la mujer en sus brazos, la forma en que se agarraba a él, la manera en que su mejilla buscaba su hombro, ese calor pequeño y obstinado pegado a su pecho… le desordenó algo por dentro. No sabía qué tramaba Annabella, ni qué buscaba al meterse allí. Pero siempre lograba que él le prestara atención, incluso cuando juraba no hacerlo. Y por alguna razón, Thomas se dio

cuenta de algo peligrosamente simple: le hacía falta su presencia en la cama para conciliar el sueño.

Capítulo 12

Annabella abrió los ojos sobresaltada por un sonido repentino.

Tardó apenas un instante en reconocerlo: el ya habitual correr de cortinas que su doncella, Lizet, hacía cada mañana a las ocho en punto, dejando que el sol inundara la habitación.

La cama, sin embargo, permanecía a oscuras. Las cortinas del dosel habían sido corridas para darle una penumbra adicional; una cueva de terciopelo y seda que invitaba a la pereza en un día tan despejado como el que se adivinaba fuera.

Annabella nunca cerraba aquellas cortinas. Le provocaban una sensación extraña, casi claustrofóbica, como si el aire allí dentro fuera menos aire. Si estaban cerradas, era evidente que el culpable era Thomas. Y, en aquella ocasión, sinceramente se lo agradeció… porque esa sombra la protegía de una vergüenza mayor:

Dentro de la cama, Annabella estaba pegada al cuerpo de su esposo de una manera bochornosa, aprisionándolo en un abrazo que él no correspondía —dormido de espaldas a ella—, ajeno, o fingiendo serlo incluso en su inconsciencia.

Se ruborizó con intensidad al notar que cada día se volvía más despreocupada con la presencia de Thomas en la habitación. Pero

jamás le había ocurrido abrazarlo así, como si su cuerpo hubiera tomado una decisión por encima de su cabeza.

Se relamió los labios y cerró los ojos, intentando soltarse sin perturbarlo; rezándole a todos los santos para que el gesto no lo incordiara lo suficiente como para despertarlo. Su brazo, delgado y cálido, estaba atrapado entre la cintura de Thomas y su propio brazo, comprimido por el peso masculino con una intimidad involuntaria.

Estaba tan cerca de él que podía contar cada peca sobre sus hombros fuertes. Su respiración chocaba contra la nuca de Thomas; el aire entrecortado movía, apenas, algunos de los cabellos oscuros que descansaban allí, rebeldes. Y ese detalle insignificante —provocar movimiento en él, aunque fuera solo en un mechón— le hizo sentir una electricidad culpable en el vientre.

Annabella logró deslizar el brazo un poco… pero Thomas, como si percibiera la retirada incluso dormido, apretó de inmediato su antebrazo contra el de ella, cerrándole el paso. No fue un gesto violento: fue un reflejo instintivo, posesivo en su inconsciencia; el cuerpo reclamando lo que la mente negaba despierta.

La joven cerró los ojos, frustrada, y suspiró. Volvió a intentar mover el brazo, con paciencia. Con más calma. Con más cuidado.

—¡Thomas Hamilton! —gritaron de pronto desde la puerta, que se abrió con estruendo—. ¡No puedo creer que sigas dormido!

El grito la atravesó como una bofetada. Thomas abrió los ojos abruptamente, descolocado; y Annabella aprovechó la confusión para apartar el brazo con rapidez… demasiada rapidez. La fuerza precipitada le provocó un desequilibrio. Su cuerpo se volcó hacia el borde y cayó de la cama de forma estrepitosa, enredándose, por supuesto, en las cortinas del dosel como en una trampa indecente.

—¡Dios! —se quejó, atrapada entre sábanas, conflictuada y furiosa.

Thomas soltó una carcajada viva, abierta, de esas que rara vez permitía. Y, como Annabella había intentado sostenerse de la cortina para frenar la caída, algunas argollas cedieron y la tela se descolgó un poco, revelando al culpable del jaleo.

—James —sonrió Thomas, incorporado en la cama, sin prestar demasiada atención a las quejas de su esposa, que seguía en el piso, enredada y roja de rabia—. Vaya forma de entrometerte.

El rubio tenía los ojos muy abiertos y una sonrisa de disculpa.

—Dios, lo siento —atinó a decir, adelantándose como para ayudar a la mujer en conflicto.

Bastó una mirada de Thomas, firme y cortante, para congelarlo.

—En un momento bajo —dijo Thomas, sin más.

—Claro… lo entiendo —James se rascó la nuca—. ¡En serio lo lamento, Annabella! —gritó ya desde el pasillo, cuando se retiraba.

Thomas apoyó un codo en la almohada y recostó la cabeza en la mano, observándola con una paciencia burlona, como si el espectáculo le resultara deliciosamente doméstico. Annabella tiró de la cama con fuerza para volver a subir, apartando con fastidio la combinación de telas: el camisón, la sábana y la maldita cortina.

—No entiendo por qué las cierras… —masculló, consiguiendo por fin librarse de la sábana.

—No es mi culpa tu torpeza —se burló él.

—No estoy acostumbrada a ellas —lo miró desafiante.

—Yo no estoy acostumbrado al sol en la cara a horas tan tempranas.

Annabella guardó silencio. Arrojó la sábana al suelo y se abrazó las rodillas, todavía ardiéndole la piel por la humillación: James la había visto caer, enredada, como una niña.

—No pasa nada —sonrió Thomas, y, para sorpresa de ella, besó el hombro de su mujer, apenas un roce—. Solo se reirá un poco.

Annabella lo fulminó con la mirada y se puso de pie sobre la cama para intentar volver a colgar la cortina.

—Déjalo, te caerás —aconsejó él, apartando la tela de su lado mientras se incorporaba.

—Puedo hacerlo —respondió ella, encaprichada.

—Y una doncella también.

Annabella lo ignoró. Se estiró, elevando los brazos hacia el tubo alto y dorado sobre el dosel, forcejeando con la argolla.

No notó que Thomas se acercaba.

Cuando la tomó en brazos, Annabella soltó un pequeño grito de sorpresa y, por reflejo, se aferró a su cuello, sintiendo bajo las palmas la firmeza de sus músculos, el calor de su piel, el olor limpio de él —jabón, tela, hombre— pegándosele de golpe.

—¡Bájame! —suplicó, más por pudor que por verdadera resistencia.

—Así te traje anoche —recordó él, con una calma que le apretó el estómago—. ¿Qué hacías en mi despacho?

Annabella apartó la mirada de su rostro y comenzó a juguetear con los dedos, como si pudiera esconder la culpa en las manos.

—Quería… leer.

—Tienes tus libros —dijo, sosteniéndola sin esfuerzo—. No veo por qué los míos te interesan. No son tu estilo.

Annabella frunció el ceño.

—Puedo leer cualquier cosa.

—Claro —la depositó en el suelo con una facilidad humillante—. La historia te fascina… ¿no es verdad?

—Pues sí —contestó, testaruda.

Thomas sonrió con un gesto que no era del todo amable y se alejó para comenzar a vestirse.

—Me dijeron que mi madre tocó ayer —comentó desde el clóset —. Hace mucho que no lo hacía.

Annabella echó una mirada hacia él: lo vio abotonarse la camisa, los dedos rápidos, el torso firme. Le pareció extraño aquel intercambio casi normal, como si fueran… algo parecido a un matrimonio.

—Toca muy hermoso…

—Sí, aún lo recuerdo —y su voz se tiñó de una nostalgia inesperada.

Annabella se quedó en silencio. Quiso preguntar por qué Marie había dejado de tocar, pero el tema le pareció frágil, como cristal fino. Prefirió no rozarlo… todavía.

—¿Qué hace James aquí? —preguntó, acercándose al clóset donde guardaban sus corsés; el mismo donde Thomas se cambiaba sin reparo, como si el pudor fuera un lujo ajeno.

Thomas la miró de lado. Al sentirla junto a él, alzó el brazo y le pasó el corsé que ella buscaba, evitándole luchar contra la altura del mueble. No dijo nada más; solo siguió vistiéndose, como si aquel gesto fuera automático, pero sus ojos habían sido precisos.

—Es esta semana —dijo al fin, como si eso lo explicara todo.

—¿Qué hay esta semana? —preguntó ella, agradecida e inquieta.

Mientras hablaba, empezó a quitarse el camisón con un movimiento cuidadoso, quedándose únicamente con el fondo: una tela delgada, clara, que se usaba bajo el corsé y que volvía demasiado evidente la línea de su espalda y la curva de su cintura. Notó —sin querer notarlo— que Thomas la veía, aunque fingiera no hacerlo.

—Esta semana es cuando se celebran las cacerías —respondió Thomas—. Son tradicionales en mi familia.

—¿Cacerías? —casi deletreó, con espanto—. ¿Por toda una semana?

—¿Algún problema? —Thomas alzó una ceja.

Annabella negó con la cabeza, incapaz de decir nada, claro que había problema. Desde antes de presenciar cómo el padre de James se había quitado la vida, Annabella cargaba un trauma más antiguo: el acto de matar… y el sonido de las armas de fuego.

Había sucedido en casa de su abuela, hacía años. Katherine estaba siendo acosada por un hombre y Annabella había disparado para detenerlo. No solo lo hirió: lo mató. Jamás encontró consuelo en aquella imagen. Mucho menos en el sonido.

Odiaba, con todo su ser, cualquier cosa relacionada con un arma.

—Bien —Thomas se encogió de hombros—. Tendremos muchas visitas. Mis amigos más cercanos, como es obvio, se quedarán en la casa… y los amigos de mi padre también. Así que tendrás la

compañía de tus queridas primas —añadió con sarcasmo— y de algunas invitadas.

—¿Traerán niños? —preguntó ella, aferrándose a la realidad.

—No —rio Thomas—. A los niños les asusta el sonido de las armas.

Y a mí también, pensó Annabella, pero no lo dijo.

—Tienes razón —asintió, algo consternada.

Thomas se acercó de pronto.

—¿Estás bien? —observó, y la miró como si por fin la estuviera mirando de verdad—. Luces un poco pálida.

—Sí… es solo que me mareé un poco.

—¿Segura? —se adelantó y puso una mano sobre la frente de la joven, comprobando la temperatura con una intimidad que a Annabella le apretó el pecho.

Annabella asintió y se apartó, temiendo que si se quedaba un segundo más bajo esa mano, su cuerpo traicionaría su compostura. Comenzó a colocarse el corsé por sí misma, intentando calmarse. Tenía que hacerlo. Era la primera reunión en la que sería Lady Hamilton: la esposa de Thomas. Tal vez, con mucha suerte, lograría resistir aquel ruido. Tal vez lograría sobrevivir a su propio pasado.

Cuando Thomas terminó de vestirse con el traje de cacería, se volvió hacia ella. Annabella estaba sentada sobre la cama, con el cabello castaño suelto sobre la espalda. El vestido estaba puesto,

pero sin abotonar, y por la postura rígida de la joven era evidente que no pensaba hacerlo pronto.

—Llamaré a alguien para que termine de ayudarte —dijo Thomas, ajustándose una bota de montar.

—Gracias —contestó ella, distraída.

Thomas la miró un instante con extrañeza. Pero, así como ella no le hacía preguntas, él tampoco las hacía. Su incomodidad quedó guardada donde guardaba todo lo que no quería sentir.

Annabella bajó las escaleras después de que Lizet la peinara con un recogido más elaborado para la ocasión. Aquellos días, la casa disfrutaría la compañía de varias damas de Londres, que acudían con sus esposos a la famosa semana de cacería de los Hamilton.

—Oh, Lady Annabella —sonrió una mujer totalmente desconocida para ella—. ¡Qué felicidad me da verla al fin!

—Bueno… —frunció el ceño, consternada—. Digo lo mismo.

—Por Dios, Federica —se quejó otra mujer—. Preséntate primero.

—¡Oh, cielo santo! —exclamó la primera, llevándose una mano al pecho—. Debes disculparme, querida. Al ser tú la esposa de mi Tommy se me hizo natural hablarte de tú sin siquiera presentarme.

—No hay problema —sonrió Annabella con dulzura.

—Mi nombre es Federica de Bombardian. Soy muy apegada a mi querida Marie, tu suegra.

Annabella aceptó el saludo efusivo. No era que detestara los abrazos, pero el abrazo de una mujer de caderas anchas y busto prominente era… un primer encuentro demasiado contundente.

—Pero si la estás asustando, Federica —otra mujer le dio un golpecito en el hombro con un abanico fino y sonrió—. Eres encantadora, querida. Mi nombre es Dilena Elisargue.

—Es un placer —Annabella estrechó la mano de Dilena, delgada, casi frágil. Sonrió al pensar, fugazmente, que a una le sobraba y a la otra le faltaba… y se reprendió al instante por aquella burla mental.

—Veo que ya has conocido a las hermanas del terror —dijo Thomas de pronto, y la tomó de la cintura para acercarla a su cuerpo con una naturalidad que la dejó sin aliento.

Annabella lo miró impresionada. Su esposo parecía… contento. Jamás le había visto tan animado como en ese instante.

—Ay, Tommy… si serás malvado —se sonrojaron ambas mujeres ante el mote cariñoso.

—Déjame felicitarte —Dilena tocó el hombro de Thomas de forma picarona—. Es una hermosura, tu mujer.

Thomas miró a Annabella, que seguía pegada a él por el firme agarre en su cintura. Sí: ella estaba radiante ese día y esa confirmación, en su mirada, fue un roce más íntimo que cualquier caricia.

—Gracias —dijo él.

—¡Thomas! —lo llamó una voz masculina desde el hall—. ¿Qué te crees? ¿Por qué no me presentas a tu esposa?

Annabella se giró y vio a un muchacho joven, fuerte, con cara de bebé y el descaro intacto. Quedó paralizado al verla.

—Creo… que me he enamorado —confesó sin vergüenza.

—Alex —Thomas rodó los ojos—. Mi esposa, Annabella.

Alex fue hasta ella y tomó su mano sin pedir permiso. Depositó un beso en el dorso, pero se demoró más de lo debido, sosteniéndola con una insolencia suave. Annabella se incomodó y buscó la mirada de su esposo, pidiendo auxilio sin decirlo.

—Bien. Es suficiente —Thomas le dio un empujón leve, controlado; de esos que no parecen violencia, pero sí advertencia.

—¿Cómo ha hecho este patán para conquistarte, bella dama? —preguntó Alex, arreglándose el saco con una sonrisa.

—Es un gusto conocerlo, Lord…

—Barcuad —la ayudó él—. Aunque puedes decirme solo Alex.

—Muy bien, muchachito descarado —Federica intervino—. ¿No ves que está aquí su esposo?

—Solo bromeaba, Federica.

—Lady Logardian para ti, muchacho.

Alex levantó las manos en rendición. Annabella rio con gracia. Tapó la boca con una mano, intentando no ser indiscreta; pero su

carcajada melodiosa, contenida, fue audible. Thomas la miró con una sonrisa breve al escucharla reír así, libre. Annabella no se dio cuenta. Seguía observando el intercambio con fascinación.

—Vale, vale —dijo Alex, esquivando los golpes del abanico de Federica—. Thomas, vámonos de una buena vez.

Thomas asintió y se giró hacia su esposa. Annabella lo miró un segundo y bajó la vista, azorada, como si una parte de ella no supiera sostenerle la mirada cuando él estaba así: tan presente, tan… suyo en público. Thomas sonrió, posó la mano bajo la barbilla de la joven y le dio un beso dulce en los labios, demorándose más de lo debido para estar frente a todos. No fue solo un beso: fue una señal. Una marca. Una decisión.

—Te veo en un rato —le dijo al separarse.

Annabella exhaló al verlo partir. Se comportaba extraño, demasiado amable para ser verdad. Podía ser que fingiera ante sus parientes y amigos, y ese pensamiento le dolió… porque, aun así, deseó que fuera así siempre, que no necesitara fingir.

Thomas y el resto de los caballeros montaban sus caballos listos para el primer día de cacería. El aire de primavera se respiraba fresco y vivaz. El bosque cercano a la propiedad los llamaba como si se tratase del grito de una doncella: tentador, primario, peligroso.

—Thomas, viejo amigo —Alex se acercó a galope—. Tienes una mujer demasiado bella para ser real.

—A mí no me la has presentado como tuya, pero la conozco de algunas veladas —dijo otro caballero. Lord Francot, conquistador empedernido y fraudulento como su padre: de ahí su riqueza.

—Es la más hermosa de las Bermont, seguro —asintió otro, gritando desde más atrás.

—O solo lo dicen por molestar —sonrió James—. Permítanme decir que mi mujer también es hermosa.

El rubio se acercó montado en un corcel color chocolate, crin negra, piernas firmes que delataban su pureza.

—Vamos, James —se quejó Lord Douglas—. Tú has de ser sincero; siempre lo has sido con la belleza de una mujer.

James se encogió de hombros, elocuentemente.

—Es tan bella como el resto de sus primas. Ni más, ni menos.

—Pero esta tiene el encanto de un ángel —recordó Alex.

—De eso carece mi mujer —aceptó James—. Y las otras dos también.

Los hombres rieron, y esperaron la orden del padre de Thomas, que conversaba con caballeros de más edad: algunos eran padres de los jóvenes que acompañaban a Thomas y James.

—Bien, caballeros —habló Humberto al fin, con esa voz que sonaba amable incluso cuando imponía—. Ya sabéis cómo es esto: quien mate al zorro se lleva la gloria.

Su mirada recorrió el grupo con una satisfacción medida, y su sonrisa fue impecable.

—Y recordad… —añadió, como quien ofrece un consejo elegante —: la gloria siempre cobra su precio. Procurad no confundir el entusiasmo con la imprudencia. En esta casa, las líneas… se respetan.

Thomas lo miró un segundo; ambos sonreían, pero el aire se tensó como cuerda fina. Los perros de caza fueron soltados. Ladraron, alborotados, rondando entre los caballos, desesperados por correr.

Annabella se encontraba sentada con una docena de mujeres de todas las edades: desde sus primas hasta damas ancianas, envueltas en encajes y seguridad. Disfrutaban de un té agradable, perfecto a esas horas. Hacía ya algún tiempo que los hombres habían salido, y Annabella agradecía, con el cuerpo entero, que los disparos aún no se escucharan. La conversación constante la mantenía a salvo de lo que había más allá del jardín.

—Annabella —la llamó Elizabeth—. ¿Puedo saber cómo piensas afrontar esta semana?

—No sé a qué te refieres —respondió ella, reticente.

—A que te pone los nervios de punta el sonido de las armas —Marinett alzó una ceja sarcástica.

—Eso fue hace tiempo —se excusó.

—No lo creo, Anna —Katherine le tocó el hombro—. Sé que aún no lo toleras… ¿Se lo has dicho ya a Thomas?

—No, porque ya no es importante —mintió. En realidad no se lo decía porque estaba segura de que nada cambiaría. Además, aquello no era solo cosa de Thomas; su padre también disfrutaba de la caza.

—¿Qué no es impor…?

Los primeros disparos estallaron.

Las damas rieron, contentas, como si el sonido fuera música. Cuatro mujeres no lo hicieron; sobre todo una castaña que sintió que el corazón se le iba a salir por la garganta.

—Vamos al jardín —dictaminó Marie—. Seguro no tardan en volver.

Annabella se puso de pie con lentitud. Le temblaban las manos. Los destellos de aquellos días horribles se le encendieron tras los párpados como retratos imposibles de quemar.

—Anna —Elizabeth la tomó—. ¿Por qué no vas a recostarte?

—No.

—¡Pero el sonido es mucho más estridente allá afuera! —Marinett le sostuvo la cara para obligarla a enfocar—.

—No se preocupen por mí —Annabella las miró con detenimiento, decidida a sostenerse a sí misma—. Estoy perfecta.

—Perfectamente temblorosa —Katherine cruzó los brazos—. Si deseas ir, está bien, pero no quiero un ataque de pánico en medio de esas mujeres chismosas.

—Vaya, Katherine, como si tú nunca dieras de qué hablar.

—Al menos yo sé cuándo lo voy a hacer —replicó Katherine, mirando a Annabella con dureza—, y no por capricho diciendo que estoy bien cuando es mentira.

—Deja de molestarla, Katherine —intervino Marinett—. Vamos, Annabella. Te acompañaremos.

Annabella enfocó la cara enojada de su prima pelirroja y, aun así, salió al jardín. Allí, el sonido era peor, mucho peor. Casi pudo volver a sentir el arma en sus manos, el peso, el gatillo, el instante en que el mundo se partió, pero, como si el mundo le concediera una tregua, el silencio cayó de pronto. La cacería había concluido.

Annabella se dejó caer en una silla de campo que, gracias a Dios, estaba cerca. Se llevó una mano al pecho: el corazón le palpitaba con violencia, furtivo, como un animal acorralado.

Las mujeres guardaron un silencio expectante, apenas roto por susurros. Esperaban al hombre que trajera el zorro como trofeo.

No fue sorpresa que el primer caballo en llegar con la presa fuera el dueño de la casa o, al menos, el que lo sería algún día. Thomas era un cazador experto, y durante esa semana su ánimo subía: le

complacía vencer a su padre. Casi lo hacía solo por la satisfacción de ver aquella sonrisa impecable, fingida, en la boca de Humberto.

Thomas cabalgaba a un trote elegante. Su cabello azabache brillaba bajo el sol y sus ojos azules, imposibles de confundir. Desmontó. Un mozo se acercó a recibir el caballo, mientras otros lores llegaban a trote. Las damas se arremolinaron alrededor del ganador, felicitándolo, aprovechando para rozar —aunque fuera con los guantes— aquellos brazos negados a cualquier mujer casada.

Muchas de las presentes se le habían insinuado en alguna ocasión. Thomas jamás cedía.

Marie se acercó despacio y lo felicitó. Thomas le agradeció con un beso en la frente, pero sus ojos no hallaban lo que buscaban. Escudriñó entre las mujeres, pero ninguna tenía los ojos que deseaba encontrar; pero entonces, al levantar la vista por encima de las cabezas amontonadas y vio a Annabella: estaba a unos diez pasos, quieta, como clavada al suelo. Y él sonrió.

A la mitad de las mujeres les faltó el aliento.

Annabella miraba la escena como si estuviera en un teatro. Era una historia ante sus ojos: un hombre que siempre sería centro de atención, un hombre deseado… y, aun así, ella no se acercó. No podía. Tras los disparos, seguía luchando por mantener el cuerpo en pie.

Thomas, no conforme con aquel intercambio frívolo de miradas, se deshizo de los brazos que lo retenían y caminó hacia su esposa. No se detuvo ni disminuyó el paso. Se inclinó y la tomó en brazos, abrazándola por la cintura, elevándole apenas los pies del suelo.

La miró detenidamente. Su sonrisa se dibujó lenta, peligrosa.

Y la besó. Fue un beso prolongado, cándido en apariencia, pero cargado de una propiedad silenciosa que hizo que Annabella riera de improviso, nerviosa y feliz, y le pasara los brazos por el cuello para sostenerse. Sintió la firmeza de él, el control, la calidez; y sintió, también, el deseo reprimido subirle por el pecho como una ola que no sabía cómo contener.

Cuando el beso se cortó, Thomas la siguió manteniendo entre sus brazos y Annabella, temblorosa todavía, se atrevió a hablar.

—Felicidades —le acarició el cabello con una ternura que salió sola.

—Gracias —sonrió Thomas, y le dio otro beso fugaz antes de depositarla en el suelo.

—Bien —bromeó Humberto, acercándose con esa elegancia que podía ser caricia o filo—, después del espectáculo de mi hijo… —varias risas acompañaron la burla—. Por favor, pasen a una buena comida.

Sus ojos se posaron un instante de más en Annabella. Luego, como si castigara su propia atención, acomodó la sonrisa y añadió,

suave:

—Recordemos las formas. Siempre.

Los invitados se dirigieron al salón entre risas, alboroto y griterío.

—Pareces contento —Annabella volvió la mirada a su esposo.

Thomas exhaló despacio y le acarició la mejilla con el dorso de los dedos, un gesto mínimo que, aun así, a ella le encendió la piel.

—Siempre me ha gustado ganar —confesó—. Vamos.

Annabella pensó que si esa era la forma de verlo sonreír, de sentirlo así de cercano, buscaría la manera de que siempre ganara algo. Porque verlo feliz era un alivio. Porque, cuando Thomas la miraba como la había mirado en el jardín, el matrimonio dejaba de parecer una condena… y empezaba a parecer una esperanza.

Capítulo 13

Annabella estaba pasando una mala noche.

No era la primera vez que las pesadillas la acosaban; pero, siendo sincera, nunca las había tenido tan seguidas como en aquellos días y, normalmente, Katherine estaba a su lado para afrontar juntas el dolor que ambas sufrieron aquella tarde. Ahora, en cambio, estaba sola: sin la mano conocida que le apretara la suya cuando el recuerdo se volvía demasiado vívido, sin una voz que le devolviera el aire al pecho cuando se le cerraba.

Solo habían pasado tres días desde la famosa semana de cacería de los Hamilton y ya sentía los nervios al límite, tensos como cuerdas de un instrumento afinado de más. Cada vez que los hombres se reunían por la mañana para salir y practicar alguna actividad que involucrara armas de fuego, Annabella se refugiaba en el despacho de su esposo: tocaba el piano con una obstinación que rozaba lo desesperado, buscando que la música cubriera, si no el estruendo, al menos la amenaza del sonido que el viento traía desde el bosque.

Incluso Thomas la había encontrado allí en un par de ocasiones. No se veía nada feliz de hallarla en su territorio; pero poco podía hacer: las mujeres de la casa la seguían con frecuencia, atraídas por

aquellas canciones de compositores célebres, y esa audiencia impropia le quitaba a su marido la posibilidad de reprenderla sin quedar como un grosero ante damas invitadas.

Aquella noche, Annabella despertó con un grito arrancado del último mal sueño, como si le hubieran clavado el aire en la garganta. Thomas se incorporó, adormilado, la voz aún áspera por el sueño.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Por qué estás tan inquieta?

Annabella, sin poder evitarlo, se lanzó a sus brazos y se acurrucó contra él, pegándose a su pecho con una urgencia que le importó poco. En ese instante no midió si su esposo se consternaría, si la rechazaría, si la dejaría caer como quien se sacude una manta.

Solo necesitó *algo* firme.

—¿Qué sucede? —intentó separarla, pero fue inútil; Annabella se aferró con más fuerza.

—¿Puedo irme a casa? —preguntó con súplica—. Solo hasta que termine esta semana…

—¿Qué? —ahora sí logró apartarla, aunque en la oscuridad espesa de la recámara apenas podía distinguir su rostro—. ¿Por qué dices eso?

—Thomas, no soporto esto —dijo, sin especificar qué, porque nombrarlo era revivirlo.

—No sabía que mi presencia te incordiara tanto —soltó, rabioso, como si la frase le supiera a orgullo herido.

—¿Qué? —negó ella, casi ofendida por la injusticia—. No. Yo… yo no tolero las armas. Su sonido es una tortura para mí.

—¿Las armas?

Annabella se frustró al notar que él no comprendía. Se apartó por completo y se puso en pie para encender una vela del candelabro de la mesita. La cerilla chisporroteó, y la llama al fin ocupó su lugar: dorada, pequeña, suficiente para que el cuarto dejara de ser un pozo.

La luz inundó una parte de la habitación: cortinas pesadas, madera oscura, el brillo tenue del metal en los candeleros, todo con ese aire de casa antigua que en 1880 parecía exigir silencio y obediencia.

Annabella volvió hacia la cama y se sentó sobre sus pantorrillas frente a su esposo. Thomas ya tenía la mandíbula apretada, los ojos entornados por el mal despertar.

Ella mordió su labio —un gesto que, aun sin querer, traicionaba su tensión— y vaciló entre hablar o callar. Al final, soltó un suspiro, como quien abre una puerta que preferiría mantener cerrada.

—De esto hace ya años —empezó—. ¿Alguna vez escuchaste sobre el altercado que hubo en la casa de Bermont?

—¿Cuál de ellos? —levantó una ceja, con una burla fácil.

Annabella negó despacio, desolada.

Lo vio claro: para él, aquello era un rumor social, una anécdota. Su dolor, una historia ajena y se le apagó el valor. Levantó las sábanas y se recostó en su almohada, decidida a que ambos volvieran a dormir. Thomas, al notar su error o quizá el silencio que de pronto pesó más que cualquier palabra, se acercó y besó delicadamente su hombro. Acarició su brazo, intentando que ella lo mirara.

—¿Me decías…?

Annabella le echó un vistazo de costado, buscando si su curiosidad era real o solo una tregua momentánea.

—Esa noche asesiné a alguien —dijo de golpe, como si la crudeza obligara al interés.

Thomas se enderezó en la cama.

—¿Qué?

—Un hombre se sobrepasaba con Katherine… nos tenía prisioneras… —se encogió de hombros, y el gesto fue una máscara frágil—. Kathe me lanzó un arma… y yo la utilicé… —se cubrió la boca con las manos; la voz le tembló—. Asesiné a ese hombre…

Thomas se quedó callado, inmóvil, como si la imagen intentara instalarse en su cabeza sin permiso. Él siempre había pensado que aquellas muchachas habían vivido intactas, protegidas por su clase, ajenas a la sombra. *El ángel en la tierra*, decían de Annabella. Y, sin embargo, aquel ángel llevaba un peso que no se veía.

Por eso, quizá, le incomodaba el mote.

—Lo hiciste por tu prima —dijo al fin—. Si no lo hubieras hecho, tal vez ese hombre habría causado un daño irreparable.

Annabella negó varias veces, como si su cuerpo se negara a aceptar consuelo. Se lanzó a abrazarlo otra vez buscando protección, y esta vez Thomas, sin pensarlo demasiado, pasó los brazos por su cuerpo. Su firmeza la sostuvo, y Annabella se pegó a él, escondiendo la cara en su pecho como si allí pudiera apagar el recuerdo.

—Déjame irme estos días…

—No —respondió, rotundo.

Annabella se apartó con dolor y lo miró; la vela dibujaba sombras delicadas en su rostro, pero la herida era clara.

—Te lo ruego… —imploró—. Haré lo que quieras.

Thomas le tomó el rostro y la besó fugazmente; un beso que fue más orden que ternura, más marca que promesa.

—Si piensas que te lo impido porque quiero hacerte sufrir, te equivocas, Annabella —dijo en voz baja—. Cuando uno se trauma con algo… es mejor afrontarlo.

—No puedo —negó con una rotundidad que le salió de las entrañas—. Kathy y yo lo intentamos, pero… soy débil. ¡Quiero irme!

Thomas la miró de un modo extraño: como si, de pronto, no estuviera del todo allí. Un recuerdo vago pareció cruzarle el rostro,

cambiarle la temperatura de la voz. Cuando habló de nuevo, se había ido cualquier rastro de comprensión.

—Si quieres irte, bien —concedió—. No me opondré. De hecho… creo que será lo mejor.

Annabella sintió la frase como un golpe seco. No solo hablaba de unos días. La manera en que lo dijo parecía abrir una puerta a algo definitivo, a un alivio para él.

—Tú… —cerró la boca por miedo a pronunciar lo que estaba pensando, pero el corazón empujó—. Tú… ¿vas a querer que regrese?

Thomas le dio una mirada rápida y se recostó para darle la espalda.

—Haz lo que quieras.

Algo dentro de Annabella se quebró. Sintió un tirón brutal en el pecho, como si le desgarraran una costura interna. Comenzó a llorar, pero esta vez no por el pasado: por el presente agrio, por ese futuro que empezaba a oler a abandono.

—Thomas… —lo llamó.

Él no se movió, no emitió sonido conciliador, ni un suspiro.

Annabella se puso en pie y salió corriendo de la habitación, dejando la puerta abierta de par en par. Fue imprudente: estaba en una casa llena de visitas, y muchas de ellas eran hombres. Pero en ese instante, su mente no contaba el peligro; solo el dolor.

Bajó las escaleras haciendo ruido, los escalones quejándose bajo sus pies descalzos. En aquella casa todo solía mantenerse en su sitio, bajo control. Esa noche, Annabella no lo estaba.

Iba hacia la cocina en busca de leche caliente —un remedio doméstico para el corazón desbocado— cuando notó que una de las salas pequeñas seguía encendida. La luz temblorosa de las lámparas dibujaba un rectángulo dorado bajo la puerta. Y las voces, ocultas dentro, eran masculinas; hablaban con esa mezcla de risa y alcohol que apaga la prudencia.

Como un balde de agua fría, recordó que había visitas. Y, conforme la semana avanzaba, había menos mujeres: incluso sus primas habían regresado a sus hogares para cuidar de sus hijos. Contándola a ella y a su suegra, quedarían, a lo sumo, cuatro damas en toda la casa.

Con cautela —agradeciendo el silencio de sus pies desnudos— comenzó a retroceder para alejarse. Se secó las lágrimas con el dorso de la mano; necesitaba lucir compuesta, invisible.

—Una hora bastante interesante para que una mujer baje… —dijo una voz a sus espaldas, arrastrando las palabras.

Annabella cerró los ojos y respiró hondo antes de volverse.

—Lord Barcuad —saludó con una altivez que no tenía, sosteniendo la columna como si fuera un corsé invisible—. Lamento incordiarle. Ya me marchaba.

—Vino… —hipó—. Vino a espiar a mi querido amigo. —Se balanceó hacia delante; Annabella dio un paso atrás—. ¿Pero le digo algo? —sonrió, tratando de enfocar con ojos alcoholizados—. Él no está aquí…

—Lo sé. Estaba conmigo —mintió a medias, porque había estado con Thomas, pero no como se insinuaba—. Solo vine por agua.

—No… —negó con un dedo, casi juguetón—. Tommy no es tonto… no la hubiera dejado bajar…

Annabella maldijo su estupidez por haberse alejado tanto de las escaleras, de su salvación. Pero había una opción: el despacho de Thomas estaba cerca. Si lograba encerrarse allí, podría pasar la noche y marcharse a Bermont al amanecer.

—¿Sabe una cosa… una cosa? —repitió, y la frase se le enredó en la lengua—. Siempre le he tenido algo de envidia.

—Oh, eso no es bueno —respondió ella, manteniendo la conversación mientras se desplazaba con cuidado, buscando dejar libre un camino para correr.

—No, déjeme decirle… —continuó Lord Barcuad, cada vez más cerca—. Él siempre tiene lo que quiere… ¡Hasta… vaya! ¡Hasta ha conocido a una linda dama! ¡Y se ha casado con ella!

La mirada del hombre le heló la sangre. Annabella comprendió que no había más tiempo, el peligro dejó de ser un presentimiento y se volvió certeza. Soltó un grito y corrió y como lo esperaba, él fue

tras ella. Estaba a punto de cerrar la puerta del despacho cuando esta fue empujada de forma brutal. El impacto la tiró al suelo. Annabella se arrastró sobre la alfombra, desesperada por alejarse; el olor a cuero, madera pulida y papel viejo se mezcló con el aliento ácido del alcohol que ya la alcanzaba.

—Vaya… —sonrió y la sombra de su cuerpo se inclinó sobre ella —. Hasta estás preparada para mí…

Annabella intentó levantarse, pero el conde la tomó de los brazos y la puso en pie con una facilidad humillante.

—Te prometo que lo disfrutarás tanto como con Tommy…

Annabella giró el rostro con violencia, buscando evitarlo, buscando aire. Con unas fuerzas que no reconocía, se soltó de su agarre y le dio una bofetada limpia, desesperada, en la cara y el sonido resonó en el despacho como un disparo. No contó con la reacción: él le devolvió el golpe con el doble de fuerza. Annabella cayó al suelo, aturdida, el mundo inclinándose.

—Maldito bastardo, más te vale que no lo hayas hecho.

La voz de Thomas le quitó la respiración. Y también al hombre.

—Tommy… —sonrió Lord Barcuad, intentando recuperar la insolencia—. ¿Te unes a la fiesta?

Thomas estaba de pie en el umbral, rígido, con la pistola apretada en la mano. Su rostro era una máscara sin expresión; en sus ojos, sin embargo, ardía algo más antiguo que la rabia.

—No… —susurró Annabella, saliendo del estupor—. No, Thomas… por favor… detente.

Los ojos de su esposo volaron hacia ella: repasaron rápido su rostro golpeado, el labio partido, la nariz sangrante. La vio como quien ve un daño en su propiedad… y como quien ve una injusticia que no puede tolerar.

—La golpeaste —dijo, y la palabra le salió como un látigo—. ¡Te atreviste a golpear a mi mujer, en mi casa!

—Thomas… —imploró Annabella de nuevo—. Por favor…

Thomas bajó el arma lentamente, con una mueca de desprecio; no era compasión, era control. Miró a su esposa y caminó hacia ella sin dudar. Pero, al pasar junto a Lord Barcuad, se detuvo. Lo miró largo rato. Aquellos ojos amenazadores deshicieron la borrachera como si le arrancaran la máscara.

—Lárgate de mi casa —dijo con una voz contenida, impecable en su furia—. Y ve a que te arreglen la nariz.

—¿Qué? —balbuceó el hombre.

La respuesta llegó en el puño de Thomas estrellándose contra su cara. El crujido fue breve. El grito, largo. Lord Barcuad cayó y se arrastró hacia el pasillo, lloriqueando de dolor y vergüenza; desapareció entre sombras mientras Thomas abría y cerraba la mano después del golpe, resintiendo en el puño el romper de aquel hueso.

No le dio importancia; lo que importaba estaba en el suelo, sangrando, intentando limpiar su nariz, pero la sangre no cedía.

—No —dijo Thomas, rápido, al verla alzar la cabeza—. Hacia abajo. Así evitas que baje a la garganta. —Se acuclilló y, con una delicadeza inesperada, tomó el tabique y la guio—. Siéntate derecha.

Le tendió un pañuelo para que lo usara en lugar del camisón.

Annabella obedeció. El cuerpo le temblaba por el susto y por la pérdida de sangre. Pasaron unos minutos, tensos, hasta que Thomas tomó su mano —la que presionaba el pañuelo— y revisó con cuidado. Cuando vio que empezaba a ceder, asintió, conforme.

—Ya pasó —le acarició la cabeza, y el gesto fue tan gentil que a Annabella se le apretó la garganta.

—Yo…

—No subas la cabeza o volverá a sangrar —indicó, firme.

Thomas se inclinó y pasó los brazos por debajo de ella para cargarla. Annabella le rodeó los hombros, aferrándose; con la mano libre sostuvo el pañuelo bajo la nariz, recostando la cabeza contra aquel hombro poderoso. Notó el latido de Thomas: rápido, contenido, como si bajo la piel se estuviera castigando por sentir.

Al entrar en la habitación, Thomas la dejó sobre la cama y fue al baño de inmediato. Regresó con una toalla húmeda y fría. La nariz de Annabella había vuelto a sangrar.

Le colocó la tela sobre la frente; el frío la reconfortó al instante.

Annabella tomó la mano de Thomas —la que sostenía el paño— como si se agarrara de un poste en medio del mar.

—Gracias —sonrió, dulce, a pesar del dolor.

Thomas negó y besó la mejilla sana de su esposa. Luego, con una concentración casi obstinada, se obligó a mirar el labio roto, a limpiar, a aplicar ungüentos, a revisar como quien se aferra a la lógica para no derrumbarse. Pasó un rato en el que Thomas no habló. Solo atendió: limpió, untó, sostuvo, cambió el paño cuando se entibiaba.

—Pareces experto en esto —intentó bromear Annabella, pero se arrepintió al instante porque el gesto le dolió y le arrancó un suspiro.

Thomas le quitó la mano con suavidad.

—No te toques.

Cambió el paño frío. La sangre, por fin, comenzaba a ceder.

—Si lo soy —dijo él, escueto.

Annabella lo miró, extrañada.

—¿Si eres qué?

Thomas se inclinó un poco, recargando una mano al otro lado del cuerpo de Annabella. Su cercanía le dejó a ella la respiración trabada; no por miedo, sino por esa conciencia súbita de que él estaba demasiado cerca y de que su cuerpo —traicionero— lo notaba.

—Soy médico.

Annabella abrió los ojos desmesuradamente.

—¿En serio?

—Sí —respondió sin adornos, volviendo a revisar la nariz—. Parece que ya paró.

—¿Me puedo sentar? —preguntó.

—No —dijo rápido—. Quédate recostada.

Se alejó de la cama.

—¿Y tú a dónde vas? —preguntó ella, inquieta.

—No pensarás dormir con ese camisón ensangrentado, ¿verdad?

Annabella negó, recordando que, al final, había usado la tela como pañuelo. Thomas regresó con un camisón limpio y, con su ayuda, logró incorporarse; el golpe y la pérdida de sangre le habían dejado un dolor de cabeza punzante.

—Despacio —recordó él—. Deja que te ayude.

Annabella lo miró, apenada. No quería permitirlo. No quería que él… la viera en esa vulnerabilidad, en esa cercanía física que a ella misma le incendiaba el pudor y algo más profundo, algo que llevaba semanas creciendo en silencio.

—Yo puedo.

Pero la vista se le nubló y tuvo que sujetarse del cuerpo de su marido para no caer. *¿Cuánta sangre se supone que había perdido?*

—En este momento, no —dijo Thomas—. Vamos. No seas niña.

Annabella se sonrojó y desvió la cara, enfocándose en algún punto entre la puerta y la pared, como si mirar un sitio fijo le diera firmeza.

—Me da vergüenza.

—Soy tu esposo —le recordó, grave—. Y soy médico.

—¡Eso no quita la vergüenza! —se exaltó, con el orgullo herido.

—Está bien —cedió Thomas—. Cierra los ojos.

Annabella lo miró con desconfianza, pero obedeció. En la oscuridad de sus párpados, solo sintió el roce cuidadoso de las telas, la forma en que él evitaba tocar más de lo necesario… y, aun así, la tensión de su presencia era palpable: el calor cerca, la respiración contenida, la disciplina forzada de un hombre que podría permitirse todo y, sin embargo, se obligaba a la mesura.

Cuando al fin sintió el camisón limpio acomodado, cuando pasó los brazos por las mangas y el escote quedó atado, abrió los ojos.

Thomas, de pie frente a ella, abrochó los cordones con una precisión casi insolente. Y sonrió petulante, incapaz de resistirse a una última provocación.

—Tienes un cuerpo hermoso.

Annabella se cubrió la cara con las manos, avergonzada, y se giró para darle la espalda, buscando impedirle la burla. Pero el

movimiento brusco le devolvió el mareo. Se sujetó del dosel para no desplomarse.

En ese instante, Thomas dejó las bromas.

La tomó en brazos y la recostó con cuidado.

—Necesitas descansar —indicó—. Estás débil.

Annabella asintió y se acomodó para dormir, atenta a los movimientos de Thomas cuando se acostó a su lado.

—Duerme —dijo él, ya recostado, observándola con calma tensa.

—Mañana…

—No irás a ningún lado —puntualizó—. No sé qué pensaría tu familia si ve ese moretón.

—Les contaría la verdad.

—¿Qué discutimos y saliste corriendo, y un ebrio te atacó y te golpeó? —negó—. No. Te quedas.

—Te seguiré despertando por mis pesadillas —intentó convencerlo.

—No me importa —respondió medio adormilado.

—Te pones de mal humor si no duermes bien.

—De todas formas, siempre estoy de mal humor —le quitó relevancia, acomodándose.

Annabella se dio por vencida. Y, aunque una parte de ella sabía que todo podía ser cuestión de honor y orgullo, otra —más íntima,

más desesperada— disfrutó que él no la dejara marcharse. La retenía a su lado. Y eso, por miserable que fuera, significaba *algo*.

A la mañana siguiente, Annabella despertó entre los brazos de Thomas. Esta vez no era solo una invasión de su parte: su esposo la mantenía junto a él con un abrazo fuerte, decidido. Ambos estaban de costado, uno frente a otro, totalmente pegados. Annabella tenía las manos apoyadas sobre aquel pecho prominente que subía y bajaba con una respiración profunda.

Casi sin darse cuenta, comenzó a acariciar la zona: un gesto lento, suave, como si buscara calmarlo… o calmarse.

Thomas se estremeció. No era una reacción placentera para él: era un aguijón, una llamada que lo ponía tenso.

—¿Qué haces? —se separó de ella con voz ronca, cansada.

—Nada —lo miró extrañada, sin comprender que sus caricias lo habían despertado.

Thomas la soltó por completo y se volteó, dándole la espalda.

Annabella, sin mala intención, volvió a dibujar con los dedos sobre su piel palabras que no dejaban huella.

—Annabella, deja de hacer eso —dijo él, cuando un nuevo escalofrío le recorrió la espalda.

—Lo siento —sonrió ella con disculpas.

La verdad era que no se daba cuenta. En Bermont, a sus primos les agradaban esas caricias: siempre se peleaban por las

“cosquillitas”, por los dedos que calmaban.

Dos toques insistentes en la puerta llamaron la atención de Annabella, no así la de Thomas, que ignoró monumentalmente el llamado y siguió durmiendo.

—Annabella… Thomas —llamó la voz de Marie—. Despierten.

Los ojos verdes de Annabella volaron de la puerta al cuerpo de su esposo y se dio cuenta de que él le brindaba, por la vía de la indiferencia, la prerrogativa de obedecer o no. Ella no podía ignorar a su suegra, así que Annabella se puso una bata a toda prisa y abrió la puerta, donde Marie esperaba pacientemente, compuesta, con esa elegancia que siempre parecía una armadura.

—Ah, Dios, qué bueno que abres, cariño —sonrió—. Los llama mi esposo en su despacho. Inmediatamente.

—¿A mí también? —se extrañó Annabella.

—Sí, querida. A ambos.

—Está bien —concedió,

Cerró la puerta para despertar a Thomas. Se sentó en la cama, dispuesta a tocar su espalda, cuando Thomas habló sin moverse.

—Ya lo he escuchado.

—Debemos ir cuanto antes —dijo ella, presurosa.

Thomas levantó la cara de la almohada y la miró ceñudo.

—Tú solo debes apresurarte cuando yo te llame; no cuando mi padre lo haga —dijo—. Iré cuando me sienta lo suficiente desperezado.

—¿Debería adelantarme?

Thomas gruñó.

—Si tanto te apura, llama a tu doncella para que te ayude. A mí me dejas dormir.

Annabella asintió y se levantó. Pero una mano fuerte le agarró la muñeca, impidiéndole ponerse en pie. Thomas se incorporó y revisó su rostro con detenimiento, tomándole la barbilla para moverla suavemente de un lado a otro.

—Se ha hinchado —dijo con enojo—. Dile a Lizet que te vuelva a poner el ungüento que dejé en tu tocador.

Annabella asintió. Dejó que Thomas recuperara algo del sueño perdido; en el fondo, sabía que él había pagado la noche por su culpa. Y, al mismo tiempo, una parte herida de ella pensó: *también fue culpa suya*, por decirle cosas tan horribles y luego darle la espalda.

Media hora después, con la ayuda de Lizet, Annabella estaba lista para bajar. Thomas, en cambio, no parecía dispuesto a ceder todavía. La espera impacientó a la joven: no quería hacer esperar a su suegro.

Annabella, sin darse cuenta, comenzó a chocar el pie contra el piso: un tic nervioso, rápido.

—¡Deja de hacer eso! —gritó Thomas, molesto.

Annabella lo miró, expectante.

—El pie. ¿Por qué tienes la manía de golpearlo contra el suelo?

—Me siento nerviosa —confesó.

Thomas rodó los ojos y comenzó a vestirse delante de su esposa, como si su pudor fuera un asunto sin importancia. Annabella soltó un gran suspiro y se giró con rapidez para no ver nada que no conociera, no sentir nada que no pudiera controlar; Thomas rio ante la acción y continuó, colocándose otro traje de cacería. Cuando Annabella lo vio ya vestido, la incertidumbre cruzó su rostro: recordó el sonido que todavía tendría que soportar, de día y de noche.

—Veremos cómo resolver eso —dijo Thomas, al captar su expresión de dolor.

Ambos salieron de la habitación.

Annabella se dejó llevar por él, porque no conocía el camino: jamás había entrado en el despacho del padre de Thomas; no era un lugar que le interesara; y, de ser honesta, le intimidaba.

Llegaron ante unas grandes puertas de madera; Thomas las abrió sin pensar, entrando en el salón donde su padre pasaba gran parte del tiempo. Humberto levantó la vista de unos papeles.

—Así que, al fin, me concedes su presencia —dijo, con una suavidad que olía a reproche.

—¿Qué pasa? —preguntó Thomas, sin rodeos.

—Siéntense —indicó hacia una pequeña salita donde el té ya estaba servido—. Está caliente. Sé cuánto tardas en obedecerme, hijo.

Lo apuntó con un dedo acusador, pero su sonrisa era perfecta.

—Es bueno saberlo.

Annabella se sintió aliviada de que Marie estuviera allí. Cuando esos dos hombres se juntaban, la tensión parecía inevitable; y ella no sabía afrontarla ni mediarla. Marie bebía su té con una serenidad estudiada, esperando a que tomaran asiento.

Humberto ocupó un sofá alto, casi como un trono, colocado cerca del sitio de Marie. Luego les señaló un sofá alargado frente al suyo, separado por una mesa de madera.

—Les he llamado por una cuestión importante —comenzó Humberto—, referente a su matrimonio.

Thomas, que había estado recostado con desdén, se sentó correctamente; observó a su padre con atención.

—Como saben, un matrimonio funcional debe dar hijos.

Annabella se sonrojó de inmediato.

—Y ciertamente ustedes no lo tienen.

—Aun cuando se tienen hijos, los matrimonios no son funcionales —respondió Thomas con vehemencia.

—Pero por lo menos dan herederos a los títulos que portas.

—No si son mujeres.

—¡Thomas! Es necesario que consumas tu matrimonio.

—No.

—¡Hijo, por Dios! —se inmiscuyó Marie, exasperada.

Thomas giró el rostro hacia Annabella, entendiendo de golpe algo por su confusión.

—Tú le dijiste —escupió—. Le has dicho a mi padre.

Annabella se sintió perdida. "Consumación", "hijos"… Su ignorancia era un abismo. Y en ese instante comprendió, con un horror silencioso, que en esa casa los secretos se usaban como armas.

—E hizo bien —asintió Humberto—. Pero no se preocupen, su matrimonio no es el peor que haya visto.

—Ni yo —lo retó Thomas, verdaderamente enojado—. Hay unos mucho, mucho peores.

—El punto es que solo les falta estar solos…

Thomas entrecerró los ojos. Se inclinó sobre sus rodillas, como si ya oliera la trampa.

—¿Qué quieres decir? —se puso en pie.

Humberto sonrió, y la sonrisa fue tan elegante como peligrosa; un guante sobre una mano firme.

—Querido hijo, tú eres un conocedor del mundo… —dijo despacio —. Espero que seas un buen guía para tu esposa.

A Annabella se le cortó la respiración. Entendió, de pronto, lo esencial: que harían algo para obligarlos a estar a solas. Y bajo el enojo de Thomas, bajo la humillación reciente, bajo la violencia de esa noche… No indicaba nada bueno.

Nada bueno para ella.

La discusión se desató enseguida. Padre e hijo se pusieron de pie y comenzaron a hablarse con una cortesía rota, con insultos encubiertos, con frases que sonaban a educación y eran, en realidad, cuchillos. Marie intentó interceder, pero Humberto la silenció con una mirada; y Thomas respondió con otra igual de fría.

Annabella, sentada, sintió que la casa misma se le venía encima: madera oscura, té humeante, el tic-tac invisible del deber.

Y, en medio de ese choque de voluntades masculinas, lo más aterrador no era el volumen de las voces.

Era la certeza de que, para Humberto, todo aquello —su cuerpo, su miedo, su matrimonio— era un asunto de *propiedad* y *linaje*.

Y que Thomas, aunque la mirara con rabia, no dejaba de pertenecer a la misma guerra.

Capítulo 14

La semana de cacería se interrumpió de forma abrupta tras los acontecimientos de aquella noche: Annabella golpeada, un hombre con la nariz rota por la mano de Thomas. Los dueños de la casa se vieron obligados a despedir a los invitados con una premura que no admitía preguntas, amparándose en la ofensa inferida a su nuera y en el "honor" de la familia, palabra que en esa casa pesaba como un portón cerrándose.

Después del encuentro con el marqués, todos los avances que Annabella creyó haber hecho con Thomas se deshicieron como azúcar en té caliente. De alguna forma, su esposo era un maestro del escondite cuando deseaba desaparecer: nadie sabía con certeza de su paradero desde el día en que dieron la noticia.

El padre de Thomas, con su fría eficiencia, arregló un viaje de bodas para ellos: visitarían varias partes de Europa.

Al parecer, el punto era unirlos… pero Annabella, en verdad, creía que habían conseguido lo contrario. Thomas apenas le dirigía la palabra; cuando lo hacía, era para cosas sumamente específicas. Llegaba tarde a dormir o, incluso, no dormía en la misma cama. En una ocasión, ella lo encontró rendido en el sillón del que alguna vez

ella había caído, como si el cansancio le ofreciera un escondite mejor que cualquier excusa.

Y así pasó una semana, entre las idas y venidas de su marido: de una conversación amena a una burla hiriente. Volvía a ser el mismo de antes. Aquel hombre furioso con las circunstancias, aparentemente obligado de nuevo a soportar su compañía.

Muchas veces la mente de Annabella le sugirió que lo dejara todo atrás; que encontrara la forma de librarse de la situación, de alejarse del dolor, pero no podía. Sí, estaba el hecho simple y devastador de que lo amaba, porque seguía haciéndolo.

En los días pasados él le había demostrado que no era el hombre temible que intentaba mostrar ante el mundo; más aún: Annabella podía asegurar que Thomas era un hombre bueno y cariñoso… pero, por alguna razón, parecía disfrutar ocultándolo, castigándolo en sí mismo como si fuera una debilidad.

Además, tenía otra razón para no alejarse: su madre, en apuros. Casada con Thomas, le aseguraba a su familia alimentos, casa y hasta lujos que en Bermont ya comenzaban a volverse inciertos. Si se dignaba a marcharse de su lado, Annabella estaba segura de que Humberto retiraría la protección a su madre. No podía permitirlo.

Y aunque en ocasiones se le pasara por la cabeza, sabía muy bien que las mujeres no tenían ese derecho. Tomar decisiones y simplemente abandonar al marido no era una acción que una mujer

pudiera ejecutar "porque se le ocurrió". La sociedad entera era una puerta cerrada con llave… y la llave siempre la tenían otros.

Con esa resolución, la castaña se propuso ser valiente y enfrentar su situación actual con la mejor de las caras. En realidad, si lo miraba con crudeza, no tenía por qué quejarse: aquí o en Rusia, le habría podido tocar un hombre tan implacable como Thomas, que no la quisiera, que la maltratara incluso… cosa que Thomas no hacía, y eso lo agradecía con esa docilidad que a veces parecía devoción.

No: debía ser agradecida por lo bueno que Dios le daba. Tenía a su familia cerca; mantenía a su madre a salvo de la quiebra; estaba emparejada con un hombre joven que, dado el caso, nunca estaba. Incluso, Dios la bendijo dándole al hombre al que quería. Y recordaba sus votos al casarse: él sería el único hombre con el que se uniría, el único al que querría… aun con sus errores.

Annabella estaba sentada en su cama, observando cómo cerraban los baúles con sus ropas dentro. Eran tantos que se dio por vencida en recordar dónde guardaban cada cosa. Sus vestidos, alhajas y toda clase de adornos desaparecían en aquellos pesados cajones de madera, con herrajes oscuros y candados que chasqueaban como pequeñas sentencias. Lo mismo ocurría con la ropa de Thomas: todo se empacaba como si el hogar fuera a quedar vacío para siempre.

—Qué bonito —dijo de pronto Lizet—. Visitaremos muchas partes.

Annabella la miró con una sonrisa y asintió lentamente.

Lizet sería la doncella que la acompañaría en el viaje; la joven estaba tan emocionada por salir de Londres que contagiaba un poco de su ánimo a su ama, como una vela que insiste en alumbrar, aunque el cuarto sea grande. Thomas llegó esa noche. Entró quitándose las ropas con rudeza y arrojándolas al suelo que pisaba, de donde Annabella las recogía sin decir palabra, una por una, como si la tela fuera menos pesada que el silencio.

—Mañana partimos a las cinco. Duerme temprano.

Annabella sabía que Thomas no quería ir a ese viaje, pero tampoco se oponía. Por alguna razón, obedecía sin discutir, y esa obediencia, tan distinta a la rebeldía que los rumores le atribuían, parecía enloquecerlo. Según lo que se decía de él, antaño nadie podía dominarlo, ni siquiera su padre… y, sin embargo, Humberto Hamilton había encontrado la manera de atarle las manos, de hacerlo caminar dentro de una línea invisible.

Annabella dejó las ropas de su marido sobre una silla cercana, perfectamente dobladas. Se quitó la bata y se recostó apartada, lo suficiente para no rozarlo. Thomas, en esa ocasión, se tumbó sobre la cama y no intentó esquivar su presencia como otras veces. Fue un gesto mínimo, pero a Annabella le pesó como un presagio: la cercanía de un cuerpo no significa cercanía de un corazón… y, aun

así, su cuerpo reaccionó con una vergonzosa esperanza, como si el simple hecho de compartir el aire le encendiera algo bajo las costillas.

Poco a poco fue quedándose dormida, consciente de que Thomas descansaba a su lado y de que al día siguiente comenzarían un viaje del cual no podía más que tener dudas.

—Mi señora… —susurraron, tocándole ligeramente el hombro—. Mi señora, ya es hora.

Annabella abrió los ojos pesadamente.

Estiró la mano por instinto hacia el lado de su esposo… y lo encontró vacío. La castaña se incorporó y miró la almohada donde él había dormido: ya fría, ya ajena.

—El señor ya ha bajado —informó Lizet—. La está esperando.

Annabella asintió varias veces, sintiéndose relajada con esas palabras. Temía que Thomas hubiese escapado de nuevo, pero parecía acatar órdenes al pie de la letra; incluso se había levantado temprano para no perder tiempo.

—¿Mi señora sabe a dónde iremos primero? —preguntó la doncella.

Por desgracia, Annabella sabía tanto como ella. Lo único de lo que era consciente era del viaje a Dover para tomar el barco que los conectaría con el resto de Europa.

—No, Lizet —respondió con sinceridad—, pero estoy segura de que será un lugar hermoso.

La joven asintió, continuando con el peinado: dividió el cabello en varias trenzas para luego enredarlas y formar un recogido firme, apropiado para el viaje y para una lady que debía lucir "presentable" incluso cuando el corazón iba desordenado.

—¿Ya estás lista, Annabella, querida?

Annabella levantó la vista del espejo y se quedó helada. Su suegro estaba en la habitación. Y ella estaba solo en corsé.

La sangre le subió al rostro; el pudor le apretó la garganta.

—S-sí… —atinó a decir, intentando cubrirse con el cuerpo de Lizet.

—¿Qué haces aquí? —irrumpió una voz amenazante.

Thomas.

Entró con el gesto duro y señaló el cuerpo medio escondido de Annabella, obligando a su padre a mirar lo evidente: estaba en paños menores y, por primera vez en días, Thomas parecía genuinamente dispuesto a defender algo.

—¿No ves cómo está?

—Sí —asintió Humberto con tranquilidad—. Y se ve hermosa.

Annabella abrió los ojos, ofendida por la falta de vergüenza y la manera en que su suegro ignoraba su espacio personal como si ese

espacio no existiera. No era solo descaro: era poder. La mirada de Humberto recorría como si le perteneciera la prerrogativa de juzgar.

Annabella tragó saliva y, reuniendo un valor que le temblaba en las rodillas, habló:

—Le pido, señor, si puede dejarme sola.

No quería ceder a esa sensación denigrante. Esos dos hombres la miraban como si fuera un premio, una estatuilla de porcelana que no habla ni se queja.

—Pueden tener su discusión cuando me encuentre vestida.

Humberto soltó una carcajada suave.

—¿Qué ha dicho? —rió—. ¿Sabes, querida? Esporádicamente, tu madre era de la misma manera. Sacaba momentos de valor.

Lo dijo como una broma, pero el nombre de su madre en la boca de Humberto sonó a llave girando. Annabella sintió una punzada: no era un elogio limpio; era una comparación peligrosa.

—¿Por qué no haces caso a lo que su valor dijo en este momento? —sugirió Thomas, con la mandíbula apretada.

—Bien —se encogió de hombros Humberto, como si su hijo le quitara diversión al mundo.

Thomas esperó a escuchar la puerta cerrarse. Solo entonces se volvió hacia Annabella.

—No es buena idea contestarle así.

Annabella se avergonzó; pero no se arrepentía.

—Me avergonzó —susurró.

—En ese caso, vienes y me avisas —indicó, seco—. Si comienzas a retarle, lo tomará como un juego. Y a él le encanta jugar.

Annabella asintió y volvió al espejo para que Lizet continuara.

—Lizet, ponle un vestido a mi esposa. Tenemos que irnos.

—Sí, señor —respondió la mucama, yendo al clóset con premura.

Thomas se ajustó el corbatín frente al mismo espejo.

—Baja en cuanto estés lista. Tenemos que llegar a Dover antes de las nueve para tomar el barco.

—Entiendo.

—Mis padres nos acompañarán —añadió con ironía—. Aparentemente, ellos van a su visita anual a Rusia. Nos esperarán allá.

—¡¿En serio?! —exclamó Annabella, efusiva, genuinamente contenta; quizá, con suerte, podría ver a su madre.

—Sí —dijo Thomas con evidente desprecio—. Pero ellos irán por mar, llegando directamente a San Petersburgo por el Báltico.

Thomas sabía perfectamente que la coincidencia tenía trasfondo: asegurarse de que él y Annabella llegaran juntos al destino final, que de todas formas era Rusia.

—Me da gusto que iremos a mi casa —sonrió Annabella, poniéndose de pie para que Lizet acomodara el vestido.

—Ahora esta es tu casa —la corrigió Thomas, sin suavidad.

—Sabes a lo que me refiero, Thomas —dijo ella, con una voz que quería sonar ligera—. Además, el invierno habrá pasado y las temperaturas serán agradables…

—No me gusta Rusia, ni en invierno ni en ninguna época.

—Bueno… tal vez porque nunca la has visitado con una citadina —insistió Annabella sin aminorar el ánimo—. Te llevaré a los lugares más hermosos que tenemos.

Thomas, ante aquella alegría inagotable, no pudo evitar una ternura fugaz, una grieta en la armadura. Se acercó mientras ella parloteaba sobre su ciudad natal, sobre el aire distinto, sobre los colores que recordaba. Lizet abrochaba el vestido, Annabella se sentó en el tocador y comenzó a ponerse un collar.

Thomas se acuclilló frente a ella. Cruzó los brazos sobre las piernas de su esposa, tan cerca que el calor de su cuerpo se sintió como una confesión. Arqueó una ceja, irónico, esperando a que callara.

Annabella se quedó muda de golpe; el deseo reprimido se le alzó como un rubor. Sintió el impulso absurdo de tocarle el cabello, de llevarle la mano a la mandíbula, de hacerlo mirarla sin burla.

—Lo siento —cerró la boca en una línea apretada—. Creo que… solo me emocioné.

—Ya lo veo —asintió él.

—¡Hijo, Dios mío! —se quejó Marie desde fuera—. ¡Si tardáis más, perderán su barco!

Thomas se puso de pie y esperó a que Annabella hiciera lo mismo. Era el comienzo de un viaje largo, con una intención que no se decía en voz alta: regresar como una pareja consumada. Annabella albergaba esperanzas de divertirse, incluso si Thomas se mantenía apático; una esperanza infantil, quizá, pero era lo único que le quedaba que no fuese obediencia.

La joven no podía más que entusiasmarse por la partida. Aunque viajaba innumerables veces entre Rusia e Inglaterra, solía hacerlo por el mar que sus suegros elegirían, evitando trayectos terrestres largos. Le entristecía pensar que jamás había visitado lugares interesantes de verdad. Algunas veces pasaba vacaciones con Katherine en Francia, pero no conocía París; había visitado Irlanda con los Donavan y Alemania con los Kügler… pero nada parecido a lo que recorrería ahora. Tenía la sensación de que sería un viaje entretenido, de esos que se guardan para siempre en el pecho.

—¿A dónde llegaremos primero, Thomas? —preguntó en medio del mutismo que se instaló en la carroza.

—¿No sabes a dónde vamos a viajar? —la miró ceñudo.

—Nadie me lo ha dicho —jugueteó con el anillo que reposaba siempre en su mano. Thomas puso especial atención en ese gesto, como si el metal le recordara su propia cárcel.

—Llegaremos a Francia. Visitaremos Italia y estaremos unos días en el Imperio austrohúngaro… Terminaremos en el Imperio ruso.

—¿Ya has visitado antes los lugares en los que estaremos?

—Todos —dijo llanamente.

—¿Todos? —se impresionó ella—. Has viajado mucho…

—Sí.

—¿Cuál fue tu viaje favorito?

Thomas la miró cansino, no deseaba hablar, pero Annabella, decidida, insistía como una vela en pleno viento.

—Todos tienen algo especial.

—Entonces…

—Annabella, ¿no te sientes cansada? —levantó una ceja—. Aún es temprano, te recomiendo descansar.

Con esa pregunta, ella entendió: no quería hablar con ella. Sintió el golpe en un lugar que no era orgullo, sino esperanza.

—Sí. Estoy cansada —afirmó, cruzándose de brazos.

Thomas cerró los ojos un instante, como si hubiera dicho más de lo que quería; luego se inclinó hacia ella y tomó una de sus manos,

llevándosela a la boca para depositar un beso suave en el dorso. Fue un gesto delicado y breve… pero a Annabella le erizó la piel.

La mirada verde se encontró con la azul y ella suspiró, cansada.

—No te entiendo —confesó—. Un día puedes hablarme con total normalidad, y al siguiente buscas herirme… ¿puedo preguntar qué te he hecho para que me odies de esa manera?

—No te odio —respondió rápido. La opresión en el pecho le delató.

—Te di la oportunidad —lo miró fijo—. Ese día, cuando bailábamos, te dije que aún tenías un día para arrepentirte. Y no lo aceptaste.

—No estaba dentro de mis posibilidades negarme.

Annabella negó con una sonrisilla sarcástica y fijó la vista en los árboles que pasaban.

—Soy muy ingenua, infantil, inmadura… —lo miró—. Tonta.

Thomas intentó interrumpirla, pero ella levantó una mano.

—Incluso "tonta" se queda corto para mí, porque, a pesar de todo lo que haces… yo…

Se quebró. Cerró la boca y apretó los dientes con esmero. Thomas la miró expectante, esperando el final, pero Annabella no lo dijo, no le dio el gusto de oírlo, no le regaló esa confesión como una daga para que él la usara después.

Solo dejó salir el aire y asintió varias veces, tomando control. Luego se recostó sobre el asiento, bajo la atenta mirada de su marido.

—Annabella —la llamó.

—Al final sí tengo sueño —murmuró, con los ojos cerrados—. Demos gracias a Dios por eso.

Thomas se quedó mirando aquel rostro bello, recostado a una distancia de mano. Le hacía daño, lo sabía. Todo el tiempo la lastimaba. Por eso se alejaba cuando sentía que no podría contener el enojo. Ella era el recordatorio continuo de su rencor… y, al mismo tiempo, de algo más difícil de nombrar.

No sabía qué sentía por esa joven. No deseaba herirla. Pero era temperamental y no lograba contenerse con facilidad.

La miró dormir durante horas.

En algún punto, sin querer, le acarició el cabello brillante, luego la mejilla, suave como la seda y retiró la mano con la misma rapidez con la que un hombre se aparta del fuego.

Después de varias paradas para comer y descansar, los Hamilton llegaron a Dover con una hora de ventaja. No la desperdiciaron: se dedicaron a mover baúles para cargarlos al barco que esa noche transportaría a otros tantos que podían costear el viaje.

—No lo puedo creer —sonrió Annabella.

El enorme barco de velas altas, faroles encendidos, ventanillas iluminadas como ojos dorados los esperaba. El aire olía a sal, madera húmeda, carbón y perfumes caros; las voces se mezclaban con el graznido de las aves y el golpe de las olas contra el muelle.

—Es maravilloso, ¿verdad? —se acercó Humberto. Annabella respondió con un leve cabeceo, demasiado admirada para pensar en frases—. ¿Debo entender que nunca has viajado en el *Golden Hind*?

—No —negó ella con una sonrisa—. Es un barco inglés, y no permiten que viajen extranjeros.

—Pero tu madre es inglesa —observó Humberto.

—Pero yo indiscutiblemente soy rusa —se encogió de hombros—. No importa; aprecio la oportunidad de viajar en este barco.

—El placer es todo nuestro de que nos acompañes —dijo él.

Y entonces, con una confianza demasiado íntima, acomodó un mechón de cabello tras la oreja de Annabella. El contacto fue leve, casi paternal… pero la intención no se sintió inocente. Annabella sostuvo la sonrisa por educación, mientras por dentro se le endurecía algo.

—Lo siento —añadió Humberto, como quien se disculpa por un pecado delicioso—. No he podido evitarlo. Lo hago todo el tiempo con mi esposa e hija; no dudes que en ocasiones lo haré contigo.

Annabella sintió esa frase como una amenaza envuelta en terciopelo: *no dudes*, *lo haré*. Un permiso que no pedía permiso.

—No… —sonrió ella, esta vez con honestidad medida—. Está bien. Me siento halagada de que me considere de su familia.

Humberto asintió, complacido, y se colocó frente a ella.

—Sabes que cualquier imprudencia de mi hijo puedes decírmela —comenzó, con esa sonrisa perfecta, alzando un puño como si hablara de disciplina—. No me gusta que los míos… se desordenen.

—Lo tomará en cuenta —se introdujo Thomas, tomando la cintura de su esposa y pegándola a su cuerpo.

El gesto fue posesivo. Protector, sí. Pero también era una marca, una forma de decir: *es mía*. Annabella, sin querer, apoyó una mano en el pecho de Thomas; sintió la dureza bajo la tela, el latido firme. Le recorrió un calor vergonzoso.

Humberto miró ese contacto con una sombra de cólera… y algo más, algo que se castigó de inmediato en la mandíbula apretada.

—Con permiso, preciosa —se inclinó ante Annabella y se apartó, seguramente en busca de Marie.

Thomas siguió a su padre con los ojos y luego volvió a su esposa.

—¿Qué quería?

—Solo me preguntaba algo. Nada de importancia.

—No te acerques a él —ordenó Thomas, grave.

—Hablas como si fuera tu peor enemigo… Thomas, es tu padre.

—He dicho que no te acerques a él. No quiero que estén a solas jamás —dictaminó con un tono que no admitía réplica.

—¿Por qué? —dudó ella, desconcertada por la seriedad.

—Maldita sea, Annabella, porque yo lo digo —se exasperó Thomas, presionando su espalda alta para incitarla a caminar hacia la rampa, ya llena de personas aristocráticas.

Cuando los pasajeros estuvieron a bordo, un caballero de impecable negro y sombrero elegante —típico de capitanes de navíos reales— apareció en la parte alta del barco. Dado que aquel era un navío de transporte nobiliario, era normal que el capitán fuera un hombre reconocido ante los ojos del rey y la corte.

Annabella caminaba entre saludos y perfumes, guiada por la mano de Thomas, instalada casi permanentemente en su cintura como un juramento silencioso.

—Thomas Hamilton y su esposa… algo digno de ver.

La voz petulante de un desconocido llegó a los oídos de Annabella. Al darse vuelta, vio a un hombrecillo simpático, de ropas rimbombantes, más dramaturgo que noble.

—Lord Clavidish —murmuró Thomas con fastidio, como si el nombre le supiera a medicina amarga.

—Siempre pensé que tenías suerte con las mujeres —dijo el hombre, tomando la mano de Annabella sin su consentimiento—. Pero esta vez te has superado a ti mismo.

Annabella sintió el beso en el dorso como una intromisión. Buscó la mirada de Thomas… y se encontró con un brillo frío.

—Unas palabras muy amistosas viniendo de tu boca —respondió Thomas, ampuloso—. Dime qué quieres.

—¡Vaya desconfiado amigo tengo! —rio Lord Clavidish.

—¿Puedes ir al punto? Mi esposa está esperando —lo apremió.

—Bien desesperado —hizo un mohín—. Pero preferiría que tu dulce rosa no escuchara una plática que seguro la aburriría… o alteraría.

Annabella miró a Thomas, suplicándole en silencio que no la dejara. No era una fiesta de Londres donde su apellido fuera un salvavidas: aquí, en ese barco, había demasiados rostros desconocidos. Y no veía por ningún lado a los padres de Thomas.

—Estaré contigo en un minuto —aseguró Thomas.

—No, Thomas —lo tomó del brazo con nerviosismo—. No conozco a nadie. ¿Qué debo hacer?

—Mie looouurd —canturreó el enano insoportable.

—Cinco minutos —decretó Thomas, besando rápido los labios de Annabella al separarse.

El beso, breve, se le clavó a ella en el cuerpo como una chispa. Lo odiaba y lo deseaba con la misma intensidad: esa normalidad fingida que él solo le ofrecía en público.

—¡No! —intentó tomarlo de la mano, pero Thomas se escurrió entre la gente—. ¡Ah!

Annabella se cruzó de brazos, molesta. Se quedó parada en medio de miradas que parecían atravesarla: algunas eran simple curiosidad; otras… le dejaron la sensación de que la reconocían, de que la medían.

Sin opción, comenzó a curiosear por sí misma. Siempre le había fascinado navegar. El mar ondulante le provocaba mareos a veces, sí, pero lo compensaba con belleza. Le habría encantado tener un lienzo y pinturas para inmortalizar el momento. Desde que se casó, muchos de sus placeres de Bermont parecían haber quedado atrás. Por alguna razón, no se sentía capaz de pedirle a Thomas algo tan simple como pinturas; se apañaba con lo que tenía, como si pedir fuera un delito.

No se dio cuenta hasta chocar con la borda de madera que atravesaba el barco. La atrajo la luz de la luna, más esplendorosa cerca del mar, como si el cielo se hubiera inclinado.

—Gracias por estar aquí… —comenzó a decir el capitán a lo lejos.

Annabella no se esforzó en escuchar el discurso. Alcanzó a captar "honor", "gloria" y "protección de Dios". Pero el resto se le escapó entre la brisa y su propio pensamiento.

—Una bella luna, ¿no, Lady Hamilton?

Annabella volteó rápido. Se tensó. No conocía a nadie en ese barco, pero parecía que la conocían a ella. Dio un paso atrás para marcar distancia e inclinó la cabeza a modo de saludo.

Miró alrededor. Estaban solos en la cubierta.

Cerró los ojos, pesada. Otra vez: dejada a la deriva.

—Lord Barcuad.

—Me parece extraño que cada vez que nos encontramos… tú estás en una mala situación —dijo él, recostando la espalda en la baranda.

—¿Mala situación? —levantó una ceja—. La ocasión anterior solo caminaba por mi casa. ¿Eso es motivo suficiente para atacarme de esa forma, intentando besarme?

—Oh, mi querida Lady Hamilton… —caminó alrededor de ella, recorriéndola con la mirada como si la desvistiera sin tocarla—. Aquella vez las copas se me subieron a la cabeza, y tu belleza… no solo me atraía para robarte un beso. Tenía intenciones más allá.

—¿Disculpe? —Annabella frunció el ceño, confundida.

La diversión en la voz de Barcuad la incomodó.

—Espera… —se rio, claramente entretenido—. "Lady Hamilton"… tú sabes qué hay después de los besos, ¿cierto?

La mirada de aquel hombre, entre divertida y burlona, le otorgaba a Annabella la presión de fingir que sabía y su ignorancia era un secreto que Thomas guardaba como una bomba.

—No son temas que uno deba hablar en voz alta, señor —se cruzó de brazos, tensando la espalda—. Y me parece insultante que los saque a la luz con tanta normalidad.

—¿Conservas tu pudor, Lady Hamilton? —se acercó.

Annabella retrocedió hasta chocar con la madera de la baranda.

—¡Por supuesto!

—Qué raro —se tocó la barba—. Considerando que estás casada.

—Así es, pero no con usted. No tengo por qué hablar de nada que me incomode solo por complacerle.

—¡Yo te enseñaré la forma de complacerme! —sonrió con cinismo, y en la voz se le coló frustración—. Por tu culpa, preciosa, mi conexión con uno de los nobles más importantes y ricos de Inglaterra se ha perdido por completo.

—La culpa no fue mía —lo miró con desagrado—. No fui yo quien cometió un error en casa ajena.

—Pero fue un error pasearte por la casa únicamente con aquel… sedante camisón. Era obvio que tentarías a más de un hombre.

Annabella sintió un asco frío. Enderezó la barbilla.

—Esta conversación no tiene sentido.

Se zafó de su proximidad asfixiante e intentó dirigirse al interior.

—Buenas noches, Lord Barcuad.

Tomó su vestido y se alejó con paso altivo. Pero el hombre dio dos zancadas largas y la alcanzó, posando una mano ruda sobre su hombro para girarla.

—No te has disculpado aún, preciosa.

—No me disculparé —le gritó, esperando que alguien escuchara.

—Y lo harás como debe ser —dijo, sonriendo, altivo—. De rodillas.

—¡Suélteme! —exigió Annabella.

Barcuad comenzó a ejercer fuerza en sus hombros, tratando de doblegarla sobre el suelo de la cubierta.

—Lord Barcuad —dijo una voz tranquila desde la oscuridad—. Me gustaría saber cómo cree que resultarían las cosas después de que hubiera hecho que esa mujer se arrodillara.

Lentamente, Thomas salió a la luz, sostenía una copa de vino en la mano derecha y caminaba hacia ellos como si nada sucediera: sin prisa, sin enojo evidente, con esa calma peligrosa que Annabella ya había aprendido a temer. Alex Barcuad levantó las manos al ver al conde, liberando a la muchacha, Annabella corrió a esconderse detrás de su marido, sintiendo el cuerpo de Thomas como un muro.

Thomas inclinó apenas la cabeza para verla.

—¿Estás bien?

—Sí —tardó un poco en contestar. El alivio le tembló en la voz.

Thomas asintió despacio y volvió la vista al supuesto caballero.

No pudo ocultar una sonrisa burlesca al verlo retroceder. Barcuad tembló, como si la noche anterior se le hubiera quedado en los huesos.

—Me agradaría saber qué problema tiene con mi esposa —dijo Thomas, con calma, bebiendo un sorbo de vino—. Ciertamente comienzas a molestarme. Sin mencionar las explicaciones que tuvimos que dar por cuenta del cardenal que le dejaste.

—¡Por su culpa mi reputación en la Cámara de los Lores está arruinada! —se alzó Barcuad—. ¡Mi carrera política…!

—Está acabada —Thomas se encogió de hombros—. Supongo que era a lo máximo que un hombre como tú podía aspirar.

—Bastardo.

—Lord Barcuad —dijo Thomas, estoico—, espero que encuentre algo que hacer con su vida y me alegra ver que su nariz está mejor.

Observó la nariz torcida del hombre y la burla fue un cuchillo.

—Si se acerca a ella de nuevo, tendrá que afrontar algo mucho peor que un tabique desviado.

Thomas comenzó a caminar, esperando que su esposa lo siguiera. Annabella obedeció de inmediato, no pensaba quedarse un segundo más expuesta; aún recordaba el dolor de su mejilla y no deseaba repetirlo. Se alejaron lo suficiente antes de hablar. Thomas la acercó a él, pasando una mano alrededor de su espalda para guiarla por las

escaleras hacia la parte inferior del barco. El contacto fue firme, protector… y también posesivo. Annabella sintió ese nudo conocido: la seguridad y el deseo atados en la misma cuerda.

—¿Qué te dijo? —preguntó Thomas.

—Nada. Es patético, en realidad —respondió ella, aún aturdida—. Mencionaba continuamente que era mi culpa, que arruiné su amistad contigo… y algo de que deseaba más que besos. No entendí nada.

Thomas se detuvo antes de entrar al salón del banquete.

—¿Y tú qué le dijiste? —preguntó, mirándola fijo.

—Que no era mi culpa —lo miró, extrañada.

—No. Sobre… —Thomas apretó la mandíbula. Maldijo por dentro la ingenuidad de su esposa, aunque hasta entonces había sido una ventaja. Comenzaba a ver el lado peligroso: si alguien se enteraba de que él todavía no la hacía su mujer, habría controversia. Y en esa controversia, ambos salían heridos.

—¿Thomas? —lo llamó, al notar que se sumió en pensamientos.

—Acerca de los besos —dijo con el rostro duro—. ¿Qué respondiste?

—Q-que eran temas personales —contestó, turbada.

Thomas asintió, conforme. Abrió él mismo la puerta que los separaba del banquete, dándole paso a su esposa.

—Entra.

Annabella lo hizo, pero notó el cambio en el aire: ya no era solo miedo por Barcuad, era otra cosa, la sensación de que, fuera de Inglaterra, las miradas se volvían más osadas, las lenguas más imprudentes. Las cosas comenzaban a complicarse. En Londres, pocos se atreverían a discernir los asuntos esenciales de su matrimonio por temor. Aquí, en cambio, lejos del peso directo del apellido Hamilton en su propio territorio, todo podía pasar.

Sobre todo, porque Thomas era conocido en los lugares que visitarían y si Annabella cometía un error —o alguien cometía una indiscreción—, todo podía venirse abajo.

Capítulo 15

Thomas despertó temprano, si no calculaba mal, llegarían a Calais —el puerto más cercano de Inglaterra a Francia— alrededor de las nueve. El barco avanzaba con un vaivén contenido, como un animal enorme respirando bajo las tablas; afuera, el aire olía a sal, carbón húmedo y barniz reciente, y en los pasillos se colaba el rumor discreto de botas, murmullos y vajilla tintineando.

Miró a su lado.

Annabella dormía plácidamente, con la inocencia peligrosa de quien no se sabe dueña de su propio cuerpo cuando duerme. Le tenía el brazo atrapado como prisionero entre una de sus manos; la mejilla descansaba apenas contra la piel tibia de su antebrazo, como si aquel contacto le diera paz. Con la otra mano, lo obligaba a mantener los dedos entrelazados con los de ella.

Era una cercanía estudiada sin intención: lo bastante próxima para sentirse a salvo; lo bastante prudente para no "ofenderlo". Thomas lo supo de inmediato: esa posición no la habría elegido despierta. Annabella jamás se acercaba si no era él quien daba el primer paso… o quien la llamaba.

—Annabella… —susurró, y su voz pareció perderse en la penumbra.

Con la mano libre le acarició el cabello, largo y ondulado, aún suelto. Lo hizo despacio, como quien se permite un gesto que luego va a negar. Sus dedos rozaron los mechones con una ternura involuntaria que le molestó a sí mismo; y aun así, lo repitió.

—Necesito salir.

Lo dijo con una suavidad casi divertida, pero Annabella, en lugar de aflojar el agarre, apretó un poco más. Sus pestañas no se movieron; solo cambió la presión, como si su cuerpo entendiera lo que su sueño no quería conceder.

—Anna… —insistió, ahora con una sonrisa breve.

La joven, como si la molestaran, lo soltó de golpe y se dio vuelta, dándole la espalda. Suspiró con alivio, buscó la almohada y volvió a hundirse en el sueño sin remordimiento.

Thomas sonrió. Una sonrisa mínima, casi un delito.

Se inclinó y besó su frente: un roce ligero, más un impulso que una decisión. Luego se puso una bata sobre su cuerpo —fuerte, tenso, demasiado despierto— y salió hacia la cubierta principal, donde el viento golpeaba con crudeza y el horizonte comenzaba a aclararse. Allí, el mar parecía de plomo pálido. Las gaviotas cortaban el aire como cuchillas, y a lo lejos el perfil de la costa se insinuaba, todavía tímido.

—Veo que aún piensas igual que yo, hijo.

Thomas ni siquiera necesitó girarse para reconocer la voz. El marqués de Sutherland le dio un apretón "cariñoso" en el hombro. Ese tipo de cariño que siempre llevaba algo escondido.

—Espero que sea una broma —respondió Thomas, seco, y se movió apenas para sacudirse aquella mano.

—Has venido a hacer lo que te enseñé desde niño —dijo Humberto, cruzándose de brazos y colocándose a su lado.

—Es más una costumbre —lo contradijo Thomas sin mirarlo.

—La cual yo te enseñé —le recordó con la paciencia venenosa de quien disfruta repetir su autoría sobre cada cosa.

Thomas dejó caer la cabeza con pesadez y lo encaró.

—¿Qué quieres? —dijo, directo—. No creo que hayas venido solo a recordarme lo que me enseñaste o lo que crees que me enseñaste.

—No —aceptó Humberto—, pero nunca está de más recordarte que eres lo que eres gracias a mí.

La frase quedó flotando, pulida, perfecta; una amenaza envuelta en orgullo. Thomas soltó una risa breve, sin alegría.

—Y por esa razón los apodos que me ponen son tan certeros —se burló—. Fui educado por un canalla… y en eso me convertiste.

—Puedo decir que me has superado —repuso Humberto, como si fuera un mérito que necesitara alabanza.

—Basta de esta plática —cortó Thomas—. Dime qué quieres.

Humberto miró al horizonte, como si fuera un hombre curioso. Thomas conocía ese truco: lo hacía para obligar al otro a esperar.

—Vengo a ver cómo están mis dos hijos —dijo al fin—. Hablo de ti y de Annabella, por supuesto.

—¿Y qué más podrías pensar? —escupió Thomas con sarcasmo que buscaba repeler su intromisión—. Está bien.

—No… no está bien —negó y su tono fue casi divertido—. Nunca pensé que mi hijo pudiera ser incapaz de consumar un matrimonio.

Dejó que la palabra *consumar* se deslizara como una navaja.

—Digo… has "consumado" muchas otras veces, según tu reputación —añadió, alzando una ceja—. Espero que no sean solo habladurías. Odiaría descubrir que mi hijo es un idiota impotente.

A Thomas se le endureció la mandíbula.

La brisa no bastó para enfriar el golpe.

—No me importa lo que digas —dijo con una ira controlada—. Yo decido cuándo y cómo tomo a una mujer. Tal vez la impusiste en mi vida, pero no lograrás que me acueste con ella si no me place.

Humberto dio unos pasos, alejándose teatralmente. El suspenso era una costumbre en él; le gustaba oír la sangre ajena.

—¿Seguro? —preguntó, sin volverse.

Se giró despacio, y los ojos canosos le brillaron con una satisfacción que Thomas odiaba.

—Tu madre se encuentra complacida hasta ahora… —musitó Humberto, sardónico, como si hablara de algo que pudiera estropearse—. Espero que continúe así por más tiempo.

Thomas lo agarró de las solapas con brusquedad.

—Bastardo.

Humberto le apartó las manos con facilidad, casi con desprecio.

—Contrólate, hijo mío —dijo, ajustándose el abrigo como si Thomas hubiera sido polvo—. Necesitas un heredero. Y supongo que tú sí sabes cómo se logra eso.

Thomas cerró los ojos, contando en silencio, intentando no estrellarle el puño en la cara. Le era difícil, sobre todo por aquella mirada… no era solo burla: era lástima, una lástima fabricada para humillarlo. Humberto se frotó las manos, como quien habla de clima.

—Por eso te dije que un hombre de verdad no debe tener debilidades. Y tú tienes tantas… —sonrió apenas—. Aunque, francamente, has sabido disimularlas con una habilidad magistral.

—Eso significa ser humano —gruñó Thomas—. Y, por lo menos, yo no vivo perdido en los recuerdos de algo que no pasó.

Por un instante, los ojos de Humberto llamearon.

Ahí. Thomas había tocado el punto exacto.

Humberto respiró hondo, recuperando el control con la misma elegancia con la que lo perdía.

—Estoy orgulloso de ti por esa contestación —dijo, suave—. Pero vuélvela a repetir… y ya sabes lo que pasará.

Se acercó lo suficiente para que su voz fuera un hilo privado.

—Tardé mucho en encontrar tu punto débil; fue difícil, he de admitirlo. Ahora lo tengo y no puedes hacer nada para detenerme.

Thomas apretó los puños.

—Estás demente.

—Si cuando lleguen a Rusia aún no tienes un heredero —continuó Humberto, impecable—, todo comenzará de nuevo como lo recuerdas.

Y se fue.

Thomas lo vio perderse escaleras abajo, rumbo a las recámaras. Se quedó inmóvil un segundo, con el aire clavado en el pecho. Luego empezó a caminar de un lado a otro, intentando calmarse. La cubierta se fue llenando de gente: risas matutinas, abanicos, el murmullo de la alta sociedad despertando con hambre y con curiosidad.

Thomas bajó, obligado a ponerse ropa adecuada. No podía andar con bata y pantalón de pijama. Aunque varias mujeres —y no solo mujeres— habrían agradecido que no lo hiciera.

Entró a su habitación de un portazo.

Annabella despertó sobresaltada, el golpe de la puerta sacudió el camarote como si el mar hubiera embestido la madera. Thomas, buscando dónde dejar su furia, cerró la mano en puño y golpeó con todas sus fuerzas el muro, el estruendo retumbó.

—¡Thomas! ¿Qué haces? —Annabella se puso de pie, pálida.

—¡Nada! ¡Déjame tranquilo! —escupió él, alejándose.

Annabella no se interpuso, no se atrevía.

El miedo le trepó por la garganta.

Thomas paseó como fiera encerrada.

—Todo esto… —susurró, con una risa amarga—. Todo esto es gracias a tu maldita familia.

—¿Qué…? —Anna retrocedió al comprender que le hablaba a ella.

—¡No lo puedo creer! ¿Yo, obligado a algo? —Thomas se rio, pero sonó más a mordida que a risa—. En toda mi vida, nunca he tenido que hacer algo si no quería.

Annabella estaba más asustada que aquella noche con Lord Barcuad. Su esposo se volvió irreconocible: los ojos encendidos, la respiración dura, la voz cortante como metal.

Como un tic nervioso, la joven comenzó a girar la argolla de su dedo: el anillo en forma de rosa, símbolo de compromiso. Ese gesto delataba su terror con una honestidad que ella no podía esconder.

Thomas lo vio… y sonrió con cinismo. Se acercó. Annabella retrocedió instintivamente hasta que la pared le tocó la espalda.

—¿Sabes algo, "esposa"? —dijo él, con una burla cruel—. Jamás quise casarme contigo. Siempre las odié a todas.

Annabella tragó saliva.

Su cuerpo, traidor, se tensó como si esperara un golpe.

—¿Crees que sería capaz de regalarte algo? —Thomas se inclinó apenas, como si contara un secreto—. Ese anillo que portas ni siquiera lo había visto hasta el día en que me lo agradeciste.

Rio.

—Imagínate mi sorpresa. Aparentemente mi vida se resolvía sola: no tenía ni que pedir a una mujer, me la regalaban. No me preocupaba por un anillo porque te lo facilitaban… y yo, disfrutando de Brighton o cualquier lugar que me pusiera lejos de ti.

Las lágrimas le corrieron a Annabella sin permiso, calientes y silenciosas. No emitió sonido: se mordía los labios con fuerza para no quebrarse en voz alta. Su mente buscaba desesperada una razón, una grieta, algo que explicara por qué se desquitaba con ella.

No encontró nada y entonces, casi como si estuviera fuera de su cuerpo, sintió su brazo elevarse… y luego un dolor extraño en la palma.

Lo había golpeado.

La bofetada fue un chasquido seco.

Thomas se quedó quieto.

Ese golpe lo regresó, como si le hubiera devuelto el aire, enfocó a Annabella de verdad. La vio como nunca: contra la pared, llorando sin voz, temblando, y aun así… plantada.

—Annabella… —dio un paso hacia ella, arrepentimiento en la mueca—. Annabella, escucha…

Annabella negó repetidas veces, pegada a la pared, la dignidad le ardía en el pecho. Thomas intentó acercarse otra vez, pero Annabella lo empujó con toda la fuerza que pudo y salió corriendo. No pensó. Abrió una puerta cualquiera y se metió en una recámara.

Marie alzó la vista de su bordado, sus ojos se agrandaron al ver a su nuera entrar deshecha, Annabella corrió hacia ella y la abrazó.

En el poco tiempo que llevaban juntas, Annabella le había tomado un cariño inesperado; eran parecidas en ese modo de cuidar con las manos antes que con las palabras.

—¿Qué sucede? —Marie le acarició el cabello con instinto maternal—. ¿Qué pasó?

—No me quiere —sollozó Annabella—. Me lo ha dicho. Me odia.

En ese momento, Thomas abrió la puerta.

Se quedó clavado al ver la imagen: su madre y su esposa abrazadas; Annabella llorando desconsolada.

—Sal de aquí, Thomas —ordenó Marie, severa—. Ve con tu padre.

La mirada de Marie llevaba una instrucción adicional, silenciosa: *mantén a ese hombre lejos de esta puerta.*

Thomas contrajo el rostro en una mueca de arrepentimiento. Marie lo vio. Asintió apenas: *entiendo.*

Thomas cerró la puerta.

Marie levantó el rostro de Annabella con delicadeza.

—Bien, mi niña. Dime. ¿Qué pasa?

Annabella se limpió las lágrimas, respiró como pudo y miró a Marie con incredulidad: ¿cómo podía ser tan dulce la madre de un hombre tan capaz de lastimar?

—Él… no sé. Llegó de algún lugar muy molesto —relató, tropezando con sus propias frases—. Al principio solo gritaba cosas que no comprendía y luego… me dijo todo.

—¿Cómo que todo? —preguntó Marie, alerta.

—Que él no me dio este anillo. Que no quería casarse conmigo. Que durante el noviazgo se mantuvo lejos porque no deseaba verme… —se limpió de nuevo—. ¿Por qué? ¿Qué hice mal?

—Nada, cielo —Marie le tomó la cara—. Escucha: Thomas es un atrabancado. Solo estaba molesto…

—¿Por qué siempre reacciona contra mí? —interrumpió Annabella, con la voz quebrada—. Como si yo fuera culpable de su sufrimiento.

—Annabella, mi niña —Marie habló con ternura firme—. ¿Lo amas?

Annabella abrió los ojos.

Bajó la mirada al piso, como si allí estuviera la respuesta.

Sí.

Lo supo sin discusión: esa era la razón del dolor. No era solo el grito. No era solo la rabia. Era que sus miedos se habían vuelto verdad al escucharlo de sus labios.

—Sí —respondió segura—. Pero no importa.

—Sí importa —Marie le tomó las manos—. No sé ni siquiera por qué lo haces, pero sé que él también siente algo por ti. Estoy segura.

—No. Dijo que fue obligado.

—Eso es lo que causa el enojo… —Marie calló lo que no podía decirle todavía—. No está acostumbrado a ser ordenado por nadie. Ha vivido bajo sus normas. Está herido de tantas formas que acabaría la semana y no terminaría de contártelas.

—¿Herido?

—Annabella, sé que te parecerá egoísta, pero creo que eres su salvación. Si quieres amarlo y deseas que él lo haga también, debes saber que te estás enfrentando a una pared enorme. Thomas no sabe demostrar cariño… y tampoco sabe recibirlo.

—¿Qué debo hacer? —preguntó Annabella, suplicante.

Marie la observó, seria.

—Primero: ¿deseas seguir con él? Ya sabes lo que puedes afrontar, lo mal que la puedes pasar, el dolor que puedes sentir… A pesar de eso, ¿quieres estar a su lado?

Annabella dudó apenas. En realidad, "abandonar" no era una opción limpia para una mujer. Pero Marie la comprendió incluso antes de que ella respondiera con esa idea.

—No me refiero a físicamente, Annabella —dijo Marie, adivinando el camino de su mente—. Está claro que no tenemos voto contra ellos. Incluso aunque no quieras seguir a su lado, vivirás con él. Thomas podría pedir a las autoridades que te regresen a su casa… a la fuerza. Tú y yo lo sabemos. Marie apretó sus manos, como si le diera una cuerda para sostenerse.

—Pero hay más de una forma de tener distancia. Lo que quiero saber es si deseas que en tu matrimonio exista el amor.

—Sí —respondió Annabella sin dudar—. Quiero que me ame.

Marie asintió lentamente.

—Entonces tendrás que trabajar muy duro. Thomas creció siendo cercano únicamente a su padre, que es un hombre reacio, que piensa que las mujeres solo sirven para intercambios benéficos. Lo primero que debes hacer es quitarle ese prejuicio. Muéstrale que

una mujer no es débil, ni tonta, ni una criatura que llora todo el tiempo esperando ansiosa al marido.

—Entonces… ¿qué debo hacer?

—Mi niña, sigue siendo el alma buena que eres, pero no te dejes intimidar. Y sigue amándolo. Aprende a querer todas y cada una de sus facetas, incluso las más oscuras.

Annabella se sorprendió, sobre todo porque Marie no le pedía que cambiara su esencia. Incluso, en ese mismo episodio, cuando Annabella lo había golpeado, Thomas había corrido hacia ella… no para castigarla, sino para decir algo que ella no le permitió.

Annabella respiró hondo.

—Lady Marie… ¿puede tomar esto?

Se sacó el anillo y lo colocó en la mano abierta de Marie.

—Pero…

—No es mío —dijo Annabella con seriedad—. Fue entregado a mí en una mentira… y no lo quiero.

Marie cerró el puño con el anillo adentro.

—Muy bien. Lo guardaré.

—O puede tirarlo al mar —Annabella se encogió de hombros—. En verdad no importa.

Annabella se puso de pie y salió de la habitación.

—No sé por qué Dios te ha puesto en su camino —murmuró Marie cuando quedó sola—, pero doy gracias por ello.

Annabella pudo por fin volver al camarote asignado para el viaje hacia Francia. Era bonito, aunque no tan amplio como a lo que estaban acostumbrados: una cama matrimonial, un lavabo, un tocador y dos sillas enfrentadas a una mesita.

—Mi señora —saludó Lizet, que la buscaba desde hacía horas—. El señor me ha dicho que se apresure. Pronto atracaremos en Calais.

—Bien. Tráeme el vestido perla con estampados de flores. Un sombrero también. Quiero perlas y guantes de seda —ordenó Annabella con seguridad, rápida, sin sonrisa.

Lizet se sorprendió por el cambio: su ama tenía una firmeza nueva, una quietud distinta. Comprendió —sin que nadie se lo dijera — que había ocurrido una discusión, y decidió no hablar. Solo obedecer.

Mientras terminaba de colocar el sombrero sobre el peinado, Lizet notó el detalle que le hizo llevarse una mano al pecho: el dedo de Annabella estaba desnudo de su anillo de compromiso. Solo llevaba la argolla del matrimonio, delgada y elegante, haciendo par con la que Lord Hamilton siempre portaba.

—¡Oh, cielo santo, mi señora! —se exaltó— ¡Su anillo!

—¿Qué…? —Annabella olvidó por un momento que se lo había quitado. La exclamación la alteró.

En ese instante entró Thomas. La doncella estaba agachada, pegando la mejilla al piso, buscando algo en el tapete.

—¿Qué haces, Lizet? —preguntó Annabella, sin percatarse de inmediato de la presencia de su esposo.

—Lo voy a encontrar. Soy muy buena para esto —afirmó Lizet.

—¿Encontrar qué, por el amor de Dios? —insistió Annabella, inclinándose junto a ella.

—¡Su anillo!

Annabella miró su mano. La llevó al pecho. Tocó la argolla de matrimonio con la otra mano, como comprobando que al menos una cosa seguía en su lugar.

Thomas siguió la mirada de Lizet… y entendió. Su rostro cambió apenas, pero cambió.

—Tranquilízate, Lizet —dijo Annabella con una dulzura que no tenía alegría—. Yo me lo he sacado.

—¿Qué? ¿Pero… por qué? —Lizet se incorporó y, al hacerlo, vio a su amo detrás de Annabella. Se puso de pie de golpe y le hizo una reverencia—. Mi señor…

Thomas alzó una mano para detener el protocolo y miró a Annabella, que seguía en el suelo, sin voltearlo a ver aunque sabía perfectamente que él estaba ahí.

—Gracias, Lizet. Por favor, retírate —ordenó Thomas.

Lizet salió.

Annabella permaneció congelada. Oyó las pisadas de Thomas acercándose. Mantuvo la vista en el tapiz del camarote —una obra fea, cargada de colores sin gracia— como si pudiera esconderse en esa fealdad. Thomas se interpuso, tapándole la vista del tapiz, ahora Annabella solo tenía enfrente las piernas de su esposo enfundadas en pantalón de vestir.

Thomas se acuclilló, buscando sus ojos. Annabella bajó la mirada y jugueteó con sus dedos; sin el anillo de rosa, giró la argolla matrimonial con un gesto mínimo, terco.

Thomas alargó la mano hacia ella en silencio, ofreciéndole ayuda.

Annabella se puso de pie por su cuenta, apoyándose en el banquito del tocador. Sus faldas y la crinolina le dificultaron el movimiento. Thomas se levantó al mismo tiempo, comprendiendo que ella no aceptaría su mano.

—Estamos llegando, ¿Quieres despedirte de mi madre?

Annabella tomó los aretes del tocador y se los colocó, se aplicó un poco de perfume en el cuello: un gesto pequeño, casi un escudo. Luego lo encaró con seriedad.

Asintió.

—Entonces vamos. Que tu doncella termine de guardar tus cosas.

Annabella se adelantó al salir. Decidió que no le hablaría. Tal vez no era un castigo para él… pero era un límite para ella.

Thomas había dejado clara su postura. Ella tendría que ser una completa tonta para seguir amándolo. Y, sin embargo, su corazón, infame, seguía insistiendo. Annabella se repitió una verdad nueva: quizá no tenía derecho a una voz… pero sí a la dignidad.

El matrimonio Hamilton salió a cubierta. Allí se desataba un auténtico caos: mozos bajando baúles, despedidas entre besos y abanicos, y otros tantos pasajeros subiendo. En el aire se mezclaban el olor a cuerda mojada, humo de carbón y perfume caro.

Annabella se puso en puntas para ver sobre las cabezas, sonrió al encontrar a Marie sentada pacíficamente en una silla de jardín cerca de la proa. Corrió hacia ella, ignorando cuando Thomas le pidió que no se alejara. Abrazó a Marie con fuerza. Marie devolvió el gesto, sorprendida y cálida.

—Ten el mejor de los viajes —la bendijo—. Y suerte.

—Gracias —sonrió Annabella, apretando los labios para no llorar.

Thomas se acercó a su madre sin inclinarse demasiado, como si despedirse le costara. Entonces, una voz lo interrumpió con esa elegancia cruel que siempre parecía diversión.

—¿No deseas despedirte de tu madre, Thomas? —se burló Humberto—. No seas maleducado y hazlo.

Humberto alzó una ceja y abrió los brazos hacia Annabella, esperando un abrazo. Pero Annabella solo se mantuvo en los

márgenes de la cortesía. Recordó la orden de Thomas: no estar a solas con Humberto, no acercarse más de lo necesario.

Aun así, logró depositar un beso en la mejilla de su suegro.

Thomas apretó la mandíbula: vio la mano de su padre posarse en la cintura definida de Annabella, como si fuera un derecho. Annabella no lo percibió; Humberto sí, y miró a su hijo como si dijera *yo mando*.

Era una guerra.

Thomas buscó la mirada de su madre. Un intercambio furtivo, pleno de comprensión.

—Annabella —Thomas estiró el brazo, llamándola a su lado, apartándola de los brazos de Humberto.

—Que tengan un muy buen viaje —despidieron Marie y Humberto, con sonrisas y un ademan de manos.

Thomas condujo a su esposa hacia la carroza que los esperaba para iniciar su trayecto a París. No le entusiasmaba. Aunque el barco era lujoso, no se comparaba con una cama en tierra, y los viajes prolongados lo volvían insoportable. Habían tardado un día y una noche en llegar a Calais; ahora serían, por carretera, tres días por lo menos hasta París.

Sin embargo, existía una mejor opción.

Cuando el mozo ayudó a Annabella a subir y luego lo hizo él, Thomas asomó la cabeza por la ventanilla.

—La estación —indicó con ímpetu.

—Sí, señor.

Annabella lo miró extrañada. *¿Estación?* ¿No iban a París?

—Iremos en tren —respondió Thomas, leyendo sus preguntas sin que ella hablara—. Es más rápido, no soporto los viajes en carruaje.

—¿Tren? —Annabella rompió su silencio, vencida por la curiosidad.

—Sí. Las líneas de ferrocarril se están instalando en todas partes, y Francia no es la excepción. ¿Vas a decirme que no estuviste en la inauguración del primer ferrocarril de Inglaterra?

Annabella negó con rotundidad. Ninguno de sus primos había estado presente. Recordaba vagamente conversaciones sobre "ventajas del transporte" y "bienes", pero siempre prefirieron carrozas y barcos. Y ella, con sus miedos, también.

—Será tu primer viaje en uno —anunció Thomas con tranquilidad.

Annabella sintió un hilo de temor. Había visto la construcción de esas máquinas: hierro, vapor, ruido. Recordaba historias: hombres heridos, accidentes, rieles traicioneros.

—No pasará nada. He viajado en ellos miles de veces.

Annabella asintió sin convicción y miró por la ventana, deseando que el camino fuera largo. No lo fue. Calais, puerto mercantil, vivía al ritmo del tren. La estación olía a carbón y a prisa; había hombres

cargando cajas, barriles, hierro, valijas. El vapor escapaba de la locomotora como si el monstruo exhalara.

—Ven —Thomas la tomó de la mano con una suavidad inesperada y la guio entre la gente hacia una ventanilla donde un hombre rechoncho y bigotón atendía con impaciencia.

Thomas se colocó al frente con la naturalidad de quien sabe que el mundo se aparta. Tocó el vidrio dos veces. El hombre miró enfurecido… hasta reconocerlo. Entonces soltó una carcajada y gesticuló para que le abrieran espacio al noble inglés.

—Mi estimado Thomas, ¿debo suponer que deseas un boleto a París? —dijo en francés, juguetón, con cejas saltarinas.

—Señor Fiquiet —inclinó la cabeza—. En realidad deseo dos.

—Deux? —repitió el hombre.

Thomas adelantó a Annabella, dejando que la vieran.

—¡Mais cette belle femme! —exclamó Fiquiet, aplaudiendo—. ¿Quién es ella, tan bella como las estrellas?

—Mi esposa —Thomas alzó una ceja, seco.

—¡Pero qué suertudo es usted! —rió Fiquiet—. Deux boletos para mi amigo y su esposa.

—Gracias, monsieur Fiquiet —asintió Thomas.

Pero Annabella posó su mano sobre el brazo de Thomas, deteniéndolo. El gesto fue pequeño, pero Thomas lo sintió como una

presión íntima.

—Olvidas a Lizet —le recordó.

Compraron un boleto para la doncella, registrada como dama de compañía. Luego se aseguraron de que los baúles fueran cargados al tren antes de abordar.

Ahí fue donde Annabella se paralizó.

La máquina era escalofriante, enorme; el metal vibraba, escupía ruido, y el silbato le atravesaba el pecho.

—Muy bien —Thomas se le acercó y le tendió el brazo—. Lo haremos así: puedes apretarme todo lo que desees —dijo, permisivo —, pero tenemos que subir.

—Vamos, señora —animó Lizet, entusiasmada.

Annabella asintió y tomó con fuerza el brazo de Thomas. Subió los escalones, donde un botones los esperaba para guiarlos al compartimiento. Dentro, el pasillo se extendía con puertas cerradas, compartimentos ocupados, murmullos y el traqueteo anticipado.

El botones abrió una puerta.

Annabella entró primero. El espacio era reducido, con dos asientos alargados uno frente a otro, tapizados de rojo. Una ventana grande mostraba el exterior: por el momento, otra locomotora al lado, orientada hacia otro rumbo.

—Siéntese, señora —aconsejó el botones.

El silbato volvió a sonar. El tren se estremeció.

Annabella estaba lívida. Sentía el corazón en la garganta.

Lizet no supo qué hacer: se quedó de pie con una pequeña valija azul claro de Annabella.

Thomas entró después de un instante.

—Señorita Lizet, siéntese. Se quedará con nosotros en este viaje.

—¿En serio? —Lizet se iluminó y luego se sonrojó—. Gracias, señor.

—Te hicieron pasar por mi dama de compañía —dijo Annabella, y por primera vez su voz sonó firme—. Pero esas ropas no parecen las de una señorita que acompaña a una condesa…

Se pensó un momento. Luego hizo un gesto con la mano.

—Ven. Dame esa valija.

Lizet dudó, mirando a Thomas. Thomas, recargado en una pared con los brazos cruzados, parecía no querer intervenir. Lizet entregó la valija y Annabella la colocó en el asiento de enfrente y la abrió. Sacó un vestido de rayas azules verticales con holanes en las mangas.

—Toma. Póntelo —ordenó.

—Mi señora —negó Lizet, alarmada.

—Vamos.

Lizet volvió a mirar a Thomas buscando rescate, pero él no se lo dio y eso le bastó para rendirse.

—Gracias, señora… me iré a cambiar —Lizet se inclinó.

Iba a salir, pero Annabella la detuvo con la voz.

—Puede cambiarse aquí. Seguramente el señor desea salir.

—¿M-mi señora? —Lizet miró a Thomas.

—Gracias, Lizet. Puedes ir a cambiarte —resolvió Thomas, abriéndole la puerta.

Cuando la puerta se cerró, Thomas miró a Annabella. Ella, de pronto audaz, intentaba subir la valija al compartimiento superior. Thomas se sorprendió: hace minutos no quería subir al tren… y ahora se imponía tareas como si necesitara demostrar algo.

—Deja que te ayude —Thomas adelantó la mano.

—Puedo yo sola —replicó ella, molesta, con esfuerzo.

—Te vas a lastimar.

Annabella insistió y Thomas, sin paciencia, la tomó de la cintura y la giró hacia él. Annabella soltó el asa, la valija cayó y se abrió en medio del compartimiento.

—Suéltame —exigió ella, quedando pegada al pecho de Thomas.

El calor de Thomas le subió por el cuerpo como un rubor involuntario. Lo odió por eso, por responderle así. Thomas, al verla

furiosa, no pudo evitar reír. Annabella no era criatura de enojo, y por eso su intento de serlo le resultaba… peligrosamente adorable.

Se inclinó y besó su mejilla, sonrojada por rabia.

—No me beses —Annabella se limpió la cara.

Thomas continuó: besó la otra mejilla, la nariz, la frente. No eran besos de conquista; eran picaduras de insistencia. Y cuanto más se movía Annabella para evitarlo, más lo provocaba, porque en esa negativa había un temblor que no era solo rechazo.

Thomas evitó sus labios con deliberación, como si se castigara. Como si supiera que ahí comenzaba otra guerra.

—¿Ya jamás podré besarte? —preguntó, divertido.

—¡No! —Annabella empujó con las manos—. Suéltame.

—Podría intercambiar eso por un beso.

—Estás loco.

Lo dijo con convicción y, aun así, en su mirada se coló la herida de la mañana, ese recuerdo reciente de sus palabras crueles. Annabella dejó de empujar, el enojo se le derrumbó en tristeza, como una vela mojada y Thomas lo sintió, por lo que con una lentitud que no era broma, por fin rozó los labios de ella. Un beso breve, contenido, sin profundizar. Fue más una disculpa que un deseo… aunque el deseo estuviera ahí, vibrándole en la mandíbula.

Annabella no lo apartó, pero tampoco lo abrazó, se quedó quieta, como si la dignidad le impidiera conceder.

—Ya lo lograste —murmuró ella—. ¿Me sueltas?

Thomas lo hizo, permitiendo que Annabella tomara sus faldas y se sentó con dificultad junto a la ventana, mirando el paisaje que empezaba a correr. El tren avanzaba con una sacudida constante, y el mundo afuera se deslizaba como una pintura viva.

—Annabella… lo de esta mañana… —comenzó Thomas, con la voz más baja—. Estaba molesto y…

—Pero siempre es contra mí —lo interrumpió ella sin mirarlo—. Yo no te hago nada… al menos creo que no.

Thomas le tomó una mano.

—Es verdad. Pero hay cosas que no entiendes… y eso me complica.

Dos toques en la puerta los interrumpieron dando entrada a una alegre Lizet, ya con el vestido puesto. Se veía hermosa, y su sonrisa parecía iluminar el compartimiento. Annabella apartó la mano de Thomas y se puso de pie, enfocándose en Lizet con una felicidad que, por un momento, le salvó el pecho.

—Me encanta —dijo—. ¿Sabes qué? Es tuyo.

—No, mi señora —negó Lizet, horrorizada—. No podría.

—El que te hiciéramos pasar por mi dama de compañía solo me recordó que ciertamente no tengo ninguna… —Annabella se tocó la barbilla y miró a Thomas—. ¿Puedo hacerla mi dama de compañía?

Thomas pudo haber objetado mil cosas. Pero la distancia con su esposa era demasiado reciente, y esa petición era una manera de ofrecerle algo sin pedir disculpas en voz alta.

—Bien. Tendremos que comprarte ropa.

—Oh, no —Lizet negó con rotundidad—. Eso no lo permitiré.

Annabella apretó los labios y asintió varias veces.

—Bueno. Entonces te daré algunos de mis vestidos.

—¡No! —gritó Lizet.

—Annabella, veremos eso después —intervino Thomas—. Siéntense, o van a caer con este traqueteo.

Lizet se sentó en el asiento lejos de Thomas, con distancia cuidadosa. Annabella se quedó parada un instante, atrapada entre ambos asientos rojos, mirando a su esposo y a su doncella como si eligiera un bando.

—Ven aquí, Annabella —dijo Thomas, resolviendo la indecisión con una autoridad suave.

—En realidad quisiera… —Annabella dio un paso hacia Lizet.

Pero la mano de Thomas tomó la suya con sutileza y la sentó junto a él, después, le pasó un brazo por la cintura; el gesto fue natural… demasiado natural, como si el cuerpo de Thomas supiera lo que la boca negaba. Annabella se quedó rígida, con el perfume de él cerca, con el calor de su antebrazo marcándole la cintura incluso por encima de la tela. Thomas se acomodó aún más y cerró los ojos.

—Durará un tiempo —murmuró—. Les recomiendo que duerman.

El agarre en la cintura de Annabella se reforzó en lo que fue una advertencia o una necesidad; ella no supo cuál. Annabella se cruzó de brazos y miró por la ventana, agradeciendo que por lo menos le tocara el lado que le permitía contemplar el avance del tren, sacudiéndolos con un ritmo insistente, como si el mundo entero los empujara hacia delante… aunque por dentro se resistieran.

Capítulo 16

París era una ciudad preciosa. Annabella no dejaba de deleitarse con cada estructura perfecta que hallaba levantada allí; le agradaba absolutamente todo: las calles adoquinadas que relucían bajo la humedad tenue, las iglesias con ventanales altos como promesas, los paseos a la vera del Sena con su bruma elegante y sus faroles de gas encendidos temprano, el teatro, la ópera… y aquella comida deliciosa que olía a mantequilla y a vino. Todo parecía hecho para seducir, incluso sin proponérselo.

"La ciudad del amor", se recordó, y la frase le dejó un sabor contradictorio en la boca.

Llevaban más de tres días en aquel hermoso pedazo de tierra, y su matrimonio seguía igual de inestable que cuando venían en aquel barco. Era verdad que habían asistido a distintos lugares juntos, a algunas fiestas donde ella notaba, con una mezcla amarga de orgullo y extrañeza, que su marido era conocido; pero, por lo general, Thomas no le permitía quedarse hasta tarde, y regresaban al hotel solo para dejarla a ella y que él se volviera a ir.

Muchas veces le había mencionado que deseaba quedarse, y no le importaba lo que opinara de ella aquella sociedad que, sinceramente, no era la suya. Pero Thomas, en medio de un

nerviosismo inusual, una tensión contenida que le endurecía la mandíbula y le volvía la voz más seca, le dijo que las cosas en París solían descontrolarse y era mejor que no estuviese presente.

¡Claro! Ella no, pero él sí.

Eso provocaba que, al día siguiente, cuando despertaban juntos, apenas se hablaran. Annabella seguía tan enojada como cuando la llevó al hotel, y Thomas arrastraba un malestar por el alcohol que no se atrevía a convertir en conversación, por miedo a que ella estallara. Él se quedaba dormido en la recámara hasta sentirse mejor —normalmente hasta entrada la tarde—, mientras Annabella y Lizet se paseaban por todas partes de París. En eso sí la complacía: le daba el dinero que necesitara para entrar a los mejores restaurantes, le había contratado una carroza para su uso privado, la dejaba ir a la ópera y al ballet… pero nunca juntos, solo en compañía de su adorada Lizet.

Pero eso no era lo que Annabella quería.

De hecho, se sentía más estancada y sola que nunca. Incluso ni siquiera peleaban; más bien, eran como dos extraños obligados a dormir en la misma cama. A veces, cuando él llegaba tarde y se metía junto a ella, Annabella esperaba a que se durmiera y era entonces cuando lo veía de verdad: se sentaba a su lado, con el corazón golpeándole en la garganta, y admiraba su rostro.

Contorneaba su cara con los dedos, provocándole cosquillas. Le gustaba observar el trayecto de su boca hasta su pecho; en ocasiones, podía pasar minutos peinando aquel cabello negro y hermoso, dejándolo resbalar entre sus manos como si el tacto le perteneciera en secreto, domándolo con paciencia.

En una de las veces en que hacía ese ritual escondido, se atrevió a besarlo. La reacción de Thomas fue simplemente girarse hacia ella e intentar abrazarla, lo cual fue imposible, porque Annabella estaba sentada; aun así, ella disfrutó que, por lo menos dormido, le mostrara algo de cariño. Ya lo había comprobado: Thomas siempre la abrazaba mientras dormía, pero por alguna razón, se despertaba antes que ella y se apartaba, como si su cerebro reaccionara de pronto y le dictara que debía mantener distancia. Como si ese gesto de retirarse fuera un castigo: físico, exacto, inevitable.

Esa noche los invitaron a una fiesta en la mansión de los Flament, aparentemente unos conocidos de su marido que deseaban conocerla. Annabella se colocó un vestido verde que realzaba el color de sus ojos, con un escote sin hombros y unos guantes largos hasta el codo de seda color perla para terminar su atuendo. Su cabello estaba peinado en una media coleta, dejando el resto suelto y ondulado de forma natural. En el cuello lucían hermosas esmeraldas colgando de un collar de oro, iguales a los adornos de

sus oídos y muñeca. Para finalizar, una bella peineta con las mismas joyas que el resto del repertorio.

Se veía preciosa y lo sabía. No por vanidad, sino porque, al mirarse, sintió algo nuevo: un despertar tibio en el cuerpo, una valentía silenciosa en el gesto. Como si aquella tela, ceñida con buen gusto, la obligara a recordarse que estaba viva.

—¿Estás lista? —Thomas entró en la habitación sin tocar.

Annabella se giró para verlo. Estaba completamente terminada; lo único que le faltaba era un fino perfume que había comprado hacía poco, con extracto de gardenias, el aroma favorito de la joven. Lizet lo colocó sobre el cuello de su señora y en la parte donde sus senos se juntaban, apenas insinuada por el escote.

El frío del frasco, el roce de los dedos de Lizet y luego el aroma abriéndose sobre su piel hicieron que Annabella aspirara con más profundidad de la necesaria. Sintió el pulso en las muñecas bajo los guantes; sintió, sobre todo, la mirada de Thomas volverse más pesada, como si él mismo se odiara por mirar.

—Sí —asintió Annabella, despidiéndose con la mirada de su doncella, que se quedaría en el hotel.

Thomas alargó el brazo para escoltarla hasta el carruaje. Annabella se congratuló de saberse observada durante todo el trayecto a la casa de los Flament. Aparentemente, su marido no se encontraba nada conforme con la ropa que usaba esa noche, y era

natural: era un diseño nuevo, uno de los que Giorgiana le había confeccionado solo para ella. Como ahora el gusto de su prima se derivaba a algo menos ampón y más ceñido al cuerpo, las curvas de Annabella resaltaban con gracia y serían llamativas no solo para su esposo, sino para muchos otros.

Thomas guardó el silencio de quien domina una tormenta. Iba rígido, con la espalda recta, como si el deber lo sostuviera; pero, en ciertos instantes, su mirada descendía a la línea del escote, al arco limpio de los hombros, a la garganta perfumada. Entonces la apartaba de golpe y fijaba los ojos en la ventanilla, como si la distancia verbal y el control físico fueran la única forma de castigarse.

—¿No estarás incómoda en la fiesta? —preguntó a solo unos metros de llegar—. Si gustas, puedo decir que estás indispuesta.

—¿Por qué mentir? —se extrañó Annabella—. Estoy perfecta y arreglada. No veo por qué he de sentirme incómoda.

—Bueno… no sé. No conoces a nadie.

—En ese caso procura no dejarme sola —resolvió la joven. Ya era mucho que él se saliera y la dejara en la recámara del hotel; ahora no tenía forma de escapar. Ella había sido invitada expresamente por los Flament—. Al fin y al cabo, parece que todo París te conoce.

Thomas suspiró. Era verdad que lo conocían, pero era mejor que su esposa no supiera bien el porqué.

Cuando la carroza se detuvo frente a la fachada de grandes pilastras al estilo romano, Annabella comenzó a emocionarse. Miró los enormes ventanales y el resto de los carruajes. La gente en Francia era diferente: les gustaban las cosas excéntricas y llamativas. Las mujeres portaban peinados exagerados con flores; en una ocasión vio a una con un ave como adorno, como si la extravagancia fuese corona. Aun así, todas eran elegantes y hermosas; se denotaba su clase social, pero también su mente más liberal.

El salón al que entraron estaba repleto. No había una sola persona que no paseara sus galas acompañadas de una copa de vino o algún pastelillo. La música resonaba entre las paredes, y los gritos eufóricos le recordaban a Annabella lo mucho que esas fiestas se descontrolaban. Aquello no era Londres. Aquello era un mundo donde el exceso se hacía arte.

—¡Pero si es la esposa de Thomas! —se acercó corriendo una bella mujer con un peinado alargado que rebotaba, al igual que su vestido confeccionado para que la crinolina le agrandara las caderas. Debía de ser incómodo.

La mujer, con una pintura extrañamente blanca y dos lunares falsos, dio un beso a cada una de sus mejillas y le tomó la cara, moviéndola de un lado a otro para ver sus facciones.

—¡Sí! ¡Es divina! —asintió—. La odio fervientemente.

—¿Disculpe? —Annabella se adelantó, preocupada por causar tan mala impresión a primera vista.

—Cariño, solo se refiere… —Thomas se acercó con una sonrisa y pasó la mano por la espalda de Anna. Fue un contacto breve, correcto, pero lo suficientemente firme como para que Annabella sintiera el calor atravesarle la tela—. Que envidia tu belleza.

Annabella notó algo en ese gesto: el modo en que él la tocaba para marcar territorio y, al instante, retiraba la mano como si se hubiera quemado. Un castigo rápido. Una distancia verbal más fría todavía.

—Oh, sí, muchísimo —asintió la mujer—. Soy Lady Pamela Flament, pero dime Pamela. ¡Dios mío! Pasen, no se queden ahí.

Las fiestas en París eran un descontrol garantizado: alargadas mesas con platillos deliciosos, sobre todo postres; vino que no faltaba en ningún momento; música que nunca paraba. Annabella estaba segura de que ninguna velada londinense se comparaba con una "pequeña reunión" en París.

—Gordon —Pamela tocó el hombro del distraído caballero.

—¿Sí, cariño? —se volvió el hombre, encontrándose con Thomas —. ¡Dios santo, muchacho! ¡Al fin se me hace verte! —Los caballeros se saludaron con un apretón de manos y, después, los ojos oscuros del hombre se clavaron en la joven junto a su amigo—. ¡Santo cielo! ¡Han mandado a un ángel a mi fiesta!

—Ay, cariño —lo golpeó su esposa—. Es la esposa de Tommy.

—Vaya… qué hermosura, ¿no es cierto, Pamela? —asintió Gordon con una sonrisa—. ¿Cómo se llama la invitada?

—Annabella —respondió ella.

—Hasta el nombre es bello —se burló—. Pero sigan —hizo un ademán efusivo—. Disfruten de la fiesta.

—Ven, Annie, te llevaré a que conozcas a todo el mundo —Pamela le tomó del brazo, alejándola de su esposo, que la miraba divertido.

Annabella no estaba complacida en alejarse de Thomas; ahora entendía lo que era incomodidad. Pamela era alegre, divertida, bondadosa, pero desaparecía con constancia, más aún al ser la anfitriona. Y como otras muchas veces, Pamela se esfumó, dejando a Annabella con un grupo de jóvenes que, al igual que ella, eran casadas.

—Dile, Clara, cuéntale a Lady Annabella cómo es estar casada con ese vejete que te ha tocado como marido —dijo con burla malvada una rubia hacia una castaña.

—Es una tortura, en serio —se quejó Clara—. Sobre todo cuando quiere… hacer el amor.

Annabella sintió que el calor le subía al rostro. No por deseo, sino por el desconcierto de escuchar aquello dicho con tanta ligereza.

—¡Dios mío! —se sonrojó otra dama, acercándose discretamente para agregar—. ¿Aún puede hacerlo?

El resto abucheó la pregunta desinhibida, pero segundos después todas estaban riendo de nuevo.

—Me gustaría decir que no —sonrió Clara.

—Unas porque sí y otras porque no —la rubia continuó dirigiendo la conversación—. ¿No es así, Adel? Tu marido es joven y aun así nada.

—Pues sería de más ayuda si al menos le gustara.

—O alguna de nuestro sexo —agregó otra, arrancando carcajadas.

Annabella se mantenía a raya de aquella conversación venenosa y, además, no entendía del todo. Sin embargo, su cuerpo sí parecía entender algo: la garganta se le secó, y sus manos —traicioneras— se apretaron una contra otra bajo el guante, como si buscaran anclarse.

—Oh, pero tú no te salvas, Frida —alguien señaló a la rubia—. ¡Tu esposo es un hombre extremadamente gordo!

—En dinero —asintió Frida, cruzándose de brazos.

—Y en cuerpo —continuó otra, sacando otra carcajada.

—Y dígame, Lady Annabella —preguntó Clara, la castaña que había sido atacada antes—, ¿su marido cómo es?

—Bueno…

—¡Oh! —se incluyó de pronto una mujer que pasaba por casualidad, desconocida para Annabella, pero no para el grupo—. Esa mujer ha venido con Thomas *il parfait*.

De pronto, a Annabella le dieron enormes deseos de salir corriendo. La decena de mujeres la miró con desafío.

—¿Estás segura, Anaé? —Frida levantó la ceja.

—Sí —asintió—. Yo la vi entrar con él.

Todas las miradas cayeron sobre su mano izquierda, comprobando que la joven ciertamente estaba casada.

—¿Cómo lo ha logrado? —preguntó una—. Digo, todas lo intentamos alguna vez.

—¿Disculpe? —Annabella no entendió.

—Thomas no se mete con mujeres casadas —contestó otra—. ¿Cómo ha hecho para que se meta con usted?

—No es de su tipo —la miró con asco una francesa.

—Es desabrida y callada.

—Sí, no creo que sea verdad.

—¡Yo los he visto! —insistió Anaé—. Han saludado a los Flament.

—Maldita —sonrió una—. Solo pásanos el truco. No te espantes.

Annabella las miró, asustada, confundida. No sabía a qué venían aquellas palabras ni, mucho menos, qué querían con su esposo.

—¿Qué truco? —dijo a la defensiva—. Estoy casada con él.

Entonces todas rieron, una carcajada estridente que atrajo miradas. Annabella se sintió avergonzada, confundida y herida; pero no bajó la cabeza ni se amedrentó; se cruzó de brazos y esperó.

—No lo dirás en serio —dijo una, limpiándose una lágrima.

—Thomas siempre dijo que no se casaría —continuó Clara.

—Bueno, en ese caso mintió —contestó Annabella.

—Dios mío, pero qué tonta… —Frida intentó alargar la mano para tocar la mejilla de Anna.

Annabella se alejó.

—Seguro fue una boda falsa, en todo caso.

—Sí, seguramente sí —asintió otra, conforme con esa resolución.

Annabella giró los ojos y continuó con su postura despreocupada, aunque por dentro algo le dolía con fuerza: tal vez tuvieran razón. Si Thomas hubiera tenido que escoger esposa, ¿la habría elegido a ella? Lo dudaba. Y por eso no tenía armas para refutar la crueldad, más allá de la verdad obstinada: estaba casada con él, aunque les ardiera.

—Si estás tan segura, pruébalo. Prueba que estás casada con él.

—No tengo que demostrar nada —respondió Annabella.

—Entonces es mentira.

—¡Claro que es mentira! —dijo otra—. Thomas jamás se casaría con una mujer como ella.

Annabella sostuvo el golpe sin moverse. Fue entonces cuando sintió, muy nítido, que algo en ella se estaba encendiendo: no era rabia solamente, era una determinación nueva, una conciencia aguda de su propio valor… y del deseo, reprimido, que llevaba días creciendo en silencio. Un deseo que no nacía de la aprobación ajena, sino del modo en que Thomas la evitaba: como si su cuerpo fuese una tentación demasiado peligrosa.

—Annabella, al fin te encuentro, te he buscado por todas partes.

Las mujeres dieron un paso hacia atrás cuando el hombre del que hablaban colocó una mano sobre la cintura de la joven. Annabella sintió ese contacto como un sello. La palma de Thomas, firme, exacta, apretó lo justo como para recordarle que estaba ahí… y, sin embargo, él no se permitió más, no la acercó por ternura, sino por control. Annabella odió y amó esa mezcla.

—Estuve aquí todo el tiempo —respondió ella con una voz dulce e inocente, bien ensayada para sobrevivir.

—Bien. Será mejor que nos vayamos.

Annabella, por primera vez, estuvo totalmente de acuerdo.

—¡Espera! —gritó Frida—. ¿Estás… estás casado con ella?

No hizo falta respuesta. Diez miradas cayeron sobre la mano de Thomas en la cintura de su esposa y, luego, sobre aquel dedo

anular: allí estaba un anillo, exactamente igual al de Annabella, dorado con una fina línea plateada en medio.

—Sí —contestó Thomas de todas formas—. ¿Por qué?

—No… nada —sonrió Frida, intentando encubrir su impresión.

Thomas dirigió una mirada extrañada a su esposa, intentando comprender a qué venía esa pregunta y, más precisamente, por qué se atrevían a hacérsela. Ni siquiera recordaba el nombre de aquella joven; pero a ella parecía interesarle toda su vida, incluso su matrimonio. Thomas se encogió de hombros e hizo una pequeña reverencia.

—Nos retiramos. Lamento arrebatarles la presencia de mi esposa.

—Ah… sí… digo, un placer —contestó una, confusa.

El resto hizo una reverencia torpe en despedida.

Annabella abrió la puerta de su recámara en el hotel, dejó caer sobre la cama los guantes y fue directo al tocador para comenzar a deshacer su peinado y quitarse las joyas. Afuera, el rumor de París subía como música lejana: ruedas sobre piedra, pasos, voces.

—¿Por qué esa mujer me preguntó eso? —comenzó Thomas, quitándose las mancuernas de la camisa.

—No sé. Al parecer les parece difícil verte casado conmigo —Annabella se encogió de hombros, fingiendo despreocupación—. Has llegado en el momento indicado para ponerlas en su lugar.

—¿Por qué terminaron hablando de eso? —inquirió de nuevo, quitándose ahora el corbatín de seda.

—Al parecer es un tema concurrido lo que se hace entre matrimonios… destruyendo de forma cruel la dignidad del marido.

Thomas soltó una risa breve y se acercó a la mesita donde su licor favorito descansaba en una botella de cristal cortado.

—¿Y en qué los ridiculizaban en esta ocasión?

—No dejaban de repetir algo sobre cómo hacían el amor —explicó Annabella, ajena a la hondura exacta de esas palabras que pronunciaba—. Al parecer era un tema de burlas.

Thomas, que se había llevado el licor a los labios, se ahogó un poco y tuvo que toser para salvar su orgullo.

—¡Maldición! —se quejó—. No lo puedo creer…

—¿Te encuentras bien? —Annabella se acercó.

Thomas asintió varias veces e inhaló aire.

—Sí, estoy bien —afirmó al ver que Annabella no le quitaba la mirada de encima, como si de pronto se fuera a ahogar.

Ella asintió y, con una sinceridad peligrosa, dejó caer la pregunta que le ardía desde hacía días.

—Thomas… ¿qué es hacer el amor?

El conde la miró por un prolongado tiempo, sin saber qué contestar. En su cabeza se le atravesó la idea de enseñárselo de la

forma más simple y peligrosa: acercándose, tomándola, callándole la duda con el cuerpo. Pero no, debía controlarse… tenía que alejarse de ella.

El deseo lo tensó desde dentro y, como quien se disciplina con crueldad, lo convirtió en frialdad.

—Tengo… tengo que salir —dijo presuroso, tomando las prendas de las que había prescindido y volviéndolas a colocar.

—¡Thomas! —Annabella le tomó la mano antes de que saliera—. ¿Hice algo mal?

Esa expresión, la manera en que ella lo sostenía con la mirada, era una de las muchas formas en que podía controlarlo sin saberlo. Thomas no la miró directamente; suspiró.

—No. No hiciste nada malo. Solo tengo que salir; volveré rápido.

Se acercó y depositó un beso en su frente. Un beso correcto, casi paternal… y, aun así, Annabella sintió el calor subirle por la piel, porque la boca de Thomas tardó un segundo de más en retirarse.

—Thomas, pero hoy quisiera que no te fueras —lo siguió por la habitación—. No sé… tengo un mal presentimiento.

—Todo está bien. Tranquilízate, Annabella —la miró intentando infundirle calma—. Ve a la cama. Ya vengo.

Annabella vio cómo su esposo salía y casi parecía que había huido de ella así que, con un semblante decaído, llamó a Lizet para que la ayudara a quitarse la ropa y le colocara un camisón. A pesar

de que normalmente la selección tanto de su ropa como de sus camisones la hacía Annabella, en esa ocasión la joven se dejó vestir y arreglar para dormir sin ninguna señal de vida.

Lizet intentó hacer plática lo mejor que pudo, pero al ver que Annabella en realidad no quería hablar, dejó que la conversación decayera y se centró en peinar el cabello castaño de su señora, mandándola a dormir enseguida. Tal vez estaba muy cansada.

Con esa resolución, la mujer abandonó a su señora y cerró la puerta para dejarla dormir.

Annabella no mentía sobre la mala sensación que tenía: desde hacía un par de días no se sentía segura en ningún lugar. Constantemente escuchaba sonidos afuera de su puerta o, incluso de día, cuando caminaba por la ciudad, una extraña sensación de ser perseguida la invadía. Por supuesto, al estar con Lizet su miedo aminoraba; pero en las noches, mientras Thomas no llegaba, cada pequeño ruido resonaba en su cabeza, y los pasos de los demás hospedantes que pasaban a dormir en sus habitaciones siempre le sonaban cercanos y amenazadores.

En varias ocasiones se le pasó por la mente dormir con Lizet, pero solo sería una incomodidad. La recámara de Annabella era grande y con todas las comodidades que se ofrecían a los nobles; pero el cuarto de su amiga, aunque reconfortante y apropiado, no tenía una cama doble. Si Annabella caía en sus brazos, Lizet le

proporcionaría su cama y ella dormiría en el suelo. No se sentía cómoda con eso.

De algún modo se obligó a dormir sola y a pensar que todo formaba parte de su imaginación descontrolada y llena de novelas en las que las jóvenes eran secuestradas en la noche. Probablemente ese era el motivo por el que se sentía dentro de una historia terrorífica.

Esa noche se durmió con esos pensamientos: se propuso no volver a leer algo que después la asustara tanto, aunque, siendo sincera, era obvio que, si tenía en manos un ejemplar nuevo de alguna novela, iría corriendo a comprarlo y lo leería como una demencial.

Solo esperaba que Thomas volviera pronto, como le había dicho.

A eso de las dos de la mañana, una hora más tarde de que Thomas hubiera salido, Annabella estaba dormida, completamente relajada en el sopor del sueño, por primera vez pasando inadvertidos los pasos que se acercaban a su recámara y los susurros que se dirigían entre los intrusos. La oscura habitación se abrió después de inhabilitar la cerradura, dejando entrar la luz del pasillo, dando ventaja para ver el interior y encontrar rápidamente el objetivo.

—Cierra la puerta, George —susurró un hombre alto y delgado como un poste, con nariz ganchuda y labios finos. Sus ropas eran de campesino y sus ojos, de avaricia.

—Pero no veremos nada, Dan —contestó el otro en un susurro.

—Trae una vela de ese candelabro —apuntó hacia el pasillo.

George corrió y arrancó una vela de su posición en el candelabro de una pequeña mesa en el exterior.

Cuando ambos hombres se internaron con la tenue vela indicándoles el camino, fueron rápidamente hacia la cama, donde la joven yacía sola y desprotegida. Se miraron con una sonrisa.

—Es tan bonita como decían —asintió Dan.

—Sí… —George, fornido, bajo y de rostro redondeado, tragó saliva.

—Tenemos que amordazarla o gritará —le dijo George a Dan.

—¿Trajiste lo que te pedí? —Dan sacó un trapo del bolsillo.

—Bien —asintió George—. Comencemos.

Dan tapó con brusquedad los labios de Annabella. Ella abrió los ojos totalmente espantada, enfocando simultáneamente las dos figuras que se cernían sobre ella. Intentó gritar, pataleó con fuerza; pero al ser dos tenía pocas probabilidades de lograr algo.

—Cálmate, preciosa —susurró Dan con una voz aguda—. Si te portas bien, no te haremos daño.

Annabella negó con brusquedad e intentó apartarse, pero fue imposible. Entre los dos la sentaron sobre la cama y anudaron sus

manos con una cuerda. Luego le quitaron la mano de la boca y rápidamente posicionaron el trapo y lo anudaron, amordazándola.

Cuando estuvo atada, la aventaron sobre la cama y se alejaron, como si les hiciera falta admirar a su presa.

—¿Sabes quién nos ha mandado, cielo? —le dijo George con cinismo—. Tu marido.

—Nos dijo que ya no quería ser prisionero de este matrimonio.

—Nos lo ha dejado fácil al salirse —ambos se miraron y se encogieron de hombros—. Nunca he entendido bien a la gente rica.

—Son derrochadores… yo estaría más que complacido de tenerte.

Annabella los miró con incredulidad. Thomas no podía hacerle eso. Era caer demasiado bajo; no sería capaz. No les creería… su corazón esperaba que fuera mentira, necesitaba que fuera mentira.

—Lo siento, George —se adelantó Dan—, pero no podré resistirme.

George posó una mano fuerte sobre el hombro del otro y lo miró a los ojos antes de que cometiera una estupidez.

—Recuerda por qué pagarán tan caro —le advirtió—. Precisamente porque no la han tocado. —Le dio una palmada en el pecho—. Seremos ricos si lo logramos.

—¡Pero mírala! —la señaló—. Es perfecta… ese cuerpo escondido… ¡por lo menos tengo que verlo!

George pareció pensárselo, pero negó rápido. El esposo de la chiquilla nunca tardaba más de dos horas; si se entretenían, el tiempo los traicionaría y serían atrapados.

—Vamos, George —sonrió Dan, malévolo—. ¿Ni siquiera un beso?

Annabella retrocedió como pudo, empujándose sobre la cama con las piernas al ver que esos hombres se acercaban. Sintió un contacto brusco en el cuello, un tirón de miedo en el pecho, el cuerpo entero volviéndose alarma. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Basta! ¡Basta, Dan! —exigió George, al ver que su compañero se entusiasmaba—. Tenemos que irnos ahora.

Tomaron a la mujer con fuerza para ponerla de pie y llevarla sobre sus propios pies por el pasillo que la dirigiría a su horrible destino, poco interesados en su llanto o en si ofrecía resistencia.

Pero Annabella, además del terror, pensaba. Si lograba distraerlos, se desharía de sus brazos y tocaría una puerta al azar. Intentó recordar cuáles habitaciones estaban ocupadas. Ellos estaban en la 342B; en el mismo piso estaba ocupada la 344B, pero eso era justo al otro lado del pasillo… tenía que pensar.

¡La 330B! Esa habitación quedaba por las escaleras que indiscutiblemente tendrían que utilizar.

Se dejó llevar para acercarse a su objetivo, pero cuando vio que pasaron de largo el pasillo que dirigía a las escaleras, el corazón se le exaltó: tenía que actuar ya.

Dejó de emplear fuerza sobre sus rodillas, fingiendo un desmayo. Los hombres, alterados, depositaron a la mujer atada sobre el suelo para ver qué sucedía. En cuanto Annabella percibió ese instante de debilidad, se puso en pie y corrió desaforada por el pasillo, girando hacia las escaleras justo en el momento en que era atrapada de nuevo.

—¿Annabella?

La voz de su esposo hizo que volviera la cabeza, desconcentrándose de su lucha por zafarse de aquellos brazos.

Los dos hombres se pusieron lívidos al verlo. Parecía que su plan había fracasado, pero no había acabado: tanto el delgaducho como el fornido sacaron un arma, uno apuntando a Thomas y el otro a ella.

—Veo que tienen cosas que hacer —dijo Thomas suavemente, escondiendo su enojo, mientras sacaba su pistola.

—Su señoría —se inclinó uno de los raptores, el alto con cara de rata—. Queremos ayudarlo con su problema. Sabemos que se casó con ella a la fuerza —intentó justificar.

—Y por eso la toman sin permiso —Thomas levantó una ceja—. Me agrada su ayuda —dijo con sarcasmo.

—La venderemos muy bien —dijo el otro—. Incluso podemos darle una parte. El comprador está obsesionado con ella.

—Entiendo. ¿Y se puede saber quién es ese comprador? —Thomas intentó indagar sobre el idiota que había pedido ese secuestro.

Ambos se quedaron callados, fieles al bastardo que los mandó.

—Vale —prosiguió Thomas—. ¿Y qué les hace pensar que eso era lo que yo quería que se hiciese?

—Bueno… —el fornido se rascó la cabeza.

—La tengo conmigo por el simple hecho de que es codiciada; digo, mírenla: es preciosa —apuntó a la esposa de Thomas, quien, pese a estar en esa situación, se mantenía tan tranquila como podía y lo miraba con determinación.

—Pero no la toca —recordó el otro, como en una ensoñación.

Thomas levantó una ceja oscura y sonrió. Fue una sonrisa peligrosa, medida; no por diversión, sino por cálculo.

—¿Seguro de eso? —dijo—. ¿Creen que no lo he hecho o, de alguna forma, están seguros?

La burla en su voz era fachada; por dentro, Thomas solo quería una respuesta: si la habían tocado de una forma que él no había permitido, los mataría.

—Nos han informado —dijeron los dos al mismo tiempo.

Aquello alivió, de manera mínima pero real, a Thomas: seguramente no habían intentado más porque deseaban venderla como virgen, lo cual aumentaba su valor.

—De acuerdo —murmuró—. Seguramente "sus informantes" nos acompañan en la cama cada noche.

Annabella moría de vergüenza. No entendía del todo a qué se referían, pero sabía que involucraba su cuerpo. Y, de algún modo doloroso, también sabía que Thomas se estaba castigando: decía palabras frías para no tocarla allí mismo, para no tomarla entre los brazos con una ternura que lo delataría.

Los hombres, ante esas palabras, se quedaron mudos. A pesar de que el hombre que los había mandado aseguraba conocer a la pareja y les juró que la joven era virgen, Thomas se mostraba tan seguro que los hacía dudar.

—No parece ser una mujer experta —intentó Dan, tratando de convencerse a sí mismo.

—Lleva casada conmigo un mes; espero que no lo sea —Thomas sonrió cínicamente—. Siempre me ha gustado más enseñar.

Al verse acorralados y sin ningún punto a su favor, los hombres apuntaron el arma a la cabeza de Annabella. Parecía que ya no iba a ser negocio, y ninguno deseaba salir lastimado por una bala.

Annabella respiró profundo, lo más profundo que pudo con el miedo apretándole las costillas. Cerró los ojos. Su cuerpo temblaba, sí, pero su gesto tenía una dignidad nueva: una voluntad de no regalarles su derrumbe.

—Saben que estuve en el ejército, ¿no? —les recordó Thomas, cargando su arma.

—No se le admira por su puntería —sonrió George—. No es el hombre de las dos manos ni el demonio de las armas. Además, sabemos que a ella le desagradan las armas de fuego —la pegaron más a ellos—. No lo hará.

—Veo que su informante sabe mucho de nosotros —Thomas se encogió de hombros con parsimonia y sonrió—. Y me alegra saber que Robert y Adam son tan populares en Francia, pero tienen razón: no soy ninguno de ellos.

Sonrió.

—Sin embargo, su informe tiene una equivocación.

Los hombres se miraron entre sí.

—No me dejo guiar por lo que a mi mujer podría molestarle… menos aún si está en peligro.

Sin dejar que hicieran otra pregunta, Thomas disparó hacia la pierna de uno con rapidez infalible y, sin necesidad de volver a cargar, disparó hacia el hombro del otro, dejándolos fuera de combate. El arma de Thomas venía del Nuevo Mundo, específicamente de Estados Unidos: un revólver —pistola rotativa— demasiado moderno para que esos dos hombres supieran de su existencia.

Thomas revisó el arma, cerciorándose de que aún le quedaban cuatro balas, y sonrió: en definitiva, la mejor adquisición que había hecho. La sonrisa se desvaneció cuando su esposa soltó un sonido desconsolado. Annabella comenzó a llorar; estaba aliviada de que Thomas hubiese llegado, pero el estallido de los disparos la desestabilizaba, recordándole terrores antiguos.

—Annabella, ven acá —le indicó Thomas con delicadeza.

Antes de caminar hacia él, Annabella pateó las dos armas fuera del alcance de sus raptores y después se dirigió con pasos trémulos hacia su esposo, alejándose de los dos cuerpos que se quejaban por los disparos. Thomas le quitó las ataduras y la jaló hacia sí para acogerla contra su pecho.

—¿Estás bien? —preguntó, mirándole todo el rostro como si buscara indicios de cardenales.

Annabella asintió y lo abrazó con fuerza. Su agradecimiento temblaba en sus manos, en su respiración, en la forma en que se aferró a él como si el mundo se hubiera vuelto demasiado frágil.

Thomas la acogió contra su pecho, enterró el rostro en el cuello de su esposa, respiró su olor y trató de calmar sus temblores. Sus manos, por un segundo, parecieron querer recorrerle la espalda, sostenerla con un cuidado más íntimo… pero se detuvieron. Control. Castigo. Distancia. Se obligó a no tomarse ese permiso.

—Quédate aquí —ordenó al fin, sin mirarla demasiado tiempo—. Bien, señoritas… déjenme ver esas heridas.

Dejó a Annabella detrás de él y fue hacia los hombres.

—El famoso "*caractère générique*" —recordó uno, con voz rota—. Jamás nos dijeron que nos enfrentaríamos a él.

—Y ese es uno de los apodos más estúpidos que me han puesto —Thomas se inclinó para ver las heridas que él mismo había causado.

—Normalmente no falla ningún ataque. Mata sin pensar y dispara antes de que el raciocinio se entere —relató el herido del hombro, recordando historias—. Dicen que planifica su estrategia en cuestión de segundos, dejando al adversario en total desventaja.

—Claro. Deje de hablar —Thomas le quitó la camisa para revisar mejor—. Annabella, ve a recepción y diles que hay dos hombres heridos en nuestro piso. Que traigan vendas y agua hervida. Enciérrate en nuestra habitación: no quiero que salgas de ahí.

—Pero tú… —dudó ella.

—Corre, mujer. Estaré contigo enseguida —dijo, conciliador y Annabella asintió; se disponía a irse, pero la voz de Thomas la frenó otra vez—. Espera. Ven un momento.

Ella se giró, interrogante.

—No quiero que te pasees por ahí así —Thomas se quitó el saco y se lo colocó sobre los hombros, cubriendo su camisón—. Ve.

Ella corrió escaleras abajo.

Thomas la observó alejarse. Lo había impresionado: parecía que les había dado problemas a sus captores, y ese era el motivo por el cual llegó a tiempo a su rescate. Dejó salir el aire de sus pulmones y volvió a inclinarse sobre los cuerpos sangrantes.

—Y después de eso usted los cura —continuó el herido—. Un asesino mezclado con un médico… qué ironía.

—Estoy considerando seriamente dejarlos desangrarse —Thomas apretó la mandíbula—. Pero antes… díganme quién los ha mandado. Quién les dijo todo eso sobre mí y mi mujer.

Los dos cerraron la boca.

Thomas decidió no ser buena persona: apretó las partes afectadas de ambos hombres, arrancándoles el nombre a gritos.

—¡Alexander Barcuad! —gritó uno.

Thomas dejó de ejercer presión. Se quedó pensando unos segundos mientras los hombres se retorcían de dolor. Ese bastardo llevaba regando ese rumor desde que llegaron a París y ahora se atrevía a intentar secuestrar a Annabella.

En ese momento, un hombre alto, embarnecido y erguido subió las escaleras a toda prisa; junto a él, su mujer llegó con otra doncella que cargaba una cubeta de agua caliente.

Debía ser el encargado: se puso a hablar sobre el escándalo y a ofrecer disculpas hasta a los muebles.

—¿Pero qué pasó? —dijo al borde del colapso.

—Estos hombres intentaron secuestrar a mi esposa —respondió Thomas—. Yo les disparé.

Annabella se acercó junto con la doncella, proporcionándole el agua y las vendas que había pedido. Thomas tomó las cosas y comenzó a utilizarlas con una maestría que solo un médico puede tener.

—¡Su excelencia no debe mancharse las manos con estos ladrones! —se quejó el encargado al ver la sangre—. Ya varias veces han intentado meterse. Llamaré a un médico.

—Ya lo tiene —dijo Thomas con esfuerzo al levantar una pierna inerte y mirar al encargado con enojo—. Será mejor que llame a las autoridades. Esto no se quedará así.

—Oh, señor, le aseguro que no volverá a pasar —se mortificó.

—Le aseguro que no —repitió Thomas, con un tono duro y frío.

Thomas miró a su esposa, que seguía junto a él, ayudándole.

—Regresa a la habitación —dictaminó.

—No. Yo puedo ayudar —dijo Annabella, segura.

Thomas la miró como si le costara no rendirse. Allí, en esa terquedad suave, había algo de ella que lo trastocaba.

—Has pasado por mucho esta noche —le dijo—. Llama a Lizet, que se quede contigo hasta que yo regrese.

—Thomas… —se quejó ella.

—Anda, Annabella. Por favor —prosiguió con lo que hacía.

La castaña, que estaba de rodillas, se dejó caer sobre sus piernas, derrotada. Thomas giró la cabeza hacia ella, lentamente se acercó a su rostro y depositó un beso suave en sus labios. Fue breve. Fue contenido. Fue un error delicioso que él mismo castigó retirándose enseguida, como si la distancia fuera la penitencia por haberla tocado.

—Por favor —repitió al ver que ella no se marchaba.

Annabella hizo una mueca y finalmente se puso de pie, caminando hacia su habitación resignada. Thomas miró de nuevo a los hombres y volvió a aplicar fuerza sobre sus heridas.

—¿Dónde se iban a ver? —preguntó, contenido ante el grito de la doncella y el encargado—. ¿Eh? ¿Dónde?

—¡Rue Dutot! —exclamaron.

Thomas se enderezó justo cuando las autoridades llegaban para llevarse a los hombres.

—Quiero que ponga seguridad afuera de la recámara. Llame a su dama de compañía —indicó al encargado.

Thomas apretó la mandíbula. En su mente, como un eco educado y venenoso, se coló la voz de Humberto, pronunciando amenazas con el mismo tono con que ofrecería un té: *"La cortesía, Thomas, es una espada. No la muestres; úsala."* Y, debajo de esa frase

impecable, el peso de una atracción castigada, negada, convertida en control.

Capítulo 17

Annabella no podía estar tranquila.

Aunque Lizet estaba con ella y ya la había ayudado a lavarse, a desenredar el cabello y a cambiarse el camisón, algo, un instinto fino y punzante, le decía que Thomas no había salido a nada más que a cazar la mente maestra del plan. Conociéndolo, no tardaría en encontrar al verdadero culpable. Y, aun así, el nerviosismo no cedía: la noche le seguía vibrando en la piel como una amenaza que no terminaba de marcharse.

¿Y si lo lastimaban? ¿Y si no volvía?

Cerró los ojos e intentó apartar ese pensamiento, pero el cuerpo la traicionó: respiración corta, pulso demasiado alto, dedos que no sabían dónde apoyarse. Se llevó una mano al pecho y notó el latido irregular, como si el corazón no hubiese comprendido que el peligro inmediato había terminado.

—Annabella —la llamó Lizet, con voz suave—. ¿Por qué no te sientas? Has tenido una noche horrible.

—No, estoy bien. Solo quiero que… —empezó, y en ese instante la puerta cedió, dando paso a su esposo.

Annabella volvió la vista con tal rapidez que sintió un tirón en el cuello. Lo recorrió de arriba abajo, inquisidora, buscando en su postura, en su rostro, en la forma en que sostenía el hombro, cualquier indicio de herida. Thomas estaba entero, pero traía en los ojos esa quietud peligrosa que la había asustado antes, era un control puro.

—Gracias, Lizet —dijo él, mirando a la muchacha.

Lizet se puso de pie de inmediato, inclinándose con corrección.

—Mi señor.

Y salió, cerrando la puerta tras de sí, dejándolos solos con el silencio de un hotel parisino a esas horas: el rumor lejano de la calle, el golpe suave de una rueda, un murmullo apagado en el pasillo, y la respiración de ambos, demasiado audible en el cuarto.

Annabella permaneció de pie, con una mano sobre el pecho, escuchando ese sonido regular que se suponía que el corazón debía tener. Thomas comenzó a quitarse las prendas que le estorbaban para dormir, con movimientos precisos, casi bruscos; el chaleco, la camisa desabotonada con dedos firmes. La luz baja —la de una lámpara de aceite, o el reflejo tenue de los faroles de gas filtrándose por las cortinas— le marcó el pecho fornido, el hueco entre las clavículas, la tensión en los hombros.

En ese momento, Thomas la miró.

Solo llevaba los pantalones puestos.

—Ven, Annabella —señaló la cama, donde ya estaba sentado.

La joven caminó hacia él y se sentó a su lado sin mirarlo a los ojos, sin atreverse a enfocar aquellos orbes azulados. Su cuerpo, sin embargo, lo miraba por ella: una conciencia nueva en la piel, un temblor en las manos, una valentía en el gesto de quedarse cerca.

—¿Qué te hicieron? —preguntó él, sin rodeos.

Annabella levantó la cara con los ojos muy abiertos, sorprendida.

—Nada… —susurró, y el rubor le subió como un incendio discreto.

—¿Nada? —Thomas lo dudó—. No te creo.

—Es la verdad —insistió, pero la inseguridad le quebró la frase.

Thomas se acercó para que Annabella sintiera su calor.

—¿En serio? Yo no recuerdo haberte hecho esa marca.

Su mirada cayó en el cuello de ella.

Annabella, instintivamente, se tapó con la mano.

—Yo…

—No estoy enojado —Thomas le tocó la mejilla. El contacto fue un ancla: firme, breve, como si también allí se castigara por demorarse—. Quiero ayudarte a superar esto… o te pasará lo mismo que antes.

Annabella bajó la cabeza, fijó la vista en un punto indeterminado, lejos, como si mirar pudiera romperla.

—Dime qué te hicieron —repitió con paciencia.

El silencio se estiró, Annabella tragó saliva, su garganta se cerró con pudor, con miedo, con un resto de vergüenza.

—Me besaron —admitió al fin, con un hilo de voz.

La mandíbula de Thomas se tensó.

—¿Dónde?

Annabella lo miró furtivamente y volvió a enfocar el vacío.

—Aquí —tocó su cuello, justo donde él ya había visto.

Thomas, sin pensarlo, se inclinó y depositó un beso en el lugar. Un beso que no era caricia: era una corrección. Una forma de borrar. Annabella sintió un escalofrío atravesarle la espalda, como una corriente de hielo y fuego al mismo tiempo.

Thomas levantó la vista hacia ella, midiendo su reacción.

—¿Dónde más?

Annabella se quedó inmóvil, demasiado consciente de su cuerpo.

—¿Aquí? —preguntó él, besándole la mejilla con lentitud, como si cada presión de sus labios fuera una promesa y una amenaza contra el recuerdo ajeno—. Supongo que aquí también.

Bajó con cuidado el borde del camisón, descubriendo uno de sus hombros y besándolo. Annabella contuvo un suspiro con la boca cerrada, pero el sonido le tembló en el pecho, delatándola.

Con ese gesto, Thomas encontró el punto exacto: una marca tenue bajo la clavícula. La furia le cruzó el rostro apenas un segundo; pero, por una vez, dejó a un lado todo lo concerniente a sí mismo y se concentró en ella.

Bajó el camisón de ambos hombros, descubriendo el cuello, los hombros y la línea de la clavícula, manteniendo protegido el pecho. Annabella sintió el aire fresco sobre la piel y, al mismo tiempo, la calidez de la boca de Thomas recorriéndola con una devoción que no se parecía a nada que ella hubiera conocido.

Thomas besó con cuidado la marca bajo la clavícula, como si quisiera devolverle dignidad a ese lugar.

Annabella no supo qué hacer con su propio cuerpo: la respiración se le aceleró, el pulso se le subió a la garganta, las manos se aferraron a las sábanas. Quiso ser fuerte, quiso ser serena; pero un gemido apenas contenido se le escapó como una confesión.

Thomas levantó la cabeza, la observó. Su esposa estaba encendida y asustada a la vez; la cara enrojecida, los labios entreabiertos por el aire que le faltaba. Él parecía estar a un paso de perderse… y, como si recordara una orden antigua, la contuvo.

Una voz ajena le atravesó el pensamiento, pulida como cubertería de plata: la de Humberto. *"En París, hijo, la educación es una daga. Se sonríe, se ofrece té… y se decide el destino de alguien sin derramar una gota."* Thomas apretó la mandíbula. Había aprendido

demasiado bien a no mostrarse y, sin embargo, con Annabella, ese control era un castigo.

Volvió a ella.

Le tomó el rostro con ambas manos y la unió a él en un beso que le robó el aire y el pensamiento. Annabella sintió que se le aflojaban las piernas. Thomas colocó las manos en su cintura, invitándola a acercarse. Annabella lo hizo, cegada por un deseo puro y nuevo; se aproximó de tal forma que quedó casi sobre sus piernas.

Las manos de Thomas no se detuvieron. Subieron lentamente hasta la parte alta de la espalda, donde la piel estaba desnuda, y con un movimiento lánguido terminaron de deslizar el camisón, descubriéndola más de lo que ella sabía nombrar.

Annabella rompió el beso, jadeando. Al bajar la mirada, comprendió, de golpe, su propia desnudez. Sus brazos actuaron por instinto y se cubrieron, y el rubor le manchó el cuello, el pecho, hasta las orejas. Thomas rio, bajo, sin burla y la acercó de nuevo.

—No… —murmuró ella, más por vergüenza que por rechazo.

Él no se lo tomó como una negación. Siguió besándole los hombros y el cuello con una ternura que no se permitía de día, avanzando lentamente hacia los labios, aprovechando que ella los dejaba entreabiertos por el temblor de su respiración.

Annabella, presa de un sentimiento desconocido, no pudo más que abrazarse al cuello de su esposo, desprotegiéndose ante él.

Sintió el latido de Thomas contra su palma, el calor de su piel, el peso contenido de un hombre que parecía debatirse entre quererla y castigarse por quererla.

Thomas la recostó sobre la cama con cuidado, como si temiera quebrarla, y se tumbó parcialmente sobre ella, sosteniéndose sobre los codos para no dejar caer todo su peso.

Poco a poco, se abrió camino en la inocencia de su joven esposa. Annabella sintió que el mundo se reducía a su boca, a sus manos, al roce de las sábanas, al rumor de París detrás de las cortinas. Una sensación creciente, incesante, que no sabía nombrar y que la obligaba a arquearse, a buscarlo, a aferrarse.

Hasta que llegó el punto en el que Thomas se deshizo de la última barrera entre ellos. Entonces, los pensamientos negativos la asaltaron de golpe: miedo, pudor, vergüenza, el eco de la educación que le habían impuesto. Se tensó, tembló, y cortó un beso pasional en el que Thomas estaba sumergido.

—¿Qué pasa? —le besó la mejilla repetidas veces, como si quisiera tranquilizarla—. Tranquila, Annabella. No intento hacerte daño.

—Pero… —apartó la mirada—. No entiendo. Creo que… no sé…

Thomas se detuvo. La miró, serio, y su voz bajó, profunda.

—¿Acaso te desagrada algo?

Annabella negó con rapidez. Sería mentira decir lo contrario: se sentía más viva cuando él la besaba, cuando sus manos fuertes se paseaban con suavidad sobre su cuerpo, arrancándole suspiros que no podía controlar. Esa sensación extraña que la hacía retorcerse la descolocaba. Y, por temor, solo alcanzaba a pensar que tal vez lo que hacían era malo, que quizá no era correcto.

—Tengo miedo —susurró, tan despacio que ni siquiera estuvo segura de que él la oyera.

Thomas sonrió con ternura. Le acarició el rostro con un dedo, entreabriendo su boca para robarle un beso breve que Annabella permitió como quien se agarra de un borde para no caer.

—¿Nadie te dijo nada? —preguntó, besándole los labios, lento.

—¿De qué? —se movió incómoda bajo él, no por disgusto, sino por la confusión que le causaba la cercanía.

—De la convivencia de un matrimonio, Annabella… de esto. —La frase le salió suave, casi doméstica—. Esto es normal.

Annabella lo miró con dudas, temiendo que él la engañara solo para conseguir lo que quería.

—¿De verdad?

—Te diré algo —susurró Thomas, acercándose a su oído—. Esa conversación que escuchaste entre las francesas…

Annabella se quedó quieta, respirando junto a él.

—Es justamente de esto de lo que hablaban.

Annabella tragó saliva.

—Entonces… esto es…

Thomas se apartó lo suficiente para mirarla a los ojos, como si quisiera obligarse a decir la verdad sin máscara.

—Te estoy haciendo el amor.

El sonrojo de Annabella se profundizó por dos motivos: el descaro con el que aquellas mujeres hablaban de un tema tan íntimo… y la vergüenza de no saber nada, de sentirse ignorante, de imaginar que Thomas la vería como una tonta.

—Lo siento… —dijo azorada—. Yo no sabía que…

Thomas tomó sus labios de nuevo, silenciando una disculpa que no correspondía. Si había un culpable, era él. Y, en ese instante, se arrepentía profundamente de haberse negado tanto tiempo a lo que, en aquella época, el mundo llamaba "derechos" como si el corazón fuera una propiedad. No lo había entendido, cegado por su orgullo: deseaba a su esposa. La deseaba con una violencia serena. Y quería —necesitaba— que ella también lo deseara.

—Ya no te disculpes. Nunca lo hagas —le dijo entre besos—. Aunque esté enojado o grite, no quiero que vuelvas a bajar la cabeza.

Annabella asintió, temblando.

—Thomas… yo… no sé qué hacer.

—Tranquila —retomó sus labios—. Déjate llevar.

Y así lo hizo.

Annabella permitió que Thomas guiara su cuerpo, que la besara donde quisiera, que le susurrara palabras dulces y le diera indicaciones. Ella no podía sentirse más feliz. La sensación era agradable… y parecía crecer, crecer, como una ola que no terminaba de romper, algo inalcanzable que la dejaba al borde, suspendida.

Hasta que Thomas hizo un movimiento distinto, más firme, como quien cruza un umbral. Annabella se estremeció y quiso apartarse, asustada por la intensidad.

—Shh —susurró Thomas, pegando su frente a la de ella, apoyándose en ese pequeño toque—. No te muevas, Annabella.

—Me lastimas… —lo abrazó intentando contener las lágrimas y su impulso de huir de lo desconocido.

Thomas le besó la sien.

—Solo es un momento —dijo, ronco—. Si te mueves, te harás daño.

Annabella cerró los ojos con fuerza. Lo abrazó y le clavó las uñas en la espalda para soportar el dolor inicial. Se quedaron así, unos instantes, unidos, escuchando las palabras que Thomas le decía —suaves, constantes— y los besos que le daba, como si el cuidado fuese una forma de sostenerla.

Hasta que el dolor retrocedió, de pronto, el cuerpo de Annabella comprendió. Lo que parecía inalcanzable se volvió posible: una nube

de excitación la alzó, la llevó a una altura luminosa, y luego la devolvió a la cama, a los brazos de su esposo, con el corazón golpeándole de felicidad y con una sensación nueva de pertenencia… de sí misma.

Después, Thomas permitió que Annabella durmiera entre sus brazos. No pudo más que observarla: su cuerpo delgado, voluptuoso en las zonas correctas, pegado al suyo con una confianza que lo desarmaba. Hacerle el amor había sido una sensación distinta a cualquier otra. Primero, por el nombre mismo: Thomas jamás le había dicho a una mujer que le "hacía el amor"; ni siquiera lo pensaba. Para él, lo íntimo siempre había sido transacción, impulso, una noche y una puerta cerrándose detrás.

Con Annabella, nada se parecía. Se sintió extraño al dormir con ella después. Thomas Hamilton era un conquistador de una sola noche. Detestaba el odioso encariñamiento que tantas mujeres desarrollaban si se acostaba más de una vez con ellas. Por eso, en cuanto se sentía descansado, abandonaba la cama de la mujer con la que yacía y se marchaba. Era la condición que siempre ponía y, extrañamente, todas la aceptaban.

Se imaginó proponérselo a Annabella; ella le daría una bofetada y saldría corriendo, como aquella vez en el barco.

Sonrió al verla dormir sobre su pecho, abrazada a él como si temiera que se fuera. Thomas recorrió su espalda lentamente; la piel

de Annabella se erizó ante la caricia, y una sonrisa dulce se dibujó en aquellos labios que ahora, de algún modo, sentía suyos. Lo que no comprendía aún era que quizá no podría alejarse de ella jamás.

Tal vez Annabella aún fuera inconsciente de eso.

Tal vez ni siquiera él lo era.

El sol brillaba de manera agradable, entrando lentamente por la ventana de aquella habitación de hotel donde una joven castaña yacía recostada, sumida en sueños maravillosos.

Annabella se estiró aún medio dormida. Se sentía extrañamente cansada, pero al mismo tiempo una satisfacción tibia la invadía y le dibujaba una sonrisa. Por puro hábito buscó con la mano el lado de la cama donde suponía que Thomas estaría. Al no encontrarlo, se incorporó de golpe, sosteniendo la sábana a la altura del pecho al sentir su indefensa condición.

Escudriñó la habitación: nada. Cada vez más consciente de su desnudez, buscó su ropa; pero, por alguna razón, su camisón había desaparecido y lo único que encontró fue la camisa de Thomas. Se estiró para alcanzarla, sintiendo una pequeña molestia en músculos que antes no habían tenido nombre para ella. Se sonrojó al recordar la noche anterior y se puso la prenda con cuidado, como si vestirlo a él fuese, de algún modo, conservarlo cerca.

Justo cuando terminó de abotonarla, Thomas entró por la puerta. En las manos llevaba un vaso de cristal con una sustancia

sospechosa, verdosa, de aspecto desagradable. Annabella sonrió con solo verlo. Se cruzó de piernas sobre la cama, esperando que se sentara a su lado. Thomas lo hizo. Le besó los labios fugazmente, un toque rápido, casi furtivo, y le entregó el vaso.

—Gracias. ¿Qué es? —preguntó, mirando el color con desconfianza.

Thomas resbaló el brazo hasta apoyar el codo en el colchón y la observó desde esa postura, como si estudiara el modo en que el cuerpo de Annabella había cambiado en una sola noche: la boca más segura, el rubor más fácil, una valentía distinta en la mirada.

—Es para aliviar el malestar. —Le acarició la pierna semidesnuda, apenas cubierta por su camisa y la sábana—. ¿Cómo te sientes?

Annabella tragó saliva. La caricia fue leve, pero el cuerpo la delató: respiración más profunda, pulso que subía con facilidad.

—Extraña —sonrió—. Pero bien.

—Tómatelo —indicó con suavidad.

Annabella giró el vaso, revolviendo el contenido. Miró los ojos de Thomas, esperando que dijera que podía no hacerlo. Thomas arqueó las cejas, paciente.

—¿Sabe mal? —preguntó ella.

—Terrible… aunque nunca lo he tomado —sonrió Thomas.

Annabella hizo una mueca, se empinó el contenido y confirmó lo peor: aquello era un atentado. Hizo un esfuerzo por no devolverlo, y

solo lo logró porque Thomas le metió una fresa en la boca, salvándola con un gesto que era a la vez cuidado y travesura.

—No quiero volverlo a tomar —le devolvió el vaso con asco.

Thomas soltó una risa baja.

—No te preocupes —dijo—. Solo se cruza ese umbral una vez.

Annabella se sonrojó y lo miró en advertencia para que no continuara. Thomas rio ante su expresión y, en un movimiento rápido, la tenía bajo su cuerpo, besándole las mejillas y el cuello.

—Thomas… puede venir Lizet —le advirtió ella, aceptando sus besos en toques furtivos y sonoros.

—Tocará —respondió él, con una seguridad casi insolente.

Annabella puso resistencia, mínima.

Thomas parecía divertirse con su pudor, sobre todo al notar que ella llevaba una prenda que a él le faltaba.

—¡No! —exclamó Annabella cuando Thomas empezó a hacerle cosquillas, provocándole una risa—. ¡No, Thomas! ¡Por favor!

Suplicó entre risas y se levantó para ir a cambiarse.

—Annabella —la llamó él, cuando la vio dirigirse a la valija—. Necesito esa camisa.

Annabella alzó una ceja, como si recién recordara que la llevaba puesta. Thomas le hizo un gesto para que se acercara; se sentó en el borde de la cama y cuando ella estuvo lo bastante cerca, la atrajo

hacia él, subiendo lentamente las manos desde los muslos hasta la cintura. Luego elevó una mano al primer botón, justo debajo del cuello.

—Te la devolveré en un momento —Annabella le tomó las manos para impedirle seguir desabrochando.

Thomas no cedió.

—No. La quiero ahora —dictaminó, continuando con su labor de quitarle la camisa de los hombros.

Se puso de pie y la presionó contra él, apreciando el rojo en las mejillas de su esposa y su respiración alterada. Inclinó la cabeza y tomó los labios carnosos de Annabella con un beso largo, exigente.

Annabella, todavía inexperta, se sostuvo de los hombros de Thomas buscando firmeza en sus piernas e intentando seguir el ritmo demandante que él proponía.

Cuando los labios de Thomas se separaron, Annabella sintió el vacío, el impulso de perseguirlo.

—Ve a cambiarte —dijo de pronto, más serio.

Annabella asintió, aunque le costaba separarse. Thomas bajó los brazos que antes se posaban en sus caderas, como si recordara otra vez el castigo: control físico y distancia verbal, incluso en la ternura.

Annabella entendió que no podía exigirle nada más y fue a ponerse el corsé y la ropa. Se obligó a respirar, a ordenar el mundo con botones y cintas.

Cuando terminó, apartó los ojos del espejo del tocador y miró a su esposo. Thomas estaba recostado en la cama, con la mirada fija en el techo, perdido en pensamientos que lo mantenían distraído, tensos.

Annabella caminó entre los muebles de la habitación y se sentó a su lado. Lo observó largo rato y luego paseó los dedos por su rostro: mejillas, nariz, labios. Esperaba que él volviera, que la mirara como la había mirado anoche.

Thomas no apartó su mano. Parecía tolerarlo, aunque la caricia le provocaba escalofríos —no de desagrado, sino de una sensibilidad que él detestaba reconocer.

—¿Saldrás conmigo hoy? —preguntó Annabella con vergüenza—. Nos quedan algunos días en París y…

Thomas giró la cabeza hacia ella. Su semblante se endureció, y ese cambio le tragó el resto de las palabras. Volvía a ser el hombre cortante que ella conocía: el que no dejaba que la ternura se quedara.

Annabella se apartó, no queriendo incordiarlo, temiendo provocar una pelea sin motivo. Se dirigió al tocador y se puso unas gotas de perfume en el cuello, fue bastante consciente cuando Thomas se levantó y comenzó a vestirse. No preguntó nada. Tal vez se iría, y era mejor no insistir.

Y pensar que, hacía unas horas, todo parecía perfecto.

Annabella suspiró, esforzándose por no dejar que esa actitud cambiante la rompiera. Aun así, estaba feliz: se sentía complacida y, de algún modo, completa. Se colocó el sombrero con pasadores y los guantes. No se quedaría encerrada; si Thomas pensaba salir, ella también lo haría. Se puso de pie con una resolución nueva y se dirigió a la puerta sin mirarlo.

—Espera —la detuvo la voz de Thomas—. Te acompañaré.

Annabella soltó el picaporte y lo miró con duda. Thomas no era aficionado a caminar, al menos no con ella. Pero si él mismo lo pedía, ella no se opondría.

Ese día Annabella planeaba ir de compras. Lizet no tenía vestidos propios de dama de compañía; por lo tanto, Annabella le cedía muchos de sus modelos antiguos, excepto los que Giorgiana le había hecho. Para su desgracia, solo había traído dos de aquellos ejemplares innovadores y hermosos; los demás eran vestidos que tenía desde hacía tiempo y no le costaba regalárselos a Lizet, que siempre se mostraba feliz cuando Annabella la obligaba a usar algo nuevo.

Thomas la ayudó a bajar de la carroza, consciente de la felicidad en la cara de su esposa. Él, desde luego, no podía decir lo mismo: Annabella había indicado al mozo el peor lugar al que se puede llevar a un hombre. De compras.

La ciudad brillaba con una elegancia inquieta. En 1880, París era un teatro constante: bulevares anchos, escaparates con maniquíes en corsés y encajes, sombrillas claras moviéndose como flores sobre la acera. Muchas mujeres caminaban bajo esas sombrillas, protegidas del sol; los mozos iban detrás con paquetes, y las tiendas parecían diseñadas para atraer la mirada como una promesa.

Sin pensarlo, Annabella tomó la mano de Thomas y lo arrastró hacia la primera tienda en la que él sufriría.

Ambos entraron. Annabella se perdió rápido entre telas y mostradores, mientras Thomas, por ser el único varón, llamó la atención de inmediato. Era apuesto, alto; resaltaba entre los vestidos, y las miradas se posaban sobre él con descaro.

Thomas suspiró. Se recargó en una mesa pequeña, esperando a que su esposa lo encontrara. No creyó que le fuera difícil: era tremendamente alto y, sobre todo, destacaba.

Mientras esperaba, los pensamientos lo reclamaron. Turbulentos, desconsolantes. Annabella le provocaba dos sensaciones opuestas: paz y peligro. Estar con ella le daba una calma que no sabía explicar; la idea de perderla le causaba un malestar físico. Pero su orgullo —y aquello que tanto ansiaba esconder— le golpeaba la cabeza cada vez que la besaba, cada vez que la abrazaba. Era un recordatorio cruel de por qué había decidido no enamorarse.

Su madre y, como una sombra más, otra voz: Humberto. *"Lo que deseas te vuelve vulnerable. Lo que amas te vuelve rastreable. Sonríe, Thomas. Y no te muestres."*

—Disculpe, señor —lo llamaron, sacándolo de sus pensamientos —. ¿Podría ayudarme?

Una jovencita de unos dieciséis años lo miraba con presunción.

—¿Qué desea? —preguntó Thomas, procurando no sonar brusco.

—Quisiera que eligiera un vestido por mí —dijo ella.

—¿Por qué habría de hacer eso? —respondió, asqueado de que desde tan temprana edad las mujeres buscaran al mejor postor, al nivel de proponérsele sin pudor.

—Porque es usted un caballero, ¿no, señor? —dijo otra joven acercándose por detrás.

—Sí, si no, ¿qué haría un hombre como usted aquí?

—Tal vez busca una dama que lo acompañe —sugirió una mujer.

Thomas se mantuvo en silencio, con la mirada por encima de las cabezas que apenas le llegaban al pecho, buscando a la culpable de que todo aquello lo irritara.

—Disculpen —Annabella se abrió paso entre el tumulto que rodeaba a Thomas—. Thomas, tienes que ver esto.

Thomas bendijo al cielo. Annabella lo tomó de la mano, pero él la detuvo con suavidad, pero firme.

—Preferiría esperarte afuera —dijo.

—¿En serio? ¿Por qué? —preguntó ella, desconcertada.

Thomas la miró con escepticismo y dirigió una mirada a las mujeres que seguían alrededor. No podía creer que Annabella fuera tan distraída. Negó, como si esa inocencia lo exasperara y, a la vez, lo enterneciera de una manera peligrosa.

—Compra lo que quieras, ¿está bien?

Annabella asintió como si le diera lo mismo.

—Bien —dijo Thomas, y ella, sin pensarlo, besó con rapidez los labios de su esposo antes de internarse de nuevo en la tienda.

Ese beso le explotó a Thomas en el cuerpo como una chispa. Se quedó un instante quieto, respirando, castigándose con el pensamiento de que no debía acostumbrarse a eso: a que ella lo reclamara con una ternura tan simple.

Cuando Thomas salió, buscando al fin el suspiro de libertad, no fue capaz de medir su suerte. Apenas a unos metros, en la acera, estaba Alexander Barcuad, el bastardo.

Aquella noche, cuando Thomas había salido a buscarlo, el muy cobarde había logrado escapar. El rumor del asalto a uno de los hoteles más prestigiosos de París se había corrido con presura, pese a haber sucedido en la madrugada. Barcuad debía de tener un informante cerca por si algo salía mal. Y vaya que había salido mal.

Thomas Hamilton no era un hombre que perdonara con rapidez. Así que, cuando ese hombre se dejó ver, Thomas caminó hacia él con paso decidido, atemorizando a la población con esa mirada fiera y el aura peligrosa que emanaba.

En ese momento Barcuad giró la cabeza, como si la amenaza lo llamara por la espalda. Al ver las ganas de asesinato marcadas en cada movimiento del conde, el lord amedrentado dio unos pasos atrás e intentó correr. No contó con que, justo detrás, una joven a la que venía cortejando le cerrara el paso. Tropezó con ella y cayó, provocando un pequeño caos de faldas y exclamaciones.

Thomas llegó antes de que el cobarde pudiera incorporarse. Lo tomó por la camisa, lo levantó del suelo y lo estampó contra la pared.

—Eres un maldito bastardo —gruñó, golpeándolo de nuevo—. Te atreviste a todo eso… —La voz le salió baja, mortal—. Te mataré.

—¡Ey, Thomas, tranquilízate! —Barcuad manoteó, intentando no asfixiarse con camisa—. No irás a matarme frente a toda esta gente.

—Me importa poco lo que esta gente diga —escupió Thomas, con furia en cada palabra.

Barcuad miró alrededor: mujeres detenidas, hombres acercándose con prudencia. Pero eso no detendría a Thomas Hamilton. Aquel hombre era respetado incluso en Francia; se lo había ganado. La única salvación de Barcuad era, precisamente, una

hermosa castaña que se acercaba a trote, ofuscada por correr con corsé.

—¿Y qué me dices de tu esposa? —susurró Barcuad con persuasión, aprovechando la cercanía—. No querrás que se entere demasiado rápido de lo que eres en verdad… ¿cierto?

Thomas se quedó inmóvil un segundo, fue como si la daga elegante de Humberto le rozara la nuca: *"Cuida lo que muestras, hijo. La reputación es una porcelana: se quiebra sin ruido."*

Y debajo de esa frase educada, el veneno: la insinuación de que Humberto sabía de Thomas más de lo que debía. De que, incluso, había mirado a Annabella con un interés indecente y castigado, disimulado tras modales perfectos.

Thomas apretó la mandíbula.

—Thomas… —lo llamó Annabella, llegando con la respiración entrecortada—. ¿Qué pasa?

—Nada —respondió él, y con un golpe más estampó a Barcuad contra la pared antes de soltarlo, dejándolo caer dolorido al piso.

Annabella abrió los ojos al reconocer al hombre en el suelo, lánguido, y la escena le recordó la fuerza real de Thomas. Ese poder podía ser protección… o podía ser un abismo. Sintió un escalofrío y, sin querer, dio un paso atrás.

Thomas la tomó de la cintura y le dio la vuelta.

—Vámonos —ordenó, llevándola de regreso hacia la tienda que ella había abandonado—. ¿Compraste lo que querías?

—S-sí… —respondió Annabella en un murmullo.

—Bien. Regresemos al hotel.

Annabella no habló el resto del camino.

No hizo preguntas, no comentó nada. Estaba anonadada por el altercado. Thomas seguía molesto con Barcuad, sí… pero ella nunca había visto en los ojos de su esposo lo que vio en ese instante: una furia que no era solo enojo, sino algo más profundo, antiguo, como un animal al que le han tocado lo único que considera suyo.

En ese momento, Annabella comprendió —con un vértigo frío— que si creía conocer a Thomas, se había mentido.

No lo conocía.

Y lo más inquietante era que, al mismo tiempo que el miedo le apretaba el pecho, el cuerpo —despierto, terco— recordaba la noche anterior: la forma en que él la sostuvo, la manera en que la guio, la ternura escondida tras el control. Como si su deseo y su temor hubieran decidido caminar juntos.

Y eso… eso la hacía aún más vulnerable.

Capítulo 18

París había sido grandioso. Ahora Annabella entendía por qué la excitación de todo el mundo cuando se hablaba de esa ciudad: no había comparación posible.

París tenía un aura que te empujaba a querer quedarte siempre; no sabía si se debía a sus bulevares perfectos, a los hoteles que olían a cera y a flores recién cortadas, a las tiendas de moda que eran vitrinas de deseo, o a esa gente excéntrica que caminaba alegre por la calle y trataba al extranjero como si fuera parte del paisaje.

En París todo era un sueño en el que una se permitía creer —por unas semanas— que la vida podía ser, en realidad, otra cosa: menos pesada, menos vigilada. La famosa ciudad del amor se convirtió en una experiencia luminosa en los recuerdos de Annabella, y podía jurar que había hecho algo por su matrimonio. Ahora, al menos, podían decirlo sin titubear: eran marido y mujer.

Tras casi un mes en la perfecta Francia, visitando lugares que parecían tallados para la memoria —Notre-Dame, la Sainte-Chapelle, Montmartre—; recorrieron cementerios donde descansaban nombres inmensos, los mejores restaurantes, jardines con flores de todos los colores, y visitaron a cada noble que los invitaba a sus moradas

hermosas. Annabella había obligado, con terquedad dulce, con esa alegría que se le volvía arma, a Thomas a acompañarla a todo lo que los parisinos recomendaban.

Y ahora, por fin, llegaban a su nuevo destino, completamente distinto a París y a cualquier otro lugar que Annabella conociera.

Italia era diferente a Francia. En aquel recinto del mundo se contemplaba la majestuosidad de los imperios; el poder que los hombres habían llegado a obtener quedaba escrito en piedra y en sombra. Era un lugar con tanta historia que Annabella se avergonzó de no conocerla en su totalidad, como si la ignorancia fuese una falta de educación frente a tanta grandeza.

Su primera parada sería en Florencia.

Annabella estaba extasiada con aquella ciudad bellísima: le fascinaban las fachadas severas, los senderos adoquinados que sonaban bajo las ruedas de las carrozas, los olores suaves —pan, cuero, agua—, el canto de las aves, las iglesias enormes.

Tal vez no era París, pero era igual de sorprendente. Solo que Florencia tenía ese estilo antiguo y reservado que, al parecer, los citadinos apreciaban: una elegancia menos exhibida y más íntima, como una joya guardada en el puño.

—Todo es tan hermoso —sonrió, caminando por una calle que los dirigía hacia el famoso Ponte Vecchio, sobre el río Arno—. ¡No puedo creerlo! ¡Parece mágico!

—Annabella, no te bajes de la acera, por favor —indicó su esposo al ver que, en medio del asombro, a ella no le importaba ser atropellada por una carreta, un caballo o un carruaje.

—¡Me encanta! —lo ignoró, tomando su brazo para que la guiara.

Thomas apretó la mano de ella con firmeza, como si ese contacto fuese también un modo de sujetarla a la vida.

—Si no te fijas en lo que haces, no te sacaré de nuevo —advirtió con una sonrisa, tomándole la mano para que no se soltara otra vez.

Annabella hizo una mueca graciosa que demostraba una indiferencia teatral ante la amenaza, pero se dejó guiar. Y, aun así, el cuerpo la traicionó: el pulso acelerado no era solo por la emoción del lugar; la sensación de la palma de Thomas cerrándose sobre la suya le provocaba un calor repentino, una conciencia nueva de sí misma, como si la piel ya no fuera inocente.

Cuando al fin estuvieron sobre el puente, vieron pasar barcazas por debajo de los arcos, cargadas con mercancía, empujadas por brazos fuertes que dominaban el remo sobre el agua ondulante.

Annabella recargó los codos en la piedra, admirando cómo el sol descendía. Casi podía decirse que se escondía dentro del río, dejando un reflejo naranja, deformado, que temblaba con cada movimiento.

—Es hermoso —suspiró—. ¿Has venido aquí muchas veces?

—No tantas.

Thomas se acercó por detrás y pasó los brazos por su cintura, estrechándola contra su pecho. No lo hizo con descuido: fue un abrazo controlado, deliberado; una posesión que también parecía contención. Annabella sintió la presión de su cuerpo, el peso de su respiración en la nuca, y se le escapó un suspiro que no quiso soltar.

—¿Qué lugar te gusta de Italia, entonces? —sonrió Annabella, colocando las manos sobre el agarre de Thomas, como si también reclamara ese gesto.

Él alzó la vista hacia el cielo, como si lo pensara.

—Roma —asintió—. Es mi lugar favorito.

—¿En serio? —se giró entre sus brazos—. ¿Por qué?

—Tiene historia. Me encanta Roma —la acogió en la nueva postura, demasiado cerca—. Pero Venecia también es hermosa. Además, hay una fiesta espectacular… Los hombres de Venecia la llaman carnaval. Hay mascaradas, música… toda la población en la calle.

—Entonces, en realidad, te gustaba la fiesta —arqueó la ceja.

—Bueno, sí —aceptó—. Pero la ciudad es hermosa también.

Annabella entrecerró los ojos y negó varias veces, con una sonrisa.

—Claro —dijo con un sarcasmo suave.

—Pero ahora llevo a mi esposa —comprendió el punto de ella.

—Así es: llevas esposa —se mofó Annabella, tomando despreocupadamente las solapas del saco de su esposo, en un gesto que era advertencia y posesión a la vez.

Thomas sonrió, deslumbrado pese a sí mismo. Ese era el problema: a veces, con ella, se le escapaba la verdad por la comisura de los labios.

En momentos como aquellos Annabella disfrutaba a Thomas al máximo: cuando él se comportaba amable, incluso cariñoso. Duraba un tiempo en ese estado, en el que parecía disfrutar de la vida con ella y hasta aceptaba acompañarla donde quisiera. Pero después, como si recordara algo —como si una mano invisible le apretara la nuca— volvía a su estado apático y cortante, recordándole que le escondía algo… una cosa en específico que lo atormentaba y lo obligaba a alejarse.

Annabella lo sentía incluso cuando él la abrazaba: podía tenerlo pegado a la piel y, aun así, saberlo lejos, donde no tenía acceso.

—¡Mira a quién me he encontrado! —dijo una voz.

La pareja volvió la mirada. Annabella se cubrió la boca por la impresión y se soltó de Thomas para abrazar a su prima.

—¡Giorgiana! —rió, hundiéndose en su abrazo—. ¡¿Qué haces aquí?!

Giorgiana la apartó apenas para mirarla como si estuviera loca.

—¿En serio? ¿Por qué otra razón vendría? —frunció el ceño, esperando la respuesta obvia.

—Claro… trabajo —improvisó Annabella.

—¡Claro que no! —se burló Giorgiana—. ¡El carnaval! Es tan obvio que creí que lo sabrías. Venecia es la gloria de la fiesta por estas fechas.

—Dios mío, Giorgiana, eres una calamidad —negó Annabella con una sonrisa franca.

—Lo sé —se encogió de hombros—. Por cierto: hola, guapo —saludó a Thomas desde lejos, indicándole con la mirada que se acercara, aunque en realidad él parecía preferir quedarse donde estaba.

—Lady Charpentier —se inclinó Thomas.

—Ay, Dios. No tantas formalidades, niño bonito —le quitó importancia—. Solo Giorgiana. O mejor: solo G.

—¿G? —repitió Annabella—. ¿Desde cuándo te llamamos G?

—Desde que me di cuenta de que mi nombre es largo y en cada país lo pronuncian distinto —fingió un escalofrío—. Pero díganme: ¿qué harán esta noche?

—Iremos a la ópera —dijo Thomas.

—Vaya, iré también —asintió Giorgiana, buscando algo en su bolsito—. Nos veremos entonces. Y supongo que en la recepción también —añadió distraída al encontrar un reloj pequeño.

—Sí —afirmó Annabella.

—Molto bene, fino a notte —dijo Giorgiana en un italiano perfecto, con todo y acento.

Annabella siguió a su prima con la mirada. Tenía prisa y se detuvo solo a saludar. Aunque afirmara no estar ahí por trabajo, Annabella sabía que Giorgiana nunca desperdiciaba un viaje en puro placer: siempre estaba tramando algo nuevo. A veces le gustaría meterse en su cabeza para ver qué había ahí dentro.

—Parece una mujer que ha experimentado mucho —comentó Thomas, cruzándose de brazos tras ella.

—Ah, sí. Solo espero que algún día logren que se quede cerca. A veces desaparece meses y de la nada llega con telas de la India.

—Es interesante —Thomas le ofreció el brazo—. Es la primera Bermont que veo totalmente fuera del confort de una bonita casa a la espera de un marido.

El comentario, ácido, fue un cambio de temperatura. Annabella lo sintió como una corriente: el Thomas cálido se apagaba y el Thomas cortante volvía. Era así: bastaba un recordatorio de procedencias para que él alzara muros.

Annabella apretó los dedos sobre su brazo.

A pesar de que todas las noches ella sentía su presencia y sus brazos, sabía que también estaba tan alejado que podrían vivir en dos mundos distintos. Suspiró, frustrada. La ópera era a las ocho en

punto. Tendría que estar lista para lo que se enfrentaría, sobre todo porque Giorgiana estaría también. Su prima nunca había sido una mujer tranquila; sería mejor mantener a su esposo y a su prima lo más separados posible.

En Florencia había tres cosas que no podías perderte: la arquitectura, las esculturas y museos y, claro, la ópera. Se decía que los antiguos dramaturgos florentinos intentaron reanimar el teatro original griego, que estaba perdiendo apogeo. Por ello, un círculo de artistas y profesores —la Camerata Florentina—, en torno al conde Giovanni Bardi, restauró aquel arte hermoso.

Esa noche, por lo cual, Thomas le había concedido asistir a una de esas famosas óperas. *Eurídice* estaría en cartel ese año, recordando que fue una de las primeras obras en mantenerse viva en el tiempo.

—Señora, le agradezco que me lleve —dijo emocionada Lizet, ahora su dama de compañía.

Lizet no era una doncella normal. Había sido educada para acompañar a la alta sociedad, pero por la escasez de trabajo solo había conseguido el puesto de doncella, pese a tener capacidad para algo superior. Ahora, gracias a la castaña adorable que la había tomado bajo su ala, podía ejercer lo aprendido.

—Ay, Lizet, es solo una ópera —le quitó relevancia Annabella—. Además, no me digas "señora". Solo Annabella. Anna, si gustas.

—Oh, seño… digo… —se corrigió— Annabella, le agradezco tanto la oportunidad de servirle así.

—Y también puedes tutearme —sonrió—. Se oye raro que mi dama de compañía me hable de tal forma.

—Pero…

—¿Están listas? —interrumpió la voz de Thomas.

Ambas jóvenes se giraron. Annabella se puso de pie y caminó hacia su esposo. Thomas la recibió colocando las manos en las caderas de ella, como si no pudiera evitarlo; Annabella le plantó un beso rápido, que le subió el rubor a las mejillas.

—Sí, estamos listas —dijo ella, mirando a Lizet.

—Entonces, vámonos —aconsejó Thomas, acercando juguetonamente el cuerpo de su esposa al suyo.

Le rozó las mejillas con la nariz, un gesto íntimo, casi doméstico, que le encendió a Annabella el pulso.

—Thomas… —Annabella puso una mano en su pecho para separarlo. Miró a Lizet con disculpa y volvió una mirada recriminatoria a su marido.

—¿Qué? —preguntó él con una sonrisa, fingiendo no comprender.

—Mejor nos vamos —recomendó Annabella, sonrojada.

—Como quieras —se encogió de hombros, invitándola a caminar.

Lizet, avergonzada por estar presente cuando la pareja claramente quería intercambiar cariño, esperó para caminar detrás. No era difícil notar que estaban distintos: el amo era cada vez más atento con su señora, cariñoso incluso, y Annabella lucía una sonrisa hermosa que delataba frutos recientes de su matrimonio.

A Lizet le costaba trabajo superar ver al hombre con el que siempre soñó al lado de otra mujer, pero también era imposible negar lo evidente: de entre todas, Annabella era la única que le sacaba sonrisas reales a Thomas, la única que parecía arrancarle el impulso de tocar… y quedarse.

Subieron a la carroza; la pareja se sentó frente a Lizet.

La doncella los vio juguetear con las manos: entrelazarse, soltarse, buscarse otra vez. Annabella sonreía contenta mientras hacía preguntas sobre la ópera. Thomas respondía con diplomacia, explicándole acontecimientos y precedencias con un tono paciente que casi parecía una concesión al cariño.

—Mira, Lizet —Annabella llamó su atención—. El teatro al que iremos esta noche —apuntó un edificio que a simple vista parecía modesto, con una enredadera que caía desde el techo hasta rozar la entrada—. El Teatro della Pergola. Es hermoso, ¿verdad?

Lizet asintió, aunque no veía la majestuosidad de la que su señora hablaba, para ella era una casa de paredes cafés con tres puertas, pero no la contradijo. Los tres bajaron en medio del

desorden. La plebe esperaba formada fuera del teatro, aguardando a que los aristócratas tomaran sus asientos en palcos estrictamente clasificados. Mientras tanto, el resto de la población se acomodaba en las sillas rojas frente al escenario, llenando por completo el lugar.

En la entrada, un hombre elegantemente vestido y perfumado sostenía una lista, revisando a los asistentes para guiarlos a su balcón asignado. Thomas estiró el brazo para que Annabella lo tomara y caminó con seguridad hacia la fila de vestidos elegantes y trajes de gala.

—Buonanotte —saludó el hombre sin mirarlos—. Mi dareste il vostro nome?

—Thomas H.C.M. —Cuando terminó, el recepcionista alzó la vista, esperando quizá algo más que iniciales. Pero al toparse con Thomas abrió los ojos, sorprendido.

—Es un honor tenerlo con nosotros, eccellenza —se inclinó, en un inglés con acento italiano marcado, y les dejó pasar de inmediato.

Cuando entraron al hall, Annabella y Lizet quedaron impresionadas. Todo brillaba como el sol: pilastras cilíndricas de mármol coral, un candil enorme dominando el techo adornado, el piso en cuadros blancos y negros que parecían un tablero de ajedrez.

—Thomas… —Annabella se aferró a su brazo—. Es hermoso —sonrió, casi en trance.

Thomas asintió y se abrió paso entre parejas que paseaban, esperando ser conducidos a los palcos. Annabella notó que mucha gente saludaba a su marido con la cabeza, con un respeto que la intrigaba. ¿Qué había hecho Thomas para ser respetado en cada lugar que pisaba? La curiosidad la mordía, pero sabía que él no le respondería sin pagar un precio.

—Mio caro Thomas —gritó desde lejos una mujer hermosa enfundada en un vestido rojo que apretaba su busto hasta hacerlo desbordar provocativamente.

La mujer lo tomó de los hombros y lo obligó a inclinarse para darle un beso furtivo en los labios, lo que provocó el desconcierto de Thomas… y el enojo helado, inmediato, de Annabella.

El cuerpo de Annabella reaccionó antes que su razón: el pecho se le apretó, la sangre le subió al rostro y los dedos se le cerraron sobre sí mismos. Era la primera vez que conocía, de verdad, el peso de los celos. En las novelas se describían como un fuego poético; en la vida era una punzada cruda, humillante.

—¡Hace tanto que no te veía por Italia! —sonrió la mujer—. Dios mío, tienes que visitarme por lo menos una vez.

Thomas se aclaró la garganta, incómodo. Miró a Annabella, que se había cruzado de brazos y lo observaba, expectante, con una calma que era puro filo.

—Lady Holden —dijo Thomas con pesar.

—¿Lady Holden? —se burló ella—. Dios mío, no me decías así cuando estábamos en…

—Mi esposa —la interrumpió Thomas antes de que la conversación se tornara peor de lo que ya se sugería.

La mujer abrió los ojos, sorprendida. Miró sucesivamente a Thomas y a la joven que estaba a su lado. Un destello de incomodidad cruzó su rostro, pero no pareció arrepentirse de nada; más bien, disfrutaba del efecto que causaba.

—¡Dios mío! —se tocó el pecho. Annabella no le recomendaba esa acción a menos que quisiera exactamente lo que parecía querer. Annabella miró a Thomas, buscando en él alguna señal… pero Thomas solo la miraba a ella, como si el resto no existiera.

—No tenía ni la menor idea —murmuró la mujer.

—Sí… bueno, me dio gusto verte.

Thomas se apresuró con la despedida.

—Oh, no, querido —los detuvo—. Por lo menos me gustaría saber su nombre, no seas tan descortés.

Annabella lanzó una mirada breve a Thomas —un reproche silencioso— y ella misma se adelantó. Se inclinó con parsimonia ante esa mujer que parecía haber tenido una relación… o al menos una intención, particularmente íntima con su esposo.

—Annabella —se presentó, sin bajar la voz, disfrutando la cara incrédula de la mujer.

—Esmeralda… —respondió, un poco confusa.

—Bien, Lady Esmeralda —sonrió Annabella con encanto—. Espero verla… pronto.

La pausa dejó claro lo que el tono fingía negar: entusiasmo no había. Annabella se dio la vuelta y subió las escaleras hacia su palco.

Thomas observó cómo su esposa se alejaba. Cruzó los brazos y dirigió una mirada molesta a Esmeralda.

—¡Yo qué iba a saber! —se quejó ella, levantando los brazos—. Pensé que era otra de tus conquistas y me pareció divertido.

—En todo caso no te lo hubiera agradecido —arqueó la ceja—. Tendré que lidiar con ella.

—Tranquilo, galán. Todo el mundo sabe que entre nosotros nunca ha habido nada —abrió su abanico lentamente.

—A excepción de mi esposa, que ahora piensa que me acosté contigo y tú, descaradamente, me saludas como si así fuese.

—Explícale —dijo Esmeralda, como si fuera obvio.

—Claro, loca. Solo que no me creerá.

—Bueno, Thommy —sonrió ella, sorprendida—. Parece que te han atrapado. Me pillas desprevenida, en verdad. Hasta te preocupa que piense mal de ti… o que se enoje por algo de tu vida pasada.

—No estoy atrapado.

—Claro. ¿Entonces esta discusión es por…? —arqueó la ceja.

—Eres insoportable.

—Y tú, un mentiroso —se encogió de hombros—. Pero todos tenemos nuestros defectos.

—Adiós, Esmeralda.

—Adiós, guapo —sonrió—. Aunque… no fue mentira que siempre quise algo contigo.

Thomas se giró lentamente.

—Sigues casada.

—Sigues siendo aburrido —le sacó la lengua.

Annabella entró al palco con una mirada furibunda y caminar resuelto. Se introdujo en el compartimiento y caminó de un lado a otro intentando serenarse. Tenía sentimientos encontrados: enojo, sí, pero también una vergüenza que le raspaba el orgullo por sentir celos de algo que quizá no existía.

—Annabella —la llamó Lizet, y la joven casi se sobresaltó.

—Dios mío, Lizet —se quejó—. Me asustaste.

—Lo siento —dijo Lizet, extrañada: había seguido sus pasos.

—No importa. Dime.

—Usted es mucho más bonita —dijo sin más.

Annabella le sonrió en complicidad y asintió, como si eso la aliviara… aunque no era cierto. La incertidumbre seguía allí, carcomiéndola.

—No creo que los hombres piensen eso —negó, con una mano sobre el vientre, obligándose a respirar.

—Yo creo que mi señor sí lo piensa —Lizet le tomó las manos—. Además, ningún hombre se fijaría en alguien con tan poco gusto… que tiene que apretarse el pecho de esa forma para llamar la atención. Si me permite decirlo, usted no necesita nada para resaltar sus dotes.

—¡Dios mío, Lizet! ¿Pero qué dices? —se sonrojó Annabella, aunque en el fondo agradecía el intento.

—¿Quiere que pasemos de una vez? —preguntó Lizet, señalando la cortina roja que separaba el palco.

—Sí —concordó Annabella.

La cortina se corrió y Annabella observó impactada la vista del escenario… y también lo bello del teatro: adornos dorados por doquier, pilastras de mármol rosado, cortinas de seda roja para separar palcos, una baranda cubierta de terciopelo rojo acolchado y sillas forradas en el mismo material.

—Es impresionante —murmuró Lizet, dejándose caer en una silla.

Annabella se adelantó hasta tocar la baranda. Observó cómo el teatro se llenaba: palcos y platea, murmullos, abanicos, perfumes. Se emocionó al pensar en la música. Siempre la había amado, pero allí era distinto: escucharían ópera en el lugar donde se había inventado su renacimiento.

—¿Te gusta? —susurró una voz detrás de ella.

Unas manos se deslizaron desde su cintura hasta posarse en su vientre, acogiéndola en un abrazo.

Annabella se tensó; el cuerpo le recordó demasiado pronto el roce de Thomas, la forma en que su calor la desarmaba.

—Sí —respondió cortante, dejando patente el enojo.

—Muy poca expresión para una amante de la ópera —Thomas la volteó hacia él con un movimiento rápido.

Annabella frunció el ceño.

Se cruzó de brazos, aunque él la tenía aprisionada.

—¿Te divertiste? —alzó la ceja sarcásticamente.

—¿Haciendo qué? —Thomas soltó una carcajada—. ¿Buscándote?

—Que yo recuerde, te dejé entretenido con una antigua… colega.

Thomas notó la pausa. En vez de inquietarlo, lo hizo reír más: era imposible tomarla por amenaza cuando tenía esa cara de ángel y esa nariz que se arrugaba con adorable indignación.

—¿"Colega"? —repitió entre risas.

—¡Suéltame! —exigió Annabella al ver que él se burlara.

Thomas se inclinó hasta quedar demasiado cerca de sus labios. La miró directo a los ojos. Annabella sostuvo su mirada sin rendirse, aunque el pulso se le disparó.

—¿Y si no lo hago? —preguntó, divertido.

Annabella se removió intentando apartar los brazos que la mantenían presa. Thomas apretó un poco más, con una sonrisa que delataba que estaba disfrutando de los celos de su esposa.

—Thomas, por favor…

—Mira, pecas, no sé por qué estás tan enojada. Pero si es por Esmeralda… es solo una amiga.

—Una "amiga" muy íntima, ¿no crees? —susurró Annabella para no causar revuelo—. Espero no tener el gusto de conocer a más de tus "amigas" y sus saludos especiales.

Thomas no pudo evitar otra carcajada; tuvo que inclinarse un poco, ahogándola en su mano.

—Mira. Tú sabes quién era en el pasado, no puedo negarlo —aclaró—. Pero yo jamás me metería con una mujer casada. Y, querida, Esmeralda está casada desde hace ocho años.

—Se ve que se conocen muy bien —volvió a cruzarse de brazos.

—Somos de la edad hermosa. Coincidimos en varias fiestas.

Annabella calló, intentando esclarecer su mente. Quería creerle. La preferencia le dolía: deseaba creerle como una necesidad física, como si la duda le sacara el aire.

—¿Sabes? Me ha gustado esa forma en la que te saludó —dijo ella, malvada, provocando que Thomas alzara una ceja—. ¿Puedo hacerlo también? ¿Es algo típico de Italia?

—No me tientes, Annabella —advirtió Thomas.

—¿De qué? —fingió inocencia—. Parece normal, ¿o no?

Thomas le lanzó una mirada más peligrosa.

Annabella solo sonrió y le tocó el pecho varias veces, como informándole que también sabía jugar.

—Mis señores —llamó Lizet, que había salido para darles un momento—. Ya va a comenzar.

Thomas asintió. Miró a Annabella con una ceja inquisidora. Ella entendió el trato tácito: si no cedía un poco, se pasarían toda la ópera discutiendo, y él seguiría burlándose.

Annabella asintió, apaciguando su genio por el momento.

Thomas la besó; no fue un beso largo, sino una marca breve que le calentó la piel. Luego acercó una silla para que ella se sentara. Annabella aceptó unos binoculares de teatro ofrecidos sobre un almohadón de terciopelo rojo.

En cualquier momento comenzaría la función.

Las primeras notas se introdujeron en el ambiente y la piel de Annabella reaccionó. Esa sensación agradable la recorrió, como si el cuerpo supiera escuchar mejor que la mente. La introducción fue perfecta para una voz que se elevó y se abrió paso en el teatro. Annabella se sorprendió al comprender que allí no había clases sociales para el placer: todos escuchaban igual; todos se rendían igual.

Annabella miró a Thomas, que estaba atento, y sonrió. Alargó la mano hasta el muslo de su esposo y la dejó ahí. Fue un gesto valiente, pequeño, como una confesión silenciosa.

Thomas volvió la mirada. Annabella sostenía los binoculares, concentrada, pero su sonrisa era demasiado luminosa para ser solo música. Thomas asintió conforme. Tomó la mano de ella entre las suyas y acarició lentamente, con el pulgar, la piel suave de los dedos. Annabella sintió un temblor mínimo —una traición del cuerpo — y apretó la mano de él sin darse cuenta.

Cuando los aplausos se hicieron presentes y las personas comenzaron a abandonar la platea, fue el indicio de que la gala estaba por empezar: una a la que asistirían, y en la que seguramente encontrarían a Giorgiana.

Thomas y Annabella caminaron juntos, mientras Lizet conversaba del otro lado de su señora. Las dos mujeres no se callaban: discutían sobre la ópera, sobre la voz, sobre la escena.

—¡Anna! —se oyó la voz de su prima.

Giorgiana se acercaba corriendo, levantando el vestido para no tropezar. Junto a ella venían dos caballeros de vestimenta extraña y caminar divertido.

—Giorgi —sonrió Annabella, abriendo los brazos.

Giorgiana la abrazó con fuerza.

—Te ves preciosa, pero claro: yo diseñé ese vestido —sonrió.

—Sí, es hermoso —alabó Annabella.

—Hola, guapo —saludó Giorgiana a Thomas, que se mantenía detrás de su esposa con esa cara impenetrable.

—Giorgiana —Thomas se inclinó y tomó su mano para besarla.

—Ugh, no hagas eso, Thommy —se quejó ella—. No me gusta que me traten así. Mejor solo dame la mano.

Thomas negó con la cabeza y volvió a su lugar, detrás de Annabella, justo cuando los otros dos hombres les dieron alcance.

—Mon Dieu —se quejó uno, doblándose sobre sus rodillas como si el aire le hubiera sido robado—. Mon cher G…

—¿Por qué no nos esperas? —dijo el otro con acento italiano marcado, en el mismo estado.

—Porque son un par de lentos —se quejó Giorgiana.

—No te justifica —reclamó el francés.

—¡Y nosotros que siempre te esperamos! —recriminó el italiano.

—¡Ay, por favor! —Giorgiana les quitó importancia—. ¡Si ven rebajas me abandonan en tres segundos!

Los tres se enredaron en una discusión. La pareja Hamilton esperaba una presentación o una despedida para retirarse.

—Ehm… —dudó Annabella—. Giorgi…

—¿¡Qué!? —gritaron los tres a la vez.

—Oh, lo siento —Giorgiana se adelantó al ver la cara confusa de su prima—. Les presentaré a mis amigos.

—Ah, mira: ahora sí somos tus amigos —se cruzó de brazos.

—Ya no empieces —Giorgiana los mandó callar con la mirada.

—No seas grosera —advirtió el italiano.

—¡Bien, basta ya! —suspiró Giorgiana y se repuso—. Annabella, ellos son Celio y Antoine.

Los caballeros se adelantaron y, antes de saludar, escudriñaron a Annabella de arriba abajo como si evaluaran una obra de arte.

—¡Molto bella! —gritó Celio, y tomó a Annabella de los hombros para plantarle dos besos en las mejillas.

Annabella los recibió desconcertada. Antoine la examinó sin miramientos y luego asintió, complacido.

—Il a une belle figure —dijo, y le dio un beso en cada mejilla.

Ambos notaron entonces al hombre hermoso que los miraba con una amenaza tan nítida que parecía cortar el aire. No entendían por qué, pero la intuición les dijo que no era prudente ignorarlo.

—Chicos, él es Thomas, el esposo de mi prima —señaló Giorgiana, con la palma abierta.

—¡Oh! —dijeron los dos al mismo tiempo.

—Ahora entiendo —asintió Celio—. ¿Habla usted italiano?

—Y francés también —respondió Thomas, mirando a Antoine.

—En realidad, Thommy, la que debería estar preocupada es Annabella, no tú —Giorgiana levantó una ceja hacia su primo político, y él entendió de inmediato.

—¿Qué? —Annabella no comprendía.

—Sí, bueno, no he venido a hablar de mí —se quejó Antoine.

—¿Y quién ha dicho que hablaban de ti? —replicó Celio.

—Ustedes dos —Giorgiana los fulminó—. Basta ya.

Annabella se acercó a Thomas. Se alzó sobre las puntas para susurrarle al oído, dejando a los otros tres en su propio caos.

—¿Entiendes algo de lo que está pasando? —preguntó curiosa. Estaba segura de que Thomas había comprendido el mensaje de Giorgiana, pero también sabía que él no se lo diría sin hacerlo rogar.

Thomas sonrió.

—Mi cielo, no te preocupes por ello.

—¿Por qué te encanta hacerme enojar? —Annabella se cruzó de brazos, recordando que seguía molesta.

Sonrió vengativa y caminó hasta pasar ambos brazos por los de Celio y Antoine. Ellos dejaron de pelear y la miraron expectantes.

—¿Vamos a la fiesta? —preguntó Annabella, sonriente.

Thomas rio disimuladamente, tapándose la sonrisa con la mano. Giorgiana levantó una ceja primero hacia sus amigos y su prima; luego miró a Thomas, divertido.

—No sabe nada, ¿cierto? —preguntó Giorgiana.

—Creo que ni siquiera se le pasa por la cabeza —se burló Thomas.

—Qué malo eres por no decirle —se cruzó de brazos—. Aunque debo admitir que quiero ver su cara cuando lo procese.

—¿Y yo soy el malo?

—Yo no soy su esposa —se encogió de hombros—. Además, ¿por qué actuó así? Annabella no es de coquetear y dar celos.

—Creo que se quiere cobrar una deuda —dijo Thomas, comenzando a escoltarla por las escaleras.

—Mala suerte que le esté saliendo tan mal —sonrió Giorgiana—. Ni crea que se lo dejaré pasar, señor. La ayudaré para la próxima.

—Creo que no dudaré de su palabra —asintió Thomas, extrañamente cómodo con la plática. Su cerebro captó lo inevitable: era una Bermont como su esposa. Y, aun así, por primera vez no sintió la urgencia de atacarla… aunque una parte de su conciencia le recriminó estar cómodo.

La voz de Humberto cruzó su memoria, como una seda que también era soga: *"El confort es una trampa, Thomas. Cuando te sientas cómodo, estás a punto de ceder."*

—Dígame, señor —Giorgiana lo miró de lado, volcando sus ojos azules—. ¿Sabe usted todo lo que se dice sobre un tal "uomo cattivo"?

Thomas tragó saliva.

—Hombre perverso —tradujo—. Solo sé que significa eso.

—Yo también hablo italiano con fluidez, señor —Giorgiana se detuvo y lo enfrentó con los brazos cruzados.

—Me alegra. Sirve mucho —Thomas la esquivó junto con su conversación.

—Se dice que solo se sabe su nombre. Thomas, según escuché, ha logrado mantener oculto su apellido… —lo miró interrogante—. ¿Cómo has logrado eso?

Thomas se paralizó al final de las escaleras. Sus manos se cerraron en puños. Su expresión se tornó divertida, pero no era una diversión amable; era la misma que su padre usaba cuando sonreía para hundir una aguja.

En el tono de Humberto siempre había amenaza elegante… y algo más turbio: una atracción que, en vez de admitir, castigaba con crueldad disfrazada de educación.

"La gente desea lo que teme," había dicho una vez, mirándolo como quien mide un cuchillo. *"Haz que te teman, y te seguirán."*

—El que nos encontráramos no es coincidencia —Thomas se volvió hacia ella—. Nos seguiste hasta aquí.

Giorgiana sonrió falsamente y asintió. Caminó a su alrededor, inspeccionándolo.

—En todos lados escucho de ti. Es impresionante. Pero la seguridad de mi prima es primordial para mí —entrecerró los ojos—. No sé qué tramas ni por qué te casaste con ella, pero te recomiendo cuidado cuando se trata de ella.

—¿Me recomiendas? —Thomas sonrió y se encogió de hombros, despreocupado—. Querida Giorgiana Charpentier, hija de los marqueses de Millentmont… la francesa rebelde renegada por su familia, una joven sin virtud que vaga por el mundo con la espalda de sus padres —recitó como si lo leyera de un papel, dejando anonadada a Giorgiana—. Yo también tengo información tuya. Así que no me vengas a intentar amenazar.

—Siempre atacando, ¿no? —negó Giorgiana, alejándose un poco. Se dio cuenta de lo peligroso que era meterse con él… y, al mismo tiempo, lo divertido—. Se dice que lo traes de nacimiento.

—Lo aprendí con los años —corrigió—. Y soy bueno.

—Buscas puntos débiles y los atacas sin dudar. Muy honorable de tu parte —dijo sarcástica.

—Solo si me provocan.

—¿Te sientes provocado?

—Te falta mucho para lograr molestarme. No suelo actuar contra mujeres… pero tú tienes mentalidad de un hombre.

—Me siento halagada.

—No lo hagas —sonrió Thomas, sin felicidad, solo advertencia—. Te pone bajo las mismas condiciones.

—¿Se supone que debería temerle? —gritó mientras lo veía alejarse.

—No lo sé —se encogió de hombros—. Usted es la que ha escuchado esos rumores de mí. Debería recordar lo que dicen.

—Es usted un hombre extraño.

—Puedo decirle lo mismo —la miró de reojo.

Mientras tanto, Annabella ya había entendido su error: actuar así frente a Thomas para darle una cucharada de su medicina. Pero resultaba que a Celio y Antoine ella no les parecía especialmente… atractiva. Tenían otros gustos. Aun así, no perdió el tiempo: eran vivaces, alegres, entretenidos. Llevaban media hora haciéndola reír con críticas hacia pobres italianas —y eso que Celio era italiano.

—No, no, no —negó Antoine—. ¿Cómo se le ocurrió hacerse ese color de vestido? ¡Dios mío! ¿En qué estaba pensando?

—Ay, Antoine, no seas lacra. Tal vez le gustan sobremanera las calabazas de su jardín —Celio rio.

Annabella negó, riendo también, aunque una parte de ella se preguntó, inevitablemente, qué dirían de ella cuando no estuviera. Sin embargo, por lo poco que los conocía, parecían leales. Según ellos, ella era "un tierno caramelo de vainilla", lo que esperaba fuera un halago.

—Anna —le tocaron el hombro.

Annabella volvió y vio a Giorgiana sonriéndole, con ese brillo de plan. Annabella tenía dos opciones: preguntar y atenerse a las consecuencias, o hacerse la sorprendida. Prefirió no ser cómplice; sonrió e ignoró la mirada maquiavélica.

—¡Uy, pero sí parece que nuestra G tiene un plan! —dijo Antoine en cuanto la vio.

—¿Es malo? —se adelantó Celio—. Dime que es malo.

—Claro que no —Giorgiana les lanzó una mirada silenciadora—. Nosotros no somos malvados, Annie. No te preocupes.

Annabella lo dudó sinceramente.

Pero ya no era cosa suya: nadie cambiaba a Giorgiana.

—Giorgi, por cierto… ¿dónde está Thomas? —preguntó Annabella. Su esposo se había rezagado con su prima hace un momento; ahora Giorgiana estaba ahí y Thomas no aparecía.

—Tesoro mío —sonrió Celio—. Mira por allá.

Señaló un grupo de jovencitas arremolinadas alrededor de Thomas, mientras él hablaba con un hombre.

—Totalmente entendible —asintió Antoine—. Es un bombón. Además… ¿ya vieron ese enorme trasero?

Giorgiana se aclaró la garganta, intentando que sus amigos tomaran compostura. Pero Annabella ni siquiera pareció oír: tenía la

vista clavada en el círculo de mujeres alrededor de su esposo, y lo que la irritaba era que Thomas no hacía esfuerzos visibles por quitárselas.

La sangre le subió a las mejillas. La respiración se le volvió más corta. Sus manos, traicioneras, se apretaron sobre sí mismas.

—Annabella —Giorgiana le tocó el brazo, interrumpiendo el incendio—. ¿Qué harán mañana?

Annabella parpadeó, obligándose a volver.

—No sé… supongo que no tenemos nada planeado.

—Creo que Thomas saldrá en la noche —Giorgiana alzó una ceja —. Seguramente no te llevará porque es un poco… diferente.

—¡Oh! Pero es un lugar tan divertido —Celio le quitó importancia.

—El punto es… —Giorgiana calló a sus amigos con la mirada— que podemos ir a algún lugar a cenar.

—¿Cenar? —se quejó Antoine—. Dijiste que iríamos al…

—Cenar, Antoine —Giorgiana abrió los ojos de forma peligrosa.

Antoine tragó saliva y decidió vivir.

—Ah… claro. Cenar.

—¡Sí, querida bombón! ¡Te invitamos! —sonrió Celio, comprendiendo las indirectas.

Annabella entendió entonces que su prima lo había planeado desde hacía rato. Tal vez quería devolverle una pedrada a Thomas y

ayudarla a ella de pasada. Pero si hacía lo que Giorgiana pedía, se ganaría una pelea con Thomas. ¿Valía la pena?

—Vamos, Annie, di que sí.

Tres pares de ojos la presionaron sin darle opción. Annabella suspiró, cansada, intentando no arrepentirse.

—Solo si me dices que él saldrá —cedió al fin.

Así no se sentiría culpable.

Giorgiana aplaudió alegre y asintió varias veces, satisfecha. Miró a sus amigos con una alegría que era puro complot.

Thomas saldría, seguro. Tendría algo que resolver en ese lugar, y la presencia de Annabella era fundamental para el plan.

Y por esto nadie amenazaba a Giorgiana Charpentier: ella también era buena buscando puntos de presión… y Annabella —para desgracia de Thomas— era su punto de presión.

Capítulo 19

Thomas abrió la puerta de la recámara del hostal, dejando que Annabella pasara primero, acompañada de Lizet, quien ya empezaba a desabrocharle el vestido con la destreza silenciosa de quien ha sido entrenada para no existir.

Thomas se internó en la habitación y fue a sentarse en un sillón cercano al fuego. Desde ahí podía ver —con una claridad indecente — cómo desvestían a su esposa con todo lujo de detalle. Aunque se escudara tras un libro, sus ojos se le escapaban, involuntarios, hacia la curva del cuello de Annabella, la línea de sus hombros, la cintura que se iba liberando centímetro a centímetro. Casi como una adicción.

Suspiró, cansado de sí mismo, y se deshizo del corbatín y del saco de gala. Se sintió reconfortado en cuanto aflojó la vestidura excesiva que los aristócratas se obstinaban en llevar como si la tela fuera virtud. Si por él fuera, bastarían unas botas, pantalones y una camisa de algodón, con eso sería completamente feliz.

Pero pensar en ropa era una pérdida de tiempo. Había algo más importante clavado en su cabeza: aquella conversación con la revoltosa Bermont. Giorgiana Charpentier era una mujer compleja, con conexiones. Thomas no dudaba que supiera cosas sobre él. Sin

embargo, por sus palabras apenas si se enteró de lo básico… y, aun así, ella tenía razón en algo: existía un punto débil.

Annabella.

Su nueva debilidad.

Normalmente no lo habría aceptado, y quizá jamás lo diría en voz alta. Pero era su esposa. Por definición, era un punto de presión. Una desventaja considerable, sobre todo en los lugares a los que iban. Sería necesario protegerla cada vez más y esa idea le provocó una presión desagradable en el pecho, como si un puño invisible se cerrara allí.

El afecto es una cuerda, Thomas.

La voz de su padre le atravesó la memoria con la misma elegancia venenosa con la que pronunciaba las amenazas disfrazadas de consejo.

Lo que amas te gobierna. Y un hombre gobernado merece ser despojado. Procura, pues, gobernar tú… incluso aquello que deseas.

Thomas apretó la mandíbula, como si aquel recuerdo fuera un trago amargo. Bajó la mirada a su libro, obligándose a leer, a trazar líneas con los ojos… como si el papel pudiera mantenerlo lejos de la piel de su esposa.

Pero Annabella estaba ahí y su cuerpo lo sabía.

Annabella lo miraba a través del espejo del tocador, él lucía abstraído, con un semblante impenetrable que le erizaba la nuca,

ese rostro serio le ponía los nervios de punta. Sintió el pulso en la garganta, una vibración rápida que no conseguía disimular.

Los ojos verdes de Annabella buscaron los de Lizet en el espejo; percibió que la joven tampoco estaba cómoda. Thomas solía intimidar incluso cuando no hablaba: bastaba tenerlo enfrente para que una sintiera el impulso de retroceder. Pero esa noche parecía peor; no por lo que hacía, sino por lo que no hacía. Por la clase de silencio que se le acumulaba detrás de los ojos azules.

Annabella tocó las manos de su doncella para indicarle que dejara su cabello suelto y, con una mirada muda, la despidió. Lizet asintió, caminando con sutileza. Antes de salir, miró con detenimiento a su amo ensimismado; luego dirigió a Annabella una inclinación leve, levantando las manos apenas, como diciendo sin palabras: *no entiendo*. Annabella asintió: *yo tampoco*.

Se puso en pie con una economía grácil de movimientos y se acercó a Thomas. Le llamó la atención y la inquietó comprobar que, aunque caminaba a plena vista de él, Thomas no la miraba.

No era desdén: era concentración, como si estuviera luchando consigo mismo. Annabella sonrió, desarmándolo sin ruido, y se sentó a los pies del sillón. Thomas seguía con expresión seria; su mano derecha, larga y fuerte, rozaba distraídamente la barba incipiente. Annabella, al notar que ni siquiera eso lo arrancaba del abismo,

colocó las manos sobre una de sus rodillas y recargó la barbilla sobre ellas, mirándolo desde esa posición.

Thomas bajó la mirada al sentir el contacto.

Y allí estaba: su esposa, como un ángel a sus pies, con esos ojos verdes que no sabían mentir. Thomas sintió una punzada absurda de ternura y otra, más oscura, que castigó al instante, tensando la boca.

—¿Qué haces ahí sentada? —le acarició el cabello con una suavidad que contrastaba con la rigidez de sus hombros—. Ven aquí.

Se inclinó y la tomó por los brazos para ayudarla a sentarse sobre su pierna. La colocó con cuidado, pero con una firmeza que dejaba claro que ese lugar era suyo. Annabella se acomodó, jugueteando con un botón de su chaleco, como si necesitara ocupar las manos para que no la delataran. Le temblaban apenas: un temblor mínimo, indecente.

—¿Sucede algo? —preguntó la joven, en voz baja.

Thomas la miró largo rato. Observó cómo ella se concentraba en el botón, evitando sus ojos.

—No —dijo por fin, pasando la mano alrededor de su cintura. La palma, tibia, se asentó en su cadera como un sello.

—Te ves… distraído —susurró, midiendo cada palabra.

—No es nada. No te preocupes —recostó la cabeza en el respaldo del sillón, intentando parecer indiferente.

—Entiendo —asintió Annabella, aunque era obvio que no entendía nada. Sabía, simplemente, que él no se lo contaría.

Intentó ponerse de pie para dirigirse a la cama, pero el brazo de Thomas la retuvo. Annabella lo miró, confusa, y esa confusión se intensificó al ver la sonrisa que él le dedicó: una sonrisa breve, como si se permitiera el pecado un segundo.

—¿Qué haces? —preguntó Annabella, en tono de juego, aunque el aliento se le había vuelto más corto.

—Voy a la cama —respondió como si fuera obvio.

—¿Y por qué lo haces?

—Pensé que estabas cansado.

Thomas se inclinó hacia ella. La cercanía le subió el calor a la cara a Annabella antes incluso de que la tocara.

—No lo suficiente —murmuró, y tomó sus labios en un beso lento, medido, casi cruel en su paciencia. Un ritmo sedante que parecía prometerle calma y, al mismo tiempo, desquiciarla.

Annabella apenas sintió cuando Thomas se levantó del sillón. La condujo hacia la cama con una facilidad que la desarmó y la depositó sobre el colchón con cuidado. No fue brusco; fue peor: fue seguro, como si supiera exactamente cuánto podía presionar sin asustarla.

Se inclinó sobre ella y besó la base de su garganta, donde la piel era más vulnerable. Annabella contuvo un sonido, pero le traicionó la

respiración: un golpe tibio que le tembló en el pecho. Thomas lo notó. Y, por un instante, su mano se detuvo, como si fuera a retroceder.

Castigó ese impulso de retroceder con control: retomó el gesto, pero más contenido. Más firme. Como si se impusiera distancia incluso estando encima.

Annabella lo sintió. Y esa distancia —ese "no" invisible— le encendió algo nuevo: una valentía extraña en el gesto. Subió las manos y lo atrajo hacia ella, como si el poco espacio entre ambos le ofendiera.

Thomas accedió, y esa concesión se le notó en un suspiro pesado, contenido entre los labios. La besó de nuevo, pero sin perder la compostura; como si el deseo tuviera que obedecerlo.

El cuerpo de Annabella era perfecto, Thomas siempre lo había pensado; alguna vez se lo dijo para incordiarla cuando apenas se conocían. Ahora, con ese cuerpo perteneciendo a su vida, comprendía que no había belleza que le provocara lo mismo. Le irritó sentirse afortunado. Le irritó más sentir orgullo por ese derecho.

Su mano recorrió la cintura de Annabella, aún cubierta por la tela del camisón. No se precipitó: fue lento, como si la caricia fuera un lenguaje. Annabella se estremeció y apretó los dedos en la sábana, traicionada por su propia sensibilidad. El pulso se le disparó en las

muñecas; lo sintió como un tambor, como si el cuerpo se hubiera despertado por fin.

—Ayúdame —le indicó Thomas al oído, con una voz baja que no admitía discusión.

Annabella levantó las manos, temblorosas, hacia el primer botón de la camisa de Thomas. Intentó desabrocharlo, pero el temblor la delató. Le dio vergüenza; y la sonrisa enternecida de él —esa que parecía decir *te veo*— tampoco la ayudó.

Thomas atrapó sus manos entre las suyas. Las llevó a la boca y depositó dos besos suaves, tranquilizadores. Fue un gesto de ternura que, sin embargo, también parecía una advertencia: *conmigo no tienes que correr… pero tampoco puedes fingir que no deseas*.

Annabella sonrió, tímida, y lo acercó a ella para besarlo como mejor sabía. Thomas la acogió con experiencia, colocando una mano en su mejilla para guiarla, profundizando el beso sin prisa, como si estuviera enseñándole a respirarlo.

Annabella era consciente de la forma en que Thomas repartía besos por su piel, de la delicadeza con que la tocaba: actuaba con un cuidado que no se parecía en nada a las manos que habían levantado a un hombre del suelo con furia. Aquellas manos eran cálidas y certeras; donde se posaban dejaban escalofríos, y los

sonidos que arrancaban a Annabella la avergonzaban y la fascinaban a la vez.

En cierto momento, Thomas giró en la cama y la llevó con él, acomodándola de modo que ella quedara sobre su torso. La sostuvo con firmeza por las piernas, impidiendo que se apartara por pudor. Annabella, azorada por la posición, cortó el beso y escondió la cara en su cuello. Thomas soltó una risa leve —apenas un hilo de aire— y besó su hombro, paciente, como si esperara a que ella se acostumbrara a ser deseada de ese modo.

—¿Te da miedo? —le acarició la espalda con la palma entera.

—No… —susurró, aún enterrada en su cuello—. Me da vergüenza.

—Pero si conozco todo tu cuerpo —sonrió Thomas; ella no podía verlo, pero lo oyó—. No tienes de qué avergonzarte.

—Tus palabras solo lo empeoran —murmuró Annabella.

—Bien. Ven aquí. —Thomas tomó su rostro entre las manos y la obligó a levantarlo—. Mírame a los ojos.

Annabella lo miró. En esa cercanía descubrió algo peligroso: Thomas estaba tenso, no solo excitado: tenso, como si se estuviera conteniendo de sí mismo, como si el deseo fuera un animal que él mantenía con correa.

—¿Aún tienes vergüenza? —preguntó, con un tono reconfortante que le calmó el alma.

Annabella negó con un gesto mínimo y se inclinó para besarlo. La respuesta fue inmediata: Thomas la recibió, y el beso se volvió una danza larga, insistente, en la que ambos parecían olvidarse del mundo. La habitación olía a leña y a seda caliente; el fuego crepitaba como un testigo indiscreto. Afuera, Florencia debía de seguir respirando, ajena, pero allí dentro el aire se había vuelto más pesado, más íntimo.

La noche se cerró sobre ellos con la discreción de los lugares elegantes: no hacía falta nombrarlo todo para que el cuerpo lo recordara. Después de lo que pareció un tiempo interminable, ambos estaban recostados uno junto al otro, intentando normalizar la respiración y, en el caso de Annabella, el corazón. Thomas notó cuando su esposa se levantó parcialmente para alcanzar la camisa que él había usado. Por alguna razón se había vuelto costumbre: Annabella se la ponía después y, luego, regresaba a gatas, sabiendo que él la esperaba sentado, con la espalda en la cabecera.

Annabella se acomodó entre las piernas de Thomas y recargó la espalda en su pecho. Sintió el cosquilleo agradable de su abrazo, la forma en que sus manos fuertes descansaban sobre su vientre como si protegieran algo.

—Thomas… —Annabella le acarició las manos.

—¿Mmm? —respondió él, adormilado.

Annabella se removió para poder girar la cabeza y verlo a los ojos.

—Tú… ¿estás… estás bien conmigo? Digo… tú…

Thomas la miró confuso. Luego, sin responder, la acomodó sobre la cama y la abrazó por la espalda.

Fue un gesto claro: *duerme*. *no ahora*. *no hablemos*.

Annabella suspiró al comprender que no habría respuesta. Y no insistió. Disfrutó el calor del cuerpo de su esposo y lo reconfortante de sus brazos. Al menos ahora la abrazaba. Para ella eso ya era un logro: quizá no era mucho, pero la hacía feliz.

Las calles de Florencia comenzaban a llenarse con quienes despertaban ante el nuevo día, el sol, al salir, calentaba los hogares, haciendo innecesarias las chimeneas.

Dentro de una habitación de cortinas abiertas, los primeros rayos se posaron sobre los párpados de una joven. Como ya era habitual, la presencia de su esposo la mantenía cómoda, retrasando el despertar. Annabella giró entre aquellos brazos y encaró a Thomas. Pasó lentamente la mano por sus labios, mejillas y nariz, explorándolo con la curiosidad nueva de quien ya no se siente una invitada en la intimidad, se divirtió al notar que le incomodaba; Thomas intentó varias veces apartarse de esa “tortura” suave, como si la caricia le provocara un escalofrío desagradable.

Annabella insistió un poco más, disfrutando de la reacción, hasta que los ojos de Thomas se abrieron y la enfocaron.

—Hola —sonrió Annabella.

—No me gusta que hagas eso —dijo él, soltándola y dándole la espalda—. Me hace cosquillas.

—Pero si no se siente nada, es solo una caricia —Annabella se sentó sobre la cama, recostando la mejilla contra su hombro—. A mis primos les gustaba que les hiciera esto.

—A mí me desagrada —se acomodó en la almohada, buscando una posición para seguir durmiendo.

—¿Piensas quedarte mucho en la cama? —preguntó Annabella antes de que él volviera a perderse.

—Sí… en definitiva estoy cansado —respondió.

—Entonces iré a desayunar con Lizet —anunció. Thomas le contestó con un asentimiento.

Annabella se puso en pie y comenzó a vestirse por sí misma. No necesitaba a Lizet para todo y, siendo sincera, no quería que entrara y la viera así: con la camisa de Thomas puesta y él apenas cubierto por una sábana. Prefería hacerlo sola.

Acomodó como pudo el corsé —menos apretado de lo debido— y, sin ponerse todavía el vestido sobre los paños menores, fue al tocador, intentando desenredar el cabello con los dedos.

—Annabella, ven aquí. Déjame ayudarte.

La castaña dio un brinco en el banquillo. Giró la cabeza hacia la cama: Thomas estaba sentado con tranquilidad, había dejado el libro de lado para atenderla.

—Pero si ya casi termino. Si quieres, ve a dormir.

—No tienes bien abrochado el corsé, y seguramente no podrás con los botones del vestido —le hizo una seña para que se acercara.

Annabella se encogió de hombros y fue hacia él. No se opondría si ofrecía su ayuda con esa calma.

—Gracias —dijo, sentándose en el borde de la cama y apartando el cabello de la espalda para que Thomas apretara el corsé.

Cuando terminó, Thomas tocó ligeramente la parte descubierta de sus hombros. Besó con lentitud la base de su cuello, donde la piel se unía con la espalda. Annabella sintió un estremecimiento, involuntario; un calor que le subió por la columna y le tomó el aliento.

—¿Con quién dices que te irás a desayunar? —preguntó él, sin prisa.

—Con Lizet —Annabella se volvió para verlo; sin poder evitarlo, alargó la mano y tocó su quijada, sintiendo la barba incipiente bajo los dedos—. ¿Y tú?

—No sé. Me quedaré —le dio un beso pequeño y se recostó otra vez.

—¿No saldrás en todo el día?

Annabella jugueteó con la mano que Thomas había dejado sobre sus piernas. Le gustaba esa presencia: la calma del peso.

—Creo que tengo que salir en la noche —la miró con una disculpa breve—. Una hora o dos.

—Quieres decir que no me llevarás —entendió ella—. ¿Por qué?

—No quiero que vayas a ese lugar. No tardaré.

Annabella miró hacia la ventana, concentrándose en los rayos cálidos que entraban en la habitación. Algo en el pecho se le apretó.

—No me quiero quedar sola —confesó quedamente—. Giorgiana me ha invitado a cenar… ¿puedo ir? —lo miró con súplica.

Thomas se removió, incómodo. No quería que fuera. Pero tampoco deseaba dejarla encerrada, sabiendo que se sentía insegura desde lo ocurrido en París. Además, Giorgiana era temible… y ya le había jurado venganza a nombre de Annabella. Aun así, era la única opción en la que ella no estaría sola.

—Está bien —cedió tras un largo silencio.

—Entonces puede que no nos veamos en todo el día de hoy —se entristeció Annabella.

—Comeré contigo —Thomas le tomó la mano y la acercó a sus labios—. Regresa aquí a las dos —dijo, besándole el dorso.

Annabella asintió. Fue por el vestido: también necesitaría ayuda con él. Cuando estuvo presentable para un simple desayuno, se inclinó hacia Thomas para besarlo… pero tocaron la puerta.

Ambos se miraron, extrañados. Lizet no venía si no se lo pedían y en el hostal no conocían a nadie.

Annabella corrió a abrir. Afuera estaba un hombre elegante, traje negro impecable, mirada serena. Le ofreció una charola de plata donde descansaban dos cartas.

—Gracias —sonrió Annabella, empezando a cerrar. Pero dos nuevos golpes la obligaron a abrir de nuevo.

—Esperaré respuesta, signora contessa —se inclinó el hombre.

Annabella asintió y cerró. Ese servicio le perturbaba: la trataban con una frialdad cuidadosa, como si tuvieran miedo de equivocarse. Volvió la cabeza hacia Thomas y una idea le heló la espalda: como si estuvieran… amenazados.

—¿Thomas? —se acercó, subiendo las faldas para sentarse en la cama—. ¿Tú dijiste algo a los sirvientes?

—¿Por qué? ¿Has tenido inconvenientes? —preguntó él con tranquilidad.

—No. Es solo que… —Annabella vio su expresión, esa que decía "no entiendo de lo que tratas de decir" —Nada.

Thomas se encogió de hombros y volvió al libro.

—¿Quién era?

—Me trajeron estas cartas —dijo ella, mostrando los sobres.

—¿De?

Annabella leyó. Una era de Giorgiana, seguramente avisando la hora. La otra llevaba un nombre desconocido; pensó que quizá se habían equivocado de recámara.

—No conozco a esta persona —le dijo a Thomas—. ¿Tú sabes quién es Lady Margarita Fiore?

Thomas alzó la vista con expresión indescifrable y le quitó el sobre para leerlo él mismo.

—Thomas, ¡espera! ¿Qué dice? —Annabella intentó arrebatárselo, pero él la apartó con rapidez. Se puso de pie y se colocó una bata, cubriendo su desnudez con una eficiencia casi brusca. Annabella lo miró, recriminatoria; de pie sería imposible quitarle nada. Esperó.

—No vayas —dijo él al terminar de leer.

—¿Qué? —Annabella frunció el ceño—. ¿Ir a dónde?

Le arrebató la carta por fin.

Lady Annabella:

Sé que le parecerá sumamente confuso recibir una carta de una mujer a la cual no conoce. Debo disculparme por mis modales al atreverme a escribirle sin haber tenido el honor de tratarla en persona; sin embargo, he sido notificada de su presencia desde hace algunos días y, verdaderamente, muero por conocerla.

El día de hoy celebraré un pequeño desayuno de señoritas, siendo usted mi invitada de honor. Espero que pueda asistir y sepa que mi

deseo no es incordiar sus planes. La espero en el restaurante Il Palagio dentro de una hora.

Su nueva amiga, Margarita Fiore.

—No puedo simplemente no asistir, Thomas —dijo Annabella al terminar, alzando la mirada.

Thomas le tomó el rostro con ambas manos. Sus pulgares descansaron en sus mejillas con una ternura que contrastaba con el filo de su voz.

—Sé quiénes son y no desean ser tus amigas.

—Las conoces… —Annabella abrió los ojos. Y entonces lo entendió.

La rabia le subió de golpe. No importaba si había sido antes del matrimonio, o hacía años: la idea le pinchaba el orgullo. Quiso golpear algo, como si el cuerpo necesitara descargar esa energía.

—Mejor por qué no…

—Iré —sentenció Annabella, guardando la carta en el sobre.

—¿Qué? —Thomas la siguió por la habitación cuando ella fue al escritorio, sacó tinta, papel y pluma—. Annabella…

—Iré —repitió—. Si tienen el valor de hablarme, seguramente será por algo importante, ¿no es cierto?

—No es nada importante, quieren molestarte —dijo Thomas, viéndola escribir la nota de respuesta.

—Entonces quiero saber con qué me van a molestar —continuó, sin levantar la vista—. Porque supongo que no serán las últimas.

—Por Dios, Annabella —Thomas la tomó de los brazos para ponerla de pie. Aplicó fuerza, pero no la dañó: fue control. Control físico. Y, cuando habló, su voz se volvió más fría—. No quiero que vayas.

—Pero si no lo hago, siempre se reirán de mí —Annabella apretó los dientes—. Lo siento, pero quiero defenderme.

—Yo puedo defenderte —Thomas sostuvo su mirada—. Tu mejor carta es que estamos casados. No hace falta que las enfrentes.

—Pensarán que tengo miedo —replicó ella—. Y no lo tengo.

Thomas la soltó cuando ella hizo amago de irse. La siguió con la mirada hasta que Annabella entregó las dos cartas de respuesta. Él estaba seguro de que volvería herida, enojada o humillada, y todo por una mujer que nunca lo había dejado en paz.

—Solo prométeme una cosa —Thomas la tomó en brazos cuando pasó junto a él, como si el contacto fuera una forma de impedirle seguir—. Lo que te digan, no lo creas. Y si tienes dudas… me preguntas.

—¿Y por qué no me lo dices tú antes que ellas?

La celotipia le daba valentía; la rabia, lucidez. Annabella alzó la barbilla, nueva en ese gesto.

—No sé qué te puedan inventar —vaciló Thomas. En realidad prefería esperar: hablar de más lo exponía.

—Bien. Entonces me tengo que cambiar —Annabella guardó el sobre con determinación—. Ahora que te has levantado, espero que no te moleste que llame a Lizet.

Thomas se dejó caer en la cama y cubrió su rostro con el antebrazo, como si aquello fuera demasiado.

Annabella sonrió al verlo así: preocupado, controlándose. Era extraño; casi enternecedor. Tenía curiosidad: quería saber por qué todas parecían encantadas con él. Ella lo quería, sí, estaba casada con él, pero ellas… ¿por qué insistir en un cariño que no podía ser correspondido?

Lizet entró tras dos toques discretos, anunciando que pasaría. Su señora le había dicho que deseaba desayunar con ella, pero ahora el plan había cambiado.

Lizet miró hacia cualquier lugar que no fuera la cama, donde el joven amo yacía perezoso bajo una bata roja. Aun así alcanzó a ver parte de su pecho y tragó saliva.

—Lizet —la llamó Annabella, agachada frente al baúl—. Toma, ayúdame a ponerme este. —Le tendió un vestido blanco con estampados de flores en tonos pastel y mangas tres cuartos.

—Sí, mi señora.

En ese momento Thomas se puso de pie y se acercó a donde Annabella empezaba a quitarse el vestido azul. Lizet se apartó con rapidez: entendió que el hombre iba directo hacia su esposa.

—¿Estás segura de que quieres ir? —insistió Thomas, aún buscando que se retractara.

Annabella asintió y sonrió.

—Sí. Estaré bien —afirmó, aunque su pulso decía lo contrario.

Thomas dejó salir un suspiro, dudaba de esa afirmación, pero no pondría más peros: ya había advertido. Si Annabella insistía, era bajo su riesgo. Le tomó la barbilla con una mano y la besó despacio, como despedida y como marca. Luego se giró hacia Lizet con voz de orden:

—Manda traer agua, Lizet. Deseo bañarme.

Lizet miró a Annabella, esperando indicación: ¿terminaba con ella o corría por el agua?

—Ve —resolvió Annabella—. Yo avanzaré con esto.

El vestido en sus manos se volvió, de pronto, un símbolo de algo más grande: la necesidad de presentarse impecable para una batalla social. Ese desayuno, que al inicio iba a ser una rutina sencilla, se había convertido en un torbellino de sensaciones y suposiciones. Annabella estaba ansiosa por descubrir qué quería aquella mujer y por qué ponía a Thomas en un estado tan nervioso.

Y, sobre todo, estaba ansiosa por comprobar si podía sostener la mirada del mundo sin necesitar que él hablara por ella.

Capítulo 20

Eran las once de la mañana cuando Annabella cruzó las puertas del fino restaurante al que había sido expresamente invitada por una dama que había tenido algún tipo de historia con su esposo y, mientras avanzaba, un enfado agrio le subía por la garganta como una bebida demasiado fuerte: estaba harta de tener que soportar, una y otra vez, a mujeres celosas o enamoradas de Thomas.

Comprendía, por supuesto, que él llamara la atención; sería absurdo negarlo. Lo que no le cabía en la cabeza era la impudicia: que no les importara que estuviera casado… y peor aún, que parecieran buscar que ella se enterara, que lo supiera con lujo de detalles, como si el escándalo fuera un adorno y no una vergüenza.

Terrible.

El hombre que la recibió era un caballero apuesto, de mirada adusta, claramente uno de los camareros del lugar.

—¿La esperan? —preguntó con amabilidad medida.

—Tengo una invitación de Lady Margarita Fiore.

El hombre asintió.

—Sígame, por favor.

Annabella lo siguió entre elegantes floreros rebosantes de rosas recién cortadas, mesas cubiertas por manteles blancos impecables, vajilla de porcelana importada y cubiertos de plata dispuestos con una exactitud casi militar: cada pieza con un uso, cada ángulo con un propósito. Sobre las mesas pendían candelabros que no buscaban iluminar tanto como *lucirse*, y las puertas que conducían al jardín estaban veladas por cortinas francesas de un rosa pálido que dejaban entrever, como una promesa, el verdor y el aire limpio de un exterior poblado de plantas.

La condujeron a una mesa más larga que las demás. Allí, una docena de jóvenes parloteaba en italiano con esa alegría ligera que, en ciertas bocas, sonaba más a presunción que a felicidad. En cuanto Annabella quedó frente a ellas, el murmullo murió de golpe. El silencio se tensó como una cuerda, y todas le clavaron una mirada inquisidora, de arriba abajo, sin pudor.

Annabella no se amedrentó. Aquellas miradas no se comparaban con la de su esposo cuando quería ser intimidante; con esos ojos azules sí daban ganas de correr.

—Me disculpo… parece que soy la última —dijo, aceptando que el camarero apartara la única silla vacía.

—No se preocupe, Lady Annabella —sonrió la mujer ubicada en la cabecera, la anfitriona sin duda—. La esperábamos.

—Muchas gracias.

—Permita que me presente —se tocó el pecho—. Soy Lady Margarita.

—Un gusto —asintió Annabella.

—Y ellas son mis amigas —abrió los brazos para abarcar la mesa —. Las mujeres casadas o comprometidas con los hombres más importantes del país.

Annabella sospechó que esa última parte era innecesaria… y reveladora. Le daba a Lady Margarita un aire de conveniencia y vanidad que, lejos de imponer, delataba hambre. Aun así, sostuvo una sonrisa educada y recorrió con la mirada los rostros que la estudiaban como si fuera un objeto nuevo sobre una bandeja de plata.

Lady Margarita era, por decirlo con precisión, una mujer exótica. Tenía demasiado de todo: demasiada joya, demasiado perfume, demasiado color… y, aun así, era bonita. Annabella lo admitió con una punzada de fastidio. Porque si aquella mujer era bonita, entonces Thomas… y ella… Eso la enfurecía todavía más. Quería saber por qué la había mandado llamar. Tal vez, en su ingenuidad, había supuesto que no existían malas intenciones; y aun con la advertencia de Thomas, había ido; la curiosidad pudo más.

—Espero que no le importe que hablemos en italiano —dijo Margarita, con una sonrisa que parecía afilada en las comisuras—. El resto de mis amigas no sabe hablar inglés.

—Por mí no hay ningún problema —respondió Annabella en el mismo italiano, agradeciendo en silencio que esa lengua le obedeciera.

Varias cejas se alzaron: un pequeño gesto colectivo, como si esperaran menos de ella.

—Me alegra saber que se encuentra en nuestra querida Florencia —intervino una dama de sonrisa viva, al oírla—. ¿Qué le ha parecido?

—Me ha gustado mucho —asintió Annabella, recibiendo la fruta que un camarero colocaba frente a ella con un movimiento impecable.

—Me alegra ver que a los visitantes les agrada nuestra pequeña ciudad. Supongo que no se compara con Londres —añadió la mujer, despreciando la fruta y aferrándose a su zumo de naranja.

—Pero si serás malvada —rió otra—. Deberíamos presentarnos.

Annabella tuvo la sensación de ser bombardeada por nombres. Hizo esfuerzos por memorizar, pero era inútil: cuando mucho retendría dos… y seguramente los mezclaría. Decidió hablar poco, sonreír lo justo y no dirigirse a nadie por nombre.

Durante unos minutos pensó que quizás no había sido tan mala idea asistir. La conversación se mantenía en lo trivial: jardines, modas, teatros, un comentario sobre Francia dicho con ese tono que fingía admiración y escondía desdén. Annabella escuchaba más de lo

que hablaba y aprovechaba los platillos deliciosos que los camareros intercambiaban con una eficiencia silenciosa, como si aquella mesa pudiera alimentarse sola.

Entonces, como un abanico que se cierra de golpe:

—Dígame, Lady Annabella… ¿es feliz en su matrimonio? —preguntó una dama de facciones alargadas y sonrisa intimidante.

Annabella supo, en el acto, que había hablado demasiado pronto. Ahí empezaba. El pulso le golpeó en la muñeca. Aun así, su voz salió serena, educada, casi dulce.

—Sí, Lady Magda —contestó, dejando por un momento el asado —. Estoy feliz a su lado.

Annabella agradeció haber escuchado lo suficiente para atrapar un par de nombres, aunque no era una victoria: solo significaba que la cordialidad había muerto y la guerra acababa de declararse.

—Sí sabrá que, por un tiempo, todas pensamos que su marido se casaría con nuestra querida Margarita —dijo una mujer un poco mayor que las demás, señalando la cabecera.

Margarita ocultó una supuesta timidez tras el abanico, pero su mirada brilló por encima del encaje, atenta a cada reacción.

—Oh, por favor, Jill… eso fue hace mucho tiempo —minimizó, con aire de mártir.

—¡Pero qué mentira! ¡Si van tan solo seis meses! —replicó otra con un entusiasmo indecente.

—Es verdad, yo recuerdo que se paseaban por toda Florencia.

—Yo nunca vi una pareja tan perfecta.

—Pensé que en nada se te declararía.

—Si parece que todo sucedió ayer…

Hablaban cada vez más rápido, montándose unas sobre otras, como si el objetivo no fuera contar, sino *aplastar*. Annabella entendía el italiano, sí, pero aquella velocidad era una estrategia: confundir, marear, abrumar. Respiró hondo. Sintió cómo sus dedos apretaban el borde del mantel bajo la mesa. Se obligó a soltarlos.

Entonces, una voz seca, antigua, con autoridad natural:

—Supongo que medio año se les hace poco tiempo… Me pregunto si saben contar, o si tienen noción de los meses en los que viven.

Annabella se giró. Una anciana, hasta entonces casi invisible, había hablado. Había permanecido callada, apartada, observando como si el espectáculo le perteneciera. Sus ropas eran impecables; sus joyas, finas; su presencia, indiscutible.

—Duquesa… —sonrió una joven, de inmediato más dócil—. No deseábamos incordiarla.

—No, seguramente a mí no… pero a esta jovencita, sí —la anciana miró a Annabella con una disculpa breve y, en un gesto inesperado, le habló en inglés—. Me gustaría hablar contigo a solas.

Annabella la miró estupefacta y asintió. Se puso de pie por inercia, dispuesta a ayudarla, pero la anciana se levantó altiva, sin ayuda, como si el orgullo le sostuviera la espalda. Tomó un bastón de fina madera, pasó su brazo por el de Annabella y, señalando con el soporte hacia las puertas, le indicó que salieran al jardín.

Al cruzar el umbral, Annabella pudo respirar. El aire del jardín era más liviano; el sol, amable. Había mesas y sillas dispuestas para desayunar al aire libre. Era, sin duda, la opción que Annabella habría elegido de haber venido sola o con Lizet.

—Parece que tienes problemas a donde vas, jovencita —dijo la anciana, rozándole el brazo con delicadeza—. No me sorprende, siendo la esposa de ese hombre.

Annabella la miró, interrogante. La anciana soltó una carcajada.

—No lo digo con mala intención, muchacha —negó—. A tu esposo le debo la vida… tal vez más que eso.

—¿A qué se refiere? —preguntó Annabella, sintiendo un frío sutil deslizarse por la nuca.

—No sabes nada, ¿verdad? —sonrió con una lástima extraña—. No me sorprende. Es la mejor forma de protegerte.

Annabella sintió que el estómago se le apretaba.

—Al parecer no sé muchas cosas… —murmuró—. ¿Protegerme?

—Mira, niña: Thomas es un buen hombre. Muy inteligente. Pero le encanta meterse en problemas… o le encantaba. Hasta los

buscaba —rió, fascinada, como quien recuerda una época peligrosa —. Ahora que te tiene, seguramente intentará no meterse en más líos.

—¿Qué clase de líos? —Annabella la detuvo.

La anciana negó rotunda.

—¡Vaya! ¿Crees que esta anciana se pondrá en contra de ese hombre? No, gracias. Me aprecia… pero no tanto.

—Pero no es estar en contra… —insistió—. Yo no le haría nada.

—Oh, querida, sé que no —le tocó la mejilla—. Pero si él no te ha dicho, no seré yo quien lo haga. Te aseguro que nadie se atreverá.

—Con lo que me dice… —Annabella retomó la caminata, el corazón incómodo— solo provoca que me dé miedo.

La anciana soltó otra carcajada y negó con la cabeza.

—Normalmente diría que sí deberías tenerlo —entrecerró los ojos oscuros y sonrió de lado—. Pero algo me dice que tú puedes dominarle.

Annabella se detuvo, atónita.

—Creo que se equivoca.

—No. Creo que tú aún no te das cuenta de lo que eres —dijo con seguridad—. Te darás cuenta tú sola.

Annabella no entendía nada. Todo parecía relacionado con Thomas, pero siempre a medias, siempre insinuado, como un

perfume que se siente y no se atrapa. Lo único claro era que el hombre con el que se había casado era temible y respetado… ¿pero por qué? Tal parecía que todos lo sabían menos ella y, según aquella mujer, eso era "protegerla". Annabella, en cambio, quería saberlo todo. Tal vez así entendería a Thomas, y ese vaivén de facetas que la dejaban siempre a mitad de camino.

—Por lo pronto, solo te recomiendo que no les hagas caso a ese grupo de cabezas de chorlito —señaló con el bastón hacia el interior —. Solo tienen zapatos en esos cerebros.

Annabella sonrió y asintió, distraída, todavía procesando. Ni siquiera notó que su acompañante había dejado de hablar.

—¿Señora? —llamó Annabella, al ver que la anciana prescindía de ella y se alejaba sin despedida.

—Me voy, querida. Ya me he aburrido —respondió sin mirarla, moviendo el bastón como si marcara el compás de una canción.

—¿Al menos puedo saber su nombre? —gritó Annabella, llevándose las manos a los lados de la boca.

—Duquesa de Galliera. Manda saludar a ese demonio de mi parte.

La anciana alzó la mano en despedida y se alejó. Annabella se quedó viéndola ir, con una mezcla de admiración y desconcierto. Preguntaría a Thomas por ella. *Eso sí.*

Ahora solo quedaba regresar al salón donde las damas víboras la esperaban para una nueva sesión de insinuaciones. No podía irse sin más: sería pésima educación, y Annabella había crecido entre valores estrictos inculcados por su abuela y su madre —valores que sus primas, ciertamente, habrían arrojado por la borda con gusto.

Con el semblante decaído, caminó de regreso. Buscó mentalmente una forma de zafarse y volver cuanto antes al hotel. Había quedado con Thomas de comer a las dos, pero aún era temprano para usar esa excusa; aquellas mujeres olían una mentira como tiburones.

Iba tan sumida en pensamientos que casi chocó con un hombre que venía directo hacia ella. Annabella frenó apenas a tiempo.

—Dios mío, lo lamento —se adelantó, viendo que el caballero había chocado contra una silla al intentar esquivarla.

—No se preocupe, mi lady —sonrió él, encantador—. Ha sido mi culpa por acercarme tan desprevenidamente.

—Ni lo mencione. Esto me pasa siempre. Soy muy distraída y normalmente choco con la gente —se lamentó—. En serio lo siento.

—No veo por qué debe ser conflictivo que una dama como usted choque conmigo —dijo galante, inclinándose—. No más disculpas.

Annabella se sonrojó, y el rubor le calentó la cara con una rapidez que le molestó: *otra traición del cuerpo*, pensó. Asintió, intentando mantener la compostura.

—Muy bien…

—Y dígame… ¿por lo menos me permitiría escoltarla para que conozca a mis amigos?

—¿A sus amigos? —frunció el ceño.

—Resulta, mi bella dama, que hemos dictaminado que es usted el alma más hermosa que jamás hayamos visto —dijo con una solemnidad que sonaba ensayada—. Por esa razón me acerqué con la única intención de conocerla.

Annabella puso una expresión entre consternada y abrumada. Aquel elogio, en lugar de halagarla, le pareció una frase prestada, como si se la hubieran puesto en la boca.

—En realidad debo irme —se excusó.

Pero el hombre tomó su mano y se la colocó en el brazo con una confianza que rozó la insolencia.

—Serán solo unos minutos.

Annabella, conflictiva y —más que nada— arrastrada por la situación, siguió los pasos que él le marcaba hasta una mesa donde dos jóvenes la miraron impresionados. Sus gestos exageraron el asombro como si estuvieran en un teatro.

—Caballeros —sonrió el que la escoltaba.

—¡No puedo creer que te atrevieras! —rió uno.

—¡Es más hermosa de cerca! —se inclinó el otro demasiado, invadiéndole el espacio. Annabella retrocedió apenas, incómoda.

Todos parecían de su edad, o un poco mayores: veinte a lo sumo. Y, pese a la postura de "hombres", tenían mentalidad de niños impresionables. Sus intentos de seducirla o encantarla la aburrieron con una rapidez brutal. No importaba cuál fuera la intención: en ambas fracasaban.

—Caballeros, creo que tengo que irme —dijo Annabella de pronto.

No entendía nada: hablaban en alemán, y el alemán nunca fue una de sus lenguas.

—¡No! —sonrió uno—. Por favor, quédese —suplicó un rubio de ojos azules, cabello cortísimo y cuerpo demasiado fuerte.

Ahora que lo notaba, todos parecían cortados por la misma navaja: casi idénticos. Solo uno tenía ojos cafés.

—Me están esperando —repitió ella, con paciencia contenida.

—¿Será acaso que le desagradamos? —se puso de pie uno.

—No. Pero en serio, solo podía unos segundos —intentó Annabella otra vez, cuidando que la irritación no se le subiera a la voz.

—Bueno, déjenla en paz —intercedió el que la había llevado—. Es verdad que solo la privé de unos segundos de su camino. Lamento haberla molestado tanto.

Annabella sintió un alivio físico.

—No hay ningún problema —dijo, al fin.

—Pero antes de que se vaya —la detuvo—: nuestros nombres.

—Claro —asintió otro—. Somos Adler, Barend y Edwin Scheck.

Annabella entendió el parecido: eran hermanos.

Se inclinó con cortesía.

—Annabella Korsakov… —se detuvo en seco, dándose cuenta de que había dicho su apellido de soltera.

—Es usted rusa —afirmó uno de los hermanos—. Es un placer.

—Sí… gracias —dijo, confusa—. Bueno, me tengo que ir.

—Adiós, rusita —sonrieron los tres.

Annabella volvió al salón. Ahora solo quedaban cinco mujeres, que le ofrecieron una sonrisa y le señalaron una silla vacía que, por supuesto, debía ocupar.

—¿Cómo te ha ido con la duquesa? —preguntó una de las jóvenes.

—Es una mujer muy buena, pero ya es de edad avanzada. No hagas caso a lo que te diga —aconsejó Margarita con una sonrisa que no llegaba a los ojos.

Annabella decidió que haría justo lo contrario.

—No lo sé… a mí me pareció muy lúcida —se encogió de hombros, tomando la taza de té.

—Bueno… —dijo otra, forzando una sonrisa— tiene sus momentos.

Annabella se escudó con el té, deseando que el tiempo corriera más rápido. Por unos instantes, la mesa cayó en un silencio calculado, terrible, incómodo. No era ausencia de conversación: era una pausa para medirla, para ver si Annabella se quebraba o rellenaba el vacío.

Margarita fue la primera en atacar:

—Dígame, Annabella… ¿cuánto lleva casada con Thomas?

Annabella entornó los ojos. Y, como un pensamiento lateral que no podía ignorar, volvió a preguntarse por qué todo el mundo llamaba a su esposo solo por su nombre. Nadie decía "conde" ni usaba su apellido. Los sirvientes, incluso, lo trataban con reverencias que parecían exceder a un simple título. Lo llamaban "eccellenza". Pero nunca "conde", nunca "marqués".

—Más de dos meses —respondió tajante.

—¡Bastante tiempo! —exclamó Jill, con una alegría que sonó falsa.

—Supongo que han pensado ya en los hijos —dijo otra con una sonrisa pícara, demasiado satisfecha de sí misma.

—De hecho es raro que no esté esperando ya… —añadió una tercera, mirándola como si buscara signos en su cintura.

—No sé, solo especulo… ¿pero tienen algún problema? —preguntó la de la risa de caballo, alzando la ceja.

Annabella sostuvo la taza con firmeza. El pulso le martilló en la garganta. Respiró lento; obligó al cuerpo a obedecer.

—No tenemos problemas —aseguró.

—No, Thommy seguro no tiene problemas… —dijo Jill, y su sonrisa se volvió venenosa—. Todas aquí lo sabemos bien.

Annabella cerró los ojos un segundo. No de dolor: de control. Aquella frase era indecente. Y, peor, ridícula. Por lo que Annabella entendía, ninguna de esas mujeres era casada… y hablaban como si la virtud fuera una broma, no era experta, pero sabía esto: a ningún hombre le gusta que otros toquen lo que considera suyo. Thomas lo había demostrado con claridad.

Annabella no pudo evitar imaginar a esas mujeres casadas algún día… y el desastre. Abrió los ojos y habló con una seguridad nueva, tan fría como educada:

—En realidad, no quisiera hablar de sus relaciones con mi marido. Son temas meramente suyos, y a mí no me conciernen.

—¡Claro, querida! ¡No te alteres! —respondió una, con esa sonrisa de victoria. El punto era hacerla reaccionar—. Solo intentamos entender tu falta de embarazo.

—Se los agradezco —dijo Annabella, con un sarcasmo tan fino que casi parecía cortesía.

—Bueno, solo nos preocupamos —intervino la mujer que Annabella apenas había notado—. Puede que tengas algún problema para engendrar herederos, y todos sabemos que un noble sin herederos normalmente se divorcia.

Annabella se quedó callada. La palabra "divorcia" le cayó como una piedra. *¿Y si fuera verdad?* Llevaba poco tiempo conociendo sus deberes maritales… tal vez era demasiado pronto, tal vez no. Pero esa duda se le metió bajo la piel, áspera.

Se enderezó, alzando la barbilla con esa valentía reciente que le nacía del cansancio de ser acorralada.

—Agradezco su preocupación, pero no es necesaria. Ambos estamos bien. Y si me disculpan… —se puso de pie— debo retirarme.

Sonrió hacia Margarita, le tomó la mano con suavidad y, cambiando al inglés para que las otras no entendieran, clavó el cuchillo con seda:

—Por favor, evitémonos estos encuentros. Creo que son demasiado bochornosos para usted.

Margarita parpadeó.

La cara de la anfitriona dijo que sí había entendido.

—Adiós.

Annabella salió sin mirar atrás.

Casi lloró de alegría cuando la carroza se detuvo frente al edificio donde se hospedaban y vio a Thomas en la puerta, conversando vívidamente con un hombre desconocido. Bajó con ayuda del cochero y sonrió hacia su esposo. Thomas, al verla, despidió a su acompañante con una mirada severa y se acercó a ella, depositándole un beso en los labios como recibimiento, firme, breve, como si necesitara comprobar que estaba intacta.

—Llegas antes —observó, caminando a su lado.

—Tenías razón —admitió Annabella al entrar—. No debí asistir.

—¿Qué te hicieron? —preguntó entre divertido y pesaroso, como quien ya conoce el libreto.

Annabella se detuvo y lo miró.

—Parece ser que Lady Margarita pensaba que se casarían.

Thomas, como toda respuesta, soltó una carcajada estridente que casi le arrancó lágrimas. La miró como si esperara "la verdadera" respuesta… pero la seriedad en el rostro de Annabella lo obligó a forzar un semblante más serio, esfuerzo que fracasó de inmediato.

—¿En serio? —intentó disimular la sonrisa tras la mano.

—Eres de lo peor —Annabella rodó los ojos y continuó por el pasillo hacia su dormitorio.

Cuando Thomas cerró la puerta detrás de él, fue directo hacia ella y la tomó en brazos, recibiendo con gusto la mala cara que su

esposa le dedicaba. Se inclinó y besó dulcemente su nariz, arrugada por el mohín característico de Annabella.

—Vamos… no le creíste eso, ¿verdad?

—No —respondió ella, firme, viendo cómo él se burlaba.

—Bien. Porque ni siquiera se me pasó por la mente —la soltó y se recostó en la cama, como si el asunto fuera ridículo.

—Siento que fui a una convención de tus amores del pasado —Annabella se sentó a su lado.

Thomas se levantó sobre los codos.

—Bueno, yo te dije que no fueras. Y seguro que yo no conozco ni a la mitad de las personas que fueron.

—Todas te conocen muy bien —Annabella alzó una ceja.

—Todo el mundo me conoce, querida. Ya debiste haberlo notado —respondió sin pensar… sin medir. Y en cuanto lo dijo, el aire cambió.

Annabella se quedó quieta.

—Sí, me he dado cuenta —dijo, despacio—. Pero no sé por qué.

Thomas la miró unos segundos. Inspeccionó esa cara dulce, esos ojos verdes tan vivos que le provocaban cosas que no sabía nombrar… y que, por costumbre, castigaba con distancia. Se vio a sí mismo intentando encerrarse en una respuesta fácil.

—Bueno, he venido mucho —se encogió de hombros, recostándose.

—No creo que sea solo eso…

Thomas se incorporó y, sin darle espacio para continuar, presionó sus labios contra los de ella. Fue un beso deliberado: control físico, distancia verbal. Un "cállate" hecho caricia. Se deleitó masajeando lentamente las comisuras de Annabella, arrastrándola hacia un beso que prometía deshacerle la razón. Sin desprenderse, se recostó con ella, dejándola parcialmente sobre su pecho, como si el peso de su cuerpo fuera una forma de anclarla y evitar preguntas.

Annabella abrió los ojos cuando el beso terminó de golpe. Thomas la acomodó sobre su pecho y la mantuvo ahí, como si el silencio pudiera tapar el mundo.

Pero Annabella ya no era la misma de antes. Su cuerpo estaba más despierto; lo sentía en el pulso, en el calor de las palmas, en esa valentía que le subía desde el estómago.

—Te mandaron saludar —dijo ella, apoyando la mano en su pecho para incorporarse un poco—. La duquesa de Galliera.

Thomas la miró, alerta.

—¿Qué te dijo?

Annabella se encogió de hombros y volvió a recostarse, como si hablara de algo sin importancia, aunque sus dedos se aferraron a la tela de su camisa.

—Que te debía la vida… o tal vez más que eso.

—¿Nada más? —preguntó él con rapidez, acariciándole un hombro.

—Sí… sí dijo algo más —Annabella se levantó de nuevo—. ¿Qué me escondes, Thomas?

Thomas dejó salir un suspiro. La miró con disculpa marcada en los ojos, y alargó la mano para tocarle la mejilla con ternura.

Durante un instante, un recuerdo se le cruzó con una nitidez cruel: la voz de su padre, impecable, con esa amenaza elegante que sabía disfrazarse de instrucción: "*Lo que una mujer ignora puede salvarla, Thomas. Y lo que ella cree saber… puede destruirla. Sé generoso con tu silencio, si quieres conservar lo que deseas".* Thomas apretó la mandíbula. Después habló, sereno, demasiado sereno.

—Aún no —dijo con gravedad—. No quiero decírtelo todavía.

—¿Es algo malo? —Annabella se acercó, tocándole el pecho, suave, buscando una grieta por la cual entrar.

—No sé cómo lo puedas ver, pero te aseguro que nada te pasará —Thomas le tomó la barbilla y la acercó para besarla—. No te preocupes.

Annabella se apartó lo justo para mirarlo.

—No estaba hablando por mí, quiero saber si tú corres peligro.

Thomas sostuvo su mirada, y la frialdad regresó a su voz.

—Creí decirte que no te preocuparas.

Annabella hizo una mueca de desacuerdo. La respuesta era vaga y eso la irritaba. Le molestaba que la mantuviera fuera, que la cuidara como a una porcelana sin permitirle tocar la verdad. Sabía que Thomas era un hombre complicado, que había barreras que abrir poco a poco… pero comenzaba a temer que ese "poco a poco" fuera, en realidad, un "nunca".

—¿Quieres ir a comer? —preguntó Thomas tras una pausa.

—No… Me siento realmente cansad, creo que preferiría dormir.

Thomas se deshizo de sus brazos para sentarse.

—¿Cansada? ¿Te encuentras mal?

—No. Solo quiero descansar —respondió ella, cerrando los ojos.

Thomas apretó los labios en una línea: desacuerdo, frustración contenida. Algo le pasaba. Tal vez era por el desayuno. Tal vez por lo que había insinuado la duquesa. Tal vez por ese secreto que él no quería soltar todavía. Se obligó a serenarse. *Control.* Como siempre.

—¿Quieres que te ordene traer algo? —le acarició la pierna, enfundada en la falda de satén rosado.

—No. Puedes ir tú si gustas —murmuró Annabella.

Thomas siguió mirándola con preocupación. Le parecía extraño que la invadiera esa pereza repentina: había llegado con vida en los ojos… y ahora parecía apagarse. Suspiró. Pensó que quizá Annabella solo quería un momento a solas, lejos de voces y venenos.

Si eso deseaba, se lo daría. Se puso de pie, se inclinó y besó lentamente la mejilla expuesta de Annabella, deteniéndose lo suficiente para que ella lo sintiera: un gesto delicado, casi una disculpa muda, luego se apartó y salió de la habitación.

En el silencio que quedó, Annabella sintió una verdad simple y peligrosa: su deseo no solo era por el cuerpo de Thomas, sino por su interior. Por lo que escondía. Por el hombre que todos parecían conocer… menos ella.

Capítulo 21

Annabella abrió los ojos en cuanto escuchó la puerta cerrarse. Tenía media hora, cuando mucho… tal vez menos.

Desde aquella vez en que la atacaron, Thomas no se alejaba demasiado de ella. Y si, por alguna razón, debían separarse, jamás la dejaba sola: siempre había un acompañante, un cochero de confianza, un criado discreto. Una vigilancia que a veces se parecía demasiado a una jaula… y, aun así, aquella tarde el azar le ofrecía un hueco.

Pero ese no era el punto, tenía que encontrar una pista.

Thomas no parecía el tipo de hombre que dejara evidencia a simple vista; no de algo verdaderamente grave. Annabella dudaba incluso que él sospechara que, alguna vez, ella sería capaz de husmear. Y sin embargo, ahí estaba: con el corazón golpeándole la garganta, haciendo exactamente eso.

Abrió varios cajones de la habitación —la alcoba pulcra, alquilada, de ese hostal elegante donde el lujo era funcional—, cajones como los de cualquier estancia respetable. Encontró prendas de Thomas dobladas con un orden impecable, un par de relojes de bolsillo, mancuernas, gemelos, un pañuelo con iniciales bordadas. Nada sospechoso, nada que oliera a secreto.

Aun así, se obligó a continuar: como si empezar por lo inocente amortiguara la culpa. Como si, revisando primero lo mínimo, pudiera convencerse de que no era una intrusa sino una esposa… intentando entender. Cuando cerró el último cajón, lo hizo con un golpe seco y demasiado sonoro. Se quedó inmóvil un segundo, respirando. Un mechón se le había soltado y le caía sobre la mejilla; lo apartó con dedos temblorosos y levantó la vista por encima del hombro.

El baúl.

Aquel cofre enorme de cedro, con cerradura de hierro y adornos sobrios del mismo metal. El baúl donde cabía la ropa… y tal vez los secretos. Con el corazón en la boca, caminó hasta él y se arrodilló. La cerradura estaba abierta. Esa simple evidencia la pinchó por dentro: ¿significaba confianza? ¿O significaba que él la creía incapaz de esto, demasiado correcta, demasiado dócil para atreverse? Ambas posibilidades le supieron amargas.

Se arrancó la culpa de la cabeza con una aspereza que le sorprendió. Ahora no. Alargó sus manos —blancas, finas, traicionadas por el temblor— y levantó la tapa con esfuerzo. El interior era… normal. Botas, sacos, ropa. Una cajita con papel, pluma y tinta. Nada fuera de lo común.

No era posible.

Si Thomas le ocultaba algo, tenía que existir alguna prueba. Alguna sombra. Algo que justificara el modo en que la miraban los

hombres, la forma en que los sirvientes bajaban la voz al verlo pasar, ese respeto que no se parecía a un título… sino a un temor.

Entonces escuchó pasos.

Pasos demasiado cercanos.

La sangre se le fue a los dedos. Reconoció el ritmo, la cadencia firme, el caminar resonante que no confundía con nadie. Cerró el baúl de golpe y, sin pensar, se dejó caer sobre la cama, estirándose a lo largo como si el sueño la hubiera vencido de pronto.

Le taladraba el pulso en los oídos, en la garganta. Las manos le temblaban como plumas a merced del aire. Se obligó a respirar lento, a fingir, a tragar saliva sin delatar el pánico.

La puerta cedió.

Thomas abrió con cuidado, como siempre. Ese hábito —entrar sin ruido, con reserva, por si ella dormía o se cambiaba— ya no lo vivía como una carga, sino como rutina. Pero aquella vez, al cruzar el umbral, algo lo golpeó.

Se detuvo.

Sus sentidos se alteraron con una rapidez casi animal. Sus ojos recorrieron la habitación sin pedir permiso a su cerebro, como si midieran la escena, el aire, el orden. Algo había ocurrido. Thomas recordaba detalles mínimos con una precisión que no era casualidad; era aprendizaje… y también herencia. La voz de su padre, siempre

impecable, siempre cortante, se le coló por detrás de las sienes como un recordatorio:

"Los secretos no se guardan en cajas, Thomas. Se guardan en el comportamiento. Cuando alguien toca lo tuyo, lo sabrás antes de verlo."

Annabella sintió un escalofrío al notar que él permanecía de pie en medio de la habitación, inspeccionándolo todo. Y, casualmente, su atención se detenía justo donde ella había registrado: el tocador, los cajones, el baúl.

Imposible… pensó. *No puede saberlo.* Pero sus nervios eran un animal suelto; le hacían imaginar lo peor. Tenía que distraerlo. Fuera o no cierto que sospechara, lo mejor era que ella "despertara" como por arte de magia. Así que, echando mano de todos sus dotes de actriz, se movió en la cama con pereza estudiada, estiró un poco el cuerpo como si le costara siquiera existir, y giró la cara hacia él con la lentitud de quien acaba de salir de un sueño plácido.

—Hola —dijo con voz ronca—. ¿Pasa algo?

Thomas apartó la mirada del baúl y la observó con detenimiento. No era una mirada de deseo, al menos no a simple vista; era una mirada de pesaje, como si midiera si ella era verdad o un engaño.

—¿Despertaste ya? —preguntó, con un deje de incredulidad.

—Eh… ¿sí? —respondió ella, fabricando confusión.

—¿Escuchaste algún ruido… o algo? —Se cruzó de brazos. El escepticismo tensaba sus hombros.

—¿Ruido? —Annabella dibujó el miedo en su semblante, llamando a su mente lo que de verdad la asustaba: armas, hombres en sombras, quedarse sola… Thomas enojado—. ¿Por qué? ¿Qué pasó?

Si mentía bien, era porque en parte era real: el susto le temblaba en la sangre. Thomas cambió el gesto. Se acercó y le rozó la mejilla con ternura. El contraste la desarmó.

—Nada. No te asustes.

—¿Entonces por qué dijiste eso? —insistió, sosteniendo el drama; se odiaba por mentirle, pero era la única forma de no levantar muros.

—Ven aquí. —La abrazó, intentando corregir su torpeza.

Annabella escondió la cara en el hombro de su esposo. La tela olía a jabón, a cuero, a la noche, a ese mundo externo donde él se movía con soltura y ella apenas entendía las reglas.

Se sintió la persona más malvada del mundo.

—Tranquila… solo creí… —Thomas negó, como si le molestara haberse asustado—. Nada.

Annabella se apartó lo justo para mirarlo, fingiendo confusión. Thomas sonrió, besó su mejilla y le acarició el cabello con suavidad, como si ese gesto pudiera volver el aire menos denso.

—¿A qué hora quedaste con tu prima? —preguntó.

—A las ocho —respondió ella, incorporándose.

—¿Y tú? ¿A qué hora te vas? —Thomas dejó un conjunto de ropa sobre la cama: seguramente lo que usaría esa noche.

—Tengo que salir a las seis —dijo él, mirándola—. Pídele a Lizet que venga y se quede contigo hasta que te vayas.

—Está bien —asintió Annabella, doblando la ropa con cuidado, como si ordenar telas pudiera calmar el temblor interior.

Cuando las manecillas marcaron las seis de la tarde, Thomas estaba listo para salir. Annabella apenas comenzaba a prepararse, inclinada sobre el mueble de sus ropas, sacando posibles vestidos, dejándolos caer sobre la cama como pétalos.

—Ya me tengo que ir —avisó Thomas, consultando su reloj.

Annabella asintió sin mirarlo, demasiado concentrada en no pensar en el baúl, en no pensar en secretos.

Thomas se inclinó a su lado y tomó entre sus manos un vestido de satén color champán, con decoraciones doradas y los hombros descubiertos. La tela capturó la luz con una suavidad casi líquida.

—Este me gusta.

Annabella lo miró agradecida. Elegir qué ponerse le robaba una eternidad, y que Thomas participara le ahorraba, con toda seguridad, cuarenta minutos de indecisión… y una parte de su ansiedad.

—Gracias —sonrió, colocando el vestido sobre la cama para que Lizet supiera cuál era el elegido.

Se acercó a Thomas y le dejó un beso dulce en la mejilla, breve, correcto. Aun así, el contacto le encendió un calorcito tonto en el pecho, como si su cuerpo siguiera aprendiendo a reconocerlo.

—Te veo más tarde —Thomas le tomó la nariz entre los dedos y se la apretó con un gesto juguetón, impidiéndole respirar un instante.

Annabella se quejó, apartándole la mano.

—No seas…

Thomas solo le guiñó un ojo.

Se rio un poco mientras guardaba un reloj de bolsillo en el chaleco. Su atuendo lo hacía parecer un monarca: impecable, oscuro, con ese porte auténtico que no nacía del título, sino de la costumbre de mandar. Annabella sonrió ante la observación íntima: a veces creía que Thomas podía convencerse de ser rey… y a veces le daba miedo lo fácil que el mundo parecía darle la razón.

Después, él se fue.

Annabella terminó de seleccionar prendas con la sensación de caminar sobre una cuerda. No tenía idea de cómo sería el lugar al que Giorgiana la llevaría. Si se trataba de su prima, debía ser algo "de clase", un sitio importante donde solo la alcurnia podía entrar… aunque con Giorgiana nunca era prudente suponer lo obvio.

Un baño caliente, el tirón cuidadoso del peinado, quince minutos para el vestido, diez para las joyas.

Annabella quedó lista.

Hermosa como de costumbre, de esa forma que no necesitaba esfuerzo para existir. Sus ojos verdes, amplios, no pedían realce; sus pestañas largas hacían el resto. Los labios rojos, carnosos, dibujaban una sonrisa angelical aun cuando por dentro estuviera inquieta. Un rubor leve le nacía casi natural. Y su figura se enfundaba en el satén color champán como si el vestido hubiera sido cosido para recordarle al mundo que era imposible no mirarla.

El juego de diamantes —collar, aretes, peineta— remataba el conjunto. De algo estaba segura: esa joven podía conseguir una sonrisa incluso del hombre más vil.

—Está lista, señora —asintió Lizet a sus espaldas.

—¡Annabella! —gritaron desde la calle.

Indiscutiblemente era Giorgiana, incapaz de pedir con decencia y paciencia. Decía algo sobre "acortar tiempos", pero en realidad era pura indiscreción. Al oír el segundo aviso, Annabella decidió no esperar el tercero, que siempre venía con golpes sobre la carroza.

Bajó las escaleras casi volando.

No notó las miradas que atraía a su paso. Y aunque no hubiera tenido prisa, probablemente tampoco lo habría notado.

—Siempre tardas un milenio en bajar —se quejó Giorgiana desde la ventanilla, dejando ver la mitad de su atuendo extravagante—. ¡Te ves divina! ¡Sube ya, anciana!

—No me grites, Giorgiana —respondió Annabella con pasividad—. Ya estoy aquí.

—Sí, pero vas más lenta que un caracol.

Annabella subió con cuidado para no atrapar el vestido. El interior estaba más apretado de lo que esperaba: Antoine y Celio también iban, y por su postura desesperada parecían niños obligados a esperar.

—¡Tardas una eternidad, bombón! —se quejó Celio.

—¡Siento que llevamos tres horas aquí! —contribuyó Antoine.

Annabella rodó los ojos y sonrió; apenas acababan de llegar.

Giorgiana dio instrucciones al cochero con rapidez y dos toques en la puerta bastaron para que el carruaje se pusiera en marcha.

—¿A dónde vamos? —preguntó Annabella.

—No te preocupes —Antoine le tocó la mano, tranquilizándola—. Te va a gustar muchísimo.

—Es de lo más divertido —añadió Celio.

Annabella asintió, desorientada. ¿No era un simple restaurante? No podía ser para tanto. Pero no replicó. Se dejó arrastrar por el plan de su prima, sin sospechar cuánto.

El trayecto se alargó. Los caballos no aminoraban, y las calles céntricas que Annabella conocía fueron quedando atrás. El nervio le creció bajo las costillas.

—Listo —sonrió Giorgiana, satisfecha—. Es justo aquí.

Annabella asomó por la ventanilla. Negó una y otra vez al hacerse consciente del establecimiento. Sus ojos verdes se abrieron por completo. Un club. Un club de caballeros.

—No iré ahí —determinó.

—Sí que lo harás. Ya tengo reservada nuestra mesa. —Giorgiana se colocó un chal de plumas blancas sobre los hombros, combinándolo con el sombrero del mismo material.

—Giorgiana… es un club de caballeros —repitió Annabella, como si su prima no entendiera.

—No es solo de caballeros —se exaltó Giorgiana—. Es mixto.

—Sí, bombón, es muy famoso —asintió Antoine.

—En verdad… incluso no hay tantas prostitutas —soltó Celio con brutal honestidad.

—¡Celio! —lo regañaron a la vez Antoine y Giorgiana.

Celio lanzó un pequeño alarido cuando Giorgiana le golpeó el hombro; a pesar de su apariencia, era fuerte y sabía dónde dolía.

—De todas formas, no puedes evitar fumar, menos cuando estás en un lugar como este —puntualizó Antoine.

—Mmm… tienes razón —se encogió de hombros Giorgiana.

—¡Entonces el golpe fue en vano!

—Fue un adelanto —sonrió Giorgiana—. Seguro dices algo estúpido más adelante.

Annabella se cruzó de brazos.

—Yo no me bajo.

Los tres se miraron y asintieron a la vez. Sin ceremonias, la tomaron por donde pudieron —brazos, cintura, casi el orgullo— y la bajaron del carruaje entre quejas y movimientos de resistencia.

—Gracias, Hicapot —dijo Giorgiana al cochero.

—¡Son unos bárbaros! —se quejó Annabella, arreglándose las ropas.

—Sí, bueno… ahora que no tienes otra opción, ¿vamos? —Giorgiana se limpió las manos como si acabara de resolver un asunto menor y caminó decidida.

Antoine y Celio la siguieron con una mezcla de culpa y diversión.

—¡No entraré ahí, Giorgiana! ¡Detente! —gritó Annabella.

Pero Giorgiana no se detuvo. Entraron. Y Annabella —sin otra alternativa, sin conocer el camino de regreso, sin una carroza propia que robar— los siguió al interior, tragándose el escándalo como quien traga un veneno lento.

—¡Oh, signorina Giorgiana! —sonrió un hombre de bigote extraño —. Ya tengo su mesa.

—*Molto bene* —asintió ella—. *Ci portano due bottiglie di champagne.*

—¿¡Dos botellas!? —se alteró Annabella—. ¡Ni siquiera tomo!

—Bueno, hoy sí —aplaudió Celio—. Incluso puedo enseñarte a fumar, bombón, como lo hice con G.

—¡Celio! —Giorgiana le golpeó el hombro—. Ella no lo sabía.

—De todas formas —añadió Antoine—, no puedes evitarlo aquí.

Annabella no pudo más que sentirse incómoda. Había mujeres de clase, algunas con sus maridos. Pero también estaban las otras: mujeres destinadas a entretener, con vestidos ajustados al busto y faldas tan cortas que dejaban ver las rodillas. El humo del tabaco flotaba, los vasos tintineaban, las risas se desparramaban sobre madera pulida. Todo olía a alcohol, perfume y desafío.

—Venga, Anna, no seas tan aburrida, es solo por un día —Giorgiana le tocó el brazo con una ternura rara en ella—. Será divertido. Siéntate.

La mesa era céntrica. Desde allí se veía el escenario elevado, las mesas de póker, el brillo de las copas. Las sillas acolchadas eran cómodas, y el lugar, pese a todo, tenía su elegancia decadente: lámparas cálidas, madera oscura, cortinas pesadas, música en vivo.

Annabella se obligó a tomar asiento.

—No es tan malo, ¿verdad? —Antoine alzó una ceja, retándola.

—Se ve que se divierten —admitió Annabella.

—¡Esto no es nada! —Celio se levantó con la copa en alto—. *Signori! Per la libertà, l'alcool e tabacco da fiuto!*

Varias mesas respondieron levantando copas y brindando por todos los vicios. Annabella sonrió. Tomó su copa como los demás y dejó que el champán le invadiera la lengua con ese sabor frío y espumoso. Bajó por la garganta como una chispa; la calentó por dentro. Hizo una mueca de repulsión, miró el líquido con sospecha y alzó los ojos a sus acompañantes, que la miraban divertidos.

—Muy graciosos —se quejó.

Y bebió otro sorbo, que ya no le pareció tan terrible.

En otra mesa no muy lejana, Thomas estaba sentado con cinco caballeros que, a todas luces, imponían peligro y alcurnia. Eran atractivos, sí, pero había algo más: de ellos emanaba un aura que pedía distancia. Como si el aire alrededor les perteneciera.

Los visitantes del club los evitaban por instinto. Conocían al hombre sentado a la cabecera y preferían no arriesgar el cuello.

—Thomas, ¿has decidido ya? —preguntó Francis Bancoit, fuerte, de facciones duras y ojos oscuros. Su piel tostada decía mar, viajes, violencia contenida.

—No —respondió Thomas, tajante—. Quisiera que estén todos.

—Henry y George llegarán hasta Roma —indicó otro—. Y los Scheck no deben tardar.

—Bien —murmuró Thomas, pensativo. Sostenía su copa sin beber, como si el vino fuera una formalidad más.

—Miren por allá —sonrió un rubio de ojos miel—. Parece que vienen a por alguien.

Un grupo de mujeres se acercó, atraído por el poder, buscaban fortuna y quizá una oportunidad.

Con suerte, cazarían al más poderoso.

—Hola, señoritas —sonrió Benjamín Blumont—. ¿Buscaban algo?

—Creímos que ustedes nos buscaban a nosotras —coqueteó una pelirroja de vestido rosa demasiado escaso.

—¿En serio? —rio otro—. ¿A por quién vienen exactamente?

Las mujeres se debatieron, y una —sin poder evitarlo— miró al único hombre que no les regalaba ni un parpadeo desde que llegaron.

—¡Tommy, son tuyas! —gritó uno al otro extremo de la mesa.

Thomas volvió la cabeza con lentitud.

Sus ojos azules se posaron en ellas como un juicio. Suspiró. Eran jóvenes; se notaba. Quizá las mujeres con más experiencia las habían empujado hacia él como carnada.

—Lo lamento —dijo, llano—. No deseo nada.

Las cuatro bajaron la cabeza, desanimadas, pero el resto de los caballeros abrió los brazos para ellas. Al menos obtendrían algo.

—¡Pues me alegro de escuchar eso! —tronó una voz altiva, segura.

Thomas cerró los ojos antes de girarse. Conocía ese tono.

Giorgiana Charpentier lo miraba divertida, copa de champán en mano, cabellos negros, ojos azules, una sonrisa de pecado.

—Debí imaginarme que podrías estar en un lugar como este —murmuró Thomas, negando con la cabeza.

—Ah, sí… eso es de esperarse —asintió ella con exagerada inocencia, saludando con una sonrisa al grupo de hombres embobados.

Thomas guardó silencio apenas un segundo. Luego se puso de pie, como si una verdad lo hubiera golpeado.

No sería capaz. Pero la sonrisa de Giorgiana y esa ceja levantada con descaro le confirmaron lo peor.

—¿Dónde está? —preguntó, y cada letra sonó a amenaza elegante.

—Debo admitir que fue difícil —sonrió Giorgiana—. Estaba aterrorizada, la pobre no lo imaginaba. Pero tú sí me creías capaz, ¿no?

—¿Dónde. Está? —repitió Thomas, lento. Escalofriante.

—Tranquilízate. Está con mis amigos, es muy popular. Atrae a medio club a sus pies —negó—. Es como andar entre una estampida.

Thomas apretó los puños hasta blanquear los nudillos. La mandíbula se le tensó con violencia. En su cabeza, la voz de su padre volvió a deslizarse, perfecta como una hoja:

"Lo que es tuyo se protege sin espectáculo. El espectáculo invita al lobo."

—Vean por allá —señaló uno de los hombres—. Parece que esa mesa tiene éxito.

Thomas siguió la dirección. Giorgiana también.

—Sí… creo que debería volver con ella —asintió Giorgiana—. Ha tomado muy poco, pero parece que no sabe controlarlo.

—Annabella no toma —escupió Thomas, con enojo.

—Bueno, pues hoy sí lo hizo —Giorgiana bebió de su copa.

Thomas ya estaba caminando hacia la mesa.

—¡Oye! —le gritó Giorgiana, pero él no se detuvo.

Ella rio y lo siguió, haciendo una inclinación mínima a los hombres que la miraban impresionados.

Annabella se sentía desubicada.

Era consciente de la multitud a su alrededor, en su mayoría caballeros, que se desvivían por ofrecerle vino y cigarrillos. Ella

negaba con una sonrisa educada… y, aun así, se daba cuenta de algo que le provocaba una vergüenza secreta: no odiaba la atención.

Sería mentira decir que no la disfrutaba. Estaba mal, sí, pero la hacía sentirse hermosa y deseada. En algún rincón del corazón, Annabella quería probar —aunque fuera por un instante— lo que Thomas parecía tener siempre: el privilegio de ser mirado.

Porque a él lo seguían las miradas femeninas incluso cuando ella estaba al lado. A ella, en cambio… casi nunca. Lo que no sabía era que esa falta de interés se debía, en gran parte, a Thomas: cuando iban juntos, él solía posar una mano en su cintura, en su espalda, en su brazo, y su mirada amenazante era un aviso claro: *no se acerquen.*

—Señorita, si gusta puedo regalarle este —un hombre le mostró un cigarro alargado—. Se le llama panatela, mi lady.

—¡Uy, Dios mío, son deliciosos! —Celio se lo arrebató como si se lo hubieran ofrecido a él.

El hombre frunció el ceño, pero la risa de Annabella lo desarmó.

—Lady Korsakov es nuestra —sonrió un rubio que a Annabella le resultó conocido. La miró y luego aplaudió—. Son los del restaurante.

Los tres rubios se acercaron y besaron galantemente la mano de Annabella. Ella rio y retiró la mano con rapidez, divertida y a la vez incómoda. Su risa, suave, parecía invitar sin querer.

—Annabella.

La voz heló la sangre de todos los presentes. Annabella sintió que el champán se le volvía hielo en el estómago. Giró. Thomas estaba ahí. Su expresión era desafiante, oscura… pero no dirigida a ella. Estaba clavada en los tres hermanos rubios.

—Thomas… —Annabella se mordió el labio, el pulso saltándole.

—¡Señor! —dijeron los hermanos, tensos—. Nuestras disculpas.

—Veo por qué no llegaron —soltó Thomas, con enojo.

Los tres se miraron entre sí, buscando salida.

—Largo de aquí —ordenó Thomas, duro.

Annabella bajó la mirada. No vio —porque no quería ver— cómo Celio y Antoine disfrutaban la escena entre fresas y champán.

Thomas la miró a ella por fin. Sus ojos azules se posaron en su cara como una mano invisible, marcando territorio sin tocar.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó, conteniendo lo grosero.

La mesa entera se tensó. Había hombres que observaban sin intervenir, esperando ver si el conflicto estallaba.

—Yo…

—Nos vamos. —Thomas la tomó del brazo.

Entonces Giorgiana soltó un grito teatral, llamando la atención.

—¡Se quiere llevar a mi prima! ¡Que Dios nos ayude!

Varios hombres se levantaron, alarmados… pero al ver quién era Thomas, no se acercaron, nadie quería cruzarlo y, aun así, se quedaron de pie; atentos. Thomas se inclinó un poco hacia Annabella, la voz baja, el tono afilado.

—Annabella, no me tientes. Puedo sacarte a rastras de aquí y no haría mella en mí.

Annabella imaginó la escena. El bochorno. La humillación pública. Negó con rotundidad y se puso de pie.

—No puedes amenazarla. ¿Quién se cree que es? —siguió Giorgiana, disfrutando su propia obra.

—Lady Charpentier… le juro que si no…

—¿Qué? —Giorgiana ladeó la cabeza—. Disculpe, es que no lo entiendo. ¿Está dispuesto a decirnos qué relación tiene con esta mujer?

Annabella miró a Giorgiana, desconcertada. Era obvio. Era su esposa. Pero aquella pregunta hizo algo en Thomas: un segundo de quietud peligrosa, como si el silencio pesara demasiado.

Thomas miró a Annabella. Bastó ese instante para entender que Giorgiana lo estaba empujando a un precipicio frente a todos.

—¿No dice nada? —sonrió Giorgiana—. Entonces haga fila como el resto para hablar con ella.

Thomas apretó la mandíbula.

Y, al final, lo dijo.

—Es mi esposa.

Hubo una exclamación general.

Giorgiana alzó una ceja, triunfante.

—Mentira. No veo ningún anillo en su dedo.

Thomas miró su mano izquierda, maldición, lo había olvidado al bañarse. Annabella sintió que algo se le rompía y, a la vez, algo se le encendía. Una parte de ella quiso hundirse, mientras la otra sintió el impulso de herir antes de ser herida.

Lo miró con reproche. Con esa vieja sospecha que le había mordido el corazón tiempo atrás: *tal vez se lo quita cuando quiere engañarme.* Con dedos lentos, Annabella escondió la mano izquierda bajo la mesa, sacó su propio anillo y lo dejó sobre la madera con un pequeño golpe de oro.

—Bien, todo resuelto —dijo, serena—. Celio, ¿me puedes servir otra?

Levantó la copa.

El hombre la miró estupefacto, pero obedeció.

Thomas tomó la argolla del borde de la mesa y observó a su esposa con la ceja alzada. Annabella no lo miraba. Sonreía hacia Celio y Antoine, preciosa, tranquila, como si el mundo no pudiera tocarla.

Thomas notó algo: aunque había hombres alrededor, ella no les daba verdadera entrada. No era coqueteo premeditado. Era una

forma natural de ser. **Una feminidad que atraía sin proponérselo.**

Eso la hacía peligrosa.

Thomas se alejó, yendo hacia Giorgiana, que lo esperaba con una expresión que se debatía entre la culpa y la diversión.

Él intentó pasar de largo.

—Acepto que me he sobrepasado un poco —dijo ella.

—¿Un poco? —Thomas se volvió, furioso—. ¿Sabes lo que has hecho?

—Sé que no estuvo bien…

Thomas dio un paso hacia ella, amenazante.

Su voz bajó, elegante en el filo.

—No solo "no estuvo bien". Ahora toda esta gente sabe que es *mía*. Si lo que querías era alejarla del peligro, la has puesto en el centro. De mis labios salió que es mi mujer y créeme: tomarán más en cuenta mi palabra que la tuya. —La miró con desprecio—. ¿Creíste que la negaría? ¿Me crees un cobarde? ¿Crees que no admitiría que esa mujer es mía?

Giorgiana tragó saliva. Por primera vez, no tenía una réplica brillante. Thomas siguió, con pesadez contenida:

—Lo ocultaba porque así no la arriesgaba. En París era más fácil decirlo; no importaba tanto. Pero en Italia… —apretó los dientes.

Giorgiana se defendió, torpe:

—¿Y por qué te quitaste el anillo? Eso ha sido culpa tuya.

—¡Lo olvidé! —escupió Thomas—. Se me olvidó en el baño. Yo no me lo quito jamás.

Giorgiana lo miró, sorprendida… porque en su rabia había otra cosa: preocupación auténtica. Thomas estaba alterado no por su orgullo, sino por Annabella y eso revelaba más de lo que él habría querido. Thomas alzó la vista hacia donde Annabella reía, gesticulaba con gracia, moviendo las manos como si dibujara música en el aire. Su belleza atraía como una lámpara a los insectos. Y su inocencia —esa forma de seducir sin saber— era un riesgo.

—Cuídala —ordenó, pesado—. Vuelvo en un momento.

—Espera. ¿A dónde vas? Es la una de la mañana —lo detuvo.

Thomas la miró con una calma que era amenaza.

—Haz lo que te pido. No la dejes beber más. Y si aprende a fumar… —sonrió sin humor— te juro que encontraré la forma de que no me culpen por tu muerte.

Giorgiana soltó una risa nerviosa y asintió, yendo hacia la mesa donde su prima bromeaba con sus amigos y… con unos cuantos más.

Annabella ya no quería probar más.

No podía decir que estaba ebria, pero tampoco se sentía en perfecto estado. Todo era más cálido, más suave, más lento. El ruido

del club era una marea y ella flotaba en ella.

Lo que sí sabía era que Thomas no estaba por ningún lado. Giorgiana se había plantado a su lado, intentando controlarla, repitiéndole cosas sobre lo "equivocado" del asunto y algo sobre Thomas. Annabella no escuchaba. Tenía el orgullo herido, y el orgullo, cuando sangra, hace sordo.

De pronto, en medio de risas y frases que se deshacían, una mano se coló por su cintura y la jaló hacia atrás. Annabella perdió el equilibrio y se aferró a lo primero que encontró: la chaqueta elegante del hombre.

Alzó la vista.

Thomas.

Se apartó como si él quemara.

—Vámonos, por favor, Annabella.

—No. Vete con quien sea que viniste hoy —soltó ella, petulante—. Yo me regresaré con Celio y Antoine.

—Nos vamos también —intervino Giorgiana—. Ya es hora.

—¿Qué? —se molestó Celio—. ¡No! ¡Quiero fiesta!

—Celio, cállate —Antoine lo sentó—. Es para que se vaya la bebé.

—No me quiero ir —negó Annabella otra vez.

Thomas no discutió más. Pasó sus brazos por la espalda y las piernas de Annabella y la cargó como princesa.

Annabella protestó.

Pero a esa hora, con borrachos por todas partes, nadie se atrevería a detenerlo. Y aunque lo intentaran, caerían antes de lograrlo.

—¡Suéltame! —exigió ella—. ¿Cómo te atreves?

—Estás ebria —dijo Thomas sin más, ignorando su indignación.

—Estoy consciente de que me llevas tú —se cruzó de brazos incluso en el aire, como si pudiera mantener dignidad flotando.

Thomas soltó una risa breve, apenas.

—Bueno. Te llevo "a casa".

—Es un hotel, no es una casa —corrigió, ofendida por la obviedad.

—Mientras estemos en él, es nuestra casa.

—No tiene sentido. Pero nada en mi vida lo tiene.

Thomas la miró de reojo, divertido pese a sí mismo. La colocó un instante en el suelo para acomodarle el chal sobre los hombros. Afuera hacía frío; la noche mordía.

—¿Qué no tiene sentido? —preguntó.

—Tú —Annabella le tocó la mejilla con un dedo, lento—. Eres muy raro. Yo no te entiendo ni un poquito.

Thomas contuvo la respuesta en la boca. La tentación de explicarse… y el hábito de no hacerlo. **Castigó el impulso con**

silencio. En cambio, la tomó de nuevo en brazos.

Annabella alzó los brazos, obediente sin querer, dejando que él la cargara. El carruaje los esperaba. Thomas la sentó con cuidado, sin golpes, casi con una paciencia que no combinaba con su enojo de antes. Luego subió y se acomodó a su lado.

—No te sientes conmigo —ordenó Annabella, señalando el otro lado del carruaje—. Ve allá.

—No —dijo él—. Aquí me quedo. Seguro te mareas y me vomitas.

—Cállate. No me hables, entonces.

—Bien —concedió Thomas, cruzándose de brazos.

El carruaje avanzó.

Pasaron unos segundos. Annabella lo miró de reojo, y el orgullo se le ablandó con una rapidez molesta. Su cuerpo, más despierto, pedía calor. Pedía ancla.

—Thomas —susurró—… ¿me abrazas?

Thomas volvió la mirada hacia ella y sonrió.

—Creí que no querías que te hablara.

—Abrazarme no es hablarme —respondió Annabella, astuta.

Thomas abrió un brazo. Annabella se acomodó sobre su pecho, y él la acogió con calma, apretándola lo suficiente para que dejara de tambalearse. Era control, sí. Pero también era… cuidado.

Annabella dejó una mano reposando sobre la pierna grande y masculina de Thomas. Era esa mano donde debería estar su anillo. Recordó el oro sobre la mesa, el gesto que hizo para herirlo, y una tristeza lenta le subió al pecho.

—Thomas… —volvió a hablar, con los ojos cerrados, como a medio camino entre la realidad y el sueño—. Eres un bruto, enojón, malvado… y mentiroso.

Thomas soltó una risa muda. La escuchó como quien escucha una confesión peligrosa.

Annabella siguió, más suave, como si el alcohol le abriera una puerta que ella sobria no se permitía tocar:

—Pero te amo tanto…

Thomas abrió los ojos, sorprendido. Giró la cabeza y solo encontró a su esposa dormida, respirando tranquila sobre su pecho.

Una sensación tibia le llenó el cuerpo. No era triunfo. Era algo más íntimo… algo que no sabía manejar.

La apretó un poco más contra él y besó su cabeza con suavidad, dejándola descansar.

Y, en el vaivén del carruaje, Thomas se dijo —con una claridad que le dolió— que el peligro no era el club, ni los hombres, ni Italia.

El peligro era que, por primera vez, ella lo estaba alcanzando. Y él ya no estaba seguro de poder seguir castigando su deseo con distancia.

Capítulo 22

Annabella despertó aquel día **totalmente indispuesta**. Le dolía la cabeza como jamás en su vida; estaba mareada y tenía ese sabor espantoso en la boca, metálico y rancio, como si la noche le hubiera dejado una marca. Definitivamente no volvería a hacerle caso a Giorgiana nunca. Se llevó la mano a las sienes y masajeó con fuerza, intentando domar la punzada. Todo la irritaba: el canto insistente de las aves en los aleros, el perfume dulce de las gardenias que trepaban por la balconada, el sol que entraba sin pudor por la ventana, filtrado apenas por las cortinas pesadas.

Hasta las sábanas recibieron su desprecio, nada la complacía.

—Hola, pecas; veo que no te sientes muy bien —dijo Thomas.

Y, por supuesto, nada más molesto que su esposo a esa hora.

—No me hables… me fastidias —soltó, áspera, la voz quebrada.

—Annabella…

—No me hables, que me duele la cabeza.

Levantó una mano, sin abrir los ojos

—Y con razón —se burló Thomas—. Tomaste demasiado.

Annabella giró apenas el rostro sobre la almohada, con una mueca.

—Contigo a mi lado, era probable que no tuviera un mañana —le escupió, ponzoñosa. La rabia de la noche anterior seguía ahí, bajo el malestar, caliente y obstinada.

Thomas sonrió, apenas, y se acercó con un vaso que contenía una sustancia sospechosa. El recuerdo de la otra vez, cuando él le había dado algo parecido, cuando ellos… bueno, le atravesó como una aguja.

—¿No dijiste que solo te daría mi castidad una vez? ¿Por qué me la das? —alzó una ceja, incrédula.

La carcajada de Thomas fue tan sonora que le clavó una punzada en la frente. Annabella siseó entre dientes.

—No es para eso, mi cielo —dijo, con burla—. Es para tu bella resaca.

—¿Qué es eso? —preguntó ella, recelosa.

—La conjunción del dolor de cuerpo, el asco y el dolor de cabeza que sientes ahora, pecas. —Sonrió, como si dictara una definición académica—. Tómatelo.

Annabella miró el líquido de color indecente y negó. Le daban escalofríos solo acercarlo a la boca. Volvió los ojos hacia Thomas y no encontró tregua en su expresión: esa calma suya que no era suavidad, sino orden. Así que se tapó la nariz con una mano y, con la otra, vació el contenido del vaso de un golpe.

Era peor que la vez pasada. Repugnante. Le ardió la garganta y el estómago se le revolvió con una dignidad ofendida.

—Ah… es asqueroso —murmuró, entregándole el vaso, y se dejó caer de nuevo sobre las sábanas como si el mundo pesara el doble.

—Espero que no lo vuelvas a hacer —dijo Thomas, dejando el vaso en la mesita de noche.

—Oh… ¿y por qué no? —volvió un poco la cara, con veneno—. Tú, al parecer, lo haces todo el tiempo.

Thomas rodó los ojos y, sin pedir permiso, posó una mano sobre la cadera femenina enfundada en la sábana. La presión fue mínima, pero el calor de su palma atravesó la tela con una precisión indecente.

—Annabella… no fui para nada a lo que te imaginas.

—Oh, miren eso… —dijo ella, fingiendo sorpresa—. Hoy sí lo portas.

Thomas giró su anillo en el dedo y la miró con sorna.

—Siempre lo hago.

Annabella se acomodó sobre la almohada con un movimiento lento, calculado, y lo suficiente para que la mano de Thomas quedara lejos de su cuerpo, cayendo al colchón como un gesto rechazado y fue entonces cuando notó algo: no llevaba el vestido de la noche anterior, ni la camisola que siempre usaba bajo el corsé.

En su lugar, tenía un camisón color crema, suave, ligero… y ella no recordaba habérselo puesto.

Sintió una alarma íntima, absurda, en la boca del estómago.

—¿Me cambió Lizet? —preguntó, deseando con todo su ser que la respuesta fuera afirmativa.

—No. Lo hice yo —sonrió Thomas, como quien confiesa un acto sin importancia.

Annabella se incorporó apenas, el ceño fruncido, el pulso acelerándose por razones que no quería admitir.

—Tú… solo me cambiaste, ¿verdad? —lo interrogó con ese tono de "dime que sí" disfrazado de pregunta.

Thomas ladeó la cabeza, disfrutando.

—No lo recuerdo bien…

A Annabella se le encendieron los ojos. Lo miró de golpe y descubrió la verdad en su sonrisa: se burlaba de ella.

—¿Por qué haces eso? —se quejó, dándole la espalda.

Thomas se inclinó, acercándose a su nuca; su aliento rozó la piel como una amenaza suave.

—Me parece divertido. —Su voz se volvió baja, deliberada—. Me gustaría saber cómo es hacer el amor contigo en ese estado… mira que lo ofreciste muchas veces.

—¡Cállate! —se tapó los oídos—. ¡Eres un grosero!

—Pero quién lo diría… —Thomas sonrió, como si saboreara su reacción—. ¿Lo agrego a tu lista de que soy un bruto, malvado, enojón y mentiroso?

Annabella se giró con furia marcada. ¿Cómo sabía eso? Se sentó lentamente en la cama y lo miró de arriba abajo, de pronto alerta, casi ofendida en lo más privado.

—¿Leíste mi diario? —preguntó, tensa.

—¿Tu qué? —Thomas se sentó también, divertido—. No lo puedo creer… ¿tienes un diario?

Annabella se sonrojó y negó varias veces, demasiado rápido; luego se dio cuenta de su error.

—Yo… no… no lo tengo —mintió, tras una vacilación mínima.

Thomas se acercó, con esa paciencia suya que era pura certeza.

—Lo tienes, pequeña mentirosa. Quiero verlo.

—¡Ni loca!

—¿No que no tenías ninguno? —Thomas alzó las cejas. Annabella lo maldijo en silencio.

—Entonces, ¿cómo te enteraste de eso?

—Me lo dijiste ayer, cuando veníamos de regreso. —Se encogió de hombros—. Seguramente no lo recuerdas por la cantidad exorbitante de alcohol que tomaste… sobre todo, siendo tu primera vez.

Annabella apretó los labios, orgullosa incluso con resaca.

—Pues eres todo eso… y más —se cruzó de brazos.

Thomas se inclinó, tan cerca que su nariz rozó la de ella. El contacto era mínimo, pero el cuerpo de Annabella reaccionó: una inhalación más honda, un pulso que traicionaba.

—¿En serio? —murmuró—. ¿Qué más dice ese diario tuyo?

—Lo mucho que te detesto —respondió ella, con una ceja juguetona, y se dejó caer de nuevo, como si lo expulsara.

—No lo creo —Thomas pasó un brazo por encima de su cuerpo, aprisionándola con facilidad.

—Nunca lo sabrás, de todas formas.

—Encontraré tu diario —dijo él, seguro—. Sería divertido ver…

—No te atrevas. —Annabella se incorporó de golpe y se sentó frente a él, la cara crispada por una aflicción real—. Yo… no te lo perdonaría.

Thomas se recostó un poco, con una sonrisa petulante, como si aquel límite lo entretuviera.

—¿Tan mal te has expresado de mí?

—¿Cómo te has portado conmigo? —replicó ella, astuta.

Thomas asintió, como aceptando el golpe. Sabía que había sido un patán con ella, y todos menos Annabella se merecían eso. Ella era dulce incluso cuando lo mordía con palabras. Por eso, lo que ella

había dicho la noche pasada —aquello— le parecía tan ilógico que ni siquiera quiso tocarlo de frente.

El silencio se instaló.

Annabella, nerviosa por la pausa, buscó distraerse con su manía: fue a girar su anillo de bodas… y su sorpresa la sacudió. No lo encontró. El estómago se le hundió. Empezó a mover la cabeza de lado a lado, rastreando con la vista las sábanas como si allí pudiera aparecer el oro, pensó que se le habría salido durante la noche.

—No lo has perdido, si es lo que te preguntas —dijo Thomas, con una ternura inesperada.

Annabella lo miró, inquieta.

—¿Qué?

—Tu anillo. —Thomas lo dijo simple, como si leyera en ella—. Lo que me recuerda…

Se puso de pie y fue hacia la chaqueta del día anterior. Rebuscó en los bolsillos donde había guardado el anillo que Annabella dejó sobre la mesa. Ella lo observó regresar, rodeando la cama para sentarse del lado que ella ocupaba, demasiado cerca.

—Olvidaste esto ayer —le tomó la mano izquierda y deslizó la argolla en su dedo con un cuidado que dolía. El metal frío se asentó como una promesa.

—Gracias —susurró Annabella, tocándose la mano, como si necesitara asegurarse de que seguía ahí.

Thomas no apartó la mirada.

—El día en que te quitaste el anillo de compromiso… puedo decir que sentí un alivio tremendo —confesó—. Lo detestaba, en parte porque no era mío.

Annabella bajó la vista. Recordó aquel dolor, el filo con que él le habló ese día, se sentía lejano… y, sin embargo, todavía tenía cicatriz. Thomas le tomó el rostro con delicadeza, levantándole el mentón hasta obligarla a mirarlo. Los ojos azules y peligrosos la sujetaron.

—Pero ahora… tengo algo para ti. —Metió la mano en su chaleco y sacó una cajita de terciopelo rojo—. Toma.

Annabella abrió los ojos de par en par. Con Thomas jamás se sabía; podía ser un gesto precioso… o algo que la dejara sin suelo.

Abrió la cajita.

Y lo era.

Dentro había un anillo hermoso, de forma particular: no una rosa como la vez pasada, sino una gardenia —su flor favorita—, hecha en oro blanco. Pequeños diamantes "bailaban" en los pétalos y, en el corazón de la flor, una esmeralda de tamaño considerable encendía un verde profundo… Era precioso, dolorosamente precioso.

—Thomas… —Annabella lo miró sin encontrar palabras—. Yo… no sé… yo… —cerró la boca con fuerza, conteniendo las lágrimas.

—¿Me lo permites? —preguntó, complacido por su reacción—. Lo mandé hacer para ti desde que llegamos. Ayer lo fui a recoger.

—¿Ayer? —se limpió las lágrimas con la mano derecha mientras Thomas colocaba el anillo en la izquierda, con una ceremonia íntima.

—A la una de la mañana. —Thomas sonrió—. Se suponía que lo tendrían listo hasta hoy, pero me quedé ahí hasta que lo terminaron.

Annabella lo abrazó con un impulso que le nacía del pecho. El terciopelo, el metal, el perfume del cuarto, todo se mezcló.

—Es hermoso, Thomas… me encanta. Es mi flor favorita.

—Lo sé.

—¿Y por qué la esmeralda? —tocó el anillo con la otra mano, fascinada—. Combina con mis ojos… ¿es por eso?

Thomas alzó una ceja pomposa, fingiendo indiferencia.

—Supón lo que quieras, pecas.

Y, aun así, su mirada la delató: **era por ella**, por lo que esa piedra le recordaba cuando la veía, por la forma en que el verde se le encendía cuando se enfadaba o cuando se rendía.

—Espero que no te lo quites —advirtió, con una quietud que sonaba a orden.

Annabella elevó un hombro, desafiándolo con una valentía nueva, pequeña pero real.

—No lo sé, depende de ti también.

Thomas frunció el ceño, intrigado.

—¿Por qué de mí?

—Porque el día que tú no lo tengas puesto… yo tampoco me lo pondré. —Lo dijo con seguridad, y el pulso le golpeó en la muñeca.

Thomas la miró como si aquella osadía le hubiera prendido algo por dentro. Y, como tantas veces, **castigó el deseo con control**: la voz se le volvió neutra, pero el cuerpo se movió con decisión.

—Bien, en ese caso… —la recostó lentamente sobre la cama, como si la acomodara en su lugar— no habrá ningún problema.

La besó despacio, largo, como si quisiera borrar la noche anterior con algo más limpio, más suyo. Annabella sintió la presión de sus labios, la forma en que él la sostenía sin apurarla, como quien decide cuánto se permite. Le tocó la quijada con la punta de los dedos, explorando esa línea dura que tantas veces la intimidaba y la atraía.

—Eso espero yo —rodó los ojos, pero sonrió—. Gracias.

Thomas la besó un largo rato, y fue capaz de percibir las emociones que emanaban de su esposa: la gratitud, la rabia que aún no moría, la ternura que se colaba por los bordes y la posesividad, en él, se levantó como un animal. Para ser sincero consigo mismo, casi asesinaba a Giorgiana por haber puesto a Annabella en medio de tantas miradas masculinas. Él sabía que su esposa era hermosa, atractiva y seductora; pero verlo con sus propios ojos depositó en él

un instinto feroz: quería que Annabella lo mirara solo a él, que sus sonrisas fueran suyas, sus risas, sus enojos, sus miedos. Todo. Y, aun así, no se lo dijo. Lo guardó. Lo castigó con distancia verbal.

—Thomas… —susurró ella bajo sus labios—. Tengo sueño.

—Bien. —El conde se recostó al otro lado de la cama, dándole espacio, como si el espacio fuera cortesía… y no contención.

Lo que Thomas no sabía era que Annabella, en ese momento, lo último que quería era estar separada. Incluso con el cuerpo pesado y el dolor menguando gracias al horrible brebaje, se acercó lentamente y apoyó la cabeza en su hombro, aun cuando el brazo de él no la invitaba. Los ojos azules de Thomas volaron hacia ella. Hubo un segundo de duda… y luego, con un movimiento, levantó el brazo y la obligó a alzar la cabeza para acomodarla sobre su pecho. La rodeó con el brazo, acogiéndola en un abrazo que tranquilizaba a ambos.

Annabella suspiró conforme. Colocó la mano izquierda sobre el pecho de Thomas y sintió el corazón rítmico bajo su palma y se durmió con ese palpitar, como si fuera un reloj secreto.

Los ojos verdes de cierta dama se abrieron hasta entrada la tarde. Lo supo por la luz: el sol aún entraba por la ventana, pero los rayos se teñían de naranja, anunciando la hora tardía. Se estiró sobre la cama, moviéndose con la intención de sacudirse la pereza.

No le afectó encontrarse sola. Seguramente su esposo habría ido a comer algo y no quiso despertarla.

Entonces oyó un ruido a los pies de la cama.

Annabella tomó aire y levantó apenas la cabeza, haciendo el menor ruido posible. El alivio le entró como agua: era Thomas. Frente a sus ojos vio la figura fuerte de su esposo inclinado sobre el baúl, de espaldas, dándole una visión perfecta de lo que ocurría… excepto que su propio cuerpo le tapaba las manos.

Annabella aguzó la vista. Vio el movimiento constante de sus brazos, la tensión de los hombros bajo la camisa. Intentó moverse para mirar mejor, pero fue imposible.

Escuchó el sonido inconfundible de papel rozando papel. **Una carta.** O una nota. ¿Por qué tanto misterio? ¿Y por qué frente al mismo baúl que ella había revisado días atrás?

Thomas se quedó leyendo varios segundos. Luego suspiró, cansado, y se movió otra vez. Annabella oyó algo abrirse y cerrarse, pero no era el baúl; era algo dentro, quizá una caja que ella no consideró importante en su inspección anterior.

Después, Thomas bajó la tapa del baúl lentamente, como si intentara no despertarla.

Aquello fue la señal. Annabella cerró los ojos y fingió dormir.

Sintió los pasos acercarse. El peso de Thomas al sentarse en el borde de la cama, del lado que ella ocupaba. Su mano viajó

despacio desde la pantorrilla hasta el muslo y se detuvo en su cadera, quieta, como una posesión muda.

—Anna —susurró—. Despierta. Tienes que comer algo.

Annabella se tragó una sonrisa y enterró el rostro contra la almohada, fingiendo que su voz la hería.

—Vamos. Tienes que comer —insistió, moviéndole apenas el cuerpo—. ¿Quieres que te traiga algo?

Aunque fingía, tenía hambre. Así que asintió varias veces, sin volverse, y le dio la espalda.

—Bien —dijo Thomas.

Annabella abrió un ojo para mirar qué hacía. Lo vio ir hacia un cajón y sacar una llave. Con ella, cerró el baúl; colocó el candado con un clic que sonó definitivo incluso en el silencio. Era obvio: le había perdido la confianza… o sospechaba que ella había husmeado.

Annabella lo siguió con la mirada. Thomas guardó la llave en el bolsillo del pantalón y le lanzó una última mirada antes de salir. No era una mirada tierna, tampoco dura: era una mirada que evaluaba.

La puerta se cerró con un sonido leve.

Annabella se levantó de la cama con rapidez, se colocó una bata y fue hacia el baúl. Comprobó que estaba cerrado. Se cruzó de brazos, frustrada. Tenía que encontrar la forma de abrirlo… pero Thomas tenía la llave en el pantalón. Pensó cómo lograr que él lo abriera, o que lo dejara abierto… Lo dudaba: Thomas no era

descuidado con algo que claramente era importante. Hasta portaba la llave consigo.

Tenía que haber una forma.

Y entonces, Annabella sonrió con vergüenza ante la resolución que le dio la mente. Se tapó la boca un momento y mordió ligeramente la uña del pulgar, como si castigara su atrevimiento.

Habría que hacer que se lo quitara de encima.

Cuando Thomas llegó de nuevo a la habitación, Annabella ya se había cambiado: llevaba una camisa de él, amplia, fresca, demasiado íntima. La tela le caía sobre los muslos; los botones no estaban abrochados del todo. Era comodidad… y era un mensaje.

Annabella comprobó que acertó cuando los ojos azules de Thomas se oscurecieron y una sonrisa petulante se le instaló en los labios.

—¿Puedo preguntar qué haces? —dijo, dejando una bandeja de plata sobre la mesita.

Annabella decidió que la mejor forma de seducir a su esposo era que él no se diera cuenta de que lo estaba haciendo. Así que le dirigió una mirada inocente, casi interrogante, y sonrió hacia la bandeja.

—¡Muero de hambre! —Se acercó a la mesa, rozando levemente el cuerpo de Thomas al pasar. Fue un roce breve, casual… y aun así,

lo sintió en la piel como un relámpago—. ¿Por qué no me dijiste que irías a comer? —lo reprochó con una carita de niña.

—Estabas dormida —respondió Thomas, y se sentó al otro lado, demasiado correcto.

—Bueno… en ese caso, gracias por traerme.

Y en realidad lo agradecía, Annabella también moría de hambre y no se limitó: en la bandeja había sopa, un poco de ternera y agua fresca. Thomas la miraba mientras ella le hablaba de algo que él no escuchaba. Verla con su camisa siempre era un recordatorio de ella en su cama, enredada entre sus brazos. Algo estaba tramando. Desvió la vista hacia las piernas largas y torneadas de Annabella; la camisa apenas cubría los muslos; el cabello castaño, eternamente rizado, caía despreocupado por su espalda. La tela se había elevado en el pecho, marcando lo suficiente como para volverlo loco.

Era demasiado.

—¡Thomas! ¿Me estás poniendo atención?

Thomas parpadeó, como si volviera.

—¿Por qué traes mi camisa? —preguntó sin más.

—Oh… —Annabella se sonrojó y sonrió para sí—. ¿Te molesta? Tenía calor… y esto es mucho más fresco.

Thomas tragó saliva. Su voz se tensó.

—Me molesta.

No le molestaba como ella imaginaba. Le molestaba porque le costaba mantener el control.

—Lo siento —dijo Annabella, haciéndose la apenada—. De todas formas pensaba bañarme… te la devolveré en un momento.

—Tengo una mejor idea.

Thomas se levantó de la silla y, en dos pasos, estuvo sobre ella. La alzó en brazos con una facilidad insultante y la llevó hasta la cama.

—¿Thomas? —preguntó Annabella, dudosa, pero el temblor de su voz ya no era miedo: era expectativa.

—Lo has hecho a propósito —dijo él, con una voz entrecortada, gruesa. Pasional. Y, aun así, controlada, como si se castigara.

—¿Qué cosa? —Annabella se arrastró hacia el centro de la cama, intentando alejarse lo justo para provocar el juego que le encantaba.

Thomas tomó sus piernas descubiertas con suavidad. **Acarició** lento, desde el tobillo hasta la rodilla, como si contara el camino. Luego la sujetó por debajo de las rodillas y la atrajo hacia él con delicadeza, provocando que la camisa se subiera hasta la cadera.

Annabella contuvo el aliento. Sintió la sangre despertarse.

—Seducirme —murmuró Thomas junto a su oído.

Antes de que ella respondiera, tomó sus labios con fiereza y los introdujo en un beso que le robó el aire. Annabella, sin poder evitarlo, subió las manos y las enredó en la cabellera de su esposo,

sintiendo bajo los dedos la tensión de quien se controla… y lo paga caro.

No era difícil dejarse llevar por Thomas. Era un maestro en el arte de amar a una mujer, y eso no la complacía en absoluto. Decir que le daban celos era poco. Pensar en él repitiendo esos mismos gestos con alguien ajeno… besando con esa misma intensidad, haciendo sentir especial a otra como lo hacía con ella… era insoportable.

Y entonces, cuando los celos le ardían, Annabella se volvía valiente: lo besaba con osadía, lo incitaba a abrazarla con fuerza, lo empujaba a creer que aún no lo obtenía todo. Lo lograba con una facilidad que la sorprendía. No era experiencia; era que a Thomas le bastaba con que fuera ella, cosa que Annabella aún no comprendía.

Cuando ambos quedaron recostados, con brazos y piernas enredados, saciados y cansados, Annabella abrió los ojos.

Quería dormir, pero **este era el mejor momento para atacar.** Si deseaba saber más de Thomas, tendría que hacerlo a sus espaldas. Nadie le diría, y menos él.

Con sumo cuidado, apartó los brazos que Thomas mantenía sobre ella. Dio gracias a Dios porque fuera un hombre de sueño pesado. Había aprendido que lo único que lograba despertarlo era un grito humano: reflejo, quizá, de su oficio… o de lo que su vida lo obligó a ser. Annabella cubrió su cuerpo con la camisa de Thomas y la abotonó rápido. Buscó con la mirada los pantalones de su esposo,

pero la luz ya no ayudaba: el sol se iba, y el cuarto empezaba a llenarse de sombras.

Encendió una vela. Tenía que darse prisa.

Con la llama temblorosa en la mano, encontró la prenda. Metió los dedos en los bolsillos y halló la llave casi de inmediato. Pesada. Definitiva. Sonrió, triunfante, y miró a Thomas: seguía dormido.

Fue hacia el baúl, con el corazón galopando.

Se inclinó sobre el cofre de madera, ahora posicionado a los pies de la cama, e introdujo la llave en el candado de acero; le pareció que hacía un escándalo al girarla. Miró a Thomas, conteniendo el aliento, él no se movió. Abrió la tapa; el chirrido la atravesó como un disparo, pero Thomas siguió dormido.

Annabella miró dentro: las mismas cosas de la vez pasada. Camisas, botas, pantalones, una cajita con relojes, las mancuernas. Nada. Rebuscó. Movió. Ordenó mentalmente para dejarlo todo como estaba. El cofre parecía ordinario. Estaba por cerrarlo cuando dejó caer un frasquito de vidrio. El golpe sonó demasiado fuerte. Annabella se escandalizó. Alzó la vista, esperando lo peor.

Thomas seguía dormido.

Y entonces lo notó: el sonido había sido hueco, extraño.

Annabella abrió los ojos. Sacó cosas con cuidado, recordando el orden, sin desdoblar demasiado. Al llegar al fondo, no había nada…

solo el terciopelo rojo forrando el interior. Frustrada, recostó la mejilla sobre la madera y dejó una mano sobre la superficie vacía.

Pero…

Su mano no parecía llegar al piso real. Como si hubiera un espacio. Miró por fuera: la altura no coincidía. No era posible. El corazón le palpitó con ferocidad. Tocó dos veces el fondo: de nuevo el eco. **Había algo debajo.** Un falso fondo.

¿Pero cómo se abría?

Annabella palpó con dedos ansiosos, buscando una ranura, un mecanismo. Nada. Entonces presionó con ambas manos. El fondo cedió un poco. Lo soltó, esperando que se abriera.

No ocurrió nada.

Lo intentó de nuevo, dos veces, con más firmeza. Esta vez algo cedió. Un seguro respondió con un clic. El compartimiento secreto reveló una pequeña abertura. Annabella casi grita de emoción, pero se contuvo. Abrió con cuidado el fondo falso y encontró varios compartimientos cerrados con pequeñas puertitas.

Las manos le temblaban. La respiración se le volvió corta.

Abrió uno: materiales para escribir, plumas, papel, tinta, cera. Nada fuera de lo común. En otro, encontró un anillo. Un sello distinto al de la familia de Thomas: nada que ver con los Hamilton. Lo devolvió a su lugar, y siguió.

Otro compartimiento: dos pistolas, una de ellas le resultaba conocida —la de aquella vez en que él la salvó—. Había cuchillas, balas, cuerdas, artefactos que Annabella no supo nombrar. Todo aquello era extraño… pero no era lo que buscaba.

Ella buscaba lo que él había estado leyendo.

Y lo halló al final: en la última puertita, estaban las cartas. Muchísimas. Todas con sellos parecidos al de Thomas, pero con nombres diferentes… no nombres reales: seudónimos extraños que Annabella no comprendía. Abrió la de arriba con manos temblorosas y la desplegó con rapidez.

Διοικητής χρυσαετός:

Έκθεση. Συνάντηση. Ρώμη. Φοντάνα ντι Τρέβι..

11p.12h.3m.24d.

Αετός Άρπυια.

Annabella la releyó una y otra vez. Mil veces, quizá. Nunca le pareció importante aprender griego… y ahora le era fundamental. ¿Cómo descubriría lo que su esposo tramaba si no podía leer el idioma? Maldijo su suerte. Cerró los ojos con fuerza, tragándose las lágrimas de frustración. Estaba tan cerca y aun así no podía descifrarlo. Pero lo haría. Lo descubriría. Con una recuperación casi milagrosa, tomó papel y tinta y reescribió el mensaje, letra por letra, copiando con una precisión temblorosa. Solo conocía a una persona

capaz de leer griego, y dio gracias a Dios por ello: la vería dentro de poco.

En una semana. En Roma.

Capítulo 23

Roma.

Llevaban dos semanas en aquel lugar. El viaje se había hecho primero en carruaje, lo cual alegró a Annabella; pero, como era de esperarse, Thomas se impacientaba con el lento andar de la carroza y detestaba los mesones donde debían detenerse a reponer fuerzas. Al final, terminaron viajando en tren. No había sido tan mortal como la primera y la segunda vez que la joven se vio forzada a subir a aquella máquina de metal y humo; ahora el trayecto se reducía a un horror breve, soportable, a cambio de llegar al destino deseado.

Además, por más que Thomas se burlara de su aprensión cada vez que el vagón crujía, se comportaba tierno en sus propios términos: la mantenía entre sus brazos durante el trayecto, como si el mundo —y sus ruidos— quedaran fuera cuando él la encerraba contra su pecho.

La magnífica Roma, conocida como *la Ciudad Eterna*, extendía su dominio en la memoria del mundo: había gobernado sobre la cuenca del Mediterráneo y gran parte de Europa, y, como capital del Imperio romano, se había constituido en una de las primeras grandes metrópolis de la humanidad, centro de una de las civilizaciones antiguas más importantes. Influyó en la sociedad, la cultura, la

lengua, la literatura, el arte, la arquitectura, la filosofía, la religión, el derecho y la moral de siglos sucesivos… y todo aquello parecía adherirse todavía a sus piedras, a sus columnas, a sus sombras largas al atardecer.

Aparentemente era el lugar favorito de Thomas en muchos aspectos. Según él, no había ciudad con mayor concentración de historia en el mundo. Le explicó a Annabella —con una pasión que pocas veces le concedía a otra cosa que no fuera el control— todo lo referente a imperios, conquistas, césares y senado. Y, a decir verdad, la joven podía sentir la majestuosidad de la ciudad: decir que era hermosa era poco. Allí, donde los hombres habían pisado con honor, lealtad y entrega, uno podía sentirse pequeño y apabullado, como un cordero limpio en medio de un templo inmenso. Thomas, en cambio, se encontraba encantado. No solo feliz: pleno. La piedra antigua lo volvía más alto, más dueño de sí; como si aquel suelo le confirmara un linaje que nadie podía disputar.

En la madrugada de su duodécimo día en Roma, Annabella se encontraba encerrada en el baño junto con Lizet —su doncella y, sin quererlo, su amiga más fiel—, quien había sido tan cordial de ayudarla en esos momentos que toda mujer conocía demasiado bien. Antes, Annabella no le daba mayor importancia a los días en que su cuerpo expulsaba aquellos fluidos rojizos; lo vivía como una

molestia inevitable, vergonzosa y silenciosa. Pero ahora… ahora el sangrado era una confirmación cruel: **no estaba embarazada**.

Y no podía más que entristecerse.

Tal vez aquellas mujeres tenían razón. Tal vez no podría engendrar hijos. Llevaba ya mucho tiempo compartiendo una cama marital con Thomas, y la ausencia de un heredero comenzaba a ponerle los nervios de punta. Según había investigado en murmullos y retazos de conversación —lo que una dama podía atreverse a preguntar sin perder la dignidad—, si un matrimonio no lograba concebir, podía separarse. No le agradaba en absoluto esa idea.

—Mi señora —dijo Lizet, con suavidad—, ya está el agua. Verá que se sentirá mejor cuando esté bañada.

Annabella la miró y se secó las lágrimas con el dorso de la mano, molesta consigo misma por no poder detenerlas. Habían brotado sin aviso en cuanto comprendió que otro mes había pasado y ella seguía sin darle un hijo a su esposo.

La joven asintió y se metió en el agua caliente.

El vapor le abrazó la piel, y la esencia de gardenias invadió el aire, acomodándose en sus fosas nasales, en su cabello, en el hueco de su garganta. La tina, de porcelana blanca, parecía un refugio contra todo: contra el peso del corsé, contra el reloj de los meses, contra la mirada del mundo que exigía resultados.

—Gracias, Lizet —murmuró con tristeza, recogiendo sus rodillas.

—¿Por qué está tan triste, señora? —preguntó la doncella, tocándole el hombro mojado con delicadeza.

—No es nada… —La voz se le quebró—. Pero es que no entiendo.

—¿Qué sucede?

Annabella tragó saliva. El agua le tembló alrededor del cuerpo, como si compartiera su ansiedad.

—¿Por qué no puedo engendrar niños? —soltó al fin, con desesperación—. Tú me dijiste que… que se crean a través del lazo marital, pero aun así…

Lizet sonrió con dulzura y le acarició la mejilla.

—A veces pasa, señora. Tal vez se encuentra estresada o alterada por algo. —Lo dijo con simpleza, como quien ofrece un colchón para amortiguar el golpe—. Tal vez Dios aún no desea darles el regalo de la vida… pero sé que lo tendrán.

Annabella dejó salir nuevas lágrimas y negó repetidas veces, quejándose en voz baja de su desgracia.

—¿Quiere que le lave el cabello? —preguntó Lizet.

El asentimiento de Annabella bastó. Lizet comenzó a enjabonarle el cabello con cuidado, hundiendo los dedos entre los rizos, y la joven cerró los ojos, intentando aferrarse a la sensación de calma, aun así, el pecho le dolía. De pronto, alguien tocó la puerta del baño.

—¿Annabella?

Annabella y Lizet se miraron con susto. Thomas era tan atrabancado que era capaz de entrar si no le respondían.

—¿Qué pasa, Thomas? —respondió, esforzándose por sonar segura.

—¿Estás bien? ¿Qué haces ahí adentro? Son las dos de la mañana.

—Emm… —dudó—. Ya voy.

—Voy a entrar.

—¡No! —gritaron sin querer las dos.

Hubo un breve silencio al otro lado. Luego, la voz de Thomas se hizo más dura, más exacta.

—¿Quién está contigo?

Annabella sintió un vuelco y Lizet respondió antes que ella.

—Lizet, mi señor.

—En un momento salgo —dijo Annabella, apurándose—. Solo… solo termino de bañarme.

—¿Bañarte? —Thomas dudó—. ¿A esta hora?

—Sí. Y si me sigues preguntando, no voy a terminar jamás.

—Vale —refunfuñó. Luego se escuchó el sonido de un cuerpo dejándose caer sobre la cama.

Las dos jóvenes soltaron el aire. Annabella, por un momento, creyó que al salir encontraría a Thomas dormido de nuevo. No

entendía por qué se había despertado; era extraño, considerando la hora y el sueño pesado que solía tener. Aun así, una parte de ella —la parte que ya estaba aprendiendo a leer sus silencios— se preguntó si se habría levantado por otra cosa: por la inquietud, por alguna carta, por ese baúl que nunca dejaba de oprimirle la curiosidad.

Tendría que revisar el baúl nuevamente, pensó con amargura. Aunque dudaba que hubiera "noticias" nuevas… y, de todos modos, no podría leerlas. Las cartas estaban en idiomas desconocidos para ella; eran un muro. Y, aun así, la pared la atraía como un desafío.

Media hora después, Annabella estaba vestida, usando la indumentaria de lana y algodón destinada a esos días para evitar manchar las ropas; además, colocó las compresas de tela gruesa que se usaban como ayuda extra. La vergüenza le quemaba la nuca con solo pensar que Thomas podía notarlo.

Salió del baño, despidiendo a Lizet. La doncella se escabulló con rapidez, discreta, mientras Annabella se debatía entre acostarse o no. Siempre que estaba así, huía de Thomas: de sus manos, de su mirada, de la posibilidad de que él adivinara su estado.

—Ven ya a la cama, Annabella —dijo Thomas, somnoliento.

Ella dudó otros cinco minutos antes de obedecer. Se metió en la cama con torpeza e incomodidad. El cuerpo le dolía; el ánimo, más.

Y, sobre todo, la tristeza por los hijos que no llegaban se le amontonaba en el pecho como una piedra.

Se abrazó a sí misma, intentando no llorar.

Thomas sintió la distancia. Normalmente Annabella se acomodaba cerca, aunque no lo abrazara: su presencia lo incitaba a envolverla entre sus brazos, a mantenerla suya de alguna forma. Sin embargo, había noches en que ella imponía una distancia estrepitosa y se negaba a estar cerca por mucho tiempo.

Por supuesto, él sabía lo que ocurría. Además de ser su esposo, era médico. En esos días, solía no presionarla: la dejaba esconderse, como si el pudor fuera una manta que había que respetar.

Pero esa noche notó algo más.

No era solo vergüenza.

Era tristeza.

Thomas se acercó y la abrazó. El cuerpo de Annabella se tensó al instante, como si su contacto la delatara y ahí, en esa tensión, se asomó la otra verdad: por más que ella se apartara, su piel lo reconocía.

—¿Qué pasa? —susurró él, cerca de su oído.

—N-nada… —respondió incómoda—. ¿P-podrías… s-soltarme?

Thomas exhaló despacio.

La abrazó un segundo más, como si el gesto fuera más fuerte que las palabras, y luego aflojó apenas, lo suficiente para no asfixiarla, no lo suficiente para dejarla escapar del todo.

—Anna, sé lo que te pasa. Soy médico, ¿recuerdas? —dijo sin rodeos, y la frialdad clínica de la frase fue, de alguna manera, una forma de control: él nombraba la situación sin cargarla de ternura, como si castigara el deseo de consolarla con distancia verbal—. Lo que quiero saber es por qué lloras.

Annabella abrió los ojos, sorprendida, y hundió la cara más en la almohada, azorada porque su esposo supiera siempre —siempre— lo que ocurría en su cuerpo y porque la atrapara en su tristeza. Pero quizá era mejor decírselo de una vez: que no podía tener hijos. Así, las cosas serían más rápidas, si Thomas deseaba divorciarse, prefería saberlo de golpe. No creía que a él le importara el escándalo de una separación; Thomas parecía impermeable a todo lo que no le convenía.

—Thomas… —dijo entre lágrimas—. Yo… yo… —titubeó, la lengua pesada de vergüenza—. Yo no puedo quedar embarazada.

Lo soltó de golpe, como quien se arranca una venda.

Thomas se incorporó.

—¿Qué? —preguntó, y por primera vez su voz perdió esa tranquilidad de hombre dueño de sí—. ¿Pero qué dices?

Annabella se sentó también, limpiándose las lágrimas.

—No puedo… —repitió—. ¿Te separarás de mí?

Thomas soltó una risa breve, incrédula, como si la idea fuera tan absurda que no supiera dónde colocarla.

—¿Separarme? Claro que no. Llevamos poco de ser pareja…

—No es cierto —refutó ella, con una desesperación que no era lógica, sino de corazón.

Thomas se pasó una mano por el cabello, en un gesto de tensión. **Él era quien evitaba que se embarazara.** Sabía calcular tiempos, lo había hecho con precisión, como hacía todo. No era tan difícil, siendo su esposa tan regular. Solo que Annabella no lo sabía; y, a juzgar por su angustia, alguien le había plantado ese miedo como una espina: alguna mujer inicua, algún comentario venenoso.

—Annabella… —le tocó la mejilla y le limpió una lágrima que salió sin permiso—. No necesito que quedes embarazada ahora.

—Pero no es que quieras o no —replicó ella, como si él no entendiera nada—. ¡No es normal que no lo esté! ¿Qué no entiendes? ¡No puedo tener bebés!

Thomas estuvo a punto de reírse, pero se contuvo. Reírse sería un error: ella lo golpearía, y se lo tendría merecido. Además, un hijo…

Un hijo era demasiado.

Demasiadas responsabilidades. Demasiado futuro. Thomas nunca tuvo un buen padre, y solo pensar en ser uno le provocaba un

escalofrío que no podía permitirse mostrar. En su mente se alzó, con voz limpia y elegante, la presencia de Humberto Hamilton, como un perfume caro que envenenaba el aire:

"Un Hamilton no cría; forja. Y lo que se forja, obedece."

Thomas apretó la mandíbula. Había otra frase, más baja, casi un roce con filo: *"Y cuidado con las cosas bellas, Thomas. La belleza provoca hambre. Aprende a domarla… o te devorará."*

Aquello era una amenaza vestida de educación. Y, sin embargo, Thomas percibía la sombra de otra cosa en esas palabras: una atracción que Humberto castigaba volviéndola hierro, norma, castigo. Un deseo transformado en control.

Thomas negó con la cabeza. Detestaría parecerse a él. Le aterraba.

La paternidad le asustaba más que morir por una bala.

—Annabella —le tomó el rostro—. ¿Quieres tener un hijo?

Ella rodó los ojos, desesperada.

—Sí —afirmó—. Lo quiero… quiero un hijo tuyo dentro de mí.

En cuanto lo dijo, se sonrojó con violencia. Sus mejillas se tornaron de un rojo intenso, y sus ojos se abrieron de par en par, como si acabara de traicionarse. Se llevó una mano blanca a la boca y las lágrimas cambiaron de naturaleza: ya no eran solo tristeza, sino vergüenza ardiente.

Thomas se adelantó, enternecido por esa afirmación tan frontal, tan nueva en ella. Le tomó la cara con ambas manos.

—Entonces te prometo que lo vas a tener. —La besó, un beso breve y firme, más promesa que caricia—. Tal vez no pronto, pero sé que serás la madre de mis hijos.

Annabella se quedó mirando sus labios como si quisiera creerle con el cuerpo antes que con la mente.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque lo sé —respondió él, y le acarició la nariz con la suya, un gesto íntimo que se permitió solo un instante, como si se castigara enseguida volviendo a la sobriedad—. Ven. Vamos a dormir.

Annabella se recostó, aliviada al ver que Thomas no tenía intención de separarse de ella y, aun así, un sentimiento pesado le recordó que tal vez sus palabras no bastarían; tal vez nunca podría darle un hijo. Se durmió con esa duda como una piedra bajo la lengua.

Cuando el día clareó y el sol se alzó sereno en el cielo, Annabella volvió a abrir los ojos. Conservaba el malestar habitual: cansancio, incomodidad, malhumor. Su madre siempre le repetía que nada de eso importaba: una señorita se levantaba, se vestía, caminaba y atendía con normalidad y, sin embargo, Annabella tenía algo

importante que hacer. Por fin vería a la persona que serviría como su traductora personal de griego a inglés.

Se levantó de la cama con cuidado, procurando no hacer ruido. Thomas dormía. Terminó de ponerse el corsé y el vestido ella sola, ajustando cintas con dedos que aún se sentían torpes. Dejó una nota para su esposo, porque, aunque prefería que ni siquiera se diera cuenta de que había salido, si despertaba era mejor tenerlo informado.

Tomó su sombrero de paja y bajó por las escaleras del hotel, recibiendo saludos de los funcionarios. Al parecer, Thomas se hospedaba allí cada vez que visitaba Roma; los sirvientes lo saludaban con agrado, incluso con una familiaridad rara. A ella, en cambio, solo le decían *Lady T.* Supuso que era porque Thomas nunca daba su apellido en ningún lado al que fueran; el misterio era una costumbre en él, una segunda piel.

Casi corriendo, llegó a la salida. En la calle había mesas dispuestas para tomar el desayuno al aire fresco. El aire romano olía a piedra caliente y café; a pan reciente y a humo leve de carruajes. Annabella rebuscó entre las sillas, intentando encontrar su objetivo. No podía ser tan difícil localizar a…

Sonrió.

A una pelirroja.

—¡Katherine! —alzó el brazo para llamar la atención de su prima.

Katherine la divisó y corrió hacia ella.

—¡Anna!

Se le echó encima en cuanto estuvo cerca. Bajo el sol, los cabellos de Katherine parecían hechos de fuego, y sus ojos recordaban al electrizante color de un relámpago cayendo sobre la tierra.

—Qué alegría verte —sonrió Annabella—. Me alegra que mi carta te llegara antes de que te marcharas.

—Sí, pero ¿quién te dijo que me hospedaba aquí? —preguntó Annabella, recibiendo el café que un camarero les llevó como cortesía.

—Giorgi me lo dijo —se encogió de hombros—. Tal parece que quiere vigías donde ella no esté.

—¿Vigías? —Annabella frunció el ceño.

—Al parecer algo le preocupa… y yo estaba en Francia con mis padres, así que pude venir rápido. O, bueno, tan rápido como esa cosa de metal nos deja.

—Espera, espera —la detuvo Annabella antes de que se convirtiera en un discurso sin fin—. ¿Dónde están tus hijos?

—Con mi madre, en su casa. —Katherine rodó los ojos, como si la sensatez la aburriera.

—¿Y Adam? —insistió Annabella, pese a la cara de tedio de su prima—. ¿Inglaterra? ¿No pudo venir?

—Inglaterra. No pudo venir.

—¿¡Viajaste sola!? —se exaltó Annabella.

—Por supuesto que no —respondió Katherine, ofendida por la idea—. Me traje a Blake, Adrien y Ashlyn.

—No me refería a eso… —Annabella se tocó las sienes.

—Bueno, estoy sana y salva, como siempre, y mis hijos también. —Se encogió de hombros—. Además, William me recogió en el puerto.

—¿Adam sabía de tu viaje?

—Digamos que se lo esperaba —sonrió con inocencia estudiada —. Vendrá en una semana.

—Algún día me va a llegar la noticia de que fuiste asesinada por tu marido, Katherine —murmuró Annabella, negando con la cabeza.

—Ay, no… —Katherine le restó importancia—. No lo haría.

Annabella la observó con una mezcla de admiración y cansancio. Katherine era libre, independiente, le gustaba arriesgarse y enfrentar las cosas sola. No sabía cómo lograba hacer tanto por su cuenta: tomar un barco, subir a un tren, alquilar un cuarto.

Para ella todo parecía más fácil; y si encontraba trabas, las saltaba con una habilidad insolente.

—Bueno —dijo Katherine, inclinándose sobre la mesa de vidrio—, tu carta dice que me necesitas. Sácalo.

Annabella se revolvió en la silla.

—Kate… ¿qué tan bien se te da el griego?

La pelirroja se recostó con suficiencia.

—¿Qué quieres que traduzca?

Annabella sacó de su bolsita el papel arrugado que había elaborado semanas atrás y se lo entregó. Katherine lo leyó y le devolvió una mirada dudosa; frunció las cejas y negó varias veces.

—¿Estás en alguna clase de secta o algo por el estilo?

—¿Qué? ¡No! —Annabella se inclinó hacia ella—. ¿Qué dice?

—Está cifrado en partes, pero dice esto: "Διοικητής χρυσαετός"… —Katherine señaló la parte superior—. Sería "Comandante Águila Real", o algo muy parecido. Parece dirigido a alguien.

Annabella sintió un escalofrío, pero mantuvo la postura. Katherine continuó, entretenida.

—Después: "Έκθεση. Συνάντηση. Ρώμη. Φοντάνα ντι Τρέβι." —Leyó despacio—. "Informe. Reunión. Roma. Fuente de Trevi."

Annabella comprendía cada vez menos, incluso con traducción. La claridad no la tranquilizaba; la inquietaba más.

—Por último está el cifrado, que, como ya viste, está en números ordinarios: "11p.12h.3m.24d." —Katherine se encogió de hombros—. Y al final lo firma un tal "Αετός Άρπυια": "Águila Arpía".

Annabella se recostó contra el respaldo y comenzó a pensar. Era obvio que "comandante Águila Real" era Thomas. El mensaje dejaba claro dónde se verían y para qué. Pero la clave estaba en los números. No lograba descifrarlos. Los había memorizado de tanto observar el papel a escondidas, como si la repetición pudiera revelar un secreto.

—¿Qué es todo esto? —Katherine sonrió—. ¿La búsqueda del tesoro?

—No… —rió Annabella con una ligereza fingida—. Solo quería saber el significado. Me encontré ese papel en la calle el otro día y se me hizo divertido saber qué decía.

Katherine la miró con una advertencia que no borró la sonrisa.

—Sea lo que sea… parece peligroso.

—¿Sí, verdad? —Annabella fingió despreocupación—. Lo bueno es que mis dudas acabaron y ya puedo tirarlo.

—Sí, supongo que fue divertido —Katherine se encogió de hombros—. ¿Pero sabes qué lo sería más?

Annabella la miró, recelosa.

—Averiguar bien lo demás. Tal vez sea algo sumamente increíble.

—¡Dios, Kate! —Annabella soltó el aire, frustrada—. ¿Qué no acabas de decir que se ve peligroso?

—Por eso mismo. —Katherine cruzó los brazos, encantada.

—Kate, tienes una familia —le recordó Annabella.

—Bueno, tienes razón —aceptó Katherine con un gesto—. Pero tú no tienes hijos; sería divertido que tú y el hombre siniestro se vayan de cacería de tipos malos.

—Estás loca —dictaminó Annabella.

—Me lo dicen con constancia. —Katherine se puso de pie—. Pero no te entretengo más. En realidad también me he escapado de la casa de mi madre para venir aquí, aunque creo que si le llevo un buen presente no me mate.

—¿Cuándo te marchas? —preguntó Annabella, viéndola prepararse.

—En una semana. Si me van a regañar, que valga la pena.

—¿No dijiste que Adam llegaba en una semana?

—Nunca dije que fuera una gran idea —rió Katherine—. Estaré con Giorgiana el resto de la semana. Por cierto: Celio y Antoine me han dicho que eres increíble con unas copas de champán encima.

—No, en realidad… —intentó protestar Annabella.

Pero Katherine ya se había ido, llevándose también su plato de pastelillos, su risa y ese caos vital que siempre dejaba a su paso.

Annabella se quedó un momento inmóvil, con el papel en la mano como si quemara.

Roma se extendía frente a ella, hermosa e indiferente.

Y, en algún lugar de esa ciudad eterna, a una hora exacta, en un punto exacto —la Fuente de Trevi—, alguien esperaba.

Y Thomas…

Thomas era el único hombre capaz de convertir el deseo en disciplina, la caricia en posesión, y el secreto en una jaula elegante.

Capítulo 24

Con el pasar de los días, Annabella ya le había dado las suficientes vueltas al mensaje que Katherine le tradujo. La fuente era el punto de reunión, sí… pero ¿de qué? Y, si quería descubrirlo, debía entender el resto del cifrado: la hora y el día del encuentro.

En su cabeza se repetía, una y otra vez, aquel "11p.12h.3m.24d.". A cada momento del día intentaba sacarle algo a Thomas: una reacción, un tropiezo, una sombra de incomodidad. Pero él no hacía nada que lo delatara. No se tensaba cuando alguien lo reconocía; no se inquietaba si ella se arriesgaba a preguntar. Se mantenía calmo y respondía sin miramientos, como si la verdad no tuviera la menor capacidad de despeinarlo.

Esa tarde decidieron salir a pasear por las calles de Roma.

Thomas, extrañamente, tenía deseos de caminar; cosa totalmente fuera de su costumbre. Parecía observar con detenimiento, como si buscara algo. Las farolas de gas comenzaban a encenderse; el adoquín devolvía el eco de los carruajes; el aire olía a piedra tibia, a aceite quemado y a pan reciente.

—¿Buscas a alguien? —preguntó, pillándolo desprevenido.

—No —contestó él con demasiada rapidez.

Ella lo vio recuperar la compostura en el mismo segundo, como si se abotonara por dentro.

—¿Por qué preguntas? —añadió, ya de nuevo dueño de su voz.

—No lo sé… pareces distraído. Te la pasas escudriñando el lugar.

Thomas la miró y en su mirada hubo una dureza que no era enojo: era contención.

—Solo admiro, Annabella —dijo, más áspero de lo que pretendía.

—Bien… lo siento —murmuró ella, resentida.

Cuando intentó adelantar el paso, Thomas la retuvo. Le tomó el brazo y la jaló hacia sí; el gesto fue firme, exacto, como un derecho. Luego, como si se obligara a reparar su propia rudeza, le besó los labios despacio, pidiéndole disculpas sin palabras. Annabella suspiró, se cruzó de brazos y le sostuvo la mirada con una ceja acusadora, todavía dolida… y, al mismo tiempo, demasiado consciente de su cercanía, del calor que él imponía incluso sin apretar.

—Vayamos al hotel —indicó Thomas después de mirar su reloj.

—¿Por qué? —preguntó ella—. Apenas son las seis.

—Sí, lo sé. Tengo que salir —dijo con rapidez, como si la frase ya estuviera decidida desde antes.

—¿Salir? —Annabella aceleró para alcanzarlo y le tomó la mano.

Thomas no se la retiró. Al contrario: entrelazó sus dedos con los de ella, estimulando el contacto como si lo aprobara. Se detuvo, la

encaró, observó sus ojos verdosos y besó la mano unida a la suya; el gesto parecía tierno, pero era también una manera de marcarla, de recordarle —a ella y a sí mismo— a quién pertenecía ese pulso.

—Vamos —la incitó a caminar de regreso.

Thomas entró al hotel y firmó con rapidez su entrada, donde marcaba, textualmente:

"Thomas H.M.S, entrada 7h, 24d"

Annabella sintió que el estómago se le apretaba. *Era parecido al mensaje en cifras.* La "h" hacía referencia a las horas, la "d" al día… y, con la actitud de Thomas —querer regresar al hotel, dejarla allí—, todo se conjuntaba con una perfección inquietante.

Ese mismo día se reunirían, en la Fuente de Trevi, a las doce de la noche y ella estaría ahí para verlo.

Thomas le abrió la puerta de la habitación para dejarla pasar primero, cerrando tras de sí. Annabella, fingiendo molestia, comenzó a desabrocharse el vestido y el corsé como pudo. No solo le irritaba el abandono: le ardía la curiosidad. Deseaba seguirlo, descubrir al menos una grieta de esa vida que Thomas escondía con la misma facilidad con la que se abrochaba un guante.

—No te molestes… —Thomas se acercó y besó su hombro apenas descubierto—. Volveré…

—Cuanto antes —terminó ella con voz tensa.

—Sí —sonrió, con gracia—. Cuanto antes.

—Claro. Trata de no despertarme —le advirtió Annabella.

—Bien, pecas. —Thomas le dio la vuelta para tenerla de frente—. Entiendo que te molestes, pero tengo que ir.

—¿Por qué *tienes* que ir? —preguntó, sabiendo que no le diría—. Mejor aún: ¿por qué no solo me lo explicas?

Thomas negó varias veces y le besó los labios lentamente, se demoró ahí, como si quisiera castigar su propia prisa con una caricia; como si se permitiera ese lujo antes de volver a la distancia. Annabella sintió cómo la respiración se le enredaba: el beso le calentaba la boca y, al mismo tiempo, le enfurecía el misterio.

Él la acercó lo humanamente posible, pegando las curvas de su cuerpo a la rigidez del suyo. Annabella notó el cambio en él con una claridad nueva: el modo en que su pecho se expandía, la tensión en la mandíbula, la fuerza controlada con la que la sostenía. Thomas quería… y se negaba. Siempre hacía eso: se deseaba a sí mismo y luego se castigaba con frialdad.

—No quiero… —susurró ella, aunque su voz salió ronca y sus ojos se le oscurecieron traicioneros.

Thomas sonrió contra su boca.

—¿No dijiste acaso que querías tener un hijo mío? —murmuró entre besos—. Esta es la forma en la que se consigue eso.

—No es gracioso —le recriminó ella, pero no lo apartó.

Thomas la abrazó con fuerza por la cintura y la levantó apenas del suelo. El movimiento le arrancó a Annabella un jadeo breve, involuntario; y su cuerpo, más despierto que su pudor, respondió solo: enredó las piernas en torno a la cadera de su esposo, ajustándose a él como si lo reconociera. Thomas se quedó un segundo quieto —un segundo mínimo—, como si esa valentía nueva lo golpeara por dentro. Luego la llevó a la cama y la dejó con una suavidad contradictoria, como si cuidara aquello que deseaba con violencia.

Se despojaron de la ropa con movimientos rápidos, urgentes, con la ansiedad de quienes se buscan y se niegan durante el día. Thomas besó su cuello, su mandíbula, el hueco sensible bajo la oreja; Annabella lo atrajo por la nuca, temblorosa, sintiendo que sus manos la traicionaban, que su pulso corría más deprisa que su sentido común. Sus respiraciones se confundieron, y la habitación pareció cerrarse alrededor de ellos.

El resto quedó entre el crujido leve del colchón y el silencio de una alcoba; el mundo afuera, la moral afuera, Roma afuera. Dentro, solo el cuerpo buscado, el nombre dicho en un susurro, y el alivio feroz de saber que el hombre con el que estaba era el único al que había amado… y, probablemente, amaría el resto de su vida.

Cuando la pasión se extinguió y el cansancio los reclamó, ambos cayeron dormidos en un abrazo agradable que los mantenía unidos.

Y gracias a ese abrazo y a esa costumbre del cuerpo de Thomas de retenerla incluso dormido, Annabella logró despertarse a la hora adecuada, cuando él intentaba deshacerse de sus brazos para salir de la habitación. La joven se apoyó en un codo y lo observó mientras se ponía algo de ropa. La luz era escasa; apenas una vela y la luna filtrándose. Aun así, lo vio: la musculatura en tensión, la camisa a medio abotonar, el gesto rápido, casi impaciente.

—¿Thomas? —dijo, con la voz de alguien que acaba de despertar.

—Vuelve a dormir —indicó él—. Estaré contigo pronto.

Se acercó con solo el pantalón puesto y la camisa a medio abotonar; el aire frío le marcaba el torso. Annabella tragó saliva.

—¿Qué hora es? —preguntó, somnolienta.

—Las once. —Le tocó el cabello y acomodó un mechón de cabello.

El gesto fue íntimo, pero su voz seguía siendo una puerta cerrada.

—¿Por qué sales tan tarde? —dijo ella, conflictuada.

—Tranquila. —Thomas le besó los labios—. Es algo que tengo que resolver. Será rápido.

Annabella asintió varias veces y dejó que se marchara, aparentando recostarse de nuevo. Nada más lejos de la realidad. Apenas él salió, ella se puso de pie con un brinco. Se colocó un

vestido simple sobre el cuerpo, se echó una mascada de seda y corrió tras él.

A la Fuente de Trevi.

Thomas detestaba la idea de dejar sola a Annabella. Qué daría por quedarse a su lado después de haberle hecho el amor como lo acababan de hacer. Pero lo que ocurriría esa noche era importante; imprescindible, siendo quien era. Caminó bajo la oscuridad de las calles, escuchando a lo lejos risas de taberna, copas quebrarse, canciones sueltas en italiano. Roma tenía esa costumbre de vivir incluso cuando los hombres intentaban moverse como sombras.

En la fuente, se encontraban tres hombres parados altivamente. Platicaban en voz baja, susurrante, a pesar de que no había nadie alrededor. Thomas estaba seguro de que hablaban en una lengua que nadie, además de ellos —o un nativo— podría descifrar.

—Thomas —saludó uno al verlo—. Es bueno ver que te presentas.

Lo dijo con sorna, en un griego perfecto, y le tomó la mano en un saludo fuerte, firme, lleno de conocimiento y energía.

—Henry. George… —Thomas miró a dos de sus compañeros—. Y Francis. —Terminó de nombrarlos—. ¿Dónde están los demás?

—Tranquilo, Thommy —sonrió otro recién llegado.

En ese instante, las campanas de las iglesias romanas comenzaron a anunciar la entrada a las doce.

El bronce rebotó por las calles como una sentencia.

—Héctor, Filipo y Armando… —Thomas siguió con su conteo de personas, sin perder la calma.

—Y aquí estamos los Scheck —dijeron tres rubios.

La escena era poderosa y escalofriante: un conjunto de hombres de apariencia noble, incluso hermosa, con un aura afilada alrededor. Si alguien los juzgaba a distancia, pensaría que eran señores de alcurnia que se habían decidido a encontrarse. Y, aun así, nadie se metería en su camino. Había algo en ellos —la manera de mirar, de moverse, de guardar el espacio— que imponía repelencia.

Hasta Annabella, escondida a unos pasos, se mantuvo lo suficientemente lejos como para no acercarse más de lo necesario, no alcanzaba a oír bien, solo veía.

—Once… —pensó Annabella, contando, el corazón golpeándole el pecho—. Son once personas. "11p".

Sonrió, porque cada vez entendía más. Pero, por más que se esforzara, no podía comprender el griego. Los hombres hablaban como si fuera su lengua materna, como si el idioma fuera otra máscara.

¿Qué estarían diciendo? ¿Por qué se juntaban? ¿Qué era lo que hacían? ¿Eran maleantes? ¿Asesinos?

Entonces una mano se alzó y el parloteo sin sentido calló de inmediato. Thomas tomó la palabra. Nadie se atrevió a quitársela.

Annabella lo vio pasearse seguro entre los hombres y comenzar a hablar en otra lengua. No era griego. Aquello la inquietó más: el cambio de idioma no era casualidad; era una decisión. Un muro levantado en ese instante.

—Se supone que debemos hacerlo; no veo por qué darle tantas vueltas —declaró a viva voz Lord Benjamín Blumont—. Thomas, no podemos negarnos.

—¡Claro que podemos! —intervino Filipo Edimbur—. No somos esclavos. Servimos a quien y cuando se nos da la gana.

—Esta vez es diferente —se intercaló Francis Bancoit—. Por eso nos hemos reunido.

—De todas formas, la decisión es de Thomas —dijo otro, y los diez pares de ojos volaron hacia él.

Thomas se mantuvo en silencio, meditando las palabras.

No le ponía nervioso ser observado; nunca lo hacía. Ni siquiera cuando aquellos diez hombres —sus hombres— lo enfocaban con la esperanza de una respuesta y en ese silencio, como una sombra elegante, se le coló en la mente la voz de su padre: *"Un hombre que duda en público, Thomas, ya ha perdido. Y un hombre que se deja arrastrar por sus apetitos… termina de rodillas."*

La frase llevaba el filo de la amenaza bajo terciopelo. Y también —porque Humberto Hamilton era así— una atracción castigada: la misma hambre que condenaba era la que lo gobernaba.

Thomas apretó la mandíbula.

—Investigaré más la causa —dijo al fin—. No podemos dejarnos llevar por sentimientos. Lo saben.

Fijó la vista en Armando Rinten.

—Nosotros no somos mandaderos. Seleccionamos lo que queremos hacer. No damos testimonio ante nadie. No entramos en ninguna política ni en ningún parlamento.

—Sí, señor —asintió Armando.

—Manden una nota diciendo el día y el lugar donde nos volveremos a juntar. Tendré lista la información y debatiremos lo que haremos entre todos.

Thomas se colocó correctamente la gabardina sobre los hombros.

—Retirémonos. Si nos ven demasiado tiempo juntos, sospecharán —dijo uno de los Scheck.

Hubo asentimientos y la separación de los miembros. La fuente se fue despejando, aminorando el ambiente tenso que se desarrollaba cada vez que los once se juntaban. Era peligroso; siempre lo supieron. Llamaban demasiado la atención. Por eso esos encuentros se reducían a circunstancias extremas.

—Thomas —sonrió Francis Bancoit, el único que quedó rezagado para hablar con el capitán—. ¿Por qué el cambio de idioma?

—Nos observaban —respondió Thomas, mirando hacia la calle por donde vio desaparecer a alguien con demasiada prisa.

—Dudo que nos entendieran —Francis se encogió de hombros. Luego lo miró, serio—. ¿Sabes quién pudiera saber de esta reunión?

—No —dijo Thomas, molesto—. Pero lo averiguaré.

Francis le deseó suerte al desgraciado que estuviera en la mira del hombre que tenía enfrente. Por una razón todos lo respetaban, y no era solo por su altura o su fuerza: Thomas era meticuloso a la hora de investigar e indagar en la vida de alguien; si no te mataba con un arma, lo hacía con palabras certeras que amedrentaban hasta al más valiente.

—¿Te marchas? —preguntó Francis, como gritando a los cuatro vientos, aunque no hubiera nadie.

—Mándame avisar del lugar —contestó Thomas, ya caminando—. Pero ahora… cífralo totalmente.

Francis Bancoit, "el Águila Arpía", era la mano derecha de Thomas, "el Águila Real". Además de compañeros, eran buenos amigos. Por eso notó el cambio en Thomas desde que se había casado. Era normal; no era el primero de los once que se unía en matrimonio, pero nadie lo esperaba de él. El comandante era un hombre frío y prefería hacer las cosas sin resentimientos ni retenciones. Ahora, con una mujer a su costa, parecía refrenarse más en sus decisiones. Intervenía menos. Aun así, sus órdenes seguían siendo certeras, y nadie dudaba de sus estrategias. Se notaba el cambio.

El gran Thomas, al fin, tenía a alguien a quien proteger.

Y quizá eso lo volvería loco.

Annabella llegó corriendo al hotel, intentando no ser vista por nadie, como cuando salió. Gracias a Lizet —que la ayudó como si supiera sin preguntar—, logró entrar por la parte trasera sin levantar sospechas y corrió hacia su habitación para llegar antes que Thomas.

No podía decir que descubrió gran cosa. Pero estaba segura de algo: eran un grupo de hombres dedicados a "hacer algo". No sabía qué. Podía derivar hacia el lado bueno o el malo con facilidad. Y lo otro que ya no podía negar: **Thomas era su líder.**

Se desvistió a toda prisa, quedando desnuda como cuando su esposo la dejó horas antes. Limpió con un paño pequeño la capa de sudor frío que le invadió la piel al recordar el miedo —esa sensación que se le metió por la columna cuando pensó que llegaría tarde—. Apagó la vela que había encendido para cambiarse y se recostó, respirando profundamente, obligando a su pecho a calmarse, a su corazón a volver a un ritmo aceptable.

Justo cuando comenzaba a relajarse y su mente divagaba en lo sucedido, la puerta cedió.

Thomas entró.

Annabella fingió magistralmente el sueño. Controló la respiración para hacerla más larga, más aletargada. Se acomodó en el lugar de

siempre, y dejó la mano izquierda sobre la almohada donde debería estar su esposo, como si añorara su presencia incluso dormida.

Eso fue lo que Thomas vio cuando encendió la vela y no pasó por alto que la vela parecía haber sido apagada hacía muy poco.

Se acercó a ella y le acarició lentamente la mejilla, consciente de la suavidad y la frescura que emanaba su cuerpo. Besó sus labios con paciencia; Annabella no respondió hasta el tercer toque. Entonces, abrió los ojos con lentitud, pereza estudiada.

—Hola… —susurró, cansada—. ¿Qué hora es?

—Tarde.

—¿Te vas o vienes? —le recriminó con la mirada.

Thomas sonrió de lado, le besó la nariz y comenzó a desvestirse frente a sus ojos. Annabella se sonrojó con fuerza y apartó la vista, girándose para que su cuerpo no la azorara tanto. Era ridículo, pensó; después de horas antes, aún la incendiaba verlo quitarse la ropa. Su pulso se le delató en la garganta.

Thomas rodeó la cama y se acostó de su lado. Se acercó a ella y le pasó los brazos, acomodándose como lo hacían cada noche.

—¿Saliste a algún lado? —preguntó.

La pregunta cayó como una piedra.

—¿Qué? —dijo ella, fingiendo sueño.

—Dije: ¿saliste a algún lado?

—No.

—Mientes.

Annabella rodó entre sus brazos y lo encaró.

Thomas no había apagado la vela, así que ella pudo ver su cara adusta, la calma peligrosa de su mirada.

—No miento —intentó sonar segura.

Thomas le tomó la muñeca con un agarre fino, casi cariñoso. Era control disfrazado de ternura.

—Te estoy tomando el pulso, cariño —dijo, sin elevar la voz—, y me estás mintiendo. No solo por tu ritmo cardíaco acelerado… sino porque no sabes mentir.

Annabella se sentó sobre la cama y se cubrió con la sábana. Miró hacia todos lados, buscando una prenda para no sentirse tan indefensa bajo esa mirada incriminatoria.

Thomas alargó la mano hacia el suelo y alcanzó la camisa que se había quitado antes. Se la pasó. Annabella se la colocó sobre los hombros y la abotonó rápido, como si la tela la defendiera.

—Me seguiste —dijo él, sin más—. ¿Creías que no me daría cuenta?

Annabella tragó saliva.

—Tenía la esperanza —admitió, sincera.

—¿Por qué lo hiciste?

Si la voz de Thomas fuera un cuchillo, ella ya tendría cortes. No le gritaba. No hacía escenas. La acusaba con cada palabra, con cada pausa, con esa serenidad que era la peor forma de severidad.

—Yo… —bajó la mirada al frente de la camisa, aferrándose a un botón—. Pensé que irías con otra mujer…

Mintió.

—Quería verlo por mí misma.

Era bochornoso. Pero era lo mejor que se le ocurrió. ¿Por qué otra razón podría seguirlo? Ahora él pensaría que era una mujer celosa, loca… pero ¿qué importaba? Ella estaba ganando más de lo que imaginaba y por alguna razón, Thomas no lucía complacido. Dudó demasiado, y esa duda la puso nerviosa. Thomas no era ningún estúpido. La conocía lo suficiente como para saber que, por orgullo, ella no haría eso. Tal vez le dejaría de hablar, sí; tal vez lo castigaría con silencio. ¿Pero seguirlo por miedo a una amante? Lo dudaba.

Aun así, no podía descartarlo del todo. Su fama de libertino era un veneno fácil de sembrar.

—Te acababa de hacer el amor —dijo él con seriedad—. ¿Por qué necesitaría ver a una amante?

Annabella se encogió de hombros y puso una cara de molestia, como si el tema le revolviera el estómago. En parte era verdad: solo imaginarlo le daba náuseas.

—Soy tonta para estas cosas, ¿recuerdas? —dijo, inocente.

Thomas la miró un instante largo.

—Creo que eres demasiado lista —murmuró, alzando una ceja—. Eres más peligrosa de lo que creí.

—No soy peligrosa —replicó ella—. Solo me gustaría entenderte, pero nunca me dices nada. Me dejas aquí esperándote como si yo no pensara o no tuviera otra cosa que hacer. Confía en mí un poco más. Yo nunca te haría daño.

Thomas la jaló hacia sí y la fundió en un abrazo poderoso. Annabella lo recibió con gusto, envolviendo los brazos alrededor de su cuello, disfrutando la calidez, el hombro firme, el olor limpio. Su cuerpo se rindió antes que su orgullo.

—No es que tú me hagas daño —dijo él, pegado a su hombro—. Es lo que te pueden hacer a ti.

—¿No acabas de decir que soy lista? —Annabella se echó atrás, encontrando sus ojos enfrentándolo en medio de su debate interno.

Thomas se quedó un rato pensando si decirle o no. Pareció luchar contra algo; su boca se abrió apenas y volvió a cerrarse. Al final, eligió el silencio: la forma más cruel y más segura de control.

La volvió a acercar a su cuerpo y se tumbó en la cama con ella sobre él. Acarició su espalda a través de la camisa. Annabella comprendió, entonces, que había perdido una batalla que solo el cerebro de Thomas conocía: no le diría nada.

Y esa negativa solo la empujaba a seguir investigando por su parte, porque él no le dejaba otra opción.

La joven se acomodó sobre el pecho de su esposo y se dejó arrullar, no replicó y se preparó para dormir. Annabella cayó pronto en sueño ante las caricias constantes: los toques lentos en su espalda, el roce en su cabello. Thomas la sostuvo como si sujetara algo valioso… y, sin embargo, su mente no descansaba.

—Me mientes —susurró Thomas a su esposa inconsciente—. Pero no puedo hacer nada para detenerte.

La presionó contra sí.

—Sé lo que intentas… y solo te estás arriesgando demasiado.

¿Sería mejor decirle toda la verdad? Lo dudaba. Tal vez Annabella no lo entendería, o lo vería de otra forma. No le gustaba la idea de que ella le temiera; ya sabía que a veces lo hacía por su carácter —que no era blando—, pero si se enteraba de aquello, quizá lo odiaría.

Y, por alguna razón, solo pensarlo lo hizo sentir extraño; lo empujó a abrazarla con más fuerza, a desear mantenerla cerca.

En el borde de su conciencia volvió la voz impecable de Humberto Hamilton, como un guante de cuero: *"Una mujer no es un refugio, Thomas. Es una grieta. Si entra en tus asuntos, te partirá."*

Y, bajo esa sentencia, una atracción castigada: la misma necesidad de tenerla cerca que su padre habría llamado debilidad.

Thomas apretó los dientes.

Además, ahora estaban intentando formar una familia. No dudaría que, en ese momento, su esposa pudiera albergar un niño en su vientre… y si ese era el caso, no podía separarse de ella.

No sería como su padre.

Eso lo juraba sobre su sangre.

Capítulo 25

En Venecia la vida era disfrutar.

Eso se decía en cada callejuela donde la fiesta reinaba, porque era tiempo de carnaval y cada rincón de la ciudad se desbordaba de gente alegre y gritona que canturreaba, reía, negociaba, empujaba. Las máscaras eran prioridad. Doradas, blancas, plateadas; algunas con filigrana como encaje de metal, otras lisas como porcelana; todas con expresiones pintadas que volvían indistinguible al mendigo y al duque. Los niños chillaban de gusto; las mujeres corrían a comprar galas y cintas, soñando con la noche; los hombres preparaban la bolsa para malgastarla en toda clase de vicios.

Por las calles se alzaban figuras sobre zancos, y en los canales desfilaban góndolas cubiertas de colores, con disfraces, comida deliciosa y, claro, porque era Venecia, cortesanas: perfumes densos, miradas entrenadas, risas que prometían.

El carnaval se festejaba desde el siglo XI, así que era tradición; y ya era fama extendida por toda Europa. Uno se encontraba extranjeros por doquier —franceses con bigotes pulidos, ingleses escandalizados que no dejaban de mirar, españoles que hacían reverencias exageradas—, todos con el mismo pacto tácito: por un momento, la rutina quedaba lejos. Era la temporada en la que la

clase baja podía darse el lujo de mezclarse con la realeza sin que el mundo se desmoronara; se había creado para regalar libertad a quienes no la tenían, y se volvió tan popular que los nobles terminaron siendo parte indispensable del desorden.

Annabella caminaba con los ojos encendidos, absorbiéndolo todo: el brillo húmedo de la piedra, el olor salobre de la laguna mezclado con azúcar frita, el rumor de la música que venía de plazas invisibles, la llama temblorosa de las farolas de gas reflejándose en el agua negra.

—¡Es todo tan hermoso! —saltó, asomándose por uno de los puentes para ver pasar una góndola—. ¡Mira allá!

Se inclinó y el borde del parapeto le rozó la cintura. El aire helado del canal le subió por la espalda como una caricia insolente.

—Deberíamos comprar una máscara también —apuntó, excitada, señalando un puesto donde el dorado parecía arder bajo el sol pálido.

—Oh, espera.

Thomas la sujetó por la cintura y, sin esfuerzo, la alzó apenas para regresarla a su lugar. Fue un gesto rápido, casi automático, pero la palma de su mano quedó un instante de más sobre su talle; la presión atravesó las capas de tela como si no existieran. Annabella aspiró, sorprendida por su propia reacción: el pequeño salto de su pulso, el calor que le subió a la garganta.

—¿Qué? —protestó, frustrada por haber sido detenida.

—Ya te he comprado la tuya —le tocó la nariz con un dedo, impasible, como si con eso borrara el temblor que le acababa de provocar—. No es necesario que compres nada.

—¿En serio? ¡¿Por qué no la he visto?! ¡Quiero verla!

—Hasta en la noche —respondió, tranquilamente, y siguió caminando como si su esposo no acabara de robarle el aire.

Annabella iba a insistir cuando una voz conocida sonó a sus espaldas, con esa confianza de quien sabe que puede irrumpir en tu vida sin pedir permiso.

—Mira qué nos trajo el viento.

Annabella se giró con rapidez… y se quedó inmóvil un segundo: no era una persona. **Eran muchos.** Frente a ella estaban Elizabeth con Robert, Marinett y James, Katherine y Adam, Gregory y Clare, Giorgiana, Charles y William.

—¡Dios! ¿Qué hacen todos aquí? —preguntó, corriendo hacia ellos, y fundiendo a sus primos en un abrazo desordenado, feliz.

—¡Carnaval! —gritó Charles, alzando ambos puños al cielo—. ¡Es lo mejor del año!

—Por Dios, Charles, contrólate —exigió William, con el tono del que se siente responsable de la reputación de la familia.

—¡CARNAVAL! —gritó Charles todavía más fuerte.

—Te dije que todo el mundo sabía del carnaval excepto tú —le reprochó Giorgiana.

—Es que ella sí es una dama —le sacó la lengua Marinett.

—Bueno, tan siquiera no soy una madre desnaturalizada que deja de lado a sus hijos solo para venir a divertirse —replicó Giorgiana, cruzándose de brazos con la puntería de quien disfruta el golpe.

Marinett hizo una mueca de frustración y tristeza, y le recriminó a James con la mirada. Él rodó los ojos y la abrazó antes de que se le escaparan las lágrimas.

—En serio te lo agradezco, querida prima —murmuró James, sarcástico, con su esposa en brazos.

—Lo siento —sonrió Giorgiana, claramente mintiendo.

—Oh, déjala —intervino Elizabeth—. Es una dramática.

—Yo también recuerdo la primera vez que dejaste a Archie —comentó Robert, alzando una ceja con solemnidad.

Elizabeth se sonrojó de inmediato y le propinó un golpe al hombro, lo bastante fuerte para que él entendiera el mensaje.

—¿Ves, Adam? Clare está de acuerdo conmigo —insistía Katherine, pelirroja, con los nervios afilados.

—Yo no he dicho nada —se quejó Clare, mirando a su esposo.

Gregory se encogió de hombros y sonrió, encantado con el caos.

—Deja de hacer que la gente se incomode, Katherine. Es desgastante —dijo Adam, sereno, como siempre, incluso con su esposa al borde del escándalo.

—¡No me hables como si fueras mi padre!

—Yo soy tu hermana y también te pido que te calles —dijo Gigi.

—No te metas —le advirtió Katherine.

—Tiene una fuerza brutal —susurró Charles—. Mejor aléjate.

Annabella rio, contagiada por el desbarajuste, y entonces miró a Thomas. No parecía enojado, más bien… extrañado. Observaba a esa familia como quien mira un animal salvaje: con recelo y, en el fondo, con una curiosidad que lo delataba. Annabella sabía que hablar de los Bermont era tema delicado cuando se trataba de su esposo; parecía odiarlos… al menos a las mujeres. Pero, en sus ojos, había algo más: quizá añoranza. Quizá una punzada vieja.

—¿Thomas? —se acercó, rozándole la mejilla con la punta de los dedos, obligándolo a volver.

Él sonrió apenas. Tomó la mano de Annabella —la que había quedado en su quijada— y la besó, leve, sin prisa. Fue un gesto mínimo… y, sin embargo, en ella despertó algo: el pulso golpeándole la muñeca, la respiración volviéndose más honda. Thomas se volvió hacia el desastre que era su nueva familia.

Y entonces lo entendió: todos esos personajes ruidosos ahora formaban parte de su vida. Eran familia. Una familia extraña una

llena de mujeres libres, otras intachables; algunas demasiado alegres, otras peligrosamente lúcidas.

Thomas sintió dos cosas al mismo tiempo, como le ocurría con Annabella: rechazo y necesidad; distancia y hambre.

Y no pudo evitarlo.

Sin pensarlo demasiado, pasó una mano por la cintura de su esposa y la jaló hacia su cuerpo. Le dio un beso suave en la mejilla; uno de esos besos que, en público, parecían inocentes… pero que, en su caso, eran un sello: *mía*. Annabella sintió la marca en la piel como un calor lento. Sus dedos se le cerraron solos sobre la tela de su guante.

La familia quedó estupefacta ante la acción del Hamilton.

—¿Por qué no vamos a comer? —ofreció Thomas.

Nadie supo qué responder más que asentir, y el grupo empezó a caminar con un griterío desordenado.

—No estás molesto, ¿verdad? —preguntó Annabella, bajando la voz mientras caminaban al final de la fila—. Yo no les he dicho nada… tal vez fue Giorgiana, pero te juro que…

Thomas la frenó con suavidad. Nadie volvió la cabeza: cada cual iba perdido en su conversación.

—Annabella, no estoy molesto —le tocó la mejilla—. No te estreses.

—¿De verdad? —preguntó, sorprendida.

—Sí. De verdad.

Sonrió y le tomó los labios lentamente, rozando con la lengua la comisura de su boca como una provocación discreta. Annabella sintió que el aire se le atoraba un instante; su cuerpo, despierto, quiso pegarse a él. Thomas, en cambio, se retiró justo a tiempo, castigando el impulso con una distancia que solo existía en su voz.

—¡Eh, tórtolos! —les gritó James—. ¡Venga, que no sabemos dónde vamos a comer!

La pareja sonrió y se unió al resto, que se quejaba bajo el sol como si la alegría fuera un trabajo.

Después de una comida interesante, Thomas y Annabella entraron al hotel donde, por "casualidad", todos estaban registrados. Annabella dudaba; Thomas también. Pero él no dijo nada para no incomodarla, porque ella ya llevaba horas vigilándolo con esa atención nerviosa, procurando que no se sintiera atrapado, molesto, atacado.

Se relajó un poco al ver a sus tres mejores amigos: parecían divertirse, ajenos a las esposas y a la marea Bermont. James incluso le contó, entre risas, que todo era obra de Giorgiana: había llegado a Londres un día, decretó que todos irían al carnaval y —según el rumor— disparó un arma contra una ventana para subrayar su punto. Consiguió la afirmativa general con esa amenaza que decía, sin decirlo, que estaba dispuesta a todo.

Thomas encontró una ventaja en aquel movimiento: si él debía salir, Annabella no quedaría sola.

Y eso importaba más de lo que Thomas quería admitir.

—¿Te has encontrado cómodo? —preguntó Annabella, mirándolo mientras se quitaba los guantes.

—Ya te he dicho que no te preocupes —replicó él.

—Bueno… es que hablan mucho, y a veces dicen cosas que…

Thomas fue hacia ella y la besó para silenciar aquellas disculpas sin sentido. Su boca fue firme; su mano, contenida. La besó como quien apaga un incendio antes de que se note el humo.

—Dije que está bien.

Annabella asintió varias veces, convenciéndose. En ese instante Thomas entró al baño… y tocaron la puerta.

Annabella dejó el sombrero en una silla y abrió, tranquila.

Un hombre alto, de piel bronceada, ojos negros y cabello igual de oscuro estaba frente a ella. Tenía el porte de quien se mueve sin pedir permiso; un seductor sin misericordia, de esos que fascinan a las damas y destruyen reputaciones sin ensuciarse. Pero a Annabella solo le dio miedo, porque lo reconoció.

Thomas había hablado con él, era uno de los hombres que estaban con su esposo aquella noche en Roma.

—Mi lady —se inclinó—. Vengo a buscar a…

La puerta del baño se abrió de golpe. Thomas apareció detrás de Annabella, serio, su presencia cambió el aire del pasillo, como si el mundo se hubiera enderezado por obediencia.

—Annabella, ve adentro —ordenó, sin levantar la voz.

La joven alzó la mirada de soslayo y asintió, pasando bajo el brazo de Thomas para escabullirse al interior. Él cerró la puerta, dejándola dentro mientras hablaban en el pasillo.

Annabella pegó el oído a la madera. No escuchó nada: era como si su esposo supiera cómo hacer que el silencio fuera un muro. Se apartó justo cuando Thomas abrió de nuevo.

—¿Quién era él? —preguntó, expectante.

—Un amigo —respondió con parquedad.

—¿Por qué no me lo presentaste?

Thomas se quitó las botas y se recostó sobre la cama, como si la fatiga le pesara de pronto.

—Quizá luego.

Annabella se sentó junto a él, llena de dudas. No preguntó más. Pero vio —y eso sí lo vio— que en el bolsillo interior de su saco había una carta nueva, seguramente indicándole el próximo lugar de reunión de ese grupo que él lideraba. *La leería en cuanto pudiera.*

—¿Puedo salir con mis primas a pasear? —preguntó con encanto —. Aún no tienen máscaras e iremos a comprarlas.

Thomas suspiró, cansado, y le tomó la mano, acomodándola sobre su pecho como si ese contacto lo calmara… o lo controlara.

—¿Con quién irán?

—Pues… solo nosotras cuatro —se encogió de hombros.

—De ninguna manera —negó con voz rotunda—. Es peligroso. Hay demasiada gente.

—Bueno, en ese caso, podría acompañarnos Charles o William.

Thomas sostuvo los ojos de su esposa y asintió, midiendo.

—Que sea William.

—También habrá que ver si desea hacerlo —murmuró Annabella, pensativa—. Will no es de los que da sus servicios sin más.

—Si no va ningún hombre, entonces no —determinó él.

—Es que queremos estar solas… hace mucho que no platicamos…

—No, Annabella. Ya te dije que si no va nadie con ustedes, no irás.

Ella frunció el ceño un momento. Se dio por vencida… solo para encontrar una idea en el mismo segundo, como si la terquedad le prendiera luz en el cráneo.

—Irán Celio y Antoine —anunció, satisfecha—. Son hombres. Ya no te puedes quejar de que vamos solas.

Thomas entrecerró los ojos; su expresión se endureció.

—Puedo refutar eso con facilidad.

—Bueno, ¿qué no dijiste que necesitábamos compañía varonil? Ahí está. No te puedes quejar —y le tocó el pecho con un dedo acusador, una y otra vez.

Thomas cerró los ojos, como reuniendo paciencia. Annabella notó, con esa "despierta" nueva de su cuerpo, que el pulso de él se marcaba bajo su dedo y notó también lo que él intentaba esconder: el deseo, castigado con control. Thomas no quería discutir; quería sujetarla, pero eligió la voz fría. Entonces, como si supiera que ahí estaba la grieta, Annabella lo besó: tímido, insistente, con esa súplica que no decía "déjame ir", sino "mírame". Lo besó una vez, y otra, y otra, hasta que la resistencia de él se volvió un suspiro.

—Está bien —cedió, molesto por la necedad—. Pero regresas aquí antes de que oscurezca.

—Sí. Gracias, Thomas —Annabella le dio un beso rápido en la mejilla y salió como si el mundo entero la esperara afuera.

Thomas la vio irse. Tendría la ventaja de unas dos horas; conociendo a los Bermont, tal vez tres. Tiempo suficiente para salir y hacer lo suyo. Sacó el sobre del bolsillo del chaleco. Lo miró un segundo largo. El sello: un águila arpía. Francis Bancoit. Thomas rompió lentamente el lacre y desdobló la nota con cuidado.

Apenas iba a leer cuando la puerta cedió de golpe.

Thomas se puso de pie y arrugó la carta en la palma.

—¡Thomas! ¡Me alegra encontrarte vestido! —dijo James, irrumpiendo con los brazos abiertos—. Venga, te estamos esperando.

—¿Para qué? —preguntó Thomas, sin ánimo.

—Vamos, no te hemos visto en un tiempo. Específicamente desde la semana de cacería. Parece una eternidad.

James lo tomó del brazo —justo del brazo donde Thomas ocultaba el papel—, y Thomas maldijo por dentro. El tirón hizo que la nota resbalara de su mano, cayendo medio escondida bajo la cama.

—Voy en un minuto —intentó Thomas.

—No, vámonos ahora —lo empujó James hacia la puerta.

—¡Demonios, James, espera! —gruñó.

—Sí, sí, gruñón. Camina —lo ignoró.

Thomas se dejó llevar. No podía agacharse a recuperar la carta sin que James lo notara; si James la veía, su curiosidad lo devoraría y trataría de quitársela. Sería un problema. Lo mejor era alejar al rubio de la recámara y regresar rápido.

Esa nota —cifrada o no— era prioridad.

En las calles de Venecia, las cinco chicas se paseaban entre puestos llenos de máscaras estrambóticas, vestidos extravagantes, comida, joyería y juegos. Las risas resonaban altas y armoniosas, aunque aún era de día; la ciudad se preparaba para su primera

noche de carnaval como una mujer que se mira al espejo antes de salir a pecar.

—¿No les parece que todo es muy hermoso? —canturreó Elizabeth, dando vueltas en medio de la calle.

—Lizzy, pensarán que eres una chiflada —la detuvo Marinett, tomándola del brazo.

—Tranquilízate. Si no soy Jason, no tienes por qué regañarme —Elizabeth se zafó con insolencia.

—Son un tornado —sonrió Annabella, caminando detrás junto a Kate y Giorgiana—. ¿Cómo puede haber hermanas tan diferentes?

Las dos Charpentier la miraron con una ceja alzada. Lo único que tenían en común era el color de los ojos; de ahí en más, eran opuestas.

—Bueno… tienen razón —cedió Annabella, riéndose.

Si comparaban a Giorgiana y Katherine, al principio podían parecer parecidas: libres a su forma, aventureras, traviesas. Pero no podían ser más distintas. Giorgiana no se preocupaba por nadie; vivía al tope y triunfaba gracias a la suerte que ella misma se forjaba. Katherine, en cambio, se preocupaba por todo el mundo; le gustaba ser libre, sí, pero sin pasar por encima de nadie, y compartía sus logros como si la alegría le sobrara.

—Me da gusto ver que tu matrimonio funciona —dijo de pronto Katherine, tomándola del brazo para caminar juntas mientras las

otras corrían a saludar a Celio y Antoine.

—Sí —asintió Annabella.

—Y él… —Katherine se sonrojó apenas—. ¿Se porta bien contigo?

Annabella ocultó una sonrisa: entendía hacia dónde iba.

—¿En qué sentido? —preguntó, con humor.

Katherine le dio un empujoncito con el hombro y negó, ofendida por la insinuación.

—Veo que se te ha pegado algo de tu marido.

—No… solo de repente —Annabella soltó una risita, y de pronto se descubrió tocándose el anillo, como si el metal le recordara que Thomas existía incluso cuando no estaba.

Katherine se detuvo frente a una máscara dorada.

—Kate —llamó Annabella—. ¿Alguna vez sentiste que, aun teniendo a Adam junto a ti, lo sentías muy lejos?

—Lo dices como si fuera tiempo pasado —se burló su prima—. A veces me regresa ese sentimiento.

—¿En serio? —Annabella se adelantó—. Digo… ¿es normal?

Katherine sonrió sin mostrar los dientes y se acercó.

—Los hombres tienen sus secretos, Annie. Eso lo sabemos —le tomó las manos y arqueó una ceja, juguetona—. Por eso las mujeres somos tan buenas investigándolos.

Annabella tragó saliva. Sintió, por un segundo, el recuerdo de Thomas: su voz controlada, sus silencios como puertas cerradas, sus manos firmes sobre su cintura.

—¿Incluso Adam? —preguntó, caminando otra vez—. Él y tú se cuentan todo. Siempre parecen una pareja que se entiende.

—Más bien Adam me entiende a mí, porque yo a él no —Katherine le sacó la lengua—. Adam es demasiado… no sé. Listo. Y aunque parezca que todo fluye con normalidad, a veces —cuando de verdad no logro saber lo que piensa— yo exploto. Y ahí es cuando entra él y me controla. Creo que en eso se basa nuestra relación: yo soy la loca fuera de control y él mi mediador.

Annabella apretó un poco los dedos de Katherine.

—Si Adam te guardara un secreto… uno muy grande… ¿qué harías?

—Depende de qué clase de secreto —frunció el ceño Katherine—. ¿Uno marital, uno falaz, algún hijo perdido, que perdió mi libro favorito…? —la miró de reojo—. ¿En serio va todo bien?

—Sí —respondió demasiado rápido—. Solo… curiosidad. Soy nueva en todo esto y a veces se me complica la convivencia entre esposos.

—¡Y cómo no! —Elizabeth apareció colgándose de ambos cuellos, levantando los pies como niña—. Tu madre nos prohibió hablar contigo sobre… lo que se hace entre esposos.

—Dios mío… —Katherine se tocó la frente, pesarosa.

—Fue malvado de su parte —asintió Elizabeth—. Debiste tener muchísimo miedo. Además, tu esposo es atemorizante. Guapísimo, pero atemorizante.

—Espero que te calles pronto —suplicó Katherine.

—Yo… solo no entendía lo que pasaba —Annabella se sonrojó.

—Claro, ni cómo imaginártelo —Elizabeth se plantó frente a ellas, con las manos en las caderas—. ¿Pero fue amable, verdad?

—¡Por el amor de Dios, Elizabeth! —protestó Marinett, llegando justo a tiempo—. No puedes hablar de eso, menos en la calle.

—¿Qué tiene? Todos saben que Venecia es el fruto rojo de las cortesanas y el vicio carnal.

—¡Elizabeth! —la callaron Marinett y Annabella al mismo tiempo.

Katherine, en cambio, se rio.

—Vale ya —Elizabeth alzó las manos en rendición.

—Yo no creo que Thomas te hiciera daño —dijo Marinett—. Es un hombre bueno. Me ayudó mucho cuando estuve en aprietos.

—¿Cómo era él cuando estuviste en su casa? —preguntó Katherine.

Marinett se mordió el labio, pensativa.

—Bueno… casi no estaba, lo veía una vez a la semana.

—¿En serio? —se interesó Elizabeth.

—Sí. Y cuando estaba, no era que habláramos mucho… —Marinett recordó algo de pronto y comenzó a reír sola.

—Ya se volvió loca —señaló Elizabeth.

—No. Solo recordé las veces que lo hacía checarme.

—¿Eh? —Katherine puso cara confusa y miró al resto buscando alguna clase de respuesta.

—Bueno, él es médico —dijo Marinett, como si eso fuera lo más obvio del mundo—. Supongo que Anna ya lo sabe.

Annabella asintió, azorada.

Elizabeth y Katherine se quedaron estupefactas.

—¿El hombre siniestro? ¿Médico? —repitió Elizabeth.

—Sí —se encogió de hombros Marinett.

—¿El hombre siniestro? —repitió Katherine.

—Por favor, no lo llamen así —pidió Annabella, bajando la voz—. No creo que le agrade ese sobrenombre.

Las tres la miraron, impresionadas. Annabella no solía corregirlas; era un mote común en Londres. Pero, por alguna razón, a ella le dolía como si fuese una falta íntima.

—Lo siento, Annie —se disculpó Katherine.

—No pensé que te molestara —sonrió Elizabeth, ladeando la cabeza.

—A nadie le gustan los sobrenombres —murmuró Annabella, y el dedo le rozó de nuevo el anillo, como si buscara sostén.

—¡Ustedes cuatro! ¡No piensen que me quedaré aquí todo el día! ¡Tengo que arreglarme! —Giorgiana gritó a los cuatro vientos, sin importarle llamar la atención.

Las mujeres rodaron los ojos y caminaron hacia ella y hacia Celio y Antoine, que ya tenían máscaras seleccionadas y estaban volviendo loco al vendedor con exigencias y bromas.

—Dime la verdad, Anna —Marinett interceptó a Annabella con seriedad—. Ya sabes que yo aprecio a Thomas. Lo conozco mejor que esas dos. ¿Te trata mal?

—¿Qué? —Annabella giró la cabeza, alarmada.

—Sé que no es un hombre fácil —Marinett cruzó los brazos—. Y no ha de ser divertido verlo en sus malos ratos.

—Él no es malo conmigo —respondió Annabella con firmeza. Jamás diría algo contra su esposo, aunque no todo hubiera sido perfecto. Él le había demostrado que podía cambiar. Ahora era irreconocible; y ella estaba segura de que podía hacerlo aún más.

—¿Y tu otro anillo? —Marinett entornó los ojos, analítica—. ¿Qué pasó con la rosa?

Annabella miró la gardenia de esmeralda que brillaba en su dedo: pétalos orgullosos, verde profundo.

La nueva joya opacaba a la antigua.

—Lo he perdido —se cubrió la mano instintivamente, como si se avergonzara de la riqueza—. Thomas me ha comprado esta.

—La cambió a tu flor favorita —asintió Marinett—. Qué mal que perdiste el otro, pero supongo que esta te gusta más.

Annabella acarició el anillo. Lo adoraba. El otro guardaba ilusiones; este guardaba algo más peligroso: *amor*, uno tan incondicional que ella no había imaginado ni en las novelas.

—¿Y cuándo piensan tener hijos? —volvió Elizabeth, metiche, ya con una máscara puesta.

—Bueno…

—¡Lizzy! ¡Eso no se pregunta! —regañó Giorgiana, dándole un zape.

—¡Auch! —Elizabeth se sobó—. Sí se pregunta. Entre mujeres casadas claro que se hace.

Katherine cerró los ojos, Marinett escondió una sonrisa tras el guante, se venía algo.

Annabella miró a todos sin entender… hasta que vio a Elizabeth salir corriendo como desaforada y a Giorgiana tras ella, el desastre venía, inevitable. Celio y Antoine intentaron frenarlas un momento, pero cuando vieron que se dirigían hacia una fuente, declinaron cualquier intervención heroica.

—¿No irán a…? —empezó Annabella.

La respuesta fue el sonido del agua recibiendo a Elizabeth dentro de la fuente.

—Ahí está tu respuesta —dijo Katherine, corriendo para ayudar.

El grupo se acercó levantándose faldas, riéndose ya antes de tiempo. Elizabeth gritaba furiosa; Giorgiana se miraba las uñas con una calma insultante, sin acercarse demasiado al borde.

—¡Estás loca! —chilló Elizabeth, empapada.

—No vuelvas a decirme algo así. Sabías que pasaría —respondió Giorgiana, peligrosamente serena.

—¡Yo qué tengo la culpa de que no te cases! —gritó Elizabeth, y ahí sí encendió la pólvora.

—¡No quiero casarme! —Giorgiana dio un paso adelante.

Era justo lo que Elizabeth quería: en cuanto la tuvo cerca, hizo fuerza y la aventó también. Giorgiana emergió con una cara histérica y la miró con ojos de bala.

—Te mataré.

—¡Hagan algo! —suplicó Marinett a Celio y Antoine.

Ellos no se movieron.

—Por el amor de Dios… —Katherine tomó de la mano a Marinett y a Annabella—. Ayuden.

La famosa familia Bermont había dado su bienvenida a Venecia: dicho así, porque ellos inauguraban desastres y protagonizaban

escándalos. Como en ese momento, en el que cinco chicas entraban al hotel destilando agua de fuente. Todas venían molestas, tiritando, con ganas de asesinar a alguien.

—No fue tan malo —se encogió de hombros Elizabeth.

—Cruzamos media ciudad con las ropas mojadas —le gruñó Marinett—. Así que mejor cállate.

—Esto me va a matar —se quejó Katherine, jalando el faldón empapado. Con corsé, crinolina, fondillos y capas interminables de tela, el vestido pesaba como pecado—. Pesa una tonelada.

—Ni me lo digas —Giorgiana, chorreaba dignidad y agua por igual.

Las miradas de los huéspedes se clavaron en ellas entre incredulidad y risa. Eran mujeres distinguidas, reconocibles; se notaba su finura incluso empapadas. Y, precisamente por eso, el espectáculo resultaba más delicioso.

De pronto, e inesperadamente, Annabella comenzó a reír, desesperada. ¿Y cómo no? Todas estaban empapadas, con vestidos arruinados, cabellos enredados como estropajos; caminaban como patos, temblaban sin cesar. Las cuatro miradas se fijaron en ella… y el contagio fue inmediato. Primero Giorgiana, luego Katherine, luego Marinett, luego Elizabeth. Las cinco terminaron riéndose tanto que les dolió el estómago, agarrándose de la baranda de la escalera, ahogadas de risa, como si por fin el mundo les hubiera concedido

libertad y en medio de esa risa, Annabella sintió una certeza cálida y peligrosa: esa noche, cuando Thomas le pusiera la máscara que le había comprado, algo en ella iba a cambiar. No por el carnaval… sino por la forma en que su cuerpo ya no podía fingir indiferencia.

Capítulo 26

Annabella entró a su recámara todavía con los estragos de la risa pegados en el pecho, como si el aire se le hubiera quedado tibio por dentro. Hacía tanto que no veía a sus primas que ya no recordaba la última vez que se rio de esa forma: estruendosa, sincera, sin vigilancia. Las extrañaba más de lo que se permitía admitir, y aquel día se lo había repetido una y otra vez, entre el alboroto y los gritos, como un descubrimiento tardío.

Pero ahora todo era distinto. Las cosas cambiaban. Todas tenían una familia que atender, una casa en la que estar, un marido al que amar. En el caso de Giorgiana, se aplicaba lo mismo, solo que sustituido por negocios y amistades peligrosamente fieles. Cada una vivía su vida, y en esa vida —tristemente— comenzaban a caber más los círculos propios que el hogar compartido que alguna vez fueron las propiedades de Bermont. Aun así, existían momentos como ese: instantes en los que todos se reunían y, por un parpadeo, parecía que el tiempo no había pasado, que seguían siendo los mismos muchachos que corrían por los jardines, que se escondían tras las columnas y se juraban secretos bajo los árboles.

Todavía le dolía el estómago de tanto reír cuando se quitó el vestido pesado y lo dejó caer al suelo con una exhalación rendida.

La tela chorreó sobre la alfombra como un animal vencido. Seguramente tardaría siglos en secarse; probablemente estaba perdido. Lizet lo decidiría, con esa autoridad tranquila de las mujeres que hacen milagros con aguja y paciencia.

Con el corsé mojado apretándole las costillas y las enaguas pegadas a la piel, caminó hacia el lado donde solía dormir su esposo. Allí, junto a la mesa de noche, colgaba del techo el largo listón dorado que llamaba al servicio del hotel. Lo tiró con firmeza: necesitaba un baño con urgencia, un agua caliente que le devolviera el cuerpo a su sitio.

Fue entonces cuando vio algo pequeño bajo la cama.

Se agachó sin pensarlo, y sus dedos —todavía entumecidos por el frío de la fuente— atraparon un papel arrugado. Al alzarlo, el corazón le dio un golpe seco.

Una carta.

No tenía tiempo para descifrarla con calma; el peligro, si lo había, no solía esperar. Con manos rápidas buscó papel y pluma, y reescribió el mensaje a toda prisa, copiando cada trazo, cada marca, como si el grafito pudiera traicionarla. Luego, con la misma frialdad con la que escondía una culpa, devolvió el papel original bajo la cama, donde Thomas debía haberlo perdido.

Era arriesgado. Él sospecharía si buscaba el papel y no estaba. Pero ella lo negaría hasta el final: sería su palabra contra la de él. Y

por alguna razón, esa posibilidad la encendía por dentro con una valentía nueva, peligrosa.

Dos toques más al listón trajeron a dos sirvientas, que entraron curiosamente ya con cubetas de agua caliente, listas para volcar el vapor en la tina. Seguramente sabían que Annabella llamaría; todo el hotel las había visto cruzar empapadas como un espectáculo. Annabella sonrió a las mujeres y les dio paso, agradecida, mientras comenzaban a llenar la bañera con un rumor de agua que parecía borrar el mundo.

Thomas subió casi corriendo a la habitación.

Aceptaba que se había divertido con sus amigos, pero el simple pensamiento de aquella nota tirada, despreocupada, le tensaba los nervios. La prudencia —esa que había aprendido a sangre y disciplina— no toleraba descuidos. Abrió la puerta y chocó con el vestido mojado de su esposa; la prenda colgaba como un reproche en la entrada. Frunció el ceño, buscando con la mirada a la dueña del desastre, y entonces escuchó un canto, amortiguado detrás de la puerta del baño.

Se estaba bañando.

Antes de dejarse arrastrar por la tentación —por esa costumbre nueva de ir hacia ella como si en su piel estuviera el único refugio—, Thomas se arrodilló y buscó donde la nota se le había caído. Se

alivió al encontrarla. Quizá Annabella ni siquiera la había visto. Venía mojada, habría pensado solo en entrar al agua. Eso quiso creer.

Rompió la carta —que ya había memorizado— y la deshizo con una precisión seca. Luego miró la puerta cerrada, detrás de la cual el canto de su esposa vibraba como una provocación doméstica. Una sombra perversa se dibujó en su semblante. Fue al armario, se desvistió con rapidez y se puso apenas una bata, como si el mínimo pudor fuera ya una concesión.

Abrió la puerta del baño sin ruido.

Se recargó en el marco con una sonrisa lenta, observando cómo Annabella jugueteaba con la espuma acumulada en la superficie, el cabello recogido de cualquier manera, el rostro iluminado por el vapor y la luz suave. Cantaba sin saber que era mirada.

—¿Me explicas por qué hay un vestido mojado en la entrada?

Annabella soltó un grito horrorizado y trató de cubrirse con los brazos y la espuma: un intento tan inútil como adorable. Frunció el ceño, ofendida por la risa de su esposo, y le volteó la cara.

—No fue gracioso.

—Sí que lo fue —Thomas se acercó y le acarició los hombros mojados, despacio, como si la piel fuera un secreto—. Qué bueno que has preparado el baño para mí. Estoy exhausto.

Annabella lo miró con dudas y atrajo las rodillas al pecho, compacta, pudorosa, aunque él ya la conociera entera.

—Ya casi termino —murmuró, avergonzada.

—No importa —dijo Thomas, y se quitó la bata con la naturalidad de quien no necesita pedir permiso en su propia casa.

—Thomas, espera… —susurró ella, pero ya era tarde.

Él se metió al agua caliente, y el movimiento levantó un oleaje suave que empujó la espuma hacia ella. Annabella se recorrió al otro extremo de la tina, intentando no tocarlo. Era bochornoso: sí, se conocían de la forma más íntima posible, pero existían reglas de decencia y pudor… reglas que, al parecer, a su esposo nunca le enseñaron o nunca le importaron.

—No entiendo por qué las mujeres se bañan con eso encima —apuntó Thomas, señalando la fina tela del vestido de baño que cubría el cuerpo de Annabella. No servía de mucho: la humedad insinuaba más de lo que ocultaba—. Debe ser incómodo.

—No lo es… —respondió ella, quedamente.

Thomas observó el ovillo en el que su esposa se había transformado y rio por lo bajo, negando con disimulo. Estiró el brazo, tomó el de Annabella y la deslizó por el agua con facilidad, acercándola hasta su cintura, donde podía manejarla con esa seguridad suya, casi irritante. La sentó entre sus piernas, de espaldas a él, abrazándola contra su pecho. Sus manos se acomodaron en el vientre de ella como si la reclamaran, no con fuerza, sino con certeza.

Annabella sintió cómo su cuerpo se traicionaba: la respiración se le volvió más corta, el pulso le martilló en la garganta. Era el calor del agua, sí… pero no solo eso.

—¿Por qué llegaste mojada? —susurró Thomas junto a su oído.

El aire tibio de su voz le acarició la oreja y un escalofrío le recorrió la espalda, de los talones a la nuca. Sin poder evitarlo, elevó los hombros y se tensó.

—Yo… bueno… —intentó hablar, pero un nudo se le instaló en la garganta—. Me caí a una fuente.

—¿En serio? —Thomas tomó el jabón de gardenias que ella usaba y comenzó a pasarlo por sus hombros y brazos, lento, como si la estuviera calmando y provocando al mismo tiempo.

—Sí… —susurró Annabella—. Giorgiana y Lizzy nos tiraron.

—¿Por qué no me sorprende? —sonrió Thomas.

Annabella giró la cabeza y lo miró suplicante había jugado bien sus cartas; ahora, la joven solo deseaba que él la besara. Que dejara de hablar como si nada y aceptara lo que estaba latiendo entre ambos.

—¿Qué sucede? —Thomas alzó una ceja, vanidoso, aunque sabía perfectamente lo que ella pedía.

Annabella le lanzó una mirada resentida y volvió el rostro al frente, ignorando los besos que Thomas empezó a esparcir por su cuello. Los sintió como una firma: breves, dosificados, controlados.

Sus manos buscaron el borde de la tela húmeda, insinuando levantarla.

—Nada —dijo ella, cruzándose de brazos y apretando la prenda contra el pecho para impedirle la intención.

—¿En serio? —Thomas le deshizo el amarre de los brazos, uno por uno—. Hace un momento parecía que querías decirme algo.

—Ya se me pasó —refunfuñó.

—No creo.

La giró hacia él con rapidez; el agua salpicó y mojó el suelo. La sostuvo de la cintura, firme, y sus ojos azules se clavaron en los de ella.

—Vas a tener que aprender a pedirme las cosas —murmuró—. Esto es de lo más simple. No me imagino cuando de verdad necesites algo.

Annabella, sintiéndose como una niña regañada y, al mismo tiempo, inexplicablemente valiente, tomó la iniciativa. Presionó sus labios contra los de Thomas y lo dejó sin palabras: un beso hondo, decidido, con una hambre que no sabía que podía sostener. Fue un ataque dulce, una confesión del cuerpo.

Se separó apenas, con las frentes unidas, respirando rápido, los dedos temblándole contra el pecho de él.

—Es que no me gusta pedir —susurró—. Pero puedes comenzar a aprender a complacerme aun cuando no lo pida.

Thomas sonrió, y por un instante el deseo le asomó como una llama. Luego lo castigó: lo encerró detrás de una calma estudiada, como si la disciplina fuera el único modo de no perderse. Aun así, deslizó la tela estorbosa con cuidado, acercándola a él con una ternura que dolía. La besó de nuevo, lento, recorriéndole la espalda con una caricia insinuante que le robó el aire a Annabella. Ella se arqueó apenas, sin darse cuenta; los hombros se le aflojaron; la garganta le vibró. Thomas dejó sus labios y bajó al cuello, marcando un camino de besos que no era prisa, era dominio. Annabella inclinó la cabeza, ofreciéndole más piel, deseando que continuara, que el mundo se redujera a vapor y a manos.

Y entonces, dos toques insistentes llamaron a la puerta del baño.

Ambos volvieron la mirada hacia la puerta, extrañados. No era normal que alguien tocara precisamente ahí; significaba que la persona estaba dentro de la recámara.

—¡Señor! —gritó desde afuera la voz conocida de Lizet.

Thomas, ante el tono alterado, miró a su esposa y comenzó a salir de la tina. Se colocó la bata con rapidez. Antes de abrir, esperó a que Annabella también saliera y se envolviera una toalla alrededor del cuerpo, cubriendo su desnudez con manos temblorosas, todavía encendidas por lo que estaba ocurriendo.

Thomas abrió la puerta apenas.

—¿Qué pasa? —preguntó con seriedad.

—Le han traído esto. Me han dicho que es urgente —dijo Lizet con el rostro preocupado, como si la palabra "urgente" pesara en la lengua.

Thomas tomó la nota y reconoció de inmediato el sello. Era raro que no se la entregara alguien de confianza. Si se habían visto obligados a dejársela con alguien, la cosa era seria.

Rompió el lacre y leyó con rapidez. Se dio cuenta de que ni siquiera se habían tomado el tiempo de cifrarlo. Y su esposa, inevitablemente, alcanzó a leer sobre su hombro.

Urgente.

Noticias. Cóndor. Austria. Noble riesgo. Incremento peligro. Cenella.

7h.3p.

Águila Arpía

Thomas dobló la carta con rapidez, demasiado tarde. Cerró los ojos con pesadez. Había olvidado —solo por un instante— que ya no estaba solo, que su esposa rondaba su vida como un latido constante. No podía tratarla como a "otra mujer". Annabella no era un adorno silencioso: era la suya. Y eso lo volvía vulnerable.

—Tengo que salir.

—Ya lo vi —dijo ella, siguiéndolo a la habitación. Despidió con la mirada a Lizet, que asintió y salió—. ¿Qué pasa, Thomas? —la voz le tembló—. ¿Qué es "Cenella"?

Thomas se negó a contestar.

Comenzó a vestirse con premura, tomando cosas con rapidez, colocándoselas como mejor podía, la prisa le endurecía los movimientos; la boca, en cambio, la mantenía fría.

—Thomas, por favor —insistió Annabella, alterada.

—Tranquila —Thomas le tomó el rostro y la acercó a su pecho, como si pudiera apagarle el miedo con calor—. No salgas de aquí.

—¿Qué? —Annabella se deshizo del abrazo—. ¿Cómo quieres que —

—No intentes seguirme, Annabella.

Se metió la camisa al pantalón y fue hacia el baúl. Sin importarle que ella estuviera presente, abrió el compartimiento secreto —el mismo que Annabella ya había descubierto— y sacó las dos pistolas.

Annabella abrió los ojos al ver el metal. El corazón se le oprimió con una violencia muda. Sin pensarlo, tomó la mano de Thomas, esa mano que revisaba las balas con una tranquilidad espantosa.

—No vayas —le suplicó con la mirada—. Thomas… por favor.

Él apartó los ojos de ella y continuó.

Se puso en pie, guardó las armas escondidas entre la ropa. Annabella empezó a llorar sin poder evitarlo; se quedó acuclillada junto al baúl, como si el suelo pudiera sostenerla. Se tapó el rostro con las manos y dejó escapar un lamento quebrado.

Thomas suspiró. Se inclinó sobre la figura de su esposa, la tomó de los brazos y la puso en pie. La abrazó con fuerza, como si el

mundo quisiera arrancársela.

—No pasará nada —le acarició la espalda—. No te asustes.

—¡¿Cómo quieres que no me asuste?! —le gritó, en un estallido —. Si no me dices lo que pasa y me dejas aquí sin comprender nada…

Thomas abrió la boca, la cerró. Meditó. Por un momento, Annabella vio en su rostro la pelea interna: la necesidad de protegerla contra el impulso de apartarla. Y, debajo de eso, un reflejo más oscuro: como si la voz de alguien antiguo —la de su padre, severa y elegante— le susurrara que el amor era un lujo que se castigaba.

Al fin, con un suspiro resignado, habló:

—Te prometo… —titubeó, y luego se obligó a decidir—. Si no sales de aquí, te contaré todo.

Annabella lo miró sin creerle del todo.

—De todas formas sé que has descubierto muchas cosas por ti misma —Thomas le acarició la mejilla—. Eres muy lista… pero ahora necesito que te quedes aquí.

—Pero…

Thomas le dio un beso silenciador. Fue breve, firme, como una orden envuelta en dulzura. Y salió de la habitación sin detenerse ni una vez más. Annabella se dejó caer sobre la tapa del baúl. El pie se le movía solo, impaciente; el corazón le exigía aire. No podía

quedarse ahí sentada esperando. Tenía que salir, aunque fuera para distraerse, para no ahogarse. Toda su familia estaba en el hotel. Seguro se estaban arreglando para la primera noche de carnaval: máscaras, muchísimas. Eso era. Se pondría una y nadie sabría que era ella. Ni siquiera Thomas. Podría seguirlo y él no se percataría.

Ahora… ¿dónde habría guardado las máscaras? Thomas le había dicho que le compró una.

Recorrió la habitación con la mirada y encontró el lugar más lógico: un par de máscaras, una plateada y otra dorada, cuidadas como objetos de lujo. Tomó la plateada, decorada con garigoleados y plumas: era la más femenina, y además ella tenía un vestido del mismo tono. Sonrió, nerviosa y decidida.

Se arregló con la extravagancia glamurosa; la idea era no ser reconocida, confundir a nobles y plebeyos bajo el mismo disfraz. Peinó su cabello rizado en un medio chongo desordenado, dejando la mitad de los castaños mechones en libertad. Pintó sus labios de un rojo intenso, insolente. Al final, se colocó la máscara que cubría la parte superior del rostro, envolviendo sus ojos en un manto plateado; los verdes orbes destacaron con una intensidad casi peligrosa.

Estaba a punto de salir cuando tocaron a la puerta.

Annabella vaciló: por un instante, pensó que era Thomas. Pero él no tocaba. Nunca. Corrió, abrió… y se encontró con sus cuatro

primas, acicaladas y enmascaradas. En ellas solo se distinguían plumas, sombreros, pliegues, peinados exuberantes; una bandada elegante de criaturas imposibles.

—¡Se ven grandiosas! —exclamó Annabella.

—Lo sabemos —asintió Giorgiana.

—¿Nos vamos? —dijo Elizabeth con entusiasmo.

Annabella cerró la puerta de su recámara y guardó la llave en una bolsita interna del vestido.

—¿Dónde están los demás? —intentó que la voz no la traicionara.

—Charles y William desaparecieron hace como media hora —dijo Marinett—. Clare y Gregory dijeron que querían ir a cenar primero…

—Y nuestros esposos nos esperan abajo —terminó Katherine.

—Claro, y yo tengo a mis dos esposos —sonrió Giorgiana—. Antoine y Celio vinieron por mí.

—¿Dónde está Thomas, por cierto? —preguntó Marinett.

—Él… nos alcanzará luego —respondió, demasiado rápido.

—Espera, espera —Katherine le tomó el brazo—. Ni siquiera está, ¿cierto? —sonrió complacida—. ¡Te estás escapando!

Las cuatro miradas recayeron sobre Annabella. Ella se incomodó y trató de desviar la atención.

—Dios mío, Katherine, se te pega demasiado rápido lo de escaparte de tu esposo —negó Marinett.

—Pero ni modo que se quede ahí esperándolo —dijo Giorgiana.

—Estoy de acuerdo en que te puedes divertir —la miró Elizabeth —, pero él no te lo prohibió, de todas formas… —Annabella bajó la mirada—. ¿Lo hizo? —Elizabeth sonrió con maldad—. Estás en problemas, jovencita, pero te apoyo.

—Ya no la asusten o regresará —dijo Giorgiana, tomando a Annabella por los hombros y empujándola hacia la escalera.

Era verdad: estaba haciendo justo lo contrario de lo que Thomas le había pedido. Pero quedarse en la habitación, sola, solo pensando, no la haría sentir mejor. Prefería salir con sus primas y, con suerte, que Thomas jamás se diera cuenta de su desobediencia.

Y si se daba cuenta… ya lo enfrentaría. Algo en ella —algo nuevo — no quería volver a encogerse.

En los canales de Venecia, las góndolas paseaban con citadinos disfrazados hasta el exceso. Los vestidos eran tan amplios que parecía que las mujeres navegaban incluso en tierra; las pelucas se elevaban altas y rizadas con adornos de toda forma. Había arlequines, zancos, juegos abarrotados, música en cada esquina. Bajo las farolas de gas, el agua reflejaba destellos dorados y plateados como un animal vivo.

La ciudad olía a vino, a azúcar, a humo, a perfume caro mezclado con el sudor del gentío.

—¡Es fabuloso! —dijo Katherine, tomada del brazo de Adam—. ¿Por qué no habíamos venido antes?

—Porque seguramente te perderías… en más de una forma —respondió Adam.

Katherine le sacó la lengua y lo jaló hacia un puesto, siendo los primeros en separarse.

Luego desapareció Elizabeth con Robert, entretenidos con una obra de teatro cómica que se montaba en plena calle. Marinett y James se inscribieron en la ruleta, donde daba la casualidad —molesta y feliz— de que James tenía muchísima suerte. Quedaron los mismos que la vez pasada: Celio escoltaba a Annabella y Antoine a Giorgiana.

Annabella se recordó lo mal que la había pasado la última vez con el alcohol, así que declinó cualquier vino que le ofrecían, aunque el aroma dulce la tentaba como una mentira.

—¡Venga, bailemos, bombón! —Celio le tomó la mano y la llevó casi en andas hacia un baile.

Pero no era uno de esos formales, sedantes, de pasos discretos y organizados. En el que se metieron había aplausos, vueltas, cambios de pareja, saltos con manos tomadas, círculos que se abrían y se cerraban como un corazón celebrando. Era lo más divertido que Annabella había bailado en su vida. Celio le dijo, riéndose, que la

gente con menos oportunidades era la que mejor sabía divertirse. Y vaya que lo creía.

Cuando los tres solteros y Annabella estuvieron cansados, decidieron ir a comer algo a uno de los restaurantes que sacaba la comida a la calle y montaba espectáculo mientras cocinaban.

—¡Esto me encanta! —sonrió Antoine—. ¡Viva Venecia!

Aunque el hombre lo dijo para ellos, varios gritos conformes siguieron la exclamación, y los demás rieron.

—¿A que es una pasada? —Giorgiana sonrió—. Esto es de lo mejor.

—Sí… no me había cansado así en años —dijo Annabella, todavía jadeante, el cuerpo más despierto, la sangre rápida.

—Y los que nos faltan, bombón —Celio le tomó la mano para llevarla a otro baile.

Pero, en medio de la fascinación, Annabella chocó con un hombre sin máscara. El golpe fue leve. La sensación, en cambio, fue brutal.

Era grande, musculoso; la mirada penetrante y oscura le provocó el miedo necesario para dar un paso atrás. Annabella buscó a Celio, pero él ya no se había percatado de que ella se detuvo; se perdía entre la multitud, tragado por la música y los cuerpos.

—Cuidado, damita —dijo el hombre con voz profunda—. No quisiera que te perdieras.

—Lo siento —se disculpó Annabella, intentando irse.

La mano del hombre se cerró en su brazo y la jaló hacia atrás. Annabella sintió un tirón incómodo, una invasión.

—Espero por lo menos saber tu nombre. No siempre se encuentra una flor tan hermosa como lo es usted.

Annabella casi rió por el cumplido: llevaba máscara. ¿Cómo podía saber si era hermosa? Aunque, a juzgar por la forma en que la miraba, la cara no era lo que le interesaba.

—Yo… mi nombre… Cecilia —mintió. El hombre le daba mala espina. Prefería que no supiera nada real de ella.

—Cecilia —repitió él, como disfrutando el sonido—. ¿Gustas que te invite algo de tomar?

—No, gracias —sonrió forzadamente—. No tomo.

—¿Qué no tomas? —lanzó una carcajada estridente—. ¿En Venecia?

—Lo lamento, señor, pero me tengo que ir…

—Manuel —dijo una voz aún más potente.

Annabella se heló.

La voz venía de otro hombre, más escalofriante todavía, como si la autoridad se le hubiera quedado pegada a la garganta.

—Déjala. Tienes cosas que hacer.

—Vamos… es solo una diversión. Podría prestártela después de mí.

—Tienes que llegar a Cenella antes de que el cóndor cante.

Annabella torció el rostro sin comprender del todo la frase. El segundo hombre miró a Manuel con un gesto que parecía una orden contenida; luego, Manuel soltó a Annabella.

—Te salvaste, preciosa —murmuró, acomodándose la capa.

Se alejó junto al otro caballero.

—Aún tenemos que ir por los demás y tú te pones con una tipa.

—Eh… ¿a poco no se te antojó?

Annabella no registró lo último. La palabra que se le clavó fue otra.

Cenella.

"Cenella…", pensó. "Cenella…".

El nombre le resultaba familiar, como si lo hubiera visto impreso en alguna parte y su mente recién alcanzara la tinta. Se quedó quieta, obligándose a pensar. Y entonces abrió los ojos, captando por fin la información que su cerebro tardó en procesar.

Ese era el lugar al que Thomas había ido, según la carta. Y aquello de los "pajaritos" no era un juego: las cartas de su esposo llevaban emblemas de águilas. *Iban tras ellos.* El corazón le latió desenfrenado; el cuerpo se le volvió ligero, casi enfermo. ¿Qué debía hacer? Siguiendo más al instinto que a la razón, corrió hacia un camarero y lo detuvo con una voz alterada que lo aterrorizó.

—¿Dónde está Cenella? —preguntó.

—E-Es una cantina, señorita… —dudó el hombre, mirando su máscara, su vestido, la buena cuna evidente.

—No importa lo que sea —le cortó—. Dígame cómo llegar.

—B-Bueno, tiene que…

—Llévala—sonrió el que parecía ser el chef—. Parece que lleva prisa.

El pobre camarero se sonrojó de pies a cabeza, pero asintió. Ya le agradecería a su jefe por ese "regalo".

Cuando llegaron fuera del establecimiento, Annabella le dio las gracias y, en un gesto impulsivo, depositó un beso en la mejilla del muchacho. Él se quedó pasmado y ella se giró hacia la puerta.

—¡Espere! —Jordán le tomó el brazo—. Es peligroso, señorita.

—No importa —Annabella se zafó, irritada de pronto por tantos agarres, por tantas manos ajenas—. Gracias por traerme.

El hombre intentó detenerla otra vez, pero Annabella ya se internaba en la cantina, tragada por una boca de sombras, ruido y olor a alcohol. Y mientras la puerta se cerraba detrás de ella, el eco de Thomas le ardió en la piel como una marca. No era solo curiosidad. Era miedo. Y esa valentía nueva que le latía en las manos.

Capítulo 27

Annabella pasó por alto cualquier insinuación de aquellos hombres ebrios. A decir verdad, apenas registraba lo mucho que llamaba la atención: los silbidos, las risas densas, los intentos torpes —y otros no tanto— por interceptarla. Había entrado a Cenella con un único pensamiento clavado como aguja: encontrar a Thomas. Todo lo demás era ruido.

La cantina era un pulmón oscuro.

Olía a vino áspero, a tabaco barato, a sudor y a grasa caliente. La música se mezclaba con carcajadas y golpes de vaso; el aire estaba espeso, como si la noche se hubiera quedado atrapada allí dentro. Entre mesas repletas de cuerpos y manos impacientes, las cortesanas la miraban con una hostilidad antigua: comprendía, sin que nadie se lo explicara, que ese territorio tenía reglas, y que una mujer desconocida no era bienvenida si parecía robar atención o función. Annabella caminó sin detenerse, con el pulso alto y la respiración corta, obligándose a no mirar demasiado a nadie.

Se alzó sobre la punta de los pies, buscando por encima de cabezas y humo, intentando localizar el origen de su nerviosismo. La madera del suelo pegajoso se le adhería a las suelas; el roce de hombros ajenos le encendía una alarma muda en la piel. Y entonces

lo vio. En una mesa separada del resto, tres hombres discutían con gestos precisos, demasiado sobrios para aquel sitio. Estaban solos, y ni siquiera bebían. Thomas les daba la espalda: la figura amplia, el cabello oscuro, esa quietud suya que no era calma sino control. El corazón de Annabella dio un golpe de alivio tan fuerte que casi le dolió.

Sonrió, una sonrisa breve, involuntaria, y casi corrió hacia ellos.

—Oh, por todos los dioses de esta tierra… —murmuró Francis Bancoit, mirando por encima del hombro de Thomas, hacia la joven que se acercaba—. Thomas, creo que asesinarás a alguien hoy.

Thomas giró la cara, alertado por el tono. La molestia le cruzó el rostro antes incluso de reconocerla; y cuando la vio, con la máscara ya en la mano y los ojos verdes desbordados de preocupación, la expresión se le endureció.

—¿Qué demonios haces aquí? —escupió, sin intentar disimular.

—Thomas, escúchame…

—No. —La cortó de inmediato, con esa autoridad que podía partir una frase en dos—. ¿Cómo se te ocurre? ¿Estás loca?

—Thomas, espera…

—Pudieron haberte hecho algo. —La furia le salió en oleadas, contenida pero violenta—. ¡Te dije que te quedaras!

Annabella sintió el golpe de esa orden en el pecho, como si la empujara hacia atrás. Pero el venía detrás de ella, y la

desesperación le dio una valentía nueva. Se le traicionaron las manos: le temblaban, no de fragilidad, sino de exceso de sangre en los dedos.

—¡Thomas, cállate de una buena vez y deja que te diga por qué vine! —le gritó, al borde de romperse.

Los dos acompañantes abrieron los ojos con impresión; sonrieron apenas, como si no pudieran evitarlo. Thomas les lanzó una mirada severa que los hizo enderezarse al instante y luego clavó los ojos en Annabella, su mujer que osaba en desobedecerlo.

—¿Qué? —dijo, molesto, casi mordiendo la palabra.

—Vienen a atacarlos. —Annabella se adelantó a la mesa sin pedir permiso, como si el miedo ya no la dejara ser dócil—. Escuché una conversación… bueno, más bien estuve obligada a escucharla.

—¿Qué dices? —Thomas frunció el ceño, incrédulo—. ¿Cómo sabes que hablaban de nosotros?

—Dijeron que vendrían para acá, precisamente a resolver un problema con unos "pajarillos". —Habló con la paciencia tensa de quien explica lo evidente—. ¿Qué no todos ustedes tienen el seudónimo de un águila?

Los tres hombres se miraron, incómodos. A Annabella le bastó ese intercambio para entender que había tocado el hueso.

—Y dijeron que tenían que llegar antes de que el cóndor cantara —añadió, mirando al rubio de ojos miel—. Y supongo que eres tú,

porque el de allá es "el Águila Arpía".

—¿Cómo sabe tanto? —murmuró el rubio, el "Cóndor", mirando a Annabella como si acabara de caer del techo.

—Es una buena observadora —dijo Thomas, seco, sin apartar los ojos de ella. Su mente ya trabajaba, rápida, fría—. ¿Cómo eran?

—Altos. Piel morena. Musculosos. Cara de matones. —Annabella tragó saliva—. Y uno… uno me sujetó del brazo.

Thomas apretó la mandíbula.

No dijo nada, pero el gesto bastó: una amenaza elegante sin palabras, la promesa muda de que alguien pagaría. Los hombres intercambiaron otra mirada —una conversación silenciosa que Annabella no alcanzó a descifrar— y Francis habló, más bajo:

—Tienes que llevártela. Nosotros los detendremos.

—No podrán, vendrán demasiados —dijo Thomas, pesando posibilidades con una rapidez que asustaba.

—Vienen a por ti —dijo el Cóndor—. Saben que gira en torno a ti.

Thomas miró a su alrededor: aquel lugar era una trampa hecha de cuerpos y alcohol. Luego, como si la idea le quemara, habló:

—Entonces llévense ustedes a mi esposa.

El rubio parpadeó, sorprendido.

—¿Tu esposa…? —musitó, como si esa palabra cambiara el tablero.

—No podemos dejarte —susurró Francis, sin quitarse el filo de la boca—. Es un suicidio.

Y entonces el aire se partió.

Dos balazos atravesaron el techo de madera. El grito colectivo fue un animal. En la puerta, el mismo hombre de rostro brutal que Annabella reconocía se mantenía de pie con el arma elevada al cielo, dueño del caos.

—¿Dónde están, pajaritos? —preguntó con cinismo, chiflando, como si de verdad esperara que surgieran obedientes.

Annabella se acuclilló por puro instinto. Thomas la cubrió con su cuerpo, pesado y firme, como un muro que respira. Bajo esa protección, Annabella sintió algo que le revolvió el estómago: el miedo y, mezclado con él, la conciencia aguda del cuerpo de su esposo encima, la fuerza con que la mantenía pegada al suelo, el calor que le arrancaba el aliento. Thomas olía a jabón y a pólvora anticipada; su voz, cuando habló, fue un golpe de hielo.

—Thomas, tenemos que salir —susurró el rubio, agachado.

—Lo sé… solo…

Thomas escaneó el lugar con ojos de animal cazador, y de pronto se detuvo. Vio algo. Sonrió. Una sonrisa mínima, peligrosa. Annabella lo sintió tensarse, como si hubiera decidido.

—Annabella, escúchame —la giró con rapidez para que quedaran frente a frente. Sus manos le sujetaron el rostro, firmes, y esa

firmeza dolió porque también era ternura—. Vas a tener que salir sola de aquí. No quiero que te asocien conmigo. ¿Entiendes?

Annabella negó varias veces, aterrada.

—No podrá hacerlo —intervino Francis—. Deja que salga con ella.

—No. —Thomas cortó, con autoridad helada—. Te conocen a ti y a Héctor. La matarán si saben que es algo de nosotros… o peor.

El "o peor" quedó suspendido como una sombra. Annabella tragó aire; el pulso le golpeaba las muñecas, como si quisiera escaparse por la piel. Thomas la sostuvo un segundo más, tan cerca que Annabella sintió la respiración de él rozarle la boca. Su mirada era de acero; la voz, un susurro que sonaba a orden y a promesa.

—Esto es lo que vas a hacer. Cuando empiecen los disparos, te vas a arrastrar y saldrás por la puerta trasera: la de la cocina. Francis, rompes una ventana; usa a un civil para simular que estás peleando igual que los otros. Héctor: baños laterales; cabes por la ventana superior. Ambos intenten ir a ayudarla en cuanto puedan.

—Bien —asintieron los dos hombres, sin réplica.

—¡Espera! —Annabella le tomó el brazo cuando él ya se preparaba, como si soltarlo fuera perder el suelo—. ¿Y tú qué harás?

Thomas la miró. Por un instante, el deseo —ese que él castigaba con distancia verbal— le cruzó la cara como una grieta. Se acercó, y el beso que le dio fue breve, duro, demasiado íntimo para ser

despedida: no era caricia, era marca. Annabella sintió que se le aflojaban las piernas, no por placer, sino por el terror de perderlo.

—Iré detrás de ti. ¿De acuerdo? —murmuró.

Luego sacó la pistola, apuntó a una silla cercana y disparó.

El primer disparo fue la chispa y la cantina estalló.

Los hombres ebrios —ya al borde— sacaron armas; otros, sin balas, se fueron a puños. Mesas volcadas, vidrio roto, gritos, pólvora: un infierno improvisado. Thomas se separó, acatando su propio plan, y Annabella se quedó un segundo mirando cómo él se internaba en el tumulto como si perteneciera a la guerra.

Está loco, pensó, con una claridad que le arrancó una lágrima, pero si no se movía, se lo tragaría el ruido. El estruendo le apretaba el pecho y le robaba el aire. Aun así, como si una fuerza invisible la empujara a vivir, Annabella empezó a gatear. Se arrastró entre botas, piernas y cuerpos que corrían; recibió golpes, un tropiezo brutal que le abrió el labio. Sintió el sabor metálico de la sangre, pero no se detuvo. El miedo le hacía arder las manos contra el suelo sucio.

Llegó a la cocina. Empujó la puerta de madera con el ojo circular y se coló. Allí, entre ollas y sombras, vio a las cortesanas agachadas, abrazadas unas a otras, temblando. Annabella se puso en pie, intentando no vomitar. Caminó hacia la salida… y se heló. La puerta estaba bloqueada por dos hombres enormes: los mismos de antes.

Se cubrió la boca con una mano y retrocedió, agachándose.

—Vamos a morir —susurró una mujer—. Mi amiga Hilda murió así.

—Cállense —dijo Annabella, con una firmeza que la sorprendió a ella misma—. Saldremos de aquí.

Miró a su alrededor buscando una salida, alguna ventana, cualquier rendija. No había. Solo… su vestido, su apariencia, la forma en que podían confundirla.

Respiró hondo. Sintió el pulso golpeándole la garganta. Y preguntó, con una serenidad casi absurda:

—¿A alguna le ha gustado mucho mi vestido?

Todas la miraron. Asintieron, por supuesto. No por deseo, sino por hambre: venderlo significaba libras.

—Consíganme uno de sus trajes y se los regalo —dijo Annabella, segura—. Ahora.

Thomas estaba furioso.

No solo porque Annabella se había puesto en riesgo, sino porque al hacerlo los arrastraba a todos al mismo borde. Ni siquiera él podía quitarse el peso que su presencia imponía, pensaba en ella sin parar: ¿está viva?, ¿la tocaron?, ¿se equivocó al confiarle una orden?

El miedo se le volvía violencia.

Se abrió paso entre ciudadanos enloquecidos, disparando a diestra y siniestra. No buscaba a cualquiera: buscaba al hombre que había entrado a cazarlos. A ese, Thomas se lo iba a facilitar. El moreno levantaba mesas, empujaba cuerpos; cuando faltaron balas, empezaron los puños. Thomas se posicionó a unos pasos, cruzó los brazos con un desprecio elegante y una sonrisa que daba asco de lo tranquila.

—Te responde el pajarito —dijo con cinismo.

Levantó el arma apenas, casi sin movimiento. Disparó.

El hombre cayó al instante.

—Pío, pío —se jactó Thomas, y corrió hacia la cocina, por donde su esposa debía haber salido.

Desde un balcón elevado, donde las cortesanas acostumbraban a entretener a los hombres que llegaban a la taberna, dos figuras observaban la escena con los brazos cruzados y sonrisas contenidas.

—Es impresionante —asintió el hombre de mirada siniestra.

—Es el mejor que he visto —contestó la otra figura, en la oscuridad.

—¿Intentaron reclutarlo?

—Sí, señor. Se negó… y creó esa sociedad.

—Y es el líder. —El hombre fumó su tabaco con calma—. Ha propiciado la huida perfecta en dos segundos y, además, ha asesinado a nuestro hombre, jactándose de su habilidad.

Asintió, conforme.

—Mantengan Austria con más seguridad. Si este hombre se mete, nos causará muchos problemas.

—Sí, señor, pero aún tenemos rodeado el establecimiento.

—Se irá —dijo, con certeza—. Es bueno, lo reconozco.

Exhaló humo.

—Encuentra su punto débil. Cuanto antes.

Annabella salió del pequeño clóset donde se almacenaba comida: quesos, verduras, frutas. Había sido un trabajo duro, pero ahora llevaba un vestido corto, indecente para su mundo, que le apretaba el busto y dejaba descubiertas las rodillas. Unas mayas blancas subían hasta el muslo; Valeri —una de las cortesanas— le había desordenado el cabello para que no luciera "demasiado perfecto". Annabella se sentía extraña dentro de ese disfraz: expuesta, pero también invisible.

—Bien. Saldremos todas al mismo tiempo —dijo—. El hombre no nos detendrá a todas. Posiblemente a ninguna. Están aquí por un motivo específico y no somos nosotras.

Las chicas asintieron, admirando aquella valentía impropia de una aristócrata. Aunque vestía como ellas, la clase se le notaba en los movimientos, en la forma de sostener la barbilla, en cómo el miedo no le quitaba la dignidad.

—Niña, tendrás que ponerte en medio de nosotras —dijo una—. Te descubrirán en seguida tan solo verte.

—Sí. Si la ponemos en medio se confundirá —concordaron otras.

—Gracias… ahora salgamos —respondió Annabella.

Tal y como lo habían planeado, una estampida de jovencitas salió despavorida del establecimiento. El guardia de la puerta soltó una sonrisa: para él, aquello era parte del espectáculo. Annabella creyó que estaba a salvo y entonces unos brazos fuertes la interceptaron en plena corrida, alzándola del suelo como si pesara nada.

—Esta está diferente —sonrió el hombre, sosteniéndola con una facilidad humillante.

—¡Suélteme!

—No parece cortesana —le tocó la mejilla con una familiaridad que le dio náuseas.

—Es una mujer de clase alta —dijo el guardia—. Mira el anillo.

Annabella maldijo su estupidez. La argolla la delataba: dinero… o robo. Optaron por lo primero.

—Nos pagarán una buena fortuna por esa argolla —dijo el guardia.

—Y por ella también —asintió el otro, con una sonrisa que no tenía nada de amable.

—¿Por qué no la probamos? Tenemos que dar garantía… —murmuró el hombre, y Annabella sintió que el terror le apagaba el cuerpo entero, dejándola fría por dentro.

Entonces sonó un disparo.

El hombre que la sostenía tambaleó, miró a su compañero, como dando la señal de que disparara también, otro disparo tronó casi al mismo tiempo. Annabella cayó al suelo y se soltó del agarre justo cuando el guardia levantaba su arma. De pronto, dos cuerpos enemigos yacían en el piso.

Pero faltaba un disparo.

Annabella se quedó paralizada, sin comprender, hasta que escuchó el nombre de su esposo en la voz de otro hombre.

Se volvió con rapidez.

Thomas estaba en el suelo, a unos pasos de ella.

El mundo se le vino encima. Él había disparado al hombre que la sostenía… y el guardia lo había herido al mismo tiempo. Francis, simultáneamente, había matado al guardia.

—¡Por Dios! —Annabella corrió hacia Thomas. Él seguía consciente, dando indicaciones como si el dolor fuera un detalle menor—. Thomas…

—Anna… —murmuró él, con la voz quebrada—. ¿Estás bien?

—Sí —dijo ella entre lágrimas, sin aire—. ¿Dónde…?

—Deja ya… —Thomas le apartó la mano, terco incluso herido, y miró a Francis y a Héctor—. Maldita sea, un trozo de tela. Hagan un torniquete en mi brazo y pásenme otro para presionar la herida.

Los dos hombres se movieron con rapidez. Thomas era el único médico; ellos obedecían por instinto.

—No. Basta ya. —Annabella se enderezó, temblando, pero con una firmeza nueva—. Lo llevaremos ahora mismo al hotel.

—No —refutó Thomas, orgulloso, apretando los dientes—. Sigan haciendo lo que les digo.

—No. Se va a morir si lo curan aquí. Tendrá una infección. —Annabella lo miró con rabia y terror—. Vamos al hotel. Ahora.

Francis y Héctor dudaron un instante, atrapados entre la autoridad del capitán y la voz de su esposa. Al final, la vida pesó más. Lo tomaron con cuidado y lo llevaron hacia un carruaje cercano, sin importar de quién fuera.

Thomas, incrédulo incluso desangrándose, forcejeó con la idea.

—¿Me están desobedeciendo…? ¡Hagan lo que les digo!

—¡Eres un terco! —explotó Annabella—. ¡Súbanlo!

Los hombres obedecieron. Annabella subió primero, estirando los brazos para que lo colocaran cerca, pero Thomas —por puro castigo y control— se sentó al otro lado del carruaje, lejos de ella. La distancia era una bofetada silenciosa: una manera de decirle *"me desobedeciste"* aunque se estuviera muriendo.

—Busca un médico —ordenó Thomas al moreno—. Francis, tú sabes a qué habitación.

—Yo soy médico —refunfuñó él.

Annabella le clavó una mirada severa. Francis se tragó el orgullo.

—Sí, señora —asintió, y tomó las riendas.

El carruaje arrancó. Annabella veía el esfuerzo en el rostro de Thomas: el sudor en la frente, el temblor leve de la respiración. Él presionaba su hombro herido con un pedazo de camisa ensangrentado. A ratos se ladeaba, a punto de caer.

—Mi amor… —Annabella se acercó, sin poder soportar esa distancia—. Déjame sentarme a tu lado, dime qué hacer para ayudarte.

Thomas no respondió de inmediato. La rabia le ardía, pero el cuerpo le exigía rendirse. Cerró los ojos, reclinó la cabeza hacia atrás.

—No dejes que me duerma, Annabella —murmuró, ya sin fuerzas para fingir—. Presiona esto… sobre la herida.

Annabella tomó el paño y lo presionó contra su hombro. Sintió el calor de la sangre filtrarse, y se le quebró algo dentro.

—Thomas, mírame —le tomó el rostro con delicadeza—. No me dejes, ¿entiendes? Me dijiste que me dirías toda la verdad…

—Dije que si te quedabas en la recámara —le recordó él, terco incluso mareándose—. Cosa que no hiciste.

Annabella lo maldijo por esa memoria perfecta.

—Lo siento… pero temí por ti.

Le acarició la cara con cuidado, notando que él ya no contestaba bien. Los ojos se le cerraban.

—No te duermas… por Dios.

En ese momento el carruaje se detuvo. Héctor bajó de un brinco. Afuera, las calles seguían atestadas de gente que gritaba y reía como poseída por el carnaval; apenas repararon en el hombre que sangraba hacia un hotel, ni en la mujer vestida como cortesana a su lado.

En cuanto pisaron las baldosas del hotel, Francis ya los esperaba con un anciano de barba cana. El médico miró a Thomas y asintió, indicando que lo llevaran a la habitación.

—En estas fiestas es cuando más trabajo tengo —murmuró—. Parece que todos se creen invencibles y terminan así.

Annabella corrió a la recámara y abrió la puerta para que entraran. Agradeció que Lizet llegara en ese momento, despeinada, como si también hubiera sobrevivido a una noche demasiado "liberal".

—Lizet, trae agua caliente y vendas —ordenó Annabella, con una urgencia que no admitía demora—. ¡Muévete, Lizet!

Cuando el anciano vio la habitación, y a Thomas, cerró los ojos con incredulidad: Thomas estaba sentado en la cama, revisándose la herida él mismo, impidiendo que el médico se acercara.

—Thomas, ¿qué haces? —Annabella se acercó, temblando de rabia.

—¿Qué crees que hago? —respondió él, sin levantar la vista.

—Para eso está el doctor aquí.

—Puedo hacerlo —dijo con fastidio—. Lo he hecho miles de veces.

—Esta vez perdiste mucha sangre —insistió Annabella, suave pero firme—. Deja que alguien más lo haga.

—No.

—Señor, le aseguro que soy capaz —intentó el anciano.

—Dije que no —repitió Thomas, testarudo.

Annabella cerró los ojos y caminó de un lado a otro.

—Por favor… solo desmáyate —murmuró, desesperada.

Thomas le lanzó una mirada de reproche y siguió.

Cuando Lizet entró con lo pedido, el cansancio cayó de golpe sobre Thomas. El brazo con el que se curaba se desplomó. Su cuerpo cedió y se desmayó.

—Por fin —suspiró el anciano, pidiendo a Francis y a Héctor que lo acomodaran recto—. Es un hombre muy fuerte; debió desmayarse hace horas. Tú, muchacha… —señaló a Annabella, confundiéndola por su traje—, trae los paños.

Francis estuvo a punto de aclarar, pero Annabella no gastó energía en corregirlo. Solo obedeció. Se movió con rapidez, con manos temblorosas, acatando instrucciones.

—Necesito que lo tomen en brazos —ordenó el médico.

Lizet se acercó a Annabella, sabiendo lo que venía.

—Venga, señora…

—No —Annabella se apartó—. Me quiero quedar.

La voz se le quebró. Las lágrimas le salieron silenciosas.

—Solo a que se cambie a algo más cómodo —insistió Lizet—. Después vuelve a su lado.

Annabella miró sus manos: estaban manchadas de sangre.

Miró el vestido corto, miró a Thomas, inconsciente, mientras el médico trabajaba.

—Venga.

Lizet la llevó al baño, donde ya tenía preparado un camisón y una bata. Annabella empezó a cambiarse y, de pronto, escuchó un grito contenido de la garganta de su esposo. Se quedó helada. Intentó salir, pero Lizet la sostuvo.

—Le están sacando la bala —murmuró, intentando calmarla.

Annabella se echó a llorar y se abrazó al cuerpo de su doncella, como si ella fuera una pared.

Pronto, los sonidos cesaron.

El silencio fue peor.

Annabella levantó la mirada, aterrada.

—No puede ser que hayan terminado tan pronto…

Lizet también se puso pálida.

Annabella se quitó lo que faltaba del corsé y las medias sin cuidado, se colocó el camisón, se amarró la bata y salió del baño.

—¿Por qué está dormido? —preguntó, histérica, al ver al médico inclinado sobre el hombro de Thomas—. ¿Qué le pasa?

—Señora —Héctor se adelantó—. Está bien, pero el doctor tuvo que usar opio para sedarlo.

—¿Opio…? —Annabella dudó, espantada por la palabra.

—En estas circunstancias no entra como vicio, sino como analgésico —explicó el médico—. No corre peligro por ello.

Annabella asintió, tragando el pánico. Se acercó a la cama, y al ver la herida abierta, la sangre, las pinzas, se tapó la boca. Thomas

estaba empapado en sudor, el ceño fruncido incluso dormido, como si el cuerpo siguiera peleando desde el fondo del sueño.

No se separó de él hasta que el médico terminó de vendar con ayuda de los hombres.

—Señora —dijo el anciano, mirándola al fin con atención y dándose cuenta de quién era—. Tenemos que controlar la fiebre. Ha perdido mucha sangre, pero la bala no dañó ningún órgano importante.

—¿Cuándo volverá en sí? —preguntó Annabella, ansiosa, con los ojos en la boca de Thomas como si de allí fuera a salir la vida.

—Tal vez hasta mañana —respondió—. Esperemos que esté mejor para entonces.

Héctor acompañó al doctor. Annabella quedó con Lizet y con Francis Bancoit. Arrastró una silla y se sentó al lado de Thomas, le cambiaba paños mojados para bajar la fiebre que comenzaba a insinuarse en la piel, como un calor traicionero. A cada tanto, le tomaba la mano. Era grande, fuerte incluso dormida y Annabella la apretaba como si la vida se midiera por esa presión.

—Va a estar bien, señora —intentó reconfortarla Francis—. Ha estado en situaciones mucho peores.

Annabella se limpió una lágrima y lo miró con dureza.

—Lizet, déjanos solos.

La doncella asintió y salió, quedándose cerca por si su señora la necesitaba. Francis —"el Águila Arpía"— miró con escepticismo a la mujer de su amigo. Aquella pequeña dama que había demostrado ser más valiente e inteligente de lo esperado. Disfrazarse, convencer a las demás, sobrevivir… era mérito. Él se lo reconocía, aunque Thomas no lo viera así: Thomas solo vería la desobediencia, el riesgo, el castigo.

Annabella habló sin rodeos, con la voz baja pero tensa:

—Dígame quiénes son ustedes… y por qué los quieren asesinar.

—Señora —negó Francis—. Yo no puedo revelarle eso. El capitán…

—El capitán está inconsciente en esta cama —replicó Annabella, y la voz se le quebró de rabia contenida—. Y yo, su esposa, estoy a dos pelos de enloquecer.

Volvió la mirada hacia Thomas y le acarició la mejilla con una ternura desesperada.

—Quiero entender qué pasa.

—Le aseguro que no es nada malo.

Annabella soltó una risita breve, amarga.

—¿Que no es nada malo? Mi esposo está tendido por recibir una bala de un matón.

—Aun así, yo no puedo hablar de eso.

Annabella bajó la mirada. Ese hombre era demasiado leal. No importaba cuánto insistiera: no le daría la verdad. Cambió otro paño en la frente de Thomas, refrescando la piel caliente.

—Está bien —dijo al fin, agotada—. Puede retirarse a descansar. Yo cuidaré de él.

—Si me permite, señora… yo cuidaré de usted.

Annabella alzó la barbilla, orgullosa.

—No necesito protección.

—Lo haré de todas formas —dijo Francis, sin dejar espacio a duda o la réplica—. Thomas no me lo perdonaría.

—Toda mi familia está aquí —insistió Annabella—. Ellos vendrán y me cuidarán.

—Eso será de ayuda, señora.

Annabella suspiró, vencida.

—Gracias, Francis. Perdona mi rudeza… es solo que estoy alterada.

—Lo entiendo, señora.

—Por favor, tome asiento —lo invitó.

Francis permaneció de pie.

—Se supone que yo le cuido la espalda —murmuró, con la culpa apretándole la voz—. Le fallé.

Annabella negó despacio y, compasiva, le tocó la mano a Thomas, entrelazando la suya con la de él.

—No creo que él lo piense así —dijo—. Sabe que te debe la vida.

Miró los ojos oscuros de Francis y le regaló una sonrisa pequeña, firme, de esas que sobreviven a la noche.

—Y yo también te la debo.

Capítulo 28

Thomas había tenido una mala noche; y, por extensión, también la habían tenido sus tres enfermeros provisionales. Annabella, sin embargo, fue incondicional. Se permitía breves descansos —apenas un parpadeo de sueño, cinco minutos robados— y enseguida volvía a inclinarse sobre él, a cambiar los paños de su frente, a medirle la respiración con la ansiedad clavada en la boca del estómago.

Thomas recobraba la conciencia en lapsos cortos, como si la realidad fuese una lámpara a punto de apagarse: abría los ojos, la miraba sin verla del todo y ella aprovechaba ese instante para obligarlo a beber agua, para darle la medicina que el doctor le había recetado, para sostenerle la mandíbula con una suavidad temblorosa.

Luego, como si el dolor lo reclamara de vuelta, volvía a hundirse en la inconsciencia.

A la mañana siguiente, muy temprano, llegaron las primeras visitas de parte de sus primos. Traían algo de comer, le ofrecían un par de horas para que se cambiara, se bañara, se recostara. Annabella aceptaba aquellas amabilidades apenas lo indispensable: hacía todo a la velocidad de quien teme que, por alejarse, el mundo se le desmorone. Se lavaba las manos con agua helada, se recogía el cabello, tragaba dos bocados sin sentir el sabor y regresaba al lado de su esposo como si la cama fuera el único sitio seguro.

Así pasaron dos días. Dos días de incertidumbre y fiebre, del carnaval respirando a lo lejos —música apagada, campanas, voces en la calle— mientras en la habitación reinaba el olor a paños húmedos, a alcohol medicinal y a sudor frío. Annabella empezaba a desquiciarse viendo que Thomas no volvía plenamente en sí. Lo quería despierto, entero, con esa mirada que la atravesaba; quería

hablarle, besarlo, sentir su mano en su nuca como si con ese gesto le devolviera el aire.

Quería que la rozara y, al mismo tiempo, le aterraba que la rozara y no la reconociera.

—Annie, cariño… —Giorgiana le tocó el hombro con delicadeza, como quien se acerca a un animal asustado—. Tienes que descansar, cielo. Yo cuidaré de él.

—No, estoy bien —respondió Annabella, forzando una sonrisa que traicionaba el cansancio: los ojos apagados, los labios resecos, la piel marcada por el corsé y por la vigilia.

—Has estado velándolo por dos días —insistió Elizabeth, con esa preocupación que se le colaba incluso bajo el espíritu del carnaval—. No puedes seguir así.

—Esperaré a que despierte.

—No. —Katherine llegó y, sin pedir permiso, la tomó del brazo y la arrancó de su silla, que ya parecía tener la forma de su cuerpo abollada en la madera—. Ven conmigo. Te bañarás, comerás y te vas a dormir.

—No, Katherine, déjame en paz.

—No. —La pelirroja la miró con una furia que era amor—. Estamos todos para ayudarte. No necesitas estar pegada a él las veinticuatro horas del día. ¿Hace cuánto no duermes plenamente?

—Tengo siestas.

—Dije plenamente.

Annabella cerró la boca y miró hacia otro lado, como si pudiera esconder la culpa en una esquina.

—Lo único que lograrás es enfermarte —continuó Katherine, más baja, más firme—. Ese hombre es fuerte. Te aseguro que en nada estará caminando como si nada… pero tú… tú lo vas a resentir por semanas.

Katherine prácticamente la metió ella misma en la tina, obligándola a permanecer allí más de cinco minutos. El agua estaba caliente, perfumada con jabón; el vapor le aflojó por fin el pecho. Katherine le lavó el cabello con ternura, le masajeó los hombros tensos, y Annabella, sin darse cuenta, se desplomó en el sueño con la docilidad de quien ya no puede sostenerse.

—Dios mío, Anna… —murmuró Katherine, continuando su tarea con una paciencia casi maternal—. En serio lo amas.

Annabella despertó más tarde en su cama, con un camisón sobre el cuerpo y el cabello aún húmedo, desenredado. Tardó un instante en entender dónde estaba; se preguntó cómo sus primas habrían logrado cambiarla y llevarla hasta allí en medio de su estupor. Seguramente William o Charles la habían cargado, discretos, como dictaba la decencia. Se sintió, por un segundo, más ligera.

Hasta que lo vio.

Thomas seguía dormido.

Y el vago consuelo desapareció como una vela al viento.

Se acercó a él con el cuidado de quien se aproxima a una herida. Presionó su frente contra la de Thomas, respiró el aire tibio que salía de su boca. Estaba sola en la habitación por primera vez. No estaban sus primas ni los amigos de Thomas. Durante esos días lo habían visitado los esposos de sus primas y caballeros que ella no conocía; un desfile de murmullos, promesas de ayuda y miradas que se detenían demasiado en el hombro vendado.

Annabella fue al pequeño lavabo de porcelana blanca, vació agua fresca de la jarrita de metal y mojó un paño. Regresó a la cama y empezó a recorrer su cuerpo con una lentitud cuidadosa: refrescándole el cuello, el pecho, los brazos; acomodándolo para que no se entumiera. Sus dedos, a ratos, se quedaban un instante de más sobre la piel de Thomas, como si confirmaran que seguía allí. Cada contacto le encendía un pulso extraño en la palma: miedo y deseo, mezclados, como dos hilos imposibles de separar.

Cuando terminó, Annabella se inclinó y depositó un beso pequeño en la frente de su esposo. Luego apoyó la suya en el mismo lugar, cerrando los ojos con fuerza.

—Por favor, Thomas… despierta —susurró, y la voz se le quebró —. Te necesito a mi lado.

A la mañana siguiente, un par de ojos azules se abrieron de par en par bajo el sol nuevo que se colaba por las cortinas.

Thomas fue consciente, primero, del dolor en el hombro derecho: una punzada que le recordó, sin delicadeza, por qué no podía moverse. Luego notó la figura pequeña de su esposa, sentada en una silla, con la cabeza recostada en el borde de la cama. Tenía la mano entrelazada con la de él y parecía exhausta; incluso dormida, su ceño conservaba una arruga de preocupación.

—Annabella… —apretó con suavidad su mano—. Anna, despierta.

—¿Qué…? —murmuró ella, adormecida.

—Sube a la cama, no te duermas en esa postura.

Annabella, al escuchar esa voz familiar, levantó la cabeza de golpe. Sus ojos verdes se clavaron en la profundidad de los azules, claros, lúcidos. No era una ilusión. No había neblina en su mirada: Thomas estaba allí, en sus cinco sentidos.

Las lágrimas le brotaron sin permiso.

—¡Thomas…! —Se acercó y lo besó, una vez y otra, en la boca, en las mejillas, como si cada beso lo anclara a la vida. Sus manos se le fueron al rostro, temblorosas; el pulso le golpeaba la garganta—. Me asustaste tanto…

—¿Cuánto tiempo…? —alcanzó a preguntar él, con la voz ronca.

—Tres días —respondió ella.

Thomas la miró con esa desaprobación seca que usaba para ocultar cualquier otra cosa.

—Sí, más o menos ese era el tiempo que calculaba que no has dormido —dijo, implacable—. Pensaba que querías tener un bebé. Si no te cuidas, ¿cómo pretendes mantenerlo en tu vientre?

Annabella se quedó helada un instante. Luego, como si el miedo le hubiera dado un filo nuevo, replicó sin bajar la vista:

—Y si tú no te cuidas… ¿cómo quieres que yo quede esperando?

Thomas apretó la mandíbula.

—No debiste ir ahí.

—Los habrían tomado por sorpresa si no lo hubiera hecho —se justificó ella, aún con la voz temblando.

Thomas desvió la mirada, como castigándose por sentir algo que no quería mostrar.

—¿Dónde están los demás? —preguntó al cabo.

—Mis primas comenzaron a irse hace un día. Y tus amigos… —Annabella dudó, pero sonrió apenas— tus amigos matones se turnan para estar fuera de la puerta: algunos adentro, otros afuera del edificio.

—¿Francis Bancoit?

—Vino todos los días. Estuvo conmigo hasta las tres —dijo ella, tocándole los labios con la yema de los dedos, casi sin darse cuenta; apreciando el milagro de verlos moverse otra vez—. Creo que se siente culpable por lo que pasó.

—No lo es.

—Lo sé. Se lo dije —asintió Annabella—, pero parece que no lo creerá a menos que tú se lo digas.

Thomas suspiró y, con la mirada, le indicó que se acercara. Le abrió el espacio junto a él con una paciencia áspera, controlada.

—Ven aquí.

Annabella rodeó la cama y se subió con agilidad, a pesar del aparatoso vestido. Se recostó a su lado, sin atreverse a pegarse demasiado.

—No… —Thomas abrió los brazos hacia ella, insistente.

—No, te puedo lastimar —se negó ella, mirando de reojo la herida.

—Mi herida está del otro lado —dijo, seco—. Y creo que la que necesita una siesta ahora eres tú.

Annabella negó, terca, pero el cansancio la vencía: le pesaban los párpados, le dolían los huesos.

—Estoy bien… —bostezó—. Solo creo que estoy…

No terminó la frase. Se durmió.

Thomas sonrió apenas, sin alegría, con esa preocupación íntima que le exigía no tocarla demasiado y, al mismo tiempo, quererla cerca. Observó el perfil de Annabella: el cabello suelto en la almohada, la boca entreabierta, el pulso visible en el cuello. Le molestaba la evidencia de que ella podía ser su punto débil. Y aun así, cuando la vio dormir, comprendió que no había vuelta atrás.

—Señor… —Lizet entró sin tocar, creyendo que su amo seguiría en estupor. Se detuvo, sorprendida al verlo despierto y con la joven señora dormida a centímetros—. ¡Dios mío…!

—Qué alivio —dijo Thomas, sin apartar los ojos de Annabella—. Tráenos algo de comer, Lizet. Y si ves a Francis Bancoit… —la miró con seriedad— supongo que sabes quién es.

La doncella asintió, nerviosa.

—Dile que le hablo.

Lizet salió casi corriendo, aliviada de que el señor volviera en sí. Ahora, al fin, su señora podría dormir. Y ella también.

Pasó media hora hasta que un leve toque sonó en la puerta. Thomas miró a Annabella, todavía dormida, y dio el pase con la suficiente potencia como para parecer molesto.

—Thomas… —Francis entró y se descolocó un instante al ver la habitación: la mujer durmiendo, el capitán herido y despierto.

—Ayúdame a levantar —ordenó Thomas—. Necesito caminar o estas piernas dejarán de funcionar.

Francis se acercó y pasó el brazo izquierdo por los hombros de Thomas, procurando que moviera lo menos posible la herida del lado derecho. Thomas se tragó un quejido, el rostro se le endureció por el dolor, pero logró ponerse en pie. Ese movimiento despertó a Annabella: lo sintió antes de verlo, como si su cuerpo estuviera entrenado para vigilarlo.

—¿Thomas? ¿Qué haces? —preguntó, alterada, incorporándose.

—Lamento despertarte —dijo él, sin disculpa real.

—No puedes estar de pie —Annabella saltó al suelo y en dos segundos ya estaba frente a él, con el ceño fruncido y la respiración demasiado rápida.

—Serán cinco minutos —sentenció Thomas. Había en su voz esa distancia verbal con la que castigaba su propio deseo: no mirarla demasiado, no suavizar el tono, no permitir que el miedo lo domara.

Annabella cruzó los brazos y fulminó con la mirada a Francis, el pobre hombre que no tenía culpa.

—Déjanos solos un momento —pidió Thomas—. Ve con Lizet y dile que vaya preparando el equipaje.

Annabella arqueó una ceja. ¿Viajar? ¿En ese estado? Se le encendió una indignación brillante, feroz. Si Thomas creía que ella obedecería esa locura, no conocía aún la terquedad que podía nacer del amor.

—Annabella —la advirtió, dejando caer su nombre como orden.

Ella soltó los brazos y se encaminó a la salida. Cerró la puerta con brusquedad, provocando un ruido estrepitoso.

—Tiene carácter —sonrió Francis, pese a sí mismo.

—Más del que pensaba —respondió Thomas, con rapidez, y el humor se le borró—. Infórmame. ¿Qué está pasando?

—Bueno… —Francis se aclaró la garganta—. Asesinaste a uno de los líderes bajos. Ya sabes, los que corretean a la prole.

Thomas asintió y, con dificultad, tomó asiento en una silla.

—Austria se ha vuelto nuestra prioridad…

—No participaremos —interrumpió Thomas, seco.

Francis dejó que su rostro revelara la incredulidad. El "no" de Thomas era raro. En un inicio el caso parecía importarle, incluso parecía… personal.

—Thomas, es ilógico. Todo está listo —gesticuló Francis, mano derecha, acostumbrado a ejecutar, no a retroceder.

—No —repitió Thomas—. Es peligroso.

—Eso lo sabemos. Todos lo tenemos presente.

—Aún no tenemos forma de inmiscuirnos. Han descubierto a Héctor —recordó Thomas.

—Nos ha traído información importante, y Benjamín sigue dentro.

—En ese caso sácalo de ahí —ordenó Thomas, tozudo.

Francis se pasó una mano por el cabello, frustrado.

—¿Estás seguro?

—¿Alguna vez he dicho algo que no quisiera que se hiciera? —Thomas lo miró con enojo, la paciencia cortada—. Haz lo que te mando.

Francis asintió, sin ocultar enfado y resentimiento.

—Será como tú digas —dijo tras un silencio tenebroso—. Espero que no te arrepientas toda tu vida.

—Nunca me he arrepentido por nada.

Francis abrió la boca y la cerró. Asintió una última vez y salió, dejando al herido líder con el peso de su decisión.

Thomas se llevó una mano a la boca, pensativo, sin notar de inmediato que Annabella se acercaba por detrás. Ella conocía esa faceta: sabía que era mejor dejarlo pensar… hasta que era imposible.

—Annabella —dijo Thomas de pronto, saliendo de su ensimismamiento; la asustó apenas—. ¿Me ayudas a afeitarme? —arqueó una ceja, juguetón, señalando su hombro lastimado como si fuera excusa irrefutable.

Annabella entrecerró los ojos y sonrió, negando con la cabeza.

—Eres zurdo —le recordó—. La mano inmovilizada es la derecha.

—¿Eso quiere decir que no lo harás?

—Eso quiere decir… —se acercó y le dio un beso furtivo, breve pero cargado, como una chispa— que no hace falta chantajear.

Poco después, Annabella estaba sentada sobre las piernas de su esposo. Había movido el lavabo junto a la silla donde Thomas se había acomodado. Remojó un paño en agua caliente y se lo colocó en el rostro; el vapor le humedeció la barba y suavizó la piel. Thomas cerró los ojos, dejando que el control se le escapara solo lo imprescindible. Annabella notó cómo el pulso de él latía en la mandíbula; le recorrió, sin querer, una sensación ardiente por el vientre al tenerlo tan cerca, tan quieto, tan suyo.

Preparó la espuma y, con la navaja, comenzó a deslizarla con lentitud. La hoja brillaba; el silencio se volvió íntimo.

—¿Me vas a explicar qué es lo que haces o no? —preguntó ella, sin alzar la vista, concentrada en no herirlo.

Thomas suspiró.

—Nos dicen las Aves Reales —empezó, con la voz grave, medida —. Te imaginarás que es por nuestros seudónimos.

—¿Cómo formaron esa asociación? —Annabella apartó un poco el paño, afinando el ángulo de su garganta—. ¿Qué se supone que hacen?

—Lo que se requiere —respondió, lacónico.

—Levanta la cabeza —ordenó ella.

Thomas obedeció. Ese gesto sencillo —él siguiendo una instrucción suya— le dio a Annabella una audacia nueva; la respiración se le aceleró sin motivo práctico.

—Un día me ofrecieron unirme a un grupo opositor a la justicia —continuó Thomas—, y fue ahí cuando se me ocurrió. Tenía un grupo de amigos que se metían en líos por cosas estúpidas… así que les propuse meterse en líos por cosas de importancia.

Annabella no pudo evitar mirarlo de reojo: el hombre que tenía bajo la navaja era el mismo que se le imponía con distancia cuando quería castigar su propio deseo.

—En un inicio lo hacíamos por diversión —prosiguió—. Nos era gratificante aguarles los planes a los matones. Nos parecía sencillo.

Se encogió de hombros.

—Nos empezamos a hacer populares hasta llegar el momento en que nobles, incluso reyes, nos pidieron favores. Por buenas recompensas, claro. No todos los que me acompañan son nobles; y algunos lo son, pero en la ruina.

—¿Favores? —Annabella se aferró a esa palabra, pasando la hoja.

—No estamos asociados a ningún gobierno ni monarquía. No nos regimos por ninguna ley más que las que nosotros pusimos. Aceptamos si queremos y rechazamos cuando lo deseamos.

Annabella limpió la espuma del rostro de Thomas, abstraída.

—Y eres el líder. ¿Nadie te ha desobedecido nunca?

Thomas la miró con una quietud que rozaba lo peligroso.

—Claro que sí —asintió—. Y ahora están muertos.

Annabella se quedó inmóvil un segundo. Thomas, sin suavizar la frase, añadió con un filo casi cruel, mirándola como si midiera su valor y su insensatez:

—Tú, por ejemplo, vas en buen camino si sigues desobedeciéndome.

El corazón de Annabella dio un salto. El miedo le cruzó la piel… y, a la vez, algo más: una corriente tibia, irritante, que no tenía nada de razonable. Le molestó que incluso así —con amenaza elegante, con el control en la voz— Thomas pudiera encenderle el cuerpo.

—¿Han muerto? —preguntó, afligida, volviendo a su tarea para no mostrarle el temblor de los dedos.

—Sí. Pero todos seguimos aquí por una razón. La causa se ha hecho más grande: nos interesa el bienestar de las personas. Y si con eso también sacamos una recompensa… mejor.

Annabella secó sus manos con una manta y lo miró de lado.

—¿Y ahora qué es lo que traman?

—Nada —dijo Thomas, pesaroso—. Ordené que se salieran del caso.

—¿Pero eso no ocasionará problemas? —se sorprendió ella.

—No para nosotros —respondió—. Te dije: no estamos obligados a cumplir con nadie.

—Bueno… ¿y de qué se trataba? —insistió Annabella.

—No tiene importancia ya —aseveró, intentando ponerse de pie, y por supuesto la punzada lo hizo endurecer el rostro.

Annabella se levantó al instante y lo sostuvo.

—Te has esforzado demasiado —recriminó—. Ven. Acuéstate.

—No me trates como a un niño —gruñó él—. No necesito ayuda.

—Claro —Annabella rodó los ojos mientras lo sostenía con firmeza —. ¿Por qué no descansar, lord invencible?

Thomas soltó un resoplido molesto, pero se dejó acomodar en la cama. Annabella sonrió, abrió la puerta para tirar el agua utilizada… y se encontró de frente con Francis Bancoit.

—Señora —dijo él, nervioso, al verla.

—¿Iba a entrar? —Annabella señaló la habitación.

—No… bueno, sí, pero… —Francis maldijo por lo bajo, frustrado.

Annabella lo encontró divertidísimo: un hombre de semblante bravío y manos de guerra, trastabillando ante una mujer.

—Me alegra encontrarlo —sonrió—. ¿Tiene un momento para hablar conmigo?

—Por supuesto, señora.

—Muy bien. Acompáñeme, por favor.

Annabella lo condujo hacia la parte del hotel donde se servían los desayunos. Pasó de largo las mesas interiores y lo llevó a las que estaban al aire libre, protegidas del sol por una gran sombrilla blanca. La brisa veneciana olía a agua de canal, a pan recién hecho y a café. Annabella permitió que Francis le recorriera la silla de hierro blanco; luego esperó a que él tomara asiento frente a ella.

—Dígame, señora —Francis se inclinó, atento.

—Sé a qué viene —dijo Annabella, sin rodeos—. Quiere convencer a mi esposo de participar en lo de Austria.

Francis se removió, incómodo, sobre el cojín rosa pálido.

¿Cómo demonios…?

—Escuché detrás de la puerta —explicó ella con simpleza—. Deberían cerciorarse de que esté completamente cerrada antes de comenzar a hablar.

—Creíamos en su honorabilidad, señora —Francis levantó una ceja, insinuando lo impropio.

—Mala idea —Annabella se encogió de hombros—. Cuando una mujer vive entre secretos, aprende a dejar de lado algunos valores.

Francis asintió, resignado.

—Viene a decirme que no intente convencerle —dedujo él, cruzándose de brazos.

—Quiero que me diga de qué se trata —Annabella sonrió, dulce y peligrosa a la vez—. Explíqueme.

Francis mostró, otra vez, su incomodidad.

—Señora…

—Thomas me explicó la naturaleza de sus… trabajos —Annabella entrelazó las manos sobre la mesa—. Pero quiero saber qué es esa misión que está dejando abajo.

Francis la miró inquisidor, y, a pesar de todo, divertido. Aquella mujer sabía usar el encanto como arma; incluso él se habría visto tentado si no fuera porque era la esposa de Thomas.

—Le decimos "la caza de blancas" —dijo al fin, reclinándose—. El grupo de personas que vio hace unos días se dedica a secuestrar mujeres virginales para venderlas fuera de su país.

Annabella sintió que la sangre se le helaba. Su rostro se tensó, pero no dejó escapar sonido. Permitió que Francis continuara.

—Tuvimos informes que nos hicieron seguir pistas a lo loco. Pero hace algunas semanas, un noble reportó que su hija había sido llevada, y fue cuando las cosas se pusieron más serias. —Francis se inclinó hacia delante, con gravedad—. Thomas puso especial

empeño en esta campaña; como sabrá, él no tolera el maltrato a mujeres que no pueden defenderse.

Francis apoyó los codos en la mesa, casi suplicante.

—Señora, estamos muy cerca de triunfar. Sabemos dónde las tienen. Viena está bajo nuestro control. Tenemos gente infiltrada en su organización, pero…

—Pero Thomas ya no quiere intervenir —asintió Annabella.

—Así es —dijo Francis, pesaroso—. Intento convencerlo porque sé que nadie se atreverá a desafiar una orden del capitán.

Annabella meditó un instante, con la mirada fija en un punto que no era el mar ni el canal, sino una idea.

—Entiendo. —Alzó la vista—. ¿Por qué es necesario mi esposo?

Francis sonrió, echándose un poco hacia atrás, con ese deje de superioridad del que guarda una verdad.

—Mi señora… su esposo es el mejor estratega que haya visto cualquier país. Intuitivo, sagaz, minucioso. Y, además, hábil con cualquier arma. Muchos se quejan porque dicen que no es maestro de un uso en específico, pero lo que toma… lo vuelve magistral. Se dice que ha estudiado artes de combate desde Japón hasta la India.

—Entiendo —Annabella lo detuvo antes de que siguiera alabándolo—. Queremos que Thomas se involucre.

—Sí —asintió Francis, azorado por su propia verborragia.

—Entonces tengo la forma.

—¿En serio? —Francis se entusiasmó, sin poder evitarlo.

—En dos semanas nos moveremos a Austria por cosas de nuestro viaje —Annabella sonrió ante la "casualidad"—. Solo estaremos en Viena dos semanas.

Luego lo miró con seriedad.

—Tenemos que resolver eso en ese tiempo.

—Entiendo… pero aún no sé cómo lo logrará —dijo Francis.

Annabella ladeó la cabeza, y su sonrisa fue tan angelical que habría engañado a cualquiera excepto a un hombre acostumbrado a trampas.

—¿Qué tan inocente me veo?

—¿Señora…? —Francis se sonrojó, incómodo.

Annabella dejó caer la dulzura. Su voz se volvió firme, clara.

—Señor Francis Bancoit: ¿puedo pasar como una mujer virginal como las que tienen capturadas?

Francis tragó saliva. Los ojos se le abrieron. La respuesta era un no rotundo; un no que, pronunciado, podía costarle la vida.

—No, señora. No puede hacer eso.

—Comprenderé eso como que sí puedo pasar como una de ellas —replicó Annabella, escuchando solo lo que quería.

—Mi señora… nos matará cuando se entere.

—Posiblemente —asintió Annabella, sin apartar la vista—. Pero primero me sacará de ahí y conmigo a todas las demás mujeres.

Se inclinó hacia delante, y en su mirada había una valentía nueva: no la de una niña, sino la de una esposa que ya ha visto sangre en sus manos.

—No puedo permitir que él no haga nada solo por miedo a arriesgarme a mí. Se siente derrotado porque le dispararon. Pero eso fue mi culpa. No puede ser el mismo si intenta protegerse a él y a mí al mismo tiempo. Seguramente piensa que es mejor no intervenir… pero jamás se lo perdonará. Ni yo tampoco. No podría dejar a un tumulto de niñas en manos de depravados.

Francis asintió lentamente. Thomas nunca había salido herido en batalla; Annabella era el punto débil que jamás había tenido. Y

ponerla en escena volvía el juego más peligroso… pero también más inevitable.

La duda era palpable en el hombre, así que Annabella presionó, ahora con un tono que rozaba la súplica:

—Francis… es la única forma. Sabes que puede funcionar.

Francis cerró los ojos con pesadez. Si no moría en batalla, estaba seguro de que Thomas lo asesinaría con sus propias manos.

—Está bien. Yo organizaré todo para que la metan en el lugar.

—Perfecto —Annabella se puso de pie, realizada, con una determinación que parecía iluminarla desde dentro.

Francis la observó alejarse hacia el interior del hotel. Era arriesgado. Era, quizá, la única forma de forzar al capitán a entrar en la jugada. Podía costarles caro a todos. Porque si esa joven salía lastimada… no habría Dios capaz de salvarlos de la furia de Thomas.

Solo una vez lo había visto totalmente fuera de sí, y no había sido agradable. Algo le decía que volvería a verlo así dentro de dos semanas.

Y esta vez, estaría volcado hacia ellos.

Capítulo 29

El que Thomas estuviera imposibilitado lo tenía de mal humor, irritable, como si la inmovilidad fuese una ofensa personal. Cualquier cosa lo molestaba; se exaltaba de pronto, sin aviso. Annabella apenas podía contener la risa: él jamás había estado herido de gravedad, y por eso no sabía obedecer a un cuerpo que, por primera vez, le decía "basta". Era atrabancado. Se movía sin cuidado, como si la voluntad bastara para suturar piel y músculo, y en ese empecinamiento terminó por lastimarse y abrirse la herida.

—Te he dicho que puedo ayudarte —se quejó ella, con las vendas en una mano y las tijeras en la otra.

—Puedo hacerlo solo —respondió, testarudo, sin mirarla.

Annabella rodó los ojos y esperó con paciencia a que su esposo soltara el gruñido habitual de frustración y la buscara con la mirada, derrotado por su propio dolor. Cuando por fin ocurrió, la joven arqueó una ceja. Thomas volteó la cara, ofendido consigo mismo, y apartó las manos para que ella pudiera actuar.

—Eres un terco —murmuró Annabella mientras cortaba con delicadeza las vendas anteriores, esas mismas que ella le había cambiado tantas veces—. Un terco insoportable.

—Estoy harto de todo esto —escupió él—. Ya puedo mover el brazo. No entiendo por qué me sigues vendando.

—Porque, mi cielo —respondió ella con una voz suavemente sardónica—, ¿ves eso? —le tomó el rostro y lo obligó a mirar su hombro—. Se le llama herida. Y se necesita sanar por completo antes de quitar vendas, medicinas y tus remedios florales.

—Sé que es una herida. Yo estudié para saberlo.

—Pues no se nota —canturreó ella—. Lo estudiaste en otros cuerpos, no en el tuyo.

—Me he llegado a coser solo —dijo, petulante, como si aquello fuese un título que debiera presumir.

—Con las dos manos, ¿verdad? —Annabella ladeó la cabeza, dulce y letal—. ¿Cómo lo harás si no puedes mover una?

Thomas le devolvió la espalda, malhumorado, pero no se apartó. La dejó curarlo. Annabella contorneó la piel alrededor de la herida con las yemas de los dedos, probando con cuidado dónde dolía más. La cicatriz comenzaba a cerrarse; gracias a Dios no había infección, y eso aceleraba la curación. Apenas habían pasado unas semanas y aun así Thomas insistía en viajar a Viena, como estaba estipulado en el itinerario que su padre había dejado fijado con tinta de sentencia, sin admitir contratiempos.

Ella aplicó el ungüento y volvió a vendar con sumo cuidado. Sus manos eran firmes, precisas; por dentro, sin embargo, el pulso le traicionaba. Su sola cercanía a la piel marcada de Thomas le recordaba lo ocurrido… y lo que todavía podía ocurrir.

—Gracias —Thomas le tomó la mano cuando terminó—. Es solo que… no lo soporto.

Se dejó caer sobre la cama.

—¡Thomas! —lo regañó Annabella, alarmada—. Con cuidado.

Se acercó a comprobarlo, y Thomas la miró como si esa preocupación fuera un exceso.

—Ya no me duele —dijo con seguridad.

—No ha sanado plenamente. Deja de propiciarte lastimaduras.

Thomas alzó una ceja, y algo oscuro cruzó sus ojos azules.

—¿Quieres que propicie una lastimadura? —sonrió—. Bien.

Se levantó y, con su brazo sano, la tomó de la cintura. La atrajo con una firmeza controlada, como si su cuerpo supiera exactamente cuánto podía exigir sin romperla. La tumbó con cuidado sobre él y buscó su boca, hambriento.

—No… —Annabella le apartó el rostro, aunque el cuerpo ya la había delatado: respiración más corta, calor subiendo por el cuello—. Te lastimaré, no debemos…

—No me pasará nada —dijo él, como si lo decidiera y punto, apretándola un poco más contra su pecho para reclamarle los labios.

Pero Annabella, obstinada, volvió a apartarse. El miedo a dañarlo le ganó por un instante, y aun así, en su negativa, había una tensión nueva: la de quien desea tanto que se ve obligada a resistirse.

—No, Thomas. Aún tienes el brazo débil.

Annabella se mantuvo alzada parcialmente, sosteniéndose con las palmas a cada lado de la cabeza de Thomas. Él la miró desde abajo, inmóvil, como si estuviera *castigando* su deseo: no suplicarle, no pedirle, obligarla a entender que el control seguía siendo suyo.

—Bien —murmuró—. Te mostraré algo.

Sin esfuerzo aparente, se incorporó con ella y la sentó sobre su regazo, con las piernas de Annabella a cada lado de las suyas. La posición era indecente por simple cercanía: no por lo que mostraba, sino por lo que insinuaba. Annabella tragó saliva. Sintió el corazón golpeándole la garganta.

—Dame tu mano —ordenó.

Ella se la dio sin entender. Thomas la envolvió y apretó con una fuerza medida, exacta.

—¡Ay! —Annabella se soltó, sobándose—. ¡Eres un bruto!

—¿Ves? Y ni siquiera apliqué fuerza —respondió él, impasible, como si fuera una demostración lógica.

Y, como si esa prueba bastara para derribar sus últimas reservas, Thomas la recostó en la cama y comenzó a besarla con parsimonia, deleitándose en la piel de su esposa como quien ha estado demasiado tiempo privado de un placer legítimo. Llevaba días conteniéndose; y esa contención lo volvía más peligroso, más punzante. Tocaba y retiraba. Acariciaba y se detenía, como si castigara su propia urgencia con distancia verbal.

Annabella, en cambio, estaba "despierta" en su cuerpo de una manera nueva. La respiración se le desordenó. Se le aceleró el pulso. Las manos se le fueron solas a él, traicioneras, buscando ancla. Y cuando Thomas le susurró algo cerca del oído, ella sintió un estremecimiento que le recorrió hasta la punta de los dedos, como si su piel tuviera memoria.

Sus sábanas —finas, tibias— recogieron el rumor de la lucha entre prudencia y deseo. Y, sin necesidad de decirlo todo, se entendió: lo que les había sido arrebatado por el miedo y la herida, lo recuperaban ahora con una urgencia silenciosa, íntima, que no pedía permiso.

Con la última caricia, Thomas se dejó caer derrotado sobre ella, sosteniéndose con el brazo sano para no aplastarla por completo. Continuó regando besos sobre su rostro, como si necesitara comprobar que estaba allí, entera, viva. Annabella lo miró con esa felicidad luminosa que a Thomas le parecía injusta… y peligrosa.

—Creo que me abriste la herida —bromeó él, apartándose con una risa baja y cruel.

Annabella se sonrojó y le dio la espalda, jalando la sábana desde los pies de la cama para cubrirse. Por un segundo, lo creyó posible: se había olvidado de todo, incluso de ser cuidadosa.

—Ey —Thomas se pegó a ella, cálido, insistente—. Es mentira. ¿Cómo crees que me pudiste lastimar?

Le besó el hombro con ternura, haciendo un recorrido lento hasta su oído, que mordisqueó apenas. Annabella contuvo el aliento; una

oleada placentera le ardió en el vientre, y se odió un poco por lo fácil que era, por lo rápido que su cuerpo lo elegía.

—¿En serio estás bien? —preguntó ella, volviendo apenas el rostro.

Thomas sonrió, petulante, y la besó con tranquilidad. Masajeó sus labios, pidiendo entrada con una paciencia desesperante; su lengua buscó la de ella como si quisiera borrar el resto del mundo.

—Me estaba volviendo loco sin hacerte el amor —confesó, recargando la frente en la sien de su esposa.

Annabella sonrió y giró entre sus brazos. Tocó lentamente los labios de Thomas con la punta de los dedos, en una caricia seductora e insinuante. Había una valentía nueva en ese gesto; una osadía que no se atrevía a nombrar.

—¿Acaso quieres comenzar otra vez? —provocó él.

Annabella se sonrojó y negó, escondiendo el rostro contra él.

—¡Thomas! —se quejó, avergonzada—. ¿Por qué siempre haces eso?

Thomas rió en silencio. Con cuidado, se giró con ella, dejándola encima, aún escondida en su hombro sano. Le acarició la espalda con lentitud, como si el simple hecho de sostenerla lo calmara.

—No has salido ni un día a pasear por Viena —dijo de pronto.

—No… —respondió ella, adormecida—. Quiero ir contigo.

A pesar de que Thomas se recomponía con rapidez extraordinaria, los médicos le habían recomendado reposo, cosa que Annabella se tomaba muy a pecho… hasta ese momento.

—Anna —Thomas la apretó un poco, tanteando si ya se dormía.

—¿Mmm…? —respondió, sin mucha conciencia.

—¿Eres feliz conmigo?

—Thomas… —Annabella se acomodó sobre su pecho—. Yo te amo.

Lo dijo como si con eso bastara. Y tal vez debería haber bastado. Pero a Thomas se le complicaba aceptar el amor como una verdad simple. Además, ella podía amarlo y aun así no ser feliz. Thomas lo sabía de primera mano.

¿Y él? ¿Qué sentía por esa mujer que ahora respiraba sobre su piel?

Sabía que le gustaba tenerla cerca. Que no le molestaba que lo acariciara o lo besara, aunque él no lo buscara. Le agradaba hablar con ella. Y ni siquiera lo había puesto furioso que lo espiara y se metiera en sus asuntos… Annabella ya no era "otra mujer": era la suya, y eso alteraba su mundo de reglas.

¿La amaba? Le parecía imposible. Él no podía llegar a querer a alguien así. Nunca lo había sentido, nunca lo había visto. Tal vez solo la apreciaba. Tal vez se había resignado a que ella sería la única mujer que tocaría. Porque eso sí: jamás le sería infiel. Desde que lo comprometieron —aunque hubiera sido a la fuerza— ninguna mujer volvió a caer en sus brazos. No le sería infiel aunque lo deseara, aunque la odiara, incluso aunque ella lo engañara. Iba en contra de sí mismo y de sus promesas.

Annabella despertó la segunda semana de su estancia en Viena. Desde aquella noche, la pareja había retomado sus derechos maritales y, con bastante frecuencia, despertaban tarde intentando recuperar el sueño perdido. El hotel, de techos altos y alfombras espesas, olía a cera, a jabón fino y a café recién molido; a veces, en los pasillos, el murmullo de la ciudad se colaba como un vals lejano.

Además, ambos habían recorrido un poco la ciudad sin atentar contra las fuerzas de Thomas: caminatas cortas por calles empedradas, fachadas solemnes, faroles de gas apagándose al alba. Thomas se detenía a explicarle estructuras y monumentos con una minuciosidad casi obsesiva; hablaba de historia como si recitara un mapa de supervivencia, pero Annabella no ponía demasiada

atención. Incluso cuando hacían el amor, no podía dejar de pensar en la traición que estaba por cometer junto con los hombres de Thomas. Probablemente él enfurecería. Pero ella lo conocía un poco más cada día y sabía que estar en esa ciudad sin hacer nada por salvar a esas niñas comenzaba a carcomerle el alma.

Esa última noche, a una semana de marcharse de Viena y a unas horas de que ella se metiera en aquel lugar donde tenían presas a niñas inocentes, Annabella no pudo evitar llorar mientras Thomas la buscaba. El llanto lo detuvo; él la miró, desconcertado.

—¿Qué pasa? —preguntó con cautela—. ¿Te he lastimado?

—No —negó Annabella, tomándolo del cabello para que la besara.

—¿Entonces por qué lloras? —insistió, separándose para limpiarle las lágrimas con los pulgares.

—Porque te amo —dijo, azorada, revelándole por primera vez una verdad que ya no podía esconder—. Quiero que lo sepas…

Antes de que me odies por sentirte traicionado, pensó, pero no lo dijo.

Thomas recorrió el rostro de su esposa como si la luz de esa frase lo hubiera golpeado. La abrazó con fuerza y le susurró con ternura, casi suplicante:

—Por favor, no llores, Annabella.

Le besó las mejillas, la nariz y los labios, como si pudiera compensar con caricias lo que no sabía decir.

—No estoy triste, Thomas —Annabella le tomó el rostro—. Me haces completamente feliz. ¿Entiendes? Me haces feliz.

No, Thomas no lo comprendía. ¿Qué hacía él para provocar eso? Era severo, estaba metido en problemas, y por su culpa ella vivía cerca del peligro. En Londres, el Estado le proporcionaba seguridad por ser un miembro valioso: el gobierno y el rey no podían prescindir

de él. Lo buscaban, lo cortejaban, lo mantenían conforme por si necesitaban un favor. Era casi un trofeo del país, cosa que no lo enorgullecía.

—¿Por qué me amas? —preguntó, confuso.

Annabella sonrió, casi incrédula.

—Dios… no lo sé —le acarició la mejilla—. Solo lo hago.

Thomas, sin poder decir más, volvió a buscarla y lo hizo de una forma distinta, más intensa, como si aquella confesión le hubiera arrancado algo. Annabella mordió sus labios, le marcó la espalda con las uñas y, sin inhibición, dijo su nombre hasta la extenuación.

Annabella estaba lista para lo que estaba a punto de hacer.

Eran las cuatro de la mañana cuando se deshizo con cuidado de los brazos de su esposo y se colocó el vestido cómodo que los hombres de Thomas le habían proporcionado. A decir verdad, todos estaban asustados por la reacción de Thomas; incluso ella lo estaba. Y no estaría presente cuando sucediera.

Abrió el baúl de los secretos: precisaría de algunas cosas esenciales, como una pequeña navaja de bolsillo. Se enrolló, por debajo de las faldas, una cuerda a lo largo de la pierna derecha. Metió un papel estirado bajo su corsé, pegado al vientre, y colocó una pluma "decorativa" en su cabeza.

Estaba lista. Miró a su esposo dormido y se acercó a él, dándole un beso tierno en los labios que no logró despertarlo. Salió de la habitación, dejando solo una nota en la que le decía que debía hablar con Francis Bancoit, quien se encontraba en el mismo hotel que ellos, en la habitación 34D.

Con el corazón en la boca, abrió la puerta encontrándose con un nervioso hombre de cabellos oscuros y piel morena. El Águila Arpía sería quien la llevaría hacia el Águila Kapurlera, Benjamín Blumont, quien seguía infiltrado con los enemigos y sería el hombre que la

cuidaría en lo que pudiera y a quien le entregaría la información que recolectara.

—¿Está lista? —preguntó Francis.

Annabella estaba más serena que él.

—Sí —respondió, segura—. Trate de controlarle —le pidió cuando comenzaron a caminar—. Trate.

—Créame… lo intentaré.

Subieron a un carruaje que, tras dos leves toques, comenzó a andar hacia ese lugar horrible al que sería llevada. Annabella respiró varias veces, convenciendo a su propia sangre de que hacía lo correcto. Aunque supiera que arriesgaba la vida, nunca pudo soportar la idea de quedarse quieta cuando el mundo alrededor se quebraba. Había causas que le encendían el valor de golpe.

—Recuerde no decir su nombre verdadero —le advirtió Francis—. Trate de averiguar cuántas habitaciones hay y, si es posible, cuántas mujeres y niñas. Hágase amiga de todas. Convénzalas de que las ayudará.

—Entiendo —contestó Annabella.

—Duerma, mi señora —recomendó Francis—. Falta todavía mucho para llegar.

Era inútil para ella dormir, no con esa mezcla de adrenalina, nervios… y miedo. Annabella rodó el anillo de matrimonio y entonces lo entendió: debía dejarlo atrás. Las argollas la delataban. No podía entrar allí llevando en la mano el grito de que pertenecía a Thomas. Apretó los labios y cerró los ojos, deslizó los anillos fuera del dedo con una parsimonia enloquecedora.

Le costó sacarlos, suspiró fuerte y alzó la vista hacia Francis.

—Lord Bancoit… tome esto.

El hombre extendió la mano y, al recibir las joyas, miró a la joven como si no pudiera creer la firmeza que había en ella. Annabella no

mostraba arrepentimiento: mostraba decisión.

—Los cuidaré hasta dárselos a quien los debe guardar —prometió, apretando los anillos contra el pecho.

—Gracias.

Annabella notó cómo se alejaban de la ciudad y se internaban en un bosque, siendo el único rastro de civilización el sendero, era escalofriante, perfecto para esconder monstruos. El carruaje paró de pronto, indicándole que era hora del cambio: el vehículo de Benjamín Blumont la llevaría a las puertas de la perdición. La joven bajó. El alba empezaba a desteñir la oscuridad. Annabella y Francis caminaron hacia el carruaje detenido junto al camino.

Francis dio un leve golpe en la parte posterior, y en seguida bajó un hombre atractivo, de cabellos castaños y rizados, con ojos verde-miel hipnotizantes. Miró alrededor como si buscara traidores. Los inspeccionó con dureza, fingiendo no reconocer a ninguno. Annabella sabía que a ella no la conocía.

—¿Cuánto por ella? —preguntó con brusquedad a Francis—. Está con las condiciones que requerimos, supongo.

—Todo está en orden —respondió Francis con la misma frialdad —. Quiero seiscientos florines.

—Acordamos trescientos —Benjamín entrecerró los ojos.

—Solo véala —sonrió Francis, como si se tratara del peor depravado.

Benjamín soltó una risita y se volvió hacia el carruaje.

—¡Jefe!

Un hombre con barba y ojos negros sacó la cabeza.

—Dice que vale seiscientos —Benjamín señaló a Annabella—. ¿Usted qué dice?

El jefe la miró de arriba abajo y sonrió con cinismo. Asintió varias veces antes de retirarse con un gesto.

—Hecho —Benjamín sonrió, completando el plan.

Francis intercambió una mirada furtiva con el castaño al entregarle el dinero y luego tomó a Annabella del brazo con poca delicadeza, llevándosela al carruaje donde el jefe aguardaba.

El corazón de Annabella galopaba.

El hombre frente a ella era aterrador. Una mirada libidinosa permanente, una sonrisa horrible que dejaba ver dientes oscuros y uno de oro. Grande, abultado, de piel clara; cabello naranja y barba del mismo tono.

—¿Y la nueva adquisición puede decir su nombre? —rompió el ambiente su voz profunda.

Annabella se quedó callada, asustada como lo estaría cualquiera.

—Respóndale al jefe —exigió Benjamín.

—Vale, Benjamín, no seas duro con ella —el hombre estiró la mano y le tocó la rodilla.

Annabella apartó la pierna con rapidez.

—Está asustada, ¿qué no?

—Lilian Darry —contestó con una voz pequeña.

—Lilian… —sonrió—. Lindo nombre, hermosura.

Benjamín notó el peligro: al jefe le había gustado la joven. Se suponía que debía protegerla. Si aquel hombre insistía, él no podría hacer nada sin delatarse.

Pensó rápido.

—Ya le tengo comprador, jefe —interrumpió con orgullo.

—¿Qué? —el hombre se molestó, apartando la mirada de Annabella.

—Sí —Benjamín respondió, tranquilo—. Mandé su retrato y nos ofrecen dos mil florines, considerando que es virgen.

El jefe se iluminó.

—¡Dos mil! —aplaudió—. Has resultado ser astuto. Has vendido esta yegua por más de lo que podía imaginar.

—Gracias, jefe —Benjamín se inclinó, tragándose el asco.

—¿Quién es? —insistió—. Supongo que querrá ver su compra.

—Henry Sorset —improvisó Benjamín—. Él es el comprador.

—¡Vino! —celebró el jefe—. ¡Tendrás todo el vino que desees!

Benjamín guardó silencio. Annabella casi podría besar a ese hombre por haberla salvado de una violación segura. Con esa mentira, le aseguraba tiempo… y su integridad. Ahora, lo único que debía hacer era sobrevivir, observar y memorizar.

Thomas despertó entrada la mañana esperando que, al estirar el brazo, encontrara el cuerpo de Annabella junto al suyo. Se encontró con el vacío. El mal presentimiento fue inmediato. Se incorporó, se puso los pantalones con prisa y buscó la camisa… seguía donde la había dejado, al alcance de Annabella, porque ella solía ponérsela. Siempre. Aquello lo alteró aún más.

Caminó descalzo hasta las botas cuando algo le llamó la atención: sobre la mesa, junto al florero de rosas blancas, había una nota abierta.

Querido Thomas:

Sé que resultará confuso todo esto. Y sé que no estarás feliz con lo que estoy por hacer, pero lo he decidido por ambos. Me enteré de lo que sucede en Austria: alberga secretos oscuros y, según mis fuentes, eres el único que puede detener este horrible suceso. Odio decirlo, pero la culpa puede conmigo, aunque dejaste en claro que no querías inmiscuirte en el tema.

No podría vivir sabiendo que hay jovencitas en esas circunstancias tan cerca de mí y no mover ni un dedo…

Te amo, Thomas, pero era algo que debía hacer. Ve a la habitación 34D, donde se hospeda Francis Bancoit; él te lo explicará todo.

Con todo mi amor, Annabella.

Thomas no lo podía creer. Arrugó la carta entre las manos como si con el papel pudiera asfixiarla. La mataría. Si no moría en ese juego estúpido, lo haría él mismo. Pero antes…

—¡BANCOIT!

En cuanto Francis escuchó el alarido, supo que, si bien había sobrevivido a muchas batallas, tal vez esta no la libraría con tanta facilidad.

—Parece bastante enojado —murmuró Edwin Scheck.

—Sé que lo desobedecimos —dijo Héctor Copenharme, el Cóndor —, pero creo que es una reacción exagerada.

—No lo es —Francis se tocó el puente de la nariz—. La mujer que metimos en la casa… Es su mujer.

—¿Estás loco? —se alteró Fred Johnson—. Te matará.

—¿Está casado? —se sorprendió Adler Scheck.

La puerta se abrió con violencia, azotándose contra la pared. Thomas apareció en el umbral con la mirada de un verdugo. Tenía enfocado a un solo hombre.

—¡Me desobedeciste! —rugió—. ¡Te atreviste…! ¡A mi mujer!

—Thomas —Francis levantó ambas palmas, intentando calmarlo.

—Te asesinaré —dijo Thomas con una calma afilada, como amenaza elegante—. Te asesinaré despacio.

—Deja que te explique qué pasa —intentó Francis.

Thomas lo tomó por el cuello y lo estampó contra la pared con fuerza. No apretó para matarlo… todavía. Era control físico como castigo: la demostración exacta de que podía destruirlo y, aun así, estaba eligiendo no hacerlo.

Los demás se pusieron de pie, pero Francis alzó una mano para detenerlos. No era momento de heroísmos.

—¿Cómo pudiste? —Thomas habló bajo, peligrosamente bajo.

—Ella tiene un plan muy bien estructurado —se apresuró Héctor —. Francis nos lo dijo…

Thomas azotó de nuevo a Francis contra la pared, más furioso al enterarse de que todos lo sabían menos él.

—¡Está embarazada! —escupió, con la mandíbula apretada—. Si algo le pasa a ella o a mi hijo, juro sobre mi vida que te buscaré hasta debajo de la tierra y te mataré con mis propias manos.

El silencio fue de piedra.

Francis abrió los ojos, frustrado.

—Ella no mencionó nada…

—¡Ella no lo sabe, maldita sea! —gritó Thomas—. ¡No lo sabe!

Francis se aferró a la camisa de Thomas como quien se aferra a un puente para salvarse de una terrible caída.

—Si algo le sucede… yo mismo me pongo ante ti para que lo hagas, para que me mates.

Thomas lo soltó como si le quemara. Miró al resto: diez hombres. Benjamín seguía infiltrado. Estaban completos. Nadie se atrevía a hablar. Thomas los recorrió con una mirada rabiosa y, con un cinismo oscuro, dijo:

—Díganme lo que planearon junto a mi mujercita.

Capítulo 30

Viena, Austria

Casa abandonada de Ligan

Annabella llevaba dos días prisionera. Dos días que le parecían una vida entera: una de las experiencias más terribles que hubiese podido imaginar. Ser prisionera le enseñó, con una crudeza que casi dolía en la lengua, los beneficios con los que siempre había coexistido sin nombrarlos: un techo que no gotea, una puerta que se cierra *por voluntad propia*, un vestido que no se convierte en una sentencia, un nombre que se pronuncia sin miedo.

Siempre dicen que uno aprecia más las cosas cuando se da cuenta de que ya no las tiene; o, en este caso, cuando una circunstancia brutal te obliga a abrir los ojos.

La joven no podía creer que aquello existiera en el mundo. Había tenido que despertar con violencia de ese mundo rosado en el que vivía para enfrentarse a una realidad de la que muchas jóvenes eran víctimas. La castaña jamás imaginó que alguien pudiera ser tan vil como para hacerle eso a un grupo de niñas, la mayoría entre trece y veinte años: arrancarlas del amparo, borrarles el apellido, convertirlas en mercancía.

Los ojos verdes de Annabella recorrieron los semblantes asustados con los que compartía el cuartito inmundo en el que las tenían encerradas. Aquella recámara olía a humedad vieja, a ropa usada y a miedo. Tenía goteras que marcaban el piso con manchas oscuras; unas cuantas cobijas ásperas servían para que las niñas se agruparan y compartieran calor corporal.

Rezaban en susurros, como si la fe también pudiera ser castigada si sonaba demasiado fuerte.

Y, aun así, no todas eran iguales.

Había grupos tan aterrados que lloraban sin pausa, hasta quedarse sin voz. Se adivinaba que eran muchachas que, aunque no nobles, habían tenido comida diaria y un lecho seguro. En cambio, otras, más flacas, con la mirada encendida de quien ha tenido que pelear cada jornada, veían la prisión casi como un beneficio: aquí no dormían en la calle y tenían tres comidas al día, por miserables que fueran. Con esas, Annabella lo sabía, tendría problemas: no temían lo mismo; no deseaban lo mismo.

—Toma, Lilian —sonrió una joven de unos veintitrés años, una de las pocas que sobrepasaban la edad promedio.

Rubia, hermosa incluso bajo la sombra de la casa, le tendía un cuenco de sopa y un poco de agua.

—Gracias, Hilda —Annabella sonrió, tomando entre sus manos la comida espantosa; y aun así, en ese momento, era lo más delicioso que había probado jamás.

Annabella dejó que Hilda se sentara a su lado.

Habían tenido tiempo de hablar hasta hacerse amigas, de esas amistades rápidas que nacen cuando el mundo se reduce a una habitación y a la necesidad de respirar.

La historia de Hilda era distinta a la de la mayoría. Estaba por demás decir que era hermosa, y como tal, había llamado la atención del sucio barbaján del que Annabella fue salvada por Benjamín —uno de los hombres de su marido— con aquella mentira del "comprador". Algunas noches, cuando todas dormían, Hilda era llamada y desaparecía hasta entrada la madrugada. A veces Annabella la escuchaba llorar, ahogando el sonido contra una pared o contra su propio brazo. Pero de día la rubia portaba una sonrisa constante: amable con todas, repartiendo ánimo donde no quedaba nada. Era extraordinaria… y eso, para Annabella, era todavía más doloroso.

—Hilda… ¿cuántas mujeres hay en total? —preguntó Annabella en voz baja, cuidando que nadie más oyera.

—En esta habitación, diez —susurró Hilda—. Pero en toda la casa… más o menos cuarenta.

Hilda había acatado la orden de Annabella: contabilizar.

Como era la única a la que sacaban a deshoras, tenía ventaja para pasearse por pasillos y memorizar puertas, distancias, el número de cerrojos, el ritmo de los guardias. Annabella, sin perder un segundo, desabrochó apenas su corsé, con la urgencia de quien roba aire. Rasgó un pedazo de papiro que había escondido magistralmente sobre el abdomen. Lanzó una mirada rápida al resto: gracias a Dios la hora de comida mantenía a todas ocupadas.

Tomó la pluma blanca de su cabello y, con ayuda de la navaja de bolsillo, se perforó el índice de la mano izquierda. La punzada le arrancó una pequeña mueca; el dolor fue breve. La sangre, no. Era cálida, real, inevitable. Y la tinta más segura.

Annabella escribió con rapidez, cuidando que la gota no se desbordara y delatara el mensaje con una mancha torpe. Su pulso, sin embargo, la traicionaba: no por miedo a la sangre, sino por pensar en Thomas, por imaginarlo recibiendo esas letras hechas con su piel.

Ya habían enviado el número de habitaciones, ventanas, puertas de acceso; las horas en que pasaban los vigías; cuántos hombres merodeaban por el lugar. Todo, como en un mapa de guerra.

—Has sido de mucha ayuda —Annabella sonrió, tomando la mano de Hilda entre las suyas—. Te prometo que te sacaré de aquí.

Hilda asintió, pero la sonrisa se le rompió en la comisura.

—Gracias… pero ahora estoy deshonrada… nadie… —apretó los labios—. Yo tenía un novio. Me quería muchísimo… pero ahora dudo que pueda verme a los ojos.

—Eso es mentira —Annabella le apretó las manos, firme—. Si te ama, entenderá que no es tu culpa.

Hilda negó con una risita amarga, como quien se ríe de la inocencia porque no puede permitirse otra cosa.

—No, Lilian. Las cosas no son así —se encogió de hombros—. Pero saldré adelante. No sé… tal vez sea institutriz. O doncella.

—Podría llevarte conmigo —ofreció Annabella, y en su voz había una ternura que parecía imposible en esa habitación—. No sé si es lo que quieres, pero si deseas ser institutriz… puedo ayudarte. Tengo primas con hijos, y más de una ya los está instruyendo…

Hilda la miró con una chispa juguetona.

—Me gustaría esperar a que naciera el tuyo, en ese caso —sonrió —. El niño de una mujer tan hermosa debe parecer un pequeño Adonis.

Annabella rió y fue como encender una vela en una cueva.

—¿El mío? Pero si ni siquiera estoy embarazada; tardarías mucho…

Hilda se incorporó, consternada.

—Lilian… ¿es que no lo sabes?

—¿Qué cosa? —Annabella frunció el ceño, confundida.

—Dios mío… yo estoy segura de que ya estás embarazada —dijo Hilda, con una sonrisa casi escandalizada—. Se te nota.

—¿Yo? —Annabella negó—. No, no lo estoy.

Hilda se reclinó contra la pared, mirándola con esa calma de quien ha visto demasiado.

—Ya lo veremos.

Hubo un silencio breve. Afuera, una tabla crujió. Adentro, el temor se arremolinó.

—¿Crees que tengamos problemas con ellas? —preguntó Hilda de pronto, señalando con la mirada a las muchachas que se

acomodaban en grupos bajo las cobijas.

—Sí —Annabella respondió sin dudar—. Pero hay que convencerlas de que es lo mejor. No me importa si tenemos que decirles lo que les harán si se dejan llevar a donde esos hombres las vendan.

Era terrible: muchas eran niñas. Pero Annabella estaba decidida. El mundo real no daba caballeros a tiempo; daba decisiones.

De pronto, la puerta se abrió con un chirrido de hierro oxidado. Entró un hombre de cuerpo descomunal, musculoso, con una mirada que no pedía, ordenaba.

—Hilda —dijo sin más—. Te llama el jefe.

Annabella pasó rápido el pedazo de papiro recién escrito y lo escondió en la palma de Hilda. Ella era la única que veía a Benjamín. Era su único puente.

Hilda apretó los dedos, entendiendo, y salió.

Annabella se quedó mirando la puerta como quien mira una boca que se traga a alguien.

Viena, Austria

Hotel Grandherd

Thomas estaba sentado frente al fuego de la chimenea. Dos días.

Dos malditos días desde que su mujer estaba encerrada allí.

Debía aceptar que Annabella era condenadamente lista. Lograba hacerles llegar información que Benjamín no había podido

recolectar: a él le prohibían acercarse a los dormitorios. Ella, desde dentro, forzaba el mundo a abrirle una rendija.

Cada nota llegaba como una puñalada fina.

—Thomas —lo llamó una voz con tacto, pero aun así el conde no se movió—. Ha llegado otra.

Barend Scheck caminó hasta él y estiró el pequeño papelito. Thomas giró el rostro con lentitud y tomó el mensaje. Lo abrió despacio, encontrándose, otra vez, con la sangre seca: esa caligrafía hecha de piel. Esta vez informaba, con certeza, cuántas niñas había.

—Son cuarenta —dijo Thomas, y arrojó la nota al fuego.

No soportaba imaginar a Annabella contando cuerpos, respirando moho, negociando con su hambre.

—¿Cuarenta? —Barend palideció.

—Avisa a los demás —ordenó Thomas, con una voz ecuánime que daba más miedo que un grito—. Los quiero aquí a las ocho. Manda mensaje a Benjamín: que le diga a Annabella que prepare a esas niñas. En dos días vamos por ellas.

—Como tú digas, Thomas.

Barend se fue. Thomas no agregó nada. La mano que tenía cerca del fuego se cerró sobre sí misma con una fuerza silenciosa, hasta lastimarse la palma con lo que llevaba dentro.

Abrió los dedos.

Allí estaban: los dos anillos de Annabella.

Se los había entregado Francis Bancoit. El hombre al que Thomas no podía mirar sin desear partirlo en dos. Y, aun así, no lo había hecho. No por piedad. Por control. Por la promesa amarga de que la verdadera deuda se cobra cuando importa.

—Mi señor…

Una voz femenina lo sacó, por primera vez, del fuego.

Thomas alzó la vista. Era Lizet, la doncella de Annabella. Traía una bandeja con comida, el cabello recogido con demasiada suavidad para ser casualidad, la postura demasiado ofrecida para ser inocente.

—No deseo nada, Lizet —dijo Thomas, sereno—. Puedes retirarte.

—Puedo ayudarle en otra cosa… lo que sea —insinuó ella, dejando el doble sentido suspendido como perfume.

Thomas levantó los ojos con una lentitud exquisita. La miró. No había grito, no había prisa: solo una severidad absoluta, como una hoja de acero. Lizet sintió que el cuerpo se le quedaba sin aire.

—Retírate —dijo él, sin una sola cortesía—. Y que alguien más venga en tu lugar desde ahora.

La doncella asintió, blanca, y desapareció. Thomas volvió la mirada al fuego. En su pecho ardía algo que no era la chimenea. Algo que castigaba con silencio, con distancia, con un frío aprendido. Porque si se permitía sentir, si se permitía querer, perdía el filo.

Y en ese momento, querer era un peligro.

Viena, Austria

Casa abandonada de Ligan

Annabella caminaba de un lado a otro en el tercer día. El suelo crujía bajo sus pasos; la madera parecía quejarse. Hilda había dicho que Benjamín le traería información, seguramente una respuesta de Thomas. Thomas no le escribiría con su puño y letra —no en un papel que pudiera caer en manos ajenas—, pero Annabella sabía que, detrás de cada instrucción, estaba él.

Y sabía también que, en ese momento, la estaría odiando.

La puerta se abrió con el chirrido acostumbrado. Entró Hilda. Tenía esa expresión apagada, la tristeza clavada como un broche en la garganta: la cara que siempre traía al volver de los "llamados" del jefe. Annabella sintió una punzada en el estómago: rabia, impotencia y un impulso feroz de sobrevivir, como si el cuerpo le respondiera al futuro.

—Lilian —Hilda forzó una sonrisa, caminando hacia ella—.

—Hilda… —Annabella apretó los labios—. ¿Estás bien?

—Sí —quería desviar la atención—. Toma, me ha dado esto.

Ambas miraron alrededor. Cuando se aseguraron de que nadie las observaba, Hilda desplegó un pedazo de papel. Annabella inclinó la

cabeza; el corazón le golpeaba con fuerza, como si le empujara el aire contra las costillas.

Lilian.

Debes comenzar a tener aliadas. Convence a todas las de tu habitación de desear salir. En dos días estaremos atacando. Necesitamos que consigas la llave y abras las puertas de los dormitorios; llamaremos la atención de los guardias. Sé que es difícil tu tarea: apóyate en tu amiga a la que le pasamos las notas. Ella va a la habitación del "jefe", quien tiene la llave maestra.
Nos vemos en dos días. Todo comenzará a las doce. Estén listas.

El Búho Real.

Annabella alzó la vista hacia Hilda. No dijo "por favor" con la boca; lo dijo con la mirada, con una súplica cruda. Hilda negó de inmediato, asustada. Annabella entendía: el jefe llevaba la llave colgada al cuello. Y el precio de acercarse demasiado era algo que Hilda ya pagaba, noche tras noche.

—Hilda, sé que es peligroso…

—No. Es imposible —Hilda apretó el papel—. Ese hombre lleva la llave en el cuello. No puedo. Y aunque pudiera… se daría cuenta.

—Hilda, por favor…

Hilda negó con más fuerza, y el temblor en su barbilla habló por ella. Annabella tragó saliva, no podía obligarla, no iba a hacerlo. Si

Hilda no podía ayudar, entonces Annabella tendría que intervenir. Ella. La que se había metido en esto, la que se había creído capaz.

Y, de pronto, como un relámpago íntimo, lo vio.

—¡Dios mío… ya lo sé! —susurró, pero el entusiasmo la traicionó.

Varias chicas miraron. Hilda carraspeó.

—Lo siento, se altera con facilidad —disculpó con una sonrisa falsa.

Cuando las miradas se apartaron, Annabella apretó los dedos de Hilda con agradecimiento.

—Tienes que entregar otro mensaje —dijo Annabella—. Tú no participarás con lo de la llave. Lo resolveré yo misma.

—Lilian… lo siento, es que…

—No importa —Annabella la cortó con ternura firme—. Soy yo la que organizó todo esto. Yo debía hacerlo.

—¿Qué vas a hacer?

Annabella respiró hondo. El aire olía a moho. Aun así, sintió una claridad extraña. La misma que había sentido antes de casarse, en los segundos previos a un "sí" que cambiaba la vida: la certeza de que ya no podía retroceder.

—Solo piensa en una cosa: convence a todas estas chicas de que afuera estarán mejor que en el lugar al que las lleven. ¿Puedes hacerlo?

Hilda asintió, admirando el valor de esa joven que parecía frágil… hasta que abría los ojos. Annabella rasgó otro pedazo del papiro que guardaba bajo el corsé y volvió a pincharse el dedo. El escarlata brilló como una promesa.

Viena, Austria

Hotel Grandegar

Thomas estaba reunido con diez de sus hombres. Planeaban hasta el último detalle sobre un mapa extendido, con anotaciones, marcas y puntos que parecían heridas.

El protocolo era claro: a puertas cerradas, sin nombres, sin títulos, sin sentimentalismos. Afuera, el mundo debía ver a un noble viajando con su esposa bajo el amparo de un itinerario familiar. Adentro, el mundo era otra cosa: un teatro de sangre. Sonaron dos golpes en la puerta, nueve pares de ojos se cruzaron. Thomas ni parpadeó.

—¿Quién? —preguntó con una voz dura y poderosa.

—Busco al Águila Real —dijo un niño, debía tener diez años.

—Pasa, muchacho. No tengo tiempo.

El niño entró con los ojos enormes, como quien cruza el umbral de un mito. Su cabellera café rizada saltaba conforme se acercaba a Thomas: miedo y fascinación mezclados. Como si una fuerza lo arrastrara hacia lo que más le aterraba.

—El señor Águila Kapurlera tiene un mensaje para usted, mi lord.

Thomas enfocó al niño. La mirada bastó para hacerlo bajar la cabeza y estirar las manitas temblorosas con el pergamino.

—Dijo… dijo que es importante.

Thomas tomó la carta con suavidad. Se acuclilló junto al pequeño, y el contraste fue inquietante: la misma mano que podía quebrar un cuello, sostenía con cuidado unos hombros infantiles.

—Te has ganado una recompensa.

El niño alzó la vista, sorprendido.

—¿En serio?

—Sí. Ve al cofre de allá y saca dos monedas de oro.

—¿De ahí, señor? —señaló el baúl.

—Sí, de ahí.

El niño sonrió, mostrando la dentadura incompleta, y salió corriendo con las monedas en alto como un trofeo.

Thomas se puso de pie y abrió el mensaje.

Águila Real.

Mujer se echa atrás. Lilian plan. Águila Adalberti comprador. Venir dos días. Mirar compra. Llave. Libertad. Todo acaba.

Águila Kapurlera.

Thomas arrugó el papel en la mano. Lo que le faltaba: arriesgar todavía más a su esposa. Cerró los ojos un instante, obligándose a

respirar. *Control.* Siempre control. Si perdía el control, perdía el plan.

—Mi mujer dice que la joven que ayudaba no participará —informó con frialdad al resto—. Pide que Henry vaya a su encuentro. Benjamín mintió con lo del comprador para que no la tocaran; eso supongo. El día del ataque, Henry, tú estarás adentro con dos mil florines en oro, comprando a mi esposa…

Odiaba cada palabra que decía. Odiaba que el plan exigiera pronunciarla como mercancía. Odiaba que el mundo pudiera mirarla.

—Los demás se encargarán del jefe y de liberar a las chicas.

—Thomas, tendremos un atacante menos —observó Edwin Scheck.

—No —Thomas lo cortó, seguro—. Seremos los mismos.

Hubo una pausa.

—Yo participaré también.

—¿Qué? —Héctor Copenharme se adelantó—. Estás herido.

—Eso ya pasó —dijo Thomas, irritado por la interrupción.

—Te matarán —soltó Fred Johnson, el americano.

Thomas alzó la vista. No gritó. No hizo falta. Su voz salió baja, elegante, afilada: una amenaza vestida de calma.

—No lo harán si se apegan al plan. Y si alguien aquí pretende discutirlo… que lo haga ahora.

Nadie habló.

—Será como tú digas —dijo Francis, consecuente.

Thomas continuó, implacable:

—Tenemos un día. Quiero a los Scheck en el techo. Son los mejores infiltradores. Abrirán las puertas sin ser vistos. Hay entradas por dos chimeneas: Edwin y Adler, por ahí. Barend, ya sabes lo de la cuerda y la ventana. Sin errores.

—Bien —asintieron los tres hermanos.

—Benjamín y Henry estarán adentro —Thomas señaló el mapa—. Los vigías del jefe se encuentran aquí… aquí… y aquí. Henry, confío en que aún sepas ocasionar heridas menores para que mueran desangrados. Quiero que el "jefe" no tenga tiempo de reaccionar cuando las chicas salgan. Quiero que el miedo le ocupe la garganta.

Henry sonrió, cínico.

—Aún se me facilita desangrar gente.

Thomas giró hacia Filipo y Fred.

—¿Desde qué distancia pueden tirar?

—Ciento treinta —respondieron al mismo tiempo.

—La propiedad está llena de árboles. Estarán en los alrededores. Apunten por ventanas. No busquen gloria; busquen eficacia.

—Cosa fácil —Fred se encogió de hombros, apoyando los pies como si aquello fuera una tarde cualquiera.

—Francis, Héctor, George y yo entraremos de frente —siguió Thomas—. Los Scheck tienen permiso de matar, pero rápido. No quiero media hora de confusión. Quiero silencio.

Los tres Scheck fruncieron el ceño, pero asintieron.

—En total deben ser treinta —Thomas recorrió a sus hombres con una sonrisa seca—. ¿Creen poder, señoritas?

—Eh, Thomas, por favor…

—Si serás…

Thomas levantó la mano, cortándolos.

—Infiltración primero. Si pueden evitar matar, evítenlo. Si no… hiéranlos grave. Que no puedan perseguir.

—Solo herirlos de forma grave —asintieron algunos, al unísono.

—Dijo "si se puede" —recordó Filipo.

—Mañana, a las ocho —concluyó Thomas—. Iremos a caballo. Henry, en carroza. Dejen otras escondidas para sacar a las chicas.

La reunión terminó. Los hombres comenzaron a irse, con el parloteo habitual, empujándose, lastimándose por costumbre, como si el peligro fuera un idioma que hablaban desde niños.

Thomas se quedó solo un instante. Fue hacia la chimenea y lanzó el pergamino al fuego. Detestaba que Annabella estuviera metida en aquello. Detestaba, más aún, que no hubiera forma de sacarla del centro sin romper la operación.

Durante años se negó a contarle lo que hacía no por miedo a que ella lo juzgara… sino porque no quería que le temiera. No quería que lo mirara como se mira a un hombre que trae la muerte en los zapatos.

Ahora se daba cuenta de que Annabella no temía eso.

Temía lo contrario: quedarse quieta.

Annabella había demostrado ser valiente y altruista. Lo probaba con cada mensaje escrito con sangre. Y Thomas, por más que se castigara con frialdad, por más que se negara el fuego que le ardía por dentro… solo podía pensar una cosa:

Ojalá no supiera lo del embarazo. Ojalá no lo sospechara.

Porque si lo supiera… y aun así hubiese ido… entonces su esposa era todavía más peligrosa de lo que él imaginaba y Thomas, por primera vez en mucho tiempo, no estaba seguro de poder controlarla.

Capítulo 31

Mansión abandonada de Ligan

Día del rescate

20:30 horas

Annabella caminaba de un extremo a otro del cuarto, midiendo el espacio como si pudiera domesticarlo con pasos. Tenía la información que necesitaba: Hilda se la había dado entre susurros y miradas rápidas, esa clase de comunicación que nace cuando cualquier palabra dicha de más puede costar una vida.

Ahora, las muchachas estaban decididas a huir si se les presentaba la oportunidad. Convencerlas había sido difícil. A algunas les bastó con escuchar "salida"; a otras hubo que arrancarlas del letargo de la costumbre. Al final, fue la explicación de Hilda —seca, despiadada, exacta— lo que terminó de quebrar las resistencias. No alzó la voz: no hizo falta. Describió, sin adornos, lo que podía esperarles si salían de allí para caer en manos de compradores. Y entonces el miedo hizo lo que la esperanza no siempre logra: ordenar.

Según lo acordado, todo comenzaría a las doce. El primer movimiento sería la entrada de Henry Sorset en la mansión, el "comprador" fraudulento que exigiría ver su adquisición.

En este caso, ella.

Annabella se obligó a respirar despacio. La tela del corsé le apretaba el pecho y, aun así, el cuerpo insistía en encenderse: no de deseo, sino de lucidez. Tenía el pulso vivo, las manos calientes, como si por fin entendiera de qué era capaz.

—Lilian —la llamó Hilda, tomándola del hombro—. Tienes que poner atención. Te sacarán con la cara tapada, como lo hacen conmigo. Yo no me he podido aprender el camino, aunque lo haya recorrido mil veces.

Annabella alzó la vista; sus ojos verdes brillaban en la penumbra.

—Tranquila. Tengo una idea.

Hilda le rozó la mejilla con una ternura rápida, casi vergonzosa.

—Estate atenta… y mucha suerte.

Annabella asintió, pero el pensamiento volvió a su forma más cruel: *la lista interminable de lo que puede salir mal*. El miedo le mordía por dentro, sí, pero había algo más, algo nuevo: una valentía que no venía de cuentos, sino del cuerpo. Se sentía despierta, alerta, casi feroz.

Y, aun así, una parte de ella se aferraba a una certeza tranquilizadora: Thomas no podría participar, estaba herido, nadie permitiría que entrara en combate así.

Eso creía.

Una manita tiró de su falda.

—Señorita Lilian… —una niña de nueve años la miraba con ojos enormes, inocentes, demasiado limpios para ese sitio.

—¿Qué pasa, Dulce? —Annabella se acuclilló frente a ella.

—¿No nos matarán por esto? —preguntó la pequeña, con la voz hecha un hilo—. ¿Y si yo no corro lo suficientemente rápido?

Annabella negó una y otra vez, atrayendo el cuerpecito hacia sí.

—Si no corres lo suficientemente rápido, habrá un hombre fuerte que te va a cargar. Te lo prometo —dijo, y le acarició el cabello con dedos suaves, como si así pudiera deshacer el terror—. Van a venir muchos por ti.

—¿Pero no les molestará cargar con alguien como yo? —murmuró la niña, escondiendo la cara contra el hombro de Annabella—. Yo no soy una princesa como usted.

Annabella le sostuvo la carita.

—Cielo… yo tampoco soy princesa —susurró, con una sonrisa que le tembló apenas—. Y estoy segura de que se verían más que contentos de cargar con un ángel como tú.

Dulce se removió, inquieta.

—Esos hombres… —dijo, moviendo los piecitos sobre la tierra del suelo—. No son malos como dicen que son otros… ¿verdad?

—No, mi amor. Tranquila —Annabella la abrazó con más fuerza, como si pudiera prestarle su propio corazón para que latiera en ella.

—¿Por qué usted está aquí? —preguntó otra joven, de unos dieciocho años—. Se supone que es una mujer rica.

—He venido con intención de ayudarlas.

—Pero usted es una mujer —dijo otra, con una dureza resignada —. No puede hacer mucho.

Annabella levantó el mentón, sin perder la calma.

—Tal vez no —ajustó a Dulce en su brazo—. Pero conozco a alguien que sí puede… y viene en camino.

—¿Lo conoce? —preguntó una muchacha de quince años, arqueando la ceja.

Annabella sintió un calor subirle al rostro, un recuerdo repentino: una mano masculina cerrándose en su cintura, una mirada azul que ordena sin levantar la voz, el peso del apellido que ahora llevaba como si fuera armadura y cadena a la vez.

—Más que a nadie —sonrió, y la sonrisa la delató: no era solo confianza; era algo íntimo, ardiente, que le cruzaba el pecho cuando pensaba en él.

—¿Cómo es? —se acercaron varias jóvenes, curiosas, hambrientas de una imagen que les hiciera creer.

—Pues… Es muy alto. Ojos azules. Cabello negro… —y por un segundo, si cerraba los ojos, casi podía sentirlo cerca; la firmeza de sus manos, el control con que la tocaba como si el mundo no

pudiera permitirse temblores—. Pero no creo que él venga; está herido. Aun así… vienen muchos, y vienen por ustedes.

—¿Él es el más importante? —preguntó—. ¿El de cabello negro?

Annabella miró de reojo a Hilda, buscando apoyo, atrapada.

—Mmm…

Hilda intervino con suavidad, salvándola.

—Eso no importa. Lo importante es nuestra parte. Tenemos que ayudar al muchacho de cabello negro a sacarnos de aquí. Y para eso debemos convencer a las chicas de las otras habitaciones. ¿Entienden?

—¡Yo tengo una hermana en otro cuarto! —se levantó una niña.

—Y yo una amiga —dijo otra.

—Conocemos a tres de nuestra edad —aseguraron dos quinceañeras.

Las voces se sumaron, rápidas, como chispas, eso facilitaría el trabajo: que salieran sin dispersarse, que corrieran con dirección, era prioridad que atravesaran los pasadizos por su propio pie; si no, los hombres de Thomas perderían tiempo buscándolas.

—Cuando regrese y les abra la puerta, tenemos que movernos rápido. No habrá tiempo —Annabella habló con una firmeza que no sabía que tenía—. Las grandes ayudarán a las pequeñas. Nadie se queda atrás. ¿Entendido?

Todas asintieron. Annabella recorrió la habitación con la mirada: aquella sería la última noche de esas jóvenes allí. Se lo juró con una quietud que le ardía en la garganta.

Afueras de la mansión abandonada de ligan

22:00 horas

Diez hombres fuertes y hábiles se desplazaban entre la naturaleza cerrada que rodeaba la mansión. Aquella casa, plantada en medio de la nada, solía ser una ventaja para ocultar fechorías; esa noche, en cambio, la bruma, los árboles y la escasa visibilidad se convertirían en aliados de las Aves Reales.

Habían dejado atrás los corceles. Ahora nueve iban a pie, y el traqueteo de la carroza que traía a Henry Sorset marcaba el ritmo del plan como un metrónomo siniestro.

Thomas los guiaba entre raíces alzadas y troncos viejos. Los árboles bloqueaban la luna; el bosque parecía tragarse el cielo. El silencio apretaba el corazón y exageraba los sentidos: cualquier rama quebrada sonaba como un disparo.

—Tranquilos —ordenó Thomas, sin voltear. Su voz baja tenía una autoridad casi aristocrática, esa amenaza elegante que no necesita fuerza porque *la trae implícita*.

Cuando estuvieron lo bastante cerca como para ver las luces de las ventanas, Thomas alzó la mano y todos se detuvieron. El claro se

abría hacia la construcción, pero varios robles rebeldes crecían demasiado cerca de la propiedad: serían las escaleras naturales para subir al techo.

Thomas extendió dos dedos —índice y medio— y señaló con precisión. Dos hombres treparían a los árboles para encontrar el ángulo de disparo; tres subirían al techo.

Sus ojos azules siguieron a Henry bajando del carruaje, altivo, maletín en mano, vestido con ese aire de comprador que desprecia a todo el mundo por costumbre.

—Bien —exhaló Thomas, y el vapor de su aliento pareció más denso—. Esperaremos la señal de Filipo o Fred antes de iniciar —anunció a Francis, Héctor y George, que permanecían a su lado.

—Entendido —respondieron.

—Si no escuchan los silbidos de nuestros tiradores, esperen a que Henry dé la señal desde la ventana superior izquierda.

Los tres asintieron, ajustando armas y posturas. Thomas miró la casa como si fuera un tablero, pero por dentro la sangre le golpeaba con otro propósito: *Annabella*. La imaginó allí adentro, el pensamiento le tensó la mandíbula.

—Vayan a los flancos —indicó—. Entraremos por diferentes lugares. Buena suerte.

Se fue primero, como siempre: la cabeza del lobo abre el camino.

Interior. Mansión abandonada de Ligan

Hall de la mansión

23:50 horas

Henry Sorset entró con un recibimiento cálido por parte de hombres que ya olían el dinero. Uno le retiró el sombrero y la gabardina con torpeza servil. Henry, con pomposidad estudiada, le arrojó el bastón con intención de que cayera.

—¿Qué haces? —escupió, con enojo marcado—. ¿Sabes cuánto cuesta esto?

Henry lo levantó y se lo devolvió con un golpe seco, y en ese movimiento, casi imperceptible, clavó una fina cuchilla: un pinchazo que no dolía de inmediato, pero que empezaría a hacer su trabajo en silencio. Ese arte lo había aprendido con Thomas. Se decía que el Águila Real era el mejor clavando agujas de muerte; Henry aseguraba —con un orgullo oscuro— que ya lo había superado.

Para distraer al hombre del daño, le dio un golpe en la cabeza. El pobre diablo se enfurecería más por la humillación que por el dolor que aún no sabía nombrar. Y esa era la clave: encajar y distraer.

—Por aquí, señor Sorset —indicó otro, alto, peligroso.

—Bien —sonrió Henry, y subió las escaleras.

Aprovechó estar detrás: blanco fácil. Clavó, empujó, desvió. Nadie comprendía que se moría hasta que ya era tarde. Henry

avanzó con una calma casi ofensiva, y por un momento estuvo a punto de sonreír de verdad por lo fácil que estaba resultando… hasta que lo llevaron al despacho, donde un hombre pelirrojo, grueso, ocupaba el escritorio de cedro. Chimenea detrás, sillón tapizado en rojo, el aire cargado de alcohol y poder barato.

Benjamín estaba de pie a un lado, observando con una ceja alzada. Henry movió el índice y luego el pulgar: una seña mínima. *Prosigue. Todo va según el plan.*

—Señor Burilio —anunció el pelirrojo—, él es Henry Sorset. El comprador de la chamaca que recogimos el otro día.

Henry avanzó un paso, frío, y su tono cortó el aire.

—Espero estar satisfecho con mi compra. No tengo intención de dejarle impune si me está mintiendo… ni sobre la belleza de la joven ni sobre su virginidad.

—La belleza está, mi señor Sorset —rió Burilio, con excitación repugnante—. Lo otro… será cuestión de que lo descubra.

Henry ladeó el rostro, como si oliera algo sucio.

—Lo quiero comprobar ahora. No pagaré completo hasta saber que no ha sido tocada.

Burilio sonrió, complacido.

—Me hubiera gustado desflorarla yo mismo —aplaudió—, pero me ha ganado. No le he tocado, ni nadie.

—Entonces no le será difícil encontrarme una habitación —sentenció Henry—. ¿O me equivoco?

—Por supuesto que no. Benjamín, trae a la niña. Mientras tanto… ¿una copa de vino?

—Coñac —pidió Henry.

Benjamín salió con rapidez. En el pasillo, llamó a un guardia.

—Eh, Yilo —dijo—. El jefe quiere a la joven llamada Lilian.

—Habitación —respondió el hombre, sin girar.

—Uno.

Yilo se alejó. Benjamín alcanzó a ver, en la sombra, el brillo de una aguja: Héctor ya estaba trabajando. El guardia caminaba aún, ignorante de que su cuerpo empezaba a rendirse.

Benjamín miró a otro guardia.

—Almicar —lo llamó—. Cuando Yilo regrese, dile que tiene algo en la espalda… como una rama. Quítasela.

El hombre asintió, sin sospechar.

Casa abandonada de Ligan

Recámaras de las secuestradas

00:40 horas

Annabella temblaba por dentro. La hora se acercaba y el cuarto estaba lleno de respiraciones contenidas. Varias muchachas

fingían dormir; otras, de verdad, habían caído en un sueño inquieto, como si el cuerpo intentara ahorrar fuerzas para la huida.

Annabella no tenía certeza exacta del minuto, pero sí de algo: *se acercaban*. Lo sentía como se siente un cambio de presión en el aire, como una tormenta antes de estallar. Casi podía imaginar a los hombres de Thomas rodeando la casa, arremolinándose como neblina hasta colarse dentro. Pensó en él. En Thomas. En sus manos, en su voz. En lo que había sido capaz de hacerle sentir sin decir demasiado. Y la idea le cruzó el cuerpo como un rayo: quería verlo. Quería sobrevivir para volver a su lado. Besarlo, abrazarlo… incluso aceptaría sus reproches, con tal de oírlo cerca.

Como si el destino le respondiera, la puerta se abrió.

Entró el hombre que iba por Hilda cada noche.

—Lilian —dijo, tal como lo esperaban.

En la oscuridad, varios ojos se abrieron. Nadie habló. Nadie se movió. Habían sido entrenadas por el miedo y por la promesa de libertad. Annabella se puso de pie, despegándose de los bracitos de las pequeñas que se acurrucaban junto a ella. Saltó cuerpos, esquivó manos aferradas. Cuando llegó a la puerta, el hombre le cubrió los ojos con una venda.

—Ven conmigo.

Ahí comenzaba su trabajo: memorizar con los sentidos lo que la vista no podía. El hombre la tomó del brazo. Annabella empezó a

contar pasos. Después de cuarenta, giraron a la derecha. Bajaron veinticinco escalones. Abrieron una puerta grande; chirrió. Algo cayó —¿un libro?—. El hombre se detuvo, lo colocó. Caminaron en diagonal veinte pasos. Otra puerta. Salieron.

Entonces sintió la calidez de una parte "habitada": el aire tibio de una chimenea, el olor a madera encendida. Tropezó; tocó un sofá y una mesa al intentar reincorporarse. *Una salita frente a un fuego*, se dijo, clavando la imagen en la memoria.

El hombre la empujó a caminar. Subieron escaleras. Cuando llegaron arriba, avanzaron por un pasillo largo; doblaron a la derecha una sola vez. Luego… cincuenta y nueve pasos.

La venda salió de golpe, arrancándole algunos cabellos. Annabella no se quejó. Alzó la mirada con espanto fingido, dejando que el temblor pareciera miedo y no cálculo. Frente a ella había hombres. Incluidos Benjamín… y Henry.

—Es ella —dijo Burilio—. ¿No es hermosa?

Annabella forzó el gesto de repulsión al reconocerlo: el cerdo que destruía a Hilda.

—Lo es —asintió Henry—. Pero ya dije lo que espero.

—Benjamín —rio Burilio—. Enséñele a este hombre la habitación.

Benjamín se acercó y la tomó del brazo, ni él ni Henry la miraron de forma distinta: habían tomado su papel con seriedad, ella debía hacer lo mismo. Annabella forcejeó, como si quisiera escapar.

—Tranquila —murmuró Benjamín con una voz de desagrado.

—Vamos, vamos, pequeña —Burilio sonrió—. Estoy seguro de que el señor Sorset sabe hacer disfrutar a una mujer. Y tú estás a punto de convertirte en una.

A Annabella le subió el asco a la garganta. Se obligó a no vomitar. Se dejó arrastrar tras algunos forcejeos hasta una puerta cercana al despacho: seguramente las habitaciones del jefe.

Henry cerró. Se volvió hacia ella de inmediato. Al verla —los ojos verdes llenos de una esperanza casi insolente— le nació una ternura furiosa. Odiaba que una mujer como Annabella tuviera que oír esas palabras. Y tocarla, incluso fingiendo, le parecía un sacrilegio.

—Señora —dijo con respeto—. Thomas me ha ordenado sacarla de aquí en cuanto la tuviera en mis manos.

—¿Qué? —Annabella se descolocó—. No. Por supuesto que no.

—Señora, tenemos que irnos.

—No —negó con una calma peligrosa—. No sin esas niñas.

—Las encontraremos.

—Soy la única que sabe llegar —insistió—. Están en un escondite. Perderíamos demasiado tiempo. En una o dos horas pueden llegar relevos y estaremos perdidos… y ellas también.

Henry dudó. Ella tenía razón. Pero significaba desobedecer a Thomas otra vez. Y desobedecer a Thomas era invitarse a la muerte.

—Tiene que dejarme hacerlo —suplicó Annabella, acercándose un paso. Su respiración le vibraba en el pecho; las manos le temblaron, no por miedo, sino por esa determinación que le encendía los músculos—. Sé que puedo.

—No… lo lamento.

Henry era leal. Todo lo que era se lo debía a Thomas. No podía fallarle. Annabella lo miró un segundo más; y entonces su cuerpo decidió antes que sus palabras.

—Entonces yo también lo lamento.

Se acercó con una suavidad que lo confundió. Henry no alcanzó a comprender hasta que sintió un dolor agudo en la entrepierna, lo bastante fuerte para doblarlo de rodillas.

—Dios mío… lo siento mucho —Annabella se inclinó y besó su mejilla como disculpa, rápida, casi dulce… y en el mismo movimiento le arrebató el arma que Henry guardaba—. Perdóneme.

Henry, aturdido, no supo si odiarla o admirarla.

—¡Annabella…! —murmuró, incrédulo.

—No me queda de otra —susurró ella, con la voz quebrada por la urgencia—. Y él… me va a matar por esto.

Mansión abandonada de Ligan

Techo. Hermanos Scheck

Los tres hermanos Scheck trepaban árboles como si fueran parte de ellos. Brincaban de una rama a otra y luego se aferraban a la piedra vieja de la mansión, aprovechando huecos y salientes para ascender. La fuerza que tenían era brutal, pero lo más impresionante era la naturalidad con que la administraban.

—Edwin, con cuidado, maldita sea —se quejó Adler al ver que su hermano resbalaba.

—Claro, es que deseo matarme —gruñó Edwin, sarcástico.

—Cállense ustedes dos —ordenó Barend, el mayor.

—Solo hagan su maldito trabajo —respondió Adler.

Llegaron al techo.

Dos de las tres chimeneas estaban en uso: humo, calor, peligro.

—¡Pido la chimenea! —exigió Edwin—. Llegué primero.

Los otros lo fulminaron con la mirada, pero aceptaron.

Edwin se amarró una cuerda a la cintura y miró a Adler.

—Trata de no tirarme, perdedor.

—Ahora me veo tentado —bromeó Adler—. Espero que a esos guardias les dé frío y te cocinen.

Edwin sonrió apenas y se metió a la chimenea. Bajó con destreza, ayudado por la soga. Los ladrillos sueltos le permitieron usar apoyos como escalones improvisados. Cuando estuvo a un metro del suelo, se dejó caer con sigilo.

Aterrizó sin levantar sospecha: unos guardias adormilados jugaban cartas. Edwin cortó la cuerda y tiró dos veces de ella para que sus hermanos la recogieran. Se ocultó tras una cortina vieja, polvorienta. Sacó cinco dagas. Las lanzó una a una. Rápidas. Precisas.

—¡Nos atacan! —alcanzó a gritar uno antes de caer.

El infierno empezó.

Mientras tanto, Adler y Barend anudaban cuerdas, calculando longitudes, asegurando soportes alrededor de cintura y piernas para descender por las paredes. Se miraron antes de separarse.

—Suerte, hermano —gritó Adler—. Te veo en esta vida o en la otra.

Entraron por ventanas del segundo piso, forzando cerraduras con maestría. Nadie suele vigilar donde cree que nadie puede llegar.

Adler, espada en mano. Barend, con puños de acero y cuchillas finas. Silencio y eficacia.

Afueras de la mansión abandonada de Ligan

Thomas aguardaba la señal con una paciencia que era, en realidad, una forma de violencia contenida. No se oían disparos, ni gritos, ni el silbido convenido de los tiradores. Solo el bosque: la humedad pegada a la ropa, el olor a tierra removida y a corteza vieja, el crujido mínimo de una rama bajo una bota.

Ese silencio no era paz; era una trampa.

A unos pasos detrás, sus hombres respiraban con prudencia, como si el aire mismo pudiera delatarlos. Las sombras de los robles se estiraban sobre la mansión, y las ventanas encendidas parecían ojos amarillos, indiferentes.

Thomas apretó la mandíbula. Había aceptado esta misión a disgusto. No por cobardía —jamás— sino porque la aritmética era cruel: demasiados riesgos, demasiadas vidas, y Annabella dentro. Y, aun así, todos estaban allí. Todos habían acudido como si la orden hubiera sido suya… aunque en el fondo supieran que era una insubordinación vestida de lealtad.

Entonces, una de las puertas laterales se abrió de golpe.

Una silueta hizo señas desde la oscuridad interior: urgencia, prisa.

Thomas echó a correr sin esperar a nadie. Su capa corta se le pegó al cuerpo por la bruma; el cuero del guante crujió al cerrarse sobre la empuñadura. Otros dos lo siguieron, armas desenvainadas. Y cuando atravesaron el umbral, el mundo cambió de textura: calor, humo, olor a aceite de lámpara y a pólvora fresca.

Dentro ya era un caos.

Los hombres del enemigo corrían buscando armas y refugio, y sin embargo caían como si algo invisible los derribara: una flecha desde

un ángulo imposible, una hoja rápida en la penumbra, un disparo seco que apagaba una vida con una economía despiadada.

Thomas avanzó con una frialdad impecable. No gritaba. No necesitaba hacerlo.

—¡Thomas! —la voz de Henry Sorset estalló desde el tramo superior de la escalera.

Henry peleaba contra tres hombres a la vez con el estilo feroz de quien disfruta la precisión. Lanzó a uno por encima de la baranda con un golpe en el pecho; el cuerpo cayó con un estruendo que no tuvo tiempo de ser lamentado.

—¡Tu mujer…! —logró decir entre dientes, esquivando una hoja—. Me tiene que pagar ese golpe.

Thomas levantó la mirada. El corazón se le endureció en el pecho como una piedra caliente.

—¿Dónde está? —preguntó, y su voz salió baja. Cortés. Mortífera.

—Fue a buscar a las chicas —Henry atravesó a otro con un tajo corto—. Me dejó imposibilitado, y ella misma le disparó al dueño.

La sangre de Thomas se heló y ardió al mismo tiempo.

—¿Qué ella qué?

—Benjamín la siguió —Henry retrocedió un paso, respirando fuerte—. Lo lamento.

La calma se resquebrajó apenas en los ojos azules del conde. No en su postura. No en su voz.

—Maldita sea…

Sacó el revólver. Seis balas. Seis decisiones sin titubeo.

Disparó con pulso clínico: uno, dos, tres. Hombres que venían sobre sus compañeros cayeron antes de entender que alguien los había elegido como blanco.

Los superaban por número; los rodeaban por pasillos y puertas. Pero ninguno de los presentes tenía intención de retirarse.

—¡Henry! —gritó Thomas, recargando—. Saquen a las mujeres. *Ya.*

—Ni lo ordenes, idiota —gruñó Adler Scheck desde un lado incierto—. No nos vamos hasta que te marches.

—Y tú no te marchas sin esa mujer —dijo Fred desde fuera, disparando ya con pistola en lugar del rifle.

Thomas giró apenas el rostro, sin perder el control del arma.

—Van a morir si se quedan.

—Al igual que tú —soltó Francis, con los dientes apretados.

Thomas inhaló una vez, como si tragara hierro.

—Lárguense —dijo. No alzó la voz. Fue peor así.

Nadie obedeció. Se movieron en torno a él como una pared viva.

Casa abandonada de Ligan, ala oeste

Annabella corría guiada por una memoria que había construido a ciegas: pasos contados, giros exactos, el eco de cada puerta, el olor tibio de una chimenea que marcaba "zona habitada". Benjamín la seguía con el rostro tenso, como si cada segundo que ella avanzaba fuera una ofensa a la orden de Thomas.

—Ya casi —dijo Annabella, aunque su respiración la traicionaba.

Apretaba una llave fría contra la palma: arrancada del cuello del hombre que intentó someterla. Todavía le temblaban los dedos por la cercanía de lo irreversible. Había sostenido un arma… y aun así no pudo matar. No por falta de valor, sino porque su cuerpo se negaba a cruzar esa puerta.

Benjamín había disparado por ella. Justo a tiempo.

Llegaron a un despacho y Annabella se detuvo en seco. El espacio no encajaba; faltaba una continuidad.

—No puede ser…

—¿Qué? —Benjamín la sujetó del brazo—. ¿Por qué te detienes?

Annabella giró, buscando un detalle. Su mirada se clavó en un librero antiguo, demasiado ancho, demasiado "colocado". Un recuerdo táctil: el chasquido leve cuando el hombre que la condujo tropezó y reacomodó algo.

—El librero —dijo, y la certeza le encendió el rostro—. Es un pasaje.

Benjamín dudó un instante, y ese instante pudo haberlos matado.

Annabella corrió, palpó madera y lomos de libros, presionó donde la mano le pidió… y el mueble cedió con un clic seco.

—¿Ves?

Benjamín no contestó. Se movió.

Subieron.

En el último escalón, una flecha cortó el aire. Benjamín la atrapó con una destreza inhumana y respondió con su arco: un disparo único, definitivo.

—Esto va a atraerlos —murmuró, sin mirarla.

—Entonces muévete —Annabella no sonrió; no había tiempo.

Abrieron puertas. Una, dos, tres… habitaciones llenas de mujeres, la mayoría aterradas, sin comprender. Annabella fue un hilo de voz firme en medio del pánico:

—¡Ahora! ¡Las mayores con las pequeñas! ¡Nadie se queda atrás!

Las primeras —las que ya estaban listas— tomaron manos, levantaron cuerpos, sacudieron a quienes se congelaban.

Y entonces las cuarenta estuvieron juntas en el pasillo: sucias, temblorosas, enlazadas como una sola criatura que aprendía a caminar hacia la vida.

—Él es Benjamín —Annabella señaló al único varón—. Es de confianza. No se dispersen. Solo se van con quien él o yo indiquemos.

Asentimientos rápidos. Ojos brillantes. Bajaron. Tres hombres vigilaban el tramo inferior. Benjamín habló sin adornos:

—No hagan ruido. Son tres. Dos… los bajo. Uno… a espada.

Una respiración colectiva, un miedo que ya no podía detenerlas.

—A la cuenta de tres.

Annabella tomó la mano de Dulce —pequeña, huesuda, aferrada — y cuando Benjamín dijo "tres", corrieron.

Dos flechas silbaron. Un cuerpo cayó. La hoja de Benjamín detuvo al tercero con un golpe corto. El resto bajó como estampida.

Y al salir al corredor principal, el combate ya era un rugido.

Los disparos y gritos estaban por todas partes. Vestidos rasgados rozaban sangre ajena y propia. Un par de niñas lloraba sin sonido — solo la cara— como si ya no les quedara voz.

Los hombres de Thomas peleaban sudorosos, algunos con heridas abiertas en mangas de lana empapada; aun así se movían con un esmero feroz cuando las vieron. Como si, al mirar a esas muchachas, recordaran por qué estaban vivos.

Un estruendo desde arriba: un hombre rubio, cubierto de hollín, cayó desde el techo como un demonio de chimenea. Se plantó con el arma en alto.

—¡Señora! —dijo con rapidez, disparando a dos maleantes—. ¡En las ventanas… cuerdas…! —jadeó—. ¡Bosque! ¡Las encontramos!

—¡Ya oyeron! —gritó Annabella, y su voz cortó el caos—. ¡Ventanas con sogas!

Los grupos se separaron. Algunas mujeres eran atrapadas por segundos y liberadas por disparos desde lugares invisibles. Otras caían. Annabella se obligó a no mirar demasiado. Hilda actuó con frialdad útil: metió a doce niñas pequeñas en un armario estrecho, apretándolas juntas.

—Quietas. Cabezas abajo.

Luego miró a Annabella.

—Las demás: busquen sogas. Quien encuentre una… grite un nombre cualquiera.

Gritos al aire:

—¡Lulú!

—¡Martina!

Dos cuerdas. Dos extremos. El grupo se partió.

Annabella recordó el armario. Nadie iba por ellas.

Volvió.

Al abrir, doce caritas la miraron como si fuera la última pared antes del abismo.

—Quiero salir —sollozó una.

—Ahora —Annabella tomó manos—. Las grandes cargan a las pequeñas. Síganme.

Corrieron. Un hombre atrapó a cuatro niñas y Annabella se quedó sin aire… hasta ver a Francis Bancoit correr hacia ellas, arrebatándolas del peligro con una violencia protectora.

Llegaron a la cuerda.

—Bajaré primero —dijo Francis—. Y tú… no te quedes.

Annabella subió a una niña al borde de la ventana. Las manos de la pequeña temblaban en la soga.

—Mi vida, fuerte. Te quemará un poco. No te sueltes.

—Tengo miedo…

—Lo sé —Annabella besó su frente. Y por un segundo, su voz se quebró—. Pero tú puedes.

Una tras otra descendieron, quemándose palmas, raspándose brazos, llorando… pero vivas. Francis las recibía abajo.

Solo quedó Dulce.

Annabella la miró y entendió: Dulce no bajaría sola.

—Vete, Francis —ordenó—. Llévalas al bosque.

Francis dudó. Obedeció.

Annabella sacó la cuerda que llevaba anudada a la pierna. No era para descender; era para atar.

Ató a Dulce contra su pecho. La niña se aferró con una fuerza desesperada.

—Después de mí ya no falta nadie —dijo Annabella sin mirar atrás ni un segundo—. Salgan ustedes también.

Bajó. La cuerda le quemó las manos. Su cuerpo no tuvo fuerza para frenar. Cayó mal. Tobillo torcido. Cabeza contra piedra. El mundo se le llenó de blanco.

Dulce, con manos torpes, deshizo el amarre llorando.

—Señorita princesa…

Annabella tragó dolor, saliva y lágrimas.

—Dulce… escucha —le sostuvo los hombros—. Corre al bosque. Sube a un árbol. Te van a encontrar.

—No… usted está lastimada…

—Yo… te sigo —mintió con dulzura feroz.

Dulce negó, limpiándose la cara con el puño.

—¡Buscaré al hombre de cabello negro y ojos azules!

—¡No! —Annabella intentó agarrarla—. ¡Dulce!

La pequeña desapareció en la neblina.

Annabella lloró, convencida de que la había enviado a la muerte.

Thomas salió de la mansión con el mundo apretado entre los dientes. Vio vestidos correr hacia el bosque, vio cuerpos inmóviles en el suelo. Vio enemigos aún entrando, como ratas.

Y entonces sintió algo aferrarse a su pierna.

Dulce.

La levantó sin pensar, y el acto fue instinto puro: protección. Su brazo firme, su pecho como muro.

—La señorita princesa —sollozó la pequeña Dulce—. Está herida… se cayó de la ventana…

La voz de Thomas bajó hasta volverse peligrosa.

—¿Dónde?

—Ella nos salvó… ella tiene un bebé… —la niña hablaba atropellada.

Thomas se tensó.

—¿Un bebé?

—Hilda dijo… que estaba bebé… y que un hombre de cabello negro y ojos azules vendría…

La palabra le explotó como un disparo por dentro.

—Annabella.

No lo gritó. Lo dijo como si el nombre fuera una orden. Dulce señaló hacia un punto incierto entre la bruma. Thomas corrió con ella en brazos. Filipo lo siguió de inmediato.

Mientras tanto, Annabella, medio arrastrándose, escuchó pasos cerca y una voz sucia:

—¡Encontré a una!

El hombre se acercó decidido, como si ya fuera dueño de su destino. Annabella intentó moverse. El tobillo ardía. La cabeza le

latía con golpes lentos y enormes.

Y entonces una voz sonó detrás del rufián.

—Hola, bastardo.

No fue un grito. Fue peor: calma impecable. El hombre giró, reconociendo a Thomas, y se le ensombreció la cara.

—El gran Águila Real… Te mataré.

Thomas señaló a Annabella sin tocarla todavía y ese control era castigo: para no caer, para no temblar.

—Yo solo vine por la que se nos olvidaba.

—Tus hombres te abandonaron —sonrió el rufián—. Solo estamos los míos. —Thomas se encogió de hombros—. Habrán quedado unos seis. Puedo con ustedes.

—No con esa niña.

Thomas avanzó. Dulce se aferró a su cuello.

—¿Apostamos? —preguntó Thomas.

El rufián retrocedió, desconcertado.

—¿Qué haces?

—Te voy a ayudar —dijo Thomas, y su voz bajó todavía más—. Quiero que pelees con toda tu capacidad… y estás dolorido, ¿no?

El otro vaciló, asustado por la precisión.

—¿Cómo lo sabes?

Thomas sonrió apenas.

—Porque soy médico y reconozco las agujas de mis hombres.

Se acercó lo suficiente. El rufián, estupefacto por el valor, no reaccionó a tiempo cuando Thomas le arrancó el metal del cuerpo. La hemorragia se abrió como una puerta. El hombre cayó. Thomas giró la cabeza de Dulce contra su hombro para que no viera.

Filipo llegó en ese momento.

—Thomas.

—Llévate a mi esposa —ordenó Thomas. Voz baja. Inapelable.

Filipo fue hacia Annabella. Ella, al fin, cedió: el cuerpo se le apagó de golpe tras días de tensión. Se desplomó en el hombro de Filipo, y él la levantó como si fuera de cristal.

Dulce no quiso soltarse de Thomas. Se aferró como si él fuera un cuento real. Thomas, por un segundo, miró a Annabella en brazos de otro hombre. Su rostro siguió impasible… pero la mano que sostenía a Dulce apretó un poco más. Control físico. Distancia verbal. Castigo a su propio deseo de correr hacia ella.

Y luego se dio la vuelta.

—Al bosque —dijo, sin levantar la voz—. Ahora.

Annabella despertó en una choza modesta. Olía a madera, a tela húmeda, a cuerpos cansados. Vio a Hilda sosteniéndola. Vio muchas miradas encima.

—¿Qué sucede? —intentó incorporarse.

—Esos hombres nos trajeron hasta este lugar —susurró Hilda—. Dijeron que no nos moviéramos.

—¿Hace cuánto…?

—Nos acaban de dejar —dijo otra—. No nos han dirigido la palabra.

—Solo hablan entre ellos —intervino otra mujer con miedo—. ¿En serio ellos son los buenos?

Annabella intentó ponerse de pie, pero el dolor de cabeza la detuvo. Justo entonces entró un hombre alto, de cuerpo poderoso, ojos azules y cabellera negra. La mitad de las niñas se encogió, la otra mitad se quedó embobada, boquiabierta. En 1880 se enseñaba a las mujeres a bajar la mirada; esas muchachas, sin embargo, miraron como se mira a un mito.

Thomas no dulcificó nada.

—Irán con mis hombres —dijo—. ¿Quién tiene heridas?

Algunas manos temblorosas se alzaron.

—¿Quiénes están más allá de rasguños, golpes o torceduras?

Nadie levantó la mano.

Thomas asintió, seco.

—En ese caso, mis hombres las atenderán.

Sus ojos se clavaron en Annabella. Ella, aun sentada, sintió como si el aire cambiara. El cuerpo le recordó, con un estremecimiento

íntimo, que ese hombre era suyo. Su marido. Su peligro. Su casa.

Thomas se acercó. Sus manos hicieron amago de levantarla. La tocó con una precisión que delataba control: como si quisiera apretarla contra sí y al mismo tiempo castigarse por desearlo.

Hilda dio un paso, desesperada.

—¡Señor! Creemos que está embarazada… por favor, no la separe de nosotras, nos encargaremos de ella.

Thomas ni parpadeó. Solo inclinó el rostro lo suficiente para que su voz sonara como sentencia.

—No se preocupe, señorita. En todo caso de ser verdad… yo sería el único que la pudo haber dejado en ese estado.

El silencio fue absoluto.

Annabella se sonrojó hasta el cuello. Sintió el calor subirle como una ola. Thomas la acomodó sobre su pecho con un movimiento firme, protector. No la besó. No le habló a ella. Eso era parte del castigo: distancia verbal, control físico. Pero el modo en que la sostuvo —la fuerza exacta, la mano en su espalda, el pulgar acomodándola sin querer soltar— traicionó lo que su rostro negaba.

Dulce apareció detrás de Thomas, orgullosa.

—¡El príncipe es esposo de la princesa!

Hilda, con una sonrisa cansada, le tendió la mano.

—Ya lo vimos, Dulce.

—¿Hilda, a dónde van? —preguntó la niña, triste al ver que Thomas se alejaba con Annabella.

Hilda la abrazó.

—A su casa, mi pequeña.

Dulce lloró como si perdiera un cuento. Como si, por un segundo, el mundo hubiera sido justo… y luego volviera a ser el de siempre.

Capítulo 32

Thomas no le concedió ni una sola mirada a su esposa durante el trayecto al hotel. Iba rígido, la espalda erguida como si el carruaje fuese un estrado y no una carroza, y cada sacudida lo obligara a recordar —una y otra vez— el precio del caos. No gritaba, no golpeaba nada: su furia era de otra clase. Una furia educada, contenida, peligrosa por lo bien domada.

Annabella lo comprendía. Por eso no buscó palabra alguna. Permaneció quieta, casi demasiado, como si cualquier movimiento pudiera interpretarse como insolencia. Se dejó mecer por el traqueteo del carruaje y apretó la lengua contra el paladar para no gemir por el dolor de cabeza que le martillaba detrás de los ojos. Tenía la garganta seca, el pulso alto; aun así, lo que más la desestabilizaba era el vacío de su atención. Esa distancia deliberada —impuesta con la misma precisión con que un hombre se coloca los guantes— podía sentirse, incluso a solas, como un castigo social.

El coche se detuvo frente al edificio del que ella había escapado cinco noches atrás. A esa hora indecente, cuando el amanecer apenas se insinuaba entre nubes oscuras, la fachada del hotel parecía más severa que elegante. Annabella, al reconocerla, recibió el golpe de un recuerdo: los brazos de Thomas cerrándose sobre su

cuerpo aquella vez, su pecho como muralla y refugio. La tibieza de esa memoria le subió al vientre de forma inoportuna, y la avergonzó: la misma piel que aún buscaba consuelo era la que debía someterse al juicio del hombre que la ignoraba.

Thomas descendió primero. El frío de la mañana le tensó los hombros. Extendió las manos y la tomó por la cintura para ayudarla a bajar. El contacto fue exacto, firme, sin concesiones. Cuando Annabella apoyó el pie en el suelo, el tobillo lastimado le devolvió un latigazo. Se le escapó un mínimo parpadeo, un tirón en la comisura de la boca. No dijo nada.

Thomas lo notó. No levantó la voz. Solo la alzó.

Pasó los brazos bajo ella y la apretó contra su pecho, como si sostenerla fuera un deber y no un gesto de afecto. Annabella sintió el calor de él atravesarle la ropa sucia. Sintió la seguridad de sus manos —una bajo sus rodillas, otra en la espalda— y odió lo mucho que ese amparo le aceleraba el corazón. Lo odiaba porque, con la misma fuerza con que la sostenía, la mantenía lejos: no con el cuerpo… con el alma.

Entraron así al hotel.

En el pasillo los interceptó Lizet, demasiado despierta para esa hora. Su mirada recorrió el estado en que llegaban —tela manchada, cabello descompuesto, vendajes improvisados— y enseguida adoptó

esa diligencia casi militar que solo tienen los criados buenos: corregir el mundo antes de que el mundo hable.

—Un baño. Vendas. Agua caliente —ordenó Thomas sin mirarla realmente—. Y lo necesario para un golpe.

Lizet asintió, tragándose el sobresalto ante aquella voz sin cortesía. En 1880 una orden puede ser firme; en Thomas era sentencia.

Sin detenerse, el conde entró en la habitación y dejó a Annabella sobre la cama. Solo cuando la puerta se cerró y el mundo se redujo a paredes y silencio, lo urgente se volvió íntimo.

Thomas empezó a quitarle el vestido con movimientos prácticos, casi bruscos, como si arrancara de ella el rastro de aquella casa.

—¿Thomas…? —se le escapó a Annabella, más por el vértigo de su cercanía que por pregunta.

Él no alzó la vista.

—No me hables.

La frase —dicha sin énfasis— le heló la sangre más que el aire del pasillo. Le dejó el corsé y la tela interior.

—Desabrocha el corsé.

Annabella obedeció; sus manos, torpes por el dolor y el cansancio, buscaron el cordón, la tela cedió con un suspiro.

En un matrimonio, incluso un gesto así tiene peso: lo permitido, lo decente, lo que se tolera puertas adentro. Y aun sabiendo que Thomas actuaba como médico, la intimidad la hizo sentirse expuesta. No era pudor. Era consciencia: de su piel, de su respiración, de la forma en que su cuerpo reaccionaba ante un hombre que fingía no mirarla mientras la examinaba.

Thomas fue al lavabo y se lavó las manos con precisión, como si el agua pudiera borrar la rabia. Volvió. Annabella mantenía el corsé abierto y el pulso le latía en la garganta. Thomas apoyó las manos en su abdomen. Primero firme, luego más lento. Se detuvo aquí, presionó allá. Una exploración médica, sí… pero el cuidado tenía algo que le erizaba la piel: el pulgar demorándose un latido de más, la palma cubriéndole el centro con una calidez que no era inocente.

Annabella inspiró corto, delatada por su propio cuerpo y de pronto, levantó la tela interior y posó la mano desnuda sobre su vientre. La calidez de esa palma —ancha, poderosa— le arrancó un estremecimiento involuntario.

—¿Qué… sucede? —murmuró, avergonzada por su voz quebrada.

—Quiero saber si no estás herida.

—Solo… el tobillo —se apresuró, como si eso pudiera minimizarlo.

Thomas, por fin, la miró. No fue ternura. Fue juicio.

—Y te golpeaste la cabeza —dijo—. Y el cerebro, al parecer.

Annabella intentó incorporarse; la culpa la empujaba, y también el deseo desesperado de que él la viera de verdad.

—Thomas…

Él le presionó el hombro con la palma y la obligó a recostarse. Control físico. Distancia verbal. Castigo.

—Recuéstate. Tienes un golpe.

—Estoy bien… Sé que estás molesto, pero…

—No —la cortó—. No estoy "molesto". Estoy furioso.

Annabella sintió el filo en la boca del estómago. Aun así, extendió la mano y buscó la suya en un gesto mínimo, valiente, pero sus dedos temblaban. Thomas retiró la mano sin violencia, con disciplina. Como si ceder fuera una falta.

—Lo hice porque sabía que tu conciencia no te dejaría en paz —dijo ella, con voz pequeña—. Querías ayudarlas.

—No al precio de mis hombres —respondió—. Ni al de tu vida.

Fue a la mesita de noche, abrió el cajón y sacó algo.

Los anillos.

—Dijiste que no te los quitarías si yo no lo hacía.

Annabella, sin pensar, sonrió con una alegría súbita. La esperanza le abrió el pecho. Estiró la mano.

Thomas los apartó.

—No recuerdo haberme quitado el mío.

La sonrisa se rompió como vidrio.

Un hilo de lágrimas se le escapó sin permiso.

—Yo solo quería…

En ese instante entró Lizet con otras doncellas cargando botes humeantes para llenar la tina. La intimidad se volvió formalidad. Las mujeres bajaron la mirada, obedientes a la discreción: *lo que ocurre entre esposos no se comenta, aunque se escuche*.

Annabella esperaba que todas salieran, pero Lizet se quedó, atenta. Ella iba a despedirla cuando Thomas habló primero.

—Ayuda a bañar a mi esposa. Iré al cuarto de Francis.

Se vistió en pocos movimientos. Annabella lo miró con la desesperación clavada en la garganta.

—Thomas…

Él no respondió. Salió.

El silencio que dejó fue peor que cualquier grito.

Annabella bajó la cabeza. Las lágrimas le resbalaron por las mejillas, mezclándose con la suciedad y el cansancio. Lizet la sostuvo con cuidado, consciente del tobillo.

—Venga, mi señora. Ya volverá.

—No. —Annabella negó, quebrada—. Me dejará sola.

—El señor estaba preocupado —insistió Lizet, firme—. No se separará de usted por mucho tiempo.

Annabella quiso creerlo, pero el gesto de los anillos le pesaba como una sentencia. La alianza no era solo símbolo: era contrato, pertenencia, legitimidad. Retenerla equivalía a decir: *aún no mereces esto*. Tras el baño y los vendajes, Annabella quedó limpia, vendada, con el tobillo apretado en tela blanca y las manos cubiertas por pomada. La venda en la cabeza le tiraba. Tenía raspaduras en brazos y piernas. La piel le dolía hasta con el aire.

—Me siento acalorada —susurró, levantando las manos vendadas como si fueran de otra.

—Dormirá mejor —respondió Lizet, acomodando las sábanas.

Annabella miró la puerta una última vez, como si pudiera obligar al destino a abrirla. No ocurrió. Cayó dormida al instante, derrumbada por el agotamiento. Pero su sueño no fue manso: se removía, sudaba, murmuraba. Lizet le acariciaba el cabello con ternura prudente, como quien calma una fiebre.

—Tranquila, mi señora…

—¿Qué le sucede? —preguntó de pronto una voz masculina.

Lizet se apartó como si hubiera cometido un pecado.

Thomas estaba en el marco de la puerta.

—¿La vendaste?

—Sí, señor.

—¿Las manos?

—Sí, señor.

Thomas observó a Annabella, inquieta en el sueño. Su rostro no se ablandó, pero en los ojos apareció algo que no permitía salir: preocupación castigada.

—No ha dormido bien, ¿verdad?

Lizet negó, humilde.

—Gracias. Puedes retirarte.

Lizet salió. Antes de cerrar, alcanzó a ver cómo Thomas se despojaba de la bata. Bajó la mirada, ruborizada, y cerró la puerta con premura. Quedaron solos. Thomas se acercó a la cama. Annabella se encogió como si huyera de algo invisible.

—Tranquilízate, Annabella —susurró—. Estás conmigo.

Incluso dormida, ella se calmó al reconocer la voz. Buscó el sonido con el cuerpo, estiró la mano… y falló. Thomas se acostó en su lado. Por primera vez en días, sintió que su pecho cedía.

La abrazó por la espalda y la pegó a él con una fuerza medida: no para poseer, sino para asegurar. Acarició su vientre plano con lentitud. Cada caricia parecía un pensamiento que no se atrevía a decir.

—Debes cuidarte —murmuró—. Llevas a alguien ahí adentro. Alguien que es de los dos.

Annabella se giró en su abrazo y escondió la cara en su pecho. Aspiró su olor a limpio, esa mezcla de jabón y piel que a ella la

volvía vulnerable. Sus dedos —la única franja desnuda entre vendas — rozaron la espalda de Thomas con una necesidad muda.

Thomas cerró los ojos, sintiendo ese roce como una herida dulce. La acercó más… y luego se obligó a quedarse quieto, como si el deseo fuese una falta que debía pagar con inmovilidad.

Ahora estaba embarazada.

Eso lo alegraba. Y lo aterraba.

No por ella. Por lo que significaba un hijo en el mundo de su padre: herencia, mandato, control. El cuerpo de una mujer convertido en territorio político. Thomas se obligó a respirar al ritmo de Annabella, como si el orden pudiera salvarlo.

San Petersburgo, Rusia.

San Petersburgo les abrió las puertas con toda su majestuosidad.

Era verano tardío; julio cedía a agosto, y las Noches Blancas bañaban la ciudad con un crepúsculo persistente, como si el día se negara a morir. Cúpulas doradas, canales fríos, olor a cera y a madera húmeda. Un lujo que no pedía permiso para existir.

Annabella estaba extasiada: la lengua rusa en los oídos, la brisa fresca, los parques verdes.

—Mira, Thomas —le tocó el hombro para llamar su atención—. No puedo creer que no te guste.

Thomas siguió la dirección con la mirada. Él lo conocía todo. Lo que lo inquietaba no era la ciudad.

—Siéntate bien. Te vas a caer.

—No me caeré.

Thomas cerró los ojos. Y, como quien decide arrancarse una astilla de una vez, habló:

—Primero iremos a ver a tu madre.

Annabella giró, sorprendida.

—¿De verdad?

—Sí. Indícame el camino.

La carroza avanzó por veredas conocidas. Y la mansión de los Wensterline apareció: fachada elegante, amarillenta, impecable. Annabella bajó sola, sin esperar. El suelo natal parecía devolverle el aire. Una mujer mayor —aún hermosa, idéntica a ella en versión madura— abrió los brazos.

—¡Mi hija!

La abrazó con fuerza.

Thomas, en cambio, se adelantó al carruaje para ordenar el traslado de los baúles al hotel ya dispuesto. La formalidad antes del afecto: así sobrevivía él.

—Señor Hamilton —insistió la madre de Annabella—, no hacía falta hospedarse fuera. Esta casa es suya.

Thomas respiró hondo. Sonrió apenas.

—Prefiero mantener las cosas como están. No quisiera abusar.

—No es abuso cuando se trata de mi hija —replicó ella, alegre—. Es decencia. Y capricho de madre.

Annabella intervino con rapidez.

—Madre, entremos. ¿Está mi tía? ¿Mis primas?

—Sí. Se alegrarán. —Y miró a Thomas—. Pase, muchacho.

Thomas dudó lo suficiente para incomodar. Annabella bajó un escalón y le acarició la mejilla con preocupación; la piel le ardió bajo los dedos, como si lo tocara algo prohibido.

—¿Estás bien?

—Sí —dijo él, apartando el rostro, como negándose el consuelo.

Le dio un pequeño impulso para que caminara: control físico, distancia verbal. Castigo. Entraron. Los pasillos olían a té, cera y riqueza. La madre de Annabella intentó conversación; Thomas respondía con frases breves, exactas, sin calor.

—Thomas, tus padres están aquí —informó Cristina, volviendo un poco la cabeza hacia su yerno.

—Lo sé. Mi padre viene seguido.

Cristina abrió una puerta de la que salió una tonada de piano.

—Me refiero aquí… en la casa.

Thomas se detuvo.

—¿Disculpe?

El salón estaba lleno: Humberto y Marie, Olga y las dos jóvenes que Annabella ya conocía. Una torturaba el piano, la otra reía.

—¡Miren quién ha llegado! —anunció Cristina.

Humberto fue el primero en avanzar. Abrazó a su hijo con efusividad teatral y besó la mejilla de Annabella con una cortesía impecable… demasiado lenta. Su mano se demoró un instante innecesario en la cintura de ella al separarse. Un gesto mínimo, perfectamente defendible. Precisamente por eso, venenoso.

Annabella sintió una incomodidad fría en la nuca.

Thomas lo vio y el músculo de su quijada saltó.

Marie caminaba con lentitud extraña. Thomas, al verla, se acercó de inmediato y le puso una mano en la espalda para sostenerla.

—¿Qué sucede?

—Nada, hijo. Me alegra verte.

—Tengo que revisarte.

—¡Dios santo! —exclamó Olga—. ¿Revisarla? ¿Qué clase de ocurrencia es esa?

—¿Thomas? —Annabella tocó el hombro de su esposo, alarmada —. ¿Qué le pasa a Lady Marie?

Thomas giró hacia ella con una mirada tan dura que Annabella retiró la mano al instante. No era odio: era su guerra con el mundo, y ella había tocado el filo.

—Lady Korsakov —dijo Thomas a Cristina, formal—, ¿me concedería una habitación? Debo revisar a mi madre.

—¡Thomas! —intervino Humberto—. Tu madre dijo que está bien.

Thomas lo miró con esa calma peligrosa.

—No me importa lo que diga. —Y, sin levantar la voz—: Estoy seguro de que Lady Korsakov no se ofenderá por algo tan simple.

Cristina, alarmada por la tensión, sonrió con amabilidad.

—Sígame. Anna, querida, cuéntanos del viaje.

Annabella asintió, forzándose a sonreír. Pero su mente estaba en el pasillo: en Thomas, en la forma en que su respiración se volvía más corta cuando Humberto estaba cerca.

Ya en la habitación de invitados, Thomas ayudó a Marie a recostarse. Descubrió un golpe oscuro en la rodilla.

—¿Cuándo te lo hizo? —preguntó, bajo.

—Fue un accidente —respondió Marie.

Thomas apretó la mandíbula.

—¿Cuándo dejarás de disculparlo?

Marie le tocó la mejilla con ternura.

—Yo elegí esta vida. No necesito que te sacrifiques por mí.

—Tú lo hiciste por nosotros.

—Es lo que hace una madre… —Marie se detuvo, y luego sonrió con una satisfacción suave, dulce y conciliadora—. Lo he notado. Tu esposa espera a tu primer hijo.

Thomas se incorporó de golpe.

—Justo como él lo quería…

—¿Y tú? —preguntó Marie, firme—. ¿Tú no lo querías?

—Yo no quiero lo que se me impone.

—No te ciegues, Thomas. No arruines tu propia felicidad.

—¿Felicidad? —escupió, con sarcasmo.

Marie se apartó, endurecida.

—Me niego a pensar que tengo un hijo tan… torpe. —Lo miró con dolor—. Siempre estaré de su lado.

—¡Madre! —Thomas se pasó una mano por el cabello, furioso—. ¡Sabes lo que hizo ella en Viena!

—Tu esposa no es una demente —lo cortó Marie—. Y tú tampoco deberías serlo. —Luego, más bajo—: Son iguales: orgullosos, tercos, duros. Y desesperados por ganarse.

Marie abrió la puerta.

—La mejor forma de ganarle… es siendo feliz.

Y se fue.

Cristina entró con agua y vendas.

—¿Y Marie?

Thomas ya estaba en movimiento.

—Debemos retirarnos.

—¿Pero si acaban de llegar?

—Recordé un asunto —dijo, sin más.

Cruzó la casa hasta el salón.

Annabella conversaba con su padre. Humberto sonreía. Demasiado. Con esa satisfacción suave del hombre que disfruta tensar una cuerda sin romperla.

Thomas sintió el impulso de destruir la escena.

—Annabella —dijo, terminante—. Nos vamos.

Annabella lo miró: la tensión en su mandíbula era una promesa de desastre. Se levantó y comenzó a despedirse.

—¿Se quedarán a comer? —preguntó Cristina, apurada.

—No —respondió Thomas, educado en apariencia.

Humberto se puso de pie, impecable.

—Sería una descortesía para la madre de tu esposa —dijo, con voz baja y sonrisa amable—. Pero comprendo… las obligaciones de un hombre son… exigentes.

Thomas lo miró fijo.

—Lo lamento.

—No se disculpe —repuso Humberto, suavísimo—. Solo… vuelva. Una casa recuerda quién la honra.

Cristina intentó aliviar el ambiente.

—Prometan que regresarán.

Humberto se acercó un paso y, con una cortesía perfecta, clavó el puñal: —Promételo, Thomas.

Lo dijo como quien pide un brindis. Como quien sabe que, para un hombre como su hijo, una promesa es una cadena.

Thomas apretó los puños hasta blanquearlos.

—Por supuesto. No suelo romper mis promesas. Hablan de la clase de hombre que soy.

La indirecta fue elegante. La amenaza, también.

Humberto sonrió con orgullo falso.

—Y por eso… siempre he confiado en ti.

Thomas giró.

—Annabella.

Ella estaba a su lado, pero él apenas la registraba cuando su padre ocupaba el centro del mundo.

—Sí…

—Vámonos.

Annabella lo siguió hacia la salida. En el umbral, Marie la interceptó y la abrazó por la cintura con una fuerza inesperada,

como si quisiera protegerla de una tormenta.

—Sé fuerte, mi niña —susurró—. No dejes que te rompa. El que está hecho pedazos es él… tú lo estás uniendo sin darte cuenta.

Annabella se separó, asustada.

—¿Por qué me dice esto?

—¡Annabella! —llamó Thomas desde la entrada.

Su voz no gritó, ordenó y eso fue, precisamente, lo que estremeció.

Marie se inclinó hacia ella.

—Estamos en el mismo hotel. 46A.

Annabella asintió, todavía con el corazón golpeándole la garganta. Corrió hacia Thomas. Él la esperaba junto a la carroza para ayudarla a subir, como si el mundo entero estuviera mirando si la dejaba sola un instante. Annabella se acomodó. Miró su perfil duro.

¿Qué lo había puesto así? ¿Y qué parte de sí mismo estaba castigando Thomas… al castigarla a ella?

Capítulo 33

Thomas entró en la habitación como si aún trajera la casa de los Wensterline prendida en los nudillos. Se deshizo del corbatín, del chaleco y de la chaqueta sin cuidado, dejándolos caer sobre el respaldo de un sofá, una silla, el borde de la cama: cualquier cosa servía. La estancia estaba demasiado pulcra para recibirlos así: con el desorden en la ropa y, peor aún, el desorden en la sangre.

Annabella recogió cada prenda con premura. No era servilismo: era supervivencia. Si sus manos se mantenían ocupadas, el temblor del miedo quedaba escondido en la tela. Aun así, el pulso le golpeaba en la garganta; al tragar, sintió la garganta estrecharse como si la etiqueta misma le apretara un lazo invisible.

Thomas se dejó caer en una silla frente al fuego. La luz le marcó sombras duras en la mandíbula. Apoyó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos apenas un segundo… y el aire pareció tensarse con él.

—Maldita sea…

Las palabras salieron bajas, pero cargadas de filo.

—Es un desastre.

Annabella lo miró con compasión y se obligó a apartarse, en silencio, hacia el armario. *No lo hagas hablar*, se advirtió. Había visto

ese silencio en él: no era calma, era control. Y cuando Thomas controlaba, dolía más.

—Ven aquí.

El mandato le atravesó la piel. Annabella se quedó quieta; sintió cómo sus dedos se crispaban sobre la chaqueta que sostenía. No se atrevía ni a girarse.

Thomas esperó un latido —solo uno— y repitió, sin elevar la voz. La firmeza bastó para que el cuarto se volviera más pequeño.

—Te dije que vengas.

Annabella giró despacio sobre los talones. Se acercó con una lentitud casi ceremonial, como si cada paso tuviera que pedir permiso. La mano izquierda le tembló, traicionera, y la escondió pegándola a su falda. Cuando quedó a un metro, el calor de la chimenea le dio en la mejilla; el resto del rostro se le quedó frío.

—¿Qué… qué sucede? —consiguió, apenas.

Thomas la miró, no fue una mirada de hombre enamorado, fue la mirada de un hombre que se está obligando a no serlo.

—¿Desde cuándo eres tan recelosa?

La burla no venía con sonrisa; venía con un cansancio cruel.

—Acércate.

Annabella obedeció. Se colocó entre sus piernas, demasiado cerca para que aquello fuera solo una orden, demasiado lejos para

que fuera consuelo. Thomas apoyó la cabeza en el respaldo, mirándola desde abajo como si le midiera cada gesto, cada respiración.

—Te pareces tanto a tu madre.

El estómago de Annabella se encogió.

—¿A mi madre…?

Thomas se incorporó de golpe, como si esa frase le quemara la lengua. Se puso a caminar por el cuarto sin rumbo, con pasos contenidos, casi militares. Annabella tuvo que apartarse para no rozarlo; el simple roce parecía prohibido, incluso en matrimonio.

—Casi parece una broma —soltó, y por fin apareció una sonrisa… pero era una línea fría—. Hoy lo he visto de cerca. He escuchado su voz… esa cortesía perfecta con la que se clavan agujas sin mancharse los guantes. —Se detuvo un instante, de espaldas al fuego—. "Promételo", como si una promesa fuera un grillete de seda.

Annabella sintió un estremecimiento. No preguntó por Humberto, no hizo falta, el nombre estaba en el cuarto sin entrar.

—Thomas… —susurró ella, sin querer, como si pronunciarlo fuera una cuerda a la que aferrarse—. ¿Qué sucede?

Thomas se acercó despacio.

Había fuego en sus ojos; en su cuerpo, el control seguía intacto. Cuando la alcanzó, le tomó la cintura y la pegó a él con brusquedad,

no como caricia sino como disciplina. Aun así, el contacto le revolvió el pulso: la calidez de su torso, la firmeza de sus manos. Su propio cuerpo reaccionó, despierto, y el rubor le subió sin permiso.

—Lo que sucede… —la voz le salió baja, áspera, buscando controlarse— es que tu cara me vuelve loco.

Annabella intentó apartarse. No por rechazo: por miedo. Sus manos se quedaron a medio camino, indecisas, como si el cuerpo quisiera huir y quedarse al mismo tiempo.

—¿De qué hablas…?

—Tu vida ha sido tan fácil. —La frase fue un golpe—. Mientras tú reías con tus padres… yo… mi madre…

Negó, como si la memoria le golpeara detrás de los ojos.

—Y hoy he tenido que mirarlo, sonreír, como si nunca hubiera hecho nada para que lo odiara.

Annabella lo buscó con la mirada, desesperada por entenderlo.

—No te entiendo… —se le quebró la voz—. Explícame. Dime qué te atormenta… y si puedo ayudarte.

Thomas la sostuvo con más fuerza.

Y entonces castigó: no con gritos, sino con esa frialdad medida que era peor que cualquier explosión.

—No me interesa que me entiendas. —La miró fijo—. A partir de ahora solo me ocuparé de lo que importa. De quienes tienen

relevancia para mí. —Una pausa breve; el aire se quedó suspendido —. Y no voy a complacer los caprichos de una niña que dice estar enamorada de mí.

Annabella sintió que se le abría algo por dentro, limpio, silencioso. Las lágrimas le subieron sin permiso; calientes, inevitables. Intentó respirar, pero la garganta se le cerró.

—Suéltame… —pidió primero, apenas—. Suéltame…

Y cuando él tardó un segundo demasiado largo en ceder, la valentía le brotó como un temblor que se convierte en fuerza:

—¡Suéltame!

Se removió, empujándolo con todo lo que le quedaba. Thomas la soltó al instante. La miró como si acabara de escucharse a sí mismo y no reconociera su propia voz.

—Annabella…

Ella respiraba a tirones; el pecho le subía y bajaba marcándola. Se limpió una lágrima con el dorso de la mano… y salieron dos más.

—Yo creí… —la voz se le rompió—. Pensé que… —se tapó la boca, como si así pudiera contener el dolor—. En serio creí que, por lo menos… un poco… te importaba.

Thomas avanzó un paso. Annabella retrocedió otro, instintiva, como si la cercanía doliera más que la distancia.

—Pero jamás llegarás a quererme —continuó, obligándose a decirlo—. Aunque yo diga que te amo… jamás, ¿verdad?

No era una pregunta. Era una sentencia que se obligaba a aceptar para no desmoronarse después.

Thomas negó, una vez, dos, con violencia contenida.

—No digas eso…

—Aprenderé a no hacerlo. —Annabella tragó saliva; le ardió la garganta—. Haré que mi corazón te olvide. No te hostigaré con sentimentalismos. Te lo prometo. Solo… —se limpió el rostro con torpeza— no le digas nada a mi madre. Está tan orgullosa de mí… Cuando supo que… —la palabra se le atoró— se le veía tan feliz.

La vergüenza la dobló.

Annabella cayó de rodillas sobre la alfombra, como si el cuerpo ya no pudiera sostener el peso del orgullo.

—Finge —pidió, con voz deshecha—. Y prometo no hacer nada que te moleste. No te hablaré si eso quieres. —Se cubrió el rostro—. ¿Te estoy pidiendo demasiado?

Thomas se arrodilló frente a ella de inmediato. La tomó con fuerza, la apretó contra su pecho como si temiera que se le escapara de las manos, que se desbaratara en sus brazos.

—Dios… ¿qué estás diciendo? —La voz le salió ronca—. No digas eso. No digas que me olvidarás.

Annabella lloró contra su hombro, aferrándose a su camisa como si fuera lo único real.

—¿Qué quieres de mí? —sollozó—. Tienes todo lo que puedo entregarte… y lo desprecias.

Thomas cerró los ojos, apretándola más, demasiado, como si el control se le estuviera rompiendo por dentro.

—No lo desprecio. —Tragó saliva; se le marcó la garganta—. Eres lo único que me mantiene… cuerdo. No sé qué me haces. Ni siquiera me entiendo. Pero… te necesito cerca.

Annabella se apartó, buscando su rostro con esperanza.

—¿Al menos te preocupas por mí?

Thomas le tocó la mejilla con los dedos, con una delicadeza que desmentía sus dientes.

—Todo el tiempo. El problema es que… no sales de mi cabeza. Y eso es nuevo. —La respiración se le quebró levemente—. Quiero que estés bien, pensar en no tenerte… me vuelve loco.

Annabella recibió esas palabras como una absolución y una herida. Se quedó mirándolo, inmóvil, como si temiera que el encanto se rompiera si respiraba demasiado fuerte.

—Yo te amo —susurró, y se atrevió a tomarle la cara con ambas manos—. Amo todo de ti.

Thomas intentó sostener la frialdad, pero el cuerpo lo traicionó: un latido visible en la sien, los dedos tensándose en la cintura de ella, el leve temblor que se le escapó al exhalar. Annabella lo sintió. Y esa certeza —esa grieta en el hielo— le dio una valentía nueva.

—Cuando me preguntaste por qué… no supe responder. Para mí era fácil decirlo porque… te amo entero. Amo oírte decir mi nombre. Amo cuando me tomas de la mano… cuando me abrazas…

Se inclinó y lo besó: primero suave, luego con una necesidad que ya no quiso ocultar.

—Amo cómo me besas… cómo me buscas incluso cuando intentas no hacerlo. Te amo cuando te enojas. Cuando te callas y te castigas.

Thomas la sostuvo un segundo, como si fuese a detenerla. Y entonces cedió. La besó con una profundidad que le arrebató el aliento. No hubo ternura dócil: hubo hambre contenida, control desbordándose. Annabella se aferró a su cabello, sintiendo el temblor mínimo que él se obligaba a ocultar. Él la recostó sobre la alfombra con cuidado y, al mismo tiempo, con determinación; como si su deseo necesitara reglas para no volverse caos.

—No te merezco…

La confesión salió contra la piel de su cuello, entre besos que no se atrevían a llamarse súplica.

—¿Por qué me amas?

Annabella lo buscó, jadeante, con los ojos verdes brillando como si toda su vida se le concentrara en la piel.

—Por favor… bésame. Y no te detengas. Solo… bésame.

Thomas obedeció. La besó como quien respira después de negarse el aire demasiado tiempo. Sus manos recorrieron sin prisa, con esa mezcla de control y devoción que lo volvía insoportable y perfecto a la vez. Annabella respondió con el cuerpo entero: el arco suave de la espalda, el temblor en las piernas, la manera en que su respiración se le quebraba y volvía a encontrarse.

No hubo prisa vulgar; hubo entrega. Un lenguaje íntimo, clandestino incluso dentro del matrimonio, porque en 1880 hasta el deseo conyugal debía guardarse bajo llave… y aun así existía, ardía.

Cuando el mundo volvió a tener bordes, Thomas se alzó sobre los codos, consciente de su peso sobre ella. Annabella estaba sonrojada, los labios hinchados por besos, los ojos con un brillo nuevo; su mano jugueteó con la barba incipiente de él, despacio, como si lo dibujara.

—Vamos a la cama.

La tomó en brazos. Annabella soltó un pequeño gritito, sorprendida, y se aferró a su cuello, ocultando la cara en el hueco de su garganta. Él la depositó en las sábanas con una suavidad que desmentía la dureza. Ella, instintivamente, se cubrió con las mantas, avergonzada de pronto, recordando el mundo y sus normas.

Thomas no le permitió esconderse demasiado. Se metió con ella, la rodeó con los brazos y empezó a acariciarle los antebrazos,

distraído, como si necesitara tocarla para convencerse de que era real.

—¿Tienes sueño?

—Mmm… sí…

Thomas sonrió apenas, una sombra, y le acarició el vientre con lentitud, como si la piel guardara un secreto.

—Ve a que te revisen.

—No me siento mal…

—No, cariño… estás perfecta.

Annabella se acomodó contra él, rendida.

—Entonces no quiero ir.

Thomas inclinó la cabeza, rozándole la mejilla.

—¿Preferirías que yo te revise?

Ella abrió los ojos para lanzarle una mirada escandalizada.

—No…

Thomas soltó un breve soplo, casi una risa.

—Annabella… creo que tendremos un bebé.

Ella se incorporó de golpe, sosteniendo la sábana contra su pecho. Lo miró como si no entendiera el idioma.

—¿Qué… qué dices? ¿Cómo lo sabes?

—Tengo mis sospechas. ¿Hace cuánto no tienes tu periodo?

Annabella se cubrió la cara con ambas manos.

—¡Thomas! ¡No puedes hablarme de esas cosas!

—Soy médico. —La voz, tranquila—. Para mí son funciones naturales. —Le tocó la pierna con ternura—. ¿Me dices?

Annabella respiró hondo y, por fin, escuchó a su propio cuerpo.

—Hace… no sé… —bajó la mirada—. Sí. Desde antes de Viena.

Thomas asintió, serio.

—Entonces podrías tener cerca de tres meses. Pero quiero que te revisen, por cualquier cosa.

Annabella lo miró con una sonrisa enorme, luminosa, como si la vida entera se le hubiera encendido detrás de los ojos. Se lanzó a sus brazos y lo besó una y otra vez, ebria de alegría.

—Te voy a dar un hijo… —Se tapó la boca, incrédula.

Thomas la abrazó con fuerza, hundiendo el rostro en el cuello delgado de ella, respirándola como quien se aferra a lo único bueno.

Aún no dijo *te amo*. No podía. No todavía. Pero la apretó contra sí como si esa fuera su única verdad, y dejó que sus manos lo dijeran por él: la forma en que la sostenía, la manera en que la cobijaba, el cuidado casi reverente con que volvió a acariciarle el vientre.

Annabella cerró los ojos, acurrucada.

—Te amo, Thomas… te amo tanto.

Thomas la envolvió como si el mundo entero quedara fuera, empezaba a comprender que perderla sería el verdadero desastre.

Capítulo 34

Annabella estaba contenta después de aquella noche en la que, por fin, había aprendido cosas que Thomas jamás decía en voz alta. Principalmente una: que la amaba. Lo hacía… a su manera. Quizá nunca pronunciaría las palabras —tal vez ni siquiera sabía cómo vestirlas—, pero ella lo sentía en los detalles: en la forma en que vigilaba su respiración cuando creía que dormía, en las caricias mínimas que le regalaba al pasar, en esa manera de colocarle el abrigo con una corrección casi fría… y, sin embargo, dejar los dedos un segundo de más en su nuca, como si no pudiera evitarlo.

Justo como ahora.

Giorgiana los había invitado a desayunar en uno de los mejores restaurantes de San Petersburgo, un sitio de techos altos y lámparas de cristal donde los camareros parecían moverse con la solemnidad de una liturgia. La mayor de los Charpentier estaba en Rusia por razones que no habían terminado de explicar; había llegado una semana antes que ellos y, al no verla en Viena, supusieron que había viajado directo, sin detenerse.

Thomas, en cambio, solo veía horarios, riesgos y normas. El mundo se sostenía en eso: en lo permitido y lo prohibido, en lo que

podía insinuarse y lo que debía callarse, en la apariencia impecable que escondía lo intolerable.

—No puedo creer que no hayas ido al médico aún —se quejó Thomas, entregando su gabardina al empleado del hotel.

No levantó la voz, pero el tono tenía esa firmeza suya que volvía innecesarias las amenazas.

Annabella sonrió, procurando que su alegría no lo irritara. Sentía el pulso vivo, rápido, como si el propio cuerpo celebrara.

—Tu madre dijo que me acompañaría hoy —respondió con ligereza—. Además, solo han pasado tres días.

Thomas arqueó una ceja, clavándole una mirada de esas que parecían medirle hasta los pensamientos.

—¿Y si no estás embarazada y solo te encuentras mal?

La frase no era preocupación simple, era Una manera de atarla a un protocolo: "si no hay certeza, no hay permiso para ilusionarse".

—Thomas, por favor… —Annabella restó importancia con un gesto suave—. Si me encontrara mal, tú lo notarías.

Lo dijo sin desafío, casi con ternura. Aun así, notó el mínimo endurecimiento de su mandíbula: como si lo halagara y lo incomodara a la vez. Él no estaba acostumbrado a que lo necesitaran con naturalidad; menos aún a disfrutarlo.

El maître los condujo por un salón perfumado a pan caliente y café oscuro. Había música muy baja, apenas un piano detrás de un

biombo; damas con guantes claros, caballeros con chalecos impecables, la conversación sostenida en un volumen civilizado.

En la mesa, Celio y Antoine ya los esperaban. Giorgiana no.

—Hola, bombón —sonrió Celio, levantándose con la teatralidad propia de quien se sabe observado—. Te ves hermosa. ¿Te has hecho algo en el pelo? Te ves fantástica.

—No, en realidad… —Annabella se sentó, aceptando que Thomas le recorriera la silla con ese gesto correcto, casi marcial. Cuando se acomodó, él ocupó su lugar a su lado.

Antoine la miró con esa chispa de malicia juvenil en los ojos, como si disfrutara de empujar los límites de lo que "se permite".

—Bueno, entonces habrás tenido noches espléndidas.

Annabella se atragantó con el aire, el rubor le subió al instante, desde el pecho hasta las mejillas. La insinuación era un arma; y Antoine la blandía con la facilidad de quien no paga los resultados.

—Antoine… te agradecería que no dijeras cosas como esas —murmuró, azorada.

—¿Qué cosa? —se hizo el inocente, abriendo las manos—. Yo solo hablo de dormir. Mal pensada.

Celio soltó una risa suave, satisfecho consigo mismo. Annabella le dedicó una mirada capaz de asesinar… pero se le desarmó cuando sintió la mano de Thomas posarse sobre su muslo, discreta, bajo la

mesa. No era un gesto cariñoso y simple: era posesión. Un recordatorio frío, físico, de que ella le pertenecía ante testigos.

Y entonces, como si no bastara con reclamarla, Thomas se inclinó hacia su oído.

—¿Cómo sabrán ellos…? —susurró con voz aterciopelada, lo bastante baja para que nadie más lo oyera.

Annabella se quedó helada. Sintió el calor de su aliento, la vibración de su voz rozándole la piel. Su pulso se le disparó en la garganta; tragó saliva, y la mano —traicionera— se le aferró al borde del mantel. Él, por supuesto, no parecía afectado. Por fuera era solo el conde correcto. Por dentro, Annabella lo intuyó en el mínimo apretón de esos dedos sobre su muslo: Thomas castigaba su deseo negándolo con palabras… y soltándolo en gestos que nadie podía acusar.

Ella lo miró escandalizada, con las mejillas encendidas, debatiéndose entre huir al tocador o fingir dignidad, no pudo hacer ninguna de las dos cosas, porque en ese momento Giorgiana apareció.

—¡Hola! —saludó, aunque caminaba raro.

Celio la recorrió con la mirada, cruel en su encanto.

—Querida G… ¿se te ha contagiado el caminar de los gansos o es que ya has bebido sin nosotros?

—Muy gracioso —replicó Giorgiana, sin perder su sonrisa—. Pero he traído un regalo para Annabella.

—¿Para mí? —Annabella parpadeó, sorprendida.

—Sí. De despedida —se encogió de hombros—. Sé que pronto vuelves a Londres y quise traerte esto.

Giorgiana se agachó bajo la mesa con una desfachatez indecorosa para un lugar así, el mantel la cubrió a medias.

—Pero ¿qué haces? —Annabella se alteró, escandalizada por el atrevimiento en pleno restaurante.

Giorgiana emergió con una sonrisa triunfal y, en medio del salón, le tendió un gatito de Birmania: blanco, con la cabecita oscura y las patitas negras; no tendría más de dos meses.

Era una nube tibia y esponjosa.

—Toma.

—¡Pero si es precioso! —Annabella se extasió, pegándolo instintivamente a su pecho—. ¡Gracias! Siempre quise un gato.

Thomas miró primero al animal, luego a Giorgiana. El disgusto le cruzó el rostro como un relámpago: apenas un gesto, suficiente para quien lo conociera.

—Te puede hacer daño. Devuélvelo —dictaminó, sin dramatismo.

Annabella lo miró con una súplica silenciosa, pegando la mejilla al pelaje tibio del animal.

—No, Thomas… yo lo quiero.

—Vamos, no le pasará nada —intervino Giorgiana, complacida de haber encontrado la forma exacta de molestarlo—. No seas aguafiestas.

Thomas tomó una taza de café con una calma deliberada. Ese autocontrol suyo era, en sí mismo, una amenaza.

—Al bebé sí puede hacerle mal.

El silencio cayó un segundo.

—¿Bebé? —Celio se quedó inmóvil, como si la palabra le hubiera pegado en el pecho.

—Ha dicho "bebé"… —Antoine abrió los ojos—. ¿Cierto?

Giorgiana, con la boca entreabierta, se llevó la mano al corazón.

—¿Un bebé? ¿Tendrán un bebé?

Annabella se sonrojó, abrazando al minino como si pudiera esconderse en él. Asintió, aunque la certeza aún no era completa. Pero el brillo en los ojos la delataba: ya vivía dentro de esa ilusión.

—¡Por Dios! ¡Felicidades! —Giorgiana la abrazó con alegría.

Hubo felicitaciones, palmaditas discretas, sonrisas de sociedad. En 1880 una noticia así era una joya y una sentencia: un heredero como triunfo, un vientre como deber.

—¡Brindemos! —anunció Celio—. Bueno… menos tú, querida. Dicen que no es bueno que una dama "en tu estado" beba.

Annabella asintió, aliviada de tener algo a lo que aferrarse: un protocolo claro. Ellos pidieron licor; ella se conformó con té, manos sobre el regazo, sintiendo de vez en cuando la presión de Thomas en su muslo, como si el conde se asegurara de que el mundo recordara la regla principal: *lo que es suyo no se toca*.

Cuando el desayuno terminó y llegó la hora de retirarse, Thomas sintió que la paciencia se le deshacía en los dientes. No logró convencer a ninguna de las dos mujeres de renunciar al gato. Annabella ya le buscaba nombre. De vuelta en el hotel, en cuanto cruzaron la puerta de la habitación, Thomas se dejó caer con un libro, como si el papel pudiera salvarlo del caos.

—Annabella, ni se te ocurra ponerle nombre —advirtió.

—¿Por qué no? —ella se sentó a sus pies, gatito en brazos, con una sonrisa de niña demasiado feliz—. Es tan tierno.

Thomas bajó la mirada. Por un instante, el gesto de ella —tan doméstico, tan íntimo— lo tocó en un lugar blando. Y lo castigó, apartándose de inmediato, escondiéndose en la severidad.

—Porque sueltan pelo —dijo—. Y en casa tenemos perros. No gatos.

—Tú tienes perros —corrigió ella—. Yo tendré a Twyla.

—Cariño… se la comerán.

Annabella apoyó la barbilla en la rodilla de Thomas, levantando los ojos con esa persuasión descarada que a él lo irritaba… y lo

desarmaba al mismo tiempo.

—¿Por favor?

Thomas no la miró. Pero su mano, casi sin querer, rozó el cabello de Annabella, un segundo mínimo que la dejó ardiendo.

—No funcionará —sentenció—. Déjalo.

—Yo la quiero —insistió.

El gatito escapó a la alfombra.

—No lo dejes libre —previno Thomas, seco.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Que lo aviente por la ventana?

Thomas no alzó la vista del libro.

—¿Es una opción?

—¡No! —Annabella puso las manos en jarras, indignada… y el gesto la hizo ver, de pronto, muy mujer.

La puerta se abrió antes de que la discusión creciera.

—¡Annabella, cariño! —se oyó la voz de Marie—. ¿Estás lista, cielo?

Annabella alzó la mirada hacia la puerta.

—Sí —respondió, entusiasmada—. Pase, Marie. Solo tengo que tomar algo…

Pero Twyla se escondió bajo la cama y Annabella acabó en el suelo, persiguiéndola.

—¡Dios santo! —exclamó Marie al ver aquella escena—. ¿Qué haces?

—Intenta atrapar su gato —informó Thomas, con calma irritante.

Marie se llevó una mano al pecho.

—Hijo… ni siquiera sabía que estabas aquí.

Thomas se levantó para saludarla con un beso y volvió a su asiento.

—Hola, madre.

Marie miró al minino con aversión, como si viera un mal presagio.

—¿Por qué tienen un gato?

—Una jugada brillante de una adversaria encantadora —replicó Thomas, sin nombrar a Giorgiana.

—¿Adversaria?

—¡Lo tengo! —Annabella emergió con Twyla entre las manos.

—Ni creas que yo lo cuidaré —anunció Thomas—. Consideré seriamente aventarlo por la ventana.

—¡Thomas! —se quejó ella, acurrucando al gatito—. Qué malo eres.

—Un gato no es el animal que escogería para una mujer en cinta —opinó Marie, con ese mismo desagrado que explicaba demasiadas cosas sobre su hijo.

Annabella levantó el gatito frente a su cara, encantada.

—Pero si es tan mono…

—Como ya dije —volvió a su tono de decreto—: yo no lo cuido.

—Está bien, gruñón. Se lo dejo a Lizet —Annabella se encogió de hombros, encaminándose a la salida con Marie.

Thomas levantó la voz, sin alzarla del todo. Fue peor.

—Espera.

Annabella se detuvo.

—Ven aquí.

Ella regresó hacia él. Thomas dejó el libro, se puso de pie y le tomó la cintura con lentitud, como si cada centímetro fuera una decisión. La besó con parsimonia; no fue un beso largo, pero sí intencional. Su boca la reclamó con delicadeza calculada, y Annabella sintió que el cuerpo le respondía con una alegría indecente.

Él, como siempre, parecía dominarse. Pero el pulso en su cuello —mínimo, insistente— lo traicionó.

—Avísame en cuanto vuelvas —ordenó, en voz baja—. ¿Entendido?

Annabella asintió con los ojos cerrados, flotando en esa nube de sensaciones que él le dejaba cada vez que se permitía tocarla frente a otros. Thomas le besó la nariz, un gesto absurdo y tierno… y la soltó antes de que ella se aferrara demasiado.

Marie observó la escena con una sonrisa suave, casi triste.

—Nos vemos, hijo.

—Madre —Thomas inclinó la cabeza, refugiándose en su libro.

Annabella subió al carruaje con los nervios a flor de piel. Solo pensar que, de confirmarse, llevaba algo vivo dentro… la mareaba de emoción y temor.

—Te ves contenta —comentó Marie—. Espero que mi hijo siga comportándose como un tonto.

Annabella se sonrojó.

—No… él es muy dulce conmigo. Solo que hay días…

Calló. Miró a Marie con cuidado.

—Marie… ¿hay algo que lo atormenta?

La mujer mayor se recostó, y en su expresión apareció esa nostalgia que tenía espinas.

—Ya alguna vez te dije que participé poco en la educación de mi hijo —comenzó—. De ahí viene su falta de tacto… y su terrible manera de interpretar los sentimientos.

—Sí… me lo dijo en el barco —asintió Annabella—. Pero ¿por qué? Era su hijo también. ¿Quién le prohibiría algo a una madre?

Marie respiró hondo, como si cada respuesta tuviera un precio.

—Los hombres siempre tienen sus ideas. Y como sabes… nosotras no siempre podemos hacer más que acatar. —La mirada se

le ensombreció—. Y rebelarme tampoco habría funcionado.

Annabella tanteó el abismo.

—¿Lord Humberto… reaccionaría mal?

Marie le apretó la mano, cambiando el tema con la habilidad de quien aprendió a sobrevivir.

—Hoy no es para hablar de eso, niña. Hoy es para hablar del posible bebé. —La miró con una sonrisa tensa—. ¿Has pensado en un nombre?

Annabella negó. Por dentro, sin embargo, la sospecha se le instaló como una piedra: Humberto, Thomas, Marie… una guerra doméstica vestida de cortesía.

Llegaron pronto a la residencia de los Wensterline. Cristina las esperaba desde la puerta, efusiva, resplandeciente; su sonrisa parecía más brillante que el sol de verano.

—¡Vamos, querida! —llamó—. ¡Te están esperando!

Annabella se sonrojó de pies a cabeza.

—Madre… —le tomó el brazo—. Tranquilízate.

—¿Cómo quieres que lo haga? —Cristina casi reía de felicidad—. ¡Mi hija dará un heredero al marquesado de Sutherland!

—Estás bastante segura de que será varón —puntualizó Marie, impecable—. Dios no siempre concede lo que se exige.

—¡Por favor, Marie! —Cristina lo desestimó—. Si mis sobrinas dieron un varón en su primer embarazo, mi hija también podrá.

Marie endureció apenas el gesto.

—Nada es seguro. Y sería mejor que no la asustaras con eso.

Cristina no escuchó; tomó a su hija del brazo, apretando demasiado, como si el entusiasmo se le volviera presión.

—Mi amor… tú sabes que es fundamental que sea varón. Tu marido necesita un heredero, y hasta que no se lo des… tu posición no es segura en su casa.

Annabella sintió que el mundo se le ladeaba. No por maldad, sino por el peso social de la frase: el matrimonio era una institución, el cuerpo de la mujer una responsabilidad pública, y el amor —si existía— se escondía detrás de los deberes.

—Madre… —susurró, con la garganta apretada.

Cristina siguió, inconsciente del daño.

—Espera —pidió, dejando que Marie pasara primero para hablar a solas—. Ahora sí, ¿qué sucede?

—Tú solo me tuviste a mí… —Annabella alzó la vista—. ¿Por qué es tan fundamental que yo tenga un varón?

Cristina bajó la voz, como si el pasillo pudiera oírlas.

—Tu padre te adoraba, pero ahora… ahora dependemos del sustento de Humberto y él es un hombre estricto. Que no tengas un

varón… no es una opción.

Annabella frunció el ceño.

—¿Debo comprender que estoy al servicio de mi suegro en lugar de mi marido?

Cristina rio con una ligereza peligrosa.

—Tu marido es igual que su padre. Se le nota en el porte.

—Él no es malo… —Annabella bajó la mirada—. Yo… no creo que le molestaría tener una hija.

—¿Segura?

No, no estaba segura. Pero quería creer. Thomas tenía dureza; sí. Pero también tenía gestos de ternura que no podían fingirse.

—Pasa, hija —ordenó Cristina—. Ya no te asustes, te hace daño.

Entraron. Marie conversaba con un hombre mayor: el doctor que había asistido al nacimiento de Annabella. Estaban también Olga, Dasha, Milenka… y un joven rubio, apuesto, con ojos atentos.

—Doctor —Annabella le habló en ruso—. Gracias por acudir.

—¡La pequeña a la que ayudé a traer al mundo! —exclamó el hombre—. ¡Te has puesto aún más hermosa!

Annabella volvió a sonrojarse, incómoda ante la intimidad.

—Doctor Frigür… qué placer verle atendiendo ahora a mi hija —dijo Cristina, encantada.

—El placer es mío —asintió—. Recordarán a mi hijo, Norbert.

El joven se puso de pie e inclinó la cabeza ante las damas.

—Un gusto conocerlas.

Olga lo atrapó como si fuera un mueble útil.

—Siéntate, buen muchacho. Ellas irán a hacer otras cosas. Tú me contarás eso que haces.

Norbert obedeció, aunque su mirada seguía a Annabella con insistencia. Ella, nerviosa, apenas lo registró.

—Pasa, querida —indicó el doctor.

Annabella salió primero, con el corazón martillándole. No solo por la posibilidad del bebé, sino por el terror infantil de decepcionar a un mundo que ya exigía un varón.

Thomas, por su parte, estaba recostado en la cama del hotel. Había dejado el libro en la mesa de noche; el cansancio le pesaba, pero la ansiedad lo mantenía despierto. No dudaba de que Annabella estuviera embarazada; lo sabía en el cuerpo, en la piel, en la manera en que ella olía distinta desde hacía semanas.

Lo que le preocupaba era lo demás: su padre, Londres, la inevitable convivencia bajo el mismo cielo. Por un segundo —solo un segundo— pensó en llevársela lejos. Arrancarla de esa red. Pero su madre pagaría el precio. Y él jamás permitiría que Marie pagara por sus impulsos.

La puerta cedió.

Thomas creyó que era Annabella. Pero al ver a Humberto en el marco, maldijo en silencio y se cubrió el rostro con un brazo, como si con eso pudiera borrarlo.

—Cierra la puerta —espetó—. Y, si es posible, contigo fuera.

Humberto entró como si la habitación fuera suya.

Cerró la puerta con una corrección casi amable. Esa era su especialidad: lo impecable que da miedo. Se acercó a la cama y, sin pedir permiso, se recostó del lado de Annabella, ocupando su lugar con una desfachatez ceremoniosa.

—Me alegra ver que cumpliste tu misión —comentó con una sonrisa social—. Has dejado embarazada a tu mujer.

Thomas apretó la mandíbula.

—Y veo que tú sigues siendo lo mismo: un cobarde con modales —respondió, sin mirarlo.

Humberto rio, como si fuera un juego de padre e hijo.

—Qué manera tan encantadora de dirigirte a tu padre.

Tomó la almohada de Annabella y la olió despacio, ostentando el gesto como una provocación.

—Huele a tu esposa.

Thomas soltó una risa sin humor.

—Es normal. Duerme ahí todas las noches.

—Eso es lo que me asombra —Humberto se abrazó a la almohada que sostenía—. Te has aficionado a ella.

Thomas giró la cabeza hacia él.

Los ojos azules no tenían calor: tenían sentencia.

—En realidad duerme en el suelo —mintió con una calma cruel—. Por si te apetece imitarla y tirarte ahí en vez de molestarme en la cama.

Humberto chasqueó la lengua, divertido.

—Serías cruel si lo hicieras. Ni siquiera yo llegaría a tanto.

— Tú haces cosas mucho peores —Thomas apretó los dientes.

Humberto lo ignoró con elegancia; esa era otra forma de herir.

—Debe ser buena compañía —dijo, y la sonrisa se le volvió más baja—. Y buena esposa. No te has aburrido, no te has desviado… ni una sola vez, según me cuentan.

Thomas se incorporó apenas.

—¿Debo suponer que sabes todo lo que hago?

—Tengo informantes —contestó Humberto, casi casual.

—Yo sé quiénes son —Thomas lo miró—. Y no están conmigo todo el tiempo.

—Basta con lo necesario —Humberto levantó la vista al techo, teatral—. Qué daría yo por tener ese cuerpo entre mis brazos… con permiso, por supuesto. Siempre con permiso.

La frase venía envuelta en seda, pero olía a amenaza.

Thomas se levantó de golpe, contenido, pero con una violencia que le vibraba en los hombros.

—Suerte con eso —dijo, cada palabra medida—. Es mía. Y no permitiré otra cosa.

Humberto aplaudió, con ironía.

—¡Quién lo diría! Posesivo. —Se acercó un poco, como quien no teme—. Ahora tienes algo que perder.

Thomas no respondió. Humberto continuó, siempre sonriendo, siempre civilizado:

—Me pregunto cómo mantienes contenta a una mujer así… Digo, es lo único en lo que no te he instruido.

Thomas lo miró con asco.

—Primero: no las golpeo.

Humberto alzó ambas manos.

—Lo lamento por lo de tu madre —añadió, caminando hacia el tocador de Annabella, tocando sus frascos como si inspeccionara un botín—. Ya sabes que nunca me ha gustado que se me desafíe.

Thomas lo tomó por la chaqueta y lo acercó con un tirón que dejó claro, en un segundo, el tamaño real de su fuerza.

—Eres un bastardo.

Humberto le quitó las manos con una palmada breve y se acomodó la chaqueta sin perder la sonrisa. No parecía asustado. Sabía demasiado bien cuál era el freno de Thomas.

—Tranquilízate —musitó, regresando al borde de la cama—. Me pregunto… si tu esposa quisiera jugar conmigo.

—No quiero nada contigo.

—El corazón de tu mujer… —Humberto suspiró, soñador—. Me gustan los juegos. Y tú llevas ventaja. Si no consigo su alma, al menos…

Thomas se movió en un parpadeo. Lo estampó contra la pared, apretándole el cuello lo suficiente para que la sonrisa se le quebrara, no del todo, pero sí un poco.

—Si la tocas —dijo Thomas, sin gritar— te aniquilo.

Humberto respiró con dificultad y aun así sonrió: venenoso.

—Punto débil. Uno grande. —Le tocó la mejilla, como si fuera una bendición—. Ahora tienes dos.

La puerta se abrió.

Ambos se separaron, y la figura que entró fue Annabella: venía con una sonrisa de oreja a oreja, los ojos encendidos, ese brillo limpio que solo buscaba a Thomas.

Al verlo, no se detuvo. Fue hacia él, le tomó el rostro con ambas manos y lo besó, olvidando la etiqueta, olvidando al mundo. Su cuerpo temblaba de alegría; la respiración le salía rápida.

—¡Serás padre!

Thomas quedó rígido un instante, con el pasado todavía en los dedos. Pero al sentirla, al oírla, algo en su pecho se ablandó, pese a todo. A sus espaldas, Humberto aplaudió con el entusiasmo exacto para parecer un buen hombre.

—¡Qué maravillosa noticia, querida! —exclamó—. Deja que el abuelo los felicite.

Humberto avanzó con los brazos abiertos para abrazar a Annabella. Thomas se adelantó un solo paso y le puso la mano en el pecho, firme. Fue un gesto correcto, incluso educado… pero sus ojos dijeron lo que su boca no necesitó pronunciar: *no*.

—Gracias, padre —dijo, apretándole la mano—. Si nos disculpas…

Humberto sostuvo la sonrisa.

Asintió como quien concede un favor.

—Bien. Los veré luego, en ese caso.

Y salió, dejando en el aire su perfume caro y su amenaza invisible.

Thomas exhaló solo cuando la puerta se cerró, bajó la vista hacia Annabella, ella lo observaba con la cabeza ladeada, los dedos suaves sobre su pecho, inquietos, como si el cuerpo celebrara y temiera al mismo tiempo.

—¿Sucede algo? —preguntó, nerviosa, jugueteando con las solapas de su traje—. ¿Hablaban de…?

Annabella pensó en el "heredero", en el varón, en la presión. Sintió la garganta apretarse.

Thomas le acarició la mejilla con un gesto inesperadamente tierno, como si la envolviera y la apartara del veneno de Humberto.

—No —dijo, con una calma que era para ella—. Está todo perfecto.

La besó con suavidad.

—Dime… ¿qué te ha dicho el doctor?

Annabella sonrió y lo tomó de las manos.

Lo llevó hacia la cama, lo empujó con delicadeza para que se recostara y luego se acomodó sobre él, usando su pecho como almohada, como si ahí estuviera la única seguridad.

—Me dijo que tardará en notarse… pero tengo tres meses.

Thomas le acarició la espalda, arriba y abajo, lento, como si necesitara memorizarla.

—¿Síntomas?

—Solo… la falta de periodo —dijo, sonrojada—. Ninguna molestia.

—Me alegro —besó su cabeza—. Tienes que cuidarte, Annabella.

La frase no era solo protección. Era posesión. Era miedo.

—No quiero que me desobedezcas —añadió, sin dureza, pero con esa autoridad que no admitía discusión.

Annabella levantó el rostro. Tenía los ojos brillantes, la respiración un poco acelerada; su mano se posó en el vientre, instintiva, como si ya pudiera sentirlo.

—No… Ahora tengo algo más importante en qué pensar.

Thomas la miró un segundo largo. Por fuera, el conde correcto. Por dentro, el hombre ardiendo que no sabía nombrar lo que sentía… pero que, de algún modo, ya había decidido una cosa: que a Annabella —y a lo que crecía en ella— no los tocaría nadie.

Ni siquiera su padre.

Capítulo 35

Les quedaban tres días en Rusia, después de todo un mes en la tierra natal de Annabella. Para entonces, ella se sentía agradecida con la vida… y, sobre todo, con la vida diminuta que crecía dentro de ella y le daba una nueva forma de respirar el mundo.

Los ojos verdes se le abrieron despacio, como si el amanecer tuviera peso. La habitación olía a leña apagada, a lino limpio y a ese perfume sobrio de Thomas que se le quedaba pegado a la piel. Él la sostenía desde atrás, como cada madrugada: el antebrazo firme rodeándole la cintura y la mano extendida sobre su vientre, no en un gesto tierno cualquiera, sino en uno casi instintivo, posesivo y protector a la vez. Como si, aun dormido, contara lo que es suyo.

—¿Ya despertaste? —murmuró él, cerca de su oído.

El calor de su voz le corrió por la espalda como un escalofrío. Annabella sonrió apenas, girando la cabeza lo suficiente para verlo: el cabello oscuro un poco desordenado, los ojos azules todavía velados, la mandíbula tensa incluso en la calma. En Thomas, el descanso siempre parecía una tregua, nunca una rendición.

—Hola —susurró ella.

Thomas apretó el abrazo, hundiendo la nariz en su hombro desnudo, y dejó un beso lento allí. Luego otro, un poco más arriba.

Annabella sintió cómo se le aceleraba el pulso, cómo el cuerpo la traicionaba con facilidad, como si la nueva valentía que venía con el embarazo también encendiera algo más… más despierto.

—Te has vuelto más dormilona —dijo él, con una sombra de sonrisa. Volvió a besarle el hombro, como si probara su paciencia.

—Supongo que es por el bebé… —se acurrucó contra su pecho, buscando el calor.

Thomas siguió el borde de su cuello con la boca, sin prisa, como si supiera exactamente en qué punto la respiración de ella cambiaría. Y cambió: se le cortó un segundo, después se volvió más honda.

—¿Piensas quedarte en cama todo el día? —preguntó, rozándole la oreja con los labios.

Annabella se estremeció, y la mano le fue sola hacia el antebrazo de él, como si necesitara aferrarse a algo firme.

—Si te quedas conmigo… podría considerarlo —contestó, juguetona, aunque la voz le salió más suave de lo que pretendía.

Thomas soltó un sonido breve, casi una risa.

—Es una buena posibilidad.

Se movió con una lentitud calculada, colocándose sobre ella sin aplastarla, sosteniéndose en el peso de sus brazos. Annabella sintió el cambio de aire, el calor que él le robaba al espacio. Él bajó la

boca a la suya, y el beso fue primero contenido, como una disciplina; después, más profundo, como una confesión que se niega.

Thomas no decía "te deseo", pero lo hacía con la forma en que se quedaba, con la manera en que la boca se demoraba, con el silencio que usaba para obligarla a sentir. Annabella, impaciente, le buscó los labios con más hambre, y ese gesto —la audacia nueva— le arrancó a Thomas un leve apretón en la cintura: castigo dulce, control firme.

—Te amo —alcanzó a decir ella entre besos, con la voz rota.

Thomas deslizó la mano por su muslo, apenas un recorrido, lo suficiente para que el cuerpo de Annabella respondiera con un temblor breve. Ella cerró los ojos, respiró hondo… y entonces—

—¡Levántense, niños!

La puerta se abrió de golpe.

Humberto entró como si no existiera el pudor. Como si el matrimonio ajeno fuera parte de su propiedad. Como si la casa —y sus llaves— le obedecieran.

Annabella soltó un grito ahogado, instintivo, y se aferró al cuello de Thomas, escondiendo el rostro. La sangre le ardió en las mejillas, la vergüenza le apretó la garganta. En 1880, incluso la felicidad debía tener horario; incluso la intimidad debía tener permiso.

Thomas cubrió el cuerpo de Annabella con una rapidez feroz, no tanto por recato, sino por posesión. Su mirada se volvió un filo.

—¿Qué demonios haces? —gruñó—. ¡Sal de una vez!

Humberto, lejos de incomodarse, sonrió con esa calma social que siempre parecía esconder un puñal.

—Los esperamos en treinta minutos en la entrada —anunció, como si acabara de interrumpir una lectura de misa. Miró apenas, lo justo para hacer daño sin dejar prueba—. No lleguen tarde. A los Hüglander no les gusta esperar.

Y cerró la puerta con una serenidad insultante.

Thomas apretó los ojos, conteniendo un impulso que le vibró en el cuello. Abrazó a Annabella con fuerza y le acarició la espalda, como si quisiera borrar de su piel el aire que Humberto había traído consigo.

—No llores… —murmuró—. No te avergüences. Fue su culpa.

—No debíamos… no debíamos estar haciendo esto… —balbuceó ella, todavía temblando.

Thomas rodó con cuidado, quedando boca arriba, y la acomodó sobre él: ligera, protegida, escondida. La mano volvió a su vientre, firme, como un juramento.

—Puedo amarte a la hora que nos plazca —dijo, y su voz, aunque baja, llevaba una amenaza oscura—. Eres mi esposa. Y esta es nuestra alcoba. No tenía ningún derecho a abrir esa puerta.

—Pero… no me habría visto así…

Thomas le levantó el mentón con dos dedos.

—Bella… me habría enfurecido incluso si solo estuvieras dormida.

Ella se quedó un momento quieto, respirando en su cuello, como si esa frase le acomodara el mundo. Aun así, la vergüenza seguía ahí: una humedad en los ojos, un nudo en el pecho.

—No quiero bajar —confesó, escondida.

—¿Segura? —Thomas ladeó la cabeza—. ¿No era ese desayuno por el que estabas tan emocionada?

Annabella dudó. Alzó el rostro y encontró los ojos azules de él, atentos, suaves en lo que podían ser suaves.

—¿No pensarán…? —tragó saliva; la voz se le volvió pequeñita—. ¿No pensarán que soy una mala mujer por… por no respetar horarios? ¿No se supone que una mujer respetable debe hacerlo?

Thomas la recostó otra vez, con cuidado, como si la acomodara dentro de su propia autoridad.

—A mí me pareces perfecta —dijo—. Y respetable.

Annabella frunció el ceño y le dio un golpe leve en el hombro… y se detuvo de inmediato al ver, en la piel, la cicatriz de la bala que él había recibido por salvarla. La culpa le cambió el gesto. Tocó la marca con la yema de los dedos, casi con miedo, como si todavía doliera.

—Sabes que ya no duele —dijo Thomas, siguiendo su mirada.

—Me gustaría que nunca hubiera dolido —susurró ella.

Thomas le besó la frente, un beso corto, contenido.

—Ya pasó. —Su tono fue tajante—. Ahora será mejor que te vistas… o mi padre creerá que terminamos lo que él interrumpió.

Annabella soltó un chillido y se cubrió la cara con ambas manos.

—¡No bajaré!

Thomas sonrió, le fascinaba verla así: sonrojada, indignada, viva. Esa inocencia suya lo empujaba a un lugar que él castigaba con distancia verbal, pero que el cuerpo delataba con facilidad.

—Vamos, Bella. Era una broma —dijo—. Te ayudaré con el vestido.

—No. Lo haré sola.

Thomas alzó una ceja.

—Sabes que no puedes sola.

—No quiero que tú lo hagas —protestó, encaprichada—. Te burlas.

—Sí. Y no me avergüenza que se sepa que eres mi mujer.

—¿Y con tal de que se sepa no te importa que el mundo me vea?

La sonrisa de Thomas desapareció. Se enderezó, serio, y la mirada se le volvió de acero.

—Si alguien más te ve siquiera los tobillos… lo mato.

Annabella supo, con un latigazo frío, que no era una exageración.

—Tu padre tuvo una buena "visión" —le recordó, amarga.

Thomas apretó los dientes.

—Cuando mucho vio tus brazos. Las sábanas nos cubrían. Y yo estaba sobre ti.

Annabella abrió los ojos, indignada, y se hundió entre las mantas como si pudiera desaparecer.

—Ven. Hay que cambiarnos.

Le tomó más de quince minutos convencerla. Thomas entendía la vergüenza, pero no iba a permitir que Humberto les robara un solo día más. Había algo en su forma de invadir que Thomas no podía tolerar: no era solo intromisión, era dominio.

Finalmente, con la mano de Annabella descansando en el brazo masculino —como dictaba el protocolo, como exigía la vista ajena—, Thomas la escoltó al vestíbulo. Sus padres los esperaban con una paciencia falsa, bebiendo té como si fueran una familia armoniosa.

Thomas se inclinó y besó la frente de su madre.

—Madre.

Marie lo miró con un reproche tenue —lo bastante para que solo él lo sintiera— y luego clavó la vista en Annabella.

—Annabella.

—Lady Marie —respondió Annabella, azorada, entendiendo el mensaje sin que se lo dijeran: *un horario, una puerta, un límite*.

Humberto sonrió.

—Bien. Ya que estamos todos… ¿por qué no nos vamos? Los Hüglander no son anfitriones pacientes.

Thomas guio a su esposa hacia la salida, la ayudó a subir al carruaje y luego subió a su lado. Esperó a que sus padres hicieran lo mismo.

Marie se incorporó con parsimonia. Cuando Humberto le tendió el brazo, ella lo miró como si ese gesto fuera una ofensa más.

—¿Por qué has entrado en sus habitaciones? —preguntó, controlada, con la máxima cautela que le quedaba.

Humberto respondió como si hablaran del clima.

—Quería verlo con mis propios ojos.

Marie alzó una ceja, altiva.

—¿Ver cómo se aman?

Humberto la miró, sonriendo.

—Ver el nuevo punto débil de tu hijo. —Se acomodó el guante—. Dos en una sola persona. He ganado el doble.

Marie sostuvo la mirada, sin parpadear.

—Eres su padre. No tendrías por qué competir con él.

Humberto se endureció apenas; lo suficiente para que el veneno asomara bajo la cortesía.

—Thomas y yo nos entendemos —dijo—. ¿Tú, que ni siquiera lo conoces, pretendes decirme cómo es?

Marie respiró hondo y subió al carruaje sin aceptar la ayuda.

—Siempre seré su madre, aunque te incomode —sentenció, mirando al frente con dignidad—. Y por eso sé que lo conozco más que tú. Aunque intentaras separarlo de mí, yo lo vigilaba, le prestaba atención… aprendía de él.

—Por favor —se burló Humberto, con una sonrisa.

Marie lo miró entonces con odio puro, sin maquillaje.

—De lo único que puedes jactarte es de que él no me ve como su madre… sino como una mujer que lo trajo al mundo y de la que no supo nunca más.

Humberto subió después, como si esa frase no le atravesara la piel.

El camino hacia la casa de los Hüglander se hizo largo. San Petersburgo, inmensa y concurrida, estaba viva desde temprano: mercaderes, carruajes, tiendas abiertas, el aire perfumado por pan recién horneado y humo de carbón. Annabella intentó llenar el viaje con conversación ligera para neutralizar la tensión; Thomas se la siguió, con una cortesía que era más para ella que para el resto.

—Al fin llegamos —dijo Humberto, aliviado de separarse de Marie.

—Qué alivio —respondió Thomas, y el resentimiento se notó.

Bajaron del carruaje con movimientos pulcros, ensaya dos para el mundo, para los anfitriones, eran una familia poderosa, impecable, la mentira se sostenía en la forma en que se colocaban los guantes.

—Lord Hüglander, agradecemos su invitación —dijo Humberto, estrechando la mano del caballero: porte elegante, semblante pétreo.

—Es agradable recibir visitas que aporten diversidad —asintió el hombre, sin aflojar la expresión—. Nos honra que alguien de su alcurnia acepte venir a esta morada.

—Mi esposa, Marie. —Humberto la presentó, y ella hizo sus respetos con la rigidez de quien no quiere deber nada—. Mi hijo Thomas y su mujer, Annabella.

—Bienvenidos —respondió Lord Hüglander—. Mi esposa… Gelga.

Gelga era demasiado joven. Hermosa, sí: piel blanca como nieve, ojos almendrados, cabello oscuro como noche cerrada. Pero había en su figura algo casi aniñado, una fragilidad que escandalizaba por la diferencia de edad evidente. Annabella sintió un estremecimiento: *eso podría haber sido yo*, pensó, y el estómago se le encogió.

Miró a Thomas. Él mantenía una mano posesiva en su cintura, firme, como un escudo. Annabella sintió gratitud; no por el matrimonio impuesto, sino por lo que había nacido dentro: Thomas la quería. A su modo. Con su idioma.

—Lady Annabella —dijo Gelga con voz dulce—. ¿Me acompañaría? ¿Sería una molestia?

—Lady Gelga, sería un honor —respondió Annabella, inclinándose.

Se despidió de Thomas con la mirada. Él asintió apenas, correcto… pero sus dedos se cerraron un segundo en su cintura: *no tardes*. Gelga la condujo hacia el jardín, entre senderos y sombras de árboles. Había damas con sombrillas, risas medidas, platos de almuerzo servidos en mesas pequeñas; todo parecía un cuadro pintado con reglas.

—Me alegra encontrar a alguien joven entre los invitados de mi esposo —confesó Gelga, bajando la voz—. Normalmente… me aburro.

—A mí me alegra estar aquí —respondió Annabella con cuidado —. Aunque creo que mis primas, Dasha y Milenka, también han venido.

Gelga hizo una mueca involuntaria.

Annabella rio, suave.

—Por esa expresión… dudo de mi propia respuesta. ¿Han hecho algo imperdonable?

Gelga se sonrojó.

—No… es solo que… digamos que me han hecho la vida difícil.

—Me lo imagino —asintió Annabella, compasiva.

La conversación fluyó con naturalidad, sin pretensiones. Gelga tenía esa hambre de amistad que delataba soledad. Annabella la entendió más de lo que habría querido.

—Dígame, Lady Annabella —preguntó Gelga, mordiéndose el labio con incertidumbre—. ¿Cómo es su esposo?

Annabella sintió un calor repentino en la garganta, como si el nombre de Thomas siempre la tocara por dentro.

—Es… bueno —dijo, y sonrió sin darse cuenta—. Difícil, a veces. Pero bueno.

—¿Él no es…? —Gelga buscó la palabra—. ¿Bruto?

Annabella bajó la cabeza, conteniendo una risa.

—¿Tiene algo que ver con Lord Hüglander?

Gelga asintió, frustrada.

—Parece que ni siquiera me tolera.

—¿Cuánto llevas casada con él?

—Dos meses.

Annabella casi se ríe, pero se contuvo. Recordaba su segundo mes: la incomodidad, el miedo, el orgullo herido, el deseo sin permiso.

—Yo lo pasé muy mal al principio —admitió—. Mi esposo tiene un carácter… difícil.

Gelga la miró con alivio, como si no estuviera sola en su desgracia.

—Pero él… —dijo Gelga— se ve que la quiere.

Ese comentario le encendió a Annabella una ternura inmediata; le gustó, por primera vez, que alguien viera lo que ella sentía.

—Gracias. Pero te diré algo… —se inclinó como si contara un secreto—. Nunca me lo ha dicho.

Gelga abrió los ojos.

—¿Y puedes vivir con eso?

Annabella pensó en los besos mínimos, en las manos de Thomas sobre su vientre, en cómo la tocaba sin tocarla frente a otros, en cómo la ordenaba sin alzar la voz… y en cómo, cuando nadie miraba, parecía perder el control solo lo suficiente para delatarse.

—Sí —respondió—. Porque lo sé. Lo siento. Y quizá, cuando esté listo, me lo diga… o quizá no. Pero me lo demuestra.

Gelga bajó la mirada, y en ese gesto había resignación.

—No somos iguales —confesó—. Yo… yo no tuve tanta suerte.

Annabella le tomó las manos con suavidad.

—También duele no ser correspondida —dijo, sincera.

Gelga asintió, agradecida.

Un silencio amable se instaló. El jardín, amplio, parecía respirar. Entonces una voz masculina las interrumpió por detrás.

—Señoritas.

Ambas giraron a la vez. Era Norbert Frigür, el hijo del doctor. Un hombre joven, rubio, demasiado seguro de su presencia.

—¡Oh! El hijo del doctor Frigür —dijo Annabella, poniéndose de pie con corrección—. Es un gusto volver a verle.

—¿Norbert? —Gelga sonrió—. ¡No sabía que venías!

Y, con una confianza impropia para una esposa ante terceros, se colgó de su brazo. Annabella se tensó: aquel gesto, aunque inocente, era un escándalo en miniatura.

—Perdone a mi prima —dijo Norbert, soltándola con una sonrisa amable—. Es efusiva cuando quiere.

—¿Son primos? —preguntó Annabella, confundida.

—Terceros —aclaró él.

Gelga cruzó los brazos como una niña.

—Casi ya no somos familia.

—Claro que lo somos —rio Norbert, revolviéndole el cabello.

Annabella observó el detalle que Gelga misma parecía ignorar: los ojos de la muchacha se encendían cuando él la tocaba así. Annabella apretó los labios.

Dieciséis, se recordó, y el mundo le pareció todavía más cruel. Norbert miró a Annabella con una atención que se volvió incómoda.

—Lady Annabella… ¿quisiera caminar conmigo un momento?

—En realidad…

—A Anna le encantaría —intervino Gelga, tomándola del brazo y susurrándole—. Solo háblale. Dime si al menos le parezco

interesante.

Annabella se quedó rígida.

—Gelga… estás casada.

Gelga se encogió de hombros, con una tristeza breve.

—Casada no es lo mismo que amada.

Annabella tragó saliva. No iba a jugar a la infidelidad de una niña. Pero tampoco iba a humillarla.

—Caminaré con usted un momento —aceptó Annabella, ya decidida a mantenerlo correcto y breve.

Gelga sonrió y desapareció como si no hubiera dejado una bomba.

Norbert escoltó a Annabella por el sendero del jardín. Hablaron poco. El silencio se volvió pesado.

—Dígame, señorita…

—Soy casada —lo cortó Annabella, suave pero firme.

Norbert sonrió.

—Lo sé y, aun así, sería necio si negara lo evidente: es muy hermosa.

Annabella sintió el rubor subirle como un incendio y los cumplidos directos eran peligrosos.

—No estoy acostumbrada a oírlos de… un desconocido.

—No somos desconocidos. Nos presentaron el otro día.

Annabella hizo un gesto mínimo con la cabeza, como cerrando la puerta con educación.

—Aun así.

Norbert pareció comprender. Bajó el tono.

—Perdón. No quise incomodarla. Solo… —respiró— su esposo debería recordarle más seguido lo hermosa que es.

—Lo hace —respondió ella, rápida, y esa rapidez la delató: como si necesitara proteger a Thomas incluso de un elogio.

Norbert la observó un segundo más de lo prudente.

—Entonces es un hombre afortunado.

Annabella asintió, y aceleró un poco el paso.

Thomas estaba a segundos de perder la compostura. Desde lejos, vio a su esposa caminar junto a Norbert, y no importó que ella mantuviera la distancia correcta, que su postura fuera intachable. Él solo vio la escena como un robo.

La belleza de Annabella lo desesperaba. A veces deseaba —con una irracionalidad que lo asustaba— que solo él pudiera mirarla.

—¿Problemas, hijo? —Humberto se acercó y le puso una mano en el hombro, como si fueran aliados.

Thomas se giró y lo fulminó. Apartó la mano con brusquedad.

—Déjame.

Humberto sonrió, complacido.

—¿Ves? —señaló con la palma abierta a la distancia—. No es tan difícil quitártela.

Thomas respiró hondo, y su voz salió demasiado serena.

—No me están quitando nada.

—Creo que él es Frigür… —Humberto se encogió de hombros—. El que la revisó. Deberías preguntarle, ¿no?

El músculo de la mandíbula de Thomas se marcó. En ese momento, Annabella regresó hacia ellos con Norbert a su lado.

—¿Thomas? —preguntó ella, con esa vocecilla que siempre lo desarmaba—. Solo quería presentarte a Lord Frigür.

Norbert le sostuvo la mirada al conde, molesto por el tono brusco que Thomas había usado antes.

—¿Frigür? —repitió Thomas, y algo oscuro le cruzó los ojos.

Extendió la mano y apretó la de Norbert con una fuerza que no era saludo; era advertencia.

—Un placer.

—Igualmente —respondió Norbert, sin ceder.

Annabella intentó suavizar el ambiente, nerviosa.

—Bueno, Lord Frigür dice…

—Solo Norbert —la corrigió él, sonriendo, demasiado confiado.

Thomas sintió que el mundo se le estrechaba.

—Como sea —apresuró Annabella—, dice que podría darnos el mejor paseo por San Petersburgo.

—Conozco muchos lugares —añadió Norbert.

Thomas pronunció el nombre de su esposa con lentitud que heló.

—Annabella tú también eres de aquí. No veo el motivo de un guía —y miró a Norbert— …que además se toma demasiadas libertades.

Antes de que aquello escalara, Marie apareció como un dique.

—Suena agradable —intervino—, pero Annabella debe descansar.

—No lo creo —dijo Humberto, y su sonrisa se afiló—. Mi querida nuera estaba… con mucha energía esta mañana.

Annabella se puso roja hasta las orejas. Sintió el golpe de la insinuación como una bofetada invisible.

Thomas giró la cabeza despacio hacia su padre.

—No pienso soportar esto.

—Se me hace una idea fabulosa —Humberto le detuvo el avance —. Un paseo por San Petersburgo, guiado por un citadino.

—Vienes tanto que casi eres uno —soltó Thomas, cortante—. No necesitas guías.

—Conozco lo turístico —admitió Humberto—, pero nada como un joven para mostrarnos bellezas ocultas.

—Puedes ir tú —escupió Thomas—. Yo regreso al hotel.

Humberto levantó las cejas.

—Espero que no te moleste que Anna nos acompañe, hace falta la frescura de su alma.

—Si Thomas no quiere ir… yo debería… —empezó, temerosa.

—Vamos —interrumpió Humberto, sonriente—. ¿O a qué le temes?

Marie cerró los ojos y se masajeó la frente. Sabía lo que venía. Humberto no lanzaba retos por deporte: lanzaba anzuelos y Thomas, por dentro, seguía siendo el niño al que habían enseñado que retirarse era ser cobarde. Thomas regresó sobre sus pasos. La mirada, helada.

—¿Quieres tu paseo, mi amor? —preguntó, y el veneno en la dulzura hizo que Annabella se encogiera—. Tendrás tu paseo.

—No… si no quieres…

—¡Todo resuelto! —Humberto aplaudió una vez—. ¿Nos vamos?

Annabella supo enseguida que había cometido un error. Thomas estaba allí a la fuerza, y por más que intentara acercarse, él se mantenía distante: no la rechazaba, pero tampoco le devolvía nada. Se contenía. Y Annabella lo conocía lo suficiente para saber que esa contención era una cuerda al límite.

Durante horas recorrieron una ciudad que ambos conocían de memoria. Thomas escuchaba las explicaciones de Norbert con una cortesía de piedra. Humberto intervenía con comentarios que sonaban amables, pero que siempre caían como una provocación.

Annabella, atrapada, se sentía arrastrada por el protocolo: sonreír, asentir, ser "conveniente".

En un momento en que el grupo se adelantó y Thomas quedó rezagado, Annabella se acercó y le tomó el brazo.

—Thomas…

Él la miró como si le pesara el mundo.

—¿Sucede algo?

—Parece que hice algo que…

—¿De qué hablas? —alzó una ceja—. Tú ofreciste a tu nuevo amigo como guía. Era lo que querías.

—Solo lo hice porque me suplicó que…

—No me interesa, Annabella —la cortó, y la frialdad verbal dolió más que un grito—. ¿Por qué no vas con ellos antes de que vuelvan y me fastidien?

Annabella miró al grupo: Humberto, Marie, Norbert.

Todos señalaban la estructura de una catedral; Norbert hablaba, orgulloso de su papel.

—Yo solo quiero estar contigo —dijo Annabella, regresando la mirada a Thomas.

Thomas apretó la mandíbula.

—Puedes decírselo a tu querido "Norberto".

—¿Y eso qué quiere decir? —Annabella se puso ceñuda.

—Quiere decir que tú nos metiste en esto… y que al menos lo hagas ameno para mí alejándome de ellos.

La rabia le subió a Annabella al rostro.

—¡Bien! —exhaló—. Mantendré ocupado a Norbert.

Thomas dio un paso hacia ella. Los ojos azules, encendidos.

—Ah, ¿sí? —murmuró—. Creo que sabemos qué clase de entretenimiento desea de ti.

Annabella se quedó helada. Luego apretó los puños.

—¡Eres un grosero! —susurró, intentando no alzar la voz… y no lo logró—. ¿Cómo puedes desconfiar de mí?

Thomas tragó saliva, como si hubiera dicho más de lo que debía.

—Tú no eres el problema —soltó, y se mordió la frase que venía después—. Me voy. Le hace daño al bebé que te alteres.

—¡Tú lo provocas! —lo siguió cuando él intentó apartarse—. ¡No te vayas! ¡Quiero que te quedes!

—¿Thomas? —Humberto apareció como una sombra—. ¿Te vas?

—Sí.

—Qué lástima —Humberto sonrió—. Nosotros seguiremos divirtiéndonos.

Y tomó el brazo de Annabella para guiarla.

Thomas se giró de golpe.

—Mi esposa viene conmigo.

Humberto fingió sorpresa.

—Se nota que mi querida Anna no desea irse… ¿Cierto, querida?

Annabella miró a Thomas. Vio en su expresión algo peor que enojo: vio la posibilidad de una distancia nueva, profunda, de esas que ya conocía y que le daban pánico. La necesitaba como aire. No soportaba la idea de que él volviera a retirarse de ella.

Soltó a Humberto con lentitud.

—Lo siento —dijo Annabella—. Creo que iré con él.

—Pero, niña…

—En verdad lo lamento —sonrió, correcta—. ¿Podría disculparme con Lord Frigür?

Humberto los dejó marchar, pero su mirada no se apartó del caminar de su hijo junto a esa muchacha. Por un instante, Annabella se le pareció a Marie: el brillo rebelde, la boca roja, el cuerpo esbelto. El único "error", pensó Humberto con una mueca interna, era el hombre que la acompañaba. No era él. No debía ser él.

—Humberto… ¿qué pasó con los muchachos? —preguntó Marie

—Se retiran —respondió, ensimismado—. Mandan disculpas.

—Será por el bebé —dijo Marie, como quien reza.

—Quizá.

Thomas entró primero, sin la caballerosidad habitual. Annabella cerró la puerta con fuerza y se cruzó de brazos, herida y furiosa.

—¿Se puede saber qué te sucede?

Thomas se quitó los guantes con calma.

—¿Qué me sucede de qué?

—¿Por qué te comportas así? ¿Por qué quisiste irte?

—Si no era tu voluntad, podías quedarte —respondió, controlado.

Annabella soltó una risa breve, sin humor.

—Claro. Como si me lo hubieras permitido.

Thomas alzó la voz lo justo para que doliera.

—Puedes regresar si es lo que quieres. Te lo estoy permitiendo.

—¡Bien! —Annabella hizo un mohín y se dirigió a la puerta, aunque no pensaba volver.

La voz de Thomas cayó detrás de ella con una tranquilidad inquietante, peor que un grito.

—Das un paso fuera de esta habitación y te traigo arrastrando.

Annabella se quedó inmóvil. El corazón le golpeó el pecho. Sabía que él era capaz; no por crueldad, sino por esa necesidad brutal de control que le nacía cuando tenía miedo. Se giró, frustrada.

—¡¿Qué es lo que quieres entonces?!

Thomas exhaló, como si el aire le quemara.

—Maldita sea…

Cruzó la distancia en dos zancadas, le tomó el rostro con ambas manos y la besó. El beso no fue una súplica: fue una orden. Un

castigo. Un "cállate y quédate". Annabella sintió que el cuerpo se le rendía, que la rabia se le derretía en el estómago, que las manos se le subían al cuello de él sin pedir permiso.

Thomas bajó las manos por sus hombros con una delicadeza que desmentía su dureza. Luego le rodeó la cintura y le pegó a él con firmeza, como si necesitara comprobar que seguía ahí. La empujó contra la pared con un movimiento preciso, controlado; Annabella sintió el golpe leve, el calor, la respiración de él cerca. El mundo se le volvió estrecho: pared, manos, boca, la tela del vestido estorbando, el pulso en la garganta. Thomas la alzó apenas, lo suficiente para que ella se aferrara; Annabella apretó los ojos y respiró hondo, temblando.

—Eres mía —murmuró Thomas contra su boca, con una posesividad desnuda—. ¿Entiendes?

—Lo soy —respondió ella, y lo miró como si de verdad no entendiera la duda—. Thomas tienes mi cuerpo, mi alma, mi corazón. Llevo un hijo tuyo. ¿De qué otra forma podría pertenecerte?

Eso lo detuvo.

Thomas se apartó lo mínimo, como si el peso de esas palabras le doliera. Se dejó caer en la cama y se cubrió los ojos con un brazo, respirando como quien pelea consigo mismo.

—Ese Frigür… —dijo por fin, y en la voz se le oyó la herida—. Se comporta con demasiada naturalidad a tu alrededor.

Annabella se sentó, confundida.

—¿Doctor Frigür? ¿El padre de Norbert?

Thomas bajó el brazo, la miró.

—¿Padre? —repitió, y la palabra le cortó el impulso como un latigazo—. ¿No es él quien te revisó?

Annabella abrió los ojos, incrédula.

—¿Él? No. Él ni siquiera es doctor.

Thomas se incorporó del todo.

—¿Qué?

—Su padre —explicó Annabella, acercándose y tocándole la mejilla con una suavidad que lo desarmó—. El doctor es el hombre mayor. Norbert solo… solo acompaña.

Thomas se quedó quieto un segundo. Como si el mundo encajara de golpe. La tensión le aflojó los hombros, y la vergüenza le cruzó el rostro en una sombra mínima. Annabella lo miró con ternura, y en esa ternura hubo también un brillo nuevo: un orgullo secreto.

—¿Mi amor… qué pensaste?

Thomas tragó saliva, incómodo consigo mismo.

—Yo…

Annabella lo besó, como una disculpa que no exigía humillación.

—Thomas, no sé cuántas veces debo decirlo… —sus ojos le cayeron a los labios, y el deseo le suavizó la voz—. Yo solo quiero estar a tu lado. Te amo… y no hay prueba más grande que esto —se llevó la mano al vientre—, la felicidad que siento de llevar una parte tuya dentro de mí.

Thomas la observó con una intensidad casi dolorosa. Como si necesitara grabarla para no perderla nunca.

—Thomas… —susurró ella—. ¿Estabas celoso?

Él la miró con duda, como si esa palabra fuera un idioma que no dominaba. Pero no pudo negarlo. No quiso.

—Sí —admitió, seco—. Lo estaba.

Annabella se cubrió la boca con la mano, ocultando una sonrisa.

—Yo también tengo celos.

Thomas frunció el ceño, incrédulo.

—¿Tú?

—Sí. —Annabella asintió—. No me gusta que otras mujeres se te acerquen. Y parece… complicado, porque siempre lo hacen.

Thomas soltó una risa breve, y por primera vez en horas la tensión se volvió algo vivo, íntimo, de ellos dos.

—Sabes que yo no engaño —dijo, acercándose para tomarla de la cintura—. No tolero la mentira. Ni la traición.

La besó, despacio, como si con eso sellara un acuerdo.

—Tú eres… y serás… la única mujer de mi vida.

Annabella ladeó la cabeza y lo besó ella misma, sin miedo.

—Y por esa razón… yo te amo.

Capítulo 36

Thomas sabía que debían volver a casa tarde o temprano. Londres siempre le había sido preciado, aun con la sombra inevitable de su padre respirando en la misma ciudad: era el único sitio del planeta donde podía decir —con un orgullo extraño, casi terco— que tenía un hogar. Más ahora que regresaba con su esposa y un hijo en camino.

El barco que tomaron de regreso a Inglaterra desde San Petersburgo les prometía un viaje largo y agotador, sobre todo para Annabella, que afrontaría aquel vaivén embarazada. Cristina le había atiborrado el equipaje de frascos, tisanas y remedios "infalibles" contra las náuseas; aun así, el mar parecía tener su propia voluntad, y la pobre muchacha tuvo que rendirse a casi tres meses de mareos y malestares que antes no conocía.

Annabella se mostraba triste por dejar atrás a su madre, sí, pero el futuro al lado de Thomas le resultaba —por primera vez desde el casamiento— algo que podía imaginar sin miedo. Le entusiasmaba estar encinta; deseaba volver a su Londres conocido, a sus costumbres, a sus primas. Incluso le costó trabajo reencontrarse con Giorgiana, que había desaparecido apenas dejó al gatito en sus manos; Twyla viajaba con ellos como una princesa, sobre

almohadones y mimos, pese a que Thomas la detestaba con una constancia casi religiosa.

Ahora, tras casi un mes a bordo —acercándose poco a poco a Dinamarca para un segundo embarque—, Annabella no conseguía acostumbrarse. Y a las seis en punto, como si el cuerpo llevara un reloj cruel, debía correr al baño para expulsar el poco contenido que el estómago lograba conservar.

Thomas la siguió sin encender luces innecesarias. La casa flotante dormía: pasillos estrechos, madera que crujía, olor a sal y carbón. Se agachó junto a ella, le apartó con cuidado el cabello de la nuca y apoyó una mano firme en su hombro, no para contenerla sino para sostenerle la dignidad cuando el cuerpo la traicionaba.

—¿Quieres que te dé algo para las náuseas? —preguntó, bajo, rozándole el hombro con los dedos antes de sujetarle el cabello.

Annabella estaba lívida.

Levantó la mano con un gesto débil y negó.

—No… le hace daño al bebé.

—Por supuesto que no —replicó Thomas, con esa paciencia dura que usaba cuando sabía que tenía razón—. Yo también estudié medicina, cariño. Sé lo que hago.

Ella le buscó la mirada un instante; tenía los ojos húmedos, no de llanto, sino de agotamiento.

—Lo sé… pero quisiera que fuera lo más natural posible —dijo, y le acarició los nudillos. La mano de Thomas seguía en su hombro como un ancla—. Si tu hijo quiere marearme un poco, lo dejaré hacerlo.

Thomas apretó la mandíbula, no por enojo hacia ella, sino por impotencia. Odiaba no poder arreglarlo todo.

—No tienes por qué sufrir.

—En serio… se me pasará —asintió, intentando convencerse a sí misma—. Sabemos que solo es por la mañana.

Thomas le besó la mejilla, apenas un roce, como un sello.

—Y después dormirás todo el día.

—Es preferible a vomitar hasta quedar vacía —murmuró Annabella, exhalando como si el aire pesara.

Thomas se incorporó y, sin preguntarle dos veces, la levantó en brazos. Annabella protestó, más por orgullo que por fuerza real.

—Ven. Deja que te lleve a la cama.

La cargó con lentitud por el pasillo; el barco se mecía y, aun así, él caminó como si el mundo pudiera inclinarse sin moverlo a él. La recostó con cuidado, la cubrió con las mantas y, cuando vio que ella cerraba los ojos, se permitió una exhalación que parecía un rezo.

—¿Saldrás hoy? —preguntó con la voz ya hundiéndose en el sueño.

—No —Thomas se acostó a su lado y la atrajo hasta encajarla contra su pecho—. No quiero separarme de ti cuando te encuentras así.

—No es para tanto… además…

En ese instante, un pequeño gatito brincó a la cama, caminó sobre ellos con una impudicia graciosa, y terminó acomodándose, sin ceremonia, encima de Thomas. Él bajó la mirada como si el animal lo hubiera insultado en varios idiomas.

—Annabella… tu gato.

Annabella sonrió, rendida.

—Twyla —susurró, y tomó al minino para colocarlo junto a ella.

Thomas rodeó la cintura de su esposa con un brazo, pero su gesto hacia el animal fue de franca aversión.

—No entiendo por qué te has empeñado en traerlo.

—Es linda… —Annabella bostezó, y el sueño le dejó la voz más suave—. Además, te quiere.

—Pues yo quisiera lanzarla al mar.

—No lo harías.

Thomas se inclinó y besó el hombro de Annabella; su boca se demoró un segundo más de lo necesario. A Annabella se le erizó la piel, como si el cuerpo se despertara pese al cansancio. Thomas lo notó: lo delató un leve ajuste de su mano en la cintura.

—¿Segura? —murmuró, esa voz baja que parecía siempre una orden.

Annabella sonrió sin abrir del todo los ojos.

—Sí. Segura.

Pasaron dos meses y medio navegando por el Báltico y, después, por el Mar del Norte. Y al fin, Inglaterra.

El puerto los recibió como una catástrofe viva: gritos de marineros, cuerdas que chirriaban, velas que caían con golpes secos, carros de carga y mozos que corrían con bultos, el aire pesado de sal, humo y pescado. Las personas subían y bajaban a los buques con prisa y torpeza, como si el suelo firme fuera una urgencia. Thomas tomó a Annabella por la espalda antes de que pisara la rampa. No era un gesto romántico: era una protección. Sus dedos se cerraron con precisión en su cintura, y su presencia la sostuvo en el tumulto.

—Ven, Bella. No quiero que tropieces al bajar.

Annabella, cargando a la condenada gata contra el pecho, lo miró de reojo con dignidad herida.

—Estoy embarazada, amor, no incapacitada.

—Tienes seis meses —le recordó Thomas, sin alzar la voz, pero con esa firmeza que no admitía discusión—. Puede que no se te note, pero los tienes. Lo que no tienes es cuidado. Suelta a ese gato.

Annabella omitió, como si no lo hubiera oído, la orden.

—Hablando de eso… —comenzó mientras avanzaba entre la multitud de gente—, ¿cuándo tendré un poco de pancita? Si no tuviera malestares, ni siquiera notaría que estoy en cinta.

Thomas la ayudó a bajar con una mano en su espalda. El tacto fue breve, correcto… y aun así, Annabella sintió el calor subirle al cuello. Su marido tocaba como quien se guarda algo.

—Eres delgada y es tu primer embarazo —explicó—. Es normal que tarde en notarse.

Annabella apretó la mano de Thomas con una ansiedad súbita.

—¿No será que en realidad no estoy embarazada?

Thomas la miró y, por una vez, su gesto se ablandó.

—Bella… —sonrió de lado—. No has tenido tus regularidades, tienes náuseas y mareos, y además yo te revisé. No hay duda.

Annabella bajó la voz, como si temiera ofender a Dios.

—Thomas… ¿en verdad quieres a este bebé? ¿Eres feliz de ser padre?

Thomas le besó la sien con ternura, y el beso se sintió como un compromiso más grande que cualquier palabra.

—Sí. Estoy agradecido de que estés embarazada.

Terminaron de bajar y aguardaron a que Humberto y Marie hicieran lo mismo. Thomas guio a Annabella hasta la carroza con el

escudo de los Hamilton; la ayudó a subir y, tras un corto tiempo, el trayecto a casa pareció apenas un resoplido del caballo.

Annabella acariciaba la cabecita de Twyla con los nervios escondidos en la punta de los dedos. Thomas se dio cuenta.

—No entiendo por qué estás nerviosa —rio, sin poder evitarlo—. Ya hemos vivido en esa casa.

Annabella lo miró con incertidumbre. Sus labios se curvaron en una sonrisa frágil.

—Sí, pero… en ese entonces… nosotros… ya sabes, no éramos una pareja de verdad. Y ahora tendremos un bebé.

Thomas le tomó las manos. Sus pulgares rozaron los nudillos con un cuidado que parecía hábito.

—Bella, por favor. Tendremos la misma recámara, la misma cama. Dormiremos como lo hicimos durante todo el viaje. Comeremos, nos bañaremos… todo será igual.

—Pero, Thomas… —Annabella se sentó para encararlo—. Ahora no estaremos solos. Y tú tendrás trabajo… Puede que no te vea.

Thomas soltó una carcajada corta.

—Esto es la vida normal. —Se inclinó y le plantó un beso tierno en los labios; un beso que no era escándalo ni prisa, sino pertenencia—. ¿Te acostumbraste al viaje?

—Me gustó el viaje —respondió ella, caprichosa, casi infantil.

Thomas alzó una ceja.

—Prometo que intentaré estar contigo el máximo tiempo posible.

Annabella asintió y se recostó en el hombro de su esposo, dejando que la tensión se disolviera un poco.

—Aun así… no quiero que lleguemos —confesó, y le acarició el pecho con lentitud, como si ese gesto fuera un ancla.

Thomas la abrazó contra sí.

—Ese es nuestro hogar ahora. Tendrás que acostumbrarte.

—Lo sé… —murmuró ella, acomodándose en su pecho. Le pesaban los ojos; el cansancio era un manto.

Era extraño: *su casa*. Meses atrás, todo había sido "la cama de Thomas", "la casa de Thomas", "la madre de Thomas". Nada era de ambos. Pero ahora algo había cambiado. Thomas se comportaba tierno a su alrededor; estaba atento a su bienestar y al del bebé. Podían ser felices. Sin embargo, Annabella sabía que aún le quedaba una barrera por descifrar: la guerra silenciosa entre el padre y el hijo. Marie no le diría, Thomas tampoco. Esa parte le tocaba a ella.

—Bella… —Thomas la sacudió con suavidad—. Bella, ya llegamos.

—No quiero —se quejó, hundiéndose más contra él.

—Cariño, mis padres nos esperan en la entrada —insistió Thomas, con una paciencia que ya se le estaba agotando.

—Qué bueno… —murmuró ella, medio dormida.

Thomas asintió, como quien acepta una derrota con elegancia.

—Muy bien. Se hará como tú quieras.

Sin pedir permiso, la bajó del carruaje en brazos. Annabella apenas hizo por impedirlo. Estaba demasiado cansada y, en el fondo, el orgullo se le rendía a esa forma de ser cuidada. El único "trabajo" que conservó fue sostener a la gata, porque si por Thomas fuera, la habría dejado en la carroza sin remordimiento.

—Eres una dormilona —comentó Thomas, mirándola de soslayo.

Subió las escaleras hacia la fachada y entró por la puerta principal. Un mayordomo lo saludó con rigidez, claramente contrariado por la forma en que el joven amo cruzaba el umbral: con la esposa en brazos, como un hombre que no teme al juicio de la servidumbre.

—¿Se encuentra bien, milady? —preguntó Marie acercándose a Annabella. Su voz tenía esa delicadeza de mujer educada para no mostrar urgencia… aunque los ojos la desmintieran.

—Solo está dormida —la tranquilizó Thomas—. Parece que no quiere caminar.

Humberto se acercó, borrando toda sombra amable del rostro de Marie y tensando, de inmediato, la línea de la mandíbula de Thomas.

—Se ve hermosa —dijo Humberto, con una sonrisa social impecable. Sus ojos, sin embargo, no tenían ternura: tenían cálculo.

Thomas lo miró como la presencia de su padre ensuciara el aire.

—Amo joven —intervino el mayordomo—. La señorita Juliana Patterson ha venido mientras usted se encontraba fuera.

—¿Quién es ella, hijo? —preguntó Marie, frunciendo el ceño.

—No lo sé —Thomas se encogió de hombros—. Barry, deja el mensaje con mi madre. Llevaré a Annabella a la habitación.

—Te lo pasaré en seguida —aseguró Marie, y Thomas asintió.

—Si gustas… puedo llevarla yo —se ofreció Humberto.

Thomas rio sin disimulo, pero se contuvo lo justo para no despertar a Annabella.

—No llegarías ni al primer escalón con ella —negó, como si acabara de escuchar un chiste—. Puedo llevar a mi esposa solo. Gracias.

Humberto entrecerró los ojos ante el golpe, pero su sonrisa se mantuvo. En Humberto, la cortesía era una máscara: la mantenía puesta incluso cuando apretaba el cuchillo.

Marie recibió el mensaje de Barry; sus dedos temblaron apenas.

—Los han invitado a una celebración —leyó—. Es una mujer que se acaba de mudar a Londres.

—Y conoce a nuestro hijo —asintió Humberto—. No me extraña.

—Ni a mí —dijo Marie, sin calor, subiendo las escaleras para alcanzar a Thomas.

Humberto la siguió de cerca, demasiado cerca.

—Esta noche duermes conmigo —sentenció, en voz baja, lo bastante para que la casa no oyera… y lo bastante para que Marie no pudiera fingir que no.

Marie se detuvo. El miedo le subió a la garganta; se frotó las manos, como si pudiera calentarlas y con ello calentarse la voluntad.

—¿P-por… por qué razón?

Humberto ladeó la cabeza con una cortesía teatral.

—¿Necesito una razón? —preguntó, y su tono fue el de un hombre respetable hablando de un derecho conyugal—. Pensé que, una vez casados, dejarías de poner excusas al… placer.

—Estoy indispuesta —intentó ella, buscando una salida digna.

—Espero que para la noche estés mejor —concluyó Humberto, sin perder la calma—. Te espero a las diez. Thomas nunca sale de su recámara después de esa hora.

Marie palideció.

—N-no le dirás… ¿verdad?

Humberto simuló considerar la proposición, como si su conciencia fuera una moneda.

—Depende de cómo se porte.

—¡No puedes atormentarlo con eso! —susurró Marie, por fin dejando escapar un filo de enojo—. ¡Eres su padre, no su contrincante!

Humberto ni siquiera la miró de frente.

—Nos vemos esta noche, querida.

Y siguió subiendo, impecable.

Marie no pudo hacer otra cosa que sentarse en la alfombrada escalera, cubriéndose el rostro con ambas manos. La casa, por fuera, era orden y riqueza; por dentro, para ella, era una cárcel con relojes. Lloró en silencio, apretando los dientes. Lo odiaba. Y, aun así, haría todo por proteger a su hijo. Al fin lo volvía a ver sonreír: más relajado, más humano. Todo gracias a esa niña que había entrado dormida en brazos de Thomas. Marie procuraría su felicidad… como no lo hizo cuando Thomas era apenas un niño.

Annabella despertó muy tarde esa noche.

El cielo estaba completamente oscuro, y la habitación se iluminaba con velas que proyectaban sombras largas sobre los muros. Aquella recámara roja —tanto terciopelo, tanta madera oscura— le recordó un pasado que parecía lejano, aunque no hubiera transcurrido tanto tiempo. Se sintió desubicada un instante… más al notar que Thomas no estaba en la cama.

Miró el reloj de pared: madrugada.

Annabella se puso la bata que estaba a los pies del lecho y salió. Tal vez Thomas se encontraba en su despacho; tal vez un imprevisto lo había retenido. En Londres, la vida de un hombre como Thomas

tenía horarios dictados por otros: pacientes, compromisos, visitas, cartas con sello de lacre.

Con un pequeño candelabro para cuidarse los pasos, bajó las escaleras con cuidado. El silencio de la casa era distinto al del barco: aquí no había oleaje, solo la respiración contenida de los criados dormidos, el eco leve de su propia bata, la certeza de "lo que se permite" y "lo que no". Su embarazo la volvió más consciente del mundo: cada sombra le parecía más profunda, cada rumor más nítido.

A pocos metros del despacho, Annabella escuchó un sonido hermoso. Piano. Al principio pensó en Marie; pero lo descartó de inmediato. Su suegra no quebrantaba reglas cuando Humberto estaba en casa, y menos de noche. Además, las tonadas no eran amables: eran profundas, sombrías, casi tristes. No eran un entretenimiento. Eran un desahogo.

Annabella se acercó con el corazón acelerado. Sus dedos reconocieron la melodía antes que su cabeza: Beethoven, quizá; un fragmento que olía a invierno.

Se atrevió a mirar por la rendija de la puerta… y se encantó con la última persona que habría esperado.

Thomas estaba sentado en el banquillo, el cuerpo recto, la espalda tensa, los dedos moviéndose sobre las teclas con maestría.

Tocaba como quien habla cuando nadie lo oye. Tocaba como quien se permite sentir solo en el lugar más seguro: la soledad.

Annabella sintió que se le erizaba la piel, no solo por la belleza del sonido, sino por el descubrimiento: Thomas guardaba un mundo entero que no mostraba. Y, de pronto, ella pudo verlo en música.

Se sentó junto a la puerta, en el suelo, como una niña que escucha un secreto. Cerró los ojos y se dejó envolver. El mundo entero sabía que la música era una forma de expresión; Thomas no era la excepción. Tocaba lo que sentía, y lo que sentía esa noche tenía el peso de la tristeza, la melancolía… y una soledad vieja.

Después de lo que pareció una hora, el banquillo se movió. El roce de madera contra el piso le indicó que Thomas se levantaba.

Annabella reaccionó como si la hubieran sorprendido robando. Con un brinco, se puso de pie y corrió de regreso a su habitación, subiendo las escaleras torpemente por el camisón y por la prisa.

Entró y fue al baño, cerrándose allí hasta escuchar, segundos después, la puerta. Thomas había llegado. Annabella estaba "a salvo".

—¿Annabella? —llamó él, buscándola.

Annabella se miró rápido: el cabello suelto, la bata mal ajustada, el rubor todavía en la cara. Respiró hondo, y salió del baño con una sonrisa ensayada.

—Hola —saludó.

Thomas frunció apenas el ceño.

—¿Qué pasa? ¿Te encuentras mal?

Annabella negó con una rapidez que, en otra circunstancia, la habría delatado.

—Solo tenía que ir al baño —mintió con maestría. Ella, que jamás engañaba, ahora se sentía una mentira viviente… por amor.

—Entiendo —asintió Thomas—. Entonces ve a la cama.

Annabella lo observó. Su esposo seguía vestido con el traje, como si no hubiera descansado en toda la noche. Eso le encendió una curiosidad suave… y una ternura dolorosa.

—¿No vas conmigo? —preguntó.

—Solo me cambio.

—¿No has entrado a la cama? —alzó una ceja—. ¿Dónde estabas?

Thomas se acercó, le tomó el rostro con ambas manos y la besó. El beso fue breve, contenido, como si se prohibiera a sí mismo prolongarlo. Aun así, Annabella sintió el calor bajar por su garganta, el cuerpo despertarse con esa facilidad nueva que el embarazo le había regalado. Sus manos se le fueron al pecho de él, casi sin permiso.

—Tranquila —murmuró Thomas—. Estaba en el despacho.

Se desanudó la corbata con un gesto eficiente.

—Resulta que tengo mucho trabajo.

—¿De verdad? —Annabella se adelantó un poco más, los dedos tensos sobre el chaleco, como si quisiera desabotonarlo por él… y el deseo le traicionara el gesto.

—Sí —asintió Thomas—. Pero adivina: tendremos una fiesta apenas a dos días de llegar. Parece ser una nueva vecina.

—¿En serio? —Annabella recogió las prendas que él se quitaba, ordenándolas por costumbre—. ¿Quiénes son?

—Una tal Juliana Patterson —Thomas se encogió de hombros—. Ha invitado a todos los nobles de la ciudad.

Annabella sonrió con un entusiasmo que le iluminó el rostro.

—¿Eso significa que mis primas estarán?

—Eso creo —asintió Thomas.

Desvió la vista hacia la cama que compartían… y su expresión cambió al instante.

—Annabella, por todo lo sagrado… baja a ese gato de ahí.

Annabella siguió la dirección de su mirada. Twyla dormía apacible sobre la almohada de Thomas, exactamente sobre su lugar. Y lo más irónico era que, pese a la detestación de Thomas, la gata parecía adorarlo: lo perseguía, se acomodaba en sus cosas, como si supiera cómo provocarlo.

Annabella lo miró con una expresión de niña inocente, el pulso acelerado por razones que no tenían nada que ver con el animal.

—Pero está dormida…

Thomas se acercó. La voz le bajó un tono, y con eso la orden se volvió más peligrosa que un grito.

—Bájala.

—Pero…

Thomas la miró de frente. Los ojos azules no estaban furiosos; estaban firmes. Era el tipo de firmeza que no negociaba, que obligaba sin necesidad de levantar la mano.

—Ahora.

Capítulo 37

El baile de Lady Juliana Patterson era, por lo visto, la locura que tenía exaltado a Londres. No había noble —ni persona con dinero suficiente para fingirse noble— que no entablara una conversación sobre aquella fiesta. Decían que Juliana era inmensamente rica, recién llegada a la ciudad con un marido comerciante de éxito… un hombre que quedaba relegado a un segundo plano cada vez que pronunciaban el nombre de ella, como si él fuese apenas el marco de un retrato demasiado brillante.

Annabella ajustó el corbatín de Thomas con dedos enguantados, dos veces, con una minucia que delataba algo más que cuidado. La seda le rozó los nudillos y, por un instante, sintió el pulso en las yemas: rápido. Se obligó a respirar despacio, como correspondía a una dama.

—¿Entonces no la conoces? —preguntó por enésima vez.

Thomas hizo un gesto mínimo, impropio de un caballero: blanqueó los ojos. Se apartó de sus manos con una distancia que parecía cortesía, pero que era también disciplina. Cruzó la recámara hasta la mesita auxiliar donde lo esperaba su coñac. No bebía para perder el control; bebía para mantenerlo.

Tomó el vaso de cristal tallado, vertió el líquido oscuro y lo giró con calma, como si aquel movimiento le ordenara los pensamientos.

—No es regla que tenga que conocer a cada mujer que existe.

—Normalmente así es —replicó Annabella, y acomodó las faldas que la encerraban con la severidad del corsé.

La tela crujió, seca, como un reproche.

Thomas alzó una ceja y bebió un sorbo lento.

—En esta ocasión no recuerdo siquiera haber oído su nombre.

—Tal vez no te acuerdas.

Thomas dejó el vaso con una suavidad medida. Un golpe apenas, pero definitivo.

—Mira, Bella. Sea como sea, estoy casado contigo. Y ella también tiene marido. ¿No te deja eso más tranquila?

Annabella se agachó y tomó a Twyla entre sus brazos. La minina se pegó a su pecho y ronroneó, tibia. Annabella se sostuvo en ese peso pequeño como en un secreto permitido: algo suyo, algo que no podía arrebatarle el mundo.

—No, en realidad no —respondió.

—En ese caso no puedo hacer nada más por ti —Thomas se sentó con una tranquilidad ensayada.

Annabella soltó un resoplido nada elegante y caminó hacia él. Se sentó en el suelo, a sus pies, y apoyó la cabeza en su pierna. El

vestido escarlata se abrió alrededor de su cuerpo como una flor demasiado viva, casi indecente por la intensidad del color.

Thomas, casi por instinto, bajó la mano y le acarició el cabello. La yema de sus dedos describió círculos lentos en su cuero cabelludo; una caricia íntima, doméstica, de esas que no existían en público. Annabella sintió que se le aflojaban los hombros… y, debajo de ese alivio, una corriente cálida que le recorría el cuello, como si su cuerpo recordara antes que ella misma.

A Annabella se le había creado esa costumbre: cuando Thomas se sentaba, ella terminaba a sus pies, en un gesto que parecía devoción y era, en realidad, una forma de pedirle sin palabras que no se alejara.

Thomas la tomó por los codos y la elevó.

—No puedes sentarte en el suelo —murmuró, y la sentó en su regazo—. Inclinarte te hace daño.

Annabella se acomodó en su hombro, su respiración se le ordenó al ritmo de la de él. Posó la mano en su abdomen, donde el mundo comenzaba a cambiarle el centro de gravedad.

Thomas cubrió esa mano con la suya: un gesto posesivo, sí, pero sobre todo protector; un sello.

—Ya quiero que nazca —confesó Annabella, ilusionada—. Quiero verlo, abrazarlo… besarlo.

—Sobre todo en las noches cuando no te deje dormir.

—Bueno… espero que no te ponga de malas no dormir como siempre —dijo ella, y su voz traía una preocupación real, de esposa y de mujer que sabe lo que significa disgustar a un hombre.

Thomas frunció apenas el ceño.

—¿A qué te refieres?

—Lo siento, pero si me despierta a mí, te despertará a ti.

Thomas ladeó la cabeza, era obvio por el brillo de sus ojos que ya estaba negociando una batalla futura.

—No precisamente.

Annabella lo miró, incrédula.

—Sí. No creo que no seas capaz de escuchar un llanto junto a ti.

—¿Dormirá aquí? —preguntó Thomas, y el tono fue el de un hombre que intenta sonar razonable cuando, en realidad, está trazando límites con tinta invisible.

—Oh, sí —asintió Annabella sin dudar—. No podría soportar no tenerlo cerca.

Thomas deformó el rostro en una mueca teatral. Tres meses más, se dijo. Tres meses para convencerla… o para rendirse.

Y entonces, como si la casa obedeciera al reloj severo de la moral, una voz los alcanzó desde el corredor.

—Niños…

Thomas cerró los ojos. Annabella se puso de pie de inmediato; era la forma en que Humberto los llamaba, como si incluso el matrimonio consumado siguiera siendo una infancia vigilada.

—Debemos marcharnos ya.

Humberto tenía el don de irrumpir sin parecer grosero, que era la forma más peligrosa de irrumpir. A fuerza de etiqueta, uno no podía echarlo de un cuarto sin parecer insolente y Humberto vivía de esas trampas. Annabella salió primero, evitando rozarlo. Él aguardaba cerca del umbral con una quietud de depredador educado. Cuando ella pasó, Humberto cerró los ojos un instante, como si aspirara su perfume a gardenias con una apreciación demasiado lenta. Estaba a punto de seguirla cuando la voz de Thomas lo dejó quieto.

—La asustas —dijo Thomas, dejando el vaso—. Déjala tranquila.

Humberto sonrió, pulcro, casi amable.

—¿Me amenazas?

Thomas se acercó. No alzó la voz; la bajó. Y eso lo volvió peor.

—Sí. Y no me gustaría tener que llegar a extremos contigo.

—¿Quieres retarme? —Humberto alzó una ceja, divertido—. Sabes que siempre te he…

—No estaría jugando en esta ocasión —cortó Thomas, con un hielo impecable—. No te dejaría ganar, si con eso la mantengo a salvo de ti.

—¿Dejarme ganar? —se burló Humberto.

Thomas sostuvo la mirada.

—Toda la vida.

Humberto se inclinó apenas, como si recibiera una cortesía.

—Eso ya lo veremos.

La amenaza quedó dicha sin ser pronunciada. En 1880, bastaba un tono correcto para hundir un cuchillo.

La casa de los Patterson era una exhibición de extravagancia cuidadosamente pensada. El mármol pulido reflejaba el tránsito de las parejas; el brillo de los candelabros —velas y gas— hacía titilar las joyas y el oro como si la riqueza respirara. Las paredes estaban saturadas de óleos, retratos de antepasados y marcos ostentosos. Los mozos, con guantes blancos y trayectorias perfectamente calculadas, ofrecían copas y bocados aun antes de que uno lograra orientarse.

Thomas llevó a Annabella del brazo con una precisión casi militar. Ella percibía el calor de su piel incluso a través de la tela y del guante; esa cercanía la tranquilizaba… y también la encendía en un modo que la hacía enderezar los hombros, dominar la boca, recordar que una dama no se delata.

—Se nota que tienen en qué gastar el dinero —susurró Annabella.

Thomas asintió. Para ambos, aquello era derroche; y sin embargo, el derroche era el idioma de la clase.

Annabella apretó de pronto el brazo de Thomas. Una oleada de mareo le subió desde el estómago.

Thomas lo sintió al instante y giró hacia ella.

—¿Te encuentras bien?

—Sí… —sonrió, y la sonrisa le salió demasiado delgada—. Solo fue un pequeño mareo.

Thomas se detuvo, obligando a que varias parejas los esquivaran.

—¿Quieres que volvamos?

—No —negó ella—. Estoy bien. Además, quiero ver a mi familia.

—Annabella, ellas bien pueden ir a la casa.

—En serio que estoy bien. Me pasa en todos lados —insistió, y el cuerpo le pidió apoyarse más en él; lo hizo, apenas—. Solo fue un momento, Thomas. No pasa nada.

Thomas la estudió un segundo más y cedió, pero su voz no cedió.

—Está bien. Pero si te sientes mal de nuevo, nos vamos.

Annabella asintió.

Al entrar al salón, la multitud pareció volverse hacia ellos.

—Lord y Lady Hamilton, condes de Melbourne —anunció un criado con voz proyectada.

Los susurros se elevaron como una bruma. No se les había visto en meses y ahora aparecían en el baile de una mujer recién llegada. Y Annabella, además, llevaba un vestido que no ocultaba del todo su

condición especial: el vientre redondeado, discreto… pero visible para ojos entrenados. El guapo y malvado "hombre siniestro" y la hermosa y dulce "ángel" volvían a ser tema.

—¡Lord Thomas!

Una mujer hermosa, de cabellos oscuros y ojos azules vivaces, se lanzó hacia Thomas sin miramientos. Annabella sintió un frío en el pecho, no por la mujer en sí, sino por el gesto: demasiado familiar, demasiado público, demasiado difícil de corregir sin escándalo.

Juliana abrazó a Thomas y le plantó dos besos en cada mejilla.

Thomas dio dos pasos atrás con una frialdad impecable. No hizo escena; levantó su altura y su porte como una barrera. Y, quizá intentando anclar a Annabella, posó una mano en su cintura… toque que ella rechazó apartándose medio paso.

—¿Quién es usted? —preguntó Thomas, con una curiosidad tan real que casi parecía ofensiva.

—¿No me recuerda? —Juliana abrió la boca, incrédula—. Soy Juliana.

Thomas miró a Annabella. Ella lo miraba con rabia contenida, la clase de rabia que una mujer aprende a tragar porque el mundo la culpa incluso de los gestos ajenos.

—Lamento la intervención de mi esposa —intervino un hombre delgado, alto, de facciones alargadas—. Estaba entusiasmada de verlo.

—Ay, Eric, por favor —Juliana lo empujó con ligereza, y Annabella pensó que el tal Eric parecía hecho de vidrio.

—No es problema —dijo Thomas, aunque el problema ya se estaba gestando en la mirada de Annabella—. Pero me gustaría saber de dónde me conocen.

—¿En verdad no lo recuerda? —Juliana se llevó una mano al pecho, tratando de llevar la atención a la zona—. ¡Le debemos la vida!

—Usted nos salvó una vez de unos matones —aclaró Eric Patterson—. En Estados Unidos.

Thomas frunció el ceño.

—Lo lamento, pero no lo recuerdo —se encogió de hombros—. Me alegro de que estén bien.

—¡Es usted nuestro héroe! —exclamó Juliana.

Thomas presentó a Annabella con corrección, como si el protocolo pudiera apagar el incendio.

—Ella es mi esposa: Annabella.

—Señora —Eric se adelantó—, un placer conocerla.

—El gusto es mío —respondió Annabella, correcta.

—No pensé que fuera casado —dijo Juliana, mirando a Thomas—. Pero es un gusto conocerla, señora.

—Igualmente —contestó Annabella, seca. La línea estaba marcada.

—La fiesta es para divertirse —aplaudió Eric—. Háganlo.

Thomas se llevó a su esposa hacia el interior.

—Te dije que no los conocía —murmuró.

—Sí los conocías. Solo que no lo recuerdas —replicó Annabella, y el tono que empleó fue el de alguien que intenta no hacer un drama… y fracasa con dignidad.

—Para mí, eso es no conocer.

—¡Hamilton! —saludó un hombre, palmándole el hombro—. Enhorabuena.

Thomas respondió con una cortesía automática. Annabella, mientras, sentía que su cuerpo estaba demasiado atento: a quién miraba a Thomas, a quién se le acercaba, a qué distancia.

—Debo suponer que ahora seremos amigas y nos turnaremos para besarte —soltó, veneno en voz baja, sin que nadie más pudiera oír.

—Bella —Thomas sonrió, paciente, y esa paciencia era una cuerda tensada—. Ya te dije…

Un saludo pasó volando: felicitaciones por el embarazo, miradas curiosas, ojos que se desviaban a Thomas como si él fuese el trofeo y ella, el estuche.

Annabella decidió salvarse antes de perder el control en público.

—Mejor voy a buscar a mis primas.

—No te alejes demasiado —ordenó Thomas, y la palabra *orden* se sintió como una mano invisible en la nuca.

Annabella se detuvo solo lo suficiente para devolverle una sonrisa dulce, peligrosamente dulce.

—Trata de no perderte en el jardín.

Le lanzó un beso al aire —no a su boca, no era decente— y desapareció entre la gente.

Thomas suspiró. Ver a Annabella celosa le resultaba, a la vez, encantador y temerario. En él, lo humano podía convertirse en violencia si no se vigilaba. Tomó una copa de champán y buscó a Adam y a Robert mientras Annabella encontraba a sus primas en una mesa estratégicamente colocada: buena vista de la pista de baile, cerca de los postres, lejos de las esquinas donde los rumores nacían.

—¡Anna!

—Hola —saludó, tomando asiento—. ¿Y Giorgiana?

—Se escapó de nuevo —dijo Katherine.

—Lo dice la pasividad andante —se burló Elizabeth.

—No empiecen —pidió Marinett.

Annabella, para cortar el intercambio, disparó la noticia.

—Estoy embarazada.

Sus primas la miraron como si el mundo acabara de cambiar de dirección después de esa noticia.

—¿Qué? —Katherine fue la primera.

—Que estoy embarazada.

—¡Dios mío! —Elizabeth tomó su mano—. El hombre siniestro ha hecho de las suyas.

Annabella la fulminó con la mirada, pero sonrió.

—Seis meses —dijo cuando preguntaron—. Y casi no se me nota.

—El doctor Hamilton a tus servicios —canturreó Elizabeth.

—Elizabeth, por favor.

Annabella intentó apartar el tema, pero entonces llegaron los maridos, y con ellos la normalidad de los comentarios masculinos que nunca entendían del todo el precio social de ser mujer.

Thomas apareció junto a Annabella y, en cuanto lo hizo, todo su cuerpo se tensó y se tranquilizó a la vez. Lo odiaba y lo necesitaba en la misma respiración.

Annabella giró para darle la espalda, como castigo.

—¿Sigues molesta por algo que digo no tener idea? —susurró Thomas con la ceja arqueada, la sonrisa de lado: provocación pura.

—No estoy molesta. Estoy bastante contenta.

—Entonces, ¿por qué no me das un beso?

—Es mal visto —dijo ella, tomando ponche sin alcohol.

Thomas se inclinó, invadiendo su espacio con una calma peligrosa.

—No me importa.

—A mí sí.

Thomas le acomodó un mechón detrás de la oreja. Sus dedos rozaron la piel de su mejilla. Annabella sintió cómo se le aceleraba el pulso, traicionero.

—No la conozco, Bella.

—Ella te conoce lo suficiente como para abrazarte así —murmuró.

Iba a decir más cuando Juliana irrumpió otra vez.

—¡Lord Thomas!

Los caballeros se levantaron. Juliana anunció otra fiesta, otra invitación, otra forma de hacerse un lugar. Cuando intentó arrastrar a los Hamilton a un viaje, Thomas dejó la decisión en manos de Annabella.

—¿Te sientes bien como para un viaje?

Annabella lo miró como si quisiera pellizcarlo con una aguja.

—Lo lamento, Lady Patterson. Los viajes me dejan cansada…

—¿Está enferma?

Katherine intervino:

—Está embarazada.

Juliana fingió sorpresa. Ofreció visitas. Annabella sonrió con la cortesía afilada de una mujer que no puede decir "no me interesa tu compañía" sin pagar un precio. Y cuando Juliana abrazó a Thomas otra vez, Thomas se quedó rígido. No correspondió. Se apartó lentamente, como quien se desprende de una cuerda sin romperla… porque romperla sería escándalo.

Cuando ella se marchó, Thomas miró al resto de la mesa.

—No sé quién es, en verdad.

Annabella asintió con una ironía casi dulce, para luego sonreír, como quien elige su arma.

—¿Saben qué? Hace mucho que no veo a los niños. ¿Por qué no me los dejan mañana?

Thomas alzó una ceja, entendiendo el ataque: si él tenía "admiradoras", ella llenaría su casa de caos adorable y legítimo.

—¿A todos? —preguntó Elizabeth.

—A todos —confirmó Annabella, sin quitarle los ojos a Thomas.

Y Thomas, sin decirlo, supo que esa noche tendría que pagar su "diversión" con una conversación larga… y quizá con algo más: no con palabras, sino con gestos, con la forma en que la tocaría a solas.

Capítulo 38

Thomas abrió la puerta de la recámara para que su esposa entrara primero, como dictaba la costumbre. Annabella cruzó el umbral con prisa, todavía con el pulso desordenado por el baile, por las miradas, por aquella mujer que se había atrevido a tocar a Thomas como si le perteneciera.

Se descalzó sin ceremonias; el terciopelo de la alfombra recibió sus pies desnudos con una tibieza íntima que la hizo cerrar los ojos un segundo. El silencio de la habitación —apenas quebrado por el rumor lejano de la casa— era otro mundo: cortinas pesadas, madera oscura, el perfume residual de cera y lavanda. Annabella empezó a desprenderse de las joyas con movimientos bruscos, impropios de una condesa, tirando de los pendientes como si le quemaran.

El collar, sin embargo, se resistía. El broche le mordía los dedos. Ella tironeó con frustración.

—Deja que te ayude —se acercó Thomas.

Annabella se apartó de inmediato y le lanzó una mirada incriminatoria, una de esas miradas que en público se contienen y en privado se permiten.

—Esa mujer me vuelve loca —dijo, elevando ambas manos a la cabeza. La desesperación le tensó el cuello; el rubor no era solo ira:

era algo más hondo, una vergüenza antigua mezclada con un deseo violento de reclamar lo suyo.

Thomas sostuvo su mirada sin perder la calma, esa calma suya que a veces era un muro.

—Apenas la conoces.

—Pero tú no, ¿verdad? —escupió Annabella, celosa sin remedio, aunque por dentro supiera que él no tenía culpa. O quizá sí: quizá la culpa era que Thomas existía así, de ese modo que atraía miradas.

Thomas no respondió de inmediato. Se alejó hacia el mueble donde guardaba sus mancuernillas; comenzó a quitárselas con meticulosidad, de espaldas a ella, como si necesitara ese gesto exacto para no decir algo que no debía.

El metal tintineó suave al caer en el cajón forrado. Annabella lo miró con enojo, con la respiración alta. El collar seguía ahí, como una soga delicada rodeándole la garganta. Tiró otra vez.

—Está bien —dijo, al fin, exasperada, soltando las manos—. Quítame de una vez este collar antes de que lo rompa.

Thomas giró la cabeza. La vio de verdad: la mandíbula apretada, los ojos brillantes, la emoción subiéndole como fiebre. Se acercó sin prisa —la prisa es vulgar, la prisa traiciona— y primero le apoyó las manos en los hombros. Los masajeó con firmeza, con una intención que no era solo consolar: era ordenar su cuerpo, bajarle la tormenta.

Annabella sintió cómo la tensión cedía en capas. Su pecho subía y bajaba más despacio. Thomas inclinó la cabeza, buscó el broche con un dedo seguro y lo liberó con facilidad.

El collar cayó en su palma.

—Ves —murmuró, sin burla.

Lo dejó sobre el tocador y se colocó detrás de ella.

Annabella ya estaba desabrochando el corsé. Miraba hacia la cama, dándole la espalda; el lazo frontal era más benévolo en su estado, pero igual le apretaba. El vestido, por fin, resbaló de su cuerpo con un suspiro de tela. La silueta del embarazo apenas insinuada le daba una dulzura nueva a sus formas, y Annabella —cada vez más consciente de sí— se tocó el abdomen con un gesto que era ternura y orgullo.

Thomas la abrazó por la espalda y la apretó contra sí sin pedir permiso, como si su cuerpo fuese la única respuesta posible. Su mano bajó al vientre, lo cubrió, lo reclamó. Annabella soltó el aire, rendida al peso de él. Sintió la dureza de su pecho en su espalda, el calor de su boca cerca de su oído, su voz rozándole la piel.

—Solo te quiero a ti en mi vida —susurró, y la frase sonó como promesa… y como orden—. Y al hijo que llevas dentro.

Annabella cerró los ojos. El mareo, los celos, la humillación de la pista de baile… todo se replegó ante ese contacto. Se giró dentro de

sus brazos, buscó su hombro como si fuera refugio y lo abrazó con fuerza, enterrando la cara en él.

—Lo siento —murmuró—. No sé qué me sucede.

Thomas besó su hombro. No dijo "no pasa nada" como un hombre torpe; dijo lo que a ella la calmaba, lo que la sostenía.

—Tranquila, Bella. No te preocupes —y luego, con esa honestidad peligrosa que solo se permitía en la penumbra—. No es como si no me gustara que me celaras.

Annabella se separó lo suficiente para verlo. Entrecerró los ojos.

—No me des motivos para hacerlo.

Thomas sonrió apenas. No discutió; le dio un beso en la frente, lento, casi ceremonial.

—Está bien.

Se quitó la camisa y la dejó sobre una silla en su camino hacia el armario. Su torso quedó al descubierto un instante; Annabella lo miró de reojo y se le aceleró el pulso sin permiso. Se obligó a tragar la reacción, a no parecer hambrienta. Pero sus manos, traicioneras, buscaron el aire como si quisieran tocarlo.

Thomas cambió de tema con calma estratégica.

—Independientemente de esto… —dijo—, ¿por qué has invitado a todos tus sobrinos?

—Ahora también son tus sobrinos —le recordó Annabella, y se acercó un paso, midiendo la distancia entre ellos como si fuera una cuerda tensada—. Y te haría bien tener una dosis de niños para que te acostumbres al tuyo.

Thomas apartó la puerta del ropero que le obstruía la vista.

—Eso dices. Pero no solo será uno, tendremos seis en esta casa.

Annabella se encogió de hombros, deshaciéndose del resto del vestido con un gesto más calmado.

—Bueno… no solo tendremos uno, ¿verdad?

Thomas volvió la mirada a su ropa, como si la frase lo hubiera tocado donde no quería ser tocado. Su voz al responder, fue fría.

—Por el momento sí, cariño.

Annabella sonrió, satisfecha de haberlo pinchado. Esa valentía nueva —esa que el embarazo le estaba regalando— le subió a la boca.

—No pasará nada. Estarán conmigo en el jardín.

—¿Eso quiere decir que ya comenzaste con tu empecinamiento de sembrar flores en el vergel?

—Tu madre tiene un huerto en la terraza de arriba, pero ya sabes que no me gusta ir a ese lugar —negó Annabella, y una sombra cruzó su rostro: recuerdos demasiado nítidos, reglas demasiado crueles.

Thomas se acercó.

Le tomó las manos y besó sus nudillos, uno por uno, como si con ese gesto estuviera pidiendo perdón por lo que no podía decir.

—Lo sé —murmuró—. Haz lo que te plazca.

—Gracias —sonrió ella, y por fin se quedó en ropa interior: casi como estar vestida, sí, pero lo bastante íntimo para que el aire le erizara los brazos.

Buscó un camisón y se lo puso; la tela le cayó suave sobre la piel. Thomas se metió en la cama y abrió un libro, como si la noche no hubiera dejado restos en sus venas.

Annabella siguió su rutina con disciplina: lavarse la cara y las manos, como si el agua pudiera quitarle la sensación de otras miradas sobre su esposo. Cuando regresó, apagó las velas una por una, dejando encendidas solo las de las mesillas de noche.

Levantó las sábanas y se deslizó debajo con suavidad. Se acercó a Thomas sin invadirlo; no lo abrazó, no lo interrumpió en su lectura. Solo empujó su almohada hasta quedar junto a él y extendió un brazo: su mano se posó sobre el pecho de Thomas, sobre esa palpitación firme que la hacía sentir segura y, al mismo tiempo, inquieta de una manera deliciosa.

Era su forma de decir *estoy aquí* sin palabras.

Thomas siguió leyendo unos segundos, pero su mano cubrió la de ella, inmóvil, controlada. Annabella se acomodó, cerró los ojos y

dejó que el ritmo de él la arrullara.

—Buenas noches —susurró, con un resto de orgullo herido todavía en la garganta.

Thomas no bajó el libro de inmediato, su voz fue suave.

—Descansa, Bella.

Annabella sonrió, y el sueño la tomó rápido, profundo.

Marie abrió la puerta de la habitación con cautela, conteniendo una risa que no se permitía a menudo. La mañana apenas comenzaba; las cortinas estaban corridas lo suficiente para no ofender a los durmientes con luz directa. Las ventanas, levemente abiertas, dejaban entrar un aire frío de Londres que olía a piedra húmeda.

Se asomó: Thomas y Annabella dormían. Una escena rara de paz.

Marie cerró la puerta apenas y bajó la mirada hacia seis cabecitas expectantes que la observaban con ojos enormes.

—No hagan ruido —ordenó con un dedo en los labios.

Seis dedos pequeños la imitaron.

—¿Listos?

Asintieron en una avalancha de cabezas. Marie abrió.

Y los dejó entrar.

—¡Tía Anna! —gritaron al unísono, rompiendo el silencio.

Fue una estampida. Los mayores —Archie, Blake y Adrien— treparon a la cama, arrancaron mantas, se lanzaron sobre Annabella como si fueran a recuperarla del mundo. Annabella y Thomas se incorporaron de golpe, desorientados.

Annabella soltó un chillido ahogado, luego una risa.

Thomas, sorprendentemente, sonrió al ver cómo los niños se aferraban al cuello de su esposa. La amaban. Y Annabella se veía radiante con ellos encima.

Del lado de Thomas, una pelirroja pequeña estiraba los brazos.

—Yo no puedo… —se quejaba, pronunciando mal y suplicando.

Thomas bajó la mirada. Los ojos de la niña —azules, despiertos, idénticos a los de su madre— lo miraban con insistencia. Levantó las manos como si fueran capaces de romper el mundo; la tomó con cuidado y la alzó. Al contacto, lo atravesó una sensación extraña: algo tibio, algo incómodo y dulce, como un cariño que no había tenido nombre en su vida.

Ashlyn lo miró con duda, midiendo si debía temerle. Thomas era "el hombre siniestro" en las bocas de Londres; pero los niños no repetían los rumores, solo olían la verdad. Ella decidió arriesgarse. Se abrazó a su cuello y apoyó la cabecita mojada en su hombro. Sus manecitas intentaron abarcar su espalda, demasiado grande para ella.

—Gracias —dijo, y luego lo estudió—. Tú tienes mis ojos.

Thomas no pudo evitar la sonrisa.

La niña señaló sus propios ojos con el índice.

—¿Te parece? —preguntó él, sentándola en su regazo.

—Sí. Mis ojos son bonitos.

—¿Entonces los míos también?

La niña lo miró con una advertencia.

—Sí… pero ¿verdad que los míos son más bonitos?

Thomas asintió con solemnidad.

—Tienes razón. Los tuyos son aún más hermosos.

—¡Sí! —aplaudió—. ¿Oíste, tía Anna?

Annabella observaba la escena con una sonrisa enorme, casi incrédula. Thomas hablaba con la niña, sonreía, dejaba que un ser pequeño se le colgara del cuello y no se apartaba como si le ofendiera.

Marie aprovechó el caos con habilidad.

—Vengan —dijo, estirando las manos—. En lo que sus tíos se visten.

Tomó a Ashlyn y a Jasón en brazos y se los llevó, dejando a la pareja, por fin, con un segundo de aire.

Annabella apartó las sábanas y saltó de la cama.

—Tranquila, Annabella, no vayas a caer —advirtió Thomas.

—Hace tanto que no los veía… Están más grandes —dijo ella, feliz.

—Solo ten cuidado —fue tras ella, y su tono se endureció lo suficiente para que se sintiera como una orden—. No los cargues.

—Sí, sí, no te preocupes.

Thomas la detuvo con la mirada.

—Es en serio, Annabella. No debes cargar cosas pesadas. Un niño cuenta como pesado.

—Sí. Entendí —cedió ella, ya vistiéndose a toda prisa.

Cuando la pareja llegó al comedor, el ruido se multiplicó. Marie intentaba mantener a los seis sentados; había una doncella para cada uno, tratando de alimentarlos sin mancharles la ropa. Era una causa perdida. Annabella aplaudió dos veces.

—A ver, niños. Muestren que tienen modales.

Seis pares de ojos la miraron… y luego se desvió la atención como si el mandato fuera solo un juego.

—¡Tía Anna, dile a Adrien que deje de lanzarme comida! —exigió Blake, acusando con un dedo.

—¡Ella empezó! —se defendió Adrien.

—¡Mentiroso! —le sacó la lengua una de las niñas.

—Dejen de pelear —pidió Archie—. Me duele la cabeza.

—Jasón, abre la boquita —ordenó Ashlyn a su primo.

—No —empujó él su mano—. Sophie quiere darme chocolate.

—¡Niños! —Annabella elevó la voz—. ¡Basta!

Los pequeños callaron un segundo… y luego se miraron como conspiradores. El siguiente instante fue peor: el desayuno se convirtió en munición. Huevos, jamón, mermelada. Gritos.

—¡Dios mío! —Marie reía, cubriéndose detrás de una charola, como si por fin la vida le hubiera concedido un tipo de felicidad sin dolor.

Las doncellas chillaron e intentaron refugiarse, pero los niños ya corrían por el comedor, bombardeándose y celebrando cada impacto.

Thomas miró el desastre. Luego miró a su esposa. Con una calma insultante, le besó una mejilla —un gesto rápido, íntimo— como si le dejara un sello y una sentencia.

—Buena suerte.

Se volvió hacia una doncella que intentaba esconderse.

—Mande decir que me lleven el desayuno a mi despacho.

La mujer asintió, recibiendo un disparo de mermelada.

—¡Thomas! —lo llamó Annabella, indignada.

—Lo siento, pero no puedo con esto —sonrió él.

Annabella lo fulminó.

—Malvado.

Thomas se fue sin prisa. Sabía perfectamente que podía controlar a seis niños con una sola palabra, pero no lo haría. Primero, porque Annabella había invitado a sus sobrinos para provocarlo —y él no le daría el gusto—; y segundo, porque Marie tenía una sonrisa que Thomas casi no había visto jamás. No le iba a arrebatar ese momento.

Annabella, resignada, entró en la guerra. Se acercó a Marie —que parecía una general con su charola— y empezó a contraatacar, riendo a pesar de todo. Entonces, una voz cortó el aire.

—¿Puedo saber qué está pasando aquí?

La potencia de aquel tono heló la sangre del comedor. La comida dejó de volar. Los niños se quedaron quietos como si una mano invisible les cerrara la garganta.

Humberto Hamilton estaba en el umbral.

Seis cuerpos pequeños se aferraron al vestido manchado de Annabella, buscando amparo. Incluso Archie, el mayor, se escondió.

—Humberto —Marie se puso de pie.

—¡Marie, por todos los santos! ¿Qué sucede aquí?

Marie vaciló.

Annabella dio un paso, el corazón golpeándole las costillas. Tenía la cara manchada de mantequilla, huevo y mermelada. Se obligó a levantar la barbilla con dignidad.

—Es mi culpa. Son traviesos y no los he podido controlar.

Humberto la miró… y en su rostro apareció algo que a Marie le dio miedo: ternura. Una ternura mal colocada.

Se acercó a Annabella y le tomó las manos.

—Oh, querida… no debes preocuparte. Yo sé cómo son los niños.

—¿En serio? —Annabella acarició la cabeza de Archie.

Humberto levantó una mano y le rozó la mejilla con una dulzura que no le pertenecía. Marie lo notó y sintió un pinchazo de pánico, así que intervino de inmediato, con su voz correcta y su sonrisa.

—¿Por qué no les damos un baño antes de sacarlos al jardín?

Annabella miró a su suegra y asintió, agradecida por la salida.

—¿La espero? —preguntó Annabella, antes de irse, aún temblorosa por la presencia de Humberto.

—No —sonrió—. Voy enseguida. Ordenaré que limpien este lugar.

Annabella se fue con los niños.

Humberto se volvió hacia las doncellas.

—Limpien esto —ordenó, sin levantar la voz.

Las jóvenes corrieron por cubetas y trapos.

—Y que alguien lleve agua con la señora Annabella —agregó Marie.

Cuando la puerta se cerró y quedaron solos, la cortesía desapareció como un telón. Marie y Humberto se miraron con recelo.

—¿Qué pretendes? —inquirió Marie.

Humberto tomó una uva de la mesa, la metió en su boca con calma, masticando como si el mundo no lo urgiera.

—¿A qué te refieres, mi cielo?

—Con Annabella —Marie arqueó una ceja.

—No me dirás que sigues siendo celosa después de todo.

Marie soltó una risa seca, sin humor.

—Por favor… rogué a Dios para que perdieras interés en mí.

Humberto ladeó la cabeza.

—Aún tienes lo tuyo —dijo, y la frase fue una amenaza vestida de halago—. Lo descubrimos la otra noche.

Marie apretó la mandíbula.

—Eres un bruto incorregible. No permitiré que dañes a esa niña… ni a tu propio hijo.

Humberto dio un paso hacia ella. Marie retrocedió uno.

—¿Me amenazas, amor mío?

—Debes reaccionar, Humberto —pidió Marie, con voz baja, urgente—. Es tu hijo. Y ella, su esposa. No es Cristina.

Los ojos de Humberto se endurecieron.

—Ni tú tampoco lo eres.

—No —negó Marie—. Parece que ese fue mi pecado.

Humberto habló con una calma que hacía más daño que un grito.

—Ella debió ser mía.

Marie lo miró a la defensiva, herida y furiosa.

—No lo era mucho antes de casarnos. Y lo sabes bien.

La furia de Humberto fue rápida. Le tomó el cuello con una mano y la levantó lo suficiente para que Marie sintiera el suelo alejarse.

—Cállate —exigió, entre dientes.

Marie lo miró con odio puro, sin lágrimas.

—Daría gracias si por fin me mataras… Así descansaría de ti.

Humberto la soltó con violencia. Marie cayó y luego se incorporó con parsimonia, recomponiéndose el vestido con una dignidad aprendida a golpes.

—Levántate —ordenó Humberto.

Marie lo hizo, lenta, elegante, como si el cuerpo no le doliera.

En ese momento, las doncellas regresaron con baldes. Una joven se inclinó ante la marquesa.

—Excelencia —informó—, ya llevaron cubetas a la señora condesa.

Marie lanzó una mirada de odio a su marido y salió del comedor con las faldas manchadas.

Humberto la siguió con los ojos, satisfecho.

Annabella había bañado a los niños y se había bañado ella misma. Sus primas, previsivas, habían enviado otro cambio de ropa.

Las doncellas ayudaban a vestir a los pequeños cuando una se le acercó con el rostro desencajado y un vestido en las manos.

—¿Qué pasa? —preguntó Annabella, de inmediato alerta.

—La niña Ashlyn… —dijo la doncella—. No la encontramos.

La sangre le bajó de la cara a Annabella.

—¿Cómo es posible? —El pánico le apretó el pecho—. ¡Búsquenla!

—¡Está bien, tía! —asintieron los niños.

—¡No! ¡Esperen! —intentó detenerlos.

Inútil: salieron disparados por la puerta abierta.

Annabella corrió tras ellos, pero solo alcanzó a ver rizos pelirrojos y sombras pequeñas perdiéndose en distintas direcciones.

Era imposible. La mansión Hamilton era demasiado grande.

—¡Búsquenlos! —se alteró—. ¡Pongan a todos a buscarlos! ¡Que no los dejen salir al jardín o jamás los veremos de nuevo!

Las doncellas corrieron a dar avisos. Annabella, con el corazón golpeándole en la garganta, se lanzó por los pasillos, intentando encajar el caos en un orden que no existía.

Ashlyn, descalza, caminaba por las baldosas frías como si fueran parte de una aventura. Llevaba solo un camisón; su cabello cobrizo goteaba, marcando un rastro mínimo. Sus ojitos azules se paseaban

por murales, pilastras, escaleras enormes. Asomaba la cabeza por puertas abiertas, curiosa e imparable.

—Hola, pequeña.

Una voz grave la hizo gritar.

—¡No me asustes! —regañó a quien fuera, girándose.

Era el mayordomo, impecable y alarmado.

—Perdone, mi lady —se disculpó.

—¿Tú conoces al tío Thomas? —preguntó ella, olvidando el enojo.

—Sí.

—Quiero ir con tío Thomas.

—¿Desea que la lleve a su despacho?

Ashlyn asintió con entusiasmo y alzó los brazos.

—¿No desea ponerse un vestido primero?

—Quiero tío Thomas —exigió.

El mayordomo cedió. La alzó y caminó con ella por los pasillos. Ashlyn preguntaba por todo: cuadros, escaleras, lámparas. Al fin la bajó frente a una puerta.

—Ahí es —susurró—. Pero no le gusta que lo molesten.

—Yo no molesto —se encogió de hombros—. Papi siempre me deja.

—Entiendo —dijo él, resignado—. ¿Le abro la puerta?

—No. Sola.

El mayordomo apartó las manos.

Ashlyn se puso de puntitas, estirándose para alcanzar la perilla. El hombre, conquistado, miró hacia otro lado y bajó apenas el mecanismo para que la niña pudiera empujarlo con sus manitas.

—Shhh —le advirtió Ashlyn—. Corre, corre… o te regañan.

El mayordomo asintió y se apartó como si desapareciera.

Ashlyn abrió lo justo, se escurrió y cerró con cuidado. Thomas, dentro, estaba inclinado sobre papeles. No levantó la vista de inmediato, pero su cuerpo se tensó: sabía que alguien había entrado.

Ashlyn se arrastró hasta quedar bajo el escritorio, entre las piernas de su tío. Con toques leves en su pantorrilla, fingió ser un ratón.

Thomas siguió el juego, con una voz grave, teatral.

—Parece que algún animal se ha metido… siento algo en mi pierna.

Una risita la delató.

—Creo que tendré que llamar a alguien…

—¡No soy animal! —gritó Ashlyn—. Soy Ashlyn.

Thomas echó la silla hacia atrás y se inclinó. La encontró con una sonrisa de triunfo. La tomó con ambas manos y la sentó en su regazo.

—¿Qué hacías, Ashlyn?

—¡Vengo con tío Thomas! —lo abrazó.

Thomas la estrechó contra sí, sorprendido de lo natural que se sentía tener una niña en sus brazos.

—¿Quién te ha traído?

Ashlyn cerró la boquita y miró hacia otro lado.

—No me acuerdo.

Thomas negó con una sonrisa.

—No te acuerdas… ¿Sabe tu tía Annabella que estás aquí?

Ashlyn sonrió con encanto.

—No me acuerdo.

—Muy bien —Thomas se puso de pie con ella en brazos—. Vamos.

—Te va a regañar —le avisó la niña.

—¿A mí? —Thomas sonrió—. Yo no me he escapado.

Ashlyn acomodó su cabecita en su hombro.

—Dile que sí lo hiciste.

Thomas soltó una breve risa, y salió del despacho.

Annabella subía tras Archie, el mayor y el más veloz.

El niño había elegido las escaleras como juego, y ella lo seguía con el corazón en la garganta.

—Archibald, regresa ahora mismo —exigió.

—¡Ashlyn! —gritaba él, abriendo puertas al final del corredor.

—Archie, Ashlyn no sabe subir escaleras… —dijo Annabella, pensando *al menos no bien*.

Llegaron a un pasillo largo, lleno de puertas. Archie abría y cerraba con esmero, buscando.

—¡Tía Anna! —gritó de pronto—. ¡Mira, tienen tus dibujos aquí!

Y se metió en una habitación.

—¡No, Archie, sal de ahí! —Annabella corrió.

Pero al agarrarse de la jamba de la puerta, se quedó inmóvil. No eran sus dibujos. Había retratos, muchos, decenas. De una mujer que se parecía demasiado… y no era ella. Cristina. Su madre.

El lunar sobre el labio izquierdo —el detalle que a las pinturas no se les escapaba— estaba allí, repetido una y otra vez: lápiz, acuarela, pastel, óleo, carbón. Algunos parecían recientes; otros, obsesivos. Y en varios, con tinta o con letra marcada al pie, aparecía el sobrenombre que su madre odiaba:

"Queeny."

Annabella sintió que el corazón le golpeaba tan fuerte que le dolía. La piel se le erizó. El aire de la habitación olía distinto, como a encierro, a secreto viejo. El protocolo, el matrimonio, la fachada perfecta… todo aquello era solo una cortina.

Entró con paso trémulo, incapaz de evitarlo. Miró cada rostro pintado y se le revolvió el estómago. No entendía. Y, sin embargo,

entendía demasiado.

—Ven, Archie —le tomó la mano con fuerza—. Vámonos.

—¿Qué es este cuarto, tía?

Annabella forzó una sonrisa que casi se le rompió.

—Nada, mi amor… Prométeme que no contarás a nadie sobre esto.

Archie la miró, intrigado.

—¿Por qué no?

—Será un secreto entre nosotros —dijo ella—. ¿Qué te parece?

Los ojos del niño se iluminaron con esa alegría competitiva.

—¿Nadie más lo sabrá? ¿Ni Adrien?

Annabella se aferró a esa tabla.

—Sí. Ni él.

—¡Lo prometo! —asintió Archie.

Annabella le dio una última mirada al cuarto, como si la habitación pudiera mirarla de vuelta, y lo sacó de allí.

Esto no podía quedarse así.

Aquella recámara tenía una razón, y Annabella sintió —con un escalofrío lento— que la respuesta llevaba el nombre de su suegro. Porque no había forma de que Thomas dibujara a Cristina una y otra vez cuando Annabella sabía que la detestaba… y porque aquello no

era nostalgia: era obsesión. Una obsesión escondida en una casa donde todo se aparentaba perfecto.

Y ahora, además, había un niño perdido.

Y su corazón —despierto, valiente, aterrado— le dijo que ambas cosas estaban peligrosamente unidas.

Capítulo 39

Annabella rodó por enésima vez en la cama. Para ese momento, Thomas ni siquiera intentaba abrazarla; procuraba molestarla lo menos posible. Ahora, con treinta y siete semanas de embarazo, se había tornado muy susceptible: un instante podía estar tranquila y, al siguiente, llorar por una razón que nadie lograba descifrar.

Además, había tenido que recibir las visitas de Juliana Patterson durante todo su embarazo, y francamente la estaba volviendo loca. Sobre todo porque, cada vez que iba a la casa, lo hacía sola y solo mostraba interés en saber cosas sobre su esposo: hacía preguntas extrañas, impropias, demasiado personales para una mujer casada que cruzaba el umbral de otro hogar sin compañía.

—¿Qué le gusta comer a Thomas?

—¿Le gusta dormir por las tardes?

—Me han dicho que es médico, ¿es cierto?

¡La volvía loca!

Y, para terminar, no había podido investigar más sobre la recámara secreta. De hecho, al día siguiente había regresado… pero se encontraba cerrada con llave. Los días siguientes fue igual. Tal parecía que había sido un descuido que no volvió a suceder. La única forma de entrar era o encontrando la llave o llevando a su propio

esposo para que abriera la puerta de alguna forma. Pero no se atrevía. Ciertamente era un tema que no podía entablar con Thomas.

Siempre que su padre estaba cerca, él se comportaba extraño: la protegía sobremanera y procuraba no dejarla sola nunca, como si el simple hecho de que ella quedara a merced de una mirada bastara para ensuciarlo todo. Annabella lo había notado, no sin ese estremecimiento que nacía en el pecho cuando una comprende, sin pruebas, que hay cosas que se permiten y cosas que no… y que las que no, suelen cobrarse con silencio.

Rodó una vez más y, por primera vez, impacientó a su marido.

Thomas se incorporó, encendió la lámpara de queroseno que descansaba sobre la mesa de noche y, con aquella luz tibia, amarillenta, que parecía pertenecer a otra época del mundo, la observó con atención. La noche olía a lino limpio, a madera vieja y a esa humedad suave que se quedaba en las cortinas en invierno.

—Bella, cariño… ¿te sientes mal?

Annabella, con dificultad, se sentó en la cama. El camisón se le pegaba a la piel por el calor, por la respiración que ya no era la misma desde hacía semanas.

—No sé… estoy incómoda —admitió, llevándose una mano al vientre—. El bebé se mueve mucho.

Su pequeña barriga había crecido demasiado en unos pocos meses. Ahora Annabella exhibía una hermosa y prominente pancita que albergaba al niño de la pareja más joven de los Hamilton; un futuro heredero —o heredera— que ya pesaba sobre la casa como un título, como un deber, como una promesa.

—Déjame revisarte.

Thomas acercó la mano con lentitud. Lo hacía con el cuidado exacto de un médico que conoce la fragilidad de la carne… y con la contención de un hombre que no se permite tocar demasiado. Sus dedos, largos y fríos al principio, se acomodaron sobre la curvatura tibia del vientre. Annabella contuvo el aire, no por miedo, sino por ese impulso involuntario de su cuerpo al contacto: un pulso que se apresura, una piel que reconoce la intención, aunque las palabras se mantengan lejos. Thomas palpó, escuchó con el tacto; sintió al niño moverse bajo la piel, fuerte, insistente. El rostro de él no traicionaba nada, pero su mandíbula se tensó un instante, como si se castigara por sentir ternura.

—¿Qué pasa? —Annabella se alarmó al notar aquella mínima rigidez—. ¿Está mal? ¿Algo le pasa?

—No —la miró, tranquilizador—. Está bien. Solo que, a estas alturas, ya comienza a moverse con mucha más frecuencia.

Annabella respiró con normalidad otra vez. Bajó la mirada hacia su vientre, y lo acarició un poco, sonriendo mientras sobaba, una y

otra vez, la zona donde descansaba su hijo. Sus dedos eran suaves; su gesto, íntimo, casi sagrado.

—Pero no dejas dormir a mami —se quejó la castaña, hablando hacia adentro, como si el niño pudiera entenderla.

—Y por ende tampoco a su padre —murmuró Thomas, recostándose en las almohadas con un suspiro ligero.

Annabella lo miró de reojo. Había en él una distancia verbal que no siempre había estado ahí. Una disciplina. Un control. A veces ella sentía que Thomas era capaz de apretar el deseo entre los dientes y seguir caminando como si nada. Y otras veces, como ahora, ese control se le veía en la forma en que evitaba abrazarla demasiado, como si temiera romper algo… o romperse él.

—Thomas, no sé qué hacer. No quiere dormirse y, al parecer, no desea que yo lo haga tampoco.

Thomas sonrió ante el comentario. No estaba seguro de que el niño estuviera precisamente despierto, pero no la contradeciría. Sería enfrascarse en una pelea en la que Annabella, con esa sensibilidad nueva, terminaría llorando. Desde hacía un tiempo no soportaba que nadie le llevara la contraria en absolutamente nada; le dolía el cuerpo, le dolían las emociones, y todo parecía demasiado cerca de la piel.

El conde se sentó sobre la cama, apoyó la espalda contra la cabecera y la miró con una sonrisa controlada.

—Ven.

Abrió los brazos y, con un gesto firme pero cuidadoso, sentó a Annabella entre sus piernas, permitiendo que recostara la espalda en su pecho. La acomodó como se acomoda algo valioso: con autoridad y con miedo. Su respiración le rozó la sien. Annabella se recogió contra él como quien por fin encuentra un lugar donde el mundo no la empuja.

—Mejor —susurró ella, cerrando los ojos.

Thomas pasó la mano sobre el vientre, una y otra vez, con una paciencia que parecía infinita. Sus caricias eran lentas; no buscaban encender, sino calmar… y, sin embargo, cada contacto tenía un filo secreto, una intimidad inevitable. Annabella lo sintió en el pecho, en el cuello, en las manos que se le traicionaron al aferrarse apenas al antebrazo de él, como si temiera que se apartara.

Thomas alargó la mano hacia la pequeña válvula de la lámpara y la giró hasta que la llama se extinguió. La oscuridad los envolvió. El silencio de la casa —esa casa de protocolos, horarios y reglas no dichas— los dejó a solas con lo único que nunca obedecía: el cuerpo.

Entraron, por fin, en un sueño que ambos necesitaban.

Fastidiosos toques en la puerta hicieron que Annabella abriera los ojos. Se encontró completamente sola en la cama. Parpadeó,

desorientada, y buscó con la mano el lugar tibio donde él había estado, pero solo halló sábanas frías.

Miró hacia todos lados, intentando encontrar a su marido. No había rastro de él.

—Lady Annabella —la llamaron, como último recurso, al notar que ella no se levantaba.

—¿Sí? —respondió con voz adormecida.

—Lady Patterson la está esperando —informó Lizet, la doncella, con una formalidad que pretendía no juzgar la hora.

Annabella se incorporó de golpe, llevándose una mano a la cabeza.

—¿Qué? ¿Qué hora es?

—Las doce, mi señora.

—¡¿Las doce?! —exclamó, horrorizada.

Con razón estaba sola en la cama. Era verdad que su marido no era de los que se levantaba temprano, pero jamás se quedaba hasta mediodía. Eso era una barbarie. ¿Cómo lo había permitido?

—Lizet, ¿qué haces detrás de esa puerta? Entra de una vez.

La joven doncella abrió, un poco contrariada ante el aceleramiento de Annabella, pero no dijo nada. Se movió con la eficacia silenciosa de las casas grandes: la prisa aquí también debía verse elegante.

Comenzó a vestir a su señora lo más rápido y perfectamente que pudo. Ahora que la castaña no usaba corsé, las cosas eran mucho más rápidas… y, francamente, más cómodas. Aun así, Lizet se tomó el tiempo de ajustar botones, alisar dobladillos, asegurarse de que cada pliegue obedeciera a lo que se esperaba de una condesa.

—Listo. Hazme un peinado normal —ordenó Annabella, sentándose en el tocador—. No sé… algo con trenzas.

—Sí, señora.

En menos de quince minutos, Annabella estaba presentable para bajar: enfundada en un bonito vestido de maternidad que dejaba al vientre hinchado permanecer con naturalidad; el cabello trenzado y acomodado sobre la cabeza de forma elegante, resaltando sus facciones finas y sus ojos brillantes, que parecían dos estrellas… aunque, esa mañana, ardían más de irritación que de dicha.

—Señora —el mayordomo hizo una inclinación—. Lady Patterson la espera en el salón del té azul.

—Gracias —asintió Annabella, terminando de bajar las escaleras.

El eco de la casa, con sus alfombras gruesas y sus cuadros solemnes, parecía recordarle, a cada paso, qué se permitía y qué no. Y, sobre todo, quién tenía derecho a preguntar.

—Al fin despiertas.

Thomas apareció recorriendo el resto del pasillo que le quedaba para llegar a ella, cerrando el libro que traía en la mano. Vestía con

esa pulcritud impecable que lo volvía intimidante incluso cuando sonreía. Le tomó el rostro y le dio un pequeño beso en los labios. Solo que tardó más de la cuenta. La presión fue suave, controlada… pero la pausa fue una imprudencia que, en un pasillo, podía volverse escándalo. Annabella sintió el golpe cálido de ese contacto; el pulso le subió hasta la garganta. Thomas se separó justo cuando la respiración de ella iba a delatarla.

—¿Por qué no me despertaste? —se quejó Annabella, con una mezcla de reproche y necesidad.

—Necesitas dormir —se disculpó Thomas, bajando la mano hacia el vientre de su esposa. Su palma se acomodó ahí con una familiaridad que parecía de derecho… pero sus palabras se mantuvieron a la distancia, como si no quisiera concederse ternura a plena luz—. Y no lo haces bien en estos días.

—Es algo inquieto —sonrió Annabella—. Herencia tuya, supongo.

Thomas levantó una ceja, divertido a medias.

—Tal vez tienes razón.

Le acarició la mejilla y besó su frente con ternura. Annabella se quedó un segundo con los ojos cerrados, sintiendo que esa caricia le ordenaba el mundo, aunque fuera por un instante. Era cruel que algo tan pequeño tuviera ese poder.

—¿Me acompañas? —ella apoyó la palma sobre el pecho de él, notando el latido firme—. Tengo a Lady Patterson esperándome.

—Parece ser que se han hecho buenas amigas —comentó Thomas.

—No, en realidad —negó Annabella.

Thomas se detuvo un poco.

—¿Qué?

—Entonces, ¿por qué vendría tan seguido? —preguntó él, frunciendo apenas el ceño—. Creo que te visita más que tus primas.

—Y eso me vuelve loca —admitió Annabella—. Ellas comprenden que no puedo recibir visitas todo el tiempo. Solo quiero dormir, comer e ir al baño.

Thomas soltó una carcajada sonora y le besó la mejilla antes de introducirse con ella al salón, donde la dejaría.

—¡Oh! —exclamó la mujer, poniéndose en pie—. ¡Te ves hermosa!

—Claro —Annabella habló con los dientes apretados—. Gracias.

—Thomas… qué bueno es verte de vez en cuando —Juliana se acercó y le dio un beso en cada mejilla—. ¿Te quedarás con nosotras?

—En realidad, estoy un poco…

—Sí —Annabella irrumpió—. Se queda.

—¿En serio? —Juliana sonrió con emoción.

Thomas volvió la cabeza hacia su esposa, desconcertado. Annabella sostuvo la mirada con una serenidad forzada: esa calma peligrosa que precede a una tormenta.

—¡Claro! —Annabella juntó las manos, provocando un sonido fuerte—. Así facilitaremos la conversación. Thomas contestará a tus preguntas en lugar de ser yo.

Annabella notó el rubor de Juliana y no le interesó. Era de muy mal gusto que una mujer casada se la pasara preguntándole cosas personales sobre su esposo. Era raro, incómodo… y la hería con una insistencia que ya no estaba dispuesta a tolerar.

—¿Preguntas? —Thomas se mostró confundido.

—Lady Patterson está muy interesada en ti —se cruzó de brazos.

—¿En mí?

—Lo que Lady Hamilton quiere decir es que tú me puedes responder con mayor facilidad —intervino Juliana, intentando remediar—. Son algunas cosas sobre los embarazos.

—Ah, claro —Thomas se encogió de hombros; era normal que le preguntaran cosas medicinales, no por nada era médico.

—Sí, cosas muy biológicas —soltó Annabella, sarcástica.

Thomas la miró de lado, adivinando el filo bajo esa frase.

—Muy bien, Bella… creo que alguien anda de malas por no desayunar —se acercó, lo bastante para que su presencia pesara—. ¿Por qué no vas al comedor mientras nosotros hablamos?

—¿Te deshaces de mí? —Annabella levantó una ceja.

—No, cariño. Solo quiero que comas algo.

Ese "cariño" tuvo la dulzura exacta de una orden. Thomas, a veces, castigaba su deseo con distancia verbal… pero el control físico lo delataba: la forma en que la guiaba, en que decidía por ella sin elevar la voz, en que la cercanía era una jaula cómoda.

Annabella rodó los ojos y fue hacia el comedor. No pondría réplicas a un desayuno cuando estaba a punto de desfallecer de hambre. Aun así, el pensamiento de dejar a su esposo en las garras de esa mujer la quemaba por dentro. Thomas había adoptado su pose de médico, esa máscara impecable, y no había quien lo sacara de ella.

La joven disfrutó de un grato desayuno en la cocina de los Hamilton. A pesar de que la servidumbre intentó sacarla del lugar, Annabella se mostró tajante y berrinchuda, poniendo como excusa que no deseaba desayunar sola; y, como era obvio, todos en la casa ya habían pasado por esa comida del día.

—Lady Annabella, ¿quiere que le sirva algo más? —preguntó la cocinera, a quien Annabella identificaba como la mujer más complaciente que existiera en la tierra.

—No, Martha, estoy bien —sonrió Annabella—. A este paso, mi hijo será muy mimado.

—Y no es para menos —restó importancia la mujer, limpiándose las manos en el mandil—. Si será el bebé de la casa.

Annabella asintió. Era verdad: ese niño o niña en su vientre sería la alegría de esa casa. Tal vez con su llegada las cosas se apaciguarían un poco entre los dos hombres de la familia… o tal vez se volverían más peligrosas. El apellido pesaba. El matrimonio pesaba. La herencia pesaba. Todo pesaba.

—¡Señora Martha! ¡Señora Martha! —gritó una chiquilla bajando por las escaleras que conducían a la cocina.

—¿Qué pasa, niña? ¿Por qué gritas? —se adelantó la cocinera con paso lerdo, pero con ojos atentos.

—El señor manda pedir unos paños, agua fría y las sales —dijo la chiquilla con premura.

—¿Y eso por qué? —preguntó Martha, apresurándose—. ¿Quién ha tenido un percance?

—Lady Patterson —soltó la niña—. Estaba atendiéndolos y comenzó a decir que se sentía mal y cayó en los brazos del amo.

—Qué casualidad —rodó los ojos Annabella, más fría de lo que habría esperado de sí misma.

—¡Mi señora! —se alarmó la chiquilla al notar que una de las dueñas de la casa se encontraba en la cocina tomando una taza de leche caliente con la normalidad de una empleada.

—Tranquilízate, Karen —le quitó importancia Annabella—. ¿Ya han llamado a un médico para la señora?

—La señora Patterson se ha empeñado en que el amo joven lo haga —explicó la joven—. Parece que está muy asustada por lo que pasó.

—Más bien es muy lista —Annabella se puso en pie de inmediato, la sangre zumbándole en los oídos—. ¿Dónde se encuentran?

—El amo joven la dispuso en una de las habitaciones.

—¿Habitaciones? —Annabella se atragantó con su propia saliva.

—Yo la llevo, señora —asintió Karen—. Señora Martha, ¿le dirá a Virginia que me ayude?

—Sí, muchacha. Ve —apuró Martha, preparando las cosas.

Annabella caminó con rapidez detrás de Karen, quien la llevaba tomada de la mano para guiarla, al mismo tiempo que evitaba que la condesa tropezara.

El embarazo la hacía más lenta; la urgencia la volvía peligrosa.

La doncella abrió la puerta, mostrando la imagen de Thomas inclinado sobre el cuerpo de Lady Patterson. Juliana, por cierto, no tenía el corsé colocado como debía. El camisón se le deslizaba de los hombros con una indecencia involuntaria… o demasiado bien calculada. A pesar de que Annabella sabía que su esposo era un hombre formado para ser médico, no soportaba verlo inclinado sobre esa mujer precisamente. Le enervaba.

—Thomas —lo llamó, acercándose a la cama con paso trémulo, imaginándose cosas que le encendían la cara—. ¿Qué pasa?

—Se ha sentido mal —respondió él con premura, sin mirarla del todo—. Sal de aquí, Annabella.

—Pero puedo ayudar —insistió, acercándose un poco, viendo cómo la mujer semidesnuda se retorcía en un aparente dolor.

—Dígame, Juliana —Thomas le habló por su nombre de pila—, ¿le duele aquí?

Apretó la parte baja del vientre, del lado derecho.

—Sí —dijo Juliana con esfuerzo—. Me duele.

—Creo que es el apéndice.

—Me duele —se quejó Juliana de nuevo.

—Tranquila. Déjeme…

—Thomas —interrumpió Annabella al ver que su marido comenzaba a subir el camisón que ocultaba la desnudez de la mujer —, ¿no crees…? —se ruborizó, sintiendo el calor subírsele hasta las orejas—. ¿No sería mejor que llamáramos a alguien?

—¿Cómo a un médico? —Thomas la observó, confundido—. Estoy aquí. Ahora mejor ayúdame…

—¡No quiero que lo hagas tú! —soltó Annabella, y al instante supo que había dicho la frase equivocada.

Thomas le clavó una mirada seria. No gritó. No necesitó. En Thomas, el miedo no venía del volumen: venía de la quietud. De esa autoridad helada que lo hacía parecer intocable.

—¿Que no haga mi trabajo? —preguntó con cautela. Sus ojos azules se inyectaron con una rivalidad silenciosa. Se distrajo un segundo cuando Juliana le tomó la mano y se la apretó con fuerza, como si el dolor le diera derecho.

—No… solo que…

—¿Qué es lo que quieres? —Thomas habló con un enojo contenido—. ¿Que no revise a ninguna mujer porque te dan celos?

—No, es que no lo entiendes…

—Entiendo perfectamente —dijo él, mientras ponía un paño fresco sobre la frente de Juliana—. La que no entiende eres tú. Si vas a vivir conmigo, tienes que comprender que este es mi trabajo. Lo haré mil veces. Y no me podrás alejar de algo que me gusta hacer.

Las palabras "me gusta" cayeron como un golpe. A Annabella se le aguaron los ojos. Le dolió la garganta con esa humillación tan antigua: la de sentirse niña y, peor aún, frente al hombre al que amaba.

—No es que no quiera que lo hagas —susurró—. Es que ella…

—Es mi paciente —zanjó Thomas—. Haz el favor de no estorbar.

Los ojos verdosos de Annabella perdieron brillo. Un pequeño lamento se le escapó, y Thomas lo oyó. Pero no cedió. Castigaba su deseo —si es que lo tenía— con esa misma dureza: control físico al servicio de la distancia verbal.

—Te odio —soltó Annabella, presa de sus emociones.

—Bella, en serio no tengo tiempo —intentó suavizar Thomas, sabiendo que ella estaba demasiado sensible.

Cuando volvió la vista al lugar donde su esposa estaba, se dio cuenta de que ya no estaba. La había hecho llorar. Dejó que los párpados le cubrieran los ojos y suspiró, cansado, como quien se reprocha algo, pero no sabe cómo repararlo.

—Creo que al fin estamos solos —dijo Lady Patterson.

Thomas la miró con extrañeza.

—¿Disculpe?

—Vamos… sé que cuando una mujer está en cinta, las relaciones entre pareja… —Juliana sonrió, seductora— se enfrían un poco.

—¿De qué habla? —Thomas frunció el ceño.

—No creo que sea difícil entender que estoy dispuesta a lo que usted me pida. Le prometo que su esposa no se enterará de nada —fijó la vista hacia donde Annabella había desaparecido—. Es todavía una niña caprichuda. Entiendo que de repente lo saque de quicio.

—No tiene nada, ¿verdad? —inquirió Thomas, incrédulo, deseando que fuera una broma de mal gusto.

—Digamos que exageré un poco.

Thomas se alejó de la cama. No podía creer lo que estaba escuchando: el extremo al que esa mujer estaba dispuesta a llegar con tal de meterse en su hogar, en su cama, bajo su techo.

¿Dónde vivía su madre? ¿Dónde nacería su hijo?

La rabia le subió con violencia. Además, había hecho llorar a Annabella. Era verdad que ella debía entender que era su trabajo… pero ahora comprendía por qué Annabella no quería que la atendiera. Esa mujer quería algo con él, y él había sido lo suficientemente estúpido para no notarlo.

—Lárguese de mi casa —ordenó con un tono que helaba la sangre—No se le vuelva a acercar a mi esposa.

—Pero…

—Y Annabella para mí es la mujer más perfecta que haya pisado la tierra. Tiene a mi hijo en su interior, y nunca he pensado en engañarla. Menos con una mujerzuela como usted —recorrió con los ojos el cuerpo de Juliana, con desprecio—. Conozco cortesanas con más honor que usted.

—¡Es usted un…!

—¡Bertrám! —gritó Thomas—. ¡Bertrám, venga aquí!

Un hombre de caminar elegante y nariz ganchuda abrió la puerta.

—¿Me llamaba, mi señor?

—Sí. Saque a esa mujer de mi casa —apuntó a Lady Patterson—. Y nunca la vuelvan a dejar entrar. ¿Entendido?

—Sí, mi señor.

Thomas soltó un suspiro, duro, y salió con la intención clara de buscar a su esposa. Tenía ideas de dónde podía estar. Estaba seguro de que la encontraría en el establo. Siempre que Annabella se enojaba iba a parar a ese lugar, donde los animales la rodeaban y la paja la reconfortaba con un asiento cálido y cómodo. Allí, donde el protocolo no pesaba tanto.

Tal y como lo imaginó, Annabella estaba sentada entre la paja, sobre una carroza. Se notaba cansada. Había dejado de llorar y ahora solo permanecía quieta, sobando su vientre con una calma herida. La vergüenza le ardía: ese arranque de celos de hacía un momento… pero también el modo en que Thomas le habló. No lo odiaba, como dijo. Era una tontería pensar que podría odiarlo. Y, sin embargo, había una parte de ella que temblaba: no por miedo a perderlo, sino por miedo a descubrir cuánto poder tenía él sobre su ánimo.

—Bella… —Thomas era la única persona en el mundo que la llamaba así.

Por esa razón, Annabella logró ponerse a la defensiva de nuevo, como si el nombre le despertara la ira que había intentado dormir.

—¿Estoy estorbando aquí también? —preguntó, ponzoñosa.

—No. Deja que te explique…

—¿Qué cosa? ¿Que no te entiendo? ¿Que soy una mala esposa? ¿Que no te dejo hacer tu trabajo?

—Annabella, tranquilízate —Thomas levantó ambas manos, mostrándole las palmas, intentando que se calmara.

—¡No! ¿Ahora quieres que me calme? —lo apuntó—. ¡No me gusta que me grites! ¡Me asustas cuando lo haces!

—Lo sé, mi amor. Escúchame —dijo él, intentando mantener el control, aunque los ojos le ardían de culpa.

—¡Además, eres un enojón! ¡No escuchas lo que te digo!

—Annabella…

—¡Y…! —los ojos verdes de la joven se abrieron de par en par al sentir una extraña sensación en su interior, como un tirón profundo, húmedo, irrefutable—. Thomas…

Thomas cambió de expresión al instante. El médico apareció. El marido se quedó sin aire.

—Ven, Annabella —dijo con un control absoluto, aun sabiendo lo que venía.

—¡No! —se negó, presa del pánico—. Me dijiste que me faltaban todavía cuatro semanas…

—No pasa nada, cariño —se adelantó hacia ella con pasos lentos y cuidadosos, como si temiera que el miedo la rompiera—. Estarán

bien.

—Pero aún no debe nacer —las lágrimas comenzaron a caer—. Debe quedarse hasta cumplir las semanas que le faltan…

—Annabella, deja que te cargue a casa —exigió con más potencia al ver que ella se negaba a cooperar.

—Mi bebé va a morir —sollozó—. Lo maté.

—Mi amor, todo está bien —le tomó el rostro—. Escúchame. Sé lo que está pasando. Solo déjame ayudarte.

Annabella asintió varias veces, ofuscada, hiperventilando.

—Está bien —cedió, sumisa, caminando hacia él.

Thomas la tomó en brazos de inmediato y la llevó a la casa. El peso de su cuerpo, el calor, el temblor: todo le gritaba al instinto que no podía fallar. La instaló en la primera habitación que encontró. No había tiempo para llevarla hasta su recámara; debía recostarla cuanto antes y, sobre todo, llamar a un médico. No podía ser él quien atendiera. No lograría ser profesional cuando se trataba de su esposa y de su hijo.

—¡Rápido! ¡Alguien! —llamó desesperado.

—¿Señor? —una doncella salió de una habitación.

—¡Un médico! ¡Rápido, quiero un médico!

—Sí, señor —corrió la mujer, asustada por el tono.

—Hijo, ¿por el amor de Dios qué pasa? —preguntó Marie, bajando las escaleras, intentando seguirlo.

—Va a tener al bebé —dijo Thomas con premura—. Annabella va a tener al bebé.

—¡Pero falta todavía!

—Se adelantó —respondió, entrando a la habitación donde la joven comenzaba a tener dolores de parto.

El cabello de Annabella estaba empapado en sudor. La respiración era irregular, forzada. Las manos tomaban con fuerza las sábanas cada vez que un espasmo la atravesaba, y soltaba pequeños quejidos, ahogados como si le diera vergüenza de su propia vulnerabilidad.

—Thomas —lo llamó, con ojos desbordados—. No me dejes.

—Aquí estoy —se sentó a su lado, besando rápidamente su sien —. Tranquila. Respira.

Annabella se arqueó hacia adelante, sufriendo el dolor en el vientre bajo, manteniendo las piernas separadas casi por inercia.

—¡Dios mío! —Marie entró—. Haré que se apresuren con el agua caliente y las mantas.

—Thomas —Anna habló entre el dolor—. No te odio. De verdad.

—Lo sé. No te preocupes —Thomas dejó que ella le apretara la mano cuanto quisiera. Se impresionó por la fuerza de su esposa en

ese momento; una fuerza nueva, salvaje, la valentía cruda de quien está dando vida.

—¿A qué hora llegarán a ayudarme? —se desesperó—. ¡Hazlo tú! —señaló a su esposo con la cabeza, presa del miedo.

—Bella, no puedo.

—¡Sí puedes, eres médico!

—Ya ha llegado el doctor —anunció Marie, entrando acompañada por un séquito de mujeres con utensilios, mantas y paños calientes.

—Gracias a Dios —expiró Annabella.

—Tienen que salir todos de aquí —solicitó el hombre mayor, mirando especialmente al padre de la criatura.

—No, no quiero que salga —Annabella le apretó la mano—. No te vayas… —suplicó.

—Mi lord —dijo el médico, sabiendo a quién se dirigía—, sabe que hacemos mejor el trabajo si estamos solas.

Thomas asintió. No era ley escrita, pero los padres solían ser una distracción. Los hombres no estaban acostumbrados a esa clase de escenas. La mujer, además, se distraía en ver la reacción de su esposo; sin mencionar cuando ellos se desmayaban o vomitaban, cosa más común de lo esperado.

Claro que Thomas era médico, pero precisamente por eso podía poner nervioso al doctor de turno. No deseaba ningún error. Estaban en juego la vida de su esposa y la de su bebé.

Al mismo tiempo, contra todo uso de razón, no deseaba dejarla. Menos aún con la mirada que ella le lanzaba: nerviosa, asustada, apretándole la mano como si el mundo fuera a caerse si él se soltaba.

—Estaré afuera, cariño —comenzó.

—No —negó—. Quiero que estés aquí. Tengo miedo. Te necesito.

—Yo la cuidaré, Thomas —se adelantó Marie, deshaciendo el amarre de la pareja y tomando la mano de la joven—. Estará bien.

Annabella iba a protestar, pero el dolor la atacó de nuevo. Apretó la nueva mano que se le brindaba. Thomas la miró una última vez, memorizándola, y salió de la habitación.

—Mi querido hijo —saludó Humberto, posicionando una mano en el hombro de Thomas con una afectuosidad que parecía demasiado ensayada—. ¿Quién diría que este día nacería mi nieto?

Thomas sintió el peso de esa mano como un recordatorio.

—Sabes que puede ser niña, ¿cierto?

—¡Por Dios! —Humberto se burló—. Espero que no sea así.

—En realidad, no me importaría en lo absoluto —Thomas avanzó un paso, obligándolo a retroceder con la sola presencia—. De hecho, me encantaría tener una niña.

—¿Qué clase de hombre eres? —insistió Humberto, burlón, aunque en el brillo de sus ojos había algo más duro: una exigencia antigua.

—Uno que no necesita tener un varón para sentirse hombre.

Humberto entrecerró los ojos y sonrió, moviendo el dedo índice ante su hijo, como si lo amonestara con elegancia.

—Fue una buena contestación. Pero un heredero… es un heredero.

Lo dijo con esa cortesía que suena a amenaza cuando se conoce el veneno detrás. La casa, el apellido, el futuro: todo era un asunto de propiedad para Humberto. Y, por un instante, Thomas vio esa misma posesión en la forma en que el hombre miraba hacia la puerta cerrada, como si incluso el dolor de Annabella fuera parte de su patrimonio. A Thomas se le endureció la garganta.

En ese momento se escuchó un grito desde el interior. No era la primera vez que Thomas estaba cerca de una mujer dando a luz, pero ahora —siendo una de las partes afectadas— se sentía completamente nervioso. Oír un grito de dolor del ser que más amaba en la tierra no era alentador; era un golpe directo, íntimo, sin defensa.

Pasó otra hora. Los gritos y los pujidos no cesaron. Los nervios de Thomas estaban tensos como alambre.

—Te ves preocupado —sonrió Humberto, tomando asiento.

—Supongo que cuando nací tú solo pedías porque fuera varón y mi madre no sobreviviera —escupió Thomas, resentido, sintiendo cada palabra como un puñetazo.

—Pero ¡qué me crees! —Humberto se reclinó—. No le deseaba la muerte a tu madre.

—Claro. Querías seguir golpeando a alguien. Muy inteligente de tu parte —Thomas respondió con sarcasmo, metiéndose las manos en los bolsillos para no temblar.

—¿De verdad no lo puedes superar? —Humberto rodó los ojos—. He dicho que fueron errores. De hecho, tu madre y yo nos reconciliamos de la mejor forma hace algunos días.

Thomas lo miró con furia.

—¿Tocaste a mi madre? —se acercó, intimidante.

—No sabía que tenía prohibido acostarme con mi mujer —Humberto lo miró, divertido—. Para la próxima vez te avisaré.

—Lárgate —Thomas habló con una voz fría y dura—. No necesito tu presencia en este momento.

—Esta sigue siendo mi casa, Thomas Edward Hamilton —Humberto lo apuntó—. Y tú sigues siendo mi hijo querido. Siempre fuiste mi favorito.

—Me sorprende que sepas que tienes una hija —replicó Thomas, con veneno contenido.

—¿Es niña? —Humberto fingió indiferencia—. Con razón la olvido todo el tiempo.

—En serio, ¿por qué no te largas?

—Oh, hijo… quiero estar presente en…

La puerta de la recámara se abrió, mostrando el semblante pesaroso y sudado del médico.

—Lord Hamilton —llamó, primero al padre de la criatura—. Temo decirle que no viene en buena posición.

Thomas sintió que el mundo se inclinaba.

—¿Qué? —preguntó, aunque su cerebro ya lo había comprendido.

—Lo lamento, pero la vida de la madre y la criatura corren peligro.

Thomas apartó al hombre de la puerta y se introdujo a la habitación. Las mujeres con vestidos de mucamas recorrían la recámara: unas mojando mantas, limpiando el sudor de la madre; otras intentando mantenerla limpia mientras sangraba y gritaba, dolorida. Marie se mantenía junto a Annabella, sosteniéndole la mano y acariciándole el cabello empapado.

—Lo quiero a él —suplicó Annabella entre lágrimas—. ¿Dónde está?

—Mi niña, no puede estar aquí. Tienes que hacer un esfuerzo…

—Por favor… tráiganlo —imploró—. Thomas… por favor.

Thomas se adelantó, apartó a su madre con delicadeza, indicándole con la mirada que no se atreviera a detenerlo. Se acuclilló junto a la cama y tomó la mano de su esposa, sustituyendo a Marie.

—Bella —la llamó con dulzura—. Aquí estoy.

—¡Thomas! —sonrió con debilidad—. No te vayas… —un quejido la quebró—. No puedo… mi bebé…

—Ssh… tranquilízate y respira —Thomas le tocó el cabello—. Vas a lograrlo, ¿entiendes? Sé que puedes.

—Vamos, condesa, inténtelo una vez más —dijo el doctor, posicionado de nuevo.

Annabella tomó fuerzas de donde ya no había, pujó con todas sus fuerzas, apretando el alma en la mano que sostenía.

—Lo haces bien, cariño —la animó Thomas, con una calma que le servía a ella como tabla de salvación.

—Viene al revés —declaró el doctor—. Estamos teniendo percances.

—No puedo —Annabella se dejó caer sobre la almohada—. No puedo… —lloró. No tenía más fuerzas. Se sentía frágil, sin piel, y el corazón le latía a mil por hora.

—Vamos, Annabella, inténtalo de nuevo —pidió Thomas, manteniendo esa serenidad que parecía imposible.

Al ver a su esposo sereno a su lado, Annabella adquiría el valor que necesitaba. Se aferró. Empujó otra vez.

—Vamos, condesa, solo un poco más —insistió el médico.

Annabella apretaba la mano de Thomas con una fuerza desesperada, sintiendo en ese pujido como si el cuerpo se partiera. La cara se le enrojeció; las venas del cuello se marcaron escandalosamente. Era su último esfuerzo, lo sabía. Estaba exhausta. Lo único que deseaba era escuchar al bebé llorar para, al fin, descansar. Como un consuelo embriagador, un pequeño llanto comenzó a oírse. Primero despacio… después inundó la habitación en un bramido incontrolable. El niño fue entregado rápidamente a Marie, que estiró los brazos en seguida.

Todo parecía perfecto… hasta que Thomas volvió la vista hacia su esposa.

Annabella estaba recostada sobre la cama. La mano que antes apretaba la de él estaba endeble. La cara, relajada, llena de sudor, ladeada sin cuidado. Los ojos cerrados y…

—¡Rápido! ¡Muévanse! ¡La condesa no está respirando! —bramó el doctor por encima del llanto desconsolado del bebé.

Thomas escuchó todo muy lejanamente. Vio los movimientos rápidos de las doncellas y enfermeras; el doctor presionando rítmicamente el pecho de Annabella para intentar reanimarla; la sangre manchando el camisón blanco… subiendo incluso hacia su piel. Vio a su madre hablándole al pequeño bulto en sus brazos, pero Thomas se negó a mirar. No podía. No quería.

No pensaba en otra cosa: solo en el rostro de Annabella, sin vida, tan lívido como una vela. El corazón de Thomas se paralizó. No supo si respiraba o no. No supo si el mundo seguía. Solo supo que el dolor, por primera vez, tenía forma.

Se puso en pie lentamente, alejándose de la habitación. No habló. No pudo. Como si caminara dentro de un sueño, llegó a su despacho y se dejó caer en su silla. Había perdido al amor de su vida. A lo único que le daba alegría. A la única razón por la que seguía adelante y podía imaginar un futuro.

Capítulo 40

Unos pasos rápidos resonaban por los pasillos en un ajetreo nada común en la casa de los Hamilton. El tacón bajo, firme, golpeaba el suelo como una campana en un templo vacío; el roce apresurado de una falda contra la madera levantaba un eco seco entre las paredes, y el rechinar de una puerta al ceder terminó de llamar la atención del hombre que estaba dentro.

Thomas apenas levantó la vista. Sus ojos —azules, cansados, con esa claridad peligrosa de quien no ha dormido— se enfocaron en la figura conocida con una parsimonia que no era calma: era contención.

—¿Sucede algo, madre? —preguntó, dejando escapar un suspiro que parecía venir de dos días enteros.

Marie no se entretuvo en protocolos. En otras casas se habría aclarado la garganta, habría pedido permiso, habría medido el tono. En esa, el tiempo no estaba para ceremonias.

—Ha despertado.

Thomas parpadeó, como si la frase no fuera suficiente para sacarlo de la niebla.

—Es normal —respondió, mecánico, sin pensar—. Es un bebé. Lo hacen todo el tiempo.

Marie lo miró con una paciencia afilada.

—Aunque te sorprenda, no vengo a informarte de las generalidades de tu hija —lo reprendió, con un hilo de ironía—, sino de tu mujer. Annabella por fin despertó.

El cuerpo de Thomas reaccionó antes que su mente.

—¿Qué? —se puso de pie de inmediato, la silla quejándose bajo el movimiento—. ¿Despertó?

—Sí. A plena conciencia… y llama por ti —sonrió Marie al ver, por primera vez, la cara de su hijo iluminarse de una forma humana.

Thomas salió de la habitación casi corriendo.

Dos días. Dos días de agonía. Annabella por fin despertaba.

El doctor Grister había hablado de un percance cardíaco, de un cuerpo que no estaba preparado para un parto tan largo y trabajoso. Habían tenido que reanimarla. Después, tranquilizantes. Silencio. Una vigilancia estricta, de esas que se disfrazan de cuidado pero suenan a prisión cuando una es la prisionera.

Annabella no había dormido bien las noches anteriores al parto; por eso, la sedación había sido un descanso cruel: alivio a cambio de ausencia. Y Thomas… Thomas había ordenado que la trasladaran a su propia habitación en cuanto el peligro pasó, pero se avergonzaba de admitir que apenas había sido capaz de estar cerca de ella.

No porque no quisiera.

Porque cada visita era un golpe. Porque el pensamiento de perderla lo volvía inútil: se quedaba mirando su piel pálida, sus ojos verdes cerrados, esa respiración que parecía un acuerdo frágil con la vida. Y su mente no razonaba otra cosa.

Abrió la puerta de la recámara.

La luz de la mañana entraba filtrada por las cortinas, y el cuarto olía a agua hervida, a ropa limpia, a medicina y a ese rastro tenue de leche tibia que anuncia a un recién nacido, aunque no esté presente.

—Thomas… —la voz de Annabella lo rozó como una mano.

Ella estaba sentada en la cama, erguida con esfuerzo, con una bandeja de comida sobre las piernas. Tenía el cabello recogido a medias, cobrizas hebras sueltas alrededor del rostro, y el rubor todavía reciente sobre las mejillas. Su boca esbozaba una sonrisa pequeña, cansada… pero viva.

Thomas sintió que el pecho se le abría.

—Annabella… —susurró, y en ese suspiro se le escapó todo: la preocupación, el dolor, la pesadez que llevaba apretada en el cuerpo desde que ella cayó en ese sueño del que no despertaba.

Se acercó y tomó su mano con una aprensión casi reverente, como si tocándola pudiera confirmar que no era un engaño. Besó la palma una vez, dos, tres… sin poder detenerse, como si cada beso fuera una disculpa y una promesa.

—¿Estás bien? —preguntó al fin, la voz controlada a la fuerza.

—Me siento mucho mejor —asintió ella.

—Estuviste inconsciente dos días… —Thomas le acarició la mejilla con una suavidad que contrastaba con la rigidez de sus hombros—. Creí… —negó varias veces, como si la palabra "perderte" le quemara el alma—. Pensé que te perdería.

—No —Annabella cubrió la mano de Thomas—. Estoy bien.

Él asintió, una y otra vez, como quien intenta convencer al cuerpo. Le besó la frente, deteniéndose lo justo para sentir el calor de su piel. El gesto era tierno… y también un castigo: Thomas se obligaba a la distancia verbal, al control físico, a esa disciplina que lo salvaba de derrumbarse.

—Come un poco —murmuró, y la animó con la mirada hacia la bandeja—. Tienes que recuperar fuerzas.

Annabella obedeció un instante, pero su ansiedad ganó.

—Lizet —llamó de pronto, dejando a un lado la bandeja de plata —. ¿Dónde está mi bebé?

La doncella, que había estado discretamente cerca, se tensó.

—Bueno, ella… —dijo, nerviosa—. Duerme en otra habitación.

Annabella frunció el ceño, primero hacia Lizet y luego hacia su marido. Thomas estaba sentado en una silla junto a la cama; un libro abierto en las manos. No leía de verdad. Era otra máscara.

—¿Por qué? —preguntó Annabella.

—Necesitabas descansar —respondió Thomas sin mirarla, como si la frase fuera un decreto médico y no una herida.

—Estoy bien ahora —afirmó ella, más firme—. Tráela.

Lizet sonrió, casi aliviada por poder dar una noticia amable.

—De hecho, mi señora… es una niña.

A Annabella se le paralizó el corazón un instante.

¿Una niña?

Miró a Thomas con rapidez. Su desinterés —o lo que ella interpretó como desinterés— le cayó como un jarro de agua helada. No era solo el libro, era la distancia. Era esa manera de mantenerse al margen de todo lo que oliera a fragilidad.

¿Estaba molesto? ¿Despreciaría a su hija?

Thomas dejó el libro a un lado al notar el cambio en ella. Se acercó y le tomó la muñeca con firmeza, buscando el pulso.

—¿Qué te pasa? —inquirió, alerta.

—Nada.

—Estás lívida, y tu corazón late desbocado —entrecerró los ojos —. ¿Por qué te alteras?

Annabella bajó la mirada y, sin darse cuenta, comenzó a girar incesantemente las argollas en el dedo anular izquierdo. El gesto la

delataba: una valentía nueva en el carácter, y una vulnerabilidad antigua en las manos.

—Nada… solo quiero verla.

—Es solo un bebé, no tienes por qué ponerte así —dijo Thomas, volviendo, como defensa, a su postura fría.

Annabella tragó saliva. Le dolía el "solo".

—Es… —murmuró ella, más nerviosa—. Es nuestro bebé.

—Lo sé, Bella —respondió él, sin levantar la vista.

En ese momento, Lizet abrió la puerta para dar paso a Marie, que entró con un pequeño bultito en brazos, envuelto en mantas contra el frío. La habitación pareció volverse más cálida solo con ese peso.

—Mira quién viene a visitarte, mi niña —sonrió Marie.

Annabella estiró los brazos. Cuando le entregaron a la pequeña, la bebé hizo sonidos mínimos, casi quejidos dulces, y a Annabella se le humedecieron los ojos de inmediato. Sentir ese cuerpo tibio y vivo contra el suyo fue una alegría brutal, pura, absoluta. El mundo, por un instante, dejó de pesar.

—Hola… —susurró Annabella—. Mi amor…

La pequeña se removió, como ofendida por el aire del mundo. Annabella apretó la mantita, se inclinó y besó la frente diminuta. No encontró palabras suficientes para lo que le nacía en el pecho.

—Thomas… quizá ahora quieras abrazarla —intentó Marie, mirando a su hijo.

Thomas le devolvió una mirada incriminatoria, de esas que parecen quietas pero te dejan la sangre fría.

—¿No la has cargado? —Annabella alzó la cabeza, espantada.

—Ni siquiera la ha visto —lo acusó su propia madre, y la frase cayó como un plato roto.

Thomas apretó la mandíbula.

—¿Quisieras dejarnos solos? —pidió, seco.

Marie sonrió como quien ha cumplido su cometido y se retiró sin protestar. Thomas la siguió con la mirada, deseando que, por una vez, su madre se guardara la lengua.

—Thomas… —Annabella lo llamó con una voz tan pequeña que él tardó un segundo en reaccionar.

—Lizet, déjanos —ordenó.

—Sí, señor —la doncella hizo una reverencia y salió.

Quedaron solos: Annabella en la cama, la niña en brazos. Thomas de pie, demasiado lejos.

—¿Por qué no la cargas? —preguntó Annabella, pesarosa—. ¿Es porque es una niña? ¿Estás enojado conmigo?

Apretó al bebé contra el pecho con instinto, como protegiéndola de una respuesta cruel.

—No tiene nada que ver con eso —dijo Thomas, y su voz no tembló, pero sus ojos sí cambiaron—. Es solo que…

—Tu padre está molesto, ¿verdad? —Annabella preguntó con miedo—. ¿Por eso?

Thomas se acercó y le tomó el rostro, evitando mirar directamente a la niña, como si temiera que verla lo obligara a sentir demasiado.

—Annabella, escúchame. Esto no tiene nada que ver con el sexo del bebé, ni con mi padre… ni con nada de lo que te estás imaginando.

—¿Entonces qué? —inquirió ella.

Thomas se alejó de la cama y caminó unos pasos por la habitación, como si necesitara espacio para respirar. Luego se detuvo, de espaldas.

—Ni siquiera la has visto —dijo Annabella, dolida.

—Se parece a ti. Es hermosa —soltó él, como si la frase le arrancara una confesión.

—De hecho… se parece a ti —Annabella suspiró, mirándolo con una paciencia herida—. Pensé que querías una familia —reprochó—. La tienes aquí mismo… y ni siquiera la aprecias.

Thomas se volvió, por fin. Los ojos azules le ardían con algo que él castigaba: el deseo de ser feliz, el miedo a admitir cuánto.

—¡Claro que lo hago! —exclamó, y la emoción le quebró el control por un segundo—. ¡Es solo que…!

—¿Es solo que qué?

Thomas se dejó caer en una silla, como si ya no sostuviera el peso del propio cuerpo.

—Ese bebé casi me quita lo único que he amado en esta vida —confesó, sin adornos—. No sabes lo que sentí cuando pensé que te había perdido… jamás experimenté nada tan doloroso.

Apoyó los codos en las rodillas y se sostuvo la cabeza entre las manos, derrotado.

Annabella lo miró, incrédula, y aun así… conmovida.

—¿Me amas? —preguntó.

Thomas levantó la vista hacia ella.

Estaba hermosa. El cabello cobrizo, rizado y suelto, caía por su espalda sin preocupación. Las mejillas y la nariz seguían sonrojadas, y en esos ojos verdes brillaba una chispa nueva: una mujer que no solo sobrevivió, sino que despertó en su propio cuerpo, en su propia valentía. Y en sus brazos, su hija.

—Sí —aceptó Thomas—. Más que a mi vida.

—Thomas… —Annabella dijo su nombre con una emoción que casi la desbordó, pero se contuvo. Tenía que hacerle entender algo más grande que el miedo—. Dices que me amas, ¿cierto?

—Sí —respondió él, con el ceño fruncido.

—¿Y sabes cuánto te amo yo?

—¿Qué…?

—Respóndeme.

Thomas la miró, confuso, pero obedeció:

—Sí. Supongo que sí.

Annabella sonrió hacia su hija, y su expresión se volvió suave.

—Bien. Si mezclas el amor que sientes por mí y el que yo siento por ti… ella es el resultado.

Thomas cerró los ojos un segundo, como si esa frase lo golpeara.

—Lo sé, pero…

—Thomas, por favor —imploró ella—. Ven y tómala en brazos.

El conde no se movió de inmediato. Miró a su esposa y a la niña como quien mira un milagro y, al mismo tiempo, la única cosa capaz de destruirlo.

Al final, respiró hondo y se puso de pie. Caminó hacia la cama lentamente. Se sentó al borde y se inclinó, aproximándose a Annabella con una solemnidad íntima.

—Mírala, Thomas —Annabella sonrió—. Es tan hermosa.

Thomas buscó el rostro de la niña, conflictivo por las mantas que casi la cubrían. Annabella, como si le leyera la mente, descubrió un poco para que la pequeña cara quedara visible.

Thomas alargó una mano hacia la cabecita. La piel era suave. Irreal. Una ternura que no pensó posible lo atravesó de golpe, y sintió —sin poder evitarlo— un amor inmediato, feroz.

—Es preciosa —dijo, sincero, sintiéndose un idiota por no haberla buscado antes.

—Sí —Annabella lo miró ilusionada—. Es perfecta.

Thomas acarició la escasa cabellera, bajó a las mejillas regordetas, a la boquita que se abrió instintivamente.

—Creo que tiene hambre —sonrió él, y en ese momento la pequeña mano rodeó su dedo.

Y lo supo.

Amaba a su esposa. Se dejaría matar por ella. Pero nada se comparaba a ese instinto nuevo que le nacía con esa niña: protegerla, no permitir que nada la tocara, que nadie la hiriera. Nadie importaba más que esa criatura.

Annabella se sonrojó al comprender lo que venía. Sería la primera vez que alimentaría a su hija conscientemente. Tal vez, durante su inconsciencia, alguien lo habría hecho en su lugar… pero ahora no. Ahora era su turno. Su derecho. Su vínculo.

—¿Tiene nodriza? —preguntó Annabella.

Thomas frunció el ceño.

—Sí. ¿Por qué preguntas?

—Porque quiero que la despidas —asintió ella—. Lo haré yo misma.

—Estás muy débil. Es mejor que las cosas se queden como están.

—No —respondió rápido—. Yo la alimentaré. Soy su madre.

—Bella… Dámela. La llevaré para que le den de comer.

Annabella, terca, bajó el fino camisón y se descubrió lo justo para acomodar a la niña. La bebé, tras buscar un segundo, comenzó a alimentarse. La sensación fue extraña… y al mismo tiempo profundamente cierta. Annabella sintió que el mundo se ordenaba alrededor de ese gesto.

—Listo —sonrió, meciéndola—. Mamá te va a cuidar de extraños.

—Eres una terca —murmuró Thomas, y la frase sonó a rendición más que a reproche.

Se acercó y pasó un brazo por los hombros de Annabella, recostándola contra su pecho. No era un abrazo exuberante; era el de un hombre que se permite el contacto solo cuando la necesidad lo obliga. Pero la calidez estaba. Y Annabella la sintió como un alivio físico: el pulso bajándole, los hombros aflojándose.

—¿Cómo la llamaremos? —preguntó ella, girando la cabeza hacia él.

—Aine —dijo Thomas—. Es el segundo nombre de mi madre.

—¿Aine…? —Annabella sonrió—. Me gusta.

Miró a la pequeña.

—Hola, Aine. Yo soy tu mami.

Por un momento, reinó la paz. La casa, con su peso social, sus horarios y sus silencios, pareció quedarse afuera. La habitación era un mundo pequeño, cálido, casi perfecto.

—Toma —Annabella señaló a la niña—. Tómala en brazos.

Thomas asintió y la sostuvo con una destreza que no esperaba tener. La acomodó en su hombro, con cuidado, para ayudarle a expulsar el aire. Era un gesto técnico, sí… pero también un rito.

—Pareces acostumbrado —dijo Annabella, ajustando el camisón.

—No es la primera vez que me toca cuidar a un bebé —sonrió él —, aunque no me agrada en demasía.

—Pero ella es tu hija. ¿Lo harás más seguido?

Thomas la miró de lado, y una esquina de su boca se alzó.

—No creo que tenga otra opción. ¿O sí?

—Pues no —negó Annabella con rotundidad.

Se quedaron en silencio, contemplando a la niña, ya dormida después de estar saciada y sin aire en el vientre.

—Mírala, amor —susurró Annabella—. Es hermosísima.

Estaban recostados en la cama, con Aine entre ambos, dormida pacíficamente: piernitas estiradas, manitas hechas puño a cada lado de la cabeza. Thomas sonrió. Besó la mejilla de su hija. Luego se

inclinó hacia Annabella y presionó sus labios contra los de ella, lento, sostenido, con un cuidado que casi dolía. Un beso que no pedía permiso y, aun así, parecía obedecer a las reglas de la casa: sin ruido, sin escándalo, sin exceso… pero con una verdad que ardía por dentro.

—Gracias por traerla al mundo —murmuró Thomas antes de besarle la frente.

Annabella le acarició la quijada y lo besó rápido, como si temiera que el deseo, si lo dejaba crecer, la traicionara con un suspiro demasiado audible. Entonces la puerta se abrió sin aviso.

—¡Annabella, querida! —entró Humberto.

El sobresalto despertó a la bebé, que enseguida comenzó a berrear.

—Oh, mi cielo… —Annabella tomó a la niña y empezó a mecerla contra el pecho—. No llores, mi amor…

Humberto sonrió al ver la imagen: Annabella con la niña en brazos, despeinada de ternura, con la belleza más natural, más peligrosa. Él podía asegurar que jamás la había visto tan hermosa. Ni siquiera con los vestidos más costosos. Así, con el rostro cansado y el corazón abierto, parecía atravesar lo cotidiano.

—¿Qué haces? —la voz de Thomas cortó el aire—. Sal de aquí.

Humberto alzó las manos, como si la ofensa fuera injusta.

—Solo vengo de visita. ¿Qué, un abuelo no puede ver a su nieta?

—Lord Hamilton —dijo Annabella, intentando calmar a la niña—, ¿eso quiere decir que no le molesta que sea niña?

—¿Molestarme? —Humberto negó, con una elegancia que sonaba ensayada—. Esa pequeña es igualita a ti cuando naciste… y a tu madre.

Annabella sintió un escalofrío. Un recuerdo, una sospecha: la recámara secreta, la llave, el silencio de Thomas cuando su padre rondaba. Apretó a su hija contra el cuerpo, como un escudo.

—Gracias, pero se parece a Thomas —dijo, midiendo el golpe.

La cara de Humberto se tensó lo mínimo: lo suficiente para que Annabella lo notara.

—No lo creo.

—Es en serio —sonrió ella, con una seguridad recién estrenada—. Mire esa naricita… y su boquita. Es idéntica.

—Creo que aún es muy pequeña para estar adivinando —Humberto le quitó importancia—. Pero sinceramente espero que se parezca a ti.

—Con todo respeto, marqués, yo espero que se parezca a Thomas —refutó Annabella.

Humberto sonrió ante el desafío y asintió despacio, como si aceptara una partida.

—Muy bien, querida. Esperemos eso.

Thomas, tenso, dio un paso hacia su padre.

—Padre. Hablemos afuera.

—Claro —respondió Humberto sin mirarlo del todo—. Solo quiero tomar un rato a la niña.

Annabella se irguió.

—No creo que se pueda —lo impidió—. Es su hora de comer… —mintió con descaro—. Y llorará si la separan de mí.

La sonrisa de Humberto se ensanchó: blanca, larga, cínica. Sus ojos brillaron con la sensación del reto, con esa necesidad de ganar que se confundía peligrosamente con hambre.

Sería tan fácil someter a esa muchachita y hacerla rogar. Pero el camino era difícil por una sola razón: Thomas.

Thomas lo miraba fijo, serio, advirtiéndole sin una palabra. Y Humberto sabía leer ese idioma: el de la amenaza silenciosa, el del hijo que no grita pero podría destruirte con un solo movimiento.

—En ese caso vendré luego —cedió, sin rendirse del todo—. Vamos, hijo… —se detuvo—. ¿Le han puesto nombre?

—Sí —Annabella se adelantó, confiada—. Aine. Como su esposa —lo miró con una sonrisa triunfal—. Supongo que le complace, ¿verdad?

Humberto volvió la mirada hacia Thomas y levantó una ceja.

—Supongo que fue tu idea —lo acusó.

—No —interrumpió Annabella antes de que Thomas respondiera con la verdad—. Yo lo sabía y me ha gustado. Es un bello nombre.

—El de tu madre…

—No me gusta en demasía; además —irrumpió ella—, Daniela lo tiene, y sería maleducado ponérselo a nuestra hija. No sabemos si ella desea hacerlo en el futuro.

Thomas la miró con una mezcla de sorpresa y advertencia. Annabella sostuvo la mentira sin pestañear. Había cosas que no se decían. Había golpes que se daban con delicadeza.

—Bien —Humberto aceptó su derrota y miró a su hijo—. ¿Vamos?

Thomas hizo un ademán para que su padre caminara. Antes de seguirlo, lanzó una mirada hacia Annabella: severa, protectora, cargada de mil cosas que no se pronunciaban frente a una cuna.

Annabella apretó los labios.

Aun así, con esa breve conversación, había descubierto más de lo que esperaba. Su suegro tenía una fijación con Marie… y Thomas lo ocultaba como quien tapa una herida por miedo a que sangre.

¿Desde cuándo? ¿Por qué? ¿Qué consecuencias traería?

¿Afectaba a su vida cotidiana? ¿La afectaba a ella… y a Aine?

Lo descubriría. Pero el primer paso era afrontar a Thomas. Ver cuánto estaba dispuesto a contar.

Esperó el regreso de su marido. Thomas no volvió durante toda la mañana. Por la tarde, cuando creyó que al fin lo vería, Lizet le informó que había salido y probablemente regresaría tarde.

Annabella no había podido avanzar nada. Prácticamente la tenían bajo vigilancia: aunque se sentía capaz de caminar, tanto Marie como Lizet le impedían salir de la habitación. Siempre una se quedaba dentro para cerciorarse de que nada le ocurriese.

Así que hizo lo que pudo.

Mandó traer la cunita a la recámara; no soportaría estar lejos de su hija. Pidió un baño y un camisón nuevo para sentirse fresca, presentable, dueña de sí misma. Y se prometió que, en cuanto Thomas cruzara esa puerta, hablarían. Nada se lo impediría.

—Tus primas han mandado mensaje —le informó Marie, sentada en uno de los sofás de la recámara, mientras sostenía a la niña—. Dicen que vienen en dos semanas. Esperarán a que estés mejor.

—Pero yo estoy bien —protestó Annabella—. Puedo caminar y todo.

—Oh, cariño… sabes que Thomas no te dejará hacer nada hasta que cumplas por completo los días de reposo.

—Lástima —se encogió de hombros—. No soporto quedarme acostada mucho rato.

Marie sonrió y tocó la mejilla de su nieta.

—Te agradezco que se llame como yo —dijo con sinceridad—. Ha sido un gesto que me endulzó el corazón.

Annabella caminó con cuidado hasta sentarse junto a su suegra.

—A mí me hace muy feliz que lo lleve —confesó—. Usted fue de mucha ayuda cuando las cosas se complicaban entre Thomas y yo… le debo mi felicidad.

—Dios, hija… —Marie se sonrojó—. No digas esas cosas.

—Son verdad —aseguró Annabella—. Pero… aún quisiera que me ayudara con algo…

—¿Qué es?

—Bueno…

En ese momento la puerta cedió, y entró Thomas. Venía cansado, deshaciéndose de la corbata con un gesto automático, como si llevar ese nudo al cuello le resultara insoportable después de un día entero de tensiones. Sus ojos buscaron a su esposa y a su hija con una urgencia muda.

—Madre —dijo, deteniéndose antes de empezar a quitarse la camisa.

—Buenas noches, cariño —sonrió Marie—. Espero que te haya ido bien en el viaje.

—Estuvo bien —asintió Thomas—. Gracias por cuidarlas.

—Ha sido un placer —Marie sonrió hacia Annabella, y luego se acercó a Thomas para besarle la mejilla. Después salió, dejando a la niña en brazos de su madre.

El seguro sonó.

Annabella se levantó con cuidado y caminó hacia su esposo. No soltó a Aine: la niña era su centro, su certeza. Thomas se inclinó y la besó. Esta vez el beso fue lento, profundo, como si le debiera a Annabella el tiempo perdido. No había prisa: solo necesidad.

—Siento haberme marchado —susurró Thomas cuando se separaron, pegando su frente a la de ella.

Annabella negó.

—No importa —dijo, y le dio un beso—. Estuvimos bien.

Thomas bajó la mirada hacia los brazos de ella. Como atraído por un magnetismo inevitable, se inclinó y besó la cabecita de su hija.

Annabella sintió que se le aflojaba algo por dentro.

Dejó a Aine en la cuna. La niña dormía con esa seriedad de los recién nacidos, como si el mundo ya le debiera algo.

Annabella tragó saliva. Tenía que hablar.

Siguió a Thomas hacia el baño.

Abrió lentamente la puerta de madera que separaba la recámara del cuarto de baño.

El ambiente era cálido. Una bañera de hierro fundido esmaltado humeaba con agua recién calentada. La jofaina reposaba sobre un soporte de madera. En la chimenea ardía una trébedes donde se seguía calentando agua por si era necesario. El aire olía a jabón y a fuego.

Thomas estaba dentro, con los ojos cerrados, los brazos sobre el borde, el agua escurriéndole por los antebrazos hasta el suelo. Parecía por fin vulnerable. Annabella suspiró y se acercó. Colocó una silla junto a la tina y tomó la mano de su esposo. La piel de él estaba tibia por el agua; la envolvió con la suya, mojándola, y sintió ese calor subirle hasta el pulso.

Thomas apretó sus dedos alrededor de los de ella.

—He visto que trajiste las cosas de Aine —murmuró.

—Sí… —sonrió Annabella, triste—. No quería pasar otra noche sin ella. Me pesa saber que no estuve en la primera.

—Estabas mal, Bella —Thomas abrió los ojos y le acarició la mejilla con ternura—. Ahora ella es toda tuya.

—Lo sé —asintió—. ¿Quieres que te ayude?

—No deberías siquiera estar levantada —negó con suavidad.

—Puedo hacerlo —insistió Annabella.

Tomó el aguamanil de porcelana, vertió agua tibia sobre el cabello de Thomas y comenzó a lavarlo con movimientos lentos. Sus dedos se hundieron entre el cabello húmedo; Thomas exhaló,

rendido. Aquellas caricias, tan simples, tenían una intimidad que el día no permitía. En 1880, incluso el amor debía caminar con cuidado.

—¿Cómo estuvo tu día? —preguntó él, relajándose bajo las manos de su esposa.

Annabella tardó un segundo.

El corazón le golpeaba como si fuera a cometer un crimen.

—Bien —respondió rápido—. De hecho, quería preguntarte algo.

Thomas la miró apenas.

—¿Qué es?

—Sé que no te gusta, pero quisiera hablar sobre tu padre.

Annabella sintió la tensión inmediata en el cuerpo de él: un músculo duro, un silencio demasiado largo.

—¿Qué quieres saber sobre él? —preguntó al fin.

—¿Por qué se llevan mal?

—No nos llevamos mal —mintió, y el tono fue tan plano que dolió.

—Yo… no lo sé. Creo que no son muy unidos.

—Crecí con él.

—Eso no significa nada.

Thomas suspiró. Cerró los ojos un momento. Como si se obligara a abrir una puerta que siempre mantenía con llave.

—Fue hace tiempo cuando me enteré…. Yo apenas tenía once años cuando comprendí que mis padres no eran una pareja normal.

Annabella dejó de lavarle el cabello y se sentó frente a él, atenta.

—Mi padre era un hombre que se había enamorado… hace mucho… de una mujer que se casó con otro.

—Entiendo… pero eso se puede superar.

—Al parecer no fue así —sonrió Thomas con tristeza—. Mi padre le recordaba constantemente a mi madre que no era la mujer que amaba. Llegué a escuchar tantas cosas ofensivas… que se me hizo fácil relacionarlas con las mujeres en general, y no solo con mi madre.

Annabella sintió un nudo en la garganta.

—¿Quieres salir de la bañera? —preguntó, intentando cuidarlo.

—Sí.

Thomas se puso de pie. El agua cayó en hilos por su torso. Annabella le tendió la toalla y apartó la mirada por pudor… aunque el cuerpo, traicionero, notó el detalle: la fuerza de sus hombros, el dibujo de sus brazos, el modo en que él se cubría con rapidez, como castigándose por estar desnudo frente a ella.

Volvieron a la habitación. Thomas se vistió. Annabella se aseguró de que Aine estuviera cómoda. Luego él se sentó en un sofá alargado y esperó a que ella se acercara.

—¿Me seguirás contando? —preguntó, besándolo en la mejilla.

—Sí —asintió Thomas—. Ya empecé.

Annabella se acomodó sobre su pecho. Thomas la rodeó con los brazos, más fuerte esta vez, como si tuviera miedo de soltar.

—Crecí peleando con mi padre —dijo—, viendo la denigración hacia mi madre… odiando a una persona que tal vez jamás conocería. Las mujeres no significaron para mí nada importante. Aunque odiaba a mi padre por lo que le hacía a mi madre, nunca me interesé por no ser igual. Era mi ejemplo… y yo, un niño impresionable.

Annabella apretó los labios y acarició los brazos que la envolvían, incitándolo a continuar.

—Cuando fui más consciente, me di cuenta de que dejé pasar demasiadas inhumanidades contra mi madre. Me sentí fatal. Me odié… creo que lo sigo haciendo.

—Mi amor… eras un niño —susurró Annabella.

—Creo que nunca sanaré esa parte —admitió—. Pero, como parte positiva, comencé a defender a las mujeres. Me juré no casarme… y mi cabeza puso reglas, unas de las cuales aún no me atrevo a romper.

Annabella lo miró, recordando.

—Como lo que me dijiste de las mujeres casadas… y por lo que ayudaste a Marinett.

—No soy capaz de ver a una mujer en dolor —sinceró Thomas, abrazándola con más fuerza—. Entonces llegaste tú. Hermosa… pura… dulce… única… inhumanamente fiel. Me enamoré de ti, y eso estaba fuera de mis expectativas. No lo deseaba. A momentos… en realidad te odiaba por meterte en mi alma sin permiso.

Annabella sintió el golpe de esas palabras, no como ofensa, sino como verdad cruda: él había ardido y se había castigado por arder.

—Me alejaba de ti —continuó—, pero con el tiempo comprendí que me dolía más estar lejos que cerca. Así que no lo podía evitar.

—¿Por eso me molestabas?

—Sí… en parte.

—¿En parte?

Thomas dudó.

Luego habló con el peso de quien confiesa una mancha.

—Lo que hacía todo más difícil… era que, cuando ya había formado mi cofradía, me dediqué por años a investigar a la mujer que mi padre amaba, y por la cual le hacía imposible la vida a mi madre.

Annabella se quedó inmóvil.

—Me enteré de que era una mujer de Bermont —susurró Thomas.

Annabella lo entendió de golpe.

—Y yo podía ser hija de la persona que más odiabas… —dijo ella, quedo—. Por eso tu falta de afecto hacia mis primos.

—Soy un tanto vengativo —admitió Thomas—. No podía sacarme esa idea de la cabeza. Quería juzgarla con mis propios ojos… hacerle ver todo el dolor que ocasionó.

—¿Pero descubriste quién era? —preguntó Annabella, y el pulso le volvió a traicionar las manos—. ¿Sabes por qué pasó todo esto?

Thomas se debatió. Annabella lo sintió en la respiración.

—No —mintió él—. Alguna vez tuve una pista que me acercó mucho… pero lo dejé.

Annabella se incorporó, encarándolo con esa valentía nueva.

—¿Tú? ¿Tú dejaste algo a la mitad? —dudó.

Thomas se encogió de hombros, intentando cerrar la puerta.

—Me enamoré de ti. Tu familia ahora era mía también. No se me hizo necesario seguir odiando a nadie.

Annabella lo abrazó, sin romperlo. Pero por dentro supo: él le estaba contando a medias.

—¿Y tu madre y tu padre… se siguen llevando igual?

—No. Están bien.

—¿Ah, sí? —Annabella insistió, suave pero firme—. ¿Y qué prueba fue esa? La que encontraste, digo.

Thomas exhaló, resignado.

—Un relicario —contestó—. Pero no importa, amor. Ya pasó. Ahora solo me importan ustedes dos.

Annabella apoyó la cabeza en su pecho.

—Entiendo —dijo, y su voz tembló apenas—. Lamento que tuvieras una vida tan difícil.

Y, aun así, supo que debía descubrir lo demás por su cuenta. Marie estaba en medio de todo. Humberto rondaba como un hombre que no sabe perder. Y ella tenía una hija ahora. Una hija que no podía pagar los pecados de nadie.

—Vamos a la cama —dijo Thomas al fin.

La tomó en brazos con cuidado y la acomodó en el lado del lecho donde la cuna de Aine quedaba más cerca, por si tenían que levantarse. Ese gesto fue también una declaración: él vigilaría. Antes de meterse en la cama, Thomas se inclinó sobre el moisés, retiró la tela transparente que protegía a la niña, y besó su cabecita.

—Buenas noches, princesa —susurró.

Luego volvió al lecho y abrazó a Annabella con firmeza, como si el mundo, allá afuera, tuviera dientes.

Annabella cerró los ojos.

Por ahora, estaban a salvo.

Por ahora.

Capítulo 41

Un mes había pasado desde aquella conversación —breve, tensa, inconclusa— en la que Thomas y Annabella rozaron, apenas, el nombre de Humberto Hamilton. Después de ese día, ambos enterraron el tema como se entierran las cosas peligrosas en una casa aristocrática: con silencio, con puertas cerradas, con sonrisas en la mesa… y con una vigilancia que no se nombra.

Claro que Annabella no dejó de investigar. Solo aprendió a hacerlo como se hacía todo en 1880: con discreción, con paciencia, con el pulso sereno por fuera y el corazón golpeando por dentro. Evitaba a su suegro cuanto podía, aunque Humberto parecía encontrar siempre la forma de acercarse. A veces era una mano demasiado larga al pasar, un roce indecoroso disfrazado de cortesía, una mirada que la sujetaba más que cualquier palabra. Ella sentía el frío subirle por la espalda y, sin pensarlo, terminaba corriendo hacia Thomas, buscando en él la única sombra segura.

Ese día esperaban la visita de la hermana de Thomas. Daniela había anunciado que vendría a quedarse algunas semanas, en compañía de su esposo y sus dos hijos, para felicitar a su hermano y a su cuñada por el nacimiento de la pequeña Aine. Con esa

distracción a las puertas, Annabella decidió que era el momento perfecto para avanzar en sus pesquisas.

Su primer objetivo era claro: el relicario del que Thomas le había hablado. Una pista demasiado jugosa para dejarla en manos de la imaginación. Necesitaba verlo con sus propios ojos.

Y sabía dónde estaría.

El despacho de Thomas era su templo; su refugio; el único lugar donde el orden parecía obedecerle sin titubeos. Si el relicario existía, estaría oculto allí… y no al alcance de cualquiera.

Annabella usó a la pequeña Aine como excusa. Entró en el despacho con naturalidad, como quien no esconde nada, y se dirigió hacia el piano. A la niña le encantaba la música tanto como a ella; cada tarde, Annabella le tocaba alguna pieza hasta que el sueño vencía los párpados diminutos.

—Hola, cariño —saludó Thomas al verla entrar—. ¿Vienes a tocar?

Él estaba junto al escritorio, con la chaqueta puesta y la corbata impecable, como si el mundo no pudiera permitirse verlo desordenado. Pero cuando miró a su esposa, algo en sus ojos se ablandó: esa ternura privada que rara vez mostraba en público.

—Solo un poco —respondió Annabella, señalando a su hija, vestida con un traje rosado con encajes delicados—. Aine adora el sonido.

—Lo sé —asintió Thomas, y caminó hacia ellas.

Tomó a la niña en brazos con destreza y una calma que siempre impresionaba a Annabella: la manera en que su esposo sostenía a Aine era un acto de devoción silenciosa. La bebé se aferró a su camisa con una manita y Thomas sonrió, casi imperceptible, como si ese gesto le diera sentido a la tarde.

—Así tocas más cómoda —murmuró.

—Gracias —Annabella se estiró hacia él y le dejó un beso en la comisura de los labios, breve pero cargado. No era solo un saludo: era un ancla. Thomas la sostuvo un segundo más de lo habitual, como castigándose por querer profundizar el contacto en plena luz del día.

Annabella se sentó en el banquillo y comenzó a tocar.

Llevaba dos canciones cuando la puerta se abrió tras dos golpes discretos. Ella interrumpió la tonada y giró la cabeza; Thomas hizo lo mismo, aún con Aine en brazos.

—Perdone, mi lord —se disculpó el mayordomo—. Ha llegado la señorita Daniela.

—Vamos en seguida —indicó Thomas.

Annabella cerró la tapa del piano con suavidad.

—Adelántate —pidió—. Guardaré las partituras.

—¿Quieres que te espere?

—No —sonrió, serena—. Ve a ver a tu hermana. Preséntales a Aine. Solo tardaré unos segundos.

Thomas dudó un instante, como si su instinto no quisiera dejarla sola ni medio minuto. Luego asintió.

—Bien.

Acomodó a la pequeña con cuidado y salió del despacho.

Annabella fingió ordenar las partituras. Miró hacia la puerta, comprobó el pasillo vacío y, con un suspiro rápido —culpa y determinación mezcladas— se dirigió al escritorio. Abrió cajones con prisa, sin el tacto meticuloso que Thomas exigía; el sonido de la madera golpeando contra su guía le pareció escandaloso, como si la casa entera pudiera oírla.

Nada.

Cerró un cajón y abrió otro.

Nada.

Se dejó caer en el sofá de cuero, con la ansiedad presionándole el estómago. No podía tardar demasiado; Thomas sospecharía. Tenía que pensar como él.

Respiró. Cerró los ojos un segundo. Se obligó a frenar el temblor en las manos. Entonces, al mover el sillón hacia atrás con brusquedad, escuchó un sonido: un tintineo breve, metálico, como cuando un objeto pequeño golpea la madera.

Annabella se quedó inmóvil. El corazón le dio un salto.

Se arrodilló y examinó la parte inferior del asiento. Encontró un pequeño hueco, toscamente disimulado en la base; parecía un desperfecto, una mancha de descuido… pero ella conocía a Thomas. Nada en su mundo era casualidad.

Metió la mano con cuidado. La tapicería interior, esponjosa, le estorbaba. Sus dedos buscaron a ciegas hasta que rozaron una cadena fría. La jaló apenas y el relicario apareció, colgando como un secreto atrapado. Annabella sonrió un instante, triunfal… y luego el triunfo murió. Se sentó en el suelo, el relicario en el regazo, y lo abrió con manos temblorosas.

Dentro había una fotografía del padre de Thomas y una nota, escrita con ternura, dedicada a una tal "Queeny".

Annabella se tapó la boca, sofocando un jadeo.

Queeny.

El apodo.

La noche en que Thomas le robó su primer beso. La velada en que su compromiso quedó sellado por obra de ambos padres. La vez en que Thomas oyó ese nombre en labios de Humberto hacia Marie.

Un hilo invisible unió todas las piezas con una crueldad perfecta.

¿Era por eso por lo que Thomas la odió al principio? ¿Por eso la miraba como si su existencia lo ofendiera? ¿Porque su madre… su madre podría ser aquella mujer que Humberto amó y que Thomas aprendió a odiar?

La idea le revolvió el estómago y entonces, como una cuchillada de realidad, una voz sonó detrás de ella.

—¿Querida niña?

El frío le subió por la nuca. Annabella se puso de pie casi de un brinco, ocultando el relicario como pudo entre las palmas.

—¿Qué haces ahí sentada? —preguntó Humberto, apoyado en la puerta con una tranquilidad que no era paz: era dominio.

—Y-yo… e-es que… mi arete… se cayó —improvisó Annabella, llevándose la mano a la oreja. Se arrancó el pendiente con rapidez, como prueba de su mentira.

Humberto avanzó un paso.

—¿Te ayudo?

—¡No! —se le escapó demasiado fuerte. Se obligó a bajar el tono —. Digo… lo dejaré así. Tengo que ir a donde Daniela.

El sudor le resbalaba por la sien. Sentía que el corsé invisible del decoro la apretaba el pecho.

Humberto la miró con una sonrisa ligera, casi divertida.

—Eres tan hermosa —dijo, como si comentara el clima—. A veces pienso que debería haber sido más joven para poder cortejarte.

Annabella tragó saliva.

—B-Bueno… sabemos que eso es imposible… porque estoy casada.

—No me importaría tener que competir —respondió él, y en esa frase había una amenaza elegante, dulzona, insoportable.

—¿Qué dice? —Annabella retrocedió.

Humberto se movió con rapidez; le tomó la cintura con fuerza, acercándola. El olor a licor le golpeó el aliento. Annabella sintió el impulso de vomitar.

—¿Por qué me evitas? —murmuró, casi suplicante—. Sé que me miras todo el tiempo.

—No… —Annabella levantó las manos, poniéndolas como barrera entre sus cuerpos—. Déjeme ir, por favor.

—No le tengas miedo, querida —continuó él, bajando la voz, como si le contara una verdad íntima—. Siempre he sabido cómo dominarlo.

—Yo no lo quiero a usted —dijo Annabella, con el aire quebrándosele—. ¡Lo quiero a él… solo a él!

Humberto la soltó como si le quemara. La miró con una confusión violenta, se tocó la cabeza con desesperación, y luego la rabia le deformó el rostro.

—¡Dios santo, Cristina! —escupió—. ¡Tú sabes muy bien que siempre me has amado a mí!

—¿Cristina? —Annabella negó, aterrada—. Yo no soy Cristina.

—¡Lo eres! —Humberto dio un paso hacia ella, con la mirada fuera de sí—. ¿Por qué me quieres engañar? ¡Nunca he querido a

Marie!

—Dios mío… —Annabella lloró, sin control—. ¿Qué le pasa?

—Ven, Cristina —susurró él, demencial—. Podemos escapar. Nadie se dará cuenta. No me importa que tengas una hija… nos la llevaremos. Llevaremos a Annabella con nosotros.

Annabella sintió que el mundo se inclinaba.

—Está usted loco —dijo, y con esa frase salió corriendo, levantándose las faldas para no tropezar.

Las lágrimas le nublaban la vista. No vio que chocaría con alguien.

Sintió unos brazos firmes atrapándola antes de caer.

—¿Annabella?

Era Thomas.

—Thomas… —soltó ella, con un alivio que la dejó temblando.

Lo abrazó con fuerza por el cuello, escondiendo el relicario dentro del puño como si aquel objeto pudiera delatarla.

—Te amo —susurró, rota—. Te amo mucho.

Thomas la estrechó contra su pecho, como si pudiera cubrirla del mundo con su cuerpo.

—¿Qué pasa? —preguntó, tenso—. Te iba a buscar justo ahora.

—Mi hija… ¿dónde está Aine? —Annabella miró alrededor, alterada—. ¿Dónde está?

—Con mi madre —Thomas la separó lo justo para verle la cara—. ¿Por qué lloras, Annabella?

—Quiero ir a casa —dijo ella, casi sin voz.

—Estás en ella —repuso, confundido—. Mi amor… háblame.

—No… yo… necesito salir —jadeó Annabella—. ¿Dónde está Aine? La quiero conmigo. Tráela… por favor.

Thomas le tomó el rostro, obligándola a mirarlo.

—Annabella, tranquilízate. ¿Qué pasa?

—Thomas… quiero a mi hija… —sollozó ella.

La voz de Humberto se coló, como un terciopelo envenenado.

—Hijo —dijo, con falsa serenidad—. Eso pasa en las madres primerizas. Deberías saberlo.

Annabella se congeló. Sus dedos se clavaron en el brazo de Thomas quien giró hacia su padre con una brusquedad helada.

—¿De qué hablas?

Humberto se encogió de hombros, como quien comenta una nimiedad.

—Nada. Solo digo… que a veces las palabras sueltas meten a las mujeres en problemas. Sobre todo, cuando tienen un hijo de por medio… y a un esposo al que aman.

Annabella entendió el mensaje con claridad brutal.

Era una amenaza. Una advertencia elegante, pronunciada con calma para que pareciera razonable.

Thomas frunció el ceño.

—¿Te das cuenta de que lo que dices no tiene sentido?

—Llévala a su recámara —aconsejó Humberto—. Necesita descansar.

—Mi hija… —susurró Annabella.

Humberto sonrió, apenas.

—¿Quieres que te la lleve? —preguntó con cinismo.

—No… —respondió ella, debilitada.

Thomas, sin comprender del todo, acarició la mejilla de su esposa.

—Bella, yo la llevaré a la recámara en un momento. ¿Subes sola o quieres que te acompañe?

Annabella marcó el nombre con intención, para que Humberto lo escuchara y recordara que Aine existía.

—Quiero a Aine.

—Está bien —asintió Thomas—. Voy por ella.

Annabella subió las escaleras con el cuerpo desganado, sintiendo en la espalda dos miradas clavadas: la de su esposo, inquieta; la de su suegro, posesiva.

Cuando desapareció, Thomas se volvió hacia Humberto.

—Déjala en paz —advirtió—. Sé que estabas con ella. ¿Qué le dijiste?

—Nada —negó Humberto—. No sé de qué me hablas.

Thomas dio un paso hacia él, sin elevar la voz, pero con un peligro contenido que helaba el aire.

—Si la tocas… o tocas a mi hija… te mataré. Aunque seas mi padre.

Humberto sonrió, lento, seguro.

—No podrás. Lo siento, hijo, pero tienes unos valores que yo no te enseñé… y eso te incapacita. Te pesaría en la conciencia toda tu vida.

Thomas apretó los puños. Porque, en parte, sabía que era cierto.

Pero también sabía algo más: el amor por su esposa y su hija era capaz de quebrar muchas cosas.

—No tengo que ser precisamente yo quien lo haga —respondió.

—Aun así —se encogió de hombros—. Eres demasiado… honorable.

Y, como si nada, se despidió:

—Nos vemos, hijo.

Humberto se marchó con una satisfacción oscura. Pero no estaba satisfecho con Annabella. Por un segundo lo había confundido tanto que creyó estar treinta años atrás.

Annabella estaba sentada en la cama, abrazada a sus rodillas, sin saber qué hacer.

¿Debía decírselo a Thomas?

Negó. No sabía qué sería capaz de hacer su esposo si lo empujaban al borde. Lo amaba con una intensidad que la dejaba vulnerable… y esa vulnerabilidad era ahora un arma contra ella.

No soportaría verlo en prisión. No soportaría verlo quebrarse por su culpa. Y, aun peor, temía que Humberto la usara a ella —y a Aine — para arrancarle lo peor a Thomas.

Unos golpes suaves sonaron en la puerta.

—¿Annabella? —preguntó una voz femenina, desconocida y amable.

Annabella supuso que debía ser Daniela.

—Adelante —permitió, sin entusiasmo. Recordaba que su cuñada, al inicio, la había detestado.

Daniela entró con una sonrisa leve… pero no traía burla en el rostro. Traía algo mucho más grave: cansancio antiguo.

—Hola —dijo, y avanzó con cuidado—. Vengo a traerte a alguien.

En sus brazos descansaba Aine.

Annabella abrió los brazos de inmediato y recibió a la niña contra su pecho. La abrazó con una fuerza desesperada, aspirando su olor,

sintiendo su calor, como si eso pudiera devolverle el control de la vida.

Daniela cerró la puerta tras sí.

—Te ha hecho algo, ¿eh?

Annabella alzó la mirada. Vio en los ojos de su cuñada una tristeza que la desarmó.

—Daniela… —murmuró, y se sintió ridícula, avergonzada de tener que pronunciarlo—. ¿Podrías… platicarme lo que sabes?

Daniela se movió por la habitación con lentitud, recorriendo con la vista los muebles, la cuna, las telas. Había cariño en su mirada al ver ese espacio: era el mundo de su hermano.

—Lo haces muy feliz —dijo de pronto, con dulzura—. Yo jamás… —la voz se le quebró— jamás lo había visto sonreír así en mi vida. Al menos no de felicidad. Gracias.

Annabella negó con rapidez.

—Él me hace más feliz que nadie en la tierra —confesó—. Pero… necesito saber lo de tu padre.

Daniela bajó la mirada.

—No es una historia agradable.

—No importa.

Daniela suspiró y se sentó en la cama junto a ella.

—Mi padre es la persona más retorcida que existe en la tierra —empezó, y la frase cayó como una sentencia—. Eres lista. Y sé que ya descubriste que tu madre es la mujer que mi padre amó toda la vida.

Annabella sintió un pinchazo de culpa.

—Lo siento tanto…

—No —Daniela la cortó—. Yo estaba equivocada al echarte la culpa el día que te conocí. Tú ni siquiera sabías nada… y yo ya te odiaba.

—Igual que Thomas —susurró Annabella.

—Me disculparás cuando te cuente todo —asintió Daniela—. Al menos me comprenderás un poco.

—No estoy enojada contigo, no necesito disculparte.

Daniela pareció sorprenderse de la pureza del gesto.

—Gracias.

Annabella acomodó a Aine sobre la cama, cerca, vigilada por el brazo de su madre como un cerco protector.

—Cuéntame, por favor —imploró.

Daniela tragó saliva.

—Mi padre golpea a mi madre —declaró llanamente—. Siempre lo hizo. No se limitaba, aunque estuviéramos nosotros. Abusa de ella en todos los sentidos, y hay momentos en los que…

—…pierde la realidad —terminó Annabella, con un hilo de voz.

Daniela la miró, de golpe alerta.

—Sí. ¿Cómo lo…?

Cerró los ojos, como si la respuesta le doliera.

—Te ha pasado.

—Hace solo unos minutos —admitió Annabella.

Daniela tomó sus manos con fuerza.

—Tienes que tener cuidado. Mi madre me casó rápido porque él comenzó a notarme con otros ojos. Y tú te pareces tanto a tu madre…

—Lo sé —asintió Annabella, con el estómago hecho un nudo—. Cuéntame del cuarto del tercer piso.

Daniela abrió los ojos, horrorizada.

—¿¡Lo has visto!?

—Por error —susurró Annabella—. ¿Qué es todo eso?

Daniela se inclinó hacia ella.

—Tienes que intentar volver a entrar. Annabella… sé que ahí dentro se esconde la verdad. Thomas y yo nunca comprendimos la relación exacta con tu madre, pero ese cuarto… el que siempre está cerrado… esconde algo. Lo sé porque una vez entré y mi padre casi me mata a golpes.

—Dios mío…

—No es lo importante —apretó Daniela—. Ahí está la verdad.

Annabella se abrazó a sí misma.

—¿Cómo entraremos?

—No puedes decírselo a Thomas —advirtió Daniela—. Si lo sabe, intentará ir. Y mi padre y él siempre terminan enfrentándose. No habrá cautela… y jamás sabremos la verdad.

—Pero…

—Lo haremos nosotras. Necesitamos una distracción.

Annabella alzó la mirada, pensando.

—¿Una fiesta?

Daniela chasqueó los dedos.

—Por el nacimiento de tu hija. ¡Perfecto!

—¿Y la puerta?

—Solo dos personas tienen la llave —explicó Daniela—: mi padre… y el ama de llaves. Ella es leal a él de una forma enfermiza.

Annabella apretó los labios.

—Podríamos embriagarla —propuso, sin sentir orgullo por lo que decía. Solo urgencia.

Daniela asintió, pensativa.

—Necesitamos ayuda.

Las dos se quedaron en silencio, buscando nombres posibles entre los pasillos de esa casa.

—Tengo a tres personas disponibles —sonrió Annabella.

Se despidieron con una certeza compartida: averiguarían la razón por la que Humberto Hamilton parecía trastornado con Cristina Korsakov. La verdad estaba encerrada… y ellas iban a abrirla.

Annabella no volvió a salir de su recámara ese día. No tenía fuerzas. Tampoco sabía si tendría el valor de enfrentar otra vez a su suegro. Daniela, por fortuna, la excusó ante los invitados.

La joven se quedó en su habitación, abriendo y cerrando el guardapelo una y otra vez. Sentía el metal frío entre los dedos, como si el objeto respirara.

Dentro, la imagen era seguramente de Humberto… aunque, visto de reojo, tenía algo inquietante: un parecido con Thomas, como si el tiempo los hubiera moldeado con la misma mano.

Annabella exhaló, agotada, y apartó el relicario para enfocarse en lo único que importaba: la pequeña Aine succionando de su pecho.

Tenía que protegerla.

Contra quien fuera.

Cuando el reloj marcó las doce, Annabella supuso que Thomas se tardaría más. Con invitados, era obligatorio pasar al salón del té, sostener conversaciones largas, permitir que la cortesía devorara la noche. Annabella no tenía fuerzas para esperar con la espalda recta y la sonrisa puesta.

Se quitó la ropa pesada y se colocó un camisón de seda. Encendió algunas velas para que Thomas no tropezara al entrar. No quería que despertara a Aine: había tardado casi una hora en dormirla.

No notó lo cansada que estaba hasta que apoyó la cabeza en la almohada. Ser madre era vivir con el sueño roto en pedazos. Cerró los ojos y se dejó caer en la pesadez.

Entonces sintió un beso lento en el hombro.

Y una mano deslizándose por su espalda, por encima del camisón, en una caricia insinuante.

Annabella frunció el ceño, entre sueño y confusión.

Thomas no hacía eso. Thomas sabía que aún no estaba preparada para… no así. Y Thomas jamás la despertaría por capricho, menos cuando Aine podía llorar.

Abrió los ojos de golpe.

Algo no encajaba.

La mano fue más brusca. El cuerpo, más pesado. El gesto, más invasivo. Annabella intentó apartarse, pero unas manos le atraparon las muñecas.

—Hola, Cristina —susurró una voz que no era de su esposo—. Debemos aprovechar ahora que no está tu marido.

El mundo se convirtió en un zumbido.

Annabella miró a la cuna: Aine dormía.

El pánico le mordió la garganta.

—No soy Cristina —escupió, con odio y terror—. ¡Suélteme!

—Siempre has sido tan obstinada… tan correcta —murmuró él, como si aquello lo divirtiera.

Annabella forcejeó, desesperada. Sintió el desgarro de la tela, la indignidad, el horror. No hubo deseo en ella, solo miedo puro, una necesidad animal de salir, de cubrirse, de proteger a su hija.

El llanto de Aine estalló en la cuna, despierta por el ruido.

Annabella, fuera de sí, estiró el brazo lo que pudo y tomó lo primero que encontró: un objeto sólido sobre la mesilla. Lo descargó con fuerza. El hombre se desplomó, inerte, sobre el colchón.

Annabella respiró con dificultad, temblando, con el cuerpo entero reaccionando al espanto. Se apartó como pudo, agarró a Aine en brazos y tomó una bata al paso. Bajó las escaleras a toda prisa, dispuesta a huir, aunque Londres entero se tragara su nombre.

—¿Annabella?

La voz de Thomas la alcanzó en el vestíbulo.

Ella cruzó como una sombra hacia la entrada.

—¡Anna! —Thomas corrió tras ella, y al ver que no se detenía, la sujetó antes de que abriera la puerta.

—¡No! ¡No! —gritaba ella—. ¡Déjame ir!

Aine lloraba en sus brazos, contagiada por la desesperación.

Thomas le tomó los hombros, firme, buscando su mirada.

—¿Qué ocurre? Soy yo, Annabella. Mírame.

—¡Quiero irme! ¡Quiero irme! —repetía ella, como si las palabras fueran el único suelo que le quedaba.

De pronto el salón del té se agitó. Marie, Derek y Daniela salieron, alarmados por los gritos.

—¡Madre! —le gritó Thomas—. ¡Toma a mi hija!

Marie corrió, horrorizada, y tuvo que quitarle a Aine con suavidad, pero con decisión, meciéndola para calmarla.

—¡No! —Annabella intentó ir por ella—. ¿A dónde la llevan?

—¡Cálmate! —Thomas la sostuvo, sacudiéndola un poco para devolverla a la realidad—. ¡Annabella, cálmate!

En ese movimiento, el lazo mal hecho de su cintura se aflojó, y Thomas vio el desorden del camisón, la bata apresurada, la señal evidente del ataque.

Cerró los ojos un instante.

Se le oscureció el mundo.

La abrazó contra su pecho. No preguntó todavía. No le exigió detalles. Solo la sostuvo como si el cuerpo de ella fuera la última cosa buena sobre la tierra.

—Barry —ordenó, sin apartarla—. Un carruaje.

—Sí, mi señor —el mayordomo desapareció, agradecido de huir de esa atmósfera.

Thomas separó a Annabella solo lo suficiente para mirarla.

—¿Dónde está? —preguntó, la voz baja, peligrosamente controlada.

—Quiero irme… —sollozaba ella.

—Te vas a ir —asintió Thomas—. Solo dime dónde está.

Annabella tragó saliva.

—En… nuestra recámara.

Thomas apretó la mandíbula hasta que le dolieron los músculos.

—¿Cómo escapaste?

—Yo… lo golpeé —admitió—. Creo… creo que lo dejé inconsciente.

—Muerto estaría mejor —murmuró Thomas, y no era una exageración: era una verdad que le quemaba.

—Señor —intervino Barry—. El carruaje está listo.

—Lleven a mi mujer a casa de Wellington —ordenó Thomas.

—Hijo —intervino Marie, pálida—. Son casi las dos de la mañana.

—Adam comprenderá y Katherine… —miró a Annabella con una decisión feroz— querrá venir y matarlo cuando se entere.

—No me voy sin ti —Annabella recuperó un poco de firmeza de golpe, como si el instinto de no perderlo también la mantuviera viva.

Thomas la miró.

Sus ojos azules estaban helados… pero por debajo ardían.

—Madre, quiero que te vayas también —ordenó, ignorando el ruego de su esposa—. Ninguna estará segura aquí.

Marie negó.

—No puedo irme, Thomas. Mi deber es estar a su lado. Sabes que él puede ordenarme volver… y un marido furioso tiene jurisdicción incluso ante un duque.

—No te quedarás aquí —Thomas lo dejó caer como una sentencia.

—Nosotros tampoco nos iremos —dijo Derek—. No querrá que se sepa. Le quitarían autoridad si lo ven incoherente. Hará como si todo estuviera bien.

—¡Es un demente! —escupió Thomas.

—Lo sabemos —se adelantó Daniela—. Pero lo que lo trastorna no es otra cosa que tu mujer. Es idéntica, Thomas… como si lo regresaras treinta años atrás.

Marie le entregó a Aine a Thomas.

—Debes irte con ellas.

—No las voy a dejar —negó él, acunando a la niña con una ternura que contrastaba con la furia en su cara.

—Debes —insistió Daniela—. Le dolerá tanto la cabeza que mañana no sabrá ni qué pasó. Y si se despierta recordándolo… será peor.

Thomas miró a Aine, aferrada a su camisa, ignorante del abismo. Miró a Annabella, temblando. Y supo con una claridad devastadora que esa era su familia. Su vida.

Cerró los ojos.

—Volveré —abrazó a Marie con fuerza—. Intenten que no les haga daño. Háganle ver que pueden encerrarlo si habla incoherencias. Mientras Derek esté aquí, no se atreverá a tocarles un cabello.

—Hijo —pidió Marie, con lágrimas—. Vete.

Thomas acomodó a Aine en brazos, pasó un brazo firme por la cintura de Annabella y la condujo hacia la carroza. El aire de Londres mordía. Los faroles temblaban. La noche era demasiado grande para una mujer con un bebé y el alma hecha trizas.

Durante el trayecto, Annabella se mantuvo recostada sobre el hombro de Thomas, aferrándose a la idea de que él estaba ahí. Que respiraba. Que no se iba.

Después de media hora, la casa de los Wellington apareció a lo lejos. Las ventanas estaban a oscuras; solo dos faroles a cada lado de la puerta sostenían velas inquietas, vibrando.

—Ven, amor —Thomas la ayudó a bajar—. Entremos.

Annabella descendió, aturdida, y se dirigió a la puerta. No alcanzaron a tocar. La puerta se abrió de par en par y apareció Katherine, pelirroja, en bata, con el cabello suelto y la mirada alerta.

—Pasen —ordenó, y abrazó a su prima con cuidado.

—Katherine, te dije que te quedaras arriba —se oyó la voz de Adam, dura, desde dentro.

—Y yo te dije que no —respondió ella, sin disculparse—. ¿Cómo estás? ¿Aine está bien?

—Sí… ella está bien —asintió Annabella—. Ambas lo estamos.

Katherine la sostuvo, como si entendiera sin palabras.

—Kate, llévala a su habitación —indicó Adam, mirando a Thomas con la gravedad de un hombre que ya estaba midiendo consecuencias.

—Está bien —Katherine entrecerró los ojos y susurró a su marido al pasar—: Me contarás después, ¿verdad?

—Katherine…

—¡Bien! —se volvió hacia Annabella—. Vamos. Te presto la cunita de Ashlyn. Esa niña insiste en dormir con su padre… y conmigo no, porque dice que no la dejo respirar de tanto abrazarla. Pero vamos.

Annabella, por primera vez en horas, sintió que el cuerpo le aflojaba un poco. Los dos hombres vieron desaparecer a Katherine con Annabella. Thomas se permitió un segundo para exhalar… y luego clavó la mirada en Adam.

—Vamos al despacho —dijo el duque, sin necesidad de explicaciones.

Katherine le prestó a su prima un camisón limpio y, entre ambas, colocaron la cuna donde Aine por fin cayó dormida, vencida.

—¿Estás bien? —preguntó Katherine, seria—. Puedes decirme.

—Estoy… confundida —Annabella se encogió de hombros, y la palabra se quedó corta para todo lo que era.

—Entiendo —asintió Katherine—. ¿Quieres dormir?

—Esperaré a Thomas.

Katherine la miró con un afecto firme.

—Tienes miedo, ¿verdad?

Annabella no lo negó.

—Estás a salvo aquí —Katherine sonrió apenas—. Adam sabe usar su poder… y tu esposo no es de los que se quedan sentados.

Annabella sabía que Thomas se movía como nadie en la noche. Si se le metía algo en la cabeza, no había hombre capaz de detenerlo.

—Gracias, Kate —Annabella le tomó la mano—. Por todo.

Katherine le besó la mejilla.

—Me voy antes de que Ashlyn baje a interrumpir a Adam y a tu marido. Esa niña adora a tu esposo… y no se contiene.

Salió, cerrando despacio.

Annabella se deslizó en la cama. Las sábanas eran suaves, la colcha tibia, la chimenea dejaba un calor amable. Debería haber sido fácil dormir. No lo fue. La ansiedad era un animal dentro del pecho.

A las cuatro de la mañana, Annabella seguía despierta, el estómago hecho un nudo. A las cinco, la puerta se abrió.

Thomas entró.

Venía exhausto. El cuello desabrochado, la corbata en la mano. Tenía el rostro duro, marcado por la rabia contenida y la responsabilidad. La habitación estaba casi a oscuras: las velas se habían consumido y en la chimenea quedaban brasas que palpitaban, iluminando lo justo.

Buscó a Annabella. No la vio en la cama.

Su mirada encontró la cuna. Aine dormía tranquila, ajena. Thomas se acercó y tocó la pancita expuesta con una ternura que le partía el alma. Le besó la cabeza.

Luego vio a Annabella en un sillón, dormida, con un libro sobre el regazo y la cabeza ladeada. Había intentado esperarlo. Thomas se acercó, le quitó el libro con cuidado y lo dejó sobre una mesa. Pasó los brazos por debajo de ella y la alzó, pegándola contra su pecho.

Annabella se despertó apenas y lo rodeó por el cuello, como si su cuerpo lo reconociera antes que su mente.

—¿Thomas…? —susurró, a medio sueño—. Llegaste…

—No tenías que quedarte despierta —murmuró él, y la depositó sobre la cama.

—Quiero a Aine… tráela —pidió Annabella, con ese hilo insistente de madre que no se apaga.

Thomas besó su frente y fue por la niña. Aine protestó con un quejido mínimo, pero al sentir el calor de su padre se aquietó. Thomas la dejó junto a los brazos de Annabella.

Annabella abrió los ojos del todo y sonrió al verla ahí, completa.

Thomas se metió en la cama y la abrazó por la cintura, acercándola contra su pecho con una firmeza que era casi desesperada. No era solo cariño: era necesidad de comprobar que seguía viva, que seguía con él.

—¿Estás bien? —preguntó cerca de su oído, después de un silencio.

—Sí —susurró ella, aunque la palabra no era del todo cierta—. Solo te eché de menos. Pensé… no sé… que quizá estarías molesto conmigo.

Thomas frunció el ceño.

—¿Por qué estaría molesto contigo?

Su mano rozó la espalda de Aine con una delicadeza protectora.

—Pues… porque… —Annabella no encontraba el modo de decirlo.

—Solo puedo estar enojado con una persona —dijo Thomas, apretando el puño contra la sábana.

Annabella giró el rostro, buscándolo en la penumbra.

—Estamos a salvo —susurró—. No nos dejes solas. No quiero perderte por una revancha.

Thomas la miró, fijo. El fuego bajo de la chimenea le dibujaba sombras en el rostro, volviéndolo más severo.

—No pienso dejarlas. Pero tampoco voy a permitir que esto…

—Thomas —lo interrumpió—. Solo quiero que no te hundas con él. No quiero que tú y tu padre hagan algo que los hiera para siempre.

Thomas se apartó un poco y se recostó boca arriba, mirando al techo como si ahí estuviera la respuesta.

—Es algo que no se puede evitar.

—¡No! —Annabella se incorporó, cuidando de no despertar a la bebé—. No quiero que seas el asesino de tu padre.

Thomas apretó la mandíbula.

—¡Annabella, por favor! ¡Intento…!

—Pero no lo hizo —Annabella le tocó la mejilla con una caricia temblorosa, valiente—. Thomas… por favor…

En ese momento Aine comenzó a llorar.

Los dos padres giraron hacia la cuna improvisada. La discusión se hizo pequeña ante lo único esencial.

Annabella tomó a la niña y la acercó a su pecho. Thomas asintió, respirando hondo, como si se obligara a tragarse el veneno.

—Dale de comer —dijo—. Esta conversación… se detiene aquí.

Annabella, sin apartar a Aine, levantó la mirada hacia Thomas. Sus ojos verdes brillaban, húmedos, firmes.

—No, Thomas —dijo, con una decisión nueva—. Ahora tienes una familia. No eres mi jefe. Eres mi marido. ¿No podríamos… tomar las decisiones juntos?

Thomas la miró largo, como si la frase lo atravesara.

—Te amo —murmuró, la voz más baja—. Pero no permitiré que esto se quede sin resolver.

—No sirve arriesgarte —susurró ella—. Nos dejarías desamparadas si algo sale mal.

Thomas apretó los labios.

—Yo no pretendo perder.

Las lágrimas de Annabella cayeron, silenciosas. Acarició la cabecita de Aine, buscando fuerzas en esa vida pequeña. Thomas se incorporó y besó el hombro descubierto de su esposa, con una ternura que dolía.

—Lo conozco —dijo, y su voz era una promesa oscura—. Esto solo ha sido el primer ataque. Y estará furioso porque lo dejaste inconsciente… intentará vengarse.

Annabella lo miró con desesperación.

Thomas le sostuvo la cara, con cuidado, como si su propia fuerza pudiera romperla.

—Todo saldrá bien —intentó calmarla—. Lo resolveré.

Annabella asintió varias veces, tragándose el miedo. Buscó sus labios y lo besó con necesidad, sin soltar a Aine, cuidando de no interrumpirla. No era un beso de placer: era un beso de vida, de pertenencia, de "quédate aquí".

Thomas le devolvió el beso, profundo pero controlado, como si se castigara por querer más en medio del desastre.

Luego se apartó apenas, respiró hondo y la miró con intensidad.

—Solo te pediré una cosa —dijo, y su voz se quebró lo justo para que Annabella entendiera el peso—: no derrames la sangre del hombre que te dio la vida.

Annabella lo sostuvo con la mirada. Lo amaba con una violencia dulce. Lo amaba porque era capaz de ser monstruo por ellas… y porque se obligaba a no serlo.

Thomas exhaló, se dejó caer sobre la cama y se cubrió el rostro con un brazo, vencido por su propia contención.

—Está bien —aceptó, al fin.

Y en esa rendición no había derrota: había pacto.

Había familia.

Capítulo 42

A una semana del altercado con el marqués de Sutherland, Annabella por fin respiraba con algo parecido a normalidad. Seguía con el sobresalto pegado al cuerpo —como una sombra que no se despega ni con luz—, pero se encontraba más sosegada, cobijada por la calma ordenada de la casa de su prima, donde Thomas también se alojaba. Aun así… algo no encajaba.

Lo notaba en los detalles que un esposo enamorado no debería pasar por alto: la manera en que Thomas se escabullía con frecuencia, sin aviso previo; el abrigo que desaparecía del perchero; el sonido de la puerta principal cerrándose con discreción cuando el reloj marcaba horas poco decentes para una visita. Y si el duque de Wellington sabía algo —porque, sin duda, lo sabía—, no abría la boca. Ni una palabra. Ni una mirada que delatara.

Aquella mañana, Annabella paseaba por el jardín con su niña en el cochecito, envuelta en mantas claras, apenas asomando un puñito rosado entre encajes. La grava crujía bajo sus pasos; el aire olía a tierra húmeda y a hojas recién cortadas. Los Wellington tenían el tipo de jardín que parecía diseñado para que las damas se sintieran virtuosas: setos impecables, rosales disciplinados, estatuas de

mármol que miraban al horizonte con severidad, como recordatorio permanente de lo que se permite y lo que no.

Mientras empujaba el cochecito, vigilaba al resto de sus sobrinos. Corrían por el césped con la desobediencia alegre de los niños bien alimentados: Clarisa y Liam se divertían junto a Adrien y Blake, enseñándoles travesuras lo bastante pequeñas para ser "graciosas" y lo bastante ruidosas para sacar canas verdes a cualquier padre. Katherine —como siempre— caminaba a su lado, dueña del jardín como si fuera un reino heredado por derecho divino. Y Emilia, la hermana menor de Adam, las acompañaba con una gracia juvenil, cargando a la pequeña Ashlyn en brazos, que iba entretenida tironeando un lazo del vestido de su tía como si quisiera desarmarla.

—¡Señora Katherine! —gritó de pronto un hombre que venía corriendo por el sendero—. ¡Señora Katherine!

Katherine frunció el ceño con teatralidad, sin detener el paso.

—Oh, Dios… no sé cuántas veces les he dicho que no me griten. No es como si me estuviera escapando.

—En esta ocasión tiene razón, su excelencia —sonrió Emilia, acomodando a Ashlyn contra su hombro.

El hombre llegó jadeando, se cuadró como le habían enseñado, y se quedó parado frente a ellas… sin decir nada. El silencio duró apenas un instante, pero fue lo suficiente para crispárseles los nervios.

—¿Y bien? —apuró Katherine, impaciente.

—Mi señora… vienen a buscar a lady Hamilton.

Annabella se adelantó, con la sorpresa marcada en el rostro. Se suponía que nadie debía saber que estaba allí; y si alguien lo sabía, Adam no permitía visitas sin su consentimiento. Que un criado estuviera anunciando que alguien la buscaba significaba que la persona había pasado primero por el despacho del duque de Wellington, su protector mientras Thomas andaba fuera.

—¿A mí prima? —dudó Katherine, desconfiada.

—Sí, señora. El amo Adam ha dado permiso —aseguró el hombre, consciente de lo prohibido que era divulgar que la esposa de Hamilton residía en el ducado.

Las miradas de ambas mujeres se encontraron: sospecha, alarma, cálculo. Annabella sintió un golpe bajo el esternón; luego, como si el instinto le enderezara la espalda, dejó el cochecito al cuidado de su prima y se encaminó hacia el interior.

—¿Disculpe? —preguntó antes de que el mayordomo le abriera la puerta—. ¿Le han dado su nombre?

—No, señora. Solo tengo permiso de dejarla pasar. El duque ha dado el visto bueno —informó con voz estoica, la mirada fija, como si su deber fuera no ver nada.

La servidumbre de los Wellington tenía algo de espectral. Demasiado rectos, demasiado silenciosos, demasiado perfectos.

Cumplían órdenes y desaparecían. Katherine y la duquesa viuda —por puro deporte— se empeñaban en hacerlos renegar, como si quisieran demostrar que, por impecable que fuera un uniforme, dentro seguía habiendo una persona.

El mayordomo abrió, revelando el salón de visitas de cortesía, decorado al estilo reina Ana: madera pulida, tapicería elegante, porcelanas alineadas con precisión, cortinas pesadas que domaban la luz. Era el lugar donde se recibían visitas inesperadas para no cometer una grosería: se ofrecía té, unas galletas, y se sostenía una conversación lo bastante correcta como para que nadie pudiera citarla después.

Annabella dio un paso.

—¡Señorita princesa!

Ese saludo fue suficiente para que un recuerdo antiguo —sucio, oscuro, imposible de olvidar— la atravesara como un relámpago. Se le helaron las manos.

—¿Dulce? —murmuró, buscando encajar la imagen.

La niña que tenía enfrente ya no era aquella huérfana desamparada. Estaba vestida con galas impecables, el cabello peinado con esmero, las mejillas limpias, los zapatos relucientes. Tan pulcra que parecía una criatura salida de un retrato, y eso era decir mucho en la casa de los Wellington.

—Está usted más hermosa que antes, señorita princesa —dijo Dulce con solemnidad, juntando sus manitas, haciendo una reverencia.

Annabella no pudo evitar sonreír; se le llenaron los ojos.

—¿Qué te has creído? —rio suave—. Abrázame. ¿Qué haces?

La sonrisa de Dulce se volvió un sol. Corrió y se lanzó a sus brazos, enterrándole la cara en el hombro.

—¡La eché de menos! —susurró, como si confesara un pecado.

—Yo también —Annabella la separó un poco para verla—. ¿Con quién has venido?

—Conmigo —sonrió una mujer, elegante, de porte sobrio y mirada firme, vestida con pulcritud semejante a la de la niña.

Annabella dio un paso y el corazón le dio un vuelco.

—¿Hilda?

—Hola, Lilian —respondió la mujer con afecto—. O debería decir… condesa de Melbourne.

—Annabella estaría mejor —dijo ella, con gracia, como si necesitara esa palabra para sentirse anclada.

—Señorita princesa… ¿dónde está su príncipe? —preguntó Dulce.

Annabella le tocó la nariz con ternura.

—Salió, cariño, pero puede que lo alcances a ver… —y luego señaló los asientos—. Pero siéntense. ¿Qué hacen aquí?

Hilda miró un instante a Dulce, que intentaba subirse al sofá con dignidad, con los piecitos colgando. Annabella captó la indirecta y llamó con la mirada a la doncella que ya venía con bandeja de té.

—Verónica —sonrió Annabella—, ¿podría llevar a la señorita Dulce con los hermanos del duque? —miró a la niña—. Estoy segura de que te caerán de lo mejor.

Dulce frunció la boca, decepcionada.

—Pero… quería hablar con la señorita princesa.

—Allá afuera hay alguien que se cree una reina —dijo Annabella —. Es pelirroja y alta igual que yo, pero un poco más… loca.

Los ojos de Dulce se abrieron.

—¿Hay una señorita reina aquí?

—Sí. Y tiene a sus propios príncipes y princesas.

—¿Lo soy? —Dulce se tocó el pecho, incrédula.

—Sí, mi cielo —afirmó Hilda con suavidad—. Lo eres.

La doncella tendió la mano, Dulce la tomó, y se fue en dirección al ala donde la duquesa viuda mantenía entretenidos a los hermanos menores del duque.

Las dos mujeres esperaron a que la puerta se cerrara. Cuando quedaron solas, el aire cambió. Se volvió más pesado, más serio.

—Hilda… ¿qué ocurre? —preguntó Annabella, sin rodeos.

Hilda la miró con una mezcla de ternura y reproche.

—Primero… ¿dónde quedó tu embarazo?

—Bien —bufó Annabella, fingiendo fastidio—. Tuve una niña. Se llama Aine.

—Lindo nombre —asintió Hilda, satisfecha.

—¿Y tú? —Annabella intentó sonreír.

Hilda bajó la mirada, se sonrojó como una muchacha.

—¿Recuerdas al joven del que te hablé cuando estábamos… allá?

Annabella asintió.

—Bueno… trabaja con tu marido. Fue uno de los rescatadores.

Annabella sintió que el mundo se inclinaba apenas.

—¿Quién es?

Hilda tomó aire, como si se obligara a pronunciar algo inevitable.

—Es… Héctor Copenharme.

—¿¡El Cóndor!?

Hilda frunció las cejas, abrumada por el apodo.

—Si gustas llamarlo así…

—No, lo siento —Annabella agitó las manos, incrédula—. Solo… ¿él era tu amor secreto?

—Bueno… sí —sonrió Hilda con un pudor dulce—. Y decidimos adoptar a Dulce.

Annabella tragó saliva; una tristeza antigua le cruzó el rostro.

—Así que sí era huérfana…

—No lo era —replicó Hilda, con enojo contenido—. Sus padres la vendieron. Y no la quisieron de regreso. Tuvimos que buscar hogar para muchas… porque no las deseaban en sus casas.

—Qué horrible…

—Lo fue —aceptó Hilda—. Pero no importa: ahora todas están bien.

Annabella sintió un zumbido en los oídos, esa alarma que aparece antes de una mala noticia.

—Entonces… han venido por otra razón.

Hilda apretó los labios y miró el tapete.

—Tu esposo ha llamado a toda la orden —soltó al fin—. Todas las "aves reales" están en la ciudad.

Annabella se puso de pie con el corazón en la garganta.

—¿Qué?

—No lo sabías —asintió Hilda—. Tenemos prohibido decírtelo.

—¿Por qué? ¿Qué está pasando?

—Un contraataque, Anna —Hilda se levantó y le tomó las manos con fuerza—. Sé que esto es el trabajo de mi esposo y debo respetarlo, pero… —bajó la mirada— temo por él.

Annabella lo entendió sin necesidad de más.

—Y acudes a mí.

—Sé que no debí, pero… —Hilda se dejó caer de golpe en el asiento— tengo tanto miedo…

Annabella se sentó a su lado. La tomó de las manos, cálida, firme.

—Dime lo que sabes.

Hilda tragó saliva; la miró como si la estuviera eligiendo por encima de su propio juramento.

—Esto es grande. Creo que Héctor no se lo ha dicho a tu esposo por lo mismo… y me pidió que fueras tú quien se lo dijera.

—¿Yo?

—Eres su esposa, ¿cierto? —Hilda arqueó una ceja—. Esto es demasiado para que un amigo se lo suelte deliberadamente.

Annabella asintió, tensa.

—Bien… entiendo. Cuéntamelo.

Hilda respiró hondo.

—Sabes que el padre de Thomas tiene alguna clase de… atracción hacia tu madre, ¿verdad?

Annabella parpadeó, incómoda.

—Bueno… supongo que…

—No te avergüences, Annabella. Esto solo se pone peor.

La condesa sintió que el estómago se le encogía. Deseó —con desesperación— tener ya las palabras exactas para decírselo a

Thomas sin romperlo.

En los jardines, Katherine Collingwood, duquesa de Wellington, recibía cordialmente a su nueva visitante, incorporándola con rapidez al círculo de juegos. Dulce, por cierto, había entablado una amistad peculiar con Liam, el hermano menor de su marido; se seguían con la devoción solemne con la que los niños se eligen aliados.

—Dime, Emilia… ¿qué es lo que ven mis ojos? —sonrió peligrosamente Katherine, cruzándose de brazos.

Emilia siguió la mirada hacia los pequeños que jugaban; los gemelos, por supuesto, preferían su propio deporte: tirar al suelo a quien se les pusiera enfrente.

—¿Que tus hijos llegarán a ser un escándalo social cuando entren en sociedad?

—Además de eso —Katherine alzó una ceja.

—No… no veo nada más.

—Bueno —Katherine inclinó la cabeza—. Esa pequeña, Dulce… creo que a Liam le agrada.

Emilia soltó una risita.

—Por Dios, Katherine… Liam apenas tiene once años.

—Al parecer no es muy tarde para las conquistas —apuntó Kathe.

Emilia observó cómo Liam le colocaba una florecilla a Dulce con una seriedad cómica, como si sellara un pacto real.

—Es un conquistador innato —sonrió Emilia, acomodando a la pequeña Aine sobre su regazo.

—Eso me parece —asintió Katherine.

—¡Señorita reina! ¡Señorita reina! —gritó Dulce de pronto, corriendo hacia ellas.

Katherine se giró, esperando que la niña estuviera bromeando.

—¿A quién le hablas, Dulce? —sonrió Emilia, burlándose un poco.

—A ella —señaló Dulce, sin dudar, apuntando a Katherine.

—¿A mí? —Katherine se señaló el pecho.

—Sí. La señorita princesa me dijo que usted era una reina.

Katherine se inclinó para quedar a su altura.

—¿Y quién es la señorita princesa?

—La esposa del príncipe.

—Claro… —Katherine asintió con ironía.

Dulce prosiguió con total seriedad:

—El príncipe nos rescató a mí y a la señorita princesa de unos malvados que nos tenían encerrados.

A Katherine se le borró la sonrisa.

—¿De qué hablas?

—El príncipe estaba enojado con la princesa por haberse metido en ese lugar. Ella no era apropiada para un cuarto como el de nosotros.

Katherine frunció el ceño; Emilia también.

—No entiendo, Dulce…

—Y después la señorita princesa se lastimó por cargarme a mí y bajarme por la ventana.

Emilia buscó una explicación.

—Tal vez… es algo que leyó en un libro —intentó.

Dulce negó, indignada.

—No lo he leído. La señorita princesa es mami de esa beba —apuntó a Aine en brazos de Emilia.

Katherine se puso de pie de golpe.

—i¿Qué mi prima estuvo… dónde?!

Dulce retrocedió un paso, asustada por el movimiento.

—Ella tenía razón —murmuró la niña—. La reina está loca.

Katherine la miró, con el rostro duro.

—En eso tienes razón —admitió—. Pero con los muertos no se juega.

—Katherine… creo que se refiere a ti —susurró Emilia.

—Oh —Katherine asintió, sin perder el hilo—. Bueno… en eso también tienes razón.

En ese momento se escuchó conmoción. Katherine temió que los gemelos hubieran hecho alguna diablura que incluyera la fractura de

un hueso. Pero al ver a Adam recibiendo abrazos y gritos, comprendió que todo era, simplemente, su llegada.

Y Katherine, con el corazón apretado por lo que acababa de oír, caminó hacia él como si fuera a declarar la guerra.

—Oh… me debe una explicación —murmuró, peligrosa.

—¡Katherine! —la llamó Emilia—. ¡Tal vez no lo sepa!

—Oh, por favor —Katherine no volvió la cabeza—. Es Adam. Claro que lo sabe.

Cuando llegó, se encontró con el espectáculo habitual: sus hijos disputándose la atención de su padre mientras él estaba en cuclillas frente a los gemelos. Ashlyn, por supuesto, se aferraba a su cuello como si fuera parte de él.

—¡No! ¡Papi, mira! —tironeaba Blake—. ¡Hice esta corona yo sola!

—A papi no le importan coronas, Blake. Es niño —se burló Adrien —. Le gustan las espadas, como la mía.

—En realidad… me gustan ambas cosas —medió Adam, sosteniendo a Ashlyn.

—Hola, cariño —saludó Katherine.

Adam cerró los ojos. Su esposa nunca lo llamaba así a menos que estuviera preocupada… o a punto de destriparlo con elegancia. En ese tono, con esa sonrisa, no cabía duda: era lo segundo.

—Katherine —se levantó con Ashlyn aún encima.

—Corazón, cariño… —empezó la pelirroja, dulce como veneno— ¿podrías decirme por qué dijiste que mi prima estuvo encerrada?

—¡PAPÁ! —gritó Blake—. ¡Mamá está gritando!

—Mamá… papi dice que no debemos gritar —la regañó Adrien.

Katherine los miró con una calma aterradora.

—Ah… ustedes dos van a venir a decirme eso —dijo, y se inclinó apenas—. Déjenme recordarles lo que hicieron hoy…

—¡No! ¡Adiós! —y como por arte de magia, ambos desaparecieron.

Emilia suspiró.

—Ya sé dónde buscarlos —sonrió—. ¡Vamos! Clarisa, Liam: al cuarto del tercer piso. Revisen los clósets.

Se llevó a Aine y a Dulce con ella, dejando a la pareja sola… salvo por Ashlyn, que no parecía dispuesta a abandonar a su padre.

—Ashlyn, mi cielo —llamó Katherine—. ¿Me prestas a tu papi?

La niña asomó la cabeza desde el hueco del cuello de Adam y miró a su madre con sospecha.

—¿Le gritas a papi? —susurró.

—No, mi amor —mintió Katherine—. Solo hablaré con él de tu regalo de cumpleaños.

Ashlyn abrió los ojos.

—¡Shhh! —exigió—. ¡No me digan! —pateó—. ¡Bájame, papi!

Adam la bajó al césped. Ashlyn salió corriendo hacia la casa; y, como siempre, era cuestión de minutos para que regresara a trepársele.

—No haces bien con mentirle a nuestra hija —dijo Adam.

Se acercó, y besó a Katherine en los labios. Un beso breve, íntimo, de esos que en 1880 se dan lejos de miradas y de normas; el tipo de beso que dice *te pertenezco, aunque el mundo no deba verlo*.

—Por cierto… hola, mi amor.

—Se lo compensaré —Katherine se cruzó de brazos, implacable—. Quiere un poni de cumpleaños.

—Eso no es compensación, eso es ruina —murmuró él.

—En serio, Adam —Katherine le tomó el rostro para obligarlo a mirarla—. Dime la verdad. Por favor.

Thomas entró a la casa de los Wellington pasadas las diez de la noche. Afuera el frío mordía; el viento cortaba como navaja y los ojos le lagrimeaban por la brisa helada. Se sentía el invierno acercándose con la puntualidad británica de una sentencia.

Dejó su gabardina al cuidado del mayordomo, siempre presente. Costumbres de los Wellington: vigilancia. No por intrusos, sino por la propia duquesa, cuya voluntad de escaparse era ya una leyenda doméstica. Los sirvientes tomaban turnos como si custodiaran un tesoro… o un peligro.

—¡Al fin llegas! —exclamó una voz.

Thomas se detuvo a mitad de la escalera. Katherine estaba allí, en camisón y bata, con el cabello suelto, como si el protocolo hubiera muerto en ese pasillo.

—Lady Wellington… no entiendo por qué esperarme despierta —sonrió él, suave, divertido solo en apariencia.

—No me tientes, doctorcito —Katherine entrecerró los ojos—, o te haré algunas lesiones que luego tengas que curarte.

Thomas soltó una exhalación breve, casi una risa.

—Desafiante, en verdad, mi lady. Pero por ahora dejaré el juego. Tengo unas ganas tremendas de ver a mi mujer… y abrazar a mi hija.

Intentó pasar de largo. Katherine le cortó el camino con la mirada.

—Espero que hicieras lo mismo cuando las salvó en Viena.

Thomas se detuvo en seco.

El aire pareció endurecerse alrededor de él.

—¿Cómo sabe de eso? —preguntó.

Su mirada se volvió otra cosa: no fría, sino peligrosa. No era hielo: era acero. Un demonio contenido detrás de ojos azules.

Katherine tragó saliva y, aun así, sostuvo el pulso.

—Da miedo —aceptó.

—No me ha respondido.

—Si piensa que fue Annabella, se equivoca —Katherine negó—. No sé qué ha hecho usted con ella, pero ahora es como una tumba: no cuenta nada a nadie.

—Supongo que es porque ustedes no saben guardarle secretos.

Katherine abrió la boca, ofendida, y subió un escalón.

—Mire, lord Hamilton… yo no cuento secretos porque no me interesan las vidas de los demás. Pero si mi prima corre peligro, quiero saberlo. En serio.

—No corre peligro —respondió Thomas, firme—. Yo cuido de ella.

—Comienzo a temer eso precisamente —Katherine asintió—. No sé qué hace ni quién sea cuando se va… pero ella es mi amada prima. Y la protegeré por encima de cualquier cosa… o persona.

Thomas la observó un segundo largo. Luego inclinó la cabeza, como concediéndole respeto.

—Me agrada ver que tiene gente leal.

—Oh, no —Katherine negó—. No le soy leal solamente. Yo la amo —lo miró desafiante—. Y no me gusta ver dañado lo que amo.

Thomas sostuvo esa frase, como si le midiera el peso.

—A mí tampoco me gusta —contestó, suave—. Buenas noches, lady Wellington. Un gusto hablar con usted.

Siguió subiendo. Katherine se quedó quieta, con una sensación extraña en el pecho: alivio.

—¿Acaso ha dicho que la ama? —preguntó, más para sí que para él.

Pero Thomas ya no estaba.

Se sentó en la escalera sin darse cuenta, cubriéndose la sonrisa.

—Mami… —la llamó una vocecita somnolienta.

Una niña en camisón la miraba desde arriba, frotándose los ojos.

—¿Tío Thomas es malo?

—No, mi cielo —Katherine negó, levantándose para cargarla—. Es más bueno de lo que pensaba.

—¿Con papi? —preguntó la pequeña, acurrucándose.

Katherine rodó los ojos y besó su mejilla.

—Comenzaré a sentir celos con tanto "papi".

—A mami la veo siempre —se encogió de hombros la niña—. Papi trabaja mucho.

—Tienes razón —Katherine le acomodó el camisón—. Le diremos a papi que se tome unas vacaciones. ¿Te parece?

—¡Sí!

Thomas abrió la puerta de su habitación esperando encontrar calma: oscuridad, su esposa dormida, su hija en la cuna. Nada más lejos. En cuanto cruzó el umbral, supo que algo estaba mal. La

habitación estaba tibia, iluminada por un par de velas bajas. Annabella caminaba de un lado a otro, meciendo a Aine, que lloraba con un llanto agudo, insistente, capaz de romperle el alma a cualquiera.

Annabella tenía el cabello apenas recogido, como si se lo hubiera arreglado sin convicción. El camisón le rozaba los tobillos. Había en su postura un desasosiego nuevo, una tensión que no provenía del cansancio solamente: era la espera.

—¿Annabella? —Thomas se acercó con el ceño fruncido.

No era normal. Annabella tenía una habilidad particular para calmar a la niña. Era como si Aine reconociera el ritmo de su madre.

—Thomas… —Annabella exhaló su nombre—. Llegaste.

—¿Qué haces despierta? —preguntó él, dejándose la chaqueta y el chaleco—. ¿Se encuentra mal?

Se acercó y le quitó a la niña de los brazos con suavidad, sin pedir permiso, como si su lugar fuera allí. Annabella lo dejó hacer, pero se le quedó mirando, apretando los labios.

—No —dijo frustrada—. No la puedo dormir.

Y, como si el mundo obedeciera a las manos de Thomas, Aine se quedó en silencio. Un milagro instantáneo. Solo se oyó el suspiro pequeño de la bebé y el crujido leve de la madera.

Annabella sintió que se le escapaba una parte de la tensión. Y, aun así, la rabia siguió ahí: contenida, ordenada, peligrosa.

Thomas besó la cabecita de Aine.

—Le pasas tu estrés, Annabella, los bebés son más perceptivos.

—He intentado dormirla por dos horas —se dejó caer en una silla.

Thomas se inclinó hacia la cuna y acomodó a la niña con cuidado. Aine bostezó, los ojos se le cerraron tranquilos.

Annabella se levantó sin darse cuenta, sorprendida.

—¿Cómo lo lograste? —murmuró.

Thomas volvió hacia ella y le besó la frente, un beso que no era solo cariño: era ancla.

—Te lo dije. Los niños sienten cuando algo está mal —su voz se suavizó—. Dime qué pasa.

Annabella caminó por la habitación y le dio la espalda. Se recargó contra la moldura de la chimenea, como si la madera pudiera sostenerla. Cerró los ojos. Y, sin mirarlo, soltó la pregunta.

—Thomas, sé que te será difícil… pero quiero saber qué piensas que pasó entre nuestros padres cuando tenían dieciséis años.

El ambiente se tensó de golpe. Denso. Irespirable. Como intentar hablar dentro del humo de una hoguera: todo arde, aunque nadie prenda el fuego. Thomas no elevó la voz. No hizo falta. Su silencio fue la primera amenaza; la segunda, su tono.

—Ya te lo he dicho.

Annabella negó.

—No. Solo me has dicho que tu padre estaba enamorado de otra mujer —lo encaró—. Ahora sé que hablabas de mi madre. Sé que no me lo dijiste para protegerme… pero ahora yo sé la verdad. Y quiero saber cuánto sabes tú.

—¿Y cómo se supone que tú puedes saber más que yo? —Thomas se tensó—. Llevo más de ocho años intentando descubrir el embrollo.

Annabella se obligó a mantener la calma. Le temblaban un poco las manos, y detestó que él pudiera notarlo.

—No te enfades —pidió, suave.

—No me enfado —Sus ojos, sin embargo, lo delataban—. Quiero saber por qué estás tan segura de que tú sabes la verdad y yo no.

Annabella sostuvo su mirada.

—Hoy tuve una visita interesante. Hilda Copenharme estuvo aquí… y me contó algo que tú has omitido.

Thomas parpadeó, sorprendido.

—¿Copenharme?

—Al parecer no recuerdas que tu querido Héctor se ha casado —Annabella arqueó una ceja—. Y ella era la persona que me ayudaba cuando estábamos en Viena.

—Lo recuerdo. Lo que no entiendo es qué tiene que ver con lo que me preguntaste.

Annabella apretó la mandíbula.

—Que tu querido "Cóndor" encontró las respuestas que buscabas.

Thomas la miró, tenso.

—¿Y por qué razón las sabes tú y no yo?

—Creyeron que era mejor que alguien cercano te lo dijera —hubo reproche en su voz—. Alguien que te conociera mejor que ellos.

Y entonces se quebró el control:

—¿Puedo saber por qué no me dijiste que toda tu organización está reunida aquí? ¿Por qué siempre me ocultas cosas? ¿No me crees lo suficientemente inteligente? ¿Y por qué… si dices que ya no odias a nadie, sigues investigando sobre la mujer de la que tu padre está enamorado… lo que me lleva a mi madre?

Thomas dio un paso; la furia se le asomó como un animal.

—¡Quería protegerte! ¡Tú no entiendes lo que esto conlleva!

—¡Entonces explícamelo!

Aine empezó a llorar, como si el cuerpo de la casa se negara a esa tensión. Annabella corrió a la cuna, la tomó en brazos y la meció, intentando que su propia respiración no contagiara a su hija.

Tenía lágrimas en los ojos, pero no de tristeza: de impotencia. Detestaba los secretos. Detestaba sentir que vivía con un hombre al que amaba… y que, aun así, le cerraba puertas por "su bien". En

1880, una esposa debía ser discreta. Pero Annabella no era un adorno: era su compañera. Y lo sabía.

—Me protegerías mejor si me mantienes al tanto —dijo—, y no como una tonta que no conoce a la persona con la que duerme.

El silencio que siguió fue profundo. Cortante.

Annabella habló de nuevo, ya sin concesiones:

—No sé qué tramas… y francamente quiero saberlo ahora.

Thomas se alejó unos pasos. Fue hacia el mueble donde descansaba su licor favorito. Se sirvió un vaso y lo bebió de golpe, como si necesitara quemarse por dentro para no estallar por fuera.

Annabella se acercó con Aine en brazos.

—Thomas —lo llamó, firme—. Dime qué es lo que sabes.

Thomas levantó la vista. Vio a Annabella: descalza, cansada, con el cabello suelto, sosteniendo a su hija como si sostuviera el mundo. La amaba. La amaba con una ferocidad que no admitía testigos. Y lo que menos quería era discutir con ella. Pero más que eso: lo que más temía era que su padre se acercara siquiera a su sombra.

El deseo de Thomas por Annabella —ese que guardaba con disciplina, ese que a veces castigaba con distancia verbal cuando el mundo lo obligaba a ser "correcto"— se mezcló con otra cosa más oscura: la necesidad de controlarlo todo para mantenerla a salvo.

Se aproximó despacio. No la tocó de inmediato; primero la miró como si la repasara, como si confirmara que estaba ahí. Luego, con

una gentileza calculada, le acomodó un mechón detrás de la oreja. Sus dedos rozaron la piel y Annabella sintió cómo se le erizaban los brazos, cómo el pulso se le aceleraba a pesar del enfado. Sus manos, traicioneras, apretaron un poco más a Aine.

—Te voy a decir todo —murmuró Thomas, por fin—. Todo lo que sé… y lo que planeo. Y no me importa si estás de acuerdo o no, haré lo necesario para mantener a mi padre lejos de ti… y de nuestra hija.

Annabella sintió el golpe de esa frase en el pecho: amor, miedo y una sombra de amenaza dirigida a otro. A un enemigo que, por primera vez, tenía nombre y rostro con claridad.

Y supo que, en cuanto Thomas empezara a hablar, ya no habría forma de volver a la inocencia.

Capítulo 43

Thomas miró a su esposa con una seriedad que no admitía evasivas. Se preparó mentalmente para lo que diría y para la posible respuesta de Annabella; además, uno de sus hombres de confianza había decidido —muy convenientemente— que aquella información sería mejor recibida si ella se la entregaba primero. Ya hablaría después con Héctor. Por ahora, tenía un problema infinitamente más delicado: femenino, de cabellos castaños y ojos verdes como esmeraldas… y con el pulso despierto.

—Deja a la niña —indicó el conde, con una voz baja que sonó a orden y a ruego al mismo tiempo—. Duérmela… o haz lo que debas.

—Bien —concordó Annabella, sin discutir. Se limitó a mecer a la pequeña entre sus brazos, pegándosela al pecho con esa ternura automática de madre, aunque el cuerpo le temblaba por dentro.

Thomas fue a sentarse en uno de los sofás frente a la chimenea. Agradeció el calor que emanaba, porque los días empezaban a volverse verdaderamente helados: el tipo de frío que se mete por las rendijas, se instala en los huesos y obliga a encender velas incluso antes de que el reloj marque la hora decente. Diciembre estaba cada vez más cerca, y en otras casas ya se hablaba de villancicos y de listas de visitas. Para los Hamilton, en cambio, la Navidad era un

adorno sin relevancia: tenían asuntos más graves ocupando la mente de cualquiera que llevara ese apellido.

Cuando Annabella logró dormir a su hija y la dejó en su cunita —acomodando la manta con una precisión casi nerviosa, como si ese pliegue pudiera ordenar el caos—, se volvió hacia su esposo.

Lo observó. Thomas estaba sentado con las piernas ligeramente abiertas, reclinado hacia atrás, con el vaso en la mano. El fuego centelleaba y le golpeaba los pómulos, endureciéndole las facciones hasta volverlo, por momentos, inquietante. Sus ojos azules destellaban con escenas del pasado, y esa visión interior lo volvía implacable. Incluso para ella.

Annabella caminó en silencio. Se sentó en el sofá junto al de él, sin invadirlo del todo, como si todavía existiera una línea invisible de protocolo entre marido y mujer, a pesar de la intimidad. Aun así, su cercanía lo traicionó: el calor de Thomas se sentía, y el perfume tenue de su licor se mezclaba con el olor a cera y a humo de leña. Annabella se dio cuenta —con una claridad casi irritante— de que lo deseaba incluso en ese estado suyo, severo y distante. Y ese deseo le subió a la garganta como un secreto.

Thomas tardó un segundo en mirarla, como si necesitara obligarse.

—Dime —le dijo por fin, parco, exigiendo con una voz helada que ella iniciara. No levantó la voz. No hizo falta. La calma de Thomas

tenía el filo de un bisturí.

Annabella no se apartó. Se sostuvo.

—Quiero saber lo que tú piensas —contestó, serena a fuerza—. Dime… ¿crees que hubo un amorío, cierto?

Thomas le devolvió una mirada dura, casi sin humanidad.

—Por supuesto —asintió—. ¿Qué otra cosa podría ser?

Annabella tragó saliva. Lo vio encerrarse en el silencio, ignorándola de manera perceptible, como si su plan fuera simple: responder únicamente a lo que ella preguntara, sin ofrecer nada por voluntad propia. Eso, en Thomas, era también una forma de castigo: control físico, distancia verbal. No tocarla. No ceder.

Annabella insistió, con el corazón marcándole el ritmo.

—¿Qué más? ¿Crees que mi madre lo abandonó por alguna razón?

—Sí, supongo.

—¿Se fugó con alguien más por dinero, pretensión o título?

—Quizá.

—¿La culpas de todo?

—No.

—¿Crees que destruyó a tu padre por placer?

—No tengo idea.

—Thomas… —Annabella se inclinó y le tomó el rostro entre las manos, obligándolo a volver a ella. Sus dedos le rozaron la mandíbula; sintió el músculo tenso, el latido contenido. Él no se apartó—. No es nada de lo que piensas.

—¿Qué? —frunció el ceño.

—Mi amor… —le acarició la mejilla, como si la calma pudiera sujetarlo—. Lo que te voy a decir tampoco es fácil de comprender. Humberto ha sido muy listo todo este tiempo, ocultándote la verdad, dejando que odiaras a todos… incluso tal vez disfrutándolo.

La palabra *Humberto* ensució el aire como una mancha de tinta.

—¿Qué dices?

—Escúchame… ¿podrías? —pidió ella. Su voz fue suave, pero firme. Thomas se quedó callado, tenso, esperando.

—Dime —indicó—. Di lo que Héctor mandó que me dijeras.

Annabella respiró hondo; sintió el propio pulso en la garganta.

—Tu padre y mi madre se conocieron cuando tenían quince años —comenzó—. Estaban prometidos desde temprana edad…

Thomas la miró con seriedad, como si aquello no fuera más que un dato banal, una costumbre aristocrática.

—Pero no entre ellos.

Thomas parpadeó.

—¿Qué?

—Escúchame —le tomó la mano, apretándola una vez—. Primero: ¿sabes si tu padre tuvo algún hermano o hermana?

—No. Fue hijo único —contestó.

Annabella sostuvo su mirada.

—Cielo… tu padre tenía un hermano gemelo.

Thomas dibujó una expresión de incredulidad, casi violenta.

—¿Qué diablos dices?

—El relicario no tiene una foto de tu padre, sino la de su hermano gemelo: Digory.

Thomas negó, aturdido.

—No entiendo… Mi padre tenía un hermano y jamás lo mencionó.

—¿Puedo terminar? —dijo Annabella con una paciencia que no era infinita, pero se esforzaba en parecerlo—. Sé que es difícil, pero quiero contártelo todo de una vez.

Thomas apretó la mandíbula.

—Dime.

—Mi madre y tu tío Digory se comprometieron… y se querían —Annabella se humedeció los labios—. Tu padre también estaba prometido con mi madre. Pero Digory era el heredero, no Humberto.

Thomas se quedó quieto, como si cada palabra colocara una pieza en un rompecabezas enfermizo.

—Aparentemente, desde entonces tu padre experimentaba… alguna clase de atracción hacia la mía. Pero nada se podía hacer. Así habían quedado las cosas.

—¿Qué pasó con Digory? —interrumpió Thomas, con la voz controlada a duras penas—. ¿Por qué repentinamente desapareció de la familia? ¿Por qué nadie habla de ello?

Annabella sostuvo el golpe.

—Porque murió, Thomas —soltó—. Al parecer… misteriosamente, un día amaneció muerto…

La mirada de Thomas no tenía comparación. Era la de un hombre que ya podía imaginar el resto.

—¿Se sabe la causa?

—No me la dijeron… Solo dicen que fue de manera sospechosa.

—Continúa —exigió Thomas.

—Cuando mi madre se enteró, quedó destrozada. Al parecer fue entonces cuando decidió pasar una temporada en Rusia para alejarse de todo… y allí conoció a mi padre y se casó con él.

Annabella se puso de pie. Caminó hacia su buró, abrió un cajón con cuidado —como si el ruido pudiera despertar a la casa— y sacó algo, ocultándolo primero en su palma.

—Mi madre devolvió el relicario a su casa —prosiguió—. No soportaba ver algo que le recordara a tu tío. —Le entregó el guardapelo a Thomas—. Nunca fue de tu padre, Thomas.

Thomas apretó el relicario en la mano, como si pudiera partirlo.

—¿Cómo lo conseguiste? —preguntó, dudoso.

Annabella se encogió un poco, culpable.

—Lo siento.

—Husmeaste entre mis cosas —comprendió él.

—Es… porque no me dices qué sucede —se defendió con dulzura, sosteniéndole la mirada.

Thomas se quedó callado unos instantes. Apretó el relicario contra su boca, como si quisiera tragarse una verdad a mordidas. El fuego le dibujó sombras duras en el rostro.

—No está completa —declaró al final.

Annabella frunció el ceño.

—¿Qué?

—Le faltan pedazos —Thomas se puso de pie, brusco. Comenzó a ponerse el chaleco y la chaqueta con movimientos precisos, rígidos —. Y sé quién tiene las respuestas.

—Thomas… —Annabella lo siguió por la habitación. El camisón le rozaba las piernas, pero su prisa era otra cosa: era miedo—. Espera… ¿a dónde vas?

—Voy a terminar de escuchar esta historia de la boca de alguien que estuvo presente —declaró.

—Tu padre no te dirá nada —lo frenó, tomándole la mano. Sus dedos se cerraron con fuerza; su piel estaba tibia, la de él ardía bajo el cuero del guante—. Thomas… no vuelvas ahí. Dijiste que me dirías lo que tienes en mente.

Thomas la miró. Por un instante, pareció el hombre que era solo con ella: el que la besaba la frente, el que la sostenía sin pedir permiso. Pero enseguida regresó el conde. El Hamilton.

—Ahora yo tampoco lo tengo claro —dijo—. Pero estoy a punto de esclarecerlo.

—Thomas… —lo llamó ella, y la voz se le quebró. Las lágrimas le subieron sin que pudiera impedirlo.

Él le tocó la mejilla, con una caricia breve, contenida, como si se castigara a sí mismo por querer quedarse.

—Espérame —murmuró, inclinándose para besarla. El beso fue profundo sin ser largo: una promesa, una necesidad escondida bajo la decencia—. Cuando vuelva… voy a tenerte contra mí. No soporto estar más tiempo sin ti.

Y se fue.

—¡No te vayas! —imploró Annabella—. ¡Thomas!

Annabella se recostó contra la puerta ya cerrada y se tapó la boca con una mano para sofocar el sollozo. Sabía que Thomas no reaccionaría con calma. Y, como ella, también ansiaba respuestas.

Pero no quería que regresara a la casa de los Hamilton. No quería que se cruzara con su padre. Algo terrible podía ocurrir.

Tenía miedo. Solo quería verlo volver a entrar por esa puerta.

El conde entró a la casa donde se había criado. Debería resultarle agradable pisar el lugar de su infancia, donde sus padres aún residían. Nada estaba más lejos de la realidad. Thomas detestaba aquella mansión: no por la propiedad, sino por lo que había vivido dentro. El aire olía a cera antigua y a madera encerrada; las paredes, a retratos que fingían virtud. Todo allí parecía correcto… y por eso mismo era insoportable.

—¡Thomas! —susurró un grito Daniela, su hermana, saliendo a su encuentro—. ¿Qué haces aquí?

—Vengo a ver a mi madre —dijo él, serio—. ¿Dónde está?

—En la terraza —indicó—. ¿Pero para qué?

—Quiero que me aclare algunas cosas.

—¿Qué? —lo siguió, nerviosa—. ¿De qué hablas?

—Ya lo veremos —contestó Thomas, sin volverse hacia ella.

Subió las escaleras casi a trote, sin detenerse. Se dirigió a la terraza donde habían ocurrido desventuras de las que, por primera vez, no tenía culpa. Aunque, si se miraba con malicia, él había traído a Marinett a esa casa… así que siempre había una cadena.

—Madre —la llamó con una voz poco piadosa, fuerte y dura.

Marie se volvió, sorprendida.

—¡Thomas! ¿Qué haces aquí?

—Quiero que me cuentes lo que falta de la historia de mi padre —levantó una ceja—. No hace falta que lo hagas desde el principio. Sé que tenía un gemelo y que tú estuviste comprometida con él. Pero aún falta. Así que… —se sentó en una silla de jardín, de las que su madre usaba para descansar— cuéntamelo.

Marie palideció.

—T-tu… ¿cómo te enteraste?

—Tengo mis contactos —cruzó una pierna, impecable incluso en la furia—. ¿Entonces?

—Y-yo… no sé de qué hablas —negó ella, temblando—. Mejor vuelve con tu esposa y tu hija.

—No. —La calma de Thomas fue peligrosa—. Me quedaré hasta que me digas todo.

—Mejor mañana —intentó.

—Es tarde, de todas formas —se encogió de hombros—. ¿Qué haces aquí arriba?

—Nada en particular —Marie se escudó arrancando hojas secas de una planta, ayudada apenas por algunas velas esparcidas en la terraza.

—Bien. Entonces dime.

—Thomas, por Dios —dijo ella, exasperada y asustada—. Es un tema complicado… y si tu padre lo llega a saber…

Thomas se levantó despacio.

—¿A saber qué? —preguntó—. ¿Que asesinó a su propio hermano?

Marie se quedó sin aire.

—¿Qué…?

—Vamos —sonrió Thomas, sin humor—. Suena bastante lógico, ¿no lo crees? El heredero era Digory y resulta que muere sospechosamente, dejando libre a su prometida y el legado de los Seymour. —Arqueó la ceja—. Entonces corrígeme. Cuéntame lo que sabes.

Marie negó varias veces, como si el gesto pudiera borrar lo dicho.

—A veces te pareces tanto a Digory… que me cuestiono de quién eres hijo en verdad.

Thomas la miró, helado.

—¿Qué?

—No te espantes —Marie le tocó la mejilla, con una ternura extraña—. No hay duda de que eres hijo de Humberto Hamilton… —rio un poco, amarga—. Que si lo sabré yo.

—Madre.

Marie tragó saliva. Bajó la mano, y por fin comenzó.

—Digory era una persona encantadora —dijo—. Bueno, valiente, honrado… enamorado. Él y Cristina siempre fueron buenos amigos y después, prometidos. Yo… —se encogió de hombros— yo me enamoré de su hermano gemelo. Más serio, menos amable, más atrabancado.

Marie miró hacia el jardín oscuro.

—Nunca conté con que Humberto tuviera tantos celos de su hermano mayor… sobre todo en la cuestión de la mujer.

Thomas apretó los dedos.

—Nunca te diste…

—No —negó ella—. Yo era joven, ilusa y, como dije, estaba enamorada. Con el tiempo me fui dando cuenta de ese… gusto de tu padre por perseguir a Cristina, a sabiendas de que ella le pertenecía a alguien más. No lo consideré una amenaza. Ellos eran amigos desde hacía tanto tiempo que no me di el permiso de preguntar.

Thomas tensó la mandíbula.

—¿"Queeny"…?

Marie asintió.

—Era el apodo de Digory para Cristina. Era gracioso… porque verdaderamente le encantaba el apodo. Pero después de la muerte, la madre de tu esposa no soportaba siquiera leerlo. —Marie levantó la mirada, recordando—. Espero no mentir, pero creo que Digory alguna vez le regaló un relicario… con un escrito hermoso.

—Sí —asintió Thomas, sacándolo—. Este.

Dejó que el dije girara un par de veces, la cadena brillando con la luz de las velas.

—¡No lo había visto en años! —Marie sonrió con tristeza, tomando el guardapelo en su mano.

—El hombre que está en la imagen —dijo Thomas— es…

—Digory. Pero se parece tanto a ti que diría que eres tú.

Thomas la observó un instante.

—¿Cómo murió? Annabella me dijo que fue de un día para otro.

Marie cerró el relicario y se lo devolvió. Se alejó, como si necesitara distancia para decirlo.

—Fue un accidente —declaró.

Thomas frunció el ceño, sorprendido por otra idea.

—¿Tuviste algo que ver?

—¡No! —contestó con rotundidad—. Pero lo vi… en persona.

Thomas se quedó inmóvil.

—¿De qué hablas? ¿Qué viste?

Marie apretó los labios.

—Eran las cinco de la tarde —narró—. Yo me había escondido en el cuarto de los gemelos Hamilton. Quería darle una sorpresa a Humberto: había regresado de un viaje con mis padres. Esperé solo

unos instantes… y ambos entraron. Estaban disgustados el uno con el otro. Se gritaban… se empujaban.

Marie se limpió una lágrima, avergonzada de que existiera.

—No me atreví a salir. Me aterré. Tampoco hice nada cuando las cosas comenzaron a salirse de control. Yo estaba en un armario… viendo por la rejilla.

Cerró los ojos.

—Fui testigo de cómo un hermano asesinaba al otro.

Thomas se quedó helado.

—Mi padre…

—Sí —asintió Marie—. Y no fue todo. Cuando Humberto se dio cuenta de lo que hizo, se asustó… y lo hizo más cuando descubrió que cierta chiquilla lo veía desde un armario.

Marie soltó una risa sin alegría.

—Era obvio que me obligó a jurar que no diría nada. Me gritó… me amenazó. Y no con gritos vulgares: con esa calma suya que hiela la sangre. Me dijo, con una sonrisa de salón: *"Marie, si una sola sílaba de esto sale de tu boca, no quedará nadie que crea tus lágrimas. Ni siquiera tú."*

Marie apretó las manos.

—Yo estaba aterrada… viendo cómo el cuerpo de Digory yacía sobre la cama, sin ninguna señal de vida.

Thomas respiró hondo, intentando no perder el control.

—¿Qué pasó después?

—Se encontró el cuerpo —dijo ella—. Más de una vez quise decir lo que había pasado, pero Humberto siempre estaba cerca… y él me aterraba. Escuché que incluso intentó convencer a Cristina de casarse con él. Pero, como era de esperarse, ella no amaba a nadie más que al hombre que su mismo hermano había asesinado.

Thomas la miró con una mezcla de repulsión y claridad.

—¿Por qué te casaste con un asesino?

Marie lo miró como si la pregunta fuera cruel en su inocencia.

—Lo dices como si tuviera opción —rio, amarga—. Imagina cuando mis padres se enteraron de que Humberto era ahora el heredero al marquesado de Sutherland. —Alzó un hombro con tristeza—. No les importó si hubiera matado a su mismo padre. Ahora era lo mejor que se les había presentado en la vida.

—Te obligaron.

—Y a él también —asintió—. Y cuando tú naciste… fue el detonante. Conforme ibas creciendo, te parecías cada vez más a Digory, en lugar de a Humberto. La misma risa, el mismo tono, los mismos gestos… la misma alma, el mismo corazón.

Marie le tocó la mejilla.

—Casi parecías la venganza de un hombre muerto. Se lo recuerdas constantemente.

Thomas apretó la mandíbula.

—Entonces… ¿por qué siempre quería que estuviera con él, si le recuerdo tanto a su hermano?

—Porque no quería que también te parecieras en personalidad —aclaró Marie—. Tenías todo lo que Digory tenía, pero Humberto no permitiría que fueras igual en carácter. Aunque eran gemelos, distaban en muchas cosas. Incluso físicamente… Digory era mucho más atractivo. Como tú.

Thomas apartó la mirada, asqueado.

—Me alejó porque quería que me pareciera a él y no a Digory.

—Tú casi eras el hijo de su peor enemigo —asintió—. Y me lo recordaba constantemente.

—¿Y tú qué tenías la culpa? —Thomas soltó una exhalación dura.

—No sé… supongo que es porque te di a luz —se encogió de hombros—. Por esa razón tiene tanta rivalidad contigo. Compite. Y por lo mismo te casó con tu mujer: quería demostrar que era capaz de quitársela a su hermano… aunque en realidad tú eres su hijo.

Thomas se quedó un instante en silencio. Luego, con una calma peligrosa, dijo: —Está más desquiciado de lo que pensé.

—Hijo debes volver —Marie le volvió a tocar la mejilla, suplicante.

—No te dejaré con él —negó Thomas—. Te sacaré de aquí.

Marie dio dos pasos hacia atrás, temerosa incluso de esa esperanza.

—No puedes… Él es mi esposo.

—Ya veremos por cuánto tiempo.

Capítulo 44

Annabella despertó sobresaltada entre los brazos de su esposo.

Desde aquella conversación, la pareja se había vuelto todavía más unida —si eso era posible—, como si la verdad, al abrirse paso, hubiera tensado y, a la vez, soldado el lazo entre ambos. Ella siempre supo que ciertas confesiones podían sanar el alma; pero en el caso de Thomas habían sido demasiadas, arrojadas sobre él con una violencia silenciosa, y apenas lograba digerirlas.

A pesar de que habían pasado dos semanas, su esposo —normalmente perspicaz y meticuloso— se mostraba distraído con una frecuencia que inquietaba: miraba hacia la nada, como si una idea lo mantuviera sujeto por dentro. Y esa ausencia mental, en un hombre como Thomas, era más alarmante que cualquier arrebato.

—Annabella… —Thomas se incorporó apenas, apretando el abrazo en el que la mantenía cautiva, protector—. ¿Qué pasa?

—No… nada —mintió ella, y volvió a recostar la cabeza sobre el brazo que él tenía bajo su cuello. La palabra *lo siento* le salió en un hilo—. Lo siento.

Thomas acercó su cuerpo al de ella con esa precisión contenida que lo caracterizaba: un gesto mínimo, pero irrevocable, como si la acomodara en un sitio del mundo donde nada pudiera tocarla.

—Aine está bien —murmuró—. Tenemos que acostumbrarla a que no esté con nosotros todo el tiempo.

—Lo sé… —entrelazó su mano con la de él, buscando esa certeza que solo le daba la piel de Thomas. Sus dedos temblaban un poco—. Es solo que me siento extraña. Desde hace días… me siento insegura.

—¿Insegura de qué? —preguntó él, somnoliento, pero ya alerta. En Thomas, incluso el sueño tenía disciplina.

Annabella se giró dentro de sus brazos hasta encararlo. La oscuridad del dormitorio apenas dejaba ver el perfil firme de su esposo; la chimenea, apagada a esas horas, era una masa negra con reflejos de carbón. Aun así, ella distinguió la línea de su boca, el brillo frío de sus ojos cuando parpadeó.

—No sé —confesó—. Tengo miedo.

Thomas no se rió, no minimizó, no la reprochó. Solo la sostuvo un instante más fuerte, como si el miedo pudiera aplastarse con el peso correcto.

—Bella, estoy contigo. Esta casa es segura, y la tengo vigilada.

Annabella se tensó apenas.

—¿La tienes vigilada?

—Sí —admitió, sin sombra de culpa—. No solo por nuestra familia. La de Adam también es importante.

—¿Es peligroso quedarnos con ellos? —preguntó ella, acariciándole la mejilla mientras hablaba, como si el contacto la anclara—. ¿Los ponemos en riesgo?

Thomas exhaló lento. El silencio, en los grandes caserones, siempre parecía más grande; hasta el crujido de una madera sonaba como un aviso.

—Sí. No sé qué pretenda hacer mi padre, pero ya averiguó que estamos aquí. Aun así, Adam no deja que me marche.

—¿Qué crees que quiera tu padre?

Thomas dejó caer la cabeza contra la almohada, pero sus ojos siguieron fijos en ella, brillantes en la penumbra.

—A ti —dijo, agotado—. Aine matarme. Verdaderamente no lo sé.

Annabella frunció el ceño, amarga a pesar del temblor.

—Vaya forma de tranquilizarme.

—Creí que querías que te dijera la verdad —replicó él, y la frase salió con esa calma que en Thomas sonaba a advertencia.

—Así es —asintió ella, tragando saliva—. Solo que… todo esto parece tan descabellado. Dudo que tu padre quiera…

Thomas la interrumpió, y lo hizo sin levantar el tono: bastó con el filo en la cadencia.

—No confíes ni por un segundo en que no hará nada, Annabella —le advirtió—. Él es de ideas claras. Y si quiere algo… lo obtiene.

Ella cerró los ojos un instante. Se obligó a respirar. Su mano se aferró al pecho de Thomas buscando el latido que la calmaba.

—¿Y qué podemos hacer?

Thomas la observó.

Hubo un silencio breve, denso, como un protocolo.

—Tú… lo único que harás es cuidar a Aine y estar en casa —ordenó—. Nada fuera de eso.

Annabella lo miró con una chispa obstinada.

—No me complace.

Thomas ladeó apenas la cabeza. No sonrió, pero su mirada se encendió un segundo, como si el desafío de ella le resultara, a la vez, desesperante y profundamente suyo.

—No te lo pido para complacerte —dijo—. Te lo ordeno para mantenerte viva.

—¿Y tú qué harás?

—Trabajar y encontrar la forma de deshacerme de mi padre.

Annabella se incorporó de golpe en la cama, el camisón rozándole los muslos, el corazón golpeándole las costillas.

—¿Es broma, cierto?

Thomas permaneció recostado, inmóvil, la mirada fija en el techo como si allí estuviera escrita la condena.

—Nada más real. Es peligroso que siga atemorizando a todos los Hamilton que existimos.

—Pero…

—No necesitamos discutir esto ahora —cortó, y su tono volvió a ser el de siempre: control físico, distancia verbal. Castigo a su propio deseo de ceder—. Es tarde. Aine se despertará pronto. ¿Por qué no vuelves a dormir?

Annabella obedeció solo a medias. Se recostó, sí, pero lo hizo buscándolo: acomodó la cabeza en el pecho de su esposo como si lo usara de almohada, sintiendo la firmeza cálida bajo la tela, el ritmo de su respiración. Thomas la envolvió con ambos brazos y la atrajo con una posesión serena, íntima, que no necesitaba palabras.

Dormir, sin embargo, le fue imposible. Había demasiadas cosas girando en su mente, y esa sensación amenazadora no se disipaba. No era propio de ella temer cuando Thomas estaba cerca. Aun así, se quedó allí, moldeada contra él, esperando que el cuerpo de su marido le enseñara a creer de nuevo.

A la mañana siguiente, Thomas no estaba a su lado.

Se estaba volviendo costumbre: cuando ella abría los ojos, su esposo ya no se encontraba en la recámara, y muchas veces ni siquiera en la propiedad. A Annabella le dolía más de lo que admitía —esa ausencia no por falta de amor, sino por exceso de carga—, pero el vacío igual pesaba. Suspiró, se obligó a levantarse y

comenzó a arreglarse el cabello para ponerse el vestido. No era complicado; no usaba nada ostentoso en aquel retiro forzado como para necesitar ayuda. Eligió un vestido de campo, sobrio, de mangas largas, y se hizo una trenza que caía hasta la cintura.

—Señora Annabella —tocaron a la puerta—. Han llegado visitas.

—¿Visitas? ¿Para mí?

—No, para la señora duquesa.

Annabella frunció el ceño.

—¿Katherine? ¿Quiénes son?

—Es la señorita Alice —respondió la doncella—. ¿Quiere que les diga que bajará?

Annabella asintió. Después de todo, quien no debía enterarse de su paradero ya lo sabía; verla con una amiga no cambiaba nada.

—Sí… voy en un momento.

Cuando los pasos se alejaron por el pasillo, Annabella terminó su atuendo y fue a recoger a su bebé al cuarto contiguo. Aine estaba despierta "como el mismo sol": sus cabellos castaños brillaban bajo el rayo pálido que se filtraba por las cortinas, y movía pies y manos con energía, deseosa de salir de los barrotes de la cuna. Del otro lado, Ashlyn la observaba con los ojos azules muy abiertos, fascinada.

—Ashlyn —llamó Annabella—. ¿Qué haces, cielo?

—Nada —negó la niña—. Veo a Aine.

—¿Te agrada?

—Llora —frunció el ceño—. ¿Por qué llora todo el tiempo?

Annabella se inclinó a su altura.

—Porque es pequeña. Necesita que sus primitas la cuiden… y le den besos para que no se sienta triste.

—¿Aine está triste?

—Cuando llora —respondió Annabella, acariciándole el cabello rojizo. Luego tomó a su hija en brazos y la meció con suavidad.

—No quiero que esté triste… Aine es bonita.

—¿Te parece?

—Sí —asintió la niña—. Se parece a tío Thomas en los ojos… y al pelo de tía Annabella.

Annabella observó a su propia hija: el castaño de su cabello era el suyo, sí; y los ojos, en la luz, parecían una mezcla cambiante. Ashlyn insistía en que eran azules. Annabella pensó, con un nudo dulce, que a Thomas le encantaría oírlo.

—Vamos, Ashlyn. Tu mamá está abajo.

—No. Voy con papi —y salió disparada del cuarto con esa energía incansable, seguramente hacia el despacho de Adam.

Annabella bajó las escaleras con sumo cuidado, agradeciendo haber elegido ropa cómoda. Siguió las indicaciones del mayordomo

—siempre impasible, siempre correcto, como si la etiqueta fuera un muro— y entró al salón de té, decorado en un gusto antiguo y elegante: molduras claras, tapices discretos, porcelana fina, y el olor leve a hojas de té recién infusionadas.

Katherine y Alice conversaban con media taza vacía frente a ellas.

—¡Annie! —Alice se levantó de inmediato, corriendo a saludarla. Sus ojos se iluminaron al ver a la pequeña—. ¡Es preciosa!

—Gracias, Alice —sonrió Annabella—. ¿A qué se debe tu visita?

Alice se sonrojó, como si la pregunta pesara más de lo que debería.

—Bueno… en realidad…

—¡Alguien la está pretendiendo! —remató Katherine con unos aplausos felices—. ¡Es un barón!

Annabella abrió los ojos y miró a su amiga.

—¡Felicidades!

—Imagina, Annabella —canturreó Katherine—: dentro de nada, le diremos *la baronesa de Killyleagh*.

—Aún no es nada seguro —murmuró Alice, ruborizada.

—Oh, claro que sí —Katherine lo dijo con esa certeza insolente que era su marca—. ¿Quién se resistiría a ti?

—Yo conozco a alguien que puede… pero eso no lo hace más listo —dijo una voz entrando con la puerta abierta de par en par.

—¿Giorgiana? —Annabella sonrió, aliviada por un instante.

—Dios… has llegado antes —Katherine rodó los ojos—. William no tarda en llegar para llevarte a Bermont.

—Sí —asintió Giorgiana—. Pero el tiempo justo para chismear. —Se dejó caer junto a Katherine—. Vamos. Cuenten.

—¿Viene William? —Alice se puso de pie, inquieta.

—Sí —Giorgiana sonrió—. Viene por mí. La abuela Violet no soporta que no vaya a saludarla, y Will se asegura de que no lo olvide.

—Oh, claro —Alice asintió, y el sonrojo se le volvió más profundo, como si el nombre de William le pesara en la lengua.

—Hablando de eso —Giorgiana ladeó la cabeza, con una sonrisa peligrosa—. ¿Qué pasa entre ustedes dos?

—¡Giorgiana! —Annabella la cortó con delicadeza, pero firme—. Alice está siendo cortejada por el barón de Killyleagh.

Los ojos azules de Giorgiana se clavaron en Alice con descaro.

—Ugh… no. Un barón —negó—. Tú te mereces mucho más.

—Giorgiana —reprendió Katherine, suave pero seria—. No podemos juzgar. El barón es un buen hombre… y la quiere.

—Eso está por verse —murmuró Giorgiana, desafiante. Luego se giró hacia Annabella, y su tono cambió—. ¡Dame a esa bebé!

Abrió los brazos sin esperar permiso.

—¡Pero si es lo más hermoso que he visto en la vida! —exclamó.

Katherine se aclaró la garganta, celosa con teatralidad.

—Kate, sabes que adoro a tus hijos. Es solo una expresión.

—Celosa —se rió Alice.

—Pues claro —asintió Katherine, sin pudor.

Charlando, la mañana se les fue sin tocar el verdadero motivo del refugio: por qué Annabella dormía en casa de los Wellington y no en la suya. Había cosas que se podían disfrazar con té y sonrisas; el resto se enterraba bajo el silencio.

En el exterior del saloncito, comenzó a escucharse un pequeño escándalo. Katherine reconoció las voces de sus tres hijos, mezcladas con las réplicas del pobre hermano que, seguramente, era su víctima preferida. William abrió la puerta mostrando una escena casi cómica: un hombre apuesto, impotente y divertidamente resignado, con tres pequeños colgados de brazos y piernas.

—Katherine… quita a estos diablos de mí —pidió, sonriendo.

—Niños —llamó ella melódicamente—. Mátenlo, por favor.

—¡Katherine! —la regañó Annabella, escandalizada.

—¡Tía Giorgi! —gritaron las voces pequeñas, soltando a William para correr a abrazar a su tía viajera.

Giorgiana se acuclilló y abrió los brazos.

—Oh… pero si son mis pequeños demonios.

Por un momento, todos contemplaron a los niños abrazando a su tía como si fuera un acontecimiento extraordinario. Giorgiana les contaba historias exageradas, llenas de aventuras inventadas; reían incluso los adultos.

—Giorgiana, en serio tenemos que irnos —advirtió William al notar que su hermana prolongaba una anécdota con entusiasmo cruel.

—En serio no quiero —hizo un mohín—. Me regañará de nuevo.

—Y tendrá sus razones —defendió William a su abuela.

—Oh, por favor. Ella es irracional.

—No tanto como tú lo eres. —William le sacó la lengua como un niño, y los sobrinos lo imitaron, provocando risas generales.

Víctima de cuatro lenguas al mismo tiempo, fingió indignación.

—¿Quisieras, por favor, dejar de enseñarles a portarse mal?

En medio de la risa, Alice habló con una vocecita dulce:

—Niños… no deben hacer eso.

William giró la cabeza hacia ella. La reconoció enseguida. Y el aire del salón pareció cambiar, como si todos hubieran entendido, sin necesidad de palabras, que había un asunto allí.

—Alice… no te había visto —dijo él, con sinceridad.

Las mejillas de Alice se encendieron. Sus ojos se desviaron hacia lo que sostenía: una taza, un borde de porcelana, cualquier cosa que

no fuera William.

—Hola, William —saludó cortésmente.

El silencio en el saloncito se volvió casi indecoroso. William sintió todas las miradas; su mandíbula se tensó apenas. Luego, como si quisiera salvar la compostura de todos, tomó el control:

—Bien, Giorgiana. Vámonos ahora.

—¿En serio? Yo creo que te quieres quedar.

—No tengo tiempo para tus desplantes —advirtió William—. Si no quieres venir conmigo, entonces ve y explícale tú a la abuela.

—¡Dijiste que me ibas a cubrir! —protestó Giorgiana.

—Tu tiempo se acabó —se encogió de hombros.

William se despidió del resto con cortesía impecable… y de Alice con un simple asentimiento. Nada más. Como si el mínimo gesto fuera una forma de protección.

Giorgiana resopló, se despidió con una mano y salió detrás de él.

—Parece que lo has puesto de malas, Alice —se burló Katherine cuando la puerta se cerró—. Ahora ella tendrá que aguantar al gruñón.

Alice se encogió de hombros, fingiendo ligereza.

—No creo que sienta una gran pérdida… pero gracias.

Cuando todos se fueron y Annabella quedó sola, incluso su niña dormía. En la casa reinaba una tranquilidad extraña, casi

escalofriante: los gemelos se habían quedado dormidos en el jardín; Ashlyn se había colado al despacho de Adam y, según decían, dormía en uno de los sofás; Katherine había salido a acompañar a Alice —y, de paso, a escaparse un rato de la suya.

Tanta calma le daba tiempo de pensar. Las ideas le giraban en círculos. Sabía que Thomas quería arreglarlo todo, y que tendría un plan con su grupo de hombres, pero eso no bastaba para tranquilizarla. Las Aves Reales eran conocidas en Londres, respetadas incluso por la Corona por favores prestados, y Thomas salía con frecuencia, a veces fuera de la ciudad. Le informaba dónde estaba, sí… pero nunca con claridad qué hacía. Y Annabella, por más cerca que se sintiera de él ahora, seguía notando ese viejo hábito: protegerla a fuerza de ocultarle el peligro.

Suspiró, cansada. Deseó que aquel suplicio terminara y pudieran volver a su vida, a su verdadera casa. No se quejaba de la hospitalidad de Adam ni de la calidez de Katherine, pero extrañaba hasta lo más simple: a Twyla, su gatita, abandonada en la prisa de la huida.

—Señora Hamilton —asomó una dulce doncella por la puerta—. ¿Se le ofrece algo más?

Annabella se había quedado en el saloncito, intentando relajarse con lectura y una taza de té caliente.

—No, eres muy amable —sonrió.

—Cualquier cosa puede tocar la campanilla —indicó la doncella.

Una fina campanilla de plata descansaba en la mesa auxiliar.

—Gracias, Frida.

La puerta estaba por cerrarse cuando se abrió con un golpe brusco. Entró una mujer hermosa… y, por desgracia, demasiado conocida.

—De hecho, empleada —dijo Juliana Patterson con desprecio—, puedes traerme una copa de vino.

Frida miró a Annabella, indecisa. Annabella se puso en pie con una calma helada.

—Una taza de té para la señora Patterson, gracias, Frida —ordenó, sin apartar los ojos de Juliana.

La jovencita asintió y cerró las puertas con rapidez.

—Querida… qué amable eres al recibirme —Juliana avanzó, quitándose el sombrero de paja y dejándolo sobre la mesa como si estuviera en su casa.

—Me interesa saber cómo has entrado —replicó Annabella, volviendo a sentarse, conteniendo el impulso de echarla por la ventana aunque no fuera su propiedad.

—Por la puerta, querida —respondió con obviedad—. Sé que no se te permitían visitas, pero… puedo ser persuasiva.

Annabella rodó los ojos.

—Dime entonces a qué has venido.

—Informes, generalidades… ver a la muñeca —Juliana escrutó el salón—. Que no está aquí, al parecer.

—¿Informes sobre qué?

Juliana sonrió, como si paladeara el veneno.

—Resulta, querida, que fui a tu casa nuevamente. Le debía un agradecimiento a tu esposo por aquella vez que… me ayudó.

Annabella apretó los labios. No preguntó. No quería saber.

—Y me encontré con que eran unos prófugos —Juliana rió—. Tu suegro tuvo la educación de contarme la situación.

—No me digas —ironizó Annabella.

—No te preocupes, solo hago esto por dinero —se encogió de hombros. Luego sacó una carta—. Toma. Te manda esto.

—¿Se supone que eres su mensajera? —Annabella la miró, incrédula—. Pensé que tu marido tenía dinero.

—Sí, lo tiene… claro. Si quisiera seguir siendo mi marido —respondió Juliana con indiferencia.

—¿Eso qué quiere decir?

—Divorcio, cariño. Eso significa —dijo, mirándose las uñas como si hablara del clima.

Annabella parpadeó, sorprendida.

—Pero… quedarás en la ruina y…

—Y además no tengo dinero —asintió Juliana, imperturbable—. Mira, querida… sé arreglármelas. Y este pago es solo el inicio de algo grande. —Se puso en pie.

Annabella ya no la escuchaba. Tenía el sobre en las manos, con el sello que reconocía demasiado bien: el de los Hamilton.

—Y, por cierto… —Juliana sonrió desde la puerta— puede que sea más de un divorcio. Los Hamilton son impredecibles.

—Thomas no piensa divorciarse de mí —dijo Annabella.

—¿Un conde? —Juliana se burló—. Yo apunto un poco más alto.

Annabella levantó la cabeza de golpe, pero solo alcanzó a ver el vestido de Juliana atravesando la puerta y desapareciendo. No: Humberto no se divorciaría. No lo había hecho en veintiocho años. No lo haría ahora por una joven a la que, con toda seguridad, solo veía como un capricho.

Temblando, Annabella tomó el pequeño cuchillo de la bandeja de plata y abrió el sobre. El papel olía a perfume viejo y a poder. Y leyó:

Querida Cristina Korsakov:

Sé que no has estado muy contenta con mis acciones últimamente. Sé que hice mal al proponérmelo a ti cuando tu hija Annabella acababa de nacer. Pero sé también que nos amamos. No podemos seguir negando algo que sentimos. No he dejado de pensar en ti y no he dejado de verte, aunque te ocultes en la mansión de los Wellington. Sé que ese bastardo te tiene atada a él.

Por favor, Cristina, no quiero recurrir a extremos y tener que sacarte a la fuerza de ahí. Sabes de lo que soy capaz. Y, en realidad, no quiero lastimar a nadie… a menos que sea necesario.

Te ama, Humberto Hamilton.

Annabella arrugó la carta entre sus manos. Sintió cómo el temblor le recorría el cuerpo entero, como fiebre. Humberto había perdido la razón… o tal vez la razón de Humberto siempre había sido esa: una lógica torcida, implacable, vestida de buenos modales. No sabía si contárselo a Thomas de inmediato. Él no estaba. Tendría que esperar a la noche… si lograba mantenerse despierta hasta que llegara.

Thomas estaba sentado en una enorme mesa rectangular. Diez hombres —sus hombres— estaban reunidos con él, cada uno en una silla que hablaba de jerarquía y de confianza.

El ambiente olía a tinta, cuero, papel y humo; una lámpara de gas dejaba una luz firme sobre los informes.

—Bien —dijo Thomas—. Sé que les he pedido involucrarse en algo personal, pero…

—Thomas —lo interrumpió Francis—. Haremos lo que nos pidas.

—Gracias —asintió, seco, sin sentimentalismos—: ¿Qué saben?

—Hoy, aparentemente, piensa salir —comenzó Adler—. No sabemos a dónde, pero ha dejado preparado un carruaje.

—Tu madre está bien, aunque recientemente no la vimos —informó Benjamín—. Pensamos que podría estar encerrada.

—La casa de los Wellington estuvo tranquila —dijo Filipo—. Solo una visita femenina a media mañana. Se agregaron dos a los cuales reconocimos como los hermanos de la duquesa… y salieron después de unas horas.

—Tu mujer se quedó sola en casa junto al duque y la duquesa viuda —añadió Barend—. Estoy seguro de que recibió una visita femenina nuevamente. No sabemos quién era.

—Tu padre recibió también una visita femenina —recordó George.

Thomas alzó la vista con una lentitud calculada.

—Descríbela.

—Cabello oscuro, ojos azules… buen cuerpo —recitó George.

—Es la misma —confirmó Barend.

—Una mujer en ambas casas… —murmuró Thomas, pensativo.

—Puede ser coincidencia —se encogió de hombros Henry.

—No con mi padre —negó Thomas.

Héctor carraspeó.

—¿Quieres que hablemos del otro tema?

—Sí —asintió Thomas, y su voz se endureció.

—Hay algunas en España… dicen que son las mejores.

—Muy cerca —murmuró Thomas, con desaprobación.

—En ese caso —intervino Fred Johnson—, tengo una información que tal vez te interese. Es en América. Siguen al pie de la letra las ideas de Philippe Pinel.

Thomas se quedó un segundo en silencio.

—Me interesa lo de América —dijo al fin—. Sigan vigilando a mi padre. Investiguen lo que hizo esa mujer en mi casa… tan pronto puedan. —Miró a sus hombres y, por primera vez en la noche, sonrió apenas—. Gracias a todos.

Los hombres comenzaron a marcharse. Fred dejó una carpeta. Thomas la tomó sin entusiasmo. No le agradaba la idea, pero tampoco era tan ingenuo como para creer que Humberto se detendría por misericordia. Guardó los papeles. Y decidió que hablaría con su esposa. Estaba seguro de que Annabella había recibido esa visita.

Annabella, por su parte, decidió que era buena idea relajarse en la bañera. Thomas demoraba. Eran las diez de la noche y no había rastro de él. Aunque se sentía más cercana a su esposo que nunca, seguía percibiendo los secretos como una sombra: no le decía con exactitud a dónde iba, ni qué planeaba contra Humberto; tampoco le contó lo que su madre le había revelado después.

Cerró los ojos. Debía relajarse. La cabeza le palpitaba; el dolor le trepaba desde las sienes como una cuerda tensa.

Se reprochó haber respondido aquella carta de forma negativa. Había intentado centrar a Humberto con la realidad: recordarle que ella no era Cristina, que estaba casada con Thomas. Tal vez solo lo había alterado más. Debió esperar a la llegada de Thomas antes de mover una pieza.

Los aromas de gardenia y el agua caliente contra su piel, por media hora, le aflojaron el cuerpo. Al fin salió de la tina y se envolvió en la bata. Su cabello mojado goteó sobre los mosaicos; la nariz se le enrojeció por la ventisca fría que entraba desde una ventana mal cerrada. Entonces oyó un sonido en su habitación.

Un movimiento.

Su corazón dio un salto: pensó que Thomas había llegado por fin. El alivio fue tan inmediato que le aflojó las rodillas. Imaginó a su esposo acercándose a la cama, mirando a Aine dormir, ese gesto suyo —tan raro, tan tierno— cuando la contemplaba.

Annabella abrió la puerta.

Y se quedó paralizada.

Humberto Hamilton estaba sentado, tranquilamente, sobre la cama que ella compartía con su esposo. La miraba fijo. Sus ojos azules —tan parecidos a los de Thomas y, sin embargo, tan distintos — recorrieron el cuerpo de Annabella y dibujaron una sonrisa lenta, aterradora por lo controlada.

—Hola, Cristina —saludó—. ¿Te has relajado?

Annabella se quedó sin voz. No se sintió capaz de contestar, moverse o siquiera pensar. Todo en su interior se contrajo.

—¿M-mi hija…? —preguntó, cuando el alma regresó al cuerpo.

—¿Annabella? —Humberto fingió curiosidad—. No lo sé.

Annabella dio un paso hacia atrás. No podía ser. Había dejado a Aine dormida en la cama. No despertaba hasta dentro de horas. Si no estaba allí… No. No podía permitir que el pensamiento se completara.

—¿Dónde está Aine? —repitió, y su voz ya no fue suave: fue un filo.

—¿No le habías puesto Annabella? Aine me recuerda a…

—Marie —lo cortó Annabella con urgencia, buscando anclarlo—. Tu esposa. La madre de Thomas. Mi esposo.

Humberto la miró como quien observa una criatura terca.

—Cristina, sabes que solo te he querido a ti. Siempre has sido tú.

—Me llamo Annabella —dijo—. Y estoy casada con tu hijo.

—Estás casada con Digory —negó Humberto, con un dolor casi teatral—. Te he visto varios días a su lado. Te he visto besarte con él. Pero te perdono, Cristina.

Annabella sintió náuseas.

Respiró hondo, obligándose a no perder el control.

—No soy Cristina —insistió—. ¿Dónde está mi hija?

—¿De qué hablas? —Humberto se puso de pie—. No la he visto.

—¡Estaba ahí! ¡En la cama! —señaló, desesperada.

—Tranquila, Cristina —sonrió, y esa sonrisa fue un golpe—. Hablas como si yo pudiera hacerle daño a nuestra propia hija.

—Ella no es su hija —negó Annabella—. Es de Thomas.

—No importa qué nombre inventado estés diciendo —replicó—. Sé que es de Digory… pero él te dejó.

—No es cierto. Él está muerto… lo mató usted —lo acusó, y la rabia le dio valor—. ¡¿Dónde está Aine?!

Humberto pateó la cama con fuerza. La estructura de madera tembló; el sonido retumbó en la habitación como una sentencia.

—Me estás colmando la paciencia —dijo, sereno. Eso fue lo peor —. Pero tranquila… no te haría daño. Lo sabes.

Annabella sintió que el aire se le hacía denso.

—Ahora, por favor, toma tus cosas y vámonos.

—No me iré a ningún lado —respondió ella, cerrando los ojos un segundo para no llorar.

—Cristina… te estoy dando la oportunidad de…

—¡No la quiero! —gritó Annabella, y su voz se quebró—. ¡Yo amo a Digory! ¡Me quedaré con él!

Humberto dio un paso hacia atrás, como si la frase lo sorprendiera.

—¿Y si fuera a morir? —preguntó, casi amable.

—Moriría con él.

—¿Y tu hija? —sonrió con cinismo—. ¿La desampararías conmigo?

Annabella apretó los dientes.

—Si la tienes contigo… entonces enséñamela —dijo, y en esa frase se jugó la vida. Necesitaba verla. Necesitaba saber—. Y caminaré a tu lado sin replicar.

Humberto titubeó. Solo un instante. Pero fue suficiente.

—La tengo segura.

—La quiero ver primero o no iré —se cruzó de brazos, obligándose a parecer firme—. Enséñamela. Es lo único que tienes que hacer.

—Y-yo… iré por ella —dijo Humberto al fin.

Ese titubeo le heló la sangre. *No la tiene*, pensó Annabella. Y si Humberto no la tenía… ¿quién?

—Bien —dijo ella, con una calma que era instinto—. Te esperaré.

Humberto sonrió otra vez. Su mirada la recorrió con esa lentitud que pretendía ser íntima, pero era solo invasión.

Amenaza vestida de deseo.

—Tú nunca dejarás de amar a Digory, ¿verdad?

Annabella tragó saliva.

—Solo enséñame a mi hija… y haré lo que quieras.

—No —y la voz le salió casi cortés—. No creo que sea necesario.

Annabella frunció el ceño, confusa.

—¿Qué quieres decir?

—Antes me dijiste que morirías junto a tu esposo… ¿cierto? —Humberto metió la mano en el bolsillo del saco—. Pues que así sea.

Annabella sintió que el mundo se inclinaba.

—Espero que tu hija no esté en la casa —añadió, con una sonrisa suave—. Porque si no… va a arder.

—¿Qué dice? —susurró ella, descompuesta.

—Adiós, amor mío.

Y entonces Annabella vio lo que Humberto sostenía.

—¡Podemos arreglarlo! —se adelantó ella, instintivamente.

—No lo creo —negó Humberto—. Sabrás que hay caminos con un lindo recorrido de pólvora.

Sus ojos se clavaron en ella.

—Prepárate. Si no puedes ser mía… no vas a ser de nadie más.

—¡Por favor! —las lágrimas le subieron sin permiso.

Humberto encendió el fósforo lentamente.

El roce en la superficie rugosa hizo un sonido pequeño… y, en su cabeza, Annabella lo oyó como un disparo. La llama nació obediente, como si el fuego lo reconociera.

—Siempre te amé, Cristina —murmuró, perdido en su delirio—. Ahora arde… junto con toda tu calaña.

Annabella vio el mote oscuro: no era tierra. Era pólvora.

Si el fósforo tocaba aquello, la reacción sería inmediata. El estruendo la dejaría aturdida; el humo le robaría el aire. Y si Aine estaba en algún lugar…

—¡NO! —gritó Annabella.

La explosión fue inmediata.

Un golpe brutal de calor la asaltó; el ruido le tapó los oídos. Instintivamente alzó el antebrazo frente al rostro. La habitación se llenó de un resplandor feroz, y la oscuridad —cortinas pesadas, madera, telas— pareció un cuerpo listo para arder.

Capítulo 45

Fuego.

Las llamas, naranjas y rojas, trepaban con hambre por cortinas, molduras y respaldos tapizados. La madera crujía como si la casa se quejara, y ese crepitar le mordía los oídos a Annabella mientras sus ojos —ardiendo, irritados— buscaban lo único que importaba: a su hija.

El humo empezaba a condensarse en el techo y a derramarse como una neblina espesa, sin salida, llenándole la garganta de ceniza. Respirar era tragar brasas. Tosía con una regularidad desesperada, intentando arrancarse aquel veneno de los pulmones, y aun así el aire parecía negársele.

Con lágrimas en los ojos y una mano apretada sobre la boca, intentó reprimir el grito que le nacía desde lo más hondo. Se la habían llevado. No podía ser. *La había dejado en la cama… dormida.* La certeza se le rompió por dentro y, al mismo tiempo, el instinto la obligó a moverse: estaba en un cuarto que empezaba a rendirse ante el fuego. Tenía que ponerse a salvo; su hija tenía que estar bien. Dondequiera que estuviera Aine, debía estar lejos de las llamas… *al menos eso quería creer.* Corrió hacia la puerta. Estaba cerrada.

No solo cerrada: *atrancada.*

La habían encerrado a propósito, sabiendo que ella estaba dentro y que no podría salir. A lo largo del pasillo estallaron nuevas explosiones; el eco se mezcló con gritos ahogados, con llantos, con pasos desordenados. La mansión —tan solemne, tan correcta bajo la etiqueta de 1880— se volvía un monstruo enloquecido.

Era un desastre.

El corazón le martillaba en los oídos. Las lágrimas ya no eran solo miedo: el humo le arrancaba agua de los ojos, y la frustración la partía en dos. Tenía que pensar. No había lugar para el pánico: si entraba en pánico, moría. Y gritar no servía de nada; otros gritaban también, en otras habitaciones, en otras esquinas que ardían.

Annabella escudriñó de nuevo el dormitorio: la cama consumiéndose por un costado, el papel tapiz ennegreciendo, las telas chasqueando. Entonces lo vio: el único lugar que parecía resistir un poco más. El cuarto de baño.

—Eso… —susurró, como si nombrarlo lo hiciera real.

El baño tenía menos madera, más azulejo, piedra, metal. Y una ventana cercana. Echó a correr entre el incendio, esquivando pedazos que caían vencidos al suelo. Se cubrió el rostro con la bata de baño que llevaba, empapada ya de sudor, y atravesó aquel infierno con la vista fija en la salvación más inmediata.

Cuando entró, cerró la puerta de golpe. El humo allí era menos denso; aun así, se colaba por las rendijas como un animal insistente. Tenía que sellarlas.

Tomó todas las toallas que encontró. Abrió el grifo con torpeza —sus manos temblaban— y empapó los paños hasta que pesaron. Los colocó en el suelo, presionándolos contra la base de la puerta como un dique improvisado. El humo dejó de entrar con tanta ferocidad.

Luego se acercó a la ventana, la abrió de par en par, y el aire frío —bendito, punzante— le golpeó la cara. Aspiró con avidez, como si pudiera beberse la vida.

Abajo no estaba mejor.

Desde esa altura vio la locura desplegada: mujeres corriendo por el césped con las faldas recogidas, hombres gritando órdenes y cargando cubetas, niños llorando, sirvientes desorientados, sombras que entraban y salían con mantas mojadas. La noche se iluminaba por la lengua del incendio; el cielo parecía sucio, manchado de humo.

La realidad era una sola: alguien había querido aquello y Annabella supo, con una certeza helada, que no era un accidente.

Thomas entró corriendo a la propiedad. Había visto el humo desde lejos, recortándose contra la oscuridad, y el presentimiento le había golpeado el pecho como un puñetazo. No era un buen indicio y tal como imaginó, no lo era: una parte de la casa ardía, y el caos

se desbordaba por todas partes. Los sirvientes corrían de un lado a otro; los llantos y los gritos ahogaban cualquier intento de organización. El fuego devoraba sin etiqueta.

—¡Thomas! —lo llamó uno de sus hombres, que habían llegado para vigilar la casa como de costumbre y se habían encontrado con aquel infierno.

Thomas giró, los ojos azules afilados, feroces.

—Benjamín —lo sujetó por los hombros con fuerza—. Salva a la familia de Adam. No los veo por ningún lado: la duquesa viuda, Katherine, los niños, sus hermanos… todos.

—Sí, Thomas —aseguró el hombre, ya volteando hacia el resto del equipo apostado en la casa de los Wellington.

Thomas alzó la voz hacia los presentes.

No había tiempo para delicadezas.

—¡Prendas mojadas! —ordenó—. ¡No quiero a ninguno de ustedes herido por estupidez!

—¡Sabemos qué hacer! —protestaron, ofendidos, los Scheck.

Thomas se dirigió entonces a la servidumbre, que corría con cubetas y lloraba sin control.

—¡Todos callados! —rugió.

La palabra, dura, cortó el aire como un látigo.

Varias cabezas se volvieron hacia él.

—Quiero que sigan las órdenes de los hombres que ven llegar conmigo. —Su voz se mantuvo firme—. ¿Dónde está la familia?

—¡No los hemos visto, mi señor! —respondió una doncella, alterada—. Creemos que están en sus habitaciones.

—Mujeres y niños, afuera. —Thomas comenzó a repartir órdenes como si su mente fuera una máquina hecha para el desastre—. Mujeres: ayuden a los heridos; paños mojados sobre las quemaduras. Hombres: sigan intentando apagar el fuego. ¡Formen cadenas!

El orden se impuso, al menos lo suficiente para moverse.

Entonces Thomas tomó un balde, se lo volcó encima sin vacilar, y el agua helada le mordió la piel. Se empapó por completo. Recibiría quemaduras, sí, pero al menos no serían mortales. El fuego lo esperaba; él iba a atravesarlo por ella.

Por Annabella.

Por Aine.

Katherine estaba más que alterada. Estaba sola con sus gemelos en la habitación de los niños, y había sido consciente de cómo Humberto Hamilton los había encerrado ahí a mano armada, obligándolos a quedarse. Luego lo vio marcharse para incendiar el pasillo que conducía a la habitación, dejándolos dentro, condenados.

—¡Mami! —sollozaba Blake—. Mami, no puedo respirar…

Adrien se encogía junto a la pared, los ojos abiertos de terror.

Katherine, con el rostro tiznado y el cabello suelto en mechones, mojaba paños con manos firmes pese al pánico y se los colocaba a los niños sobre la boca.

—Calma… —les decía, con una voz que intentaba no quebrarse—. No se asusten. Agáchense. Aquí abajo hay menos humo.

Sus ojos azules buscaron una vía de escape. El baño era una opción, sí, pero solo aplazaría el final: el fuego acabaría alcanzándolos, igual que ahora.

—Mami… —Adrien se le pegó al pecho—. ¿Vamos a morir?

—No —respondió Katherine con rapidez, como si negar fuera una orden al mundo—. No van a morir. Nadie va a morir. ¿Entendido?

Un golpe fuerte la sobresaltó. Venía desde una de las ventanas.

Katherine se puso de pie, aún con el paño sobre la nariz, y abrió el vidrio. Afuera, colgado desde el techo como una sombra improbable, había un hombre rubio con marcado acento alemán.

—¿Lady Wellington? —preguntó.

—Sí —respondió Katherine sin pensar, como quien se aferra a una tabla en medio del naufragio.

El muchacho silbó con potencia. En segundos aparecieron otros tres hombres —tan parecidos entre sí que parecían reflejos—, descolgándose por la pared con cuerdas amarradas a la cintura, como arañas disciplinadas.

—Los ayudaremos —dijeron, con la misma voz, la misma cadencia, el mismo acero en la mirada.

Katherine sonrió, temblándole la boca. La gratitud le subió a los ojos como agua.

—Mis hijos… —suplicó—. Llévense a mis hijos.

—Los sacaremos a todos —afirmaron.

Katherine llamó a Blake primero. La pasó a uno de los hombres, que la aseguró contra su cuerpo y descendió por la pared con una facilidad increíble. Katherine se asomó apenas para ver que su hija estuviera bien: lo estaba. El hombre corrió alejándose de la construcción con la pequeña a cuestas.

—Venga, Adrien —Katherine tomó al niño y se lo entregó a otro de los hombres, que repitió el descenso.

Katherine iba a salir cuando un enorme pedazo de madera cayó al suelo, y el fuego se infiltró a la habitación. Una de las camas comenzó a arder con violencia.

—¡Duquesa! —la apremió el hombre desde la ventana.

Katherine reaccionó, dio la mano, y se dejó guiar. Se salvó a segundos de quedar sepultada por el humo. Mientras descendía, supo que les debía algo que no se pagaba con palabras. No era solo su vida; eran sus hijos. Lo más importante del mundo.

Thomas subió las escaleras, evitando el barandal que se quemaba junto a molduras resquebrajadas. El pasillo estaba peor: muebles,

retratos, alfombras, todo crujía consumido. El humo, negro y espeso, le arañaba la garganta. La inhalación de aquella nube lo abatía; el cuerpo empezaba a pedir rendición.

Pero su familia seguía dentro.

Y eso le daba fuerzas.

Llegó, con dificultad, a la puerta asignada para sus habitaciones. Era una locura, pero no había alternativa.

—¡No puedes abrirla! —lo frenó Francis, cubriéndose la nariz con la manga—. ¡Sabes que explotará!

—Están adentro —dijo Thomas, con una desesperación que no le cabía en el pecho.

—Thomas…

—¡Entraré!

Y con esa afirmación, Thomas derribó la puerta de una patada.

Una oleada de calor los golpeó. Ambos cubrieron sus rostros.

—¡Lárgate de aquí! —ordenó Thomas.

—No —negó Francis, y el humo no le impidió la honestidad—. Te debo una por haberla metido a ese lugar.

—¡Francis! —le gritó Thomas, pero su amigo ya se había internado en el infierno.

—¡Annabella! —vociferó Francis.

—¡Annabella! —rugió Thomas.

—¡Ayuda! —respondió una voz lejana, ahogada, sin fuerzas.

Thomas lo comprendió de inmediato.

—¡Está en el baño!

Atravesó el fuego, esquivando madera que caía, evitando el derrumbe de un marco, con el cuerpo ya ardiendo bajo la ropa empapada. Llegaron a la puerta del baño.

—¡Aléjate! —indicó Thomas, pero no recibió respuesta.

Se miraron un segundo. Luego patearon juntos. La estructura cedió. Dentro, Annabella estaba tirada junto a la ventana, inconsciente, el cabello mojado pegado a la piel, la bata desordenada, el rostro pálido bajo el hollín. Thomas se arrodilló y la tomó en brazos; fue como cargar a alguien muerto, y el terror lo atravesó… hasta que sintió el pulso. Estaba viva. Pero…

—¿Dónde está Aine…? —la pregunta fue un latigazo interno que no se atrevió a decir en voz alta.

—¡Tenemos que salir! —gritó Francis.

Francis tomó una manta del suelo, la empapó en el agua de la bañera, y cubrió el cuerpo de Annabella. Mojaron paños para ellos también, colocándolos sobre nariz y boca.

—¡Ahora! —ordenó Thomas.

Apretó a su esposa contra el pecho como si pudiera protegerla con la fuerza sola, y salieron. Afuera, el aire era frío, pero olía a humo y desesperación. Heridos por todas partes. Médicos llamados

con rapidez gracias a la organización de los hombres de Thomas. La peor parte: la incertidumbre. Katherine gritaba con el rostro desencajado, la voz rota por la histeria.

—¡Ashlyn! ¡¿Dónde está mi hija?!

Adam corrió, con el abrigo mal puesto, la mirada desorbitada.

—¡Katherine! —la llamó, confundido—. ¿Qué diablos…?

—¡Mi hija! —ella se le lanzó—. ¡Ashlyn está contigo, ¿verdad?! —lo agarró del cuello de la camisa.

Adam la sujetó por los brazos con fuerza, intentando anclarla.

—No. —La palabra le salió como una confesión culpable—. Recibí una carta de mi contador… decía que era grave. Salí…

—¡Mi hija está adentro! —Katherine intentó correr hacia la casa.

Adam la detuvo.

—¡Adam! —aparecieron Violet y Emilia.

—Madre, no dejes que se meta —ordenó Adam, la voz ya hecha de hierro—. Iré yo mismo.

En ese momento Thomas salió cargando a Annabella, y Francis lo siguió con una niña pequeña aferrada a su cuello.

—¡Ashlyn! —gritaron Adam y Katherine al verla.

Corrieron hacia Francis.

—Está bien —aseguró él—. Thomas la revisó. Solo está asustada.

—Dámela… —Katherine extendió los brazos.

Francis le entregó a la niña. Katherine la abrazó contra sí con violencia, cayendo de rodillas.

—Estuviste sola, mi amor… —sollozó, apretándola.

Adam se arrodilló y rodeó a ambas con los brazos, sintiendo un alivio tan grande que casi lo derrumbaba.

—¿Adrien y Blake? —preguntó, la voz en hilo.

Como respuesta, los gemelos corrieron desde donde estaban con Liam y Clarisa, y se lanzaron a abrazar a sus padres y a su hermana.

—Estamos bien —aseguró la duquesa viuda—. Salimos rápido.

Adam asintió, besó la cabeza de sus hijos, la de Katherine. Luego se puso de pie, y algo en él cambió: la furia le endureció el rostro como piedra. Nadie había visto a Adam Collingwood así. Su mirada, feroz, recorrió a la gente con promesa de castigo.

Thomas dejó a Annabella en el suelo con cuidado. Ella despertó, jadeante, la voz cargada de un único miedo.

—¿Dónde está mi hija?

Thomas sintió que se le apagaba algo por dentro.

—No lo sé —respondió, y esa frase le supo a fracaso.

Annabella empezó a respirar de forma entrecortada. Sintió que el corazón se le detenía. ¿Cómo había podido descuidarla? El llanto le rompió el pecho, descontrolado.

—¡Lady Hamilton! —gritó uno de los hombres de Thomas—. ¡Encontré a alguien que desea hablar con usted!

—¡No quiero ver a nadie! —gritó Annabella, rota.

—Yo creo que sí —dijo una voz, firme.

Lizet apareció con la pequeña Aine en brazos.

El mundo se detuvo.

—¿Aine…? —Annabella lo dijo como si no se atreviera a creer.

Corrió hacia ella, tambaleándose.

Thomas llegó primero y tocó la cabecita de su hija con dedos temblorosos, como si al tocarla confirmara que era real.

—Lizet… ¿cómo has…? —murmuró Thomas.

—Me enteré de lo que el amo Humberto quería hacer —dijo la joven—. Vine antes. Tomé a la niña para protegerla.

Annabella, llorando, le sostuvo el rostro con ambas manos. Sus dedos temblaban, cálidos, desesperados.

—¿Cómo puedo agradecerte…?

Lizet negó, y su mirada fue seria, casi triste.

—Esto aún no termina. Él sigue libre… y no descansará hasta terminar lo que se propone.

Thomas miró hacia el incendio, como si viera a su padre.

—¿Qué se supone que tiene en mente? —preguntó.

Lizet señaló a Annabella.

—Viene por usted. Y cuando se entere de que nadie ha muerto… se pondrá furioso.

Thomas se quedó en silencio. Pensó. Calculó. Se rehízo.

Luego habló, cortante:

—Regresa a la casa. Dile a mi madre que vaya a Bermont y se quede ahí. Annabella irá con ella.

Annabella asintió sin discutir. Tenía a Aine. Nada más importaba.

—¿Tú qué harás? —preguntó, abrazando a su hija.

Thomas le tocó la mejilla. Aun en medio del humo y el caos, ese gesto fue íntimo, propio: su pulgar se detuvo un segundo más de lo necesario, como si le jurara algo sin palabras.

—Tengo que cerciorarme de algo. Regresaré a Bermont cuanto antes. —Su voz bajó—. Que nadie salga. Pondré vigías alrededor.

Annabella lo miró, y el miedo se le mezcló con una necesidad dolorosa de él. De su presencia. De su calor. Thomas la ayudó a ponerse de pie y la condujo hasta la carroza. Antes de que cerraran la puerta, Annabella le tomó la mano con fuerza.

—Thomas… no quiero estar sola.

—No lo estarás —prometió—. Los Wellington estarán en Bermont, igual que los Charpentier y tu primo Charles.

Annabella tragó saliva.

—Al que quiero es a ti.

Thomas la miró. El incendio rugía detrás, y aun así él tuvo un segundo para ser solamente esposo: acercó la mano a su rostro, acarició su mejilla con una ternura grave y, antes de que ella pudiera perder el valor, la atrajo y besó sus labios.

No fue un beso largo: fue un beso que sellaba. Que anclaba. Que decía *resiste*. Que decía *eres mía* con amor, no con posesión.

—Te alcanzo en una hora —murmuró contra su boca.

La carroza se puso en marcha. Thomas se quedó viéndola irse, con el corazón dividido en dos direcciones: la seguridad de su esposa e hija… y la cacería que acababa de comenzar.

Annabella bajó de la carroza en Bermont con dificultad. Cargar a una niña a cuestas no era sencillo, sobre todo cuando Aine aún lloraba, inquieta, sin entender. En la puerta, su abuela la esperaba con los brazos abiertos, el rostro marcado por la preocupación.

—Querida… —Violet la abrazó con fuerza—. Katherine ya llegó. Están descansando por fin.

—¿Y el duque? —inquirió Annabella, recordando la furia de Adam.

—Ha salido —respondió Violet—. No pudo estarse quieto. En cuanto los niños durmieron y Katherine se rindió, se puso una capa y se marchó sin decir a dónde ni cuándo volvería.

—Está alterado… —murmuró Annabella.

—¿Y tú, mi cielo? —Violet le tocó la mejilla.

—Bien… solo… no tengo energías para nada.

—Ve a descansar. —Su abuela le dio un beso—. Estoy segura de que en cualquier momento esos dos atrabancados volverán con ustedes.

Thomas y Adam. Violet lo dijo con cariño, sin saber cuánta violencia había dentro de esos hombres en ese momento.

Annabella subió las escaleras con la fatiga mordiéndole el cuerpo. El amanecer comenzaba a insinuarse entre los ventanales; la noche anterior había sido un suplicio, y no creía que nada pudiera borrar ese horror. Abrió la habitación que había usado cuando era soltera. Aún conservaba adornos florales, aroma dulce en las paredes, ese aire de seguridad infantil. Por un instante, la sensación de volver a ser una niña la golpeó: sin preocupaciones, sin amenazas, sin incendios.

—Hola, Cristina.

El colmo.

Annabella cerró los ojos al oír esa voz otra vez.

—Lord Hamilton… —dijo, forzándose a sonar tranquila.

Humberto salió del pequeño cuarto que la habitación simulaba como armario. Caminó con serenidad, como si no acabara de provocar un desastre, como si la violencia fuera solo un detalle desagradable.

—Veo que has hecho justo lo que pensaba —comentó—. Bermont era tu segunda opción.

—¿Cómo entró aquí?

—Después del pequeño incidente en casa de los Wellington… vine. —Sonrió con una cortesía enfermiza—. No fue difícil. Todos los refuerzos estaban en la casa del duque… y en la mía misma.

—Por Dios santo… —suplicó Annabella, abrazando a Aine—. Tenga piedad. Es su nieta. Soy su nuera y ella…

—La encontraste —observó Humberto, mirando a la niña—. La pequeña Annabella… en brazos de su madre nuevamente.

—Lord Hamilton, mírela: Annabella tiene los ojos verdes. Aine los tiene azules, como su hijo… —La pequeña, en silencio, lo miraba con inocencia.

—O como mi hermano Digory —repuso él, levantando una ceja—. Mi hijo Thomas heredó los ojos de mi familia.

—Por favor… reaccione —dijo Annabella, tragándose el pánico—. No soy Cristina. Soy Annabella.

—¡Basta, Cristina! —Humberto alzó la voz con fuerza, y Aine se sobresaltó, empezando a llorar—. Ya tuve suficiente. —Su impaciencia era un látigo—. Nos vamos. Ahora.

—¿Irnos? —Annabella se heló—. ¿A dónde? ¿Qué quiere decir?

Humberto sacó un arma y la elevó ante sus ojos. Annabella apretó a su hija contra el cuerpo, negando varias veces. El metal brilló bajo la luz tenue como una promesa.

—Si no te mueves… tu familia volverá a sufrir consecuencias. —Bajó un poco el arma, pero no la amenaza—. Como la otra vez.

La frase fue una amenaza elegante, pronunciada con la calma de quien cree tener derecho.

Annabella sintió la presión en el pecho. No soportaría que más gente resultara herida por su culpa.

—No… —susurró—. Iré.

—Esa es la respuesta correcta —asintió Humberto—. Ahora camina.

Annabella dio media vuelta, y aun en medio del terror se preguntó cómo habría sabido exactamente dónde esperarla.

—¿Cómo supo dónde…?

—Esa es tu recámara, Cristina —dijo él, como si fuera obvio—. ¿Crees que no lo sé?

Annabella apretó los dientes. *Inteligente.* Un hombre inteligente, y por eso mismo más peligroso: su locura tenía método. Llegaron al pie de las escaleras. El último obstáculo antes de la salida.

O eso creyó.

La puerta principal se abrió de par en par. Thomas entró, acompañado de dos hombres de su cofradía… y Adam.

Los tres tenían la mirada feroz, los puños apretados, el ceño fruncido. La atmósfera se tensó como cuerda mojada.

—No me lo puedo creer —sonrió Humberto, y tomó a Annabella del cuello, clavándole el arma en la nuca con una precisión cruel—. Tenemos compañía.

—Annabella… —Thomas dio un paso, el cuerpo instintivo, el rostro al borde de romperse.

Humberto lo dejó claro con un disparo a los pies de su propio hijo. El impacto levantó astillas. Una línea invisible quedó marcada.

—Digory —dijo Humberto, delirante—. Recuerda que se llama Cristina. Su hija es la que lleva ese nombre.

—¡Es a la hija de Cristina a la que sostienes! —rugió Thomas.

—Cállate, hermanito —Humberto lo apuntó—. No estoy de humor en estos días.

Adam, con un control admirable, decidió seguirle el juego, como quien habla con una fiera sin hacerle ver el miedo.

—Edward Wellington, íntimo amigo de la familia Bermont —saludó Humberto, confundido con el tiempo.

—Humberto —respondió Adam—. Es bueno verte de nuevo. Por cierto… agradezco lo de mi casa. Me debes una buena fortuna.

El sarcasmo era un filo escondido. En ese instante apareció Giorgiana, con bata y los ojos medio cerrados.

—¿Qué está pasando?

—Giorgiana, regresa a tu recámara —ordenó Annabella.

—Dios mío… ¿qué hace? —Giorgiana vio el arma y se quedó pálida.

Otro disparo sonó, esta vez hacia ella, no para herirla… sino para amedrentarla. Giorgiana retrocedió con un gemido ahogado.

Adam la miró con dureza y, sin que Humberto lo notara, le habló con intención.

—Giorgiana. Ve a avisar a todos que Humberto está aquí. —Su tono fue una máscara—. Deben bajar… a saludar.

La pelinegra comprendió el mensaje oculto. Asintió, tragándose el pánico, y se marchó.

—¿Quién es esa? —preguntó Humberto, desconfiado.

—Una amiga de mi esposa —improvisó Adam.

—Bien, no importa. —Humberto hizo un ademán con el arma—. Y ahora, si no es mucha molestia… apártense.

—No es sensato —dijo Thomas, más frío, midiendo cada palabra —. Te seguiré hasta el fin del mundo.

—Te mataré antes de que eso suceda —respondió Humberto, con serenidad espantosa.

—¿Y tu familia? —preguntó Adam—. ¿Los dejarás?

—Esta es la única familia que necesito —replicó Humberto, apretando el cuello de Annabella.

—¡Es bueno saberlo! —irrumpió una voz femenina, fuerte.

Marie Hamilton apareció cubierta de hollín, oliendo a humo, el rostro endurecido por el pasado.

—Madre… —Thomas se quedó helado.

—Marie —Humberto ladeó la cabeza—. Estás viva.

—Decepcionante, lo sé —respondió ella, seca—. ¿Pero qué es esto? Has caído a lo más bajo.

—Cosa que no te concierne.

—¿Ah, no? —Marie se cruzó de brazos—. Soy tu esposa… y la madre de tu hijo y tu hija.

—No me importan.

—Así como tampoco te importa matar —soltó Marie, sin temblor.

Humberto negó, confundido.

—No te maté… aunque lo intenté.

—No me refería a mí —corrigió Marie—, sino a Digory Hamilton: el heredero verdadero de Sutherland, al que asesinaste con sus manos.

—¡Mentira! —Humberto se alteró—. Digory está parado detrás de ti. —Apuntó a Thomas.

—¡Lo mataste! —escupió Marie—. ¿No recuerdas cómo lo ahorcaste?

Una nueva voz, quebrada, abrió paso entre los cuerpos.

Cristina Korsakov entró, pálida, los ojos llenos de pasado.

—¿Cristina…? —Humberto dudó, como si la realidad se le partiera.

—Humberto… ¿qué haces? —preguntó ella, horrorizada—. ¿Qué le haces a mi hija?

Humberto parpadeó, perdido entre presente y delirio.

—Yo…

—¡Suéltala! —ordenó Cristina, con una rabia que le temblaba—. ¿Tú mataste a Digory? —Miró a Marie—. ¿Es verdad?

Marie bajó la cabeza.

—Es cierto… —murmuró.

—¡Eres un monstruo! —Cristina sollozó y el pasado se desbordó —. ¿Cuántas veces… cuántas veces te lo pregunté? Y nunca me lo dijiste…

Humberto, por un instante, aflojó la presa.

Soltó a Annabella.

Thomas se movió como un rayo. Tomó a su esposa del brazo con una delicadeza desesperada y la llevó contra su cuerpo. Annabella se quebró en él, abrazándolo con una urgencia que parecía venir de todas las vidas. Aine quedó segura entre ambos, protegida por el pecho firme de Thomas quien inclinó la cabeza y rozó la sien de Annabella con sus labios, apenas. Un gesto mínimo, íntimo, que la sostuvo. Ella se pegó más a él, buscando el calor, el olor, la certeza de que estaba allí.

—¡Aléjate! —Cristina alzó las manos—. Estás demente.

En un segundo de guardia baja, Henry Sorset y Benjamín Blumont se le echaron encima. Le arrebataron el arma. Lo tumbaron al suelo.

—¡Cristina! —gritó Humberto, forcejeando—. ¡Sé que siempre me quisiste! ¡Dímelo!

—No —negó Cristina, con dolor—. Yo siempre estuve enamorada de tu hermano. Y me lo quitaste.

Marie se acercó y le tomó los hombros a Cristina.

—Llévenlo —ordenó Thomas, con la voz hecha de acero—. Que lo vea un doctor y den acceso para que se lo lleven.

—Sí, Thomas.

Benjamín puso en pie a Humberto y lo condujo hacia la puerta en medio de tirones y gritos. Abajo, una carroza lo esperaba, y con ella Adler Scheck y Héctor Copenharme.

—Fred dijo que él en persona lo acompañará —informó Henry—. Lo aprovechará para visitar a su familia.

—Dale permiso —asintió Thomas—. De hecho… todos tienen permiso de hacer lo que les plazca por un tiempo.

Henry inclinó la cabeza y se retiró.

Adam miró a Thomas con incredulidad.

—¿Quién diablos eres tú… y qué influencias tienes?

Thomas soltó una risa breve, sin alegría. Acercó a Annabella por la cintura —solo un poco, como si necesitara sentirla respirando— y le besó la nuca. Ese contacto la estremeció, y ella cerró los ojos un instante, aferrándose a él. No era el momento para deseo, pero el cuerpo a veces pedía consuelo como lo pedía el alma: en la piel del otro, en la cercanía, en la promesa silenciosa de *estoy contigo*.

—Muchas —respondió Thomas.

En ese instante bajó Katherine con tres pequeñas criaturas casi colgando de sus ropas. Se arrojaron sin inhibición hacia Adam.

—¡Adam!

—¿Mi madre? —preguntó—. ¿Y mis hermanos?

—Todos bien —asintió Violet, al borde del colapso.

—¡Alguien me explicará qué pasa! —gritó Giorgiana, ya arreglada, como si el caos le hubiera dado tiempo para peinarse por pura rabia.

—¿Hay reunión familiar? —bajó Charles, frotándose los ojos.

—Si es así, me interesa saber qué sucede —añadió William, con una bata rojiza sobre los hombros.

—¡Puedo afirmar que no tengo idea! —exclamó Violet.

—Por primera vez… en realidad no pasa nada.

Se acercó a Thomas y lo abrazó, rígido un segundo, correspondió con la solemnidad de quien acaba de sobrevivir.

—¡Yo no entiendo nada! —se quejó Giorgiana.

Annabella se separó del abrazo de su esposo. Thomas tomó a Aine con cuidado, sosteniéndola en sus brazos fuertes como si fuera el tesoro más frágil. Annabella caminó hacia su madre, que seguía conmocionada, sentada aparte, lejos de la parodia que Charles y Giorgiana intentaban hacer para calmar el ambiente.

—Madre… —Annabella se acuclilló—. Creo que esto es tuyo.

Sacó el guardapelo, el relicario, y se lo tendió.

—Mi relicario… —Cristina sonrió con tristeza—. Lo creí perdido.

—Lamento que te enteraras de todo esto… —susurró Annabella —. Pero… ¿cómo llegaste a tiempo? ¿Cómo sabías que debías venir?

Cristina miró hacia Thomas.

—Tienes un esposo muy inteligente, mi amor. Hace tres meses me pidió que viniera. Primero dijo que era por tu embarazo… y después quiso "esclarecer" algunas cosas. Ahora entiendo a qué se refería. Uno de sus hombres fue por mí… un tal Francis Bancoit.

Annabella siguió la mirada de su madre. Thomas estaba en medio de preguntas, de voces, de manos en su hombro. Y aun así, cuando sintió la mirada de Annabella, la buscó. La encontró. Le sostuvo los ojos. Y en esa distancia corta, en medio de la guerra doméstica que acababa de estallar, Annabella sintió que el deseo se mezclaba con algo más profundo: la seguridad de pertenecerle sin miedo.

—Es… bastante meticuloso —murmuró Annabella, y sonrió.

Cristina le tomó la barbilla con una ternura que no era ingenua.

—Lo quieres, ¿verdad?

—Lo amo —asintió Annabella, con firmeza.

—Eso es lo más importante. —Cristina la abrazó—. Me alegra que encontraras eso que tanto buscabas.

Annabella respiró hondo, por primera vez en horas.

—No fue fácil… —susurró—, pero al fin lo tengo entre mis manos.

Miró a Thomas otra vez: su postura firme, su mirada aún afilada, pero con ese punto de ternura reservado para ella.

—Y no lo pienso dejar ir.

Epílogo

El amor…

Annabella podía asegurar que lo tenía. No solo el de su esposo, sino también el de todos los que orbitaban a su alrededor como si Bermont —con sus candelabros de cristal, sus cortinajes pesados y el rumor constante de las conversaciones— fuese un pequeño universo hecho de lealtades, promesas y silencios compartidos.

Había aprendido demasiadas lecciones sobre lo que aquella palabra significaba. En su juventud, creyó que el amor era la cosa más simple del mundo: se entregaba… y listo. Pero el día en que se casó con Thomas comprendió, con una lucidez que a veces dolía, que el amor tenía tantos matices que era imposible contarlos.

El amor, primeramente, no tenía un significado concreto ni una forma única de darse o recibirse. Cada persona era distinta y lo entendía como quería… o como podía. Para ella y para su marido, amar significaba aceptar cada parte del otro: cada secreto guardado bajo llave, cada llaga dolorida, cada gesto aprendido a fuerza de heridas, cada caricia, cada respiración del ser amado. Incluso los instantes ásperos —los que dejaban la garganta seca y las manos frías— formaban parte del mapa.

Y entendió algo todavía más importante: el amor no se conseguía después de luchar con un dragón y escalar una torre. Eso era simple; un cuento. El amor —aun el más sencillo— equivalía a miles de luchas contra monstruos de toda clase, a escalar más de mil barreras, a caer un millar de veces y seguir intentándolo. Porque el resultado era lo más gratificante que una mujer podía poseer sin culpa: conocer al otro de verdad, sabiendo que el camino había sido duro… y que, aun así, lo recorrerías de nuevo si fuese necesario.

La honestidad…

Algunos la veían como un valor fundamental que debía llevarse como un estandarte. Y era cierto. La vida sería mucho más sencilla si la gente se atreviera a decir lo que sentía sin esconderlo detrás de la cortesía. Las personas eran empáticas; amaban y trataban de ayudar casi por instinto… cuando se les permitía hacerlo.

Annabella estaba segura de que, si cualquiera de los dos hubiese intentado ser honesto desde el principio, muchas cosas habrían resultado más fáciles. Lo sabía con la certeza amarga de quien aprende tarde. Y, sin embargo, también sabía otra cosa: un corazón blando y sincero como el suyo había logrado enamorar al hombre más frío y duro de su mundo. Al más lastimado. Al más cínico.

Thomas no se rendía ante nada… excepto ante la verdad desnuda.

Su honestidad —esa forma suya de querer sin medida, sin orgullo — le había abierto una rendija en el pecho al hombre que parecía hecho de hierro. Y, por esa rendija, el amor se instaló despacio: primero como una presencia incómoda, luego como necesidad, y al final como hogar.

La realidad…

Por último, la realidad: la última lección que aprendió en ese breve tiempo de vida que a ella le parecía, a ratos, demasiado intenso para ser verdad. Sí, tal vez las historias eran una forma de amar algo indescriptiblemente bello, perfecto y poco dañino. Pero ahora la castaña estaba segura de ser más feliz viviendo el dolor de lo real, porque nada se comparaba con la felicidad que lo real también ofrecía.

No había cosa más perfecta que vivir las heridas de las personas que amabas, superarlas juntos, y descubrir —con el cuerpo y el alma — que las imperfecciones se volvían hermosas si se miraban desde el ángulo correcto. Amaba vivir en el mundo real… y no pensaba encerrarse en un libro jamás.

—Annabella.

La voz conocida del nuevo marqués de Sutherland la rozó como una mano cálida sobre la nuca.

Thomas se acercaba al balcón donde ella se mantenía recargada, aislada del salón de baile. Afuera, el aire invernal de 1880 mordía

con elegancia: frío limpio, olor a tierra húmeda y carbón lejano. Adentro, la fiesta seguía como si el mundo no hubiese estado a punto de arder semanas atrás: violines, risas contenidas, copas de cristal, abanicos batiéndose como alas.

—Hola —saludó la castaña en cuanto Thomas le dio alcance.

Él no respondió de inmediato. La observó un instante, con esa atención suya que no era amable con cualquiera, pero sí devota con ella: la línea del cuello descubierto, el rubor apenas visible en la piel por el frío, el modo en que sus dedos se aferraban al hierro del barandal como si el pensamiento pesara.

—¿Por qué siempre te sales sin un abrigo? —murmuró.

Se quitó la chaqueta con un movimiento preciso y la colocó sobre los hombros de ella. La tela era gruesa, cálida, olía a cuero, a humo leve de chimenea y a él; Annabella sintió ese perfume como un golpe íntimo, como si el cuerpo reconociera lo que la mente aún intentaba ordenar.

—Porque sé que vendrás por mí —sonrió.

Thomas le besó la mejilla. El roce de sus labios fue breve, pero no indiferente: dejó un calor que le corrió por la piel y le tensó, involuntariamente, el vientre. Luego pasó sus brazos por su cintura, abrazándola de espaldas contra su pecho.

Annabella se dejó acomodar en él con naturalidad, pero el cuerpo la traicionó con una pequeña reacción silenciosa: el pulso acelerado,

la respiración apenas más corta. Con Thomas siempre era así; incluso en la calma, había una corriente subterránea, un deseo discreto que se despertaba con una caricia mínima.

Él apoyó la barbilla cerca de su sien, y la respiración de Thomas, tibia, le calentó el oído. El peso firme de sus manos en la cintura le dio esa seguridad que a ella le parecía indecente anhelar tanto.

—¿Cómo está tu padre? —preguntó ella al cabo de un silencio tranquilo, en el que solo se oyó el rumor distante del vals y el crujido de la nieve bajo las botas de algún criado en el jardín.

Thomas apretó un poco más su abrazo, como si aquella mención le tensara un músculo antiguo.

—Mejor. Está mejorando… aunque todavía no me reconoce.

—Lo lamento. —Annabella llevó la mano a los brazos de él y los acarició despacio, siguiendo la línea del antebrazo a través de la tela, un gesto suave que buscaba consolarlo y también anclarlo a ella.

Thomas cerró los ojos un segundo, apenas. Su cuerpo respondió con una mínima inclinación hacia ella, como si esa caricia lo desarmara más que cualquier conversación.

—Está mejor ahí —dijo al fin—. En América los tratan bien.

—Me alegra ver que vas a visitarlo. —Annabella se giró entre sus brazos para encararlo.

El movimiento fue lento, deliberado. La chaqueta resbaló un poco; Thomas la ajustó de nuevo en sus hombros con una mano, y

con la otra se quedó en su cintura. Su mirada se clavó en la de ella con una intensidad que le quemó la garganta: azul profundo, decidido.

—Es mi padre —se encogió—. No puedo dejarlo a su suerte y ya.

Annabella lo miró con una mezcla de ternura y asombro. Conocía lo siniestro de su mundo, la dureza que lo había moldeado… y aun así él seguía eligiendo cierta clase de humanidad.

—Thomas Hamilton… el hombre más temible cuando calla —susurró ella, y se le escapó una sonrisa—. Eres la persona más buena que he conocido jamás.

Thomas rozó su mejilla con el dorso de los dedos. Fue un gesto contenido, pero la electricidad se le subió a Annabella por el cuello: un estremecimiento pequeño, íntimo, que se quedó a vivirle en la piel.

—Tú me hiciste así —dijo él.

Y la besó.

No fue un beso largo, pero sí punzante: firme, consciente, con ese peso suave que la hacía sentir, por un instante, ajena al mundo. Annabella se aferró a su chaqueta, sintiendo bajo las manos el músculo del pecho y el latido que Thomas intentaba disimular. La boca de él se separó apenas, lo suficiente para hablarle con la frente casi pegada a la suya.

—Me enseñaste a amar a pesar de no querer hacerlo. Porque tú me amaste con todos mis defectos… y ese amor yo no lo conocía.

Annabella le acarició la mejilla, muy despacio, como si memorizara el ángulo de su mandíbula. Se puso de puntitas y le plantó otro pequeño beso en los labios, esta vez más suave, más suyo. Thomas respondió con una exhalación baja, apenas audible, y la mano en la cintura se cerró un poco más, posesiva sin ser violenta: como quien protege lo que por fin sabe que es sagrado.

—¡Pa! —gritó una vocecita.

Una pequeña niña se tambaleaba hacia ellos, con el paso torpe de la infancia y el pelo en desorden. La luz del salón la envolvía como un halo. Aine. Thomas se inclinó de inmediato y la tomó en brazos. Aine sonrió al tener toda la atención de su padre; puso las manitas en la cara de Thomas y le apretó las mejillas con una felicidad absoluta. Thomas dejó escapar una risa corta, rara en él, y se dejó dominar por ese pequeño mundo.

Annabella los miró con el corazón lleno. Se acercó al pecho de su esposo, apreciando el brazo que él pasó sobre sus hombros mientras con la otra mano mantenía a Aine sentada, segura, en su antebrazo. La sensación de estar encerrada entre ambos cuerpos —el de su marido, firme; el de su hija, tibio— le encendió una emoción tan intensa que casi le dolió.

Annabella rodeó a Thomas con los brazos, apretándolo con fuerza. Su mejilla se quedó pegada a la tela de su camisa, y el calor de él se le metió hasta el alma.

—Te amo, Thomas —murmuró, sin pensar en quién pudiera escuchar, porque en ese balcón solo existían ellos.

Thomas bajó la mirada, y por un segundo su expresión dejó ver al hombre completo: el que había sobrevivido, el que había temido perderlo todo, el que ahora tenía a su familia entre los brazos.

—Y yo a ustedes —asintió.

Las acercó más a su cuerpo, como si quisiera fundirlas en un solo refugio. Annabella sintió la presión de su mano en su espalda, protectora; sintió también la mirada de Thomas recorriéndola con una ternura que, por debajo, tenía filo de deseo: esa promesa silenciosa de que, cuando el mundo se calmara, él la buscaría a solas. Y a ella se le encendió el cuerpo con solo imaginarlo, con la boca seca y el pecho más alto, como si el aire se hubiera vuelto de repente demasiado ligero.

Y ahí, donde todo comenzó en una Navidad —entre luces cálidas, terciopelos oscuros, y el frío noble de la noche—, la pareja Hamilton agradeció cada obstáculo, cada bache, cada cicatriz que los había traído hasta ese instante.

Un instante en el que podían asegurar, por fin, que eran plenos y muy felices.